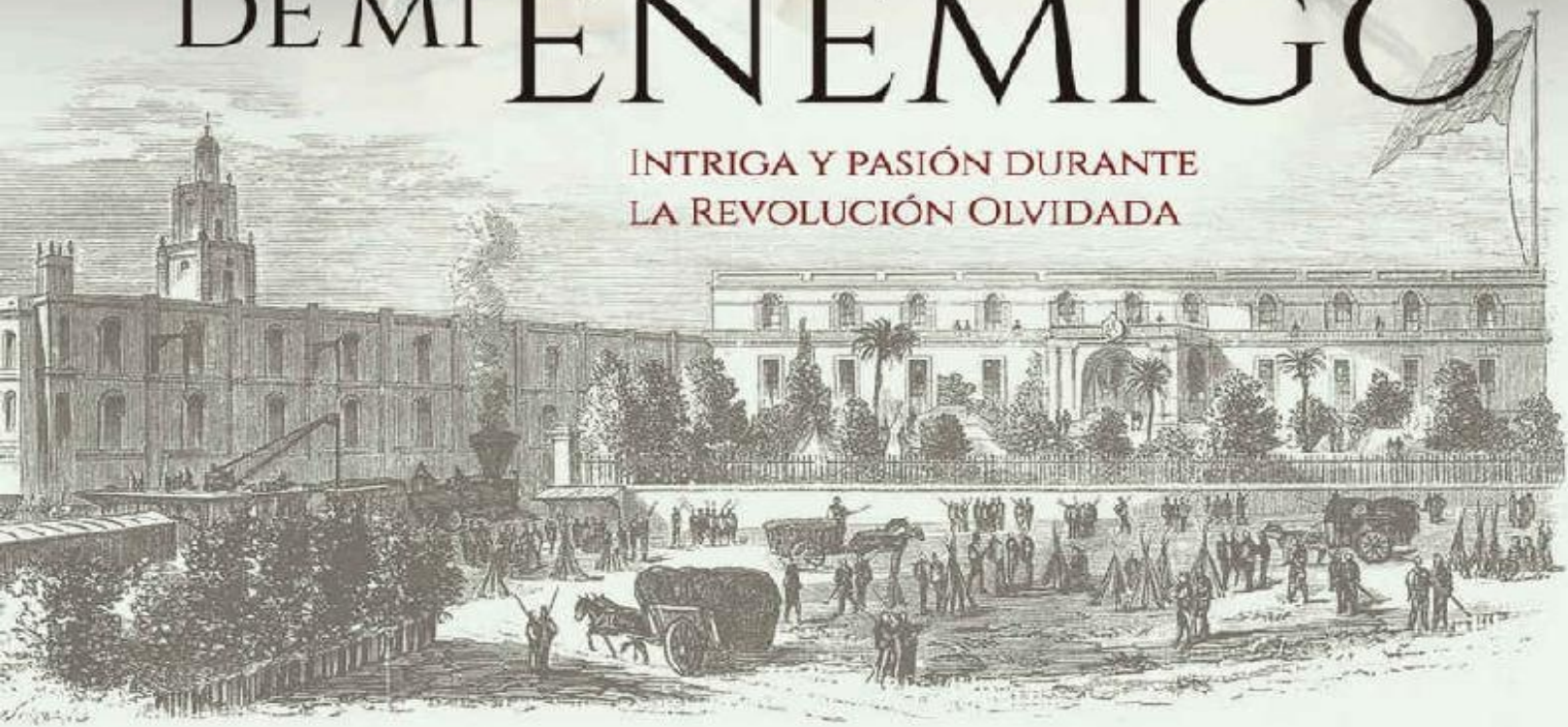


ANDREA MILANO

EN BRAZOS  
DE MI ENEMIGO

INTRIGA Y PASIÓN DURANTE  
LA REVOLUCIÓN OLVIDADA



Andrea Milano

## **En brazos de mi enemigo**

Intriga y pasión durante  
la Revolución Olvidada

P&J

SÍGUENOS EN  
megustaleer



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*El vacío nunca me asustó demasiado;  
en ocasiones hasta llegó a ser un  
refugio.*

MARIO LEVRERO, escritor uruguayo

## HUELLAS

*Ciudad de Buenos Aires, año 1861.*

*E*n el enorme salón de la vieja casona ubicada en el barrio de Barracas, la silueta de un muchacho que yacía insolente sobre el sofá parecía desentonar con todo el lujo que lo rodeaba. Nadie diría que se trataba del hijo varón y futuro heredero de don Ulises Álvarez Arriaga. Sus largas y escuálidas piernas, enfundadas en el pantalón gris que formaba parte de su uniforme escolar, aparentaban perderse detrás de una mesita de caoba lustrada que había sido traída especialmente desde España para satisfacer uno de los caprichos de su abuela materna. Levantó la vista apenas un instante cuando escuchó que una de las puertas se abría. Ni siquiera se inmutó cuando Segundo, el mayordomo que servía a su padre desde hacía más de dos décadas, se acercó con su habitual rictus de soberbia y se plantó frente a él. El criado guardó silencio mientras esperaba una palabra suya, pero el joven prefirió depositar toda su atención en uno de los cuadros que engalanaban los muros del salón. Esa pintura en particular, había sido siempre su favorita. Representaba una escena campestre, en donde una mujer descansaba sobre la hierba mientras leía un libro. La tonalidad dorada de su cabello y su manera de sentarse lo hacían pensar en su madre. Muchas veces, incluso, se imaginaba que el artista había tenido el privilegio de conocerla durante sus años de juventud... Privilegio que a él nunca le había sido concedido, porque en el preciso momento en que sus primeros

berridos se escucharon por toda la casa, doña Eloísa Bustos de Álvarez Arriaga, exhalaba su último aliento. Y desde ese fatídico instante, se ganó el desprecio de su padre. Don Ulises lo culpaba por haber provocado, con su llegada al mundo, la muerte prematura de su esposa. Todos esos años, el muchacho debió acostumbrarse a su falta de cariño y a las constantes miradas acusatorias que su padre le dedicaba cuando se cruzaba con él. Por eso, una mañana de verano, cuando don Ulises le anunció que lo internaría en uno de los mejores colegios de Buenos Aires, en vez de sentirse nuevamente desplazado de su vida, experimentó un gran alivio. Prefería pasar sus días confinado entre las cuatro paredes de un internado que seguir soportando el odio de su padre. Llevaban varios meses sin verse, por esa razón, se sorprendió cuando le avisaron que quería verlo. Las palabras exactas del rector del Colegio Eclesiástico habían sido “su señor padre exige que se presente de inmediato en su casa”. Y, por supuesto, si la orden venía, nada más y nada menos, que del ilustre don Ulises Álvarez Arriaga, debía ser obedecida a rajatabla.

—Su padre lo espera, niño Rafael —anunció el mayordomo, interrumpiendo sus pensamientos.

Rafael entonces lo miró. Segundo no solo era conocido por su excelente desempeño como mayordomo, durante los años que llevaba al servicio de su padre, se había caracterizado también por ser su perro más fiel, el que siempre salía en su defensa y el que procuraba que nada ni nadie lo perturbara.

—¿Sabe para qué mandó a llamarme?

Segundo no le respondió, se limitó a observarlo con cierto desdén.

Rafael abandonó el sofá y se ajustó el nudo del corbatín mientras seguía al mayordomo hasta la habitación de su padre. Que lo recibiera allí, y no en un ámbito más formal, como su despacho, era otro detalle que alimentaba la curiosidad del muchacho.

Segundo llamó a la puerta y ni siquiera esperó la respuesta de su patrón para ingresar a la habitación. Rafael se frenó de golpe cuando el mayordomo se hizo a un lado para que pudiese acercarse a la cama donde yacía su padre. Vaciló un

momento antes de dar un paso más. El olor que reinaba allí era nauseabundo y fue entonces que supo cuál era la razón por la cual don Ulises Álvarez Arriaga permanecía todavía acostado y había reclamado su presencia con suma celeridad después de tanto tiempo de silencio y largas ausencias. Cuando su padre extendió el brazo hacia él, Rafael no se movió. Miró por encima de su hombro y descubrió que el mayordomo había desaparecido. Volvió a contemplar al hombre que lo engendró y que nunca le había brindado una muestra de cariño en sus casi dieciséis años de vida. Ocupaba el lado derecho de la cama y su delgada anatomía, tal vez carcomida por la enfermedad, se perdía debajo de las mantas.

—Vení, muchacho, acercate que quiero verte.

No fue una petición, más bien una orden, y como solía hacerlo en el pasado para evitar un enfrentamiento con él, Rafael obedeció. Se sentó en el borde de la cama y como no sabía qué hacer exactamente con las manos, las dejó caer a ambos lados de su cuerpo.

—Has cambiado... —balbuceó don Ulises mientras intentaba incorporarse para estar a su altura. Una tos repentina provocó que se doblara en dos. Las convulsiones se volvieron más intensas y mientras lanzaba un par de maldiciones al aire, se vio obligado a recostarse hasta que el ataque pasara. Bajo la atenta mirada del muchacho, bebió un poco de agua y se secó el sudor del rostro con la manga de su camión. Estaba más enfermo de lo que se atrevía a reconocer, aun así no quería que su hijo fuese testigo de su vulnerabilidad. Cualquier cosa antes que mostrarse débil frente a él o los demás.

Rafael seguía sumido en el más desconcertante de los silencios, tratando de descubrir la razón por la cual se encontraba allí, en la habitación de su padre, junto a su lecho de enfermo. ¿Acaso pretendía congraciarse con él ahora que la parca le pisaba los talones? Si esa era su intención, no iba a lograr su perdón. ¿Cómo podía olvidar los años de abandono y desamor a los que lo había sometido mientras le echaba en cara que había sido el culpable de la muerte de su madre? Tuvo el impulso de salir corriendo. Apretó los puños cuando don Ulises le sonrió. No recordaba cuándo había sido la última vez que lo había

mirado de esa manera, con los ojos entornados, como si estuviese estudiándolo o tratando de indagar qué pasaba por su mente en ese momento. Su boca, que apenas se asomaba por debajo de un abundante bigote blanco, se mantenía curvada hacia arriba, dibujando una sonrisa.

—¿No decís nada, muchacho?

Ni siquiera lo llamaba por su nombre. Para don Ulises, Rafael siempre había sido “muchacho”, “jovencito” o en el peor de los casos, “mocoso desgraciado”. Nunca se había dirigido a él en un término cariñoso y solo en muy pocas ocasiones, sobre todo cuando estaba enfadado, lo llamaba por su nombre.

—¿Qué hago aquí, padre? —retrucó sin amilanarse. El tiempo que había permanecido alejado de él le había valido para perderle el miedo. Ya no era ese niño enclenque y asustadizo al que podía dominar con un grito o una mirada amenazante.

A don Ulises se le borró rápidamente la sonrisa cuando percibió el tono beligerante que había usado su hijo para responderle. Durante un segundo, se vio a sí mismo reflejado en Rafael. La relación con su propio padre tampoco había sido fácil y él también se había atrevido a desafiarlo. Aunque la soberbia le impidiera decirlo en voz alta, tenía que reconocer que no le desagradaba para nada el joven que ahora tenía sentado frente a él. La altivez reflejada en sus ojos claros, tan penetrantes como los de su amada esposa, o la manera en la que cuadraba los hombros para parecer más alto de lo que en realidad era le bastaron a don Ulises para darse cuenta de que, a pesar de haber estado recluido en un colegio durante casi la mitad de su vida, Rafael había forjado un gran carácter. Se convenció en ese preciso momento de que siempre había sido el digno heredero de todo su patrimonio. ¡Y pensar que, en su afán de fastidiar el futuro del muchacho, hacía un par de años, había incluido una cláusula en su testamento, nombrando albacea de todos sus bienes a su hermana Margarita solamente para evitar que él disfrutase a sus anchas de su fortuna! Por suerte, había recapacitado a tiempo, enmendando su error antes de entregar la pelleja.

—He mandado a llamarte porque necesitaba hablar contigo, hijo... —Rafael



alzó una ceja al oír que lo llamaba “hijo”. Sin embargo, el más sorprendido parecía ser el propio don Ulises—. Como podrás ver, no me encuentro en mi mejor momento. Sin embargo, hay asuntos pendientes entre vos y yo que no pueden esperar... Y el tiempo corre en mi contra.

Rafael ni siquiera se inmutó. Estaba tan acostumbrado a los maltratos del viejo que sus sombrías palabras no lograron conmoverlo.

—Pensaba que usted y yo hacía mucho tiempo que no teníamos nada de qué hablar —rebatío el joven, incapaz de demostrar un poco de compasión por el hombre que se había encargado de convertir su vida en un infierno—. Jamás se interesó por mi bienestar, me encerró en ese maldito colegio y me apartó de su lado como si yo fuera un apestado. —Volvió a desafiarlo con la mirada—. Dígame, don Ulises, ¿de qué podríamos hablar usted y yo cuando durante todos estos años solo nos unió el desprecio?

El anciano tragó saliva y agachó la cabeza. No fue capaz de sostenerle la mirada a su hijo. Nunca antes había visto unos ojos cargados de tanto odio, y eso que a lo largo de su vida se había ganado el de mucha gente. La misma gente que lo tildaba de ser un hombre frío y severo, incapaz de abrigar algún sentimiento noble en su oscuro corazón.

Ninguno dijo nada. La habitación se sumió en un silencio abrumador; solo se escuchaba la pesada respiración del enfermo.

Rafael no quería permanecer en ese lugar ni un segundo más. Ya ni sentía como suya la casa donde había nacido. Aunque durante los últimos años, el colegio se había convertido en una especie de prisión para él, prefería regresar allí y no seguir soportando a su padre.

Un nuevo acceso de tos provocó que don Ulises se retorciera en la cama. Su cuerpo comenzó a convulsionar y cuando extendió su brazo tembloroso en dirección a la mesita de noche, Rafael no supo cómo actuar. Junto al vaso de agua vacío, había un frasco con un brebaje de color amarronado en una bandeja. Solo debía alcanzárselo, sin embargo, algo en su interior se lo impedía. Apretó los puños y cerró los ojos. Su mente se debatía entre prestarle ayuda al hombre

que lo había engendrado o dejar que la muerte se lo llevara de una vez por todas. Finalmente, su lado racional venció la batalla y le acercó el remedio para que bebiera. Después de unos cuantos sorbos, la tos comenzó a remitir, aunque dejó al enfermo más débil que antes. Rafael lo ayudó a recostarse y antes de que se volviera a alejar de él, don Ulises lo sujetó del brazo con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Perdoname, hijo... sé que no merezco tu piedad, pero no puedo irme de este mundo sin tu perdón. —Los dedos flacos y arrugados de Ulises Álvarez Arriaga se cerraron alrededor de la muñeca del joven como si fueran las garras de un animal—. No es de buen cristiano negarle una petición a alguien en su lecho de muerte —alegó en un último intento por conseguir su perdón.

Rafael lo fulminó con sus ojos acerados.

—Yo nunca he sido un buen cristiano, don Ulises —afirmó su hijo, al tiempo que conseguía soltarse—. ¿De qué le valdría mi perdón ahora si no estoy siendo sincero con usted?

Don Ulises dejó caer su mano huesuda sobre la cama.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones, hijo?

El joven esbozó una sonrisa irónica. Era la segunda vez que lo llamaba así desde que había entrado en la habitación.

—Las cosas que me hizo durante todos estos años no se pueden borrar tan fácilmente, “padre” —se burló—. Pero está bien, voy a seguirle el juego. Si quiere escuchar de mis labios que lo perdono por su abandono, su desprecio o por haberme negado la posibilidad de vivir a su lado como lo que soy, su único hijo, entonces estoy dispuesto a perdonarlo. —Seguía hablándole desde el rencor porque era el único sentimiento que asociaba al hombre que ahora lo miraba con el rostro desencajado por la desesperación—. ¿Puedo marcharme ya o es necesario continuar con esta farsa?

—Pensé que...

—¿Qué fue lo que pensó, don Ulises? —lo interrumpió. La sonrisa socarrona había desaparecido y en su lugar se vislumbraba el ceño fruncido y la boca

apretada en señal de furia contenida. No iba a sentir lástima por él. No se la merecía. Ni siquiera ahora que se acercaba su final.

—Solamente necesitaba tu perdón para poder irme en paz. —Haciendo un gran esfuerzo, el anciano volvió a incorporarse. Respiraba con dificultad y parecía que, de un momento a otro, exhalaría su último suspiro, aun así, consiguió deshacerse de las pesadas mantas y permaneció sentado, con los pies desnudos colgando a un costado de la cama.

De inmediato, Rafael se apartó para evitar que lo tocara de nuevo. Retrocedió unos cuantos pasos hasta que su espalda chocó contra la pared. Observó atónito cómo su padre lograba levantarse y comenzaba a avanzar lentamente hacia el rincón donde él se había refugiado. Por un instante, el presente y el pasado se volvieron uno solo. Rafael evocó una de las tantas veces durante las cuales se había escondido, huyendo del odio de su padre y de los golpes que le propinaba cuando se ensañaba con él porque la pérdida de su esposa se había vuelto insoportable. Revivió un episodio en particular que todavía le provocaba pesadillas en las noches. Él tenía apenas cinco años y don Ulises lo había encerrado en el sótano de la casa durante todo el día para castigarlo después de que respondiera a una de sus reprimendas con una grosería. No era posible que todavía lo afectara de esa manera... Tuvo que desatarse el nudo del corbatín porque, de repente, le costaba respirar. Su padre estaba aproximándose a él. Apoyó ambas manos en la pared, entonces se dio cuenta de que había comenzado a temblar. Cerró los ojos, con la esperanza de que ese hombre al que tanto temió de niño, desapareciera y ya no pudiese hacerle más daño. Pero apenas los abrió, se topó con el rostro de su padre ensombrecido por la muerte. Después de mucho tiempo, el miedo lo paralizó, y nada pudo hacer cuando el anciano se aferró a sus hombros para evitar dar con los huesos en el suelo.

—¡Perdone, hijo! ¡Tené piedad de mí! —suplicó mientras las fuerzas y la vida se le escapaban del cuerpo con la misma rapidez que el agua se escurría entre los dedos.

Rafael seguía sin poder moverse. Sus ojos claros se clavaron en las manos

nudosas de su anciano padre. Esas manos que tantas veces se habían levantado en su contra y que jamás le habían prodigado una caricia. Intentó alejarse hacia la puerta y para lograrlo tuvo que deshacerse de él, propinándole un empujón.

Don Ulises cayó de rodillas sobre la alfombra. Con la cabeza hundida entre los hombros, derrotado por la falta de sensibilidad de su único hijo, se echó a llorar como un niño.

Ni siquiera las lágrimas del hombre que le había dado la vida pudieron ablandar el corazón del muchacho. Haciendo oídos sordos a los ruegos del anciano, Rafael abandonó la habitación azotando la puerta.

*Barrio de San Nicolás, Buenos Aires, año 1862.*

Atraída por el ruido, la niña atravesó el extenso pasillo de la planta alta con sigilo. Ni siquiera levantaba tres palmos del suelo, pero su larga cabellera, la que cada mañana era cepillada por su nana Jesusa hasta dejarla sedosa y brillante, se había enredado con la muñeca de porcelana que sostenía en la mano izquierda. Pilarcita nunca se despegaba de su muñeca. Dormía con ella y la llevaba a todas partes, incluso le habían permitido que tuviera su propio puesto en la mesa del comedor. A medida que avanzaba hacia una de las últimas habitaciones, sus pies desnudos se hundían en la mullida alfombra, amortiguando el eco de sus breves zancadas. Esos extraños lamentos que la habían despertado de su siesta parecían provenir del cuarto de su padre. Se restregó los ojos y su boca se abrió para emitir un sonoro bostezo. La pequeña miró por encima de sus hombros para cerciorarse de que nadie la sorprendiera caminando en medio de la penumbra, cuando se suponía que debía estar durmiendo. Se detuvo frente a la habitación de don Amancio y extendió su brazo hasta cerrar por completo su manito alrededor del pomo de la puerta. La abrió apenas unos pocos centímetros para evitar que la descubrieran. Los quejidos se hacían cada vez más intensos, pero desde su posición no alcanzaba a ver nada. Tuvo que avanzar unos pasos más para acabar

por fin con el misterio. Lo primero que sus inocentes ojos distinguieron fue la espalda desnuda de una mujer, que arrodillada en la cama cimbreada su cuerpo hacia atrás y hacia adelante como si estuviera montando un caballo. Luego, de repente, un hombre se incorporó hasta rodearla por la cintura con sus brazos y empezó a besarle la garganta.

Pilar permaneció inmóvil durante algunos minutos, observando la intimidad de los amantes con la boca abierta. Ni cuenta se dio de que la muñeca se había deslizado de su mano para terminar en la alfombra. Tampoco reparó en las lágrimas que empezaron a mojar sus mejillas. Supo que estaba llorando recién cuando se le nubló la vista. Estuvo a punto de gritar; entonces se cubrió la boca para no delatar su presencia en la habitación. A pesar de no comprender con exactitud lo que sucedía a pocos metros de distancia, en sus ojos se reflejaba el espanto.

Su padre y su tía, yaciendo juntos en la misma cama donde apenas un par de semanas antes su pobre madre había entregado su alma al Señor. Retrocedió sobre sus pasos muy lentamente, mientras los gemidos y los jadeos se volvían cada vez más fuertes. Se detuvo solo cuando su cuerpo dio de lleno contra la puerta que había dejado entreabierta. Antes de que la vieran, Pilar logró salir tan sigilosamente como había entrado. No fue hasta que se arrebujó en un rincón apartado del pasillo, detrás del pesado cortinado de brocado, que no se dio cuenta de que se había olvidado la muñeca de porcelana en la habitación de su padre.

*Barrio de Montserrat, año 1859.*

Unos ojos astutos, parcialmente ocultos debajo de una enorme gorra de fieltro, observaban con sumo interés el puesto de frutas que el gallego Palacios regenteaba en la Recova. Recostado contra una pared de ladrillos carcomidos por la humedad, el niño Gonzalo Funes parecía tener todo el tiempo del mundo por

delante. A su alrededor, la gente pasaba tan de prisa que apenas le prestaba atención. Mucho mejor así. Mientras menos notaran su presencia, más sencillo le resultaría llevar a cabo su plan.

Había salido de la escuela antes de lo habitual, alegando un terrible malestar estomacal que preocupó tanto al maestro que lo envió de inmediato a su casa. Gonzalo sonrió al recordar la cara de espanto que habían puesto el señor Gutiérrez y los demás niños cuando comenzó a retorcerse de dolor, apretándose el estómago con ambas manos. Para que su actuación fuese más creíble se había arrojado al suelo del aula, justo delante de la pizarra, dando patadas y gritando que se moría. No era la primera vez que se valía de una mentira tan grande para lograr que lo dejaran salir antes; sin embargo, nadie parecía darse cuenta de sus tretas, o al menos pretendían no hacerlo. Era aplicado en las clases y tenía buenas notas; virtudes que seguramente pesaban más que cualquiera de sus mentiras.

Se enroscó la bufanda alrededor del cuello y se cubrió la parte baja del rostro, no porque tuviese frío, sino para evitar que alguien lo reconociera. Los ojos se le aguaron. La lana aún conservaba el perfume de su madre, quien se la había tejido especialmente para su séptimo cumpleaños. Poco tiempo después, sus debilitados y traicioneros huesos la habían postrado en una cama. Al principio se levantaba durante el día y se acostaba temprano en las noches, pero su salud empeoraba y ya ni siquiera tenía fuerzas para sostenerse en pie. Desde entonces, él se aseguraba de que nada le faltase. No importaba lo que tuviera que hacer para llevar unas monedas a la casa o conseguir alimentos que paliasen el hambre; Gonzalo estaba dispuesto a lo que sea para que su madre no sufriera penuria alguna.

Esperó pacientemente hasta que la muchedumbre que se había arremolinado alrededor del puesto del gallego empezó a dispersarse. Salió de su improvisado escondite y se mezcló entre la gente para pasar desapercibido. Se acercó a una señora y le tocó el trasero con la mano izquierda; mientras tanto, con la derecha, le rozó el brazo a un caballero. De inmediato, ambos se voltearon y Gonzalo

consiguió escabullirse antes de que descubrieran su maniobra. La mujer le reclamó al hombre por su osadía, mientras que el señor la miraba con asombro, sin entender qué sucedía en realidad. En medio del escándalo que incluyó varios gritos y el forcejeo que se produjo cuando la mujer golpeó a su supuesto agresor con el mango de su sombrilla, el ladronzuelo logró alzarse con un abultado botín y desaparecer sin siquiera llamar la atención.

Esa noche, después de mucho tiempo, Gonzalo pudo agasajar a su madre con unas deliciosas manzanas.



## EL ATENTADO

*Buenos Aires, domingo 24 de agosto de 1873.*

—*¡Intentaron asesinar al presidente anoche!* —exclamó don Amancio Robles apenas posó sus ojos en el ejemplar de *La Prensa* que llegó más temprano de lo habitual esa fría mañana de domingo.

La bomba que acababa de soltar Robles provocó un silencio generalizado que solo fue interrumpido cuando doña Encarnación, su madre, dejó caer la cuchara de plata dentro de su taza de café ya casi vacía.

El sonido del metal chocando contra la porcelana china despertó a todos de ese breve letargo en el que parecían haberse sumido apenas escucharon la terrible noticia.

—¿Qué fue lo que ocurrió, padre? —José Emilio fue el primero en reaccionar. Era el hijo mayor de Amancio y estudiaba en la facultad de leyes. A pesar de su juventud y de que todavía le restaba poco más de un año para terminar la carrera, aspiraba a ocupar su propia banca en el Congreso Nacional.

A su lado, Gonzalo Funes, compañero de estudios y amigo de juergas, permanecía en silencio, perdido en sus propios pensamientos. Nadie le prestaba atención. Todas las miradas estaban puestas en don Amancio, quien leía la primera plana de *La Prensa*, con voz grave y pausada, imprimiéndole más dramatismo a los hechos acontecidos la noche anterior y que habían tenido como protagonista al primer mandatario.



—Al parecer, Sarmiento fue sorprendido mientras regresaba a su casa — aseveró don Amancio mientras se le acentuaban las arrugas de la frente—. El diario dice que una de las balas impactó en la carroza que lo transportaba y aunque se desconoce la identidad de los agresores, se atreven a afirmar que podría tratarse de extranjeros. Al parecer, uno de ellos resultó herido. Se le reventó el trabuco en la mano y hasta es posible que le amputen un brazo.

José Emilio, la abuela Encarnación y doña Lorenza, la esposa de Amancio Robles, seguían sin poder creer que alguien hubiese querido asesinar al “loco” de Sarmiento, como se lo solía llamar. Nadie ponía en duda que el fatídico y fallido atentado en su contra traería consecuencias impensadas.

—¡Seguramente son los anarquistas los que están detrás de semejante barbarie! —exclamó Lorenza Benavides, perdiendo su habitual compostura por un instante—. ¡Deberían fusilarlos a todos!

Ninguno de los presentes secundó su comentario; tampoco recibió la aprobación de su esposo, quien siempre prefería guardarse su opinión cuando un asunto de Estado se tornaba demasiado escabroso para su gusto.

Sentada al otro lado de la mesa y ajena a las palabras de su madrastra, Pilar, la hija menor de Amancio Robles, no dejaba de observar al invitado. Conocía de sobra las inclinaciones políticas de Gonzalo y su antipatía hacia Sarmiento. Muchas veces lo había oído hablar con fervor en contra del Partido Autonomista, que cinco años antes había llegado al poder de la mano del sanjuanino. Se preguntaba qué estaría pasando por su cabeza en ese momento. Entonces él la miró a los ojos y Pilar se sonrojó.

Cada vez se le hacía más difícil ocultar lo que sucedía entre ella y el mejor amigo de su hermano.

Llevaban viéndose a escondidas un par de semanas, después de que Gonzalo apareciera de sorpresa mientras caminaba por el Paseo de Julio, en compañía de su amiga Clarita Estrada, y pidiese hablar con ella a solas. No le sorprendió que le confesara que se había enamorado de ella. Aunque no tenía experiencia en asuntos amorosos, sí había sabido darse cuenta, por la manera en la que muchas

veces se la quedaba mirando durante sus visitas a la casa, de que había despertado el interés del compañero de estudios de José Emilio. A ella, Gonzalo tampoco le era del todo indiferente. Le gustaban sus ojos del color del chocolate y su particular sentido del humor. Esa tarde en el Paseo de Julio, ella prolongó la ansiedad del pretendiente con la promesa de que pensaría en su propuesta. Tan solo dos días después, durante una cena en su casa a la que Gonzalo fue especialmente invitado por su hermano para celebrar que ambos habían obtenido excelentes calificaciones en un examen, Pilar se las ingenió para hacerle llegar su respuesta en un papel que perfumó con agua de colonia y en donde se podía leer solo una palabra: sí.

Desde entonces, se la ingeniaban para verse sin levantar sospechas. Don Amancio no tenía problemas en aceptar que Gonzalo fuese amigo de José Emilio, sin embargo, ambos sabían que jamás aprobaría que el joven hubiese puesto los ojos en su hija menor, a quien pretendía casar con algún caballero de alcurnia que le asegurara un futuro económico inmejorable. Por tal motivo, ni siquiera le había contado a su abuela Encarnación sobre sus amores con Gonzalo; y eso que siempre le confiaba sus secretos... o casi todos. Solo dos personas estaban al tanto del romance con Gonzalo Funes: la nana Jesusa, a quien era imposible ocultarle cualquier cosa, y su amiga de la infancia, Clarita Estrada, quien a su vez suspiraba de amor por su hermano José Emilio.

Gonzalo se limpió los labios con una servilleta y Pilar siguió cada uno de sus movimientos con atención, esperando una señal de su parte. Él le dedicó una sonrisa y, acto seguido, se levantó de su silla.

—Si me disculpan, yo me retiro —dijo sin mirar a nadie en especial—. Debo estudiar para el examen de mañana.

José Emilio lo miró sorprendido. ¿De qué examen hablaba?

—Feliciten a la cocinera de mi parte —pidió Gonzalo antes de que su amigo abriera la boca y arruinase la mejor excusa que había encontrado para poder encontrarse a solas con su hermana.

—¿Te gustaron los pastelitos de dulce de batata, Gonzalo? —la que preguntó

fue Pilar. Abandonó su silla y se arregló la manga de su vestido.

—Estaban deliciosos —contestó él, adivinando lo que vendría a continuación.

—Si querés, puedo acompañarte hasta la cocina para que felicites a Cayetana en persona.

Gonzalo miró al dueño de casa, pero don Amancio ya no le prestaba atención. Había vuelto a enfrascarse en la lectura de *La Prensa*, que sin duda se alzaría con la gloria por haber dado la primicia sobre el intento de asesinato del presidente Sarmiento. Cuando posó sus ojos en la esposa de Robles, en busca de su permiso, la mujer se hizo la distraída. Fue la abuela Encarnación quien finalmente dio su consentimiento para que Pilar condujera al muchacho hasta la cocina.

Salieron del comedor a una prudente distancia el uno del otro. Pilar apresuró el paso, a sabiendas de que Gonzalo la seguía ahora muy de cerca. No se dirigieron a la cocina, sino que enfilaron hacia la biblioteca para poder estar a solas sin que nadie los descubriera. Pilar hizo que él entrara primero y luego cerró la puerta, echándole llave.

—Fui yo quien amasó los pasteles —le aclaró—. Cayetana solo se encargó de freírlos.

Gonzalo ensanchó los labios en una sonrisa y se aproximó a la joven.

—Entonces tendré que felicitarte a vos y no a ella. —Deslizó la mano por su mejilla y se inclinó con la intención de besarla, pero antes de hacerlo, añadió—: Deseo darte un beso desde que te vi aparecer esta mañana en el comedor.

Pilar no dijo nada, y cuando sus labios entraron en contacto, permaneció quieta. No era el primer beso que Gonzalo le robaba, sin embargo, el hecho de vivir su romance a escondidas hacía que sus encuentros resultasen cada vez más intensos. Cuando él le acarició el costado de su cuerpo y subió hasta rozarle el seno por encima del vestido, Pilar lo apartó.

Gonzalo percibió su incomodidad.

—Te pido disculpas. —Apoyó su frente en la de ella—. No es sencillo para mí controlar lo que siento cada vez que te tengo así de cerca.

La respuesta de Pilar llegó en forma de abrazo.

—Ya no quiero seguir ocultando lo nuestro —musitó, pegada a su pecho.

La confesión de Pilar lo desarmó. Él también deseaba gritar su amor a los cuatro vientos y dejar de verse furtivamente como si estuviesen cometiendo el peor de los pecados. Al mismo tiempo, ambos eran conscientes de que una vez que su romance saliera a la luz, la sociedad porteña condenaría su amor por el simple hecho de pertenecer a mundos opuestos, en donde él sería siempre visto como el don nadie que consiguió ingresar a la facultad de leyes gracias a la intervención de su tutor, y Pilar nunca dejaría de ser la hija de una de las familias más importantes de Buenos Aires. Lo acusarían de cazafortunas y las malas lenguas se ensañarían con ella. Perjudicarla nunca había sido su intención y sabía que con su proceder solo estaba poniendo en jaque el honor de la mujer que amaba. Muchas veces se preguntaba si tenía el derecho a hacerlo. Si hubiese antepuesto la razón a los sentimientos, alejándose de ella a tiempo para evitar el destino que le esperaba si seguía a su lado, habría renunciado a su amor a sabiendas de que terminaría con el corazón destrozado.

Le acarició el cabello, que llevaba recogido en una trenza al costado de su cabeza, y respiró hondo para embriagarse con el suave perfume a lavanda que despedía su piel.

Pilar entonces se apartó y lo escudriñó con sus enormes ojos del color de la miel.

—¿Por qué te quedaste callado? —inquirió, sospechando de antemano cuál sería su respuesta.

A Gonzalo le pesó el vacío que sintió en su pecho cuando ella se alejó. Ni siquiera podía imaginarse lo que sería perderla para siempre.

—Sabés mejor que nadie que tu padre jamás perdonará que alguien como yo haya puesto sus ojos en su única hija. Tampoco aceptará que te corteje, mucho menos permitirá que pida tu mano en matrimonio.

Ella retrocedió un par de pasos, colocó los brazos en jarra y frunció el ceño.

—¿Qué haremos entonces? ¿Seguir viéndonos a escondidas hasta que alguien

nos descubra?

Gonzalo volvió a salvar la distancia que los separaba y la tomó de los hombros. ¡Cielos, era tan bella! Siempre que se enfadaba unos destellos verdosos le iluminaban la mirada y el rosado de sus mejillas se acentuaba. No era capaz de darle la respuesta que esperaba, pero tampoco quería lastimarla.

—Es lo único que podemos hacer, Pilar —y antes de que ella dijera una palabra, agregó—: Al menos por el momento.

—No es justo, Gonzalo —se quejó, curvando los labios en un encantador puchero.

Él sonrió. En muchos aspectos, Pilar todavía seguía siendo una niña inocente.

—Deberíamos ir a la cocina o regresar al comedor —sugirió de mala gana, cuando lo que en realidad deseaba era permanecer allí, resguardados de cualquier mirada indiscreta para poder besarla hasta saciarse de ella, si es que eso era posible.

Pilar asintió. El desánimo también se vislumbraba en su rostro. Ella tampoco quería dar por terminado otro de sus encuentros furtivos, que aunque no dejaban de ser excitantes, se tornaban cada vez más peligrosos.

Gonzalo no iba a quedarse con las ganas de besarla otra vez. Ignoraba cuánto tiempo pasaría hasta que pudieran volver a verse; por lo tanto, la estrechó contra su cuerpo para saborear la dulzura de sus labios y sentir su calor. Luego, la tomó de la mano y abandonaron la biblioteca en dirección a la cocina antes de que alguien de la casa los echara de menos.

Rafael contempló el vaso ya casi vacío con cierta displicencia. Llevaba encerrado en el despacho un par de horas y seguramente el alcohol le había embotado los sentidos. Era la única explicación posible para justificar que se hubiese dejado envolver una vez más por los dolorosos recuerdos que todavía lo atormentaban. Bebió el licor favorito de su tía hasta la última gota y se desplomó en la butaca. Con la absurda esperanza de espantar los fantasmas del pasado, sus

dedos temblorosos se deslizaron por su sien en un frenético masaje que solo consiguió provocarle una terrible jaqueca. Permaneció quieto durante unos minutos, con la mirada perdida y la respiración un poco más rápida de lo normal. Cuando sus ojos acerados se posaron en la ventana, se dio cuenta de que ya había oscurecido. Los cascos de un carruaje avanzando a gran velocidad por la calle Comercio quebraron el silencio en el cual había estado sumido durante buena parte de la tarde. Al mismo tiempo, como si se hubiese confabulado en su contra, el reloj de pie que adornaba una de las paredes del salón dio un par de campanadas, martillándole los oídos.

—¡Maldita Buenos Aires! —vociferó, mientras estrellaba su puño cerrado contra el escritorio de roble macizo. Se le dibujó una mueca de dolor en el rostro, pero no aminoró la rabia que sentía.

Odiaba venir a la ciudad y su tía Margarita lo sabía muy bien. No entendía por qué demonios se empeñaba en convencerlo para que abandonara la tranquilidad de su estancia en Capilla del Señor y volviera a Buenos Aires cada vez que a ella se le antojaba. Parecía que siempre encontraba la excusa perfecta. Por eso, a regañadientes, había aceptado volver a esa ciudad que no le traía más que malos recuerdos para acompañarla en su cumpleaños. Si bien él había insistido en celebrarlo en la estancia, terminó por ceder a los caprichos de su tía, quien además contaba siempre con la complicidad de su prima Leonor. Aunque no le agradase demasiado el hecho de que dos mujeres hubiesen logrado que él dejara *El Refugio* para pasar unos días en Buenos Aires, tenía que reconocer que las adoraba y que, a pesar de que pasaban largas temporadas sin verse, no se imaginaba la vida sin ellas.

Margarita Álvarez Arriaga, viuda de Mansilla, y su encantadora hija Leonor lo habían recibido con los brazos abiertos tras el fallecimiento de su padre. Fue su tía quien, siguiendo las órdenes del mismísimo Ulises Álvarez Arriaga, dispuso que abandonara el colegio para instalarse con ellas en la casona del barrio de Barracas. La lujosa propiedad de dos plantas, junto a la estancia que la familia poseía en Capilla del Señor y una cuantiosa suma de dinero, fue todo el

patrimonio que heredó Rafael del hombre al que había odiado y temido durante toda su vida. En un sorprendente acto de generosidad, y después de revocar su nombramiento como albacea de sus bienes, el difunto dejó estipulado en el testamento que su hermana menor, quien había enviudado demasiado joven y cargaba con una niña pequeña a costas, viviese en la casa hasta su muerte o hasta que encontrase un nuevo marido, lo que sucediera primero. La tía Margarita no había vuelto a casarse. Aseguraba con voz firme que no necesitaba otro hombre en su vida, ya que le bastaba con el cariño de su hija y su sobrino para ser feliz. Y nadie dudaba de que así fuera en verdad.

Los primeros tiempos de convivencia no resultaron fáciles para nadie. Rafael era un muchacho retraído, siempre con la mirada ausente y una fría actitud defensiva que desconcertaba tanto a Margarita como a su hija Leonor, quien era apenas una niña de siete años cuando Rafael se mudó con ellas. Él seguía concurriendo al mismo Colegio Eclesiástico, pero ya no como interno. Volvía a su casa y se encerraba en la habitación para evitar cruzarse con su tía y su prima. Solo compartía tiempo con ellas durante la cena en el comedor, sin embargo, ninguna de las dos conseguía que el muchacho saliera de su apatía. El milagro ocurrió un par de meses después de que Rafael llegara a sus vidas, y todo fue gracias a una travesura de la pequeña Leonor.

Una tarde de domingo, Leonor se había encaramado a uno de los árboles del patio para ayudar a su gatito, que, colgado de una de las ramas más altas, maullaba desesperado porque no se animaba a saltar. Corajuda como pocas, la niña empezó a trepar por el grueso tronco para poner a salvo al animal. Sus pequeñas manos se aferraban con fuerza a los nudos uniformes que iba encontrando en su ascenso. Cuando faltaban apenas unos cuantos centímetros para llegar hasta el gatito, Leonor escuchó que una rama se quebraba. Se pegó al árbol y cerró los ojos. No fue capaz de mirar hacia abajo, en cambio, abrió bien grande la boca y empezó a gritar. Bastó que Rafael la oyera para que abandonara la lectura y corriese hasta el patio para averiguar qué le sucedía. No supo si preocuparse o echarse a reír cuando la vio pegada al tronco del viejo roble en el

que solía treparse cuando su padre lo buscaba para castigarlo. Le temblaba el cuerpo y tenía los labios fruncidos en un gesto de terror. Apiadándose de ella se aproximó y logró asirla de las piernas. Leonor no quería moverse y aunque él le había asegurado que no se caería, se negaba a obedecer. La oportuna aparición de su tía Margarita, quien no estaba dispuesta a mostrarse condescendiente con su hija después de protagonizar semejante travesura, hizo que la pequeña aceptara la ayuda que le ofrecía Rafael. Y así, deslizándose con lentitud mientras él la sujetaba, consiguió apoyar nuevamente sus pies en el suelo.

Evocar ese momento de su pasado en particular provocó que aflorara una sonrisa en sus labios. La osadía de su prima, esa tarde calurosa de domingo, había propiciado el primer acercamiento entre ellos. Sobre todo, porque gracias a su intervención, la tía Margarita olvidó imponerle un castigo por su conducta temeraria. Desde ese momento, y a pesar de la diferencia de edad entre ambos, ya que Rafael era ocho años mayor que su prima, se volvieron inseparables. Nadie resentía tanto como Leonor sus viajes a Capilla del Señor y él extrañaba su compañía, aunque fingiera lo contrario. En un acto egoísta de su parte, había vuelto a insistir en que ambas se fueran a vivir a la estancia, sin embargo, su tía se negaba a abandonar la ciudad para terminar sus días en el campo. Soñaba con que su hija encontrase un buen partido y ahora que estaba en edad de merecer, no se perdían ningún evento social al que eran invitadas. Rafael se resignaba entonces a verlas cada tanto y a nadie le confesaba cuánto las extrañaba. No era propenso a las demostraciones de cariño, se había acostumbrado a esconder sus sentimientos detrás de una expresión insondable y una mirada fría a la que nada parecía perturbar. Solo los que estaban muy cerca de él conocían al verdadero Rafael. La tía Margarita, su prima Leonor, Froilán y Aurora, quienes desempeñaban sus actividades en *El Refugio* como capataz y ama de llaves respectivamente, eran su única familia. La que nunca tuvo... la que siempre anheló.

Alguien golpeó suavemente la puerta e interrumpió los pensamientos de Rafael.



—¿Qué ocurre? —preguntó de malhumor, sin siquiera interesarse en conocer la identidad de la persona que venía a importunarlo.

—Rafael, soy yo —musitó su prima desde el otro lado de la puerta sin atreverse a entrar.

—Pasá, Leonor. —Se incorporó y apoyó ambos brazos en el escritorio. Se dedicó a observarla mientras se acercaba con una sonrisa en los labios. Era una muchacha bonita y no tardaría en ganarse el corazón de algún pretendiente al que su tía, seguramente, ya le habría echado el ojo.

—Dentro de un rato estará lista la cena —anunció Leonor. La sonrisa que lucía se fue apagando de a poco cuando comprobó que su primo había estado bebiendo. Supo que pasaría la tarde embotándose el cerebro con alcohol apenas lo vio encerrarse en el despacho.

—No tengo apetito —respondió Rafael sin mirarla a la cara. Sus ojos grises estaban fijos en un punto imaginario. Parecía que todavía seguía perdido en sus tormentosos recuerdos.

—Pensé que te alegrarías de celebrar el cumpleaños de mamá —dijo, en un intento por sacarlo de ese estado calamitoso en el que se sumía cada vez que el pasado se le venía encima.

Rafael hizo un esfuerzo por sonreír. No tenía derecho a estropear el festejo. Se puso de pie, rodeó el escritorio y le rozó la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo siento, Leo... soy una pésima compañía.

Ella tomó su mano y al mirarlo a los ojos, el ritmo de su corazón se aceleró.

—Mi madre jamás te hubiese perdonado si no venías a su cumpleaños y lo sabés. —Respiró hondo para aplacar la agitación que se había apoderado de su cuerpo. Rogó en silencio para que él no notase nada.

—Sí —concedió—. Precisamente porque sé hasta dónde puede llegar su resentimiento, decidí venir a la ciudad.

Nadie más que ella conocía el fastidio que le causaba a Rafael tener que dejar la estancia para trasladarse a Buenos Aires; por eso, cuando lo tenía cerca, trataba de disfrutar su compañía al máximo. Había planeado invitarlo a dar un

paseo y esperaba que aceptase su propuesta.

—Rafael, quisiera pedirte un favor. —Percibió que él fruncía el entrecejo—. Me gustaría que pasáramos más tiempo juntos antes de tu regreso a Capilla del Señor. Podríamos salir a caminar mañana por la tarde, si te apetece. Los últimos días apenas pude asomar la nariz fuera de casa porque los preparativos del cumpleaños de mamá no me lo permitieron.

Él no dijo nada. Su ceño continuaba fruncido ligeramente hacia abajo, como si estuviese tomándose todo el tiempo del mundo para pensar la respuesta.

Leonor aguardó en silencio.

—Mi intención era volver mañana mismo a *El Refugio* —dijo por fin, haciendo añicos la ilusión de su prima de prolongar su estadía en Buenos Aires al menos unos días más.

—¿Cuál es la prisa? —insistió.

Rafael respiró hondo.

—Tengo obligaciones que atender... —intentó argumentar.

—Estoy segura de que Froilán podrá hacerse cargo de todo hasta que vos regreses al campo. Si no fuese así, jamás habrías dejado el manejo de la estancia en sus manos —retrucó la joven.

Él sabía que no había mucho más que pudiese alegar para tratar de convencerla. Aunque su capataz no se encontraba en Capilla del Señor y había delegado su puesto a otro de sus hombres de confianza hasta que volviese, cualquier explicación que esgrimiera para defender su postura de irse lo antes posible de Buenos Aires perdía fuerza ante el carácter voluntarioso de su querida prima. Cedería a su absurdo capricho de acompañarla a dar un paseo y después prepararía su regreso a la estancia. Cuando le comunicó su decisión, Leonor lo sorprendió con un efusivo abrazo.

—¡Me alegro tanto de que hayas pospuesto tu viaje al campo! —Se puso en puntas de pie para poder colgarse de su cuello—. No te vas a arrepentir, ya lo verás.

Rafael le correspondió acariciándole el cabello. Poco acostumbrado a recibir

muestras de cariño, siempre reaccionaba tarde cada vez que alguien se acercaba demasiado. Le gustaba tenerla así, apretada contra su cuerpo. Cuando se trataba de Leonor o de su tía, le era más sencillo deshacerse de esa coraza de frialdad que mostraba frente a los demás. Ella se apartó y le sonrió.

—Iré a ver si mamá necesita algo. Nos vemos dentro de un rato en el comedor. —Se alejó hacia la puerta y al quedarse a solas, en la penumbra del despacho, Rafael volvió a sumirse en la amargura. Miró la botella de ron, pero ni siquiera la tocó. Sentía que ya ni el alcohol podía brindarle alivio. Además, no podía presentarse borracho a la cena. Su tía y su prima no tenían por qué tolerar su falta de buen seso.

Con pesadez caminó hacia la ventana y la abrió. Sentía que le faltaba el aire. Siempre terminaba asfixiándose en esa maldita ciudad. Ansiaba volver cuanto antes a Capilla del Señor pero Leonor se las había ingeniado para convencerlo de quedarse unos días más. Había poco movimiento en los alrededores y se preguntó si el atentado que había sufrido Sarmiento la noche anterior, era el culpable de que las calles estuviesen casi vacías.

No bien puso un pie fuera del despacho, Leonor se topó con su madre.

Doña Margarita Álvarez Arriaga, viuda de Mansilla, se plantó en el medio del pasillo para impedirle el paso. Llevaba un libro en la mano izquierda mientras que con la derecha se acomodaba los anteojos para escudriñar a su hija. Lo hizo durante varios segundos, provocando que la muchacha empezara a ponerse nerviosa.

—¿Qué hacías ahí dentro, Leonor?

—Fui a avisarle a Rafael que la cena estará lista en un rato —respondió. Agachó la cabeza y se arregló el canesú del vestido para que ella no descubriera que se había sonrojado: señal inequívoca de que estaba mintiendo. No se atrevía a confesar que el verdadero motivo que la había llevado a buscar a su primo era la invitación a quedarse más tiempo en Buenos Aires. Esperaba que cuando su

madre conociera el cambio de planes de Rafael, no pensara que había tenido que ver con la determinación de posponer el regreso al campo. Trató de disimular, pero intuía que con su madre era imposible. Por eso, optó por adelantarse a los acontecimientos—. Rafael me ha dicho que no vuelve mañana a Capilla del Señor...

—¿Y eso? —la interrumpió su madre, sorprendida.

Leonor se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Quiere pasar un poco más de tiempo con nosotras, madre. —Alzó la cabeza y se atrevió a mirarla.

A Margarita esa inesperada decisión de su sobrino le pareció sospechosa. Sabía mejor que nadie de su reticencia a permanecer en la ciudad más tiempo de lo necesario. Aunque jamás iba a aceptarlo delante de ella, podía afirmar sin temor a equivocarse que su hija estaba detrás de todo ese asunto. Se aproximó y colocó su mano en el hombro de la joven.

—Leonor... —Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió continuar. Respiró hondo y clavó sus ojos oscuros en el rostro preocupado de su hija—. No quiero verte sufrir por un hombre que jamás corresponderá a tus sentimientos. —Hizo un ademán de que la dejara hablar cuando ella atinó a interrumpirla—. Sé que desde hace tiempo mirás a Rafael con ojos de mujer enamorada y es mi deber como madre advertirte que tenés que olvidarte de él antes de que sea demasiado tarde.

Leonor tragó saliva. Odiaba ser tan transparente en cuestiones amorosas.

—Mamá, ¿por qué me está diciendo eso?

—Porque Rafael no sabe amar, o al menos, cree que no puede hacerlo. Si le entregás tu corazón, terminará por rompértelo.

—¿Cómo que no sabe amar? —inquirió la joven, confundida por las palabras que acababa de pronunciar su madre—. ¿Y Elena?

—Te aseguro que lo que tu primo sentía por ella no era amor. La conoció y, como otros hombres antes que él, se sintió atraído por su belleza y su cuantiosa fortuna. Elena Echagüe pertenecía a una de las familias más influyentes de

Buenos Aires y Rafael necesitaba apoyo económico para invertir en la cría de caballos. Ella, por su parte, anhelaba salir de su casa para escapar del yugo de su padre. Nunca se amaron, simplemente sellaron su unión por pura conveniencia.

Leonor se negaba a creerlo. A pesar de haber sido testigo durante años del carácter agrio de su primo, guardaba la esperanza de que algún día pusiera sus ojos en ella. Anhelaba ganarse su corazón y estaba dispuesta a lo que sea con tal de lograrlo. Nadie iba a impedirselo, ni siquiera su propia madre.



## UNA INCÓMODA INVITACIÓN

*E*l irresistible olor a pan recién horneado despertó bien temprano a Gonzalo esa mañana de lunes. Saltó fuera de la cama y tras vestirse con lo primero que encontró, se calzó las botas. Sin más arreglos, abandonó la habitación en dirección a la cocina. Si había pan tibio para el desayuno, era gracias a Carmen, la muchacha que venía para ayudar a su madre. Se había mudado a la pensión hacía menos de un año y vivía con su familia a tan solo tres puertas de distancia. Después de una larga temporada sin achaques y una leve mejoría en sus huesos, la buena salud de doña Lidia comenzó a menguar. Fue entonces que Carmen se solidarizó con su precaria situación y comenzó a tomarse unas horas al día para tenderles una mano. Ambas se habían conocido en la casa de Sebastiana Murillo, donde trabajaban como planchadoras y a pesar de la diferencia de edad, entablaron rápidamente una relación que iba más allá del ámbito laboral. Doña Lidia trataba a la muchacha como a una hija y, a su vez, Carmen extrañaba menos a su madre cuando estaban juntas.

Antes de presentarse delante de la joven, metió la camisa dentro del pantalón y se peinó el cabello con los dedos. Era negro como el azabache y lo llevaba un poco largo. Levantó ambos brazos y olfateó sus axilas para cerciorarse de que no apestaba a sudor.

Gonzalo se detuvo un momento delante de la puerta cuando escuchó los quejidos de su madre. Hacía al menos una semana que no se levantaba de la cama porque el dolor en sus articulaciones apenas le permitía moverse. Cerró el puño y lo estrelló contra la pared en un gesto de impotencia. Ella había trabajado

toda su vida con el único afán de que nunca les faltara nada. Sin embargo, los centavos que ganaba planchando en casa de doña Sebastiana, muchas veces no alcanzaban para cubrir todas sus necesidades. Por eso, durante muchos años y sin que ella lo supiera, Gonzalo volvió a hacer de las suyas para conseguir lo que su salario de planchadora no podía proveerles. Siempre había sido hábil con las manos y en vez de utilizar esa destreza en alguna actividad provechosa, había optado por una salida más rápida pero menos honrada: se convirtió nuevamente en un ladronzuelo que, valiéndose del descuido de la gente, robaba para llevarse algo de comer a la boca, cubrir las necesidades de su madre o agasajarla con un bonito presente en su cumpleaños. Jamás había lastimado a nadie y solo una vez había estado a punto de ser atrapado. Si no hubiese sido por la intervención del padre Morra, primo lejano de su padre, su secreto mejor guardado habría salido a la luz, causándole así un gran disgusto a su madre.

A partir de ese momento y en contra de su voluntad, ya que el cura le había advertido que le contaría todo a doña Lidia acerca de sus actividades poco cristianas si no acataba sus órdenes, Gonzalo no tuvo más remedio que enderezar su vida. Regresó para terminar la escuela y se convirtió en uno de los alumnos más aplicados. Con el beneplácito de doña Lidia, el padre Enrique Morra, quien se desempeñaba como cura vicario en la iglesia del Socorro desde el mes de noviembre de 1868, pasó a ser su tutor. Gracias a las buenas calificaciones del muchacho y a las influencias de algunos de sus feligreses más generosos, el padre Morra logró que el hijo de su primo ingresara a la facultad de leyes. Aunque lo había maldecido muchas veces por meterse en su vida, Gonzalo sabía que le debía al cura todo lo que era.

Se tomó unos instantes para borrar la angustia de su semblante y disfrazarla con una de sus mejores sonrisas. Lo que menos quería era que su madre advirtiera cuánto le dolía verla en ese estado calamitoso al cual sus débiles huesos la habían confinado. Cuando ingresó a la sala, Carmen se encontraba de espaldas a la puerta, echándole un ojo a la leche para que no hirviese. Se giró rápidamente al notar su presencia.

—Buen día, Gonzalo. —Lo observó por encima de su hombro con cierto disimulo.

—Buen día, Carmencita —respondió él, sin siquiera mirarla.

A Carmen le disgustaba que la llamara de ese modo. Podía consentir que lo hiciera su padre o su hermano mayor, pero no Gonzalo. Cada vez que se dirigía a ella con ese apelativo cariñoso que resultaba irritante escuchar de sus labios sentía que la trataba como una niña y ella hacía tiempo que había dejado de serlo. Con dieciséis años y tres meses era justo que empezara a verla como a una mujer. Un hondo suspiro que nadie percibió brotó de sus labios. Volvió a ocuparse de la leche, pero su atención estaba en la escena que se vivía a pocos metros de distancia y de la cual era testigo casi todas las mañanas.

Gonzalo se sentó junto a su madre y dejó que ella le acariciara el rostro.

—¿Cómo amaneció hoy, viejita? —preguntó después de besarla en la frente.

—Mejor, hijo. Mucho mejor —mintió doña Lidia—. No hace tanto frío... creo que hoy sí podré levantarme para ayudar a Carmen con el planchado. —Desde que había caído enferma, doña Sebastiana le enviaba la ropa a su casa. Los últimos días, quien terminaba planchándola era la joven, porque sus torpes y entumecidas manos ya no servían para cumplir con su trabajo.

—No es necesario que lo haga, ¿verdad, Carmencita? —La miró, buscando su complicidad—. Yo no tengo clases en la facultad hasta mañana y no creo que don Luis me extrañe si no voy hoy al despacho. Puedo quedarme con usted todo el día y ponerme a planchar si hace falta.

—¡Ni se te ocurra! —saltó doña Lidia sacudiendo la cabeza—. Planchar no es tarea para hombres, mi 'jito. Vos tenés que dedicarte a estudiar y a cumplir con los encargos que te hace el patrón. Nosotras nos podemos arreglar muy bien sin tu ayuda —aseguró, y para que no le quedasen dudas de que se encontraba un poco mejor, se incorporó despacio y, aunque con dificultad, consiguió sentarse en la cama.

Gonzalo observó cómo Carmen se acercaba a su madre y la ayudaba a levantarse. Hubiese querido intervenir, pero le bastó cruzar una mirada con su



madre para saber que no se lo habría permitido. Si él era tozudo, doña Lidia lo era mucho más. Desayunó un tazón de café con leche acompañado por una hogaza de pan untado con manteca y cuando ambas mujeres le dieron a entender que estaba de más, se despidió con un abrazo para su madre, una sonrisa en señal de agradecimiento para Carmen y salió rumbo a su trabajo en el despacho de abogados donde era asistente.

Apenas Gonzalo hubo cerrado la puerta, doña Lidia se dejó caer de vuelta en la cama. Cada vez le costaba más fingir delante de su hijo, pero gracias a la complicidad de Carmen, lograba hacerle creer que sus achaques, poco a poco, iban remitiendo.

—No debería ocultarle la verdad —se atrevió a decir la muchacha—. ¿Cuánto tiempo cree que le llevará a Gonzalo descubrir lo que sucede?

—Lo único que quiero es que mi muchacho no sufra —dijo Lidia a modo de justificación—. Ya perdió a su padre siendo muy pequeño, no es justo que ahora tenga que preocuparse por mi salud. Gonzalo debe concentrarse en sus estudios... Mi sueño es verlo convertido en un buen abogado y sé que si supiese la verdad, es capaz de abandonarlo todo para dedicarse solo a mí y eso no lo podemos permitir, ¿no te parece?

Carmen asintió. Comprendía las razones que esgrimía doña Lidia para mentirle a su hijo, y aunque no estaba de acuerdo, no había podido negarse cuando le pidió que la secundara en su plan. Lo que a ella realmente la incomodaba era el hecho de tener que engañar a Gonzalo de esa manera.

—Sé que no te gusta mentirle a mi hijo, querida —le apretó la mano—, pero algún día, cuando tengas a los tuyos, entenderás que una madre es capaz de cualquier cosa con tal de ver felices a sus hijos. Para poder seguir simulando delante de él que mi salud no empeora, necesitaré de tu ayuda. ¿Cuento con vos todavía?

Carmen era incapaz de negarle cualquier cosa. El afecto que sentía por ella justificaba cada una de sus acciones. Además, estaba Gonzalo... Por él también estaba dispuesta a lo que sea. Le acomodó la almohada detrás de su cabeza y

sonrió.

—Siempre puede contar conmigo, y lo sabe.

Doña Lidia asintió.

—Lo sé, muchacha. No me va a alcanzar la vida para agradecerte todo lo que hacés por mí. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Espero que el distraído de mi hijo sepa recompensarte como vos te merecés.

Carmen se quedó estupefacta. Ni siquiera se animó a cruzar la mirada con ella. Se incorporó y con la excusa de guardar el tazón en donde Gonzalo acababa de desayunar, le dio la espalda.

—No es necesario que te escondas de mí, Carmencita —dijo la mujer sonriendo con ternura ante la actitud vergonzosa de la joven—. Tampoco deberías seguir ocultando lo que sentís por mi hijo.

—No... no sé de lo que habla, doña Lidia —balbuceó Carmen alejándose hacia la estufa para arrojar otro trozo de leña que avivase un poco más el fuego—. Gonzalo y yo solo somos amigos.

—Pero vos querés ser algo más, ¿o me equivoco? —insistió doña Lidia.

La muchacha no respondió. Continuaba dándole la espalda, como si al hacerlo, pudiese guardarse para sí todo el amor que sentía por Gonzalo. Llevaba amándolo en secreto desde hacía tanto tiempo que creía que ese sentimiento se moriría con ella.

—Yo me conformo con la amistad de su hijo —mintió. Respiró hondo porque no quería echarse a llorar precisamente delante de ella, la madre del hombre al que amaba, la misma que la obligaba a mentirle y a ser cómplice de su engaño.

—Acercate —le pidió.

Carmen vaciló en obedecer. Estaba demasiado vulnerable, con unas inmensas ganas de llorar porque sabía que Gonzalo jamás correspondería a sus sentimientos. No necesitaba la lástima de nadie... Tras la muerte de su madre, y con solo diez años, había tenido que hacerse cargo de criar a sus hermanos pequeños. La vida la había obligado a crecer de golpe y a no mostrarse débil frente a los demás. Sin embargo, cuando miró a Lidia Funes a los ojos y percibió

con cuánta ternura la contemplaba, sintió que era la única persona con quien podía desahogarse. Sus hermanos apenas le prestaban atención, y su padre volvía a casa tan tarde y tan cansado del trabajo que ni siquiera tenían tiempo de hablar. Solo cruzaban un par de palabras y recibía un abrazo de su parte antes de irse a dormir. ¡Extrañaba tanto el cariño de una madre! Quizá por esa razón, dejó el orgullo de lado y se acercó a doña Lidia. Esa mujer enferma, que solo se preocupaba por el futuro de su único hijo, era lo más parecido a una madre que ella conocía. Se sentó a su lado y no se opuso cuando la tomó de las manos.

—¿Me permitís darte un consejo?

Carmen asintió.

—Hablá con mi hijo de una buena vez y confesale lo que sentís por él. Quizá es lo que Gonzalo necesita para atreverse a confesarte lo mismo.

Las palabras de doña Lidia dejaron boquiabierta a la joven. ¡No podía ser verdad! ¿Acaso... acaso había estado tan ciega?

—Conozco a mi hijo y sé que está enamorado —dijo la mujer como para reafirmar lo que acababa de soltarle—. Creo que se muere por decírtelo y no ha encontrado el momento adecuado para hacerlo. Por eso no estaría nada mal que vos diceses el primer paso. No es lo más habitual... pero en cuestiones del corazón está bien salirse un poco de las normas de vez en cuando, ¿no te parece?

Carmen seguía sumida en el silencio, tratando de asimilar la noticia mientras las lágrimas que había intentado evitar hacía apenas unos momentos empezaban a rodar por sus mejillas. ¿Era posible que Gonzalo también la amase? No quería hacerse demasiadas ilusiones; sin embargo, su madre lo afirmaba con tanto énfasis que se atrevió a pensar que podía ser cierto.

—Tengo miedo —fue lo primero que salió de su boca apenas la emoción le permitió hablar—. El amor que siento por su hijo es tan inmenso que no sé si podré soportar su rechazo.

—Es preferible arriesgarse a un posible rechazo a no decírselo nunca, querida. Si querés, yo puedo conversar primero con él para que...

—¡No! —saltó la joven, interrumpiendo el discurso de doña Lidia. Sus ojos

castaños brillaban más que nunca—. Es algo que debo hacer yo, pero necesito tiempo. No es sencillo para mí confesarle a Gonzalo que lo amo.

—Está bien, querida, no voy a presionarte —la tranquilizó—. Sin embargo, quiero pedirte que no tardes demasiado. Me gustaría convertirme en abuela antes de que el Señor me lleve a su lado. —Aunque su intención fue bromear con la joven, presentía que ese fatídico momento podría llegar más temprano que tarde—. Ahora que ya estamos de acuerdo, será mejor que terminemos de planchar lo que nos falta. Doña Sebastiana no nos perdonará si nos demoramos con la entrega de hoy.

Carmen abandonó la cama y se aproximó a la mesa en donde la esperaba una enorme pila de prendas de vestir que debía almidonar y planchar. Si bien últimamente le tocaba hacer casi todo a ella y acababa extenuada después de permanecer tantas horas de pie, esa mañana en particular realizó sus labores con una sonrisa en los labios.

Leonor iba bien prendida del brazo de su primo mientras la tarde languidecía y el cielo empezaba a cubrirse de nubes oscuras. Después de haberse salido con la suya y lograr que Rafael accediera a sus caprichos, la joven no podía sentirse más dichosa. A medida que avanzaban por el sendero principal del Paseo de Julio, una sonrisa de satisfacción le iluminaba el rostro. De no ser por la actitud algo distante de Rafael, quien prefería guardar silencio y dejar que ella hablara, cualquiera diría, al cruzarse con ellos, que eran una bonita pareja de enamorados. Sobre todo, por el embeleso con el cual Leonor contemplaba a su primo. Dos señoras elegantes, que lucían vestidos cargados de volados y puntillas de encaje, venían directamente hacia ellos. La de abundante cabellera dorada recogida con un moño encima de la cabeza hizo girar su sombrilla varias veces antes de posarla con delicadeza sobre su hombro izquierdo. Mientras, y con disimulo, enfocó sus ojos saltones en el maravilloso ejemplar masculino que avanzaba hacia ella y su acompañante a paso firme.

Leonor las reconoció de inmediato. Eran doña Carlota Villegas y su hija, la insoportable de Bernardita. Una muchacha antipática y engreída que, por ser la única heredera de una de las fortunas más cuantiosas de Buenos Aires, creía que era la candidata perfecta para todos los caballeros en edad de sentar la cabeza. Por supuesto, Rafael Álvarez Arriaga formaba parte de su lista de posibles pretendientes. Intentó desviarse de su camino para evitar un encuentro con ambas, pero no logró su cometido ya que fue la propia Bernardita quien se dirigió directamente hacia ellos con una sonrisa de oreja a oreja instalada en los labios.

—¡Leonor, Rafael! ¡Qué grata sorpresa! —exclamó impidiéndoles el paso. Con un beso saludó a la joven y luego extendió su mano hacia Rafael—. Pensé que ya te habías ido al campo —comentó, olvidándose rápidamente de Leonor para concentrarse en quien realmente le interesaba. Ahogó un suspiro cuando Rafael se inclinó hacia ella para besarle la mano por encima de su fino guante de seda color ciruela. A su lado, doña Carlota carraspeó, pero su hija ni la escuchó.

—Vuelvo a Capilla del Señor en unos días —anunció, empañando la alegría de ambas jóvenes y provocando un gesto de alivio, que tampoco nadie percibió, en doña Carlota Villegas.

—¿Nos dejás tan pronto, Rafael? Cuando estás en Buenos Aires apenas tengo oportunidad de verte. Precisamente ayer comentábamos en casa que nos gustaría mucho contar con tu presencia y la de tu familia en la fiesta que daremos para celebrar el aniversario de bodas de mis padres. Será pasado mañana por la noche. Si te vas al campo recién en unos días, entonces podrás acompañarnos, ¿verdad?

Rafael volvió a sentirse preso de sus propias palabras. Como cuando su prima le había pedido que permaneciera más tiempo en Buenos Aires, no encontró argumento para negarse. Miró a Leonor. Aunque era evidente que a ella la idea de una fiesta en casa de los Villegas no la entusiasmaba demasiado, tampoco tuvo el valor de contrariar la voluntad de Bernardita. Volvió a sonreír, atrayendo nuevamente la atención de las muchachas. Por su parte, doña Carlota continuaba

en silencio para no perderse ningún detalle de la conversación. Escudándose detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, observaba detenidamente al único hijo del difunto Ulises Álvarez Arriaga. Sin dudas, el joven había heredado el porte de su padre, sin embargo, había algo en él que le causaba desconfianza. Tenía que hablar seriamente con su hija apenas regresaran a la casa. No era prudente el desmedido interés que mostraba Bernardita por ese hombre.

—Intuyo que mi tía y mi prima estarán encantadas de aceptar tu invitación, Bernardita —manifestó Rafael al tiempo que miraba de soslayo a Leonor—. Haré lo posible por acompañarlas, pero no te prometo nada. Tal vez adelante mi viaje al campo.

Las palabras de Rafael echaron por tierra las ilusiones que tenía Bernardita Villegas de poder bailar con él y así, jactarse ante sus amistades de que había conseguido estar entre los brazos de uno de los hombres más poderosos y atractivos de la ciudad.

—Espero verte en casa pasado mañana, Rafael —dijo, taladrándolo con la mirada. Luego le dedicó una sonrisa seductora, que se transformó en una de simple cortesía cuando se dirigió a su prima—. Será un placer recibirlas a vos y a tu madre, Leonor.

—Debemos irnos, Bernardita —intervino doña Carlota. Lucía algo sofocada y tenía las mejillas encendidas—. Todavía hay mucho por hacer y no quiero que se nos escape ningún detalle. —Tironeó del brazo de su hija para que lograra apartar la mirada de Rafael y tras una breve despedida, se encaminaron en dirección contraria hacia una de las salidas.

Leonor volvió a aferrarse al brazo de su primo.

—Por la expresión en tu rostro, deduzco que no tenés muchas ganas de ir a esa fiesta —comentó Rafael retomando la marcha.

—No tengo nada en contra de los Villegas; es más, creo que son un matrimonio adorable. La que es insufrible es su hija. —Sopló con fuerza—. ¡Es arrogante, caprichosa y encima se la da de señorita fina porque tuvo la suerte de estudiar dos años en París! Te puedo asegurar que no hay nadie en Buenos Aires

a quien le caiga simpática.

—Tiene cierto encanto... ¡aunque concuerdo con vos, es demasiado engreída para mi gusto! —se apresuró a aclarar por temor a que su prima le diera un codazo mientras intentaba no soltar una carcajada. Era evidente que ambas muchachas no podían ni verse. Se preguntó si el culpable de esa animadversión tendría nombre y apellido.

Leonor sugirió hablar de algo más agradable y él no fue capaz de contradecirla. Continuaron con su paseo hasta que el cielo se tornó demasiado amenazador y no tuvieron más remedio que volver. Llegaron a su casa justo a tiempo antes de que una lluvia torrencial los sorprendiera.

Leonor subió a cambiarse de ropa y Rafael se encontró con la novedad de que un viejo amigo de su padre lo esperaba en el salón para tratar un asunto importante con él.

Mientras se dirigía a su encuentro, un montón de interrogantes le daban vuelta por la cabeza. ¿Qué sería eso tan importante que Roque Medina deseaba hablar con él? Hacía tiempo que no lo veía. Si la memoria no le fallaba, la última vez había sido en el funeral de su padre y ya habían pasado más de diez años desde ese nefasto día.

Cuando entró al despacho, un hombre con la espalda un poco encorvada y la cabeza rala se encontraba de pie junto a la ventana. Al oírlo entrar, se volteó y se lo quedó mirando. En realidad, durante unos cuantos segundos, ambos permanecieron en silencio, observándose mutuamente.

Fue Medina quien rompió el silencio.

—Espero no importunarlo con mi visita, Rafael. —Extendió el brazo y tuvo que esperar un instante hasta que él por fin estrechó su mano—. Sé que fue una descortesía de mi parte presentarme así, de repente, pero parto mañana mismo rumbo a Brasil y me urgía hablar con usted antes de embarcarme.

Rafael lo instó a que tomara asiento y ocupó su butaca al otro lado del escritorio.

—Disculpe si no le di el recibimiento que esperaba, pero la verdad es que me

sorprendió volver a verlo después de tanto tiempo —se sinceró Rafael. Abrió la cigarrera y le ofreció un puro, como muestra de su hospitalidad—. Supe que ahora se dedica a la industria naviera.

Don Roque aceptó el cigarro gustoso y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Ya lo disfrutaría esa noche, con una copa de champaña mientras yacía en los cálidos brazos de una de las chicas del burdel que frecuentaba con asiduidad desde que se había quedado viudo.

—Así es, muchacho. Hace tiempo que decidí cambiar el rumbo de mi vida. Tras la muerte de mi esposa, opté por vender mis tierras e invertir en un negocio más rentable y menos arriesgado. —Se peinó el frondoso bigote negro con los dedos y ensanchó los labios en una sonrisa—. Ahora soy socio de uno de los astilleros más importantes del país. Nuestros barcos llevan cruzando el océano casi dos décadas y le puedo asegurar que *Naviera Robles* es reconocida tanto en el territorio nacional como en el resto del mundo.

No era la primera vez que Rafael escuchaba hablar de *Naviera Robles*. Sabía que la empresa se había establecido en la zona ribereña de Quilmes y que allí no solo se dedicaban a transportar mercancía de un continente a otro, sino que también poseían un inmenso astillero en donde construían sus propios barcos.

—Sigo sin entender cuál es la razón por la cual ha venido a verme, señor Medina —manifestó Rafael más confundido que antes.

Roque Medina carraspeó. Luego se inclinó hacia delante y apoyó los codos encima del escritorio.

—No se trata de nada extraño, Rafael —dijo—. Si me he tomado la molestia de venir hasta aquí, es para hacerle un gran favor a mi socio y amigo, don Amancio Robles.

Rafael guardó silencio, prefirió dejar que continuara hablando para ver si lograba que por fin le explicase qué hacía en su casa. La paciencia no era precisamente una de sus mayores virtudes.

—Ha sido el mismo señor Robles quien me pidió que lo buscara. Está interesado en adquirir un caballo para su esposa y sabiendo que cuenta usted con



excelentes ejemplares, desea verlo lo antes posible. —Con un aire de misterio, se acercó un poco más por encima del escritorio y, bajando la voz, añadió—: Aquí entre nos, creo que mi socio también anda con ganas de entrar en el negocio de la cría de caballos y probar suerte en las carreras. He oído que fue uno de sus animales el que ganó esta semana en el hipódromo de Santa Teresa. ¡Lo felicito, mi amigo!

Rafael se llevó ambas manos al mentón y frunció el entrecejo. No conocía al tal Amancio Robles, ni siquiera estaba seguro de que hubiesen coincidido alguna vez en los pocos eventos sociales a los cuales lo obligaba asistir su tía cuando aparecía por Buenos Aires. Sin embargo, no podía desestimar un encuentro con él y mucho menos, pasar por alto el hecho de que estaba interesado en sumarse al negocio de la cría y reproducción de caballos. Nunca antes había contemplado la posibilidad de una sociedad. Cuando su ex suegro invirtió una fuerte suma de dinero para ayudarlo a comprar una cuadrilla de caballos de paso, que fueron los que luego hicieron prosperar el negocio, lo había hecho con la única condición de que a su hija nunca le faltase nada. Una transacción comercial que rápidamente le permitió hacerse de un nombre dentro del circuito de criadores de caballos.

—En unos días regreso a Capilla del Señor. ¿Cuándo cree que su socio podría reunirse conmigo?

Don Roque Medina sonrió satisfecho.

—Si no tiene inconvenientes, a Amancio le gustaría recibirlo en su casa del barrio de San Nicolás, mañana por la tarde.

Jugando con la paciencia de Medina, Rafael se tomó el tiempo necesario para pensar en su respuesta. No era bueno para un hombre de negocios como él, frío y calculador, mostrarse demasiado ansioso o interesado en encontrarse con alguien a quien ni siquiera conocía en persona.

—Dígale a su socio que lo veré en su casa mañana por la tarde, que él disponga la hora y allí estaré —dijo por fin, terminando con la ansiedad de su interlocutor.

—Excelente decisión, muchacho. Le aseguro que no se arrepentirá. —Sacó una tarjeta en donde estaba garabateada la dirección de los Robles y la dejó encima del escritorio. Luego se puso de pie—. No creo que volvamos a vernos en mucho tiempo. Como le dije, zarpo hacia Brasil mañana y estaré lejos de Buenos Aires durante varios meses. —Le tendió la mano—. Gracias por recibirme, Rafael. Me hubiese gustado quedarme un poco más y recordar los viejos tiempos que compartí junto a su padre, pero hay algunos asuntos pendientes que debo atender antes de mi viaje. —Pensó en la noche de placer que tenía por delante y se le hizo agua la boca. Por fortuna había dejado de llover y nada le impediría gastarse parte de su fortuna en el burdel. Valía la pena cada centavo que las chicas demandaban por sus caricias.

Rafael estrechó su mano y agradeció en silencio que la falta de tiempo le impidiera a don Roque Medina quedarse para hablar de su difunto padre. Llamó a uno de los criados para que lo escoltara hasta la salida y volvió a encerrarse en el despacho. Esa noche, durante la cena, ni siquiera les comentó a su tía y a su prima sobre su reunión con Amancio Robles.



## LA CONFUSIÓN

*P*ilar intentaba prestar atención a las palabras de Clarita Estrada, quien llevaba buena parte de la tarde hablando de su tema predilecto: José Emilio. Desde que su querida amiga había puesto los ojos en el botarate de su hermano, su conversación se había vuelto demasiado monótona. Los adoraba a ambos, aunque estaba convencida de que por más que Clarita se empeñase, José Emilio no le haría caso. Pilar incluso sospechaba que el corazón de su hermano mayor ya tenía dueña, pero no se lo había comentado a su amiga para evitarle la pena.

—¿No sabés a qué hora regresará José Emilio? —le preguntó por enésima vez mientras intentaba concentrarse en su bordado.

Pilar, ante la insistencia de Clarita, negó con la cabeza. Abandonó las agujas con la bufanda a medio tejer y se dirigió hacia la ventana para ver si así lograba que dejase de atosigarla con sus preguntas. Contempló el patio, en donde los rosales que su abuela cuidaba con tanto esmero se balanceaban a merced del viento. La aburrían sobremanera las labores de punto, las conversaciones triviales de su amiga y encerrarse a pasar la tarde en el salón cuando prefería estar en la cocina, preparando dulces o experimentando con nuevas recetas. Resopló; lo hizo con tanta fuerza que atrajo la mirada de Clarita.

—¿Qué es lo que pasa, Pilar? Hace un rato largo ya que te estoy hablando y vos no me prestás atención —le recriminó—. ¿Discutiste de nuevo con tu madrastra?

Aunque no era la verdadera razón de su estado de ánimo, Pilar asintió. Los enfrentamientos con Lorenza, su tía y ahora madrastra, se venían suscitando casi

a diario. Parecía que entre ellas siempre había motivos para un cruce de palabras, una mirada hierática o una discusión que muchas veces había terminado con una bofetada de parte de la esposa de su padre o un insulto hiriente que ella le soltaba antes de salir corriendo. Lo cierto es que estaba convencida de que jamás lograría llevarse bien con ella. No importaba las veces que don Amancio Robles la castigara por su rebeldía: odiaba a esa mujer y punto. Bastó que pensara en ella para traer al presente esa tarde en la que, siendo una niña de apenas siete años, había abandonado su siesta para escabullirse por los pasillos de la casa hasta terminar en la habitación de su padre. Lo que presencié allí la había perseguido todos esos años. Por las noches, atormentada por esa imagen pecaminosa que nunca hubiese querido ver, se despertaba con el cuerpo tembloroso y bañado en sudor. Las pesadillas solo habían servido para alimentar la inquina que sentía hacia su madrastra, y sabía que el sentimiento era mutuo. No creía en sus falsas muestras de cariño, que solo aparecían cuando alguien más estaba con ellas. No podía comprender cómo su hermano no era capaz de darse cuenta de la clase de arpía que era Lorenza Benavides. La muy zorra había conseguido ganarse el afecto y el respeto del hijo mayor de don Amancio, pero a ella no la engañaba. La única que estaba de su lado era su abuela Encarnación, quien siempre había adorado a su madre y por eso no veía con buenos ojos que su hijo se hubiese desposado con su cuñada, pocos meses después de haberse quedado viudo. Se volteó al oír el repiqueteo de unos tacones que ingresaban al salón.

—María del Pilar, tu padre mandó a avisar con Juancito que volverá temprano del astillero porque tiene una importante cita de negocios aquí en casa. Quiere agasajar a la persona que vendrá a verlo, invitándolo a cenar. ¿Por qué no prepararás uno de esos dulces que te salen tan bien? —sugirió Lorenza.

Pilar se mordió la lengua para no despotricar en su contra delante de su amiga. Sabía cuánto detestaba que la llamara de esa manera, aun así, se dirigía a ella usando su nombre de pila completo con el único afán de fastidiarla. Sospechaba que la idea de que ella se encargara del postre que endulzaría la velada de esa

noche no era suya. Lorenza no veía con buenos ojos que se pasara horas y horas metida en la cocina, con las manos cubiertas de harina y usando los delantales que le prestaban las criadas para evitar que ensuciara sus vestidos.

—Lo haré con mucho gusto, tía —respondió, devolviéndole la estocada. Nada enfadaba más a doña Lorenza, que el hecho de que ella la llamase “tía” delante de los demás.

Su madrastra optó por no caer en su juego. Miró a la insulsa de Clarita Estrada.

—¿Te gustaría quedarte y cenar con nosotros, muchacha?

—Me encantaría, doña Lorenza —respondió Clarita con el rostro iluminado por una sonrisa. Seguramente, le hacía ilusión poder compartir la mesa con José Emilio.

—Muy bien, iré a recostarme un rato. Hoy me he levantado con una terrible jaqueca y todavía no se me ha pasado —dijo la esposa de don Amancio llevándose una mano a la frente para hacer más creíble su relato.

Pilar no dijo nada y Clarita volvió a ocuparse del bordado. Cuando Lorenza se fue, las dos soltaron un suspiro al unísono. Intercambiaron miradas y se echaron a reír.

—¿No está cada día más insoportable? —preguntó Pilar alejándose de la ventana para arrojarse sobre el confidente. Observó la bufanda con displicencia. Llevaba tejiéndola varias semanas, avanzando muy despacio. No entendía cómo a su amiga podía gustarle pasar el tiempo entre telas, hilos y agujas. Para ella, la felicidad estaba en otro lado. Desvió su mirada hacia una de las puertas que daba a la cocina.

—Deberías hacer un esfuerzo y llevarte bien con ella —comentó Clarita apartándola de sus pensamientos—. José Emilio parece adorarla...

—¡Porque no sabe cómo es en realidad! —la interrumpió con ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho—. ¡Si yo te contara!

Clarita dejó el bastidor a un lado y la miró, expectante.

—Te escucho, Pilar. Sabés que podés confiar en mí. —Bajó la voz y oteó por

encima de su hombro para asegurarse de que nadie anduviese merodeando por los pasillos de la casa—. He mantenido tu secreto a salvo durante estas semanas y me he arriesgado incluso a que mi hermana dejase de hablarme.

—¿Qué querés decir?

—Lucía amenazó con no volver a dirigirme la palabra si no le contaba en qué andabas. Sabés que es muy observadora y asegura que, de un tiempo a esta parte, has cambiado. Me dijo que se dio cuenta de que algo te pasaba cuando en la tertulia que dieron los Aráoz te quedaste toda la noche de florero, rechazando las invitaciones a bailar de todos los muchachos que se te acercaban. Dijo que parecía que estabas esperando a alguien... y no se equivocaba. Si mal no recuerdo, Gonzalo llegó esa noche acompañando a José Emilio.

Pilar sonrió al evocar el momento exacto en el cual Gonzalo había ingresado al salón y todos a su alrededor desaparecieron. Llevaban viéndose a escondidas pocos días y buscaban cualquier momento para estar juntos. Para no levantar sospechas, se comportaron como siempre. Ante la gente, eran la hermana pequeña de José Emilio Robles y su mejor amigo. Cuando podían escabullirse y encontrar un momento para verse a solas, se convertían en dos jóvenes enamorados. El profundo suspiro que escapó de los labios de Pilar, provocó que Clarita hiciera un puchero.

—¿Por qué tu hermano no me mira como Gonzalo te mira a vos? —se lamentó.

Pilar se encogió de hombros.

—No sé qué decirte, Clarita. José Emilio es muy reservado; jamás ha mencionado a nadie en especial.

—¿Estás segura? —preguntó su amiga con impaciencia—. Si sabés de alguien que se haya interpuesto en nuestro camino, deberías decírmelo.

—Que yo sepa, no hay nadie todavía, aunque no es conveniente que te obsesiones de esa manera con mi hermano. Él podría darse cuenta de cuáles son tus intenciones y entonces se alejaría de vos —le advirtió, haciendo un enorme esfuerzo para no reír. Era imposible no tentarse con la expresión de susto que

ahora tenía Clarita dibujada en su pálido rostro. Se levantó, sirvió un poco de té en su taza y se la alcanzó.

—¿Vos pensás que José Emilio se asustaría si supiera que lo amo? —Clarita se bebió de un solo sorbo la infusión; lo hizo con tanta prisa que terminó tosiendo.

Pilar se encargó de quitarle la taza de porcelana importada de Francia antes de que rodara por el suelo y se hiciera añicos. Ni siquiera podía imaginarse el escándalo que armaría su madrastra si un desastre de semejante envergadura ocurriese.

—Yo pienso que exagerás al decir que lo amás, Clarita. —Corriendo el riesgo de que se enojara con ella, se atrevió a darle su opinión—. José Emilio es amable con vos y te trata con cariño. Sin embargo, es lo más normal del mundo, después de todo sos mi mejor amiga y te conoce desde que eras una niña.

—Eso no quita que yo haya podido enamorarme de él —repuso Clarita evidentemente ofendida por las palabras de Pilar—. ¿Acaso vos no sentís lo mismo por Gonzalo? ¿No te estalla el corazón de felicidad cuando lo ves? ¿No te falta el aire cuando no está con vos?

Pilar se mordió el labio. ¿Qué derecho tenía ella de juzgar los sentimientos de su amiga? Se acercó y se sentó a su lado, buscando quizá su perdón.

—Sos mi única amiga, Clarita, y no quiero que sufras. —Apretó sus manos de dedos finos y delicados entre las suyas. Las sintió frías—. José Emilio no ha demostrado ningún interés en vos y temo que su indiferencia termine rompiéndote el corazón.

—Si eso alguna vez sucede, sé que al menos tendré un hombro donde llorar mis penas.

Ambas muchachas se fundieron en un emotivo abrazo. Clarita, que era de lágrima fácil, fue la que se vio vencida rápidamente por el llanto. Pilar, en cambio, cerró los ojos para no llorar. Cada vez que era testigo de la desdicha de su amiga se sentía culpable por su propia felicidad. ¿Por qué Clarita no podía ser feliz como ella? A pesar de vivir su amor en secreto, ella al menos sabía lo que

era ser amada. ¡Tantas veces se había acercado a su hermano para hablarle sobre los sentimientos de Clarita! Sin embargo, se arrepentía a último momento. Si quería ayudar a su amiga, tendría que buscar por otro lado. Intentaría sonsacarle información a Gonzalo.

—¿En qué te quedaste pensando? —preguntó Clarita mientras se sonaba la nariz con su pañuelo de seda.

—En nada. —Tomándose del vestido, se puso de pie y regresó a la ventana. El cielo había vuelto a cubrirse de nubes y seguía soplando el viento—. Debería ir a la cocina y empezar a preparar el postre para esta noche. ¿Vas a quedarte? Parece que se avecina otro chubasco...

—No pienso desairar a doña Lorenza. Si no es mucha molestia, le pediré a tu cochero que vaya hasta mi casa con un recado para mis padres —anunció Clarita retomando su bordado—. Vos andá tranquila que yo me quedaré aquí esperando a que llegue tu hermano. Con suerte, viene acompañado. —Le guiñó un ojo.

El rostro de Pilar se iluminó. Clarita tenía razón. Aunque no lo esperaba esa noche, era posible que Gonzalo fuese a verla. Con una sonrisa que le cruzaba el rostro, abandonó la sala y se dirigió a la cocina.

Rafael extendió el fino bastón de ébano labrado y le dio un golpecito en la espalda a su cochero para que fuera más de prisa. De inmediato, Benito aflojó las riendas y con un rebencazo logró que los caballos aligeraran el trote. Todavía no había oscurecido, pero el cielo encapotado hacía que las calles pantanosas de Buenos Aires se fueran quedando vacías más temprano de lo habitual. La cita en casa de los Robles se había pactado para las seis de la tarde. Esa misma mañana, y antes de salir de viaje, don Roque Medina le había mandado a avisar con uno de sus empleados que su socio lo esperaba a esa hora y que exigía puntualidad de su parte. Sacó su reloj del bolsillo interno del chaqué y observó la hora. Faltaba todavía unos cuantos minutos para las seis. Llegaría a tiempo a su cita y el tal Amancio Robles no tendría que reprocharle su tardanza. Había conseguido



que Segundo, el mayordomo, le contase lo poco que sabía de él. Así, se enteró de que don Amancio Robles además de ser un hombre que había amasado una considerable fortuna dedicándose a la industria naviera, era un sujeto acostumbrado a hacer su santa voluntad. Estaba casado en segundas nupcias con quien fuese la hermana de su difunta esposa y tenía dos hijos. Las lenguas más osadas afirmaban que Robles y su cuñada habían sido amantes mientras su mujer aún vivía. A él poco le importaba la conducta moral de su posible futuro socio dentro de las cuatro paredes de su casa. Lo único que debía importarle era el hecho de que Robles estuviese dispuesto a invertir una fuerte suma de capital en la cría y reproducción de caballos. Lo demás lo tenía sin cuidado. Se aflojó el corbatín y estiró las piernas por encima del asiento. La inminente tormenta hacía más pesado el aire y allí adentro, parecía sofocarse. Estuvo a punto de desabrocharse los primeros botones de la camisa, pero optó por no hacerlo. Faltaba poco para llegar a su destino y no quería causar una mala impresión.

La calesa dobló en la esquina de la calle Del Temple y se detuvo unos pocos metros más adelante. Rafael se incorporó y corrió la cortina para observar la casa de los Robles con tranquilidad antes de bajarse. Por la majestuosidad de la propiedad de dos plantas, se podía decir que, efectivamente, Amancio Robles era uno de los hombres más ricos de la ciudad. Cuatro inmensos pinos custodiaban el frente del terreno que estaba circundado por un paredón pintado a la cal. Una de las hojas del portón de hierro se encontraba abierta y en la planta baja todas las habitaciones estaban iluminadas. Las del primer piso permanecían a oscuras. No había ningún movimiento en el lugar. Volvió a observar su reloj. Las seis menos diez. Era preferible llegar unos minutos antes, por eso se caló el sombrero, tomó su abrigo y de un salto se apeó del carruaje.

—No sé cuánto tardaré, Benito —le dijo al mulato—. Si empieza a llover, tenés permiso para echarte a dormir un rato en el interior de la calesa hasta que yo vuelva.

—Como usted mande, patroncito —respondió Benito con una sonrisa que hizo relucir su blanca dentadura.

El frío de ese anochecer de agosto le caló rápidamente los huesos, aun así, optó por no ponerse su abrigo. Se sobó las manos con fuerza y dando grandes zancadas enfiló hacia la casa. Solo tuvo que dar dos golpes con la aldaba hasta que una de las criadas le abrió la puerta. Se anunció con la muchacha diciéndole que don Amancio Robles lo esperaba. Tras recoger su sombrero y su abrigo, lo condujo por un amplio pasillo hasta la sala de estar.

—Espere acá, señor. Enseguida le aviso al patrón de su llegada.

Se marchó sigilosamente, dejando la puerta entreabierta. Rafael se giró sobre sus talones y contempló el lugar con cierta admiración. Si bien el mobiliario era elegante, no pecaba de fastuoso. Un sillón de tres cuerpos forrado en cuero gris ocupaba el centro de la sala. A ambos lados, dos butacas del mismo color completaban el juego. Una pesada alfombra con motivos florales cubría casi por completo el piso de madera lustrado. Se acercó para observar los detalles de una de las pinturas. Estaba concentrado en descubrir si se trataba de una imitación cuando algo peludo pasó corriendo entre sus piernas y lo hizo trastabillar.

—¿Pero qué diantres fue eso? —Miró hacia abajo, buscando al culpable de que casi terminara en el suelo y cuando levantó la vista se topó con una muchachita cubierta de harina que lo observaba con los ojos bien abiertos.

Durante unos segundos, permaneció en silencio, mirándolo con esa expresión de corderito asustado a punto de entrar al matadero. Si no hubiese estado tan enfadado hasta le habría causado gracia.

—Bruno, ¿dónde te metiste? —preguntó mirando a su alrededor mientras extendía el brazo. En su mano llevaba un trozo de alguna confitura, quizá con el propósito de atraer a la bestia peluda que se había escabullido entre sus piernas.

—¡Bruno, vení acá! —Avanzó un par de metros y se arrodilló sobre la alfombra.

Rafael seguía contemplándola a sus anchas. No había vuelto a mirarlo a los ojos y actuaba como si él no estuviera allí. Debajo de la harina y el pañuelo que le cubría la cabeza, distinguió a una hermosa muchacha. Supuso que sería criada de los Robles, una de las cocineras tal vez. Cuando se volteó para husmear

debajo de un aparador, vio que llevaba el cabello recogido en una elaborada trenza. Se agachó un poco más, quedándose con el trasero hacia arriba y apuntando directamente hacia él. Aun debajo de las enaguas y la falda del vestido, se podía adivinar la redondez de sus caderas.

La muchacha sonrió y él no pudo apartar la vista de su rostro. Pronto descubrió el motivo de su alegría. Detrás de un sillón, se asomaba el dichoso perro. Era pequeño y con abundante pelaje color dorado. Se acercó a ella lentamente, como si temiera una reprimenda y terminó echándose a su lado, con la panza hacia arriba en una clara actitud de sumisión. La bestia había caído rendido a sus pies. No era para menos... él también podría haber sucumbido a su encanto.

—¿Es tuyo? —preguntó para ver si lograba captar su atención.

Ella apartó la vista del perro solo para dedicarle una rápida mirada, pero ni se molestó en contestarle. Alzó a su mascota en brazos y se puso de pie. Cuando se dio cuenta de que pretendía marcharse, probó con otra estrategia.

—Deberías pedirme disculpas por lo que estuvo a punto de hacerme tu amigo, ¿no te parece, jovencita? —inquirió, cruzándose de brazos.

La muchacha se volteó y fue imposible no sentirse intimidado por la fuerza de su mirada.

—Bruno no hizo nada malo, señor —replicó, apretando al perro contra su cuerpo.

—Casi termino en el suelo por su culpa. —Era evidente que estaba molesta, cuando era él quien tenía todo el derecho de estarlo. Se aproximó a ella y no pudo evitar que retrocediera. Tampoco que el dichoso Bruno empezara a gruñir —. No me llevo demasiado bien con los perros, prefiero la compañía de un fiel caballo.

—Los perros también son muy fieles... sobre todo con aquellas personas que saben cómo tratarlos.

Rafael se sintió aludido con su comentario. Él no había maltratado a Bruno en ningún momento, pero parecía que la muchacha no pensaba lo mismo.

—Si me excedí, te pido disculpas —dijo, aflojando la tensión de la mandíbula con una sonrisa de oreja a oreja. El resultado no fue el esperado ya que ella lo miró con más desconfianza todavía. Incluso el perro había dejado de gruñir solo para mostrarle los dientes—. La antipatía es mutua, parece.

Con una caricia en la cabeza del animal, ella consiguió calmarlo.

—No se preocupe. —Por primera vez, sintió que la joven ya no estaba a la defensiva—. Reconozco que no debí permitir que Bruno se alejara de mi lado, pero alguien dejó la puerta de la cocina abierta y el muy ladino aprovechó para escaparse...

—Y supongo que tenés miedo de recibir un regaño de tus patrones si se enteran que importunó a uno de sus invitados —la interrumpió Rafael, terminando la frase por ella—. Quedate tranquila que yo no voy a delatarlos.

La joven estaba a punto de decirle algo cuando una mujer ingresó a la sala de estar y lo primero que hizo fue mirarla con espanto a ella y al perro.

—María del Pilar, ¿qué significa esto? Te he repetido hasta el hartazgo que no me gusta que ese animal ande dando vueltas por la casa. Su lugar está en patio o en la cocina. —Se retocó el peinado y le sonrió a Rafael—. Señor Álvarez Arriaga, supongo.

Él asintió.

—Así es, señora. Soy Rafael Álvarez Arriaga, a sus órdenes. Tengo una cita con don Amancio Robles.

—Mi esposo lo espera en su despacho, Rafael —le anunció Lorenza, dejando de lado las formalidades—. Yo misma lo acompañaré.

Por encima del hombro de la mujer, Rafael observó a la criada, que todavía continuaba en el mismo sitio, con el perro en brazos y una expresión de fastidio instalada en su rostro enharinado. Cuando pasó junto a ella, no resistió la tentación y le guiñó el ojo. Se preguntó si tendría la oportunidad de volver a verla antes de abandonar la casa de los Robles.

—Seguramente no vas reconocerlo públicamente, pero al menos conmigo podés ser sincero. ¿Estabas al tanto del atentado?

Gonzalo miró a su amigo por encima del vaso y se quedó perdido en sus propios pensamientos, dejando a José Emilio con la intriga. Aunque los unía una gran amistad, que había nacido entre los muros de la facultad de leyes, no compartían los mismos ideales. Mientras José Emilio era fiel a la política de Domingo Faustino Sarmiento y ambicionaba convertirse en senador o diputado tras recibirse de abogado; él proclamaba su simpatía por el Partido Nacionalista, que lideraba Bartolomé Mitre. Gonzalo no ocultaba su admiración por el ex presidente, un hombre apasionado que, en las épocas de mayor turbulencia y confusión, no había vacilado en alzar la voz y la espada para luchar por la unidad nacional. Cinco años antes, cuando la dupla Sarmiento-Alsina ganó las elecciones presidenciales, ellos, los liberales mitristas, se convirtieron en la oposición. Sin embargo, todo eso podía cambiar muy pronto. A comienzos de ese mismo año, mientras don Bartolo se encontraba en una misión diplomática en tierras paraguayas, sus camaradas lo proclamaron candidato para la presidencia de la república. Él había manifestado que no tenía interés en volver al cargo, pero ante la demanda del pueblo, accedió a asumir la candidatura. Sus oponentes eran el traidor de Manuel Quintana, quien se había pasado a las filas de los autonomistas; el vicepresidente Adolfo Alsina, y Nicolás Avellaneda, ministro de Instrucción Pública y amigo personal de Sarmiento. Durante el mes de febrero se llevarían a cabo las elecciones para diputados, y dos meses más tarde, las presidenciales.

José Emilio había tenido que dar la cara por él para evitar que terminara preso después de expresar abiertamente sus preferencias políticas durante una manifestación en la cual no solo participó, sino que también ayudó a organizar durante uno de los tantos encuentros secretos que se llevaban a cabo en la casa de otros miembros del partido. Según el discurso que había dado Sarmiento durante los festejos del veinticinco de mayo, esas manifestaciones populares no eran más que un intento inútil de unos cuantos insurrectos que buscaban debilitar

su gobierno. José Emilio estaba al tanto de las reuniones clandestinas y las actividades en las que se involucraba su amigo, pero jamás había intervenido, a no ser que fuese para salvarle el pellejo.

—No voy a mentirte —dijo por fin—. En nuestra última reunión se corrió el rumor de que se estaba armando algo bien gordo, pero nadie lo manifestó en voz alta. Si quieres que te diga quién está detrás del atentado, no podría hacerlo porque en realidad no lo sé —le aseguró—. Jamás fui partidario de emplear la violencia para conseguir nuestros objetivos. Eso no quita que algunos miembros de nuestro grupo actúen por su cuenta.

José Emilio sospechaba que Gonzalo se guardaba información, pero no iba a presionarlo porque estaba convencido de que sería inútil. Si conocía la identidad de quien había pergeñado el plan de asesinar al presidente, nunca se lo diría. Aunque descubrirlo significaría un gran punto a su favor en su futura carrera política, no traicionaría la confianza de su amigo. Lo estimaba demasiado como para jugarle sucio.

—Está bien, voy a creerte —dijo con resignación al tiempo que encendía un cigarro con el yesquero de plata que le había traído su abuela Encarnación de su último viaje a Europa—. Mejor cambiemos de tema que hablar de política con vos siempre me pone nervioso.

Gonzalo asintió. Cualquier cosa era mejor que terminar discutiendo con él por no compartir los mismos ideales.

José Emilio entrecerró los ojos y lo miró. Tras unos segundos en los que ambos permanecieron en silencio, fue el hijo mayor de Amancio Robles quien retomó la conversación.

—¿Vas a contármelo de una buena vez o tendré que adivinarlo?

Gonzalo miró a su amigo por encima del vaso y se quedó perdido en sus propios pensamientos. Tampoco era cómodo para él hablarle de Pilar en términos amorosos. Continuó callado y así mantuvo a José Emilio con la intriga durante un buen rato. No había sido sencillo mantener en secreto que se veía a escondidas con su hermana desde hacía unas semanas. Aunque le había

comentado que andaba interesado en una muchacha, el nombre de Pilar jamás había salido de su boca. No sabía cómo iba a reaccionar José Emilio cuando conociera la verdad, por eso sentía cierto reparo en confesarle lo que estaba ocurriendo a sus espaldas y las de su familia.

—Asunto de polleras —fue lo único que dijo antes de terminarse el aguardiente. El pulpero se le acercó con la intención de volver a llenarle el vaso, pero Gonzalo negó con la cabeza, rechazando su invitación.

José Emilio le dio una pitada a su cigarro. Exhaló con fuerza hasta que una nube de humo se deslizó entre ellos como una figura fantasmal que empezó a disiparse cuando Gonzalo la espantó de un manotazo.

—¿Quién es la desdichada? Si se puede saber, claro. —Cruzó los brazos encima de la mesa y le clavó la mirada.

Amparándose en el silencio y en los restos de humo que había dejado el cigarro, Gonzalo se debatía entre contarle sobre su romance con Pilar o seguir con la farsa que había inventado para protegerla. Tal vez era tiempo de sincerarse, al menos, con su mejor amigo.

—No sé si te va a gustar cuando lo sepas, José Emilio —repuso.

Por supuesto, las palabras que acababa de pronunciar Gonzalo no hicieron más que acrecentar las ganas que tenía José Emilio Robles de conocer por fin la verdad.

—Soy tu mejor amigo, el primero que está dispuesto a darte una mano siempre que te metés en problemas —le recordó—. ¿Cómo puede ser que ahora no quieras contarme en qué andás?

—No es eso, sabés que confío ciegamente en vos, sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —insistió.

La bulla proveniente de una de las mesas los distrajo por un momento. Un gaucho pasado de tragos se negaba a pagar la cuenta y el pulpero, furioso, trataba de sacarlo por la fuerza. Gracias a la intervención de otro parroquiano, que resultó ser un milico, el asunto no pasó a mayores. Bastó una amenaza de su parte para que el sujeto soltara el dinero y se fuera a dormir la mona a otro lado.

—Estoy enamorado de Pilar —le soltó Gonzalo a su amigo apenas la pulpería volvió a sumirse en la calma.

José Emilio se ahogó con el humo de su cigarro y comenzó a toser. Le tomó unos segundos reponerse del ataque de tos y de la impresión.

—¿Estás enamorado de mi hermana?

Gonzalo asintió.

—Ella corresponde a mis sentimientos y hemos estado viéndonos a escondidas desde hace un tiempo. —Ya está. Se lo había confesado por fin, no había sido tan difícil después de todo. Incluso sentía cierto alivio de que alguien más conociera su secreto.

En un principio, José Emilio no supo qué decir. La noticia lo había tomado por sorpresa. Gonzalo y su hermana... ¿Cómo era posible que jamás se hubiese dado cuenta? Él, que siempre estaba pendiente de su amigo, preocupado porque no se metiera en más líos, no había sido capaz de ver que se había enamorado. No sabía qué pensar, ni qué sentir.

—Veo que logré dejarte sin palabras —comentó Gonzalo, ansioso por oír su opinión.

José Emilio aplastó el cigarro en la mesa y se bebió el resto de ginebra que había dejado en el vaso. Cerró los ojos y respiró hondo cuando sintió que le quemaba la garganta. Era consciente de que ese momento llegaría algún día, pero comprendió que no estaba preparado para aceptar que él, su mejor amigo, se hubiese enamorado. ¡Nada más y nada menos que de Pilar! Trató de sonreír para no ponerse en evidencia. Había sabido sepultar sus propios sentimientos bajo una máscara todo ese tiempo y ahora debía seguir fingiendo, por su bien y el de su familia.

—Nunca me lo hubiera imaginado.

Gonzalo no percibió enojo en su semblante, solo sorpresa y confusión. Era lo más lógico. Nadie se esperaba que la hija de uno de los hombres más poderosos de Buenos Aires se hubiese enamorado de alguien como él. Podía llegar a entender la desaprobación de don Amancio, pero no estaba seguro si llegaría a



soportar que José Emilio lo repudiara por haber puesto sus ojos en la mujer equivocada.

—Nos queremos, José Emilio y aunque sabemos que es muy posible que jamás contemos con el apoyo de tus padres, a Pilar y a mí nos gustaría tenerte de nuestro de lado.

—Soy tu mejor amigo y el hermano mayor de Pilar. Ni siquiera deberías ponerlo en duda, Gonzalo. —Volvió a disfrazar su consternación con una sonrisa—. Cuenten conmigo... para lo que sea.

Gonzalo le dio una palmada en el hombro. Había hecho bien en revelarle la verdad. Pilar y él necesitaban un aliado, alguien que en el futuro les allanase el camino para poder vivir su amor en plenitud y así no tener que volver a esconderse de nadie.

Brindaron por la felicidad de los enamorados y después de que José Emilio pagó los tragos, dejaron la pulpería bajo una tenue llovizna.



## ESOS OJOS GRISES

**R**afael siguió a la esposa de Amancio Robles hasta su despacho. Se detuvieron delante de la última puerta y ella lo miró por encima de su hombro.

—Le he sugerido a mi esposo que lo invitemos a cenar y a él le ha encantado la idea, señor Álvarez Arriaga. Espero que no tenga ningún compromiso que le impida aceptar acompañarnos. Para nosotros sería un honor contar con su presencia en la mesa esta noche.

Rafael no planeaba quedarse más de lo necesario y estaba a punto de rechazar su invitación, cuando un relámpago sacudió el aire y en pocos segundos se largó a llover. Pensó en el pobre de Benito. El mulato se ponía nervioso con las tormentas y sabía que no la estaría pasando muy bien en la volanta.

—Me encantaría cenar con ustedes, señora. Si no es mucha molestia quisiera pedirle que le permitiera a mi cochero guarecerse de la lluvia en alguna de las dependencias de la casa.

—Sí, por supuesto. No se preocupe, ya mismo ordenaré que lo vayan a buscar. Puede quedarse en la cocina y compartir la comida con los criados —sugirió Lorenza sin quitarle los ojos de encima—. Ahora será mejor que pase, a mi esposo no le gusta que lo hagan esperar.

A Rafael le incomodaba la manera en la que lo miraba aquella mujer. Cada uno de sus gestos parecía estar ensayado. Le sonreía y, sin ningún reparo, se contoneaba al caminar. ¿Intentaba coquetear con él? Apartó de inmediato esa idea absurda de su cabeza. Tal vez era solo su imaginación o su falta de costumbre a la hora de socializar en la ciudad. Doña Lorenza se estaba

comportando como lo haría cualquier dama porteña con un invitado de su esposo. No era nada más que eso. De todos modos, y por precaución, evitó devolverle la sonrisa o mostrarse más amable de lo normal para no dar lugar a malos entendidos. Si quería que Robles invirtiese en su negocio, debía andarse con pie de plomo.

La mujer abrió la puerta del despacho y se apartó para permitirle pasar.

—Querido, el señor Álvarez Arriaga ya está aquí —anunció sin moverse de su sitio. Tras el “gracias, querida” de su esposo, Lorenza se fue para dejarlos que hablaran a solas.

Amancio Robles se puso de pie y se aproximó a él con el brazo extendido.

—Es un placer conocerlo finalmente, señor Álvarez Arriaga —dijo, estrechándole la mano con fuerza.

—Lo mismo digo, señor Robles.

—Llámeme Amancio, por favor. Si vamos a hacer negocios juntos estaría bueno que empezáramos a tratarnos con menos formalidad, ¿no le parece?

Rafael sonrió. Le gustaba que fuese directo al grano.

—En ese caso, deje el Álvarez Arriaga de lado y dígame Rafael.

Robles asintió complacido. En los negocios siempre era primordial tener una buena primera impresión y sin dudas, ese joven le había caído bien de entrada. Le pidió que se sentara y él ocupó nuevamente su butaca. Sobre el escritorio había una bandeja con un botellón de jerez y dos copas listas para ser llenadas.

—¿Quiere beber ahora o prefiere hacerlo después de que conversemos? —preguntó Amancio Robles, quien había previsto hasta el último detalle para que en la reunión con su posible futuro socio todo marchase sobre ruedas.

—Si llegamos a un acuerdo, pienso que lo más apropiado sería que aprovecháramos el jerez para brindar —remató, mostrándose confiado.

—Estupenda idea, Rafael. —Don Amancio se reclinó hacia atrás y se tomó un momento para observar al muchacho. Esperaba a alguien de más edad, sin embargo, el hecho de que fuese unos pocos años mayor que su hijo no le preocupaba en lo absoluto. Era suficiente garantía para él saber que Álvarez

Arriaga tenía una vasta experiencia en la cría y reproducción de caballos.

—Supongo que mi socio lo habrá puesto al tanto de cuáles son mis intenciones.

—Así es. —Rafael descansó su cuerpo en el respaldar de la butaca y se cruzó de piernas—. El señor Medina me comentó que usted desea hacerle un obsequio a su esposa, pero que la verdadera razón que lo llevó a reunirse conmigo es que está interesado en el negocio de los caballos. Incluso me aseguró que está pensando en desembolsar parte de su dinero para asociarse conmigo.

Amancio Robles asintió con la cabeza.

—Me consta que las carreras de caballos están dejando muy buenos dividendos y que en los últimos tiempos, varios de sus animales se han alzado con el primer puesto. Su nombre pisa fuerte dentro del circuito hípico de la campaña.

—La verdad es que no me puedo quejar, don Amancio. En este momento mi estancia cuenta con tres caballos campeones y estamos entrenando a dos jóvenes potrillos para que comiencen a correr muy pronto. Pero no solo nos dedicamos a los caballos destinados a las carreras cuadreras en *El Refugio*; gracias a un convenio con el ejército, también criamos percherones para abastecer a nuestras tropas.

Hablaba con orgullo y hasta con cierto grado de prepotencia, pero a Robles no le molestaba, muy por el contrario, le recordó a él mismo cuando tenía su edad y lo único que ambicionaba era llevarse el mundo por delante.

—Quiero probar suerte con los caballos y no cuento con la experiencia necesaria para arrancar con el negocio. No soy hombre de campo, Rafael. Siempre he vivido en la ciudad, dedicándome por entero a mis barcos —le explicó—, por lo tanto, tampoco tengo un espacio adecuado donde poder criar mis propios animales.

—Y ahí es donde entro yo —repuso Rafael curvando los labios en una media sonrisa.

—Exactamente, Rafael. Para empezar, me gustaría adquirir un par de sus

mejores caballos y que sean entrenados para correr cuanto antes. Estoy dispuesto a invertir el dinero que haga falta. —Estudió el rostro del joven. Parecía complacido con su propuesta.

—Precisamente en unos días llegará una cuadrilla del norte con cinco ejemplares criollos que planeo preparar para que participen el año que viene en la carrera que estamos organizando con el Racing Club de Capilla del Señor. Si usted gusta, puede venir a mi estancia y así estar presente cuando los reciba. Es muy importante que conozca desde adentro todo lo que tiene que ver con la cría y la reproducción de caballos. De paso, podrá elegir personalmente el obsequio para su esposa.

—Me gusta su propuesta, muchacho. El astillero sobrevivirá sin mí un par de días, asumo que mi familia también —bromeó.

—Si no surge ningún contratiempo en el camino, la cuadrilla arriba este fin de semana a Capilla de Señor. Froilán, el capataz de la estancia y mi mano derecha, viajó especialmente hasta Catamarca para dirigir el traslado.

Amancio se puso de pie y rodeó el escritorio. Con la confianza que le daba estar frente a su futuro socio, se acercó y le palmeó el hombro.

—No se hable más, Rafael. Prepararé todo para viajar este fin de semana a Capilla del Señor —dijo con entusiasmo—. Supongo que ahora sí le parecerá oportuno que probemos el jerez.

Estaban alzando sus copas para brindar por la futura sociedad entre ambos cuando una de las criadas llamó a la puerta y les anunció que los esperaban en el comedor.

—Me complace que haya aceptado mi invitación —manifestó Robles tras beberse el jerez—. Mi esposa y mi hija se esmeraron mucho con esta cena y habría sido una verdadera lástima que no hubiese podido disfrutarla. Los dulces que prepara mi niña son una delicia, ya lo verá.

Salieron del despacho y Amancio guio a Rafael a través de un angosto pasillo hasta el comedor. Allí lo esperaban su esposa, su madre, Clarita Estrada y José Emilio, quien acababa de llegar de la calle. Había tres puestos vacíos. El de la

cabecera lo ocupó Robles; por indicación de doña Lorenza, Rafael se sentó a su derecha.

—¿Por qué mi hija todavía no se ha sentado a la mesa? No me gusta que llegue tarde, sobre todo cuando tenemos invitados a cenar.

—Tenés que disculpar a la niña, hijo. Se pasó casi toda la tarde en la cocina, si no le hubiese dicho que subiera a su habitación para acicalarse un poco, todavía estaría metida allí —intervino doña Encarnación, saliendo en defensa de la jovencita—. Imagino que el señor Álvarez Arriaga no se sentirá ofendido por el retraso de mi nieta.

—Por supuesto que no, señora —respondió amablemente.

—A mi esposa ya ha tenido el gusto de conocerla, Rafael. —Miró a Lorenza, luego se dirigió a los demás comensales—. Ella es mi madre, doña Encarnación Iribarren viuda de Robles, y a su lado se encuentra Clara Estrada, la mejor amiga de mi hija. Clarita para los más allegados. —Rafael inclinó la cabeza en dirección a ellas a modo de saludo—. Y ese muchacho con aspecto de erudito es mi hijo mayor, José Emilio, estudiante de leyes y futuro baluarte de la política de este país.

—Es un placer recibirlo en nuestra casa, señor Álvarez Arriaga —manifestó la esposa de Robles actuando como la anfitriona perfecta. Ella estaba convencida de que había sabido ganarse ese lugar dentro de la familia y de la casa con esfuerzo y dedicación, por eso hizo caso omiso al carraspeo que emitió la anciana para mostrar su disconformidad.

—Es para mí un placer compartir la cena con ustedes, señora —contestó Rafael retribuyendo su amabilidad. Se apartó un poco para permitirle a la criada que le sirviera la sopa y colocó una servilleta sobre sus piernas. Cuando levantó la vista, se quedó pasmado. Allí, a solo unos pocos metros de él y de pie junto a la puerta, se encontraba la misma muchacha con la que se había topado en el salón mientras esperaba que Robles lo recibiera.

—¡Hija, por fin! —exclamó don Amancio con cierto alivio. Estaba molesto por su tardanza, pero se lo reprocharía en otro momento. Le hizo señas de que

ocupara la silla vacía junto a su amiga Clarita y luego se dirigió al invitado—. Rafael, ella es Pilar, mi hija pequeña. Vuelvo a pedirle perdón en su nombre por no bajar antes a cenar.

Rafael la observó atentamente mientras ella rodeaba la enorme mesa familiar para sentarse al lado de su amiga. Percibió de inmediato su incomodidad y él se sintió un completo idiota por haberla confundido con una de las cocineras de la casa.

—No hay nada que disculpar —dijo cuando logró reponerse de la sorpresa— sobre todo porque la razón de que su hija haya llegado tarde se debe a que estuvo preparando esta cena en mi honor. —La miró fugazmente, solo para comprobar que ella se había ruborizado.

De entrada, degustaron una exquisita sopa de abril con carne y chorizo picados. Fiel a la receta originaria del Alto Perú, en el fondo de la sopera de porcelana, habían colocado unas finas rebanadas de pan tostado a la parrilla. Como primer plato, se sirvió puré de lentejas con aceitunas y huevos duros cortados en rodajas. Mientras esperaban el menú principal, un rebozado de cabrito aderezado con salsa de miga de pan desleída en jugo de tomate, don Amancio aprovechó para comunicarle a la familia sobre su inminente viaje a Capilla del Señor.

—¿De verdad tenés que ir? —preguntó su esposa, poco conforme con la noticia.

Robles tomó su mano por encima de la mesa y sonrió.

—Es una propuesta difícil de rechazar, querida. Rafael me ha invitado a su estancia para que conozca todo lo relacionado con la cría y reproducción de caballos. —Obvió mencionar que también iría para elegir un ejemplar para obsequiárselo. Quería darle una sorpresa—. Si quiero entrar en el negocio, lo mejor que puedo hacer es ver todo con mis propios ojos.

—Comprendo, querido, pero es que tenemos el fin de semana casi encima y no hay tiempo suficiente para organizarlo todo...

—No hay nada que organizar, saldré el sábado por la mañana bien temprano y

me llevaré a dos hombres conmigo —le explicó para tranquilizarla. Con los últimos acontecimientos era normal que se preocupase por su seguridad—. El lunes ya estaré de regreso en Buenos Aires.

—Si le angustia que algo malo le pueda ocurrir a su esposo en el camino, yo mismo puedo disponer un par de hombres de más para que lo escolten hasta *El Refugio*.

—¿*El Refugio*?

Rafael se volteó hacia doña Encarnación.

—Ese es el nombre de mi estancia, señora.

—¿Por qué se llama así? —quiso saber Clarita, famosa por su insaciable curiosidad.

—Porque ese manajo de tierras se ha convertido en un refugio para mí. —A nadie le pasó inadvertido el brillo en sus ojos grises al hablar de su estancia—. Paso allí la mayor parte del tiempo; siempre he sido un hombre de campo y cuando vengo a Buenos Aires, no veo la hora de volver.

—Y supongo que, en ese manajo de tierras, hay una esposa esperándolo.

Pilar le dio un pisotón a Clarita por haber hecho semejante comentario. La muchacha se mordió los labios para aguantarse el dolor y le lanzó una mirada asesina a su amiga.

—Clarita, no seas entrometida —la reprendió Lorenza a pesar de que en realidad la habría aplaudido por su atrevimiento. A ella también le interesaba conocer la vida privada de un hombre como Rafael Álvarez Arriaga.

—De hecho, sí hay alguien esperándome en *El Refugio* —respondió él, saciando la curiosidad de las damas presentes en la mesa—. Se llama Aurora y es la mujer más dulce del mundo. Aunque cumple el rol de ama de llaves de la estancia, es mucho más que eso para mí. —Antes de que sacaran conclusiones equivocadas, agregó—: Aurora es como mi madre, es quien estuvo a mi lado cuando más lo he necesitado.

—No está usted casado entonces —comentó la esposa de Amancio Robles. Con lo que acababa de decir y la ausencia de un anillo en su dedo, daba por



sentado que era un hombre libre.

Rafael se mojó los labios con un poco de vino antes de contestar a su pregunta.

—Lo estuve, pero mi esposa murió hace poco más de dos años.

Todos guardaron silencio ante semejante revelación. Jamás se hubiesen imaginado que a su edad ya hubiese enviudado.

—El señor Álvarez Arriaga desea disfrutar de la cena y no ser sometido a un interrogatorio —intervino Amancio cuando la conversación empezó a invadir la privacidad de su futuro socio—. Siento mucho lo de su esposa, Rafael, y le pido disculpas si las mujeres de esta casa lo han importunado con sus preguntas.

—Supongo que la curiosidad es la perdición del género femenino y no podemos culparlas por eso —dijo en un tono que intentó ser conciliatorio, pero terminó por generar otro incómodo silencio en la mesa.

Pilar se contuvo antes de abrir por primera vez la boca y decir algo inapropiado. ¿Desde cuándo ser curioso era pecado? No estaba de acuerdo con el comportamiento demasiado desfachatado de Clarita, pero tampoco tenía derecho a lanzar semejante comentario. Esperó para ver si su padre decía algo al respecto, pero estaba visto que esa noche lo más importante para él era no contrariar a su dichoso invitado. Lo observó atentamente mientras se disponía a probar el rebozado de cabrito que ella misma había ayudado a elaborar.

Llevaba el cabello bien recortado en la nuca, aunque algunos mechones le caían hacia adelante cada vez que inclinaba la cabeza. Cuando él se despejó la frente porque le molestaba, se fijó en sus dedos: eran largos y fuertes. Tenía la piel curtida por el sol y un espeso bigote bien recortado. De repente, sus pensamientos se dispararon y se imaginó que afeitado luciría más atractivo. Que no le hubiese causado una buena impresión durante su primer encuentro no invalidaba el hecho de que el señor Rafael Álvarez Arriaga poseía cierto encanto. Él alzó la cabeza y le clavó la mirada. Pilar se atragantó con la comida y tuvo que beber un poco de agua. Se sintió totalmente expuesta bajo el poder de esos ojos grises que habían vuelto a enfocarse solo en ella. Su abuela

Encarnación comentó algo sobre el clima, alabando a Dios por que por fin hubiese dejado de llover y logró que Rafael ya no la perturbase de esa manera.

Cuando llegó la hora del postre y se agasajó al invitado con una ambrosía bañada en Oporto, Pilar se convirtió en el centro de todos los halagos. La única que no se molestó en felicitarla fue Lorenza. Solo se limitó a asentir cuando su esposo ponderó las dotes culinarias de su hija.

—Jamás he probado una ambrosía tan deliciosa —opinó Rafael deseoso de entablar un diálogo directo con la hija de don Amancio—. La felicito, señorita Robles.

Pilar se limpió los labios con una servilleta y le sonrió. No podía ser descortés con él, mucho menos delante de su padre.

—Gracias, señor Álvarez Arriaga. Me alegra mucho que le haya gustado. — Lo miró a los ojos apenas un instante y esa ráfaga de segundos en la cual intercambiaron miradas bastó para que se le acelerara el corazón. ¿Qué demonios le sucedía? Tuvo la sensación de que ese hombre podía ver a través de ella, por eso bajó la vista después de responder a su halago.

Don Amancio, quien no se perdía detalle de todo lo que ocurría a su alrededor, percibió la inquietud de su hija ante la presencia de Rafael Álvarez Arriaga. Sobre todo, fue testigo de la atención que el joven le prodigaba desde que se había sentado a la mesa. Era comprensible que una jovencita de su edad se sintiera cohibida si un desconocido la miraba de esa manera. También era normal que, a sus diecisiete años, Pilar atrajera el interés de un hombre experimentado como Álvarez Arriaga. Mientras los demás conversaban sobre trivialidades, los observó en silencio durante un rato. No fue difícil imaginarse a su hija del brazo de su futuro socio. Calculó que sería unos diez años mayor que ella, pero la diferencia de edad no suponía ningún obstáculo. María, la madre de sus hijos, también era más joven que él cuando se pactó su matrimonio y fueron felices hasta que ella enfermó. Empezó a especular con la posibilidad de que Pilar se convirtiese en la esposa de Rafael Álvarez Arriaga. No era una idea descabellada, todo lo contrario. Él era uno de los hombres más poderosos de la

región. Gozaba de prestigio, apellido y fortuna. Cualidades que todo padre aspiraba encontrar para casar bien a su hija. Miró de reojo a su invitado. Había enviudado joven y seguramente ya estaba pensando en volver a casarse. Pilar era un dechado de virtudes, la candidata perfecta para que un hombre como Rafael Álvarez Arriaga rehiciera su vida amorosa. Sin dudas, el enlace de su hija con su socio fortalecería la relación comercial entre ambos. Aunque lo movía un interés más monetario que sentimental, no había mucho que pensar al respecto, solo debía propiciar un acercamiento entre ellos para lograr su objetivo. Por eso cuando Rafael mencionó que estaba invitado a la fiesta que organizaban los Villegas en su casa con motivo de la celebración de su aniversario de bodas, vio la ocasión perfecta para echar a rodar su plan.

Esa noche, en su habitación, decidió contarle a su esposa cuáles eran sus intenciones.

—¿Rafael Álvarez Arriaga y María del Pilar? —exclamó Lorenza mirándolo por encima de su hombro mientras Dominga, la criada que se encargaba de ayudarla a desvestirse, le bajaba las enaguas.

—Sí. Creo que es el candidato perfecto para nuestra hija. —Nunca se refería a Pilar y a José Emilio como suyos solamente. Los años que Lorenza llevaba a su lado, cuidando de sus hijos desde que eran pequeños, le habían otorgado el título de madre. A pesar de que Pilar y ella no congeniaban demasiado, no dudaba del cariño que sentía su esposa por la muchacha—. ¿No has notado cómo la miraba durante la cena?

Lorenza le dijo a Dominga que esa noche ella misma se cepillaría el cabello y la criada abandonó la habitación antes de lo habitual. No era prudente que oyera la conversación de sus patrones. La negra era de lengua suelta, y más temprano que tarde, el resto de los habitantes de la casa terminarían por enterarse de los planes que tenía don Robles para su hija menor. Se sentó en el taburete y comenzó a deshacerse el peinado, quitándose las horquillas que le sostenían el rodete en lo alto de la cabeza. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en las palabras de su esposo. Claro que había notado la manera en que Rafael

contemplaba a la insoportable de su hijastra. ¡Incluso había sentido celos de no ser ella el blanco de toda su atención!

—No deberías precipitarte, querido —comentó mientras lo observaba a través del espejo—. Acabamos de conocerlo y sabemos muy poco de él como para que ya estés pensando en convertirlo en nuestro yerno.

Amancio se rascó la cabeza. Aunque todavía no había cumplido los cincuenta, estaba quedándose calvo.

—Yo creo que es el indicado, Lorenza. Después de lo que vi en la mesa, te puedo asegurar que Álvarez Arriaga aceptará cortejar a Pilar sin ninguna objeción.

Lorenza sabía mejor que nadie que, cuando su esposo tomaba una decisión, era inútil tratar de hacerlo cambiar de opinión. Lo había comprobado poco tiempo después de la muerte de su hermana, cuando todos se oponían a que volviera a casarse tan pronto y él hizo oídos sordos al qué dirán y la llevó al altar sin importarle nada, solo lo que sentía por ella. Esa fortaleza de carácter había sido lo que la había conquistado casi una década atrás. Provocando el escarnio de una sociedad que la repudió por su conducta inmoral, se enamoró de su cuñado, pasando por encima de su propia hermana y convirtiéndose en su amante cuando María cayó gravemente enferma. Aunque no estuviese del todo de acuerdo con lo que planeaba hacer, una vez más y como lo había hecho siempre durante todo ese tiempo, apoyaría la decisión de su esposo. Además, debía reconocer que le seducía la idea de que Rafael Álvarez Arriaga formase parte de la familia.

—Te quedaste callada de repente. —Amancio dejó la cama y se aproximó a ella. Le acarició el hombro mientras la recostaba sobre su abdomen—. Pilar va a cumplir dieciocho años, es hora de que piense en casarse y ese muchacho es un excelente candidato. Antes de partir, me comentó que asistirá mañana por la noche a la tertulia que ofrecen los Villegas en su casa. ¿Nosotros hemos sido invitados, querida?

Lorenza respiró hondo cuando la mano de su esposo se deslizó hasta tocar uno

de sus pechos.

—No todavía, Amancio —respondió contorneándose hacia adelante para intensificar sus caricias. Él le apretó suavemente uno de los pezones y Lorenza ahogó un gemido—. Puedo adivinar cuál es tu intención... Si querés, mañana puedo hacerle una visita a doña Carlota para preguntarle por qué ha olvidado incluirnos en la lista de invitados a su fiesta.

Amancio sonrió complacido.

—¿Qué haría sin vos, Lorenza? —preguntó ayudándola a ponerse de pie.

Ella le rodeó el cuello con los brazos desnudos y aplastó su cuerpo contra su apremiante erección.

—Estaría perdido sin mí, don Robles —le susurró al oído mientras lo empujaba de regreso a la cama. Se deshizo de las últimas prendas que le cubrían la piel y se arrojó sobre él para montarlo a horcajadas.

Lorenza Benavides de Robles siempre había sido una mujer apasionada, pero esa noche en particular, se entregó a su esposo en cuerpo y alma como nunca antes lo había hecho.

*Querido diario, no pensaba escribir nada esta noche porque estoy cansada y apenas puedo mantener los ojos abiertos. Estuve casi toda la tarde metida en la cocina, ayudando con la cena y preparando una ambrosía para agasajar al invitado de papá. El señor Álvarez Arriaga es un hombre extraño... Hay algo en él que me genera desconfianza. En la mesa no dejó de mirarme y eso me puso muy nerviosa. Creo que Rafael —ese es su nombre de pila— estaba avergonzado por lo que ocurrió mientras él esperaba ser atendido por papá. Bruno se robó un pedazo de dulce y escapó de la cocina para que no lo regañase. Logró escabullirse en el salón y casi hace que ese hombre termine de bruces en el suelo. Yo estaba cubierta de harina y llevaba un delantal encima del vestido. Creo que mi aspecto ayudó a que él pensara que era una de las cocineras. Quise sacarlo de su error, pero apareció la odiosa de mi madrastra y*

*no tuve oportunidad de explicarle quién era yo en realidad. ¡Hubieses visto la expresión de su cara cuando entré al comedor y se dio cuenta de que era la hija de Amancio Robles! Confieso que hasta sentí pena por él, pero no fue mi culpa que me confundiera con una de las criadas. Elogió mi ambrosía y aseguró que era la más deliciosa que había probado en su vida. Olvidando el pequeño incidente que protagonizamos más temprano, fui respetuosa con él y le agradecí su cumplido. Papá jamás me hubiese perdonado si salía con alguna tontería. ¡Y no quiero imaginarme el sermón que me soltaría si se entera de lo que pasó más temprano entre su futuro socio y yo! Clarita, tan insolente como de costumbre, entabló una conversación con él y así supimos que enviudó hace poco más de dos años. Es más joven que papá, pero más viejo que José Emilio o Gonzalo.*

*Gonzalo... ¡cómo me habría gustado que estuviese presente durante la cena! Estoy convencida de que entonces ese hombre no se hubiese atrevido a mirarme de la manera en que lo hizo...*

—Niña Pili, ¿qué tanto escribe en ese dichoso cuaderno?

A Pilar casi le da un síncope cuando la nana Jesusa se apareció de repente en su habitación con el cepillo en la mano.

—Nada, nana —respondió, cerrando el diario con rapidez para evitar que la negra espicara algo de lo que acababa de escribir. Aunque no había aprendido a leer de corrido todavía, sabía garabatear su nombre y conocía muchas de las letras del abecedario.

—El que pregunta no yerra, mi niña. Usted sabrá lo que hace —dijo Jesusa encogiéndose de hombros, fingiendo que le importaba poco lo que volcaba en las páginas de su diario con tanta pasión. ¡Nada más alejado de la realidad! Desde que Pilar no tuvo más remedio que confesarle que se veía a escondidas con el amigo del niño José Emilio, vivía con el corazón en la boca, temerosa de que don Amancio o la malvada de su esposa la descubrieran.

Pilar emitió un sonoro bostezo y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Va a querer que la peine esta noche o está demasiado cansada para que su

nana la mime?

—Nunca estoy demasiado cansada como para rechazar tus mimos, nana —le dijo a modo de tregua. Sabía que podía confiar ciegamente en ella. Esa negra que la había amamantado desde muy pequeña, porque su madre se había quedado sin leche, nunca revelaría su secreto más sagrado. Podía no aprobar lo que estaba haciendo, incluso pensaba que Gonzalo no era hombre para ella y se lo repetía siempre que le era posible, pero jamás haría nada para perjudicarla. El amor incondicional que le brindaban la nana Jesusa y su abuela Encarnación había paliado la ausencia de su madre durante todos esos años. Por eso nunca había necesitado del falso cariño que le profesaba su tía Lorenza.

La negra le quitó los moños de raso color celeste que le adornaban el cabello y comenzó a cepillarlo. Miró a la joven a través del espejo y supo que intentaba decirle algo. Cuando movía las manos de esa manera y le costaba permanecer quieta, era porque algo la perturbaba. Conocía cada uno de sus gestos, también todas sus mañas.

—Algo le preocupa a mi niña Pili, lo sé. —Dejó de cepillar su sedoso cabello apenas durante un segundo para contemplarla directamente a los ojos y tratar de indagar lo que pasaba por su cabeza. Como ella continuaba en silencio, retomó su tarea y como quien no quiere la cosa, agregó—: ¿Quizá su inquietud tiene que ver con ese caballero que visitó al patrón y compartió la cena con la familia?

Pilar apartó la mirada y la negra supo que había dado en el clavo.

—El cochero del señor Álvarez Arriaga se refugió de la tormenta en la cocina y doña Lorenza hasta dio permiso para que comiese con nosotros. Le gusta hablar hasta los codos y con la panza llena, Benito respondió a cada una de las preguntas que le hicimos. Según nos contó, lleva trabajando para los Álvarez Arriaga desde que era prácticamente un niño, cuando el padre de su señor aún vivía...

—Se llama Rafael —acotó Pilar, interesada en su relato.

A Jesusa no le causó sorpresa que tuviese tan presente el nombre de ese señor. Ahora ya no tenía dudas de que el tal Rafael era el culpable del extraño

comportamiento de su niña.

—Según explicó, después de la muerte de su actual patrón, una tía y una prima se mudaron a la casa que los Álvarez Arriaga tienen en el barrio de Barracas, allá por la calle Comercio y unos días después, se les unió el señor Rafael.

—¿No vivía con su padre? —preguntó Pilar frunciendo el ceño.

La negra negó con la cabeza.

—No, él pasó muchos años encerrado en un colegio. —Jesusa seguía cepillándole el cabello, poniendo especial cuidado en los bucles que se le formaban a los costados de la cabeza y que su niña adoraba dejar sueltos para que le enmarcasen el rostro. Era una tarea que realizaba todas las noches desde que doña María había muerto—. Benito dice que su patrón pasa poco tiempo en la ciudad porque prefiere la vida de campo y que vino a Buenos Aires especialmente para celebrar el cumpleaños de su tía.

—Durante la cena comentó que planea regresar a su estancia en un par de días; habló de ese lugar con mucha nostalgia. Papá viajará este fin de semana también para allá y por supuesto, a mi tía no le gustó nada la idea.

—De esa arpía se puede esperar cualquier cosa y usted lo sabe mejor que nadie —manifestó sin empacho la nana Jesusa. Ella no soportaba a la mujer del patrón. Desde un primer momento supo que se había acercado a su difunta hermana para escapar de la vida miserable que llevaba desde que su esposo muriera, dejándola envuelta en un escándalo por una deuda de juego que terminó siendo saldada por el propio Amancio Robles. Pero sin dudas, el desprecio hacia doña Lorenza se multiplicó el día que su niña, toda asustada y llorando a mares, le relató lo que había visto en la habitación de su reciente fallecida madre cuando se escapó de una de sus habituales siestas.

—¿El tal Benito no hizo ningún comentario acerca de la esposa del señor Álvarez Arriaga?

—¿Ese hombre está casado? —se asombró la negra.

—Ya no. Es viudo, nana. Contó que su esposa murió hace dos años más o



menos, pero fue lo único que dijo durante la cena antes de que lo interrumpiesen. —Se quedó mirándola, aguardando ansiosa que le contara más sobre el futuro socio de su padre.

—No sé qué otra cosa decirle, niña. Cuando el cochero se dio cuenta de que a cambio de una ración extra de comida intentábamos sonsacarle información de su patrón, optó por cerrar la boca. Ese negro era más raro que gallina con trenza —comentó Jesusa, quien acostumbraba a rematar alguna de sus frases con un refrán. Dejó el cepillo sobre la cómoda y con los brazos cruzados la miró muy seriamente—. ¿Por qué así, de repente, tiene tanto interés por ese caballero?

—Por nada en especial, nana. Simple curiosidad —respondió encogiéndose de hombros—. Si va a ser el socio de papá, seguramente frecuentará la casa y quería conocer un poco más de él.

—Si es por eso, no debe preocuparse, niña Pili. Benito aseguró que Álvarez Arriaga casi nunca se aparece por la ciudad, solo en pocas ocasiones abandona su estancia para venir a Buenos Aires. Con suerte, no volverá a verlo en mucho tiempo.

Pilar sopló aliviada y la negra la miró de reojo.

*Mucho mejor así*, pensó. Sin comprender exactamente el por qué, quería a Rafael Álvarez Arriaga lo más lejos posible de ella.

Con la ayuda de la nana terminó de quitarse la ropa. Se metió en la cama, dejando que ella la arropase y luego hundió la cabeza en la almohada. Jesusa se inclinó encima de ella para besarle la frente y, como hacía todas las noches, la bendijo mientras sujetaba la cruz que colgaba de su pecho con la imagen tallada de la Virgen de la Merced.

—Que duerma bien, mi niña —le deseó mientras se alejaba hacia la puerta.

—Vos también, nana.

En la soledad de su habitación, abrigada por el calor de las mantas, intentó conciliar el sueño. Dio infinitas vueltas en la cama y no lo consiguió. Normalmente, y después de pasar varias horas en la cocina, se quedaba dormida apenas apoyaba la cabeza en la almohada. Esa noche, sin embargo, fue distinta a

todas las demás. A pesar de todo el esfuerzo que hizo para apartarlo de su mente y olvidar el incidente que habían protagonizado en el salón de la casa, no pudo dejar de pensar en su encuentro con Rafael Álvarez Arriaga.



## UN ENCUENTRO INESPERADO

*J*esusa se acomodó el cuello del abrigo para que la brisa mañanera no se colara entre sus ropas y le calara los huesos. Por enésima vez se preguntó por qué seguía accediendo a las locuras de la niña Pilar; sobre todo cuando la obligaba a mentir y a actuar como su alcahueta. Para no levantar sospechas, le pidió a Dominga que le siguiera la corriente cuando hablase con la patrona. A cambio, le regalaría uno de esos pañuelos bordados que tanto le gustaban. Así, le habían preguntado a doña Lorenza si podían ir juntas hasta la Recova para hacer las compras, ya que quería elegir personalmente la tela para confeccionarle un almohadón a su niña. Como la señora le prestaba poca atención a los caprichos de su hijastra, consiguió su permiso sin demasiado esfuerzo.

Acompañó a Dominga un buen trecho y luego se desvió hacia el barrio en donde vivía el joven Gonzalo Funes. Cuando Dominga le preguntó en qué andaba metida, le dijo que no podía contárselo. Molesta por haberse quedado con las ganas de saber, se dirigió a la Recova refunfuñando bajito.

Con las monedas que le había dado Pilar, alquiló un coche para que la trasladase a su destino. Preguntando aquí y allá, Jesusa consiguió dar finalmente con la pensión de la calle Belgrano en donde esperaba cumplir con el encargo de su niña. Le dijo al cochero que la esperara y apuró el paso. Cuando estaba a punto de ingresar al lugar, dos niños aparecieron de la nada y la hicieron trastabillar. Alcanzó a sujetarse de la pared antes de dar con toda su anatomía en la vereda. Lanzó un par de improperios, pero los pilluelos habían conseguido evaporarse tan de repente como habían aparecido. Se acomodó el faldón y sujetó

con fuerza su bolso. No vaya a ser que también le robasen los pocos centavos que llevaba y que precisaba para pagar el viaje de regreso. Entró y tuvo que taparse la nariz. Un desagradable olor a aguas servidas casi le hace devolver el desayuno. La ropa que estaba tendida en una soga obstaculizaba el paso. Caminó con cuidado, mirando continuamente el piso de ladrillos para evitar tropezarse con unos cachivaches de madera que alguien había dejado tirados en medio del patio. Una puerta chirrió al abrirse y cuando alzó la vista, suspiró aliviada. Allí estaba Gonzalo Funes. Iba a acercarse a él, sin embargo, se detuvo cuando vio que una muchacha salía detrás de él. Se ocultó detrás de una de las tantas prendas de vestir que colgaban del tendero. Desde donde estaba no alcanzaba a escuchar lo que decían. Gonzalo hablaba y la joven sonreía. Cuando él le rozó la mano, ella se sonrojó. Aunque seguía sin poder oír la conversación, era demasiado evidente lo que sucedía. Tuvo el impulso de asomarse y recriminarle que estuviese coqueteando con otra mujer mientras ilusionaba a su niña, pero se contuvo. Nunca le había caído bien el amigo del señorito José Emilio y ahora sabía por qué. No era trigo limpio y acababa de comprobarlo con sus propios ojos. Abrió el bolso y sacó la nota que le había dado Pilar para que se la entregase lo antes posible. Tenía tantos deseos de romperla en pedazos... estuvo a punto de hacerlo, sin embargo, comprendió que tal vez fuera mejor que ella misma descubriera la clase de hombre que era en realidad Gonzalo Funes.

La muchacha regresó al interior de la casa y Jesusa aprovechó para salir de su improvisado escondite sin que él se diera cuenta. Cuando Gonzalo se alejó hacia la puerta que daba a la calle, lo llamó.

—¡Señor Funes! ¡Espere!

Él se giró sobre sus talones y se la quedó mirando.

—¿Jesusa? ¿Qué hacés vos acá? —se aproximó con una sonrisa en los labios. Solo había una explicación posible para su presencia en la pensión.

La negra oteó a su alrededor para asegurarse de que la muchacha rubia no volviera a aparecer y le entregó la nota.

—Debe darme una respuesta para mi niña —le dijo, apretando el bolso contra

su cuerpo.

Gonzalo desplegó el papel y leyó con ansias su contenido.

*Mi querido Gonzalo, me gustaría verte hoy en la noche. Estoy invitada a una tertulia en casa de los Villegas. Esperame en el patio que yo buscaré un momento para escaparme y poder reunirme con vos. Te quiere,*

*Pilar*

Se quedó unos instantes contemplando el papel con una sonrisa boba instalada en su rostro. Él también necesitaba verla. Pensaba acercarse hasta la casa de los Robles con una excusa tonta, quizá con la complicidad de José Emilio, pero Pilar acababa de facilitarle las cosas.

—Decile a Pilar que esta noche me espere, que de alguna manera conseguiré colarme en la casa de los Villegas para que podamos vernos. —Se guardó la nota en el bolsillo del pantalón—. Gracias por haber venido hasta acá, Jesusa. Sé que no soy santo de tu devoción, pero quiero que sepas que lo que siento por tu niña es verdadero. Adoro a Pilar y a pesar de las circunstancias que rodean nuestro amor, lucharé con todas las armas que tenga a mi alcance para hacerla feliz.

Jesusa no podía negar que el muchacho podía ser convincente si se lo proponía. Si ella hubiera sido tan ingenua como la niña Pilar, también habría creído en sus floridas palabras.

—Yo lo único que le pido es que nunca la lastime —se lo dijo con un rictus amenazante—. Mi niña es muy sensible y no soportaría que usted la engañase.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Podés quedarte tranquila. —La tomó de las manos a pesar de la reticencia de la negra a que lo hiciera—. Jamás lastimaría a Pilar, ni siquiera con el pensamiento. No sabés lo que daría por gritarle a todo el mundo que nos queremos...

—Tiemblo de solo pensar en lo que va a suceder cuando ese momento llegue —manifestó angustiada—. Perdón que se lo diga, señorito Gonzalo, pero el patrón nunca va a permitir que su única hija se case con alguien como usted.

Gonzalo no se sintió ofendido por su comentario. Lamentablemente esa era la dolorosa verdad que lo obligaba a verse con Pilar a escondidas.

—Su hija y yo nos queremos —afirmó—. Don Amancio Robles no puede culparla por haberse enamorado de alguien, que, según él, no está a su altura. Si le importa la felicidad de Pilar, tendrá que aceptarlo tarde o temprano.

Aunque no estaba de acuerdo con él, la nana asintió. A ella también la preocupaba la felicidad de Pilar y dudaba que la encontrase a su lado. ¿Qué podría ofrecerle un muchacho que vivía en un lugar como ese? Ni siquiera había terminado la carrera todavía y se mantenía con un vergonzoso salario trabajando como asistente en un estudio de abogados. ¡Como si fuera poco, acababa de verlo en compañía de otra mujer! Su niña se merecía algo mucho mejor.

Gonzalo estaba saliendo hacia la facultad de leyes y se ofreció a acompañarla hasta la calle. Jesusa aprovechó para tratar de averiguar quién era la joven con la cual conversaba cuando ella llegó a la pensión, pero solo consiguió que le dijese que se llamaba Carmen y que ayudaba a su madre con el planchado. Se reencontró con Dominga en la Recova y juntas regresaron a la casa de los Robles. Apenas llegó, Pilar la buscó en la cocina para preguntarle cómo le había ido. Le dijo que le había entregado la nota a Gonzalo y que se encontraría con ella esa noche en la tertulia. Estaba tan contenta que no se atrevió a hablarle de lo que había visto.

Leonor, presa de los nervios, no lograba decidirse cuál de sus dos vestidos sin estrenar se pondría para asistir a la tertulia de los Villegas. Estaba encerrada en su habitación desde temprano, dando vueltas como un gato enjaulado que solo se detenía delante del espejo para probarse el vestido color lila, luego el amarillo y así alternativamente hasta que tanto ajeteo la obligó a sentarse en la cama para recobrar el aliento.

Quería lucir espléndida. No solo para deslumbrar a Rafael, también esperaba ser una de las muchachas más elegantes de la fiesta y salir airosa en la

competencia que Bernardita Villegas acostumbraba a establecer en todas las reuniones sociales en las que se hallaba presente. Competencia en las cuales la joven solía llevarse todos los laureles, gracias a los exquisitos vestidos de telas traídas de París que su madre le mandaba a confeccionar con una de las modistas más prestigiosas de Buenos Aires. Lograr opacar a la pedante de Bernardita significaría un gran punto a su favor, por tal motivo, debía elegir con sumo cuidado el atuendo que llevaría esa noche.

Después de varios intentos, optó por el vestido de color lila con mangas ampulosas en un tono más oscuro y un delicado encaje de bolillo que iba desde el escote hasta el nacimiento de la falda. Usaría unos zapatos del mismo color y una diadema con perlas en la cabeza para que le sujetase el cabello.

Cuando estuvo conforme con su elección, fue en busca de una de las criadas para que le preparase el baño. Al pasar por delante de la habitación de Rafael, aminoró el paso. La puerta se encontraba entreabierta y Leonor se asomó para preguntarle si necesitaba algo.

Lo primero que vio fue la espalda desnuda de su primo, quien estaba terminando de vestirse. Él percibió su presencia de inmediato, se giró sobre sus talones y cuando descubrió que se trataba de Leonor, se cubrió rápidamente con la camisa.

—No quería molestar —dijo ella apartando la vista de la anatomía masculina para enfocar su atención en cualquier punto menos perturbador.

—Vos nunca molestás, Leo —respondió Rafael acercándose a ella—. ¿Ocurre alguna cosa? No me digas que te arrepentiste y ya no querés ir a esa bendita tertulia. Si es así, me quitarías un peso de encima. Estoy a punto de renunciar a la generosa invitación que me hizo Bernardita Villegas y pasar una velada agradable en el Club del Plata.

Leonor volvió a mirarlo. Si hubiese podido, habría soltado un suspiro de admiración. No estaba segura si ella se convertiría en una de las atracciones de la noche, pero apostaba a que su primo se ganaría el título del hombre más buen mozo de la tertulia.

—¡No podés echarte para atrás ahora! —le espetó—. ¡No después de que me pasé toda la tarde encerrada tratando de elegir el vestido que llevaré esta noche! Sería una gran descortesía de tu parte, Rafael —agregó para hacer más dramática su queja.

Él levantó los brazos, en señal de rendición. Por debajo del bigote se asomó una sonrisa.

—Jamás te haría algo semejante, querida prima —le aseguró—. Iremos a esa tertulia y me comportaré como esos pingüinos estirados que aprovechan ocasiones como estas para fanfarronear delante de la gente.

—Tampoco te pediría tanto —dijo ella conteniendo la risa—. Me conformo con que bailes conmigo toda la noche y así pasaré a ser la envidia de las señoritas casaderas de la ciudad que aprovechan ocasiones como estas para tratar de conseguir marido —agregó parafraseando su anterior comentario.

La expresión del rostro de Rafael ya no se mostraba tan relajada. Si había aceptado asistir a esa bendita tertulia no era precisamente para pavonearse delante de las damas porteñas como un caballo en exposición, listo para ser comprado. Sabía que ya era tarde para arrepentirse. Su prima jamás se lo perdonaría, acababa de decírselo. Trataría de disfrutar la velada en su compañía y haría lo posible para evitar a Bernardita Villegas o a cualquier otra jovencita que se acercara a él con la intención de casarse pronto.

—Tal vez te aburras a mi lado, Leo. No soy buen bailarín —le advirtió. Tampoco podía ser egoísta y acapararla para sí cuando seguramente ella también iba a esas reuniones sociales con el propósito de buscar marido. Se preguntó incluso si ya no tendría a alguien en vista.

—¿En qué te quedaste pensando?

Rafael la contempló en silencio como si estuviese estudiándola. Ni siquiera reparó en el rubor que tiñó las mejillas de su prima mientras lo hacía.

—Sos una muchacha muy bonita, Leo. Estoy seguro de que esta noche no podré disfrutar demasiado de tu compañía. —Le guiñó el ojo—. Esos buitres disfrazados de pingüinos no me lo permitirán.



Leonor sonrió algo nerviosa. Tuvo que morderse la lengua para no revelar sus sentimientos. No podría seguir ocultándolos por mucho más tiempo. Rafael regresaba en un par de días a Capilla del Señor y no sabía cuándo volvería a verlo. Quizá esa noche, en algún momento, encontrase el valor para confesarle que lo amaba.

Lo dejó para que terminase de arreglarse y bajó a la cocina para buscar a una de las criadas.

Pilar se asustó cuando su hermano irrumpió en la calesa y cerró las cortinas.

—José Emilio, ¿qué pasa? Papá no debe tardar...

Él se echó hacia adelante y la tomó de las manos.

—Quería verte a solas antes de que nos fuéramos y la nana no se despegaba de vos en ningún momento —le explicó—. No te preocupes por mamá y papá, cuando salí de la casa todavía no habían bajado.

—¡Esa señora no es mi madre! —replicó la joven, molesta.

—No es de Lorenza de quien quiero hablarte, Pilar. Se trata de mi amigo Gonzalo Funes. —Fue suficiente pronunciar su nombre para que ella se pusiera nerviosa—. Ayer se sinceró conmigo y me contó lo que sucede entre ustedes.

—José Emilio, yo...

—No digas nada. Comprendo que tuvieses reparos en decirme que te habías enamorado de quien no debías. —Ella intentó interrumpirlo, pero no la dejó—. Pensé que confiabas en mí, Pilar. Me llevé una gran sorpresa cuando Gonzalo me reveló que se han estado viendo a escondidas desde hace algunas semanas.

—Iba a contártelo —le aseguró—, pero no era sencillo para mí hablarte de lo que siento, sobre todo porque tenía miedo de que pensaras igual que papá. Gonzalo y yo necesitábamos de alguien que nos apoyara, no que nos condenara por habernos enamorado.

—¿Alguien más lo sabe?

—Solo Clarita y mi nana.

José Emilio asintió. No era exactamente que no se lo haya contado lo que más le molestaba, después de todo, era natural que Pilar prefiriese confiar más en la nana Jesusa o en su amiga Clarita. Lo que realmente le quitaba el sueño desde que lo sabía era que se hubiese enamorado precisamente de Gonzalo.

—Yo no voy a abrir la boca, Pilar, sin embargo, no creo que sea prudente que sigan viéndose a espaldas de papá —manifestó preocupado—. Terminará por enterarse por otro lado y será mucho peor, lo sabes mejor que yo.

Pilar dejó escapar un suspiro y recostó la cabeza en el hombro de su hermano.

—Tengo miedo, José Emilio... El día que papá lo sepa, Gonzalo y yo ya no podremos estar juntos. —Aunque le doliese el corazón tan solo de imaginarse lejos de él, era lo que sucedería cuando Amancio Robles descubriese que su hija estaba enamorada del amigo de su hermano—. ¿Por qué la vida tiene que ser tan injusta con nosotros? —se quejó, ahogando un suspiro lastimero.

José Emilio le pasó la mano por los hombros y la estrechó entre sus brazos. Adoraba a su hermana, pero había cometido el peor de los errores al enamorarse de quien no debía. Él no revelaría su secreto, al menos no todavía.

—José Emilio...

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo tímidamente.

Él asintió.

—¿Te has enamorado alguna vez?

La pregunta de su hermana lo descolocó.

—¿Por qué quieres saberlo? —retrucó, apartándola un poco para mirarla a los ojos.

—Por nada en especial. Es solo que no recuerdo que alguna vez hayas mencionado el nombre de alguna señorita, tampoco te he visto en compañía de una.

Él guardó silencio. Tampoco se sentía cómodo hablando con ella sobre ese asunto.

—Sin embargo, yo tengo la certeza de que estás enamorado —agregó

sonriendo ante la falta de palabras de su hermano—. ¿Es alguien que yo conozca?

José Emilio seguía sin responder. Sospechaba que no era solo por pura curiosidad que quería saberlo; Clarita Estrada seguramente estaba detrás de aquella pregunta indiscreta. Podía ignorar las miradas que le echaba la amiga de su hermana o prestarle poca atención a sus intentos de acercarse, pero sabía muy bien cuando una mujer estaba interesada en él. En sus casi veintidós años de vida, se había ganado la admiración de un par de muchachas de buena familia que no hubiesen vacilado un segundo en presentarlo delante de sus padres como su futuro esposo. Sin embargo, él jamás les había prometido nada. Cuando se cansaba de ellas, buscaba alguna excusa y las pobrecitas terminaban con las ilusiones rotas. No la pasaba bien lastimándolas. Después que les anunciaba que ya no podía seguir frecuentándolas, se quedaba con un mal sabor de boca. Sin embargo, lo hacía porque necesitaba probarse a sí mismo que era lo suficientemente hombre como para conquistar, enamorar y romperle el corazón a una mujer. Él también guardaba un secreto, mucho más inconfesable que el de su hermana y estaba convencido de que si alguna vez salía a la luz, hundiría a su familia en el más terrible de los escándalos.

—No sé por qué decís eso, Pilar —contestó por fin. Seguiría escudándose detrás de más mentiras, como venía haciéndolo durante todo ese tiempo—. Creo que he sabido ser discreto con mis conquistas amorosas. Si no he dicho nada en casa todavía es porque prefiero esperar a ver qué sucede.

Pilar pensó en Clarita y en lo triste que se pondría cuando le contase que, efectivamente, José Emilio estaba interesado en otra mujer.

No pudieron seguir conversando porque apareció Lorenza, seguida de Amancio, quien de inmediato dio la orden al cochero para que pusiera la calesa en marcha. Iban con retraso, pero llegar un poco tarde a cualquier evento social que se organizaba en Buenos Aires era una costumbre que había impuesto la esposa de Robles para destacar entre los demás invitados. Lorenza aseguraba que tenían que hacerse notar para, aunque sea por un momento, ganarse la atención

de los concurrentes al lugar. La verdadera intención de la mujer era poder lucir delante de la crema y nata de la sociedad porteña sus joyas y vestidos. No podían culparla, después de pasarla tan mal con las deudas que había dejado su difunto esposo, nadie se sorprendía que ahora alardease frente a todo el mundo de la buena posición que gozaba. Aunque se había ganado el respeto de la gente, la mayoría de sus amistades sentía lástima por ella. Por supuesto, preferían ocultarla detrás de una palabra de admiración o algún lisonjeo.

Pilar observó de reojo su atuendo. Si bien su madrastra era una mujer joven — no había cumplido los cuarenta todavía— consideró demasiado pronunciado el escote de su vestido. Luego miró a su padre, quien apretaba la mano de su esposa encima de su regazo. A él parecía no importarle que Lorenza insinuara sus atributos físicos delante de los demás.

—¿Qué ocurre que hay tanto silencio? —preguntó de repente don Amancio, superponiendo su grave voz al traqueteo del carruaje para que pudiesen oírlo.

José Emilio no dijo nada. Seguía perdido en sus propios pensamientos. Lorenza sonrió y le acarició la mano.

—Supongo que es la emoción, querido. No todos los días tenemos la oportunidad de asistir al aniversario de bodas de una de las parejas más respetadas de Buenos Aires —comentó, orgullosa de haber sido la artífice de semejante logro. La historia que le había contado a Robles, de cómo los Villegas los habían invitado a su fiesta de aniversario de bodas, distaba mucho de la realidad. Pero no se arrepentía de nada. Muchas veces en la vida se había visto obligada a echar mano de alguna sucia treta para alcanzar su objetivo y ella no se iba a quedar fuera de semejante acontecimiento.

—Siento curiosidad por saber quién nos invitó —comentó Pilar sin apartar la vista de su madrastra. No solían frecuentar a los Villegas muy seguido, a veces coincidían en algún evento social, pero no se podía decir que existía una amistad entre ambas familias. Apenas una fría relación comercial ya que don Severino Villegas transportaba mercancía a Europa en los barcos de *Naviera Robles*. Ella ni siquiera simpatizaba con su hija Bernardita.

—Eso es lo que menos debería importarte, María del Pilar —respondió Lorenza tratando de zanzar el tema de una vez por todas—. Esta tertulia será muy beneficiosa para vos, te lo puedo asegurar.

Pilar odiaba cuando su madrastra decía las cosas a medias, dejándola con la intriga. Miró a su padre, quien solo se limitó a asentir con la cabeza. De inmediato supo que tramaban algo a sus espaldas. Estrujó el lazo del bolsito de terciopelo violeta entre sus dedos y por un instante, tuvo el deseo de pedir que detuviesen el carruaje para regresar a su casa. Sin embargo, no podía hacerlo. Esa noche se encontraría con Gonzalo y verlo era la única razón por la cual había aceptado asistir a la tertulia.

El resto del trayecto se hizo en el más absoluto de los silencios. Intentando adivinar en el gesto adusto de su padre alguna señal que le indicase qué estaba ocurriendo, Pilar no le quitaba los ojos de encima. Saltó del asiento cuando el coche se detuvo abruptamente frente a la propiedad de los Villegas. Cumpliendo con el pronóstico de que la tertulia sería una de las más concurridas de los últimos tiempos, varios carruajes se movían por la calle Europa y sus alrededores. Tras unos minutos de espera, la volanta empezó a moverse nuevamente.

Cuando por fin se detuvo, el primero en apearse fue Amancio Robles, quien ayudó a su esposa a descender con la elegancia que la caracterizaba. Luego bajó José Emilio e hizo lo mismo con su hermana. De inmediato, uno de los criados se les acercó para escoltarlos hasta la casa.

Apenas ingresaron al salón, muchos de los invitados se voltearon para verlos mientras se desprendían de sus capas y abrigos. Los más discretos solo se limitaron a mirar a los recién llegados por encima de sus hombros. Si Lorenza Benavides de Robles buscaba llamar la atención, sin dudas, lo había conseguido. Fue el mismísimo don Severino Villegas quien se aproximó para darles la bienvenida.

—¡Robles! ¡Qué bueno que haya podido venir! —le dio un fuerte apretón de manos al patriarca de la familia y a su primogénito. A Lorenza y a Pilar, les

dedicó una respetuosa reverencia—. ¿Y su señora madre? Pensé que tendríamos el honor de contar con su presencia...

—Doña Encarnación no se sentía muy bien y pidió que la disculparan —respondió Lorenza, ganándole de mano a su esposo—. Nada grave —se apresuró a aclarar—, solo los achaques típicos de una mujer de su edad.

Pilar se imaginó la reacción de su abuela si la hubiese escuchado. Seguramente, doña Encarnación no se habría quedado callada y, sin importarle el lugar en el que estaban, se hubiese olvidado de los buenos modales para soltarle unas cuantas barbaridades. Ella, una vez más, tuvo que morderse la lengua para no iniciar otro conflicto con su tía.

La esposa del dueño de casa se les unió y rápidamente entabló una conversación con Lorenza. Amancio, por su parte, fue requerido por uno de los clientes de la naviera, quien lo invitó a unirse a su grupo. José Emilio vio que entre ellos se encontraba Adolfo Alsina junto a otros políticos de renombre y no quiso perder la oportunidad de saludarlos y hacerse notar. Sin embargo, cuando miró a su hermana, no tuvo valor para abandonarla. Para su buena suerte, Bernardita Villegas también se acercó a darles la bienvenida y entonces aprovechó para escabullirse en medio de los concurrentes.

Pilar le lanzó una mirada asesina cuando lo vio alejarse hacia el grupo en donde estaba su padre. Sus ojos echaban chispas. ¿Cómo era posible que la dejase en compañía de una de las personas más desagradables del mundo? No había nada en ella que le gustase. Respiró hondo y puso la mejor de sus sonrisas.

—Pilar, ¿cómo estás? —Bernardita se inclinó hacia ella para darle un beso en cada mejilla, pero apenas le rozó el rostro.

—No tan bien como vos —comentó para alimentar aún más su insaciable ego.

Bernardita se abanicó el rostro y ni siquiera le agradeció el cumplido. Se había puesto un vestido color amarillo que resaltaba la negrura de su cabello y encima llevaba un mantón blanco bordado a mano. Dudaba que lo hubiese hecho ella misma. La única hija de Severino Villegas no se destacaba precisamente por sus habilidades manuales. Notó que miraba con insistencia hacia el acceso principal.

—¿Esperás a alguien? —se atrevió a preguntarle. Un criado pasó junto a ellas y le ofreció unos canapés salados, pero estaba tan ansiosa por el encuentro con Gonzalo que se le había cerrado el estómago.

Bernardita asintió.

—Es posible que esta noche y por esa puerta, aparezca mi futuro esposo —dijo toda emocionada.

Pilar no le dio demasiada importancia a su comentario. No era la primera vez que la escuchaba soltar semejante afirmación. Desde que habían empezado a cruzarse en los eventos sociales, sabía que Bernardita Villegas solo tenía un propósito en su vida: encontrar un hombre que la llevase al altar. Esa noche, sin embargo, la notaba más convencida que nunca de que por fin ese pretendiente que tanto esperaba estaba a punto de llegar. Se volteó cuando reconoció la risa de su padre. Continuaba departiendo con el mismo grupo. Tenía una copa en la mano y un puro en la otra. De repente, lo vio alejarse hacia la puerta del gran salón para saludar a alguien. Cuando estiró un poco el cuello para ver por encima de los invitados, se quedó helada. Le bastó descubrir que Rafael Álvarez Arriaga también había asistido a la tertulia para que esa sensación de incertidumbre y temor que había experimentado durante el trayecto hasta la casa de los Villegas le atenazara nuevamente los nervios. ¿Qué hacía ese hombre allí? ¿Por qué estaba hablando con su padre mientras ambos miraban en su dirección? Había llegado acompañado de dos mujeres. Una jovencita de más o menos su edad y otra señora mayor que iba prendida de su brazo.

—¡Dios mío! ¡Ahí está! ¡Es él! —exclamó Bernardita casi al borde del colapso cuando lo vio.

Con una mezcla de asombro y aturdimiento, Pilar la miró. ¿Rafael Álvarez Arriaga era el hombre que ella esperaba la convirtiese en su esposa?

—¿Debería acercarme para saludarlo o mejor aguardo hasta que él tome la iniciativa? —le preguntó, sujetándola del brazo con tanta fuerza que le dejó los dedos marcados en la tela del vestido.

—No... no lo sé, Bernardita —respondió apenas pudo salir de su estupor—.

Creo que lo más prudente sería esperar a que el señor Álvarez Arriaga se acerque a vos...

Bernardita frunció el ceño.

—¿Lo conocés? —Las mejillas se le habían enrojecido y tuvo que volver a abanicarse para echarse un poco de aire.

La mente de Pilar se quedó en blanco durante un instante.

—Sí, estuvo en casa anoche. Papá lo invitó a cenar porque quiere hacer negocios con él —explicó.

A la anfitriona no le gustó demasiado enterarse de que Pilar había compartido una velada con su posible futuro esposo. Ese privilegio le correspondía a ella. La miró con mala cara.

—No sabía que Rafael frecuentaba tu casa —adujo, poniendo énfasis en el nombre de pila del hombre que, por razones completamente diversas, las ponía nerviosas. Quería que Pilar pensase que existía suficiente confianza entre ellos como para dirigirse a él con tanta intimidad.

—El señor Álvarez Arriaga nos visitó ayer por primera vez —aclaró—. Ya te lo dije, lo invitó mi padre porque está interesado en los caballos de carrera que ese hombre tiene en su estancia.

Bernardita asintió. Al parecer, no tenía de qué preocuparse. Rafael solo iba a hacer negocios con don Amancio Robles. Se rio de sus propios pensamientos. ¿Acaso Pilar era competencia para ella? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo podría un hombre de la talla de Rafael Álvarez Arriaga poner sus ojos en alguien así? La observó de arriba abajo con disimulo. Era bonita, pero no tanto como ella. Tenía dinero, pero su fortuna era mucho más cuantiosa. Además, le habían contado que se pasaba todo el día metida en la cocina. Le prestó atención a sus manos de uñas cortas y de piel tan blanca que lucía transparente. ¡Hasta las suyas eran más delicadas! Cuando continuó con su rápido pero exhaustivo escrutinio, se detuvo en el escote de su vestido. No era atrevido, pero la sosa de Pilar contaba con una gran ventaja sobre ella: sus pechos estaban más desarrollados y se veían exuberantes debajo del vestido. Aunque buscase disimular su tamaño, no



pasaban desapercibidos. Mucho menos ante las miradas masculinas. Contempló su propio escote. Ella había tenido que rellenar el corsé con unos pañuelos para que sus senos lucieran más grandes.

Ajena a la minuciosa inspección que estaba llevando a cabo Bernardita Villegas sobre su aspecto físico, Pilar bebió un poco de la naranjada que acababa de ofrecerle una criada. Su atención estaba a unos cuantos metros de allí. Su padre seguía conversando con Rafael Álvarez Arriaga y el resto de caballeros que se habían apiñado junto a la chimenea. Vio que su hermano se aproximaba al grupo y estrechaba su mano. Apenas un segundo después, cuando descubrió que ella lo observaba, inclinó levemente la cabeza hacia abajo y le sonrió. Pilar no le devolvió el saludo, todo lo contrario, se dio media vuelta para no tener que verlo. No le sirvió de nada. Aunque ya no lo tenía dentro de su rango de visión, podía sentir sus ojos quemándole la espalda y provocándole un cosquilleo en el estómago que jamás antes había experimentado. ¿Por qué conseguía inquietarla de esa manera? Seguía sin encontrar una respuesta a tan perturbador interrogante.

—¿Estás bien?

Pilar resopló.

—Solo es un poco de cansancio, Bernardita —dijo pasándose el vaso de naranjada de una mano a la otra—. Me levanté muy temprano hoy para probar una receta nueva y no veo la hora de acostarme.

Bernardita sonrió, pero lo hizo solo por fuera. No era capaz de comprender que una muchacha de su edad, que debía ocupar su tiempo en cosas más provechosas, como por ejemplo, frecuentar eventos sociales para encontrar marido, se entusiasmara por algo tan doméstico como la cocina. Ella jamás perdería su tiempo en semejante tontería, sobre todo cuando tenía al hombre de sus sueños tan cerca. Ansiaba poder hablar con Rafael, pero debía esperar a que él lo hiciera primero. No podía pasar por alto sus modales y tomar la iniciativa, no cuando sus padres iban de un lado al otro del salón para estar atentos a todos los invitados. De pronto, Rafael se separó del grupo y avanzó hacia ellas.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó llevándose una mano al pecho para calmar su agitación.

—¿Quién? —preguntó Pilar, temerosa de oír su respuesta.

—¡Rafael Álvarez Arriaga! ¿Quién más si no? —le contestó mientras se acomodaba el cabello.

Pilar tenía apenas unos segundos para escapar antes de tener la mala suerte de cruzarse con él.

—Será mejor que te deje sola entonces. —Dejó el vaso vacío encima de una mesita y sin mirar hacia atrás, se alejó en dirección a una de las puertas que daba al patio. Con suerte, Gonzalo ya estaría allí, esperándola.

Una vez fuera y a salvo de ese hombre que la inquietaba tanto, espió hacia el salón. Bernardita, toda sonriente, le hablaba sin parar. Él, en cambio, solo escuchaba. Notó cierto fastidio en su semblante. Al parecer, Rafael Álvarez Arriaga tampoco soportaba a la hija de los Villegas.

El frío no tardó en calarle los huesos, pero no estaba dispuesta a regresar por su abrigo. Se refugió junto a una de las columnas y se sobó los brazos para entrar en calor. El patio principal de los Villegas era inmenso. Una tupida mata de glicinas japonesas cubría las paredes, y justo en el centro, se destacaba un aljibe de ladrillos. Unos cuantos macetones de arcilla decoraban la galería en forma de U que llegaba hasta un portón de madera. Pensó que el muro era demasiado alto como para que alguien lo escalara. Gonzalo debía sortear primero la propiedad lindera, que pertenecía a la familia Sotelo. Los había visto en la tertulia, por lo que esperaba que no surgiera ningún imprevisto.

Se alejó en dirección al aljibe. El taconeo de sus zapatos era el único sonido que perturbaba el lugar. Ya ni siquiera le llegaban los acordes de la melodía que entonaba la orquesta contratada por los Villegas para amenizar la velada. Fue por eso que se sobresaltó cuando unos perros comenzaron a ladrar muy cerca de allí. Se le aceleró el corazón al pensar que Gonzalo estaba a tan solo unos cuantos metros de distancia. Se inclinó sobre el borde del aljibe, y sujetándose del brocal, miró hacia abajo. La luz de un farol iluminaba el agua, reflejando su imagen en

la superficie. El ladrido de los perros cesó de repente y nuevamente la envolvió el silencio. Una ráfaga de viento le alborotó el cabello. Cuando intentó apartárselo del rostro, descubrió que alguien más se reflejaba en el agua del aljibe. Permaneció quieta, conteniendo la respiración. Era imposible que se tratara de Gonzalo. Lo supo antes de girarse. Estaba dispuesta a huir de él una vez más, pero Rafael Álvarez Arriaga la sorprendió, cubriéndole los hombros con su propio abrigo.

—La noche está muy fría, Pilar. Debería regresar a la casa. —Le rozó la piel del cuello sin querer y pudo percibir su reacción.

Ella tragó saliva. Ese simple contacto con los dedos masculinos le provocó un estremecimiento en la espalda.

Ante su falta de respuesta, Rafael retomó la palabra.

—¿Qué vino a hacer aquí afuera? ¿La tertulia le parece aburrida?

—Si la tertulia me resultó aburrida, no es asunto de su incumbencia, señor Álvarez Arriaga —lo increpó. Tuvo el impulso de quitarse el abrigo y devolvérselo, pero desistió enseguida. Había sido solo un gesto de caballerosidad de su parte y no tenía sentido despreciarlo.

—No se lo pregunté de entrometido —explicó—. Simplemente me llamó la atención que abandonase la tertulia con una noche tan destemplada como esta. Espero que el motivo de esa intempestiva salida no haya sido por culpa de algún caballero que la molestase.

Pilar volteó el rostro para que no se diera cuenta de que acababa de sonrojarse. Aunque no se lo dijo abiertamente, sospechaba que se estaba refiriendo a él.

—Necesitaba tomar un poco de aire, eso es todo —contestó con frialdad. Inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. Tenía que agradecerle que le hubiese ofrecido su abrigo, no tratarlo de esa manera tan cortante. Lo escuchó suspirar y lo espió por el rabillo del ojo. Rafael estaba con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, contemplando el cielo plagado de estrellas con una expresión serena en su rostro. Parecía que su indiferencia ni siquiera lo perturbaba. Volvió a soltar el aire y su bigote se movió de una manera graciosa.

De repente, apartó la vista del firmamento y la miró.

—Pilar...

Otro escalofrío bajó por su columna vertebral cuando él pronunció su nombre.

—Quería pedirle disculpas por lo que sucedió ayer en el salón de su casa. Es imperdonable que la haya confundido con una de las criadas.

Pilar sintió alivio. La había seguido hasta el patio solo para disculparse. No tenía ninguna oscura intención al acercarse a ella en medio de la noche. Tal vez también había escapado del asedio de Bernardita Villegas y ambos habían terminado coincidiendo junto al aljibe.

—No puedo culparlo por lo que ocurrió —dijo ella por fin, bajando la guardia y dejando que una sonrisa se asomara en sus labios—. Yo fui la única responsable de semejante confusión, lo reconozco. Mi aspecto concordaba más con el de una criada que con el de la hija de don Amancio Robles.

—La llegada de su madre tampoco permitió que usted tuviese la oportunidad de explicarme quién era en realidad —alegó Rafael para alivianar su culpa. Percibió su cambio repentino de expresión y supo que había dicho algo inadecuado.

—Lorenza no es mi madre, señor Álvarez Arriaga —le aclaró—. Ella era mi tía, bueno, lo sigue siendo, aunque se haya casado con mi padre.

Rafael se quedó callado. La observó mientras se arrebujaba con su abrigo buscando calor. Él también podía sentir el aire helado traspasando la tela de sus ropas, pero no le importaba. Pilar oteó el fondo del patio. ¿Había salido a la galería para huir de la tertulia o estaba esperando a alguien? Por la insistencia con la que miraba ese muro, se inclinaba a pensar que la segunda opción era la correcta.

—Es su madrastra entonces —comentó tras unos segundos de profundo silencio. No quería molestarla con un tema que obviamente no era de su agrado, pero tampoco deseaba marcharse y dejarla sola. Le provocaba ternura verla allí, protegiéndose del frío con su abrigo.

Pilar asintió, pero seguía sin apartar los ojos del muro.

—Yo no conocí a mi madre... murió al darme a luz. —Ni siquiera podía explicarse por qué de repente le estaba hablando de los fantasmas de su pasado a esa jovencita que era casi una desconocida.

Ella se volteó y le clavó la mirada. Un manto de tristeza había opacado sus ojos grises.

—Lo lamento mucho, señor Álvarez Arriaga. Yo perdí a la mía cuando tenía siete años y aún hoy sufro por su ausencia. Debió ser muy doloroso no poder conocer a su madre.

Rafael se odió a sí mismo por dejar que la emoción lo mostrase como un hombre que podía ser vulnerable frente al dolor. Había aprendido a convivir con él a diario, escondiendo lo que realmente sentía detrás de una máscara de frialdad y absoluta indiferencia para evitar que los demás lo compadecieran. No iba a permitir que Pilar sintiera lástima por él.

—El dolor nos hace débiles, señorita Robles —reflexionó. Había obviado su nombre de pila a propósito. Sentía que era una manera de volver a poner distancia entre ambos.

Ella ya no lo miraba. Estaba perdida en sus propios recuerdos. Hablar de su madre siempre la ponía triste y traía a su memoria esa tarde en la que había empezado a sentir odio por Lorenza. De un manotazo, se enjugó una lágrima.

Rafael se acercó un poco más cuando descubrió que lloraba.

—Vuelvo a pedirle perdón, señorita Robles. Mi intención no era angustiarla. —Sacó su pañuelo y se lo mostró—. ¿Me permite?

Ella no le dio su consentimiento, pero tampoco lo rechazó cuando él comenzó a secarle las mejillas con delicadeza.

—Las muchachas bonitas jamás deberían llorar. —Su fino pañuelo de seda iba borrando las lágrimas del rostro femenino. Pilar dejó escapar un suspiro y cerró los ojos. Por un segundo, Rafael tuvo deseos de besarla, sin embargo, consiguió apartarse de ella antes de cometer semejante locura—. Creo que será mejor que regresemos a la tertulia. Su familia debe echarla de menos y mi tía Margarita estará preguntándose dónde diablos me he metido.

Pilar abrió los ojos. No podía moverse de allí; no hasta que apareciera Gonzalo. Vio que Rafael se alejaba en dirección a la galería sin dejar de mirarla, esperando que lo siguiera, pero ella permaneció en su sitio.

—¿Qué sucede? ¿No viene conmigo? No quiero ser el responsable de que termine usted enferma —manifestó, tratando de persuadirla.

—Si le preocupa su abrigo, se lo puedo devolver.

Rafael sonrió.

—No es mi abrigo lo que me importa, Pilar. —Extendió el brazo hacia ella—. ¿Vamos?

Ella vaciló unos segundos antes de aceptar su sugerencia. Se preguntó qué hora sería y por qué Gonzalo nunca había llegado. Miró hacia atrás, con la esperanza de que se hubiese escondido al verla en compañía de otro hombre y solo estuviera aguardando el momento oportuno para acercarse a ella. No supo cuánto tiempo pasó hasta que escuchó nuevamente la voz grave de Rafael Álvarez Arriaga, insistiéndole para que lo acompañase de regreso al salón. Estaba temblando. Se dio cuenta al mirar sus manos. ¿Qué caso tenía seguir esperando?

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media —respondió Rafael tras consultar su reloj de bolsillo.

—Gracias —musitó. Por más que lo deseara con toda su alma, esa noche Gonzalo no asistiría a la cita. Pensó en la frágil salud de su madre... ¿y si le había ocurrido algo malo? No podía encontrar otra razón para que él no estuviese allí, abrigándola entre sus brazos para decirle cuánto la amaba. Reprimió las ganas que tenía de volver a llorar y respiró hondo—. Supongo que lo más sensato es regresar a la tertulia.

Rafael se puso a la par de ella, pero esta vez no le ofreció su brazo, se conformó con caminar a su lado. Atravesaron la galería en silencio. Pilar le devolvió el abrigo y antes de abrir la puerta, le pidió que esperara afuera unos minutos. No era prudente que los vieran volver juntos. Ya en el salón, ella buscó la compañía de su hermano. Rafael, en cambio, terminó en medio de un grupo de

caballeros que se había enfrascado en una acalorada discusión sobre los últimos acontecimientos políticos que habían sacudido a la nación. Entre ellos se encontraba José Benjamín Gorostiaga, uno de los miembros del gabinete presidencial. Participó de la conversación tímidamente, metiendo algún bocadillo de vez en cuando ya que prefería no involucrarse en las cuitas de la política. Regresó con su tía cuando ella requirió su presencia y bailó con Leonor la pieza que le había prometido. Sin embargo, la atención de Rafael estaba puesta en otro lado. Durante el resto de la velada, no pudo dejar de pensar en Pilar Robles.



## CELOS

Gonzalo dio un fuerte golpe en la mesa con el puño cerrado para llamar la atención del pulpero. La botella de grapa estaba vacía y necesitaba embotarse los sentidos para borrar de su mente lo que había presenciado esa noche.

—No debería seguir bebiendo, mi amigo —le aconsejó el hombre mientras se colgaba un trapo en el hombro. Se dispuso a llevarse la botella, pero Gonzalo lo sujetó del brazo.

—Voy a pagarle hasta el último centavo así que... ¡tráigame otra botella! —exigió, tambaleándose en la silla.

El pulpero logró zafarse de su agarre y no tuvo más remedio que cumplir con su orden. No dudaba de que el sujeto tuviese dinero para pagarle, lo que más le molestaba era que, como tantos otros, terminaría tan borracho que le tocaría a él sacarlo a rastras del local para poder cerrar.

Gonzalo se dejó caer sobre la mesa y comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro. Se negaba a creer lo que sus propios ojos habían visto. No podía ser cierto... sin embargo, la imagen de su Pilar, tan cerca de ese hombre que le acariciaba el rostro, se le había quedado grabada en la retina y le quemaba tanto el pecho que incluso le costaba respirar. Por eso se había metido en la primera pulpería que había encontrado de camino a la pensión. Necesitaba ahogar esa furia que cargaba por dentro y le carcomía los sesos. Desde que la había visto junto a ese hombre en el patio de los Villegas, miles de pensamientos tortuosos poblaban su mente. ¿Quién era y por qué estaba con Pilar a solas? Había estado a punto de saltar el muro y averiguarlo, pero entonces el desconocido se acercó a



ella con un pañuelo en la mano y le acarició el rostro. Pilar no había hecho nada para detenerlo, muy por el contrario, parecía estar a gusto con él. ¡Incluso tenía puesto su abrigo! Se mesó el cabello con fuerza, como si al hacerlo, pudiese arrancarse de un manotazo esa dolorosa espina que se le había clavado en el corazón. No concebía la idea de que Pilar estuviese cerca de otro hombre. Era a él a quien esperaba esa noche. Se había arriesgado a que lo descubriesen con tal de concurrir a la cita que ella misma había pactado.

El pulpero regresó con otra botella de grapa y Gonzalo se llenó el vaso hasta que casi rebalsó. Lo alzó en el aire, en señal de brindis y gritó:

—¡Por los amores prohibidos! ¡Porque nunca terminan bien! —Se bebió la mitad de la segunda botella, y arrojó unas monedas sobre la mesa. Parecía que al fin había decidido marcharse a dormir la mona en otro sitio. Con dificultad se puso de pie, pero solo fue capaz de avanzar unos pocos centímetros antes de perder el equilibrio y darse de bruces contra el suelo.

El pulpero, que lo observaba detenidamente desde el mostrador, corrió a su lado para asistirlo. Ya había pagado por lo que había consumido, ahora solo restaba acompañarlo hasta afuera para que pudiese cerrar el negocio. Más allá de las cuatro paredes de su pulpería, los borrachos dejaban de ser asunto suyo. Agarrándolo de las axilas, y haciendo un gran esfuerzo, consiguió levantarlo. Lo arrastró hasta la puerta, rezando para que no vomitase encima de él. Un viento helado les dio de lleno en el rostro cuando salieron a la vereda. Avanzaron solo un par de metros y lo sentó sobre los adoquines, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas hacia delante. No podía hacer nada más por él. Sin un ápice de remordimiento, regresó a la pulpería y trabó la puerta.

Gonzalo se sumió en un estado de sopor absoluto. Esa zona del bajo era poco frecuentada en noches tan frías, y si alguien se atrevía a circular por sus calles, era porque no buscaba nada bueno. Los cascos de un caballo avanzando a gran velocidad, lo espabilaron. Trató de enfocar la mirada, pero se le había nublado la vista. Sujetándose de la pared logró incorporarse. Se quedó inmóvil hasta que el suelo dejó de moverse debajo de sus pies. Se subió el cuello de la chaqueta para

protegerse del frío. Una espesa niebla empezó a cubrir la calle, trepando por las paredes. La luz mortecina de los faroles apenas le permitían distinguir el camino, además, estaba tan borracho que no podía orientarse.

Lo peor era el silencio. Y ese aplastante dolor de cabeza que apenas le permitía pensar.

Miró por encima de su hombro en dirección a la pulpería, pero descubrió que ya había cerrado.

—¿Precisa ayuda, gurí?

Una voz grave tronó en la noche. Parecía venir del mismísimo infierno. Gonzalo retrocedió unos pasos. Una silueta a la que todavía no podía ponerle rostro se aproximó más a él.

—No tenga miedo, no voy a robarle o tajarle las tripas con mi facón —dijo en un tono jocosos que no provocó la risa de Gonzalo. Seguía aterrorizado, tratando de enfocar la vista para descubrir a ese extraño que había surgido de la nada—. Creo que necesita una mano y yo se la ofrezco. Tengo a mi pingo acá cerca, si me dice adónde vive, lo puedo llevar. Así, en ese estado, usted no llegará a ningún lado por sus propios medios.

Gonzalo balbuceó algo imposible de entender. Se sujetó de un poste y dobló su cuerpo hacia adelante para vomitar. El desconocido alcanzó a apartarse antes de que el maloliente contenido de su estómago le ensuciase la manta de vicuña que llevaba enrollada alrededor del brazo. A una prudente distancia, esperó a que terminara. Cuando las arcadas desaparecieron, se aproximó y le dio una palmada en la espalda.

—¿Está listo, amigo?

Gonzalo apenas pudo asentir con la cabeza antes de que otro mareo lo voltease. Desconfiaba del sujeto, pero en el estado en el que se encontraba, no podía darse el lujo de rechazar su ayuda. El silencio volvió a hacerse presente, entonces se dio cuenta de que el samaritano se había ido. Experimentó un gran alivio cuando apareció trayendo de las riendas a su caballo. Sin saber cómo ni cuándo, terminó atravesado encima de la bestia, con las piernas y los brazos

colgando.

—¿Va usted cómodo ahí arriba?

Él se aferró a la grupa del caballo para no caerse. El traqueteo le provocaba nuevas nauseas, pero ya había vaciado todo el alcohol consumido en esa maldita noche que no veía la hora de que culminara. Le indicó la calle de la pensión y se echaron a andar. Con el calor que le trasmitía el pelaje del brioso overo bayo, Gonzalo se fue adormeciendo. Se sobresaltó cuando una mano grande lo sujetó del brazo y lo ayudó a bajarse.

—Hemos llegado —le anunció el samaritano. Lo acompañó hasta la puerta de la humilde vivienda que funcionaba como pensión familiar y regresó al lado de su animal.

Gonzalo se giró sobre sus talones para observarlo con atención. Era alto y un poco rollizo. Su tupida cabellera negra caía en rizos sobre sus hombros y usaba una magnífica barba que le llegaba hasta el pecho. Unas cuantas monedas de plata adornaban el tirador de su chiripá, de donde se asomaba una incipiente barriga. Llevaba un pañuelo alrededor del cuello y un sombrero de ala ancha. No podía dejar marchar sin conocer su identidad.

—Me gustaría saber a quién le debo las gracias, señor...

Debajo de la abundante barba que le cubría el rostro, Gonzalo pudo vislumbrar una sonrisa. El extraño se acomodó el cabello hacia atrás para calarse el sombrero y sujetó las riendas con fuerza.

—Me dicen *el Guapo*, gurí... pero mi nombre es Juan Moreira, para servirle a su merced. —De un salto, se montó en su caballo. Espoleó el rebenque en la grupa del animal y rápidamente desapareció al galope en medio de la espesa bruma que cubría las calles de la ciudad.

Gonzalo se tomó unos minutos antes de ingresar a la pensión. Rogaba que su madre estuviera durmiendo y no lo viese llegar en esas desastrosas condiciones. El farol de gas a carburo apenas iluminaba el patio. Avanzó a tientes para no llevarse nada por delante. Lo que menos deseaba era llamar la atención de los vecinos. Se detuvo frente a la puerta un momento y apenas consiguió encontrar

el picaporte, una voz femenina pronunció su nombre.

—Gonzalo... —Carmen se acercó y le puso una mano en el hombro—. ¿Qué hacés levantado a esta hora?

Él la miró. Podría hacerle la misma pregunta. Llevaba la chaqueta gris de su padre encima del vestido y una bufanda que le había tejido su madre enroscada alrededor del cuello.

Carmen sintió su aliento a alcohol y frunció el entrecejo.

—No podés presentarte así delante de doña Lidia —lo amonestó—. La pobre estaba muy preocupada por vos y quería esperarte levantada. Hace apenas un rato, logré que por fin se durmiera.

—Siento que tengas que hacerte cargo de tareas que no te corresponden, Carmencita —le dijo, sujetándola de los hombros—. Hoy ha sido una de las peores noches de mi vida y necesitaba beber hasta perder la noción del tiempo. No te pido que me entiendas, pero al menos, no te enojés conmigo. No podría soportarlo...

Ella suspiró. Jamás lo había visto tan mal. ¿Qué lo habría hecho desear emborracharse de esa manera? Sin pensarlo, colocó su mano encima de la de él y empezó a acariciarlo.

—No estoy enojada, Gonzalo —musitó, apabullada por la agradable sensación que le provocaba el contacto con su piel—. Me preocupa lo que te pasa a vos... y a tu madre. Nadie me obliga a hacer nada, todo lo que hago por ustedes es porque quiero hacerlo.

Gonzalo pensó en ese momento que alguien como él no se merecía tener a una persona tan buena en su vida. Sin embargo, sabía que el día que Carmencita ya no estuviera, la extrañaría mucho. Era importante para su madre... y para él también. La escasa luz del farol dibujaba algunas sombras en su rostro, la tomó del mentón y movió su cabeza un poco para poder verla mejor. Tenía la boca entreabierta y respiraba ligero. Se le antojó por primera vez probar el sabor de sus labios.

Embotado por el alcohol y el olor de su perfume, se aproximó más a ella con

la intención de besarla. Esperó que Carmencita rechazara su avance y lo apartase a un lado, pero no lo hizo. La recostó sobre la puerta, apoyando ambas manos en la pared. Sus cuerpos estaban tan cerca que su torso casi le rozaba los pechos. Ella permanecía quieta, mirándolo fijo a los ojos. No dijo nada, tampoco le pidió que la dejara marcharse. La imagen de Pilar dejándose tocar por ese extraño lo azotó con crueldad. Ahora era él quien no podía controlar el ritmo de su respiración. Deseaba olvidar lo que había visto, borrar por completo esa sensación de rabia e impotencia que le minaba los sentidos y no le permitía pensar con claridad. Si lo hubiese hecho, jamás se habría atrevido a cruzar el límite con Carmencita.

Le acarició el labio inferior con el pulgar, abriéndole la boca. La muchacha dejó escapar un gemido. Rápidamente, la boca de Gonzalo reemplazó a su dedo y arremetió contra ella, besándola con ímpetu, enroscando su lengua a la de ella mientras la sujetaba de la nuca para intensificar el beso. Carmen, inexperta a la hora de responder a las caricias de un hombre, solo se limitaba a sentir. La mano de Gonzalo bajó por su cuello y se introdujo debajo del abrigo hasta alcanzar uno de sus pechos. Cuando empezó a tocarla, ella notó el cambio que se iba produciendo en su cuerpo. Los pezones se habían erguido, reclamando sus caricias y ya no podía controlar ese extraño palpitar que sentía en la entrepierna.

Él abandonó su boca para besarle el cuello, fue entonces que le susurró un nombre al oído.

—Pilar...

Carmen se quedó inmóvil, pegada contra la puerta mientras Gonzalo empezaba a desabrocharle la blusa. Estaba temblando y apenas pudo reaccionar cuando él hundió el rostro entre sus pechos.

—Vos sos mía, Pilar. Siempre lo serás —balbuceó, sujetándola de la cintura para empujarla hacia la abultada bragueta de su pantalón.

Carmen lloraba... Lloraba lágrimas de dolor y de humillación. Como pudo, consiguió liberarse de sus brazos. Se acomodó la ropa y con la manga del abrigo de su padre, se secó las mejillas.

Gonzalo, consciente por primera vez de la locura que acababa de cometer, trató de retenerla.

—¡Carmencita, perdóname! —suplicó, dejándose caer en el suelo de ladrillos como una marioneta sin vida. Extendió su brazo, en un último intento para evitar que lo dejase—. Por favor... necesito que me perdones.

Caminando de espaldas, ella se alejó sin decir nada. Le temblaban las piernas, pero consiguió llegar hasta su casa. Se volteó y lo contempló un momento. Gonzalo continuaba de rodillas, con la cabeza enterrada en el cuello. Esa noche, no era más que la sombra del hombre del cual se había enamorado. Cuando escuchó su llanto, ya no pudo soportarlo más. Se metió en la casa y sin volver a mirar atrás, cerró la puerta despacio para no despertar a su familia.

Gonzalo no entró enseguida a la suya. Se arrastró hasta la pared y se quedó tumbado allí, maldiciéndose una y mil veces por haber lastimado a quien no se lo merecía. No era a Carmencita a quien quería castigar esa noche... El dolor lo había enceguecido, obligándolo a actuar de una manera infame. Estaba tan furioso por la escena que había presenciado en el patio de los Villegas que solo podía pensar en vengarse de Pilar. Y había elegido a la persona equivocada. ¿Cómo podría volver a mirarla a la cara después de lo que había sucedido entre ellos? En ese momento, la dulce de Carmencita debía estar odiándolo. Cuando ya no aguantó más el frío, se puso de pie y entró a su casa. Pasó sigilosamente por delante de la cama de su madre y fue hasta el mueble de madera en donde estaba la jofaina con agua para mojarse el rostro. De vez en cuando, se volteaba para cerciorarse de que doña Lidia seguía durmiendo. Un poco más despejado, se acercó y la besó en la frente. Ella se movió, pero no despertó. Le colocó otra manta encima porque el frío acentuaba el dolor en sus huesos y se dirigió a su cuarto. Solo se deshizo del abrigo y de las botas antes de arrojarse en el catre. Su último pensamiento antes de caer rendido a los brazos de Morfeo fue para Pilar Robles.

El jueves muy temprano por la mañana, cuando la negra Jesusa entró en la habitación de su niña, descubrió que ella ya no estaba allí. Vio la cama deshecha y un par de vestidos de los que usaba a diario tirados sobre el diván. La noche anterior ni siquiera había tenido oportunidad de preguntarle cómo le había ido en la tertulia. Sobre todo, tenía interés en saber sobre su encuentro con el joven Gonzalo. Apenas llegó a la casa, dijo que le dolía la cabeza y corrió escaleras arriba para encerrarse en su cuarto. Con la excusa de llevarle un té de hierbas para su jaqueca, llamó a su puerta, pero solo recibió un rotundo “hasta mañana, nana” como respuesta. A pesar de insistir y asegurarle de que no se iría hasta no hablar con ella, Pilar se mantuvo firme en su decisión. Era evidente que algo grave había sucedido durante la dichosa tertulia en casa de los Villegas. En el pasillo, se topó con José Emilio.

—Buenos días, nana. —Se acercó y, como solía hacerlo cada mañana desde que tenía uso de razón, la saludó con un beso en la frente.

Ella le enderezó el cuello de la camisa.

—¿Cómo amaneció hoy, mi niño?

José Emilio sonrió.

—Este niño ha dormido como un angelito, nana.

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—¿La pasó bien anoche en la tertulia? ¿Con cuántas señoritas ha bailao usted?

—¡Fueron tantas que perdí la cuenta, Jesusa! —bromeó. La verdad era que había sabido sacar provecho de la situación mejor que nadie. Él tenía otros intereses y durante casi toda la noche, se había codeado con las figuras más importantes de la política a nivel nacional. El flirteo y la danza habían quedado relegados a un segundo plano desde el mismo momento en que pisó el salón de los Villegas.

—¿Y qué hay de la niña Pili? ¿Ella también bailó mucho? —indagó la negra, sin dar más vueltas. Si ella no le contaba lo que había pasado, su hermano podía hacerlo.

José Emilio negó con la cabeza.

—Aunque no lo creas, Pilar se la pasó de florero casi toda la noche. La dejé conversando con Bernardita Villegas y unos minutos después, la perdí de vista.

La nana sonrió complacida.

—Apareció más tarde, y aunque intentó disimular, lo hizo acompañada de Rafael Álvarez Arriaga...

—¿Cómo? —exclamó Jesusa, llevándose las manos a la cintura—. ¿Qué hacía ese señor con mi niña?

—No lo sé, nana. Él llegó a la tertulia con su tía y su prima. Bernardita logró acapararlo durante un rato, pero en algún momento, logró escaparse de ella y salió a la galería. Supongo que fue allí donde terminó encontrándose con mi hermana. Lo que no entiendo es qué hacía Pilar fuera de la casa... —se quedó callado cuando vio que la negra negaba con la cabeza—. ¿Vos sabés algo, nana?

Jesusa se mordió el labio. ¿Qué había ocurrido realmente con su niña?

—Nana, ¿acaso Pilar iba a encontrarse anoche con Gonzalo?

La negra lo miró boquiabierta.

—No pongas esa cara, fue el propio Gonzalo quien me contó lo de su romance. Pilar luego me lo confirmó.

Jesusa estaba aliviada de compartir la carga de ese secreto con alguien más.

—Anoche, la niña Pili y su amigo iban a encontrarse en la tertulia. Yo misma me acerqué hasta la pensión en donde vive para llevarle un recado de parte de su hermana. El plan era que en la primera ocasión que se le presentase, ella saldría al patio y lo esperaría allí. Pero por lo que me cuenta, algo salió mal y ese caballero se metió en el medio.

—¿Ella no te contó lo que pasó?

—Ni siquiera dejó que entrara a su habitación y ahora no la encuentro por ningún lado...

—Debe estar en la cocina.

—No, recién vengo de allí y nadie la ha visto.

—¿Has mirado en la buhardilla?

La nana negó con la cabeza. Hacía tiempo que Pilar no se encerraba en ese



oscuro lugar, plagado de muebles cubiertos de polvo y de tristes recuerdos.

—Si quieres, puedo ir a mirar —se ofreció José Emilio.

—No, mi niño, que se le hace tarde para ir a estudiar y todavía no ha desayunado. Mis piernas ya no son tan ágiles como antes pero eso no impedirá que suba hasta ahí arriba para encontrar a mi niña.

José Emilio regresó a su habitación para buscar unos libros y bajó corriendo las escaleras. Mientras la nana hablaba con su hermana, él intentaría hacer lo mismo con Gonzalo. Necesitaba saber qué había sucedido.

Después de comprobar una vez más que Pilar no había aparecido por la cocina y preguntar a las demás criadas si la habían visto en la despensa, Jesusa no tuvo otro remedio que ir hasta la buhardilla.

La puerta de acceso a esa dependencia poco frecuentada de la casa se encontraba junto a los cuartos de la servidumbre. Siempre permanecía cerrada, pero cuando se acercó, descubrió que estaba entreabierta. Agarrándose del pasamano, la negra tuvo que subir encorvada los peldaños de la escalera. La estrechez del lugar y la anchura de sus caderas la obligaban a moverse muy despacio. Llevaba años sin entrar allí. Solo una de las criadas solía subir muy de vez en cuando para quitar el polvo. Y aquella que era asignada para esa tarea regresaba demasiado rápido porque no quería permanecer mucho tiempo encerrada en un sitio tan tenebroso. De la familia, la única que buscaba refugio en la buhardilla era la niña Pilar. Se detuvo para tomar un poco de aire cuando una punzada de dolor en la cintura le impidió continuar. Podía volver a la cocina y esperar a que su niña bajara, sin embargo, presentía que ella la necesitaba. Con un poco más de esfuerzo, logró alcanzar la cima de la escalera. Lo primero que se asomó fue su ensortijada cabellera negra. Oteó hacia un lado y hacia el otro, pero no había rastros de Pilar. La luz del sol se filtraba por el ventanuco de madera, echando un poco de claridad al lugar. El polvo cubría el suelo de madera y descubrió unas huellas que se perdían detrás de un ropero de madera maciza que había pertenecido a la familia de la difunta señora María. La mayoría de los enseres que se habían acumulado en la buhardilla pertenecían a la primera

esposa de don Amancio. Muebles, pinturas, libros e incluso su ropa habían sido llevados hasta allí por orden de la nueva mujer del patrón. Su oscura intención había sido deshacerse de las pertenencias de su hermana, donándolas a la caridad, pero Pilar no se lo permitió.

Un estornudo la orientó en qué dirección ir. Se levantó un poco la falda para caminar mejor y solo tuvo que avanzar unos metros entre baúles y cuadros amontonados uno encima de otro hasta que por fin la divisó. Pilar estaba acurrucada en la silla mecedora que doña María ocupaba cuando le leía por las noches antes de dormirse. Tenía puesto uno de sus vestidos más sencillos, de los que usaba para cocinar, y llevaba el cabello suelto. Se movió y la silla hizo crujir el suelo de madera. Cuando se percató de su presencia, la miró y le sonrió.

—Nana...

Jesusa acortó la distancia que las separaba y olvidándose del dolor en la cintura, se arrodilló junto a ella. Tenía las manos heladas. De inmediato se las sobó para calentárselas.

—Va a enfermarse con este frío, mi niña —le dijo toda preocupada. Pilar volvió a estornudar y le tocó la frente para comprobar que no tuviese fiebre.

—Estoy bien, nana.

La negra negó con la cabeza.

—Cuando mi niña viene a esconderse aquí es porque está muy triste.

Pilar respiró hondo. Poco a poco, su cuerpo fue entrando en calor. La buhardilla era uno de los sitios más húmedos de la casa, pero de vez en cuando necesitaba encerrarse entre esas cuatro paredes para escaparse del mundo que la rodeaba. No había pegado un ojo en toda la noche. Después de dar vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño, se había levantado cuando todavía el día no había clareado.

—Supongo que está así porque algo salió mal anoche...

—Gonzalo nunca llegó, nana.

Jesusa le apretó las manos.

—Le dije que no se fiara de ese muchacho, mi niña. —Tenía que hacer un

gran esfuerzo para no contarle que lo había visto con otra en la pensión de mala muerte donde habitaba.

—Pudo ocurrir algo que le impidió llegar a la cita. Tal vez la salud de su madre empeoró —repuso Pilar, quien seguía buscando una razón que explicase la ausencia de Gonzalo—. O quizá no se animó a acercarse cuando me vio en compañía de ese hombre.

—¿Qué hacía el señor Álvarez Arriaga a solas con usted en el patio?

—¿Cómo sabés que se trata de él?

—Su hermano me lo contó.

Pilar asintió.

—Los Villegas lo invitaron a la tertulia. Sospecho que fue un pedido especial de su hija Bernardita. La muy vanidosa me aseguró que Rafael Álvarez Arriaga se convertirá pronto en su esposo. Por supuesto, él ni siquiera lo sabe. Es más, terminó huyendo de ella apenas tuvo la ocasión y fue por eso que nos topamos en el patio. Hacía mucho frío y me prestó su abrigo...

—¿Y usted qué piensa?

Pilar enarcó las cejas.

—¿De qué, nana?

—De un posible casorio entre la señorita Villegas y ese caballero que la dejó tan inquieta.

—El señor Álvarez Arriaga no me dejó inquieta —se apuró a aclararle—, y con respecto a tu pregunta, creo que esa boda no se concretará nunca porque solo existe en la calenturienta imaginación de Bernardita Villegas.

—Eso solo el tiempo lo dirá. Además, es un asunto que no debería importarnos, ¿no es cierto, niña Pili? —quería escuchar lo que le diría a continuación sobre el futuro socio de su padre, pero ella no volvió a mencionarlo.

—Tengo que averiguar por qué Gonzalo no apareció y el único que puede ayudarme a descubrirlo es José Emilio. —Se levantó tan rápido que apenas le dio tiempo a la negra para quitarse de su camino. La pobre de Jesusa dio con sus

carnosas asentaderas justo encima de una valija abierta que contenía unos antiguos ejemplares de literatura clásica. Soltó una maldición y quedó despatarrada con ambas piernas hacia adelante.

—¡No se atreva a burlarse, niña! —le advirtió.

Pilar la ayudó a levantarse. Le costó no reírse mientras la seguía en dirección a la salida. La nana daba pasos cortitos al tiempo que iba masajeándose el enorme trasero por encima de la falda de su vestido. De vez en cuando musitaba un “¡Ay, mi Señor, qué dolor!” y Pilar, sin que ella la viese, se tapaba la boca con la mano para no soltar una carcajada. Fuera de la buhardilla, y antes de que la negra volviese a la cocina, la alcanzó para darle un abrazo. Sabía que era una de las pocas maneras que tenía para que no la regañara.

—Perdoname, querida nana. —Se apartó y le puso las manos en sus mejillas color ébano—. No debiste subir a buscarme...

—Nada de eso. Por usted soy capaz de ir hasta el fin del mundo o llegar al mismísimo infierno. —Le peinó el cabello con las manos—. Y si hace falta, volveré a hablar con ese muchacho para exigirle una explicación de por qué no se presentó anoche en casa de los Villegas como me prometió. Hay que saber con qué bueyes se ara, mi niña.

Pilar sabía que la negra era capaz de hacerlo, pero le tocaba a ella enfrentarse a Gonzalo y preguntarle qué había pasado. Por eso, tras darle más besos y otro abrazo que desarmó a la nana al punto de que soltara un par de lágrimas, bajó al comedor en busca de su hermano.



## CAMBIO DE PLANES

*E*n casa de los Álvarez Arriaga, esa mañana, el desayuno se sirvió un poco más tarde de lo habitual. El mayordomo, siguiendo las instrucciones de doña Margarita, esperó a que el joven Rafael se hubiese despertado para ordenar a los criados que tuvieran todo listo para cuando él bajara al comedor. Era su último día en Buenos Aires y quería agasajarlo como se lo merecía. Leonor ya estaba sentada a la mesa cuando su madre entró y ocupó la cabecera.

—Buenos días, hija. —Estiró el brazo por encima de la mesa y le rozó cariñosamente la mano—. ¿Cómo dormiste anoche?

—Bien, madre —mintió. Su plan de confesarle a Rafael lo que sentía por él durante la tertulia, había sido un rotundo fracaso. Primero, perdió la oportunidad de hacerlo porque un grupo de caballeros requirió de su presencia apenas puso un pie en el salón de los Villegas. Después, cuando por fin se los había quitado de encima, se acercó a Bernardita y la muy astuta consiguió acapararlo durante más tiempo del que hubiese deseado. Fue mientras estaba lidiando con ella, que una amiga suya que hacía tiempo no veía se acercó para saludarla, y en un abrir y cerrar de ojos, su primo había desaparecido.

Margarita no le creyó. La notaba inquieta, demasiado atenta a todos los movimientos de su sobrino. Sabía que luego de que él regresara a Capilla del Señor, su vida ya no sería la misma. Adoraba a Rafael. Nadie jamás habría dudado del cariño que le profesaba; sin embargo, no era hombre para su hija y Leonor parecía ser la única en no darse cuenta de ello. Quizá la distancia fuese en ese momento su mejor aliada. Guardaba la esperanza de que al no verlo, ese

sentimiento que albergaba por él se fuese apagando poco a poco. Incluso, ya tenía en vista un posible candidato para que Leonor se olvidara definitivamente de Rafael. La vio sonreír y supo que finalmente su sobrino se había dignado a bajar.

—Buenos días. —Se aproximó a su tía y le dio un beso en la coronilla. Hizo lo mismo con Leonor y ocupó su silla—. Pido disculpas si llego tarde, pero es que se me han pegado las sábanas. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. —Se sirvió él mismo el café y se devoró medio pancito de leche de un solo bocado.

—Mejor así, sobrino. Viajarás descansado hasta Capilla del Señor.

Rafael bebió un sorbo de café y asintió. Pasaría por la cocina luego para que alguna de las criadas le cebase unos mates.

—Pienso salir temprano para poder llegar a *El Refugio* antes de que anochezca.

Leonor no decía nada. Su cara hablaba por ella. Estaba triste por su partida y no iba a demostrar lo contrario.

—Cuando pase el invierno, deberían ir a quedarse unos días a la estancia —sugirió Rafael mirando a su prima. No le agradaban las despedidas ni estar lejos de los suyos demasiado tiempo, pero Buenos Aires no era sitio para él y nunca lo sería—. Saben que tienen las puertas abiertas de mi casa para cuando quieran dejar la ciudad.

El rostro de Leonor se iluminó, pero lo que dijo su madre a continuación acabó con la ilusión de volver a estar cerca de Rafael más pronto de lo esperado.

—Es precisamente durante la época de primavera cuando los eventos sociales en Buenos Aires suelen estar en su apogeo, querido. Leonor necesita rodearse de muchachos de su edad y es asistiendo a la mayor cantidad de tertulias posibles que va a conseguir un pretendiente, no yéndose a internar en medio del campo quién sabe por cuánto tiempo.

—¡Mamá! —saltó la joven después de oír semejante comentario.

—Tenés razón, tía. He sido un egoísta y no pensé en los intereses de mi prima.

De todos modos, mi oferta continúa en pie y pueden visitarme cuando gusten. Yo no sé cuándo regresaré a Buenos Aires, pero tal vez me tengan de vuelta aquí antes de fin de año —anunció sin entrar en demasiados detalles. Todo dependía de si la sociedad con Amancio Robles se concretaba o no.

—Nos encantaría que pudieras pasar la Navidad con nosotras aquí, en la ciudad. ¡Invitaríamos a las mejores familias de Buenos Aires! —exclamó Margarita emocionada. No le entusiasmaba para nada la idea de volver a celebrar las fiestas en la estancia. Su sueño era llenar la casa de gente, amenizar la velada con un coro de ángeles y que al otro día, toda la sociedad porteña hablase de ella —. Además, vos tampoco vas a encontrar a la mujer adecuada en un sitio como ese.

Rafael no dijo nada al respecto. Tampoco Leonor abrió la boca. Sin dudas, la posibilidad de un matrimonio era un tema que ambos preferían ignorar aunque por razones opuestas. El incómodo silencio que se había generado tras el comentario de doña Margarita, solo fue interrumpido por la aparición de Segundo que venía con un sobre en la mano.

—Acaba de llegar esto para usted, señor Rafael.

—Gracias, Segundo. —Leyó su nombre completo garabateado en el frente del sobre lacrado y se preguntó quién se lo habría enviado. No había ninguna marca distintiva, ni siquiera el nombre del remitente. Con uno de los cuchillos que estaba en la mesa, lo abrió para salir de la duda de una vez por todas.

—¿De quién es la carta? —preguntó Leonor, ignorando la mirada reprobatoria de su madre.

Los ojos grises de Rafael recorrieron rápidamente el papel de arriba abajo hasta que se topó con un nombre al final de la nota. Fue evidente la sorpresa que se manifestó en su semblante. Arrojó la carta sobre la mesa y no le dio importancia. Cuando miró a su prima, sonrió.

—Tu amiga Bernardita Villegas me agradece que haya asistido a la tertulia de sus padres, dice que disfrutó mucho de mi compañía y un par de tonterías más que no vale la pena ni siquiera mencionar.

Leonor se moría de ganas de conocer el resto del contenido de la carta, pero fingió que no le importaba. Por dentro, estaba que ardía de la rabia. ¡Qué atrevida había resultado Bernardita!

—A propósito de la tertulia en casa de los Villegas... te vi conversar muy animadamente con Amancio Robles y su hijo. ¿Cómo se llama el muchacho?

—José Emilio, tía. Estudia leyes aunque sus verdaderas aspiraciones están en el mundo de la política.

Para doña Margarita, esas palabras sonaron a música en sus oídos. *Abogado y con ambiciones políticas*, pensó. Sin dudas, un partido excelente para su hija Leonor.

—Se desenvolvía bastante bien entre los invitados, iba de un grupo a otro, siempre rodeándose de gente muy importante. Incluso lo vi sosteniendo una charla con el vicepresidente Alsina.

Rafael asintió.

—Apenas lo conozco, pero parece un buen muchacho y su padre está muy orgulloso de él.

—¿Es hijo único? —preguntó, ávida de saber más del muchacho.

—No, tiene una hermana. Estaba también anoche en la tertulia; se llama Pilar.

Leonor percibió un ligero cambio en el tono de su voz al mencionar a la tal Pilar Robles. La conocía solo de nombre, aunque no recordaba haberse cruzado con ella en algún evento social. En casa de los Villegas no había prestado atención a las demás muchachas; solo estuvo atenta a las artimañas de Bernardita para acercarse a su primo.

—Creo que sé de quién hablás —dijo su tía mientras hacía memoria—. El año pasado coincidimos en una reunión que organizó la señora Iturbide para recolectar fondos que luego destinaríamos al orfanato. La esposa de Robles estaba allí con su hija.

—Hijastra.

—¿Cómo?

—Esa mujer no es la madre de Pilar. Es su tía. Se casó con su padre después



de que perdiera a su esposa, es decir, su propia hermana.

A Leonor la sorprendió que Rafael estuviese al tanto de una situación tan confusa y privada, cuando hacía apenas unas horas que conocía a la familia.

La tía Margarita se quedó boquiabierta y, haciendo un poco más de esfuerzo en recordar, vino a su mente un hecho que había escandalizado a buena parte de la alta sociedad porteña muchos años atrás.

—¡Claro! Ahora lo recuerdo. Se casaron apenas unos meses después del fallecimiento de la primera esposa de Robles; la madre de esos muchachos. Fue un verdadero escándalo para la época... no se hablaba de otra cosa en la ciudad. Incluso hubo gente que aseguraba que la muerte de la pobre mujer fue bastante sospechosa.

Rafael frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, tía?

—Los rumores empezaron a circular cuando se supo que Amancio Robles y su cuñada se entendían. Las malas lenguas afirmaban que mientras su esposa agonizaba, ellos ya eran amantes. Luego, cuando anunciaron la boda, las sospechas aumentaron.

—Madre, son solo habladurías de la gente —intervino Leonor, poco propensa a dejarse llevar por los chismes.

—Habladurías o no, es innegable que durante mucho tiempo, en Buenos Aires se pensó que algo extraño ocurrió en esa familia y hasta el día de hoy, la muerte de esa mujer sigue siendo un misterio.

Rafael la escuchaba atentamente. Quizá algo de verdad había entre tantos rumores. La noche anterior, Pilar Robles se había encargado de dejarle bien en claro que no quería a la esposa de su padre. Pensó que era hasta algo normal que no sintiera cariño por su madrastra, pero en su caso era distinto, después de todo, Lorenza además era su tía; la hermana de su madre. ¿Por qué entonces esa inquina hacia ella? ¿Habría algún oscuro secreto en la familia Robles que lo explicase? Era probable. Para evitar el escarnio o proteger a los que se quiere, la gente era capaz de esconder los secretos más terribles. Y él lo sabía mejor que

nadie.

Dejó el café a medias y se fue a la cocina para degustar de unos amargos antes de emprender el regreso a Capilla del Señor.

No bien se quedaron a solas, Leonor se apoderó de la carta que le había enviado Bernardita Villegas para leerla.

—Hija, no deberías...

—Déjeme madre, no estoy haciendo nada malo.

Eran apenas unas pocas líneas de una envidiable caligrafía.

*Estimado Rafael, espero se encuentre usted muy bien esta mañana. Me he atrevido a escribirle con la única intención de darle las gracias por habernos honrado con su presencia en la tertulia. Tanto mis padres como quien le escribe estamos complacidos de contar con su amistad; por eso, le reitero lo que dije anoche. Es usted bienvenido a visitar nuestra casa cuando lo desee. Espero que volvamos a vernos pronto, de mi parte, ansío que así sea.*

*Atentamente,*

*Bernardita Villegas*

¡Maldita zorra! ¡No pierde el tiempo!, pensó Leonor mientras hacía un bollito con el papel. Que Rafael dejase Buenos Aires era la mejor manera de evitar que Bernardita se saliera con la suya. Prefería tenerlo lejos que en las garras de esa arpía.

Cuando Pilar irrumpió en el comedor, la familia entera se encontraba ya desayunando. Tras dar los buenos días, se sentó junto a su hermano. Le lanzó una mirada por encima del brazo de Dominga que le estaba sirviendo el café. Él le sonrió y asintió levemente con la cabeza, captando su mensaje. Era posible que no tuviesen oportunidad de hablar a solas, ya que José Emilio solía irse hacia la facultad de leyes cuando los demás todavía no se habían levantado de la mesa, pero en esa mirada cómplice Pilar le había transmitido su inquietud.

No tenía apetito esa mañana y solo mordisqueó un poco de pan con dulce de

naranja porque su abuela había insistido en que comiese algo. Tenía el estómago cerrado y las horas de insomnio padecidas la noche anterior le habían provocado una terrible jaqueca. Unos surcos oscuros debajo de los ojos eran la prueba tangible de que no la había pasado para nada bien. Se atusó el cabello y se cubrió la nariz con la mano para estornudar.

—Salud, hija —dijo don Amancio, apartando por un segundo la vista del diario—. Parece que has tomado frío anoche en la tertulia.

—Gracias, padre. —Pilar percibió un tono jocoso en su comentario. ¿Acaso la había visto salir al patio? No se animó a preguntárselo por temor a que el nombre de Rafael Álvarez Arriaga se colara en la conversación. ¿Qué le diría si le preguntaba qué estaba haciendo fuera de la casa? Tal vez malinterpretase su encuentro casual con Rafael, pero era preferible eso a que descubriera lo de Gonzalo.

—Los Villegas siempre se caracterizaron por ser excelentes anfitriones —comentó Lorenza, mirando por encima de la taza de porcelana a su hijastra—. Fue una fiesta inolvidable.

—Así es querida, sobre todo para nosotros. —El patriarca de los Robles dejó el ejemplar de *La Prensa* encima de la mesa y tomó la mano de su esposa—. Hay algo importante que debo decirles y que no puede esperar.

—¿Qué es, Amancio? ¡No nos dejes en ascuas!

—Sí, hijo, todos queremos saber de qué se trata —manifestó doña Encarnación, apoyando la moción de su no tan querida nuera.

A Pilar y a José Emilio también les había entrado la curiosidad, pero no dijeron nada.

—Como todos saben, pasado mañana viajaré a la estancia de Álvarez Arriaga para interiorizarme en todo lo que tenga que ver con la cría de caballos. —Todos asintieron. Pilar, en cambio, entró en estado de alerta al oír ese nombre—. Anoche, conversando con él, le hablé de la posibilidad de que quizá no viajase yo solo hasta Capilla del Señor. Sugerí que Lorenza y Pilar me acompañaran. Mamá no está para hacer un viaje tan largo y vos, José Emilio, tenés que estudiar

para los exámenes. A él le pareció una excelente idea y me aseguró que tendrá todo listo para recibirnos en *El Refugio*.

Lorenza celebró la noticia y doña Encarnación se lamentó de no poder acompañarlos. A José Emilio la partida de las mujeres de la casa, no le afectaba en lo más mínimo. Él solo tenía cabeza para estudiar y un poco de soledad le venía como anillo al dedo.

Pilar tardó en reaccionar, sin embargo, había escuchado bien... su padre quería llevarla a la estancia de ese hombre. Luego, como si necesitase desviar la atención para no ponerse demasiado en evidencia, dobló la servilleta junto al plato, con tanta mala suerte que terminó volcando su vaso de leche encima del elegante mantel de hilo que su abuela había comprado en uno de sus viajes. Rápidamente, Dominga se hizo cargo de limpiar el desastre. Entonces se dio cuenta de que su pequeña estratagema no había funcionado: todas las miradas apuntaban en su dirección. Tragó saliva. ¿Qué esperaban de ella? Estaba segura de que si decía lo que se cruzaba por su mente en ese instante, don Amancio Robles se enfadaría tanto que la enviaría a la iglesia del Socorro para confesarse con el padre Morra y obtener la absolución de sus pecados.

—¿Es necesario que vaya, padre? No me siento muy bien desde anoche. —Se llevó una mano a la frente para reforzar sus palabras—. Creo que estoy incubando un resfriado.

Robles no se creyó su actuación.

—De acá al sábado tenés tiempo de recuperarte, Pilar. Vas a venir con nosotros, lo quieras o no.

—¡Pero, padre...!

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No voy a aceptar ninguna excusa, hija. El señor Arriaga está encantado de hospedarnos en su estancia y no voy a quedar mal con él solo por un capricho tuyo —le advirtió—. Que yo sepa, nada te retiene en la ciudad y si te portás bien, permitiré que la nana Jesusa venga con nosotros.

Pilar ni siquiera encontró un argumento valioso que esgrimir para negarse. Era

evidente que nadie se había tragado lo de su supuesto malestar físico. Si se les ocurría llamar al doctor Figueroa, la farsa no la llevaría a ningún lado. Respiró hondo y trató de calmarse. No ganaba nada con preocuparse.

—Está bien, padre. —Se mostró como la más sumisa de las mujeres—. Haré lo que usted diga.

Amancio Robles sonrió complacido. Había sorteado el primer escollo con éxito. Ahora solo debía echar a rodar la segunda parte del plan. Intercambió miradas con su esposa; ella también parecía feliz con la idea de viajar con él. Un par de días lejos de la ciudad les vendría muy bien a ambos. Terminó de desayunar y, como lo hacía habitualmente, se llevó el diario para seguir hojeándolo en el astillero. Doña Encarnación fue la siguiente en abandonar el comedor. Pasó junto a Pilar y le rozó la frente para cerciorarse de que no tuviese fiebre. Luego se marchó a su habitación para leer un rato en compañía de su perro. Mientras Lorenza estuviese en la casa, el pobre de Bruno solo tenía permitido quedarse en el cuarto de su ama o en la cocina. Si hubiese sido por ella, lo habría confinado a vivir en el patio.

Pilar estaba impaciente. Ansiaba poder quedarse a solas con José Emilio, pero no parecía que su madrastra tuviese intención de irse todavía. Por eso, cuando él pidió permiso para levantarse de la mesa, ella también abandonó su puesto para irse detrás de su hermano.

José Emilio se dio cuenta de que lo seguía y al llegar al recibidor, se dio media vuelta.

—No hace falta que me digas lo que querés. —Se puso el abrigo y recogió unos libros—. Hablaré con él y le preguntaré qué pasó.

—Decile que necesito verlo con urgencia. —Se acercó para hablarle en voz baja—. Yo no pienso ir a ningún lado, José Emilio. Tengo un horrible presentimiento con respecto al señor Álvarez Arriaga y tal vez Gonzalo es el único que puede evitar que haga ese viaje.

—Papá fue muy claro, Pilar, y sabés que cuando toma una decisión, nada ni nadie lo hace cambiar de idea. No entiendo de qué tenés miedo.

—Yo tampoco lo sé con certeza, José Emilio, pero aunque te parezca un disparate, sospecho que tanto nuestro padre como Lorenza están tramando alguna cosa a mis espaldas que involucra precisamente a ese hombre... y no me gusta nada.

—Creo que estás exagerando, hermanita. Papá solo busca congraciarse con Rafael porque lo mueve un interés puramente comercial.

—¿Y para convertirse en su socio necesita que yo viaje a Capilla del Señor?

—También viaja Lorenza —le recordó.

—Tiene sentido que ella lo acompañe. Me agrade o no, es la esposa de papá.

José Emilio echó un rápido vistazo a su reloj de bolsillo.

—Debo irme, Pilar. Se me hace tarde.

Ella lo sujetó del brazo.

—Decile que lo espero esta tarde, a las cinco, en el lugar de siempre.

José Emilio asintió.

—Tranquila, le daré tu recado. —La besó en la frente y se marchó raudamente rumbo a la facultad de leyes.

Pilar permaneció allí, contemplando la puerta principal hasta que su hermano desapareció. No se resignaba a tener que cumplir con el absurdo mandato que le había impuesto su padre. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para no tener que ir a la estancia de Rafael Álvarez Arriaga. Si ese hombre había conseguido perturbarla con su sola presencia durante la tertulia en casa de los Villegas, ni siquiera podía imaginarse lo que sería compartir un fin de semana con él. Cuando regresó al comedor, lo encontró vacío. En algún momento, mientras ella conversaba con José Emilio en el recibidor; Lorenza se había ido. Supuso que estaría en la cocina, hostigando a las criadas para que empezaran a preparar el almuerzo desde temprano. Pero tampoco estaba allí. ¿Dónde diablos se había metido?

En la cocina, y después de insistirle hasta el hartazgo a Cayetana para que le enseñase a prepararla, Pilar se entretuvo amasando su primera tarta de almendras. Concentrada en retener cada uno de los ingredientes en su memoria

hasta que pudiera copiarlos en su propio recetario, dejó de preguntarse sobre el paradero de su madrastra y se olvidó de las tribulaciones que la angustiaban. Mientras se sumergía en el placer que siempre le brindaba la cocina, no tuvo cabida en su cabeza para nada más.

—¿Qué te ocurre, querida?

Carmen miró a la madre de Gonzalo y trató de sonreír.

—No pude dormir bien anoche, doña Lidia.

—Tampoco Gonzalo, parece. Esta mañana casi se queda dormido. Apenas tuvo tiempo de tomarse unos mates antes de salir corriendo para la facultad. —Y con un gesto de preocupación, agregó—. Ni siquiera lo escuché llegar ayer por la noche. Me temo que anda en algo raro...

Carmen empezó a separar la ropa que había ido a buscar temprano a la casa de doña Sebastiana y no dijo nada. Imaginaba que esa mañana no se iba a cruzar con Gonzalo. Después del episodio que protagonizaran en el patio, era lo mejor. Ella no había podido pegar un ojo en toda la noche, comiéndose la cabeza para tratar de descubrir quién era esa tal Pilar con la cual la había confundido en medio de los besos y las caricias. No conocía a nadie con ese nombre, pero quizá su madre sí sabía quién era. Revisó que la plancha estuviese caliente y la miró de reojo. Doña Lidia estaba terminando de desayunar. Esa mañana se encontraba un poco mejor y había insistido en ayudarla, almidonando las prendas que ella luego plancharía.

No se animaba a preguntárselo directamente, pero ya no aguantaba la incertidumbre. Necesitaba saber quién era esa mujer que Gonzalo había nombrado bajo los efectos de la borrachera.

—Doña Lidia, ¿conoce usted a una muchacha llamada Pilar?

La mujer se la quedó mirando.

—¿Pilar?

Carmen asintió.

—No recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Por qué me lo preguntás?

Tenía que encontrar una explicación creíble sin tener que revelarle la verdad. Pensó durante unos segundos antes de responderle.

—Es que me pareció escuchar que su hijo la mencionó alguna vez y sentía curiosidad por saber quién era.

—Mi memoria ya no es la de antes, Carmencita. Con el paso del tiempo, se ha resentido igual que mis huesos. Sin embargo, ahora que decís que Gonzalo habló de ella, creo que podría tratarse de la hermana de uno de sus compañeros de estudio; José Emilio Robles se llama. Precisamente el domingo estuvo en su casa porque ese joven lo invitó a desayunar.

—¿Será de por acá cerca? —preguntó, intentando no demostrar demasiado interés en el tema.

—No, según me contó mi hijo, esa familia es una de las más importantes de Buenos Aires. Viven en una lujosa casona del barrio de San Nicolás y el padre es dueño de un astillero, allá por la ribera de Quilmes.

Carmen volvió a acomodar por enésima vez sobre la mesa una de las tantas camisas que tenía para planchar. Lo que acababa de contarle doña Lidia no paraba de darle vueltas en la cabeza. Esa joven era alguien de fortuna; la hija de uno de los hombres más influyentes de la ciudad y Gonzalo sentía algo por ella. ¿Cómo podía competir contra alguien así? Sintió una gran opresión en la garganta y muchas ganas de echarse a llorar, pero no quería hacerlo delante de la madre de él. La pobre mujer ya tenía bastante con sus achaques de salud como para tener que consolarla. Pero doña Lidia no era tonta y la conocía demasiado bien.

—Hay algo que no me estás diciendo, Carmencita. A mí podés contarme lo que sea. —Se acercó y la tomó de la barbilla—. Estás a punto de llorar y si es por culpa de mi hijo, quiero saberlo.

Las palabras de doña Lidia barrieron con su débil fuerza de voluntad en apenas un instante. Se dejó caer en la silla y cubriéndose el rostro con las manos, rompió en un llanto desgarrador. A borbotones, toda esa tristeza que la asfixiaba



se escapó de su cuerpo hasta que sintió que ya no le quedaban más lágrimas. Aceptó el pañuelo que le ofreció doña Lidia y, entre hipidos, le dio las gracias.

—¿Vas a decirme qué paso por fin?

Carmen no quería angustiarse, pero desde hacía tiempo ya que Lidia Funes se había convertido en su confidente. A falta de una madre con la cual desahogarse, ella era la única que podía escucharla y brindarle alguna palabra de consuelo. Pecando de egoísta, tal vez también de indiscreta, le relató a grandes rasgos lo que había sucedido entre Gonzalo y ella la noche anterior. Por pudor, se guardó los detalles más íntimos.

Doña Lidia parecía estar tan sorprendida como ella. Tras oír atentamente su relato, comprendió que parte de lo ocurrido era por su culpa. Ella le había dicho a la muchacha que Gonzalo andaba enamorado... la alentó a que le abriera su corazón si él no daba el primer paso. ¡Dios Santo! ¡Qué tremenda equivocación había cometido! Su hijo amaba a una mujer... pero la destinataria de ese amor no era Carmencita. No supo qué decirle. Cualquier palabra que saliera de su boca en ese momento no serviría de nada. No aliviaría su dolor ni tampoco haría que se sintiese menos culpable.

—Te pido perdón, Carmencita. Si no me hubiese entrometido en la vida de mi hijo, lo de anoche jamás habría sucedido. Yo creí... lo siento, de verdad.

La joven la miró a los ojos. Ya no lloraba.

—No se preocupe, doña Lidia. Usted no tiene la culpa de nada —la tranquilizó—. Nunca debí hacerme ilusiones con Gonzalo. Soy muy poca cosa para él...

—No, Carmencita, vos sos la muchacha más buena del mundo y aunque ahora te parezca imposible de creer, yo sé que el necio de mi hijo te quiere; a su manera, pero te quiere.

La joven negó con la cabeza.

—Es en ella en quien piensa. A mí nunca me ha visto como a una mujer. ¡Si hasta insiste en llamarme Carmencita cuando sabe que no me gusta que lo haga!

Doña Lidia sonrió.

—A pesar de lo que pasó anoche, no deberíamos precipitarnos porque podríamos sacar conclusiones equivocadas. Yo lo hice al pensar que Gonzalo estaba enamorado de vos y mi error te costó muchas lágrimas. Que él te haya confundido con esa joven, no significa que haya algo entre ellos. Algo serio al menos —repuso—. Tal vez la tal Pilar ni siquiera sabe lo que Gonzalo siente por ella. No la conozco, pero vos quedate tranquila. No me va a resultar difícil sonsacarle a mi hijo la verdad.

Carmencita apretó las manos de la mujer.

—¿Haría eso por mí?

—Haría lo que fuese necesario para que vos o mi hijo sean felices. No me preguntes por qué, pero yo estoy segura de que ustedes dos van a terminar juntos.

Carmen la vio tan convencida de lo que decía que se permitió ilusionarse con el amor de Gonzalo una vez más.



## MIRADAS INDISCRETAS

*L*a negra Dominga apenas podía seguirle el ritmo a su señora mientras caminaban por uno de los senderos arbolados del Paseo de Julio. Ni siquiera estaba segura de qué hacían allí realmente, porque con esas prisas no podía tratarse de una caminata vespertina para estirar las piernas.

Doña Lorenza se había aparecido repentinamente en la cocina para anunciarle que se preparara porque iban a salir. Lo había hecho apenas unos minutos después de que la niña Pilar dejara la casa para dirigirse a la iglesia. Y allí estaban, yendo de un lado a otro, sin detenerse en ningún sitio en particular, como si estuviesen buscando o esperando a alguien. No se animaba a preguntarle qué la había hecho dejar las labores de bordado para dar un paseo en una tarde tan desapacible como esa. Prefería obedecer en silencio para no ganarse un reto. Llegaron hasta el final del sendero y en vez de regresar por donde habían venido, Lorenza se internó entre los árboles, sin importarle que la hierba húmeda le ensuciase el vestido. No supo si seguirla o no, pero cuando ella se volteó y le hizo un gesto de impaciencia con las manos, se apresuró para alcanzarla.

Avanzaron unos pocos metros y la patrona se detuvo de repente. La empujó hacia atrás, obligándola a ocultarse detrás de un árbol.

—Misia Lorenza, no se enoje con esta negra, pero podría decirme qué estamos haciendo. —Hablaba en voz baja, como si tuviese miedo de que alguien pudiese escucharla.

—¡Cerrá la boca y no te muevas! —le ordenó también bajando la voz.

Dominga trató de espiar por encima del hombro de la patrona, pero desde su

posición solo divisaba más árboles y un carruaje que se había detenido a unos cuantos metros de distancia. Cuando prestó más atención a los caballos, se dio cuenta de que no era la primera vez que los veía. Uno de ellos tenía una enorme mancha blanca justo en medio de los ojos y llevaba una rienda de cuero rojo. ¡Era uno de los coches de la familia! No había rastros de su conductor por ningún lado, pero no hacía falta tenerlo enfrente para saber de quién se trataba. Si Anselmo estaba allí, entonces la hija de don Amancio también. Iba a comentárselo a la patrona pero recordó que le había exigido silencio y prefirió quedarse callada. Se corrió un poco para poder ver mejor y entonces la vio. La niña Pilar estaba parada junto a un pequeño espejo de agua que había dejado la lluvia y miraba en una única dirección. Anselmo seguía desaparecido, pero no tardó en entrar en escena. Cruzó un par de palabras con la joven patrona y se acercó a los caballos para darles de beber.

—Sabía que lo de ir a la iglesia no era más que una farsa —murmuró Lorenza, recostada contra el tronco del árbol para evitar que la vieses—. Pilar va a encontrarse con alguien y no me voy a ir de aquí hasta ver de quién se trata.

Ni bien terminó de decirlo, vieron que alguien se acercaba.

Ambas lo reconocieron de inmediato. Era Gonzalo Funes, el compañero de estudios de José Emilio.

Lorenza se llevó la mano al pecho mientras abría la boca en un gesto de asombro. Observó, perpleja, cómo el muchacho se plantaba delante de Pilar con los brazos pegados al cuerpo y los puños apretados. Aun a esa distancia, percibió la tensión en el rostro masculino. Su hijastra fue la primera en decir algo. Él, en cambio, no había pronunciado ninguna palabra todavía. No alcanzaba a oír nada, sin embargo, era evidente que entre Gonzalo Funes y Pilar había algo más que una simple relación de amistad.

No podía arriesgarse a que la descubrieran. Lo poco que había visto bastaba para sacar sus propias conclusiones. Por eso, escudándose detrás de la arboleda, regresó por donde había venido y se subió rápidamente al carruaje, seguida de la negra Dominga. Se asomó con discreción por la ventana y fue testigo de cómo

Pilar se aproximaba a Gonzalo Funes hasta rozarle la mano. Le sorprendió el atrevido comportamiento de su hijastra. ¿Cómo era posible que acariciara a un hombre de esa manera y en un lugar público? Cualquiera podía verlos. Amancio tenía que saber cuanto antes en qué andaba su adorada Pilar. No volvió a San Nicolás. Aunque la sorprendería la noche lejos de casa, le indicó al cochero que se desviase hacia Quilmes.

Gonzalo tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse llevar por la rabia. No era sencillo para él contenerse cuando la culpable de sus desvelos le reclamaba que no hubiese acudido a su encuentro la noche anterior en casa de los Villegas. Había pensado en no aparecer por el Paseo de Julio con el único propósito de hacerle pagar la osadía de haber estado con otro hombre mientras lo esperaba a él. Sin embargo, fue José Emilio quien terminó convenciéndolo de que debían hablar. Ahora que la tenía enfrente, con esa belleza que irradiaba sin siquiera proponérselo, solo deseaba estrecharla entre sus brazos y decirle cuánto la amaba.

—¿Qué fue lo que pasó, Gonzalo? ¿Por qué nunca llegaste? Yo te esperé...

—¿Te aburríste mientras me esperabas?

Por el tono irónico de sus palabras, Pilar supo que, efectivamente, Gonzalo sí había ido a encontrarse con ella y al verla acompañada por otro hombre, desistió de buscarla.

—Gonzalo... lo que viste anoche no es lo que parece —intentó explicarle—. Yo salí al patio de los Villegas para esperarte y Rafael Álvarez Arriaga se apareció de repente.

—¿Lo conocías?

Pilar asintió.

—Hace dos noches estuvo en mi casa. Ese hombre se dedica a la cría de caballos y mi padre está interesado en asociarse con él, fue por eso que lo invitó a cenar.

—Supongo entonces que cortejar a la hija de su futuro socio es una manera de afianzar los lazos comerciales entre ambas partes —se burló.

—¡El señor Álvarez Arriaga no me estaba cortejando! —replicó Pilar, molesta con su insinuación—. Simplemente nos encontramos de casualidad, él huía del asedio de Bernardita Villegas y cuando me vio en el patio, se acercó para ofrecerme su abrigo. Estaba haciendo mucho frío. —Evitó contarle la verdadera razón por la cual Rafael se había acercado a ella para no generar otro conflicto.

Gonzalo quería creerle pero la imagen de ese hombre acariciándole el rostro lo seguía atormentando.

—Yo lo vi cuando te tocaba, Pilar.

Ella negó con la cabeza.

—Lo único que hizo fue secarme una lágrima con su pañuelo. Estaba tan triste porque vos no llegabas que ni siquiera me importó que lo hiciera. Él solo se comportó como un caballero, ofreciéndome consuelo, nada más. —Hizo un momento de silencio y le clavó la mirada—. Gonzalo, ¿de verdad pensás que voy a dejar que otro hombre me corteje cuando es a vos a quien quiero?

Él tragó saliva. Podía haber desconfiado de su comportamiento e incluso de su discurso... pero esos ojos del color de la miel que él tanto amaba no le mentían. Se sintió un completo imbécil por poner en duda la integridad de Pilar. La tomó de las manos y sin importarle que alguien los viera, se las besó con ternura.

A ella tampoco le preocupó la gente y sin vacilar, se arrojó a sus brazos.

—Perdoname, Pilar. —Le pidió apenas la apartó de él—. Cuando te vi con ese hombre, los celos me enceguecieron. Tuve ganas de saltar el muro y llevarte conmigo para que no te tocara, no podía siquiera soportar la idea de que posara sus ojos en vos.

—Y yo me habría ido contigo para poder estar juntos sin tener que escondernos de nadie.

Gonzalo le hubiese robado un beso allí mismo, pero ya habían sobrepasado el límite del decoro al abrazarse en público y ganarse la atención de algunas personas que, a pesar del frío, habían dejado sus casas para dar una caminata por

el Paseo de Julio. La reputación de Pilar estaba antes que sus propios deseos.

—Quisiera ir a buscar a tu padre y hablarle de lo nuestro de una vez por todas...

Pilar ansiaba que ese momento llegase pronto, pero al mismo tiempo, la asustaban las consecuencias que semejante arrebató pudiese ocasionar. Aunque estaba cansada de tener que ocultar lo que sentía por él, debían esperar el momento oportuno para revelar la verdad a su padre.

—No podés hacer eso, Gonzalo...

—Apenas unos días atrás, te quejabas de nuestra situación —le recordó.

—Sí, pero no debemos precipitarnos. Me inquieta mucho no saber cuál va a ser la reacción de mi padre cuando se entere que nos queremos.

—El año que viene obtendré mi título de abogado. Hasta que ese momento llegue, puedo tratar de conseguir un empleo mejor del que tengo ahora y ahorrar dinero para mudarme con mi madre a un barrio más pituco...

Pilar le sonrió. Hablaba con tanta seguridad que no dudaba de que lograría cualquier objetivo que se propusiera. Sin embargo, a don Amancio Robles poco le importaría todo el esfuerzo que pusiera Gonzalo en superarse en la vida. Él no tenía fortuna ni un apellido doble e ilustre que lo respaldase.

Un carruaje se acercaba hacia ellos, y muy a su pesar, Gonzalo la tuvo que soltar. No podían continuar exponiéndose de esa manera. Corrían el riesgo de que por culpa de su imprudencia algún conocido los viera. Si eso sucedía, don Amancio no tardaría en enterarse de la verdad.

—Sé que debería dejarte ir —miró de reojo a Anselmo, quien fingía hablarle a los caballos—, pero no quiero separarme de vos.

Pilar sentía lo mismo. Necesitaba tenerlo cerca, sobre todo ahora que la esperaba un viaje que no deseaba hacer y del cual no sabía cómo escapar. Aunque provocase de nuevo su enojo, prefería decírselo ella antes de que lo supiera por alguien más.

—Pasado mañana salgo de la ciudad.

Gonzalo no dijo nada, solo enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Mi padre decidió viajar a Capilla del Señor por asuntos de negocio y quiere que Lorenza y yo vayamos con él —le explicó sin darle tiempo casi a reaccionar—. Me negué a hacer ese viaje, pero ya sabés cómo es papá...

—¿A Capilla del Señor? —preguntó Gonzalo apenas ella hizo una pausa. Pilar asintió.

—Gonzalo, no quiero que te enojés, pero vamos a la estancia del señor Álvarez Arriaga. —Vio que estaba a punto de despotricar, sin embargo, no lo dejó—. Nos invitó porque mi padre quiere invertir dinero en sus caballos y sugirió que la mejor manera de ver cómo funciona el negocio es conocerlo desde adentro.

—¿Por qué tenés que ir vos también?

—No estaba en los planes de mi padre que viajara con él. Cuando nos dio la noticia, la noche en la que ese hombre cenó en nuestra casa, dijo que iría solo. Esta mañana, de repente, nos anunció a mi madrastra y a mí que debíamos acompañarlo. Cuando deslicé la posibilidad de no ir, aduciendo un malestar físico, me advirtió que era una decisión tomada y que no iba a tolerar que lo hiciera quedar mal con su futuro socio. ¡Daría lo que fuese por quedarme en Buenos Aires! —Gonzalo ya no parecía estar sorprendido, más bien molesto por su inevitable partida.

—¿Cuándo volvés? —preguntó, tragándose la impotencia. Pilar se marchaba lejos y él no podía hacer nada por impedirlo. Sin embargo, no era separarse de ella lo que más le molestaba. Saber que compartiría tiempo con el tal Álvarez Arriaga hacía que la sangre le escociera en las venas. Tuvo que contenerse para no decir algo indebido.

—Papá dijo que el lunes ya estaríamos de regreso. No puede dejar solo el astillero mucho tiempo ahora que don Roque se encuentra en Brasil.

Gonzalo solo se limitó a asentir.

—Estaba pensando que tal vez podría aprovechar este viaje para hablarle a papá de vos... de lo nuestro. ¿Qué pensás?

—Que hace un rato me dijiste que no nos precipitáramos y ahora, de repente,



querés contárselo a don Amancio. —Vio que se mordía el labio, entonces supo que le ocultaba algo—. Me parece que lo mejor es que yo hable con él cuando vuelva a Buenos Aires. ¿Por qué tanta prisa? ¿Qué pasa, Pilar?

—Nada —le aseguró. Luego, sonriendo, añadió—: Tenés razón, lo más sensato es que esperemos el momento adecuado para decírselo. Además, me gustaría que lo hiciéramos juntos...

—Seré yo quien hable con él —la interrumpió—. Me corresponde a mí enfrentarme a la furia de tu padre cuando sepa lo nuestro.

Un repentino remolino de viento azotó la copa de los árboles y provocó que los caballos comenzaran a relinchar. También alborotó el cabello de Pilar. Gonzalo extendió su brazo y se lo apartó del rostro con delicadeza. Mientras lo hacía, le acariciaba las mejillas con el dorso de la mano. Ella entornó los párpados, esperando con ansias que la besara. Quería un beso suyo antes de irse, pero no se animó a pedírselo.

—Te quiero, Gonzalo —murmuró, al tiempo que abría muy despacio los ojos. Él sonrió.

—Yo te quiero mucho más, Pilar Robles. —Y asegurándose de que no había nadie por los alrededores, le robó ese beso que ella tanto anhelaba y que él moría por darle.

La ayudó a subirse a la volanta y le agradeció a Anselmo por su discreción. Se fueron del Paseo de Julio tomando caminos diferentes, con la esperanza de volverse a ver apenas Pilar regresara de su viaje a Capilla del Señor.

Lo primero que hizo Rafael apenas puso un pie en *El Refugio* fue anunciarles a sus empleados que ese fin de semana habría fiesta en la estancia. Cuando se enteraron que además del regreso de Froilán con la cuadrilla de caballos tendrían una importante visita que venía desde Buenos Aires, nadie dudó en ponerse a su entera disposición. Ahora que había vuelto tras una corta estadía en la ciudad, *El Refugio* retomó su ritmo habitual, con Rafael dando órdenes a diestra y siniestra

para que todo marchase sobre ruedas. Dispuso que carnearan dos vacas y un cordero para agasajar a los invitados con el mejor asado de cuero de toda la región; asado que él mismo solía ayudar a preparar. Habló con Aurora y le pidió que enviase a unos peones al almacén de ramos generales del pueblo para abastecer la despensa. Planeaba tirar la casa por la ventana, por eso no escatimó en gastos para procurar que don Amancio Robles y su familia pasaran el mejor fin de semana de sus vidas.

Le devolvió el mate a Aurora y revisó la lista de las compras por enésima vez.

—Que Pancho vaya al pueblo y se lleve a uno de los muchachos con él. —Se quedó pensativo durante unos segundos—. Yo tengo que ir por la tarde para ver a Braulio y pasaré por el almacén a pagar.

Aurora asintió. Rafael solía visitar al padre Braulio por dos razones: para donar dinero a la iglesia o para pedirle consejo cuando algo lo preocupaba. Se decantó más por la segunda opción ya que desde su regreso lo notaba distinto. Y ese repentino entusiasmo que demostraba ante la llegada de unas personas que nunca antes había oído mencionar era demasiado extraño. ¡Precisamente él, que prefería la soledad del campo y escapaba de la gente! Cuando quiso indagar un poco, se topó con su silencio.

—¿Querés que prepare algo especial para recibir a esa gente?

—Si el clima no nos juega una mala pasada, los Robles llegarán mañana por la tarde. Vendrán cansados del viaje, por eso creí pertinente que el asado fuese el domingo al mediodía.

—Puedo cocinar algo liviano para que no se acuesten con el estómago vacío.

—Lo dejo en tus manos, Aurora.

—Supongo que querrás que ponga la vajilla nueva —comentó, refiriéndose al juego que había heredado de su madre y que solo se utilizaba en ocasiones especiales.

—Sí. —Aceptó el último mate y se lo bebió sin decir absolutamente nada. De nuevo se había dejado envolver por los recuerdos. Fue imposible no traer a su memoria la última vez que hubo un motivo para celebrar en la estancia. Trató de

no pensar en ello, pero las imágenes de esa noche en la que creyó alcanzar la felicidad lo terminaron apabullando. Dejó el mate vacío sobre la mesa y con un movimiento brusco se puso de pie.

—Fele, ¿qué pasa?

Él la miró con los ojos vidriosos. Aurora y Froilán eran los únicos en la estancia que lo llamaban con ese apelativo cariñoso que le había puesto su amigo Braulio en el internado. Trató de sonreír, pero no pudo.

Aurora no volvió a preguntar. Se acercó, y como había hecho en tantas otras ocasiones en las que la tristeza lo agobiaba, lo abrazó con ternura. Durante mucho tiempo, cuando Rafael se despertaba en medio de la noche, atormentado por las pesadillas, ella corría hasta su habitación para calmarlo. Se acostaba junto a él y lo acompañaba hasta el amanecer. Mientras estuvo casado con Elena Echagüe, eso cambió. Aunque las pesadillas continuaban, se habían hecho menos frecuentes y ella ya no tuvo necesidad de acudir a su lado para acompañarlo. Pero esa época de aparente sosiego que vivió al lado de su esposa llegó a su fin abruptamente cuando ella murió. La noche anterior, tal vez agotado físicamente por el largo viaje que lo trajera de regreso a la estancia, había dormido sin sobresaltos.

Rafael la soltó y contempló parte de sus tierras a través de la ventana.

—¿Te fijaste si las flores estaban frescas?

—Yo misma fui esta mañana y las cambié.

Él asintió. Todavía no había ido a verla, pero sabía que Aurora la visitaba todos los días. Herminia, la cocinera de la estancia, entró con una canasta llena de verduras y se quedó de piedra cuando lo vio.

—Dispense, don Rafael —dijo mirando de refilón a Aurora—. Pensé que a esta hora ya andaría recorriendo el campo.

Se giró sobre los talones, con una sonrisa en los labios. Ambas mujeres se sorprendieron de la facilidad que tenía para disfrazar su humor en un abrir y cerrar de ojos.

—No tengo nada que disculpar, Herminia. Soy yo el que invadió tu cocina. —

Le entregó la lista de las compras a Aurora y se robó un pastelito—. No sé si volveré a tiempo para el almuerzo. Es posible que coma algo con los peones.

Tanto Aurora como Herminia se quedaron un rato mirando la puerta por la cual acababa de desaparecer Rafael. Todos en *El Refugio* sabían del afecto que sentía el patrón por Aurora. Ella y Froilán, quien prácticamente se había convertido en una especie de hermano mayor tras la muerte de don Ulises, eran los únicos que se arrimaban a su lado cuando se levantaba torcido. A pesar de su carácter hosco, todos en la estancia lo respetaban. Jamás había maltratado a nadie y era justo con quien se lo merecía.

—Tendrás que esmerarte en la cocina este fin de semana —dijo Aurora repasando la lista que le había dado Rafael para asegurarse de que no se había olvidado nada.

Herminia dejó la pesada canasta encima de la mesa y se limpió las manos con el delantal.

—¿Se sabe algo de esa gente que invitó el patrón?

Aurora la miró con mala cara.

—Tu trabajo es procurar que coman bien, Herminia. No debería preocuparte nada más.

La cocinera resopló.

—Está bien, Aurora, tiene usted razón —respondió. Descolgó la cacerola más grande y la puso encima de la cocina—. Solo tenía un poco de curiosidad. No es habitual que el patrón reciba gente en la casa, sobre todo desde que misia Elena ya no está. El único que ha venido es el padre Braulio, pero él es un pan de Dios y se conforma con lo que yo le preparo. Esta gente, en cambio... ¿quién sabe qué estarán acostumbrados a comer!

Aurora entendía su dilema, pero tenía muy buena mano para la cocina y estaba segura de que Herminia no defraudaría a los invitados. Sin embargo, para evitar que se confiara demasiado y cometiera algún error en su afán de agradar a los Robles, prefirió no decírselo.

—Rafael quiere que prepares algo sencillo para la cena de mañana —le

anunció—. Tendrás más trabajo el domingo, pero no te preocupes porque el resto de las muchachas y yo te vamos a ayudar.

Herminia se sintió aliviada. Saber que compartiría la responsabilidad en caso de que algo saliera mal le quitaba un gran peso de encima. Recibir una reprimenda del patrón por no haber estado a la altura de los acontecimientos era lo último que deseaba.

—Voy a buscar a Pancho y enseguida vuelvo —dijo Aurora yendo hacia la puerta.

—Recién estaba en el patio, mateando con el Marcial —le avisó.

Cuando se quedó a solas, volvió a sentirse ama y señora de la cocina. Vertió agua en la cacerola, le añadió un manojito de sal gruesa y regresó a la mesa para empezar a pelar las verduras. Tenía por delante un fin de semana ajetreado, pero el trabajo nunca la había amilanado.

La iglesia de Capilla del Señor, una construcción de estilo armónico con paredes pintadas a la cal, se encontraba ubicada sobre un solar de la calle Basabe. En el siglo XVIII, en ese mismo sitio, había estado afincada la casa de don Francisco Casco de Mendoza. Allí funcionaba un oratorio privado que, después de un tiempo, fue abierto a los feligreses del pueblo. La parroquia, diseñada por los arquitectos Hunt y Sherarder, fue inaugurada durante el mes de diciembre de 1866 y contaba con una única nave, una torre lateral con reloj y el campanario. Sin embargo, lo que atraía más a los fieles eran dos astillas de madera pertenecientes a la Santa Cruz que se podían contemplar en el altar de la Pasión.

Rafael se detuvo junto al muro que la rodeaba y permaneció encima de su caballo unos minutos antes de desmontar. Se quitó el sombrero y lo usó para saludar a un par de jovencitas que cruzaban por la calle principal hacia la plaza. Le dio una palmadita a su caballo, al cual había bautizado *Pampa*, y ató con firmeza las riendas al palenque. El animal le dio una cabeceada para llamar su atención y recibió una caricia en el hocico.

—Regreso enseguida, mi fiel amigo...

—Si algunas de mis feligresas supieran que le hablas a esas bestias como si estuvieras esperando que te contesten, dirían que el mismísimo mandinga te ha poseído.

Rafael curvó los labios en una sonrisa antes de darse vuelta.

—Tal vez tengan razón, padre Braulio —dijo, siguiéndole el juego—. Esas señoras no deberían acercarse a mí, ni siquiera pronunciar mi nombre por pura precaución.

Braulio Sánchez, cura párroco del pueblo de Capilla del Señor desde hacía poco menos de un año y amigo de la infancia de Rafael, lo observó muy seriamente mientras se cruzaba de brazos.

—Si estás aquí para burlarte de este pobre sacerdote, será mejor que vuelvas por donde viniste, Fele —le advirtió, haciendo un gran esfuerzo para no echarse a reír.

—¿Acaso no soy bienvenido en la casa del Señor? Según tus propias palabras, que me has repetido hasta el hartazgo, tu Dios siempre estará dispuesto a recibirme con los brazos abiertos.

La sonrisa en el rostro del padre Braulio se borró de repente. Estaba acostumbrado a bromear con él, pero muchas veces, Rafael traspasaba los límites. Su rechazo hacia todo lo que tuviese que ver con Dios y la Iglesia había abierto una grieta entre los dos. Una grieta plagada de culpa y dolor que no cerraría hasta el día en que Rafael comprendiera que no era un hombre infalible y necesitaba de la fe como cualquier otro mortal para no sumirse en las tinieblas.

—¿Has venido al pueblo por algo en particular o simplemente tenías ganas de reírte un rato de tu amigo?

—Quería reírme un rato con mi amigo —repuso, buscando una nueva tregua entre ambos. No deseaba pelear con él—. ¿Estás ocupado? Porque tenía ganas de tomarme unos mates con vos...

El padre Braulio se acercó. Había vuelto a sonreír.

—Siempre tengo tiempo para compartir unos mates con vos, Fele.

Ingresaron a la iglesia por la puerta principal y Rafael ni siquiera levantó la vista. Se desviaron por un pasillo que conducía a la casa parroquial donde residía Braulio desde que oficiaba misa en el pueblo. Aunque Rafael le había ofrecido instalarse en la estancia para su mayor comodidad, él prefirió ocupar la humilde vivienda que le habían asignado desde el obispado. Era una construcción con techo de adobe y pared de ladrillos, con una rústica puerta de madera y un ventanuco en el frente. Tenía solo dos habitaciones. Una en donde dormía; la otra, la más grande, la usaba como cocina y comedor. Fermina, una mujer que vivía a pocas calles de allí, venía dos veces por semana para limpiar y lavar su ropa. Con la comida se las arreglaba como podía. En algunas ocasiones, los feligreses lo invitaban a comer en sus casas. Cuando esto no ocurría y no tenía ni un cobre partido a la mitad, iba a la única pulpería del pueblo en donde le fiaban un buen plato de sopa con la esperanza de ganarse un lugar en el reino de los cielos.

Rafael se sentó en una de las sillas y cruzó una pierna encima de la otra mientras Braulio preparaba el mate.

—Si tenés hambre, todavía quedaron algunas tortas fritas que me trajo una feligresa. Son de ayer, pero están muy ricas —le dijo señalando un plato cubierto con una tela colorida que estaba en el centro de la mesa—. Contame, ¿cómo te fue en Buenos Aires? —Endulzó el mate con un poco de canela, removiéndola con cuidado y le cebó el primero a su amigo.

—Mejor de lo que pensaba —dijo, sorprendiendo al cura con su respuesta.

Braulio frunció el ceño.

—Vos no te llevás bien con esa ciudad...

—Es verdad —tuvo que reconocer—. Buenos Aires me trae demasiados recuerdos tristes. Por eso siento que me asfixio cada vez que estoy allí.

—No todos esos recuerdos son malos, Fele. Los años que pasamos internos en el Colegio Eclesiástico no fueron tan terribles.

Rafael terminó el mate y se lo devolvió.

—Está muy rico —lo elogió. Luego se quedó callado, con la mirada perdida

—. Quizá ese lugar, que fue como una cárcel para mí y que odié desde el primer día, terminó convirtiéndose en un refugio para tanto dolor. Allí conocí lo que es la verdadera amistad. Por primera vez, sentí que le importaba a alguien...

—Tu padre te quería, a su manera, pero te quería.

Rafael negó con la cabeza.

—Nunca me lo dijo, Braulio. Toda su vida, don Ulises Álvarez Arriaga se encargó de recordarme que yo estaba vivo porque había asesinado a mi madre. Y lo peor no es que me haya considerado culpable de su muerte; lo más trágico es que terminó convenciéndome de que lo era en realidad. ¡La maldita culpa me ha perseguido durante todos estos años!

—Ya no podés culparte por lo que pasó, Fele. Tu padre fue un hombre resentido con la vida que no supo cómo lidiar con el dolor de haber perdido a la mujer que amaba, pero estoy seguro de que, en sus últimos momentos, se arrepintió de todo el mal que te hizo.

—Nunca te lo conté, Braulio, pero ese día que me mandó a llamar al colegio para que lo fuera a ver después de casi diez años, mi padre me pidió perdón. — Se mesó el cabello. Era la primera vez que lo hablaba con él. La única que sabía lo que había ocurrido era Aurora—. No pude perdonarlo... no después del daño que me causó. Se moría frente a mis ojos y no fui capaz de derramar ni una sola lágrima por él.

Braulio se quedó helado. Recordaba muy bien ese momento. Se encontraban en medio de la clase de latín cuando el mismísimo rector del colegio apareció en el aula para avisarle a Rafael que debía ausentarse por motivos personales. A su vuelta, le había dicho muy poco. Solo que su padre lo había mandado a llamar porque estaba muy enfermo y necesitaba verlo. Ese mismo día, se supo que don Ulises Álvarez Arriaga había fallecido poco después de que su hijo lo visitara.

—¿Entendés ahora por qué la culpa me sigue carcomiendo el alma después de todos estos años? Ese hombre al que debí amar y respetar, el mismo que me despreció desde el día que nací, suplicó mi perdón para poder morir en paz y no quise dárselo.



El cura dejó el mate al lado de la pava y se acercó.

—¿Alguna vez te arrepentiste de haber obrado así, Fele? ¿Buscaste vos el perdón de nuestro Señor?

Rafael lo miró directamente a los ojos.

—No, Braulio, aunque me lleve de cabeza al infierno, nunca me arrepentí de lo que hice —afirmó—. ¿Dónde estaba tu señor cuando mi padre me encerraba en ese sótano frío y húmedo durante horas? ¿Qué podría haber hecho Dios para evitar tanto maltrato? Primero me quitó a mi madre y después permitió que viviese para que ese hombre convirtiera mi existencia en una constante pesadilla que hasta el día de hoy me sigue atormentando. No pretendas ahora que le pida perdón cuando jamás estuvo de mi lado.

—Tanto odio no es bueno y te envenena el alma. —Puso su mano en el hombro de su amigo—. Lastimás a la gente que te quiere de verdad. No podés permitir que lo que tu padre te hizo te marque para siempre. Tenés derecho a ser feliz, Fele.

Pensó irremediabilmente en su esposa. Elena también sufrió estando a su lado. Quizá por eso había hecho lo que hizo... Todo había sido culpa suya. Él cargaba con una especie de maldición que hacía que nadie pudiese amarlo de verdad.

—Mañana llega gente de Buenos Aires para pasar el fin de semana en *El Refugio* —se encontró diciendo de repente, sin saber por qué.

A Braulio lo sorprendió el rumbo que había tomado la conversación. Asumió que una vez más, Rafael intentaba evadirse del dolor a su manera. Retomó el mate y se lo pasó.

—Hace mucho que no recibís visita. ¿Es alguien importante?

—Se trata de Amancio Robles. Es dueño de una empresa naviera, pero anda interesado en invertir en caballos. También quiere obsequiarle un ejemplar a su esposa y como mañana llega Froilán con una nueva cuadrilla de criollos, lo invité para que lo elija personalmente. De paso, se empapa un poco en todo lo que tenga que ver con el negocio.

—¿Viene solo? —preguntó Braulio

—Al principio planeaba viajar solo, pero lo acompañarán su esposa y su hija.

—Va a resultar algo extraño ver a dos mujeres en la estancia después de tanto tiempo. ¿Qué opina Aurora al respecto?

—Se sorprendió con la noticia, aunque ya sabés cómo es, ella obedece sin preguntar demasiado. Me aseguró que tendrá todo listo para la llegada de los Robles.

—Robles... no me suena ese apellido.

—Es una de las familias más ricas de Buenos Aires. Don Amancio y su socio son dueños de un astillero en la zona de Quilmes.

—En realidad no me he codeado con gente de tanta alcurnia últimamente. Fueron muchos años de encierro; primero en el colegio, después en el seminario. Y cuando por fin me ordené sacerdote, fui de inmediato enviado al norte donde viví una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida —comentó, haciendo alusión al período en el cual anduvo de pueblo en pueblo predicando la palabra de Dios—. Después, cuando me comunicaron que ya era tiempo de volver, pedí que me asignaran a una iglesia pequeña, lejos de la gran ciudad...

—Y así viniste a parar a Capilla del Señor, en donde nos reencontramos después de tanto tiempo.

—En realidad, la diócesis me dio a elegir entre tres destinos —le recordó—. Te había perdido el rastro y por una de esas casualidades de la vida, me crucé un día con tu tía en la iglesia del Socorro. Ella me contó que acababas de perder a tu esposa. Cuando me dijo que ya no vivías en Buenos Aires, sino que hacía tiempo que te habías ido a Capilla del Señor, no lo dudé ni un segundo y pedí que me trasladaran aquí.

—Y por supuesto, Capilla del Señor nunca estuvo entre esas tres opciones que te dieron en la diócesis.

Braulio sonrió.

—No, pero como el cura que oficiaba misa estaba a punto de retirarse, me ofrecieron venir como su asistente para luego ocupar su puesto. —Regresó a la

silla y cebó un último mate—. Pero supongo que no has venido a verme para hablar de mi sacerdocio ni de cómo me convertí en el párroco del pueblo.

Rafael se removió inquieto. La verdad era que él mismo desconocía la razón que lo había llevado a visitarlo justamente ahora, cuando esperaba la visita de los Robles en la estancia.

—Te conozco tanto que puedo asegurar que hay algo que te preocupa. Por tu actitud, también percibo que no te animás a contármelo. Soy yo, Fele, el Braulio. Ese niño debilucho al cual defendías en el colegio cada vez que algún bravucón se quería pasar de vivo conmigo. Todavía recuerdo esas peleas en las que te metías para evitar que fuese yo el que recibiese los golpes.

—Lo hacía con gusto, Braulio. —No era un secreto para nadie que, enredarse en las trifulcas que a veces él mismo provocaba, era una manera de canalizar tanta rabia.

—Si lo que necesitás es confesarte, Braulio el sacerdote está a tu entera disposición —le dijo a sabiendas de que Rafael jamás se valdría de un sacramento de la iglesia para hablar con él.

—Vine hasta acá porque preciso el consejo de mi mejor amigo.

—Nunca dejé de serlo —y tocándose la sotana añadió—, a pesar de este hábito del cual has renegado toda tu vida.

Rafael se puso de pie y, con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, dio un par de vueltas alrededor de la mesa antes de soltarle eso que le quemaba las entrañas y no se atrevía a decir. De pronto, se paró en seco y lo miró.

—Quiero que vengas este domingo a la estancia.

Braulio sospechaba que detrás de esa petición se ocultaba algo mucho más serio.

—¿Y para invitarme a tu casa tenés que dar tantos rodeos? —manifestó intrigado.

Rafael comenzó a moverse de nuevo.

—Dejá de dar vueltas que me vas a marear —le pidió señalándole la silla de la cual acababa de levantarse.

Rafael obedeció sin chistar. Parecía que no encontraba las palabras adecuadas para contarle lo que pasaba.

—Necesito que conozcas a alguien.

—¿Al tal Amancio Robles?

—No exactamente.

Braulio empezaba a perder la paciencia.

—¿Entonces?

—Se trata de Pilar, la hija de Robles.

El cura seguía sin entender a dónde quería llegar.

—¿Estás interesado en pretender a esa joven y te hace falta mi visto bueno?

—No es tu aprobación lo que espero —se apresuró a explicarle—. Solo me gustaría que la conocieras y me digas qué te parece...

—¿Qué me parece para qué cosa? —insistió en saber. Si era lo que se imaginaba, debía estar frente a un milagro. Rafael no solía hablarle de mujeres y desde la muerte de su esposa, mucho menos. Aunque en el pueblo todos sabían que frecuentaba la casa de la viuda Ortiz, cuando se trataba de asuntos de polleras, él era la última persona a quien recurría.

—No me lo hagas más difícil, Braulio. Es la primera vez desde que enviudé que me estoy planteando seriamente la posibilidad de volverme a casar...

—Y la hija de ese hombre es la elegida.

Con cierto titubeo, Rafael finalmente asintió. Durante los últimos tres días, venía rumiando esa idea en la cabeza, pensando que quizá ya era hora de rehacer su vida. No se trataba de amor. Había renunciado a él incluso mucho antes de conocerlo. Su tía Margarita vivía lamentándose de que estuviese solo. Aurora, aunque no se lo dijese abiertamente, esperaba que algún día una nueva señora ocupase el lugar vacío que había dejado Elena. A él no le molestaba la soledad, se había acostumbrado a convivir con ella cuando todavía era un niño. Sin embargo, los años transcurrían demasiado deprisa y cada vez le pesaba más el hecho de que el apellido Álvarez Arriaga moriría junto con él, el día que exhalase su último aliento. Lamentablemente, Elena no había podido darle un

hijo que perpetuara su sangre y su nombre. Pilar Robles había nacido en cuna de oro y contaba con una sólida fortuna que la respaldaba. Además suponía cierta ventaja que fuese precisamente la hija de quien estaba a punto de convertirse en su socio. Cuando eligió a Elena Echagüe para casarse, también lo había hecho motivado por el dinero que invertiría su padre y que luego permitió que el negocio de la cría y reproducción de caballos prosperase rápidamente. Pilar, al igual que su primera esposa, era una muchacha bonita y de modales exquisitos. Una muñeca elegante con la cual presumir delante de la gente. Pero, sobre todo, la excusa perfecta para que tanto su tía como Aurora dejaran de preocuparse por su estado civil.

—Supongo que su padre está al tanto de tus intenciones.

—Aunque no hemos hablado todavía de manera formal sobre el asunto, la otra noche, cuando nos encontramos en casa de los Villegas, le di a entender que cualquier hombre con dos dedos de frente estaría feliz de cortejar a su hija.

—¿Y la muchacha te gusta de verdad o es solo una manera más directa de llegar al bolsillo de Robles? —le preguntó, a costa de ganarse su enojo.

Rafael pensó muy bien en su respuesta antes de abrir la boca. Cualquier palabra de más y Braulio sacaría conclusiones equivocadas.

—Tiene su encanto —reconoció—, pero no es lo que importa. Si llega a convertirse en mi esposa, no será por razones sentimentales. A mí me conviene para mis propósitos y asumo que ella, al igual que cualquier jovencita de su edad, lo único que piensa es en conseguir marido. No quiero pecar de vanidoso, pero yo también soy un excelente partido.

A Braulio lo asustaba su forma de pensar. La unión sagrada del matrimonio no era una fría transacción económica. Había mucho más en juego, pero parecía que él no lo comprendía.

—Entonces ni siquiera sabés qué piensa ella al respecto.

—Si don Amancio está de acuerdo con que la pretenda, Pilar tendrá muy poco que decir. Pienso comunicarle mi deseo de empezar a frecuentar a su hija este mismo fin de semana. Será como matar dos pájaros de un tiro —manifestó con

entusiasmo.

El cura asintió.

—Veo que tenés todo muy bien planeado, Fele. —De repente, se le cruzó una idea por la cabeza que tal vez explicaba el porqué de su extraña petición—. ¿Acaso mi presencia en *El Refugio* está directamente relacionada con la posibilidad de un compromiso entre vos y esa joven?

—Es demasiado pronto para hablar de un compromiso, Braulio. Sin embargo, si Robles acepta mi proposición, sería muy bueno poder contar con tu bendición, ¿no te parece?

Braulio no deseaba convertirse en su cómplice. Más allá de lo que pensaba sobre un tema tan turbio, Rafael era su amigo y como hombre de la iglesia no podía negarse a darle su bendición.

Respiró profundo y, en un acto casi instintivo, se tocó el alzacuello.

—Quedate tranquilo, Fele. El domingo estaré en la estancia para lo que necesites. Eso sí, saldré para allá recién a media mañana, después de dar misa y confesar.

—Te mandaré a buscar con uno de los peones.

Se despidieron con un abrazo y antes de marcharse, Rafael le entregó una bolsita con monedas para colaborar con la iglesia. Podía haberse apartado del camino de Dios, pero todavía tenía un alma generosa.



## LA VIUDA DE LOS ALTOS

**G**onzalo llegó a la pensión un poco más tarde de lo habitual ese viernes por la noche. Después de cumplir con una nueva jornada laboral en el despacho de don Luis había aceptado, a regañadientes, la invitación de José Emilio para ir a beber unas copas al Club del Plata. A pesar de sentirse como un pez fuera del agua en un lugar que era mayormente frecuentado por la crema y nata de la sociedad porteña, debía aceptar que era el mundo en el cual tendría que empezar a moverse si quería estar a la altura de la familia Robles. José Emilio había insistido en que lo acompañase para aplacar su mal humor con una buena copa de coñac, pero él había tenido la cautela de beber solo una para poder llegar sobrio a la pensión. No quería cometer dos veces el mismo error. Esa noche buscaría a Carmen para pedirle disculpas por su abominable comportamiento. Por eso, se desvió de su camino para dirigirse hasta su puerta. A esa hora, seguramente estaría cenando con su familia, pero ya no podía dejar pasar más tiempo.

Escuchó la voz chillona de su hermano pequeño y luego su risa. Estuvo a punto de arrepentirse. No tenía derecho a perturbar su tranquilidad. De repente la puerta se abrió y el niño pasó corriendo junto a él como un vendaval. Carmen venía detrás, pero se detuvo cuando lo vio.

—Gonzalo...

Le sonrió.

—Buenas noches, Carmencita. No quería molestarte a esta hora, pero necesito que hablemos.

Ella miró a su hermanito, quien ahora se escondía detrás de Gonzalo porque no quería que lo obligase a entrar nuevamente en la casa.

—Aníbal, vení acá. —Extendió el brazo con la mano abierta—. Papá se va a enojar mucho si no te acostás temprano.

El niño se negó a obedecer. El pequeño Aníbal espiaba a su hermana por detrás de las piernas de Gonzalo. Estaba a punto de echarse a llorar, por eso fue precisamente él quien decidió intervenir para que regresara con su familia. Se agachó y lo miró directamente a los ojos.

—Aníbal, ¿vos sos un niño bueno?

—Sí.

—¿Querés a tu hermana?

El niño asintió moviendo con energía la cabeza.

—Entonces no deberías desobedecerla. Carmencita es muy buena y no se merece que tu papá la rete por tu culpa. —Sacó un lápiz del bolsillo de su pantalón y lo colocó en su mano—. Es tuyo. Quiero que hagas un lindo dibujo y se lo regales a tu hermana.

Aníbal cerró sus deditos alrededor del lápiz. Una radiante sonrisa había disipado sus ganas de llorar. Le dio un abrazo en señal de agradecimiento y corrió al lado de Carmen. Ella lo acompañó de regreso a la mesa para que terminase de cenar y regresó al patio.

—Gracias —le dijo mientras cerraba la puerta tras de sí—. A veces no sé cómo lidiar con ellos.

—No es sencillo cuidar de dos niños pequeños y tener que sacar adelante a tu familia, Carmencita. Vos lo estás haciendo muy bien. Sos un ejemplo para tus hermanos y el orgullo de don Rosendo.

Ella sonrió. Con un padre poco demostrativo, un hermano sobreprotector y dos niños pequeños que preferían pelearse entre ellos antes que darle un abrazo, se sentía bien recibir un cumplido de vez en cuando.

—Aunque reniegue con ellos casi a diario, no sé qué haría si me faltasen.

Gonzalo se acercó demasiado y Carmen reaccionó retrocediendo unos pasos.



—No quise asustarte.

—No es miedo lo que siento por vos —dijo agachando la cabeza.

Él notó el rubor en sus mejillas y en ese momento comprendió la magnitud de su torpeza.

—Carmencita... yo no lo sabía. —Esperó a que lo mirase a los ojos antes de continuar—. Jamás me voy a perdonar por haberte lastimado de esa manera.

—Estabas borracho y me confundiste con otra —dijo para que se sintiera menos culpable—. No eras consciente de lo que hacías.

—Aun así, nunca debí acercarme a vos para castigarla a ella.

—¿La querés de verdad?

Vaciló en contestar. Ya le había hecho demasiado daño como para encima hablarle de lo que sentía por otra mujer.

—Debés estar muy enamorado de esa mujer para emborracharte por ella. —Intentó sonreír—. A pesar de que no la conozco, la envidio. Pilar Robles consiguió ganarse tu corazón.

—La conocés...

—No te olvides que pronunciaste su nombre mientras eras a mí a quien besabas. Estuve averiguando con doña Lidia para saber más de esa tal Pilar que tanto daño te había hecho y me dijo que podría tratarse de la hermana de tu amigo José Emilio.

Gonzalo se sorprendió. No se las imaginaba a ella y a su madre conversando sobre su vida amorosa.

—Tu madre sabe lo que siento por vos —le explicó—. Incluso creo que lo descubrió antes que yo.

—Si lo hubiese sabido...

—¿Habrías dejado de querer a Pilar? —lo interrumpió—. ¿Te habrías enamorado de mí tal vez?

Percibió algo de ironía en sus palabras.

—No, eso jamás hubiera ocurrido, Carmencita —se sinceró—. Amo a Pilar, y aunque en este momento tengamos que escondernos para poder estar juntos, ella

es el amor de mi vida.

Carmen se aguantó las lágrimas. Estaba desgarrándose por dentro con la verdad que Gonzalo acababa de confesarle, sin embargo, no iba a llorar delante de él.

—¿Te puedo pedir solo un favor?

—El que quieras, Carmencita.

Más dolor le causaba que se comportase tan indulgente con ella para alivianar su culpa.

—¡No me llames así nunca más! ¡Mi nombre es Carmen, no Carmencita! ¡Sé que ni siquiera te has fijado, pero hace rato que dejé de ser una niña!

Gonzalo no alcanzó ni siquiera a responderle. Carmen se giró bruscamente y le azotó la puerta en la cara. Permaneció allí, como si esperase que volviera. Los minutos pasaron, pero ella no apareció. Quizá era mejor así. El enojo no iba a durar demasiado y era más llevadero que la tristeza.

Se marchó a su casa, en donde lo aguardaba el abrazo cariñoso de su madre. Doña Lidia no le preguntó nada. Cenaron en paz y luego la ayudó a lavar los platos. Sus huesos parecían haberle dado una tregua esa noche y se quedaron despiertos hasta tarde.

Sabía que se le estaba acabando el tiempo. A tan solo unas cuantas horas de emprender el viaje a Capilla del Señor, Pilar no encontraba la manera de evitar que su padre la obligase a subirse a ese carruaje apenas despuntara el sol. Su idea de fingir una enfermedad no había dado resultado. Como último recurso, le había rogado a Dominga que le consiguiera alguna hierba que terminase de convencer a su padre de que realmente no se sentía bien, pero la negra no quiso meterse en semejante brete y se negó rotundamente. Cuando le contó a Jesusa lo que pretendía hacer su niña, la nana le soltó una reprimenda de aquellas alegando que no iba a poner en riesgo su salud por culpa de un capricho tonto. Porque para todos, su negativa a realizar ese viaje no era más que eso; tonterías de una

jovencita caprichosa.

Miró con desdén el enorme baúl en donde Jesusa con ayuda de Dominga habían metido sus pertenencias. Llevaba vestidos, sus afeites de belleza, una manta por si refrescaba durante la travesía y uno de sus bordados a medio terminar que la nana había guardado en caso de que se aburriera en el campo. ¡Cómo le habría gustado desparramar todo por el suelo de la habitación en un acto legítimo de rebeldía! Si no lo hacía, era simplemente para no provocarle un disgusto a su nana. La pobre no tenía la culpa de nada. Al menos, don Amancio le había dado permiso para que la acompañase a Capilla del Señor. En medio de tanta incertidumbre, era reconfortante poder contar con ella, porque no tenía ningún interés en pasar el tiempo con su madrastra, y mucho menos, con el señor Álvarez Arriaga. Planeaba cruzarse con él lo mínimo e indispensable. Si era necesario, no iba a salir de la habitación que le asignasen para no tener que verlo. Podían obligarla a estar en su casa, pero jamás a tener que compartir tiempo con él.

Se arrojó en la cama y clavó sus ojos almendrados en el techo. Un hondo suspiro brotó de su garganta. Tenía ganas de llorar. De rabia y de impotencia. Pensó en su último encuentro con Gonzalo en el Paseo de Julio. Evocó su beso y cada una de sus palabras. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Se lo imaginó compartiendo la mesa con su madre y entonces reparó en la triste realidad de que ni siquiera la conocía. Tampoco sabía nada del lugar donde vivía, ni del despacho legal en el cual trabajaba por las tardes cuando salía de la facultad. ¡Vivir su romance en la clandestinidad le había hecho perderse tantas cosas! Ya no podría soportarlo durante mucho más tiempo. Aunque Gonzalo le había pedido que esperaran, ella aprovecharía ese fin de semana en el campo para tratar de hablar con su padre. No le soltaría de sopetón que se estaban viendo a escondidas, pero sí le confesaría que estaba enamorada del mejor amigo de su hijo. Le gustase o no, su padre debía aceptar que ella amaba a Gonzalo Funes.

Con esa resolución en su cabeza, el viaje al campo tendría otro color.

El estómago le empezó a gruñir. Con lo de su supuesto malestar, se había negado a bajar al comedor para cenar con la familia, pero ahora se moría de ganas de probar un poco de ese locro que Cayetana preparaba como los dioses. Saltó de la cama y en ese momento, la nana Jesusa apareció cargando una bandeja en las manos.

—Supuse que estaría hambrienta, mi niña. —Se acercó y dejó todo encima de una mesita.

Rápidamente el olor a la sopa de zapallo inundó la habitación.

—Le traje algo más liviano porque el locro le iba a caer demasiado pesado a esta hora y no quiero que tenga pesadillas después —le dijo mientras le servía la sopa en el plato.

Pilar la rodeó por la cintura y apoyó el mentón en el hombro de la negra.

—¡Sos una santa, nana! —Le dio un beso en la regordeta mejilla y se acercó una silla—. Estaba a punto de desfallecer de hambre.

Jesusa sonrió.

—Menos mal que el patrón dio su permiso para que viaje también al campo. ¡No me quiero imaginar qué habría sido de usted si esta negra se quedaba en Buenos Aires! —Levantó el dedo meñique y se lo mostró—. ¡Así de flaquita hubiese quedado, niña Pili!

El divertido comentario de Jesusa provocó que casi se ahogara con la sopa. Bebió un poco de agua y la miró.

—Es una bendición que vengas conmigo, nana. Mientras estemos allá no quiero que te muevas de mi lado. No vas a dejarme sola en ningún momento, ¿me has oído?

La negra asintió. Sospechaba que la razón de un pedido tan extraño tenía que ver con el dueño de la estancia, pero no se lo dijo. Pilar se devoró la sopa de zapallo hasta vaciar el plato. Luego, probó un poco de mazamorra y le convidó a Jesusa.

—¿Qué dijo el joven Gonzalo cuando supo que viajaba al campo este fin de semana? —Sabía muy bien que lo de la iglesia era mentira. Fue el boca floja de

Anselmo quien terminó contando en la cocina que la niña Pilar había ido al Paseo de Julio para dar una caminata. Por supuesto, cuando ella le hizo señas de que cerrara el pico, el cochero se guardó el resto de la información, dejando a las criadas con la intriga.

—Estaba tan contrariado como yo. Si hubiese habido alguna manera de evitar que hiciera ese maldito viaje, Gonzalo habría intentado lo que fuese para que me quedase en Buenos Aires.

—No debería angustiarse tanto, niña Pili. Esos dos días en el campo se van a pasar volando. El lunes estaremos de regreso y entonces podrá correr a los brazos de su amado Gonzalo.

Pilar ansiaba tener el valor de torcer su destino ese mismo fin de semana y poder volver a sus brazos sin necesidad de esconderse del mundo nunca más. Estaba en sus manos lograrlo o morir en el intento.

Dejó que la nana le cepillase el cabello y la arropase hasta quedarse dormida, como cuando era pequeña.

Le esperaba un viaje largo y agotador.

Quizá el viaje más importante de su vida.

Jimena Deolinda Ortiz era conocida como “la viuda de los altos” ya que habitaba en la única propiedad de dos plantas que existía en Capilla del Señor. Ella y su esposo habían llegado al pueblo, procedentes de la provincia de Santa Fe, hacía ya más de una década. Don Mateo Aristizábal, un próspero comerciante que rápidamente se convirtió en uno de los hombres más influyentes de la zona, había muerto poco tiempo después de establecerse en el lugar, a manos de un ladrón de poca monta que le había descerrajado un tiro en la cabeza cuando se negó a entregarle su dinero. Esa desgracia había hecho que la joven viuda pasara a ser la flor más ambicionada por los hombres del pueblo y los alrededores. Se decía que su esposo le había heredado una vasta fortuna, que incluía una importante cantidad de joyas que tenía escondidas en un viejo arcón de madera,

en el sótano de su casa.

Se decían muchas cosas sobre ella.

Lo cierto es que unos meses después de la muerte de don Mateo, empezó a circular el rumor de que la viuda recibía la visita nocturna de algunos caballeros. Vivía con la única compañía de una criada y de un cochero, que eran tan herméticos como ella. Cuando salían de la casa, apenas cruzaban algunas palabras con los vecinos y a la viuda era raro verla por la calle. Solo salía en contadas ocasiones y no había trabado amistad con ninguna mujer del pueblo. No era secreto para nadie a qué se dedicaba ahora que los huesos de su esposo reposaban en una tumba del cementerio local. Se decía incluso que el mismísimo Sarmiento había visitado la casa de los altos de la calle Maipú, durante su corta estadía en Capilla del Señor, unos meses después de asumir la presidencia de la república.

Rafael era uno de esos tantos hombres que la frecuentaban. Había llegado hasta su puerta una noche de borrachera, empujado por la ira y el dolor de haber perdido a su esposa. Esa primera vez, Jimena fue su paño de lágrimas. Escuchó sus penas y respetó su silencio cuando no quiso hablar. Lo arropó entre sus brazos y lo dejó dormirse en su cama hasta el día siguiente. Cuando quiso pagarle por sus servicios, ella se negó a aceptar su dinero. Menos de veinticuatro horas después, Rafael volvió a buscarla. Esa segunda vez, avasallado por su sensualidad y su experiencia a la hora de complacer a un hombre, la poseyó con ímpetu, hasta olvidarse de todo lo malo que lo rodeaba. Desde entonces, la visitaba con regularidad, aunque no siempre era para satisfacer sus bajos instintos. En ocasiones, simplemente se quedaban conversando hasta que los sorprendía la mañana.

Jimena lo observó desde la cama. Rafael estaba de pie junto a la ventana. Su espléndido torso desnudo parecía brillar bajo la luz de la luna. El fuego que crepitaba en la vieja chimenea era el único sonido que alteraba el silencio en la habitación.

—Podés quedarte hasta mañana si querés —le sugirió, removiéndose debajo

de las sábanas.

Rafael le dio una calada a su cigarro y soltó el humo antes de responder.

—No, será mejor que me vaya ahora. Me gusta cabalgar de noche —dijo en un tono melancólico.

Jimena lo notó ausente. Incluso podía jurar que, cuando se había entregado a la pasión de sus brazos, la mente de Rafael estaba muy lejos de allí. Intentaría saciar su curiosidad antes de que se marchase.

—¿Hay algo que te preocupa, Rafael? ¿Acaso se trata de la visita de esa gente a la estancia?

Él se giró y la miró apenas un instante. Luego, volvió a darle la espalda.

—Veo que estás al tanto de las novedades —dijo simplemente.

—Alguien hizo un comentario hoy en el almacén de ramos generales cuando Sabina se encontraba haciendo las compras. Es gente importante que viene de Buenos Aires, ¿verdad?

Rafael asintió.

—Es posible que este fin de semana mi vida cambie para siempre.

Se hizo un silencio sepulcral. Hasta parecía que incluso las llamas del fuego se habían confabulado para no crepitar en ese preciso momento.

Las enigmáticas palabras de Rafael se quedaron flotando en el aire durante unos cuantos segundos. Aunque las había dicho con un tono flemático, sin siquiera mirarla a los ojos, Jimena creyó percibir un atisbo de duda en su voz.

—Me asusta lo que puede estar pasando por tu cabeza en este momento —reconoció.

Rafael se llevó el puro a la boca y aspiró hondo. Todavía meditabundo, soltó una gran bocanada de humo por la boca antes de regresar a la cama.

—Si todo sale como lo espero, no solo podré cerrar un ventajoso acuerdo comercial con uno de los hombres más influyentes de Buenos Aires; también lograré expandir mi negocio y hacerme con los mejores ejemplares equinos del país. Incluso existe la posibilidad de concretar un viaje a Londres para adquirir un par de sementales purasangre de primera línea...

—¿Y tanto aspaviento por eso? Sos uno de los mayores referentes a nivel nacional en la cría y reproducción de caballos —lo interrumpió—. Cualquiera porteño ricachón estaría feliz de trabajar con el gran Rafael Álvarez Arriaga. Sospecho que hay algo más que no me estás contando y no tiene nada que ver con los negocios. ¿Me equivoco?

Rafael le acarició la pierna por encima de las sábanas.

—Me asusta lo bien que me conocés, Jimena —dijo curvando los labios en una sonrisa.

—Entonces di en el clavo.

Él asintió. Era imposible tener secretos con ella. Por eso, le habló de Pilar Robles y de sus planes de convertirla en su esposa si su padre daba su consentimiento.

—¿Vas a casarte otra vez? ¿Vos? ¡No puede ser! —exclamó, incrédula.

—Sí, Jimena. Lo he estado meditando mucho y pienso que ya es hora de que haya una nueva señora de Álvarez Arriaga dando órdenes en *El Refugio*. Casarme con Pilar Robles será una manera eficaz de reforzar la sociedad con su padre. Si por esas casualidades de la vida a don Amancio se le ocurre alguna maniobra sucia para sacar tajada del negocio, lo va a pensar dos veces antes de meterse con el esposo de su hija.

Jimena se arrodilló en la cama y se acercó. La sábana apenas le cubría los pechos.

—¿Y es realmente necesario que te cases con esa joven?

—Pilar Robles no es más que una de las tantas piezas que necesito para que mi plan funcione a las mil maravillas —aseguró—. Voy a matar dos pájaros de un tiro. Yo cumpliré el deseo de mi tía Margarita y de Aurora, que sueñan con verme casado nuevamente, y ella, a cambio, se convertirá en la esposa de un viudo joven y respetable del cual poder presumir con sus amistades. Eso sin contar con la ventaja que supondrá para mí una sociedad con don Amancio.

—Un viudo joven, respetable y, sobre todo, muy buen mozo —acotó Jimena acariciándole el pecho. Descendió con su mano, siguiendo el vello masculino



que se perdía más allá de la cintura de sus pantalones—. Dudo seriamente que esa muchacha no termine volviéndose loca por vos.

Rafael sonrió con cierta ironía.

—Eso es lo que menos me importa.

Jimena se deshizo de las sábanas y con un rápido movimiento, logró sentarse a horcajadas sobre su regazo.

—¿Será solo un matrimonio de apariencias? —quiso saber.

La sujetó de la cintura para acomodarla mejor y contempló su espléndida desnudez. Con casi cuarenta y cinco años, Jimena Ortiz todavía conservaba la carne firme y la piel sedosa.

—Será lo que deba ser, Jimena. —Prefirió no mencionarle su interés en tener un hijo. No era ese precisamente el momento adecuado para contarle sobre los escabrosos detalles de su posible enlace con Pilar Robles. La atrajo hacia él y hundió el rostro entre sus pechos.

Ella se inclinó hacia adelante mientras enredaba los dedos en su pelo. Ahogó un gemido de placer cuando Rafael le mordisqueó un pezón, tironeándolo con los dientes. Tenía muchas dudas en la cabeza, pero era imposible tratar de ordenar sus pensamientos cuando él le hacía el amor a sus pechos de esa manera. Sintió que su entrepierna se humedecía. Se frotó contra su cuerpo, dándole a entender que estaba más que lista para recibirlo. Rafael la rodeó con su brazo solo para levantarla un poco y se introdujo en su interior de una sola estocada. Jimena empezó a cabalgarlo muy despacio, mientras lo miraba fijo a los ojos. Se movía a su propio ritmo, controlando cada embestida. Rafael le exigió más y ella dejó que tomara el mando. La elevaba cada vez más alto con cada estocada. Ella se sujetó de sus hombros con fuerza porque los estertores de su cuerpo eran tan intensos que apenas podía sostenerse. Cuando la pasión estalló en su interior, Jimena clavó sus uñas en la espalda de Rafael. Los dedos de sus pies se doblaron hacia abajo, se hundieron en el colchón y se enredaron en las sábanas. Toda ella se retorció entre sus brazos mientras los últimos vestigios de su orgasmo se diseminaban por el resto de su cuerpo.

Rafael cayó de espaldas en la cama y Jimena se recostó sobre su pecho. Su miembro, todavía palpitante, continuaba dentro de ella. Le acarició el cabello. Era de color negro azabache matizado con finas hebras de plata.

—¿Vas a seguir viniendo? —le preguntó con el aliento entrecortado.

Rafael no dijo nada, entonces ella alzó la cabeza y lo miró.

—Tu falta de respuesta me hace suponer que no lo harás.

—Cuando sea un hombre comprometido en matrimonio, tendré que guardar las apariencias, o al menos, actuar con más discreción. Eso no significa que dejaremos de vernos, solo debemos tener más cuidado. En un pueblo pequeño como este, todo se sabe tarde o temprano y no sería conveniente que cierta información llegase a oídos de la gente equivocada.

Jimena sonrió. No le pedía más que eso. Ella se conformaba con lo poco que Rafael pudiera darle. Otros hombres la visitaban y la colmaban de obsequios, pero él era el único que había logrado ganarse no solo un lugar en su cama, sino también en su corazón. No era amor lo que sentía por Rafael porque a esas alturas de su vida ya no buscaba enamorarse. Le tenía un gran afecto, pero, sobre todo, lo admiraba profundamente.

—Debo marcharme ahora. Mañana será un día muy largo y quiero levantarme temprano para tener todo listo para la llegada de los Robles.

Jimena salió de encima de él para que pudiera levantarse. Lo observó en silencio mientras se ponía la camisa. Ignoraba cuándo volvería a disfrutar de su compañía, sin embargo, le bastaba con saber que Rafael no dejaría de verla a pesar de que pronto sería un hombre casado.

Lo despidió con un beso y le deseó mucha suerte. Regresó a la cama, apagó la lámpara y tardó apenas unos minutos en quedarse dormida.

El sábado por la mañana, la servidumbre de los Robles se alzó de sus catres más temprano de lo habitual. Don Amancio deseaba partir a Capilla del Señor apenas el día clarease para que no los sorprendiera la noche en el camino. Si el buen

tiempo los acompañaba, estarían en la estancia de Álvarez Arriaga esa misma tarde. Aunque doña Encarnación se quedaba en Buenos Aires, se levantó a la par de los demás. José Emilio aprovechaba los sábados para dormir hasta tarde y ella odiaba desayunar sola en la enorme mesa del comedor. Dejó a Bruno encargado a uno de los criados para que lo sacara al patio a hacer sus necesidades y ocupó su lugar, junto a su hijo. Lorenza todavía no había bajado y Pilar estaba tan callada que parecía ausente. La observó con detenimiento. Las ojeras y la extrema palidez de su rostro eran evidencia fehaciente de que no había dormido bien la noche anterior. Ella, como buena observadora, la había notado distinta durante las últimas semanas y estaba segura de que la razón de ese cambio tenía que ver con un muchacho. Incluso sospechaba de quién se trataba, sin embargo, no había querido entrometerse. Esperaba que Pilar corriese a contarle que estaba enamorada, pero por alguna razón que todavía no lograba dilucidar, ella prefería guardar silencio.

En ese momento, su nuera irrumpió en el comedor, imponiendo su desagradable presencia. La saludó con un seco “buenos días” y se tomó el café con leche antes de que se enfriase.

Pilar no hablaba, ni siquiera había probado bocado todavía. Buscó la mirada de su padre, quizá todavía con la esperanza de que le permitiera quedarse en la ciudad. Don Amancio apenas le prestó atención. Solo tenía ojos para la bruja de su esposa, quien esa mañana lucía uno de sus mejores vestidos.

Pilar pensó que no era apropiado para usar en el campo, pero por supuesto, no lo dijo. Estaba demasiado ofuscada con el mundo como para encima protagonizar una discusión con su madrastra. Mordisqueó un poco de pan para dejar conforme a su abuela y pidió permiso para retirarse con la excusa de que no había terminado de armar su equipaje. Subió corriendo las escaleras, pero se desvió de su camino. Se plantó delante de la habitación que ocupaba su hermano y sin golpear, entró. Como suponía, José Emilio todavía estaba dormido. Con sigilo, se aproximó hasta su cama y se sentó. Jugeteó un rato con los lazos de su vestido mientras esperaba que se despertase. Como no lo hacía, se inclinó hacia

adelante y le tocó la punta de la nariz con el dedo. José Emilio se movió. Pilar se cubrió la boca para contener la carcajada cuando él intentó espantar con la mano lo que creía había sido un mosquito.

—José Emilio... —lo llamó en voz baja.

Él seguía sin despertarse.

—¡José Emilio! ¡Despertate! —insistió, dándole una suave sacudida a su cuerpo.

—¿Qué querés, Pilar? —preguntó sin siquiera abrir los ojos.

—Estabas despierto.

—No hasta que entraste por esa puerta como una ladrona —dijo dándose media vuelta. Emitió un sonoro bostezo y la miró—. Pensé que ya te habías ido al campo.

—Nos marchamos en un rato. Ya todo está listo para salir y a mí me gustaría esconderme en la buhardilla para no tener que hacer este dichoso viaje.

—Aunque te escondas en el mismísimo infierno, nuestro padre iría a buscarte y te traería a la rastra si fuese necesario.

Pilar asintió. Su hermano llevaba toda la razón. No había nada que ella pudiese hacer ya para evitar lo inevitable.

—¿Vas a ver a Gonzalo hoy?

—No lo sé. Tenemos un examen muy importante la semana que viene. Yo pienso quedarme todo el fin de semana en casa estudiando. Supongo que él hará lo mismo. —Cuando se dio cuenta de que sus palabras le habían provocado una desilusión, dijo—: Pero podría pasar por la pensión esta noche para que salgamos a beber algo por ahí. Después de tantas horas con la nariz metida en los libros, vamos a necesitar despejarnos un rato.

—Quiero que le digas a Gonzalo que no se preocupe por mí —le pidió, asiéndolo del brazo—. Decile también que quizá nuestra situación cambie a raíz de este viaje...

José Emilio frunció el entrecejo.

—¿A qué te referís?

—Voy a aprovechar este fin de semana para confesarle a nuestro padre que estoy enamorada de tu mejor amigo. Gonzalo insiste en esperar y decírselo él mismo, pero si encuentro la oportunidad de hablar con papá, no dudaré en hacerlo.

—¿Estás segura, Pilar? Una vez que lo hagas, ya no habrá vuelta atrás.

Ella asintió.

—Me asusta lo que pasará cuando papá lo sepa, José Emilio. Sin embargo, algo dentro de mí me dice que ya no puedo esperar más.

José Emilio no comprendía esa urgencia que tenía su hermana de revelar semejante secreto. Por el bien de todos, él había decidido mantener la boca cerrada apenas supo del romance. Ahora ella quería gritar a los cuatro vientos que amaba a Gonzalo.

—Espero que sea la decisión correcta, Pilar. No sé si Gonzalo estaría de acuerdo contigo, pero sos mi hermana y si pensás que es lo mejor, no me queda más que desearte buena suerte. —La tomó de los hombros y le dio un beso en la mejilla—. La vas a necesitar.

—¡Niña Pili, menos mal que la encuentro! —Jesusa entró en la habitación toda agitada—. Su padre me mandó a buscarla porque el coche ya está listo. —Miró a José Emilio—. Buenos días, mi niño. ¿Cómo amaneció hoy?

—Planeaba levantarme más tarde, pero cierta personita no me dejó —respondió guiñándole el ojo.

Pilar se levantó de la cama y corrió al lado de la negra.

—¡Vamos, nana! No es conveniente que hagamos esperar a mi padre. Ahora más que nunca debo comportarme como la más obediente de las hijas.

Jesusa la miró con asombro.

—¿Y eso por qué, mi niña?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. —Miró a su hermano una última vez por encima de su hombro y se marchó a su habitación en compañía de la nana para terminar de prepararse.

Rafael estaba nervioso, aunque procuraba no demostrarlo. Había enviado a dos de sus hombres para que interceptaran la comitiva de los Robles y le indicasen el camino correcto hasta la estancia. Las últimas lluvias habían dejado huellas demasiado profundas en la tierra y las ruedas de los carruajes podían dejarlos atascados en medio de la nada. Para prevenir además cualquier contratiempo inesperado, les había dicho que llevaran sus armas. Aurora se acercó con sigilo y le ofreció un mate. Desde la galería, Rafael podía estar al tanto de todos los movimientos.

—¿No tenés frío? —le preguntó mientras se abrigaba con su rebozo.

Él negó con la cabeza. Encima de la camisa y el chaleco de cuero llevaba un poncho de lana. Había sido uno de los primeros en levantarse esa mañana. Después de pasar buena parte del día en las caballerizas, el cansancio se reflejaba en su rostro. Había merendado a las apuradas y se había dado un baño de tina que ella mismo le preparó. Sabiendo que lo consumía la ansiedad se había aparecido por la galería para cebarle unos mates.

—No deben estar muy lejos —dijo mientras oteaba el sendero que conducía a la entrada principal de la estancia.

Rafael le regresó el mate.

—¿Está todo listo?

—Es la quinta vez que me lo preguntás, Fele. Quedate tranquilo que me he encargado personalmente de estar en todos los detalles. El señor Robles y su esposa ocuparán la habitación del ala oeste, mientras que su hija se hospedará en la que suele dormir tu prima Leonor cuando viene a visitarnos. Herminia está con los últimos preparativos para la cena y dos de las muchachas se encuentran limpiando el comedor. Hasta las mandé a almidonar un mantel de hilo blanco para engalanar la mesa... —Se dio cuenta de que él ni siquiera la miraba—. ¿Escuchaste lo que te dije, Fele?

Él respiró hondo, luego le sonrió.

—Cada palabra, Aurora.

—¿Por qué tanto silencio entonces? Y no me digas que es solo cansancio porque no te lo voy a creer.

—Quiero que todo salga bien, eso es todo.

—Nunca antes te había visto así de preocupado por un asunto de negocios. ¿Es tan importante ese señor?

Rafael no podía explicarle la magnitud de lo que estaba a punto de suceder sin revelarle cuáles eran sus verdaderos planes. Tenía la certeza de que celebraría una posible unión matrimonial entre él y la hija de Robles; sin embargo, sabía también que lo condenaría por su manera de actuar. La sentimental de Aurora seguía esperando, en vano, que él conociera a una buena muchacha y decidiera rehacer por fin su vida. Quería que se casara enamorado, no que lo hiciera como si estuviese concretando uno más de sus tratos comerciales. Pero la realidad no se parecía en nada al sueño romántico de Aurora: la boda con Pilar Robles no era un acto de amor sino una simple unión marcada por el interés.

Una nube de humo en el camino llamó su atención. Se acercó a la escalinata y colocó su mano en la frente para que el sol no lo obnubilara. Uno de los jinetes que había enviado más temprano, avanzaba a todo galope hacia el casco de la estancia. Supo de inmediato que algo había salido mal. Salió a su encuentro y lo esperó a la vera del camino.

Cuando lo tuvo a pocos metros, descubrió que se trataba de Pancho, uno de los peones más antiguos de *El Refugio* y que debido a la ausencia de Froilán, se encargaba de cumplir con todas las funciones de un capataz.

—¿Qué ocurrió, Pancho?

—El carruaje de los Robles se quedó enterrado en el barro a unas cuantas leguas de acá —le informó mientras apretaba las riendas de su caballo—. Cuando el Marcial y yo llegamos, llevaban un buen rato atrapados. Intentamos sacarlos, pero la huella es demasiado profunda y una de las ruedas se rompió. Él se quedó con ellos, pero esa gente está muy nerviosa, patrón.

Se imaginaba lo mal que lo estarían pasando, por eso no podían perder más tiempo.

—Prepará mi carruaje de inmediato que yo mismo saldré a buscarlos. Mañana temprano mandaremos a alguien a arreglar el suyo porque ahora es imposible. Faltan un par de horas para que anochezca y en la oscuridad no podrán hacer nada.

—Como usted mande, patroncito. Ya le tengo listo su carruaje. —Se alejó galopando hacia uno de los galpones y él regresó rápidamente a la galería.

—¿Problemas? —preguntó Aurora conociendo de sobra la respuesta.

Rafael puso los brazos en jarra.

—Lo que temíamos, Aurora. —Le contó lo ocurrido a grandes rasgos mientras esperaba por Pancho. Apenas apareció con la volanta, se despidió de ella y se montó encima del vehículo de un salto.

—¿No quiere que vaya con usted, patrón?

—No, Pancho. No es necesario —le dijo—. Vos preocupate de organizar una cuadrilla de hombres para salir mañana bien temprano a reparar el carruaje de los Robles. Si no está en condiciones de llevarlos de regreso a Buenos Aires, tendré que prestarles uno de los míos.

Pancho se calzó la boina y tardó apenas unos segundos en desaparecer nuevamente en dirección a los galpones para cumplir la orden que acababa de darle Rafael.

—¡Tené cuidado! —le gritó Aurora desde la galería.

Rafael pareció no escucharla. Estaba demasiado ocupado, atándose un pañuelo alrededor del sombrero para que no se le volase con el viento. Azuzó a los caballos de un rebencazo y emprendió la marcha.

El trayecto hasta el sitio exacto en donde el carruaje de los Robles se había atascado le llevó un poco más de lo pensado porque el camino no estaba en buenas condiciones. Debió tomar un desvío para evitar que el suyo no terminase también en el lodo. Un par de leguas más adelante, justo antes del sendero que conducía a Luján, alcanzó a divisar el coche de sus invitados, tumbado en medio del camino, sobre una de sus ruedas. Un hombre estaba de pie junto a los caballos y un poco más atrás, distinguió cuatro siluetas humanas que buscaban



guarecerse del frío. En ese instante pensó que la estadía de la familia Robles en su estancia no podía haber empezado de peor manera.

Aminoró la marcha porque uno de los caballos del carruaje accidentado relinchó nervioso. Su compañero, tan inquieto como él, daba patadas en el suelo. Tuvo que apretar el freno para que sus propios caballos no se acercaran demasiado. Se apeó del pescante y se acomodó el poncho. Saludó con un movimiento de cabeza al cochero de los Robles y dando grandes zancadas se aproximó a sus invitados.

Don Amancio abrazaba a su esposa y a su hija. Los tres estaban parados en una hondonada del terreno. Un poco más apartada, una mulata tiritaba de frío. El pastizal que los rodeaba se mecía con violencia a voluntad del viento, que ahora soplaba con más intensidad.

—¡Menos mal que llegó! —dijo Robles, soltando a Pilar para poder extender su brazo.

Rafael le estrechó la mano con fuerza.

—Lamento lo que sucedió, señor Robles. —Miró fugazmente a su hija, pero estaba demasiado ocupada en tratar de que el viento no le levantase la falda del vestido. Notó de inmediato el fastidio en su rostro—. En esta zona es habitual que se abran surcos en la tierra cuando llueve. Tuvimos una tormenta muy brava hace algunos días y varios de los accesos al pueblo se encuentran en muy mal estado. Espero que este desafortunado incidente no arruine el fin de semana que tenemos por delante.

Robles se acomodó la solapa de la chaqueta y sonrió después de varias horas de zozobra.

—No es su culpa que los caminos rurales estén en tan malas condiciones, Rafael. —Le señaló el carruaje—. La rueda ha quedado prácticamente inservible. Habrá que reemplazarla antes de emprender la vuelta a Buenos Aires.

—Pondré uno de mis coches a su entera disposición, señor Robles. No se preocupe por nada. ¡Pero qué descortesía la mía! —exclamó de repente, posando sus ojos grises en la esposa de don Amancio—. Buenas tardes, señora Lorenza.

Siento mucho haberla hecho pasar por todo esto.

Ella le sonrió mientras se atusaba el cabello.

—Buenas tardes, Rafael. Estoy segura de que sabrá compensarnos muy bien.

Rafael asintió, pero desvió rápidamente la mirada cuando vio un brillo extraño en sus ojos.

—Señorita Robles, espero que su estadía en *El Refugio* sea de su agrado. — Con Pilar actuó de un modo diferente. Se inclinó hacia adelante e hizo una reverencia.

Pilar se quedó sin reacción cuando él estiró el brazo con la clara intención de besar su mano. Permaneció quieta, sin saber qué hacer exactamente. Entonces su padre carraspeó con fuerza y con movimientos torpes, extendió la mano hacia él. La sostuvo con firmeza entre la suya antes de besarla. Pudo sentir el calor que le transmitieron sus labios. Sus miradas se cruzaron. Fue apenas un breve momento, pero bastó para que ella se ruborizara. Rafael celebró su reacción. Al menos no le era del todo indiferente. Se apartó para permitirles pasar.

—Suban a mi carruaje. Quiero llegar a la estancia antes de que nos sorprenda la noche.

Lorenza y Amancio avanzaron primero, seguidos de cerca por la nana Jesusa. Pilar, en cambio, se rezagó un poco porque iba observando el suelo que pisaba por temor a tropezarse con alguna piedra. Después de que el coche se quedase atascado en el camino, terminar en el suelo con un tobillo lastimado o el tacón de sus botinetas roto era lo último que deseaba. Cuando se detuvieron frente al carruaje que los trasladaría a la estancia, aprovechó para contemplar a su dueño mientras este ayudaba al cochero a cargar los baúles. Don Amancio se ofreció a darles una mano, pero Rafael se negó.

Lo primero que le llamó la atención apenas Rafael Álvarez Arriaga apareció en escena, convirtiéndose en su ángel salvador, fue su particular atuendo gauchesco. Después de haberlo visto lucir con elegancia trajes que estaban a la última moda en Buenos Aires, era extraño contemplar cómo había cambiado la rigurosa levita por un chaleco de raso y los pantalones de tela asargada habían

dado lugar a las amplias bombachas de merino negro con chiripá de alpaca. Sin dudas, lo que más resaltaba de su vestimenta rural era el poncho que le cubría casi toda la parte superior del cuerpo. Estaba confeccionado en lana y tenía un atractivo diseño geométrico en tonos verdosos. Un sombrero de ala ancha con una cinta blanca atada en el cuello le cubría la cabeza.

Él abrió la portezuela del carruaje y su padre ayudó a su madrastra a subir. Pilar se acercó para que le tendiese una mano también a ella, pero don Amancio prefirió dejarla a merced de Rafael Álvarez Arriaga. Cuando se montó en el carruaje y Pilar se quedó a solas con él, comprendió que su padre lo había hecho adrede. Otra vez, esa angustiosa sensación de que todo estaba cuidadosamente planeado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rafael al ver que ella vacilaba en aceptar su ayuda.

Pilar lo miró.

—No, señor Álvarez Arriaga. —Dejó su mano izquierda suspendida en el aire mientras que con la derecha se sujetaba la falda del vestido.

Rafael la agarró con suavidad, pero cuando ella puso el pie en el escalón, oprimió con un poco más de fuerza para evitar una posible caída.

Pilar se concentró en pisar con firmeza, acto seguido, él la ayudó a tomar impulso, sujetándola por la cintura con la otra mano. Se metió rápidamente en el coche y se acomodó lo mejor que pudo en el asiento que estaba enfrente de su padre. No se dirigió a Rafael para darle las gracias, ni siquiera lo volvió a mirar. Lo escuchó cerrar la portezuela y decir que en poco tiempo más estarían en su estancia. El carruaje se bamboleó un poco cuando se subió al pescante y tras un grito que azuzó a los caballos, se pusieron en marcha.

—¿Estás bien, María del Pilar?

Pilar le lanzó una hierática mirada a su madrastra. La sonrisa en su rostro era tan falsa como su interés en saber cómo se encontraba.

—Sí, Lorenza. Perfectamente —respondió sin preocuparse en disimular el sarcasmo.

Amancio las observó en silencio. Esa tensión que se suscitaba cada vez que su esposa y su hija intercambiaban unas palabras se estaba convirtiendo en una situación insostenible. Él era testigo del esfuerzo que hacía Lorenza en ganarse el cariño de Pilar, sin embargo, la joven se empeñaba en mostrarse hostil con ella. No importaba cuántas veces le exigiera que cambiara de actitud, parecía que Pilar nunca iba a llevarse bien con su esposa. ¿Acaso había olvidado que Lorenza era también su tía? Como la única hermana de su madre fallecida, había esperado que sintiera afecto por ella, no ese rencor constante que solo lograba encresparle los nervios. Decidió no intervenir porque sabía que sería inútil. Pilar necesitaba mucho más que una reprimenda de su parte para comportarse con su esposa como era debido. Tal vez más pronto de lo pensado, su hija terminaría por darse cuenta de cuán equivocada había estado todo ese tiempo.

El constante traqueteo del carruaje había hecho que Pilar se adormeciera. Amancio la cubrió con la manta que Lorenza había sacado de una de las valijas y regresó al lado de su esposa para acurrucarla entre sus brazos. El sol lentamente se iba escondiendo en el horizonte y la temperatura había descendido unos cuantos grados. Finalmente, después de casi una hora de viaje, el carruaje se detuvo. Escuchó que Rafael saltaba del pescante y cuando se asomó por la ventanilla, distinguió las luces de la estancia a unos cuantos metros. Le sonrió a Rafael cuando pasó junto a él para cerrar la tranquera.

—¿Llegamos?

—Así es, don Amancio. Ya estamos en *El Refugio*. —Lo saludó bajando el ala de su sombrero y volvió a desaparecer de su vista al subirse al pescante para reanudar la marcha.

El intercambio de palabras entre los dos hombres había despertado a Pilar. Se arrebuja debajo de la manta y dejó escapar un suspiro. Cuando espió a su padre, lo vio besar a su esposa en la frente. Apartó la mirada rápidamente. A pesar de todos los años que llevaban juntos, no se acostumbraba a las muestras de cariño que se prodigaban mutuamente. Sobre todo, porque el tiempo iba borrando los bellos momentos en los que su padre y su madre habían sido felices. No quería

que quedasen enterrados junto a su recuerdo. Pensaba cada día en ella, pero parecía que su padre ya la había olvidado en brazos de Lorenza... y por eso la odiaba.

Don Amancio fue el primero en bajar. Hacía tanto frío que Pilar no tenía deseos de abandonar el carruaje todavía. Se tomó todo el tiempo del mundo para prepararse. Primero apartó la manta, luego se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y reforzó el nudo del lazo. Se sentó un poco más adelante para enderezar la espalda y estirar el cuello. Había dormido en una mala posición y ahora le dolía todo el cuerpo. Jesusa permanecía a su lado. De repente, una sombra oscureció el interior del carruaje. No fue necesario levantar la vista para saber que se trataba de Rafael Álvarez Arriaga.

—Permítame, por favor —le dijo con amabilidad mientras le ofrecía su mano.

Pilar se preguntó dónde demonios se había metido su padre. Estaba visto que su plan, sea cual fuese, incluía que ella y ese hombre se cruzaran a cada instante. Buscó el apoyo de su nana, pero Jesusa solo se encogió de hombros. Respiró hondo. Esta vez, Pilar no titubeó. Le dedicó una mirada gélida y aceptó su ayuda para bajarse del carruaje. Tuvo tanta mala suerte que se tropezó con su propio vestido y terminó enredada entre los brazos de Rafael. Contuvo el aliento al sentir que él le estaba tocando el trasero. Cuando descubrió que sus propias manos se apoyaban en el pecho masculino para poder sostenerse, intentó apartarse.

Frente al rechazo de la joven, Rafael la soltó de inmediato. Sin embargo, esos pocos segundos que la tuvo pegada a su cuerpo bastaron para descubrir la poderosa atracción que Pilar Robles ejercía sobre él.

Pilar, ajena a sus pensamientos, pero igual de turbada por lo que acababa de suceder, todavía sentía esa electricidad en la piel después de que Rafael la tocara. Aceleró el paso hasta alcanzar a su padre y a Lorenza que avanzaban por el sendero que conducía a la casa principal. Había una mujer de pie en la galería que los recibió con una cálida sonrisa.

—Ella es Aurora —dijo Rafael acortando los últimos metros con apenas dos

zancadas—. Cualquier cosa que necesiten, no duden en pedírsela.

Tras las presentaciones de rigor, Aurora les dio la bienvenida y los llevó hasta sus respectivas habitaciones para que pudiesen descansar antes de la cena. Rafael, con la tranquilidad que le daba saber que por fin los Robles estaban instalados en *El Refugio* después de tantas vicisitudes, enfiló hacia la cocina para que Herminia le cebase unos mates.



## EL HÉROE DE LA JORNADA

*P*ilar dejó que el peón que la había acompañado hasta la planta alta abriese la puerta de la habitación y se quedó en el umbral. Detrás de ella, Pancho la miraba con impaciencia, dudaba si debía ingresar o esperar a que la joven lo hiciera primero.

—¿No va a entrar, señorita? —le preguntó, con su equipaje en la mano.

Pilar no dijo nada. Se apartó y le dio lugar para que pudiese pasar.

Pancho dejó las dos valijas sobre la cama y se quitó el sombrero cuando se acercó a ella para hablarle.

—Alguna de las muchachas vendrá en un rato para prepararle su baño, señorita Robles.

—No hace falta... ¿Cuál era su nombre? —Alguien se lo había dicho, pero no lo recordaba.

—Juan Francisco, señorita, pero todos me dicen Pancho.

A Pilar le causó cierta gracia la manera en que arrastraba las palabras al hablar.

—Muchas gracias, Pancho, pero mi nana ha venido conmigo. Si le indican dónde se encuentra todo, ella se ocupará de mi baño. Ahora podés retirarte.

—Como usted mande, señorita. —Hizo una reverencia y salió presuroso al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

Cuando se quedó a solas, aprovechó para contemplar a sus anchas el lugar en donde dormiría las dos noches siguientes. Barrió el cuarto con la mirada. Era más grande que su habitación de Buenos Aires y un biombo de madera la dividía

en dos. Las paredes estaban pintadas de color rosado y la tela de los cortinados, de un impoluto blanco, combinaba agradablemente con el cubrecama y los almohadones. Se aproximó al secreter y deslizó la tapa hacia abajo. Había un par de libros, un tintero y una pluma. Se preguntó quién dormiría allí. La decoración sugería que pertenecía a una mujer. No podía tratarse de la esposa de Rafael Álvarez Arriaga porque lo más lógico era que hubiesen compartido la misma habitación cuando todavía vivía. Recordó lo que le había contado Jesusa acerca de una tía y una prima que se habían mudado con él tras la muerte de su padre. Era probable que estuviese ocupando la habitación de alguna de ellas. Continuando con su minuciosa inspección, rodeó el biombo y se topó con una lujosa tina de mármol de Carrara. Frente a ella, había un pequeño armario con todo lo necesario para el aseo femenino: pastillas de jabón de sosa, frascos con sales perfumadas, toallas y esponjas de tela. Volvió al otro lado cuando escuchó que la puerta se abría.

Jesusa venía acompañada por una de las criadas más jóvenes de la estancia y ambas traían el agua caliente para su baño.

—¿Está cansada, mi niña?

Pilar asintió. La larga travesía que había supuesto el trayecto desde Buenos Aires la había dejado con un fuerte dolor de cabeza y debilidad en las piernas. Deseaba darse un baño y poder meterse en la cama hasta el día siguiente, pero sabía que no había excusa posible para faltar a la cena.

La nana dejó el cántaro encima de una banqueta de madera que estaba detrás del biombo y le dio la orden a la muchacha de que empezara a llenar la tina con agua. Sentó a Pilar frente al espejo que colgaba encima de la cómoda y con paciencia, le desarmó el peinado. Luego le sacó la parte superior de su vestido por encima de la cabeza y cuando se puso de pie, la ayudó a deshacerse del resto de la ropa.

La criada, mostrando su mejor sonrisa, preguntó si se les ofrecía algo más. Tras el no rotundo de la negra Jesusa, desapareció de la habitación en un abrir y cerrar de ojos.



—La asustaste, nana —dijo Pilar recogiendo el cabello con un lazo para evitar que se mojase.

Jesusa hizo un ademán con la mano, restándole importancia a la reacción de la criada. Aunque estuviesen en casa ajena, ella se encargaría personalmente de atender a su niña. Revolvió entre los frascos de las sales y eligió una que olía a lavanda para perfumar el agua. Colocó la pastilla de jabón en el pequeño cubículo que estaba en uno de los extremos de la tina y con la esponja en mano, la ayudó a meterse dentro.

Pilar se acomodó con las rodillas flexionadas y la espalda un poco inclinada hacia adelante. La temperatura del agua estaba perfecta. Apenas caliente, como le gustaba a ella. La leve presión que ejercía Jesusa con la esponja, poco a poco hizo que todos los músculos de su cuerpo se fueran relajando.

—¿Papá está en su habitación?

—No, niña Pili. Me lo crucé en el pasillo cuando venía para acá. Creo que tenía prisa en hablar con el señor Álvarez Arriaga. La que sí se quedó en la habitación es doña Lorenza. Esa mujer que nos recibió, Aurora, se encargó en persona de prepararle su baño.

A Pilar la carcomía la curiosidad. ¿Qué sería eso tan urgente que tenía que hablar su padre con Rafael Álvarez Arriaga? Ya era demasiado tarde como para recorrer las caballerizas.

—¿Qué vestido se pondrá para la cena?

Pilar puso cara de fastidio.

—Si fuese por mí, ni siquiera bajaría a cenar.

—Don Amancio no se lo permitiría —alegó la negra al tiempo que le enjabonaba los brazos.

—Lo sé, nana, pero eso no quita que me importe un bledo tener que emperifollarme para compartir la mesa con ese señor.

—Si no hubiese sido por él, todavía estaríamos atascados en el barro, niña.

—¡No exageres, nana! Podría haber enviado a otro de sus peones para que nos ayudara, sin embargo, prefirió hacerlo él mismo. ¿Sabés por qué? —Jesusa negó

con la cabeza—. Porque quería convertirse en el héroe de la jornada.

—Ahora la que exagera es usted, niña Pili —repuso la negra—. Ese hombre solo intentaba ser amable con nosotros. Estaba realmente preocupado por lo que nos había pasado, por eso nos rescató...

—¡Lo ves! ¡Vos también pensás que si no hubiese sido por él, todavía estaríamos en el medio de la nada, con un carruaje maltrecho y a merced de las alimañas del campo!

Jesusa frunció el ceño.

—Aunque se enoje conmigo porque comparto la opinión de su madrastra, esa es la puritita verdad, niña. Además, no olvide que casi se rompe la crisma cuando bajó de su carruaje y que, gracias a él, no terminó con el culo estampado en el suelo.

Pilar guardó silencio porque no estaba dispuesta a darle la razón. Hacerlo significaba reconocer que quizá sí exageraba al juzgar de esa manera tan dura el comportamiento del señor Álvarez Arriaga. Abandonó la calidez del agua y mientras ella se secaba, Jesusa se encargó de preparar su vestuario. No volvió a mencionar el nombre del futuro socio de su padre, pero estaba más que claro que a su nana no le caía tan mal como a ella. Con su acto cuasi heroico, el señor Arriaga había logrado conquistarlos a todos.

Amancio Robles no podía permanecer quieto mientras esperaba. Había intentado quedarse sentado pero la paciencia no era su mayor virtud. Iba del centro de la sala hasta una de las ventanas y volvía a empezar. Hacía ya varios minutos que el ama de llaves le había anunciado que Rafael no tardaría en reunirse con él. Sabía que si se tratase de un asunto de negocios no estaría tan nervioso. Sin embargo, no era una conversación de índole comercial la que quería tener esa noche con Álvarez Arriaga. Después de lo que le había contado su esposa, debía apresurar sus planes. No podía arriesgarse a que la insensatez de su hija arruinase todo. Todavía no alcanzaba a comprender cómo se había rebajado a poner sus ojos en

alguien así. Gonzalo Funes era un don nadie que jamás estaría a la altura de su familia. Apenas permitía que frecuentase la casa porque no solía cuestionar las amistades de José Emilio. Pero que se aprovechara de su hospitalidad para cortejar a Pilar a sus espaldas era algo que no iba a tolerar.

—Ya estoy aquí, don Amancio. ¿Qué es eso tan importante que no podía esperar hasta mañana?

Robles se giró sobre sus talones y esbozó una sonrisa.

—Espero no haberlo importunado, Rafael, pero necesitaba hablar con usted lo antes posible. Por eso me tomé el atrevimiento de pedirle a su ama de llaves que nos viéramos antes de la cena.

Rafael se acercó hasta la mesita de las bebidas y sirvió un poco de coñac en dos copas. Le ofreció una a su invitado y con la suya en la mano, se sentó en el sillón de un solo cuerpo que estaba frente a la chimenea. Lo instó a que hiciera lo mismo.

—Lo escucho, don Robles.

Amancio bebió su coñac de un solo sorbo y permaneció un momento de pie antes de ocupar el otro sillón.

—Voy a ir directo al grano, Rafael. —Se atusó el poco cabello que le quedaba y se cruzó de piernas—. La otra noche en casa de los Villegas, usted habló acerca de la posibilidad de volver a casarse pronto. Espero que no se moleste por lo que voy a decirle, pero he estado observándolo y me di cuenta de que mi hija no le es indiferente.

Rafael trató de no mostrar reacción alguna que pusiera en evidencia el interés que tenía en la joven. Prefería actuar con cautela y seguir escuchándolo antes de intervenir.

—Podría mencionarle todas las virtudes que enaltecen a mi hija, pero no quiero pecar de soberbio. —Sonrió nervioso—. Pilar cumplirá dieciocho años en pocos meses y creo que está más que preparada para casarse y formar su propia familia. Con mi esposa planeábamos organizar una tertulia para presentarla oficialmente en sociedad y que empezara a ser cortejada por los muchachos de

su edad, sin embargo, le confieso que quiero otro destino para ella. Después de todo, Pilar es mi única hija... la joya más preciada que tengo y nunca me perdonaría que cayese en los brazos equivocados en mi afán de verla bien casada. Usted es un hombre hecho y derecho, que ya ha pasado por la experiencia de un matrimonio. Sé que puede ofrecerle lo mejor y es lo menos que espero para mi hija —le aclaró—. Estoy convencido de que una boda entre ambos sería muy beneficiosa, y no hablo solo del terreno comercial. Pilar es una niña muy buena, algo caprichosa tal vez, pero... ¿quién puede culparla por eso? Creció rodeada de lujos y de mimos, porque, aunque perdió a su madre siendo muy pequeña, su abuela y mi esposa se han encargado de consentirla durante todos estos años. Además, no podrá negar que es una muchacha muy hermosa, capaz de encandilar a todo el mundo con su simpatía y sencillez. ¡Y ni hablar de sus dotes culinarias! Usted mismo comprobó la otra noche lo bien que se desempeña en la cocina.

Él no ponía en duda que Pilar Robles fuese una joven virtuosa. Mucho menos, que pudiese enloquecer a cualquiera con su belleza. Si don Amancio pretendía convencerlo de que su hija era la candidata idónea para que él volviese a reincidir en el matrimonio, lo estaba logrando.

—Imagino que le sorprende mucho mi propuesta, Rafael. Sobre todo, porque usted pensaba que hice este viaje solo para hablar de negocios.

Rafael se terminó el coñac antes de responder.

—Ahora entiendo la razón que tuvo para que Pilar lo acompañase.

—Quería propiciar un acercamiento entre ustedes, que pudiesen pasar tiempo a solas para conocerse.

A pesar de su evidente nerviosismo, lo notó muy seguro. Robles ya daba por sentado que él aceptaría cortejar a su hija sin demasiados rodeos. Era justo lo que quería y se lo estaba ofreciendo en bandeja de plata. Aun así, debía medir cuidadosamente cada uno de sus actos para ser siempre él quien tuviese el control de la situación desde el primer momento.

—No voy a negar que su oferta es muy tentadora, don Amancio —sonrió

apenas—, debo confesarle que su hija me cautivó cuando la conocí. Sin embargo, mi deseo de volver a casarme es tan grande, que tengo miedo de estar precipitándome si le digo que acepto gustoso cortejar a Pilar.

—Concuerdo con usted, Rafael. Yo tampoco quiero apresurar las cosas y generar algún posible malentendido que terminase perjudicando el buen nombre de mi familia y la intachable reputación de mi hija. Ya sabe cómo es la gente de mal pensada.

Rafael lo sabía mejor que nadie.

—¿Qué es lo que propone entonces?

—Mi idea era aprovechar este viaje para comunicarle a Pilar mi deseo de que usted la corteje. Hablaré con mi hija mañana mismo, no tiene sentido esperar más.

—¿Cómo cree que reaccionará cuando lo sepa?

—No debería preocuparse por eso, Rafael —lo tranquilizó—. Ella hará lo que yo diga, siempre ha sido así.

Aunque su matrimonio con Pilar Robles poco tenía que ver con el amor, esperaba que al menos la muchacha no terminase odiándolo por la imposición de su padre.

—Mañana por la mañana lo llevaré a recorrer la estancia. —Ahora que su futura boda con la hija de don Amancio Robles estaba casi zanjada, necesitaba volver a enfocarse en los negocios—. Quiero que vea los ejemplares que están disponibles para la venta y si gusta, puede llevar a su esposa para que elija personalmente su regalo. Yo suelo levantarme muy temprano, pero saldremos cuando usted lo decida.

Robles asintió.

—Allá en Buenos Aires, estoy acostumbrado a madrugar. Soy de los primeros en llegar al astillero cada mañana.

—Perfecto. —Le echó una ojeada a su reloj—. Será mejor que vayamos al comedor. Aurora también es amiga de la puntualidad y la cena ya debe estar lista.

Tanto Rafael como don Amancio se quedaron conformes con la charla que acababan de tener. Cuando dejaron el salón, una gran sonrisa de satisfacción se reflejaba en sus rostros.

La gran mesa del comedor había sido engalanada para estar a la altura de los invitados. Un delicado mantel de lino color marfil la cubría hasta el suelo y encima, se lucía con majestuosidad la vajilla de porcelana china que Rafael había ordenado sacar después de estar años guardada en uno de los aparadores de la cocina.

Pilar ocupó su lugar, cerca de la cabecera mientras que su madrastra eligió sentarse frente a ella y no en el puesto que le habían indicado, un poco más lejos del anfitrión. El ama de llaves comprendió de inmediato que era inútil discutir con ella y las dejó solas para irse a la cocina.

—Es muy prepotente para mi gusto —comentó Lorenza apenas Aurora abandonó el comedor—. Es solo el ama de llaves y se comporta como si fuese la señora de la casa.

Pilar hizo caso omiso de sus palabras y se acomodó el escote del vestido para evitar que se viera más de lo necesario. Había sido su nana la que lo había metido en la valija aduciendo que, aunque estuvieran en el campo, ella no podía perder su elegancia. Era de un intenso color verde musgo, con mangas ampulosas rematadas con una puntilla blanca que se repetía en el canesú y en el frunce delantero de la falda. Llevaba el cabello atado con un moño de la misma tonalidad en lo alto de la cabeza y un broche prendido en el cuello que había pertenecido a su madre. Lorenza, quien solía competir con ella en cuestiones de prendas de vestir y joyas, no iba a desaprovechar la oportunidad de destacar en la cena y eclipsar a su querida hijastra. Había elegido un vestido de seda color azul, con un escote en forma de v por donde sus pechos se asomaban indecentemente. Se había dejado el cabello suelto y su melena negra como el azabache descansaba sobre uno de sus hombros.

Aunque eran muy distintas, cada una de ellas era dueña de una gran belleza y esa noche en particular, lucían radiantes. Cerca de las nueve, finalmente los caballeros aparecieron. Amancio Robles besó la mano de su esposa y se sentó a su lado. Nadie se percató cuando le guiñó el ojo; mucho menos Rafael, que no era capaz de apartar la mirada de Pilar. Permaneció de pie, para observarla desde arriba. Se detuvo un momento en el escote de su vestido. El movimiento acompasado de sus pechos, cubiertos con pecas oscuras, parecía haberlo hechizado.

—Buenas noches, Pilar —dijo, apartando los ojos de esa parte de su anatomía tan tentadora para enfocarse en su rostro—. Espero que haya podido descansar después de un viaje tan accidentado.

Pilar dobló una de las servilletas porque necesitaba hacer algo con las manos. Él la había mirado con tanta intensidad que se había sentido desnuda bajo el influjo de sus ojos grises.

—Buenas noches, señor Álvarez Arriaga —lo saludó manteniendo las distancias—. Puede quedarse con la conciencia tranquila porque pude descansar muy bien. Hubiese querido permanecer en mi habitación y no salir de ella hasta el día de mi regreso a Buenos Aires, pero habría sido una descortesía de mi parte. Además, mi padre jamás me lo perdonaría.

Rafael no comprendía el porqué de su ironía. ¿Le molestaba que hubiese sido él quien los ayudara con lo del carruaje o lo que realmente le resultaba desagradable era su compañía? Miró a don Amancio buscando una explicación. Solo consiguió que él se encogiese de hombros ante el comentario poco afortunado de su hija.

—Discúlpela, por favor, Rafael. Está enojada porque su abuela se quedó en Buenos Aires. —Lorenza le lanzó una mirada asesina a la joven—. María del Pilar sabe perfectamente que doña Encarnación no iba a poder soportar una travesía tan larga. Sin embargo, cuando se encapricha, no hay manera de contentarla con nada.

Para acabar de una vez por todas con la tensión que se había generado en la

mesa después de lo que había dicho Pilar, Rafael esbozó una sonrisa. La esposa de Robles mentía, pero tampoco tenía caso empeorar la situación siguiéndole el juego a la muchacha. Si buscaba ganarse su antipatía, él le devolvería el golpe haciendo exactamente lo contrario.

—Imagino que habrá muchas maneras de contentar a una señorita como Pilar —dijo con amabilidad—. ¿Qué es lo que disfruta hacer aparte de cocinar? ¿Le gusta leer? ¿Prefiere bordar o, tal vez, tocar el piano?

Pilar estaba a punto de abrir la boca, pero su padre la interrumpió.

—Mi hija aprendió a tocar el piano cuando era pequeña, pero hace tiempo que dejó de hacerlo. Lee mucho y se da maña con el bordado. Pero su gran talento, sin dudas, está en la cocina.

Ella no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Qué pretendía su padre al ponderarla de esa manera delante de ese hombre? No necesitaba demostrarle nada ni que estuviese al tanto de cuáles eran sus gustos o habilidades. Intentó intervenir en la conversación, pero ahora fue Lorenza quien le ganó de mano.

—Sé que le podrá parecer un abuso de confianza de nuestra parte, pero estoy segura de que mi esposo estará de acuerdo conmigo en pedirle que le permita a María del Pilar que mañana colabore en la cocina. Sin dudas, es el lugar de la casa en el cual se siente más a gusto, ¿no es así, querida?

Pilar estrujó uno de los pliegues de la falda del vestido imaginándose que era el cuello de su madrastra. Era repugnante ver cómo su propia familia se confabulaba en su contra para tratar de complacer a Rafael Álvarez Arriaga. ¿Qué pretendían realmente? Tenía ganas de levantarse de la mesa y escapar de ese hombre que la miraba como si ella fuese un objeto en exhibición. Pero antes que sus propios deseos, estaba la voluntad de su padre.

—Tiene razón, querida tía. Adoro pasar mi tiempo encerrada en la cocina, rodeada de cacerolas —contraatacó—. Me gusta respirar hondo e impregnarme con el olor de las verduras recién sacadas de la tierra o del pan apenas horneado. También me encanta ensuciarme las manos con harina o probar el dulce con los dedos cuando todavía no se terminó de enfriar. —Miró a Rafael—. Imagino que



la cocina de la estancia es tan grande como el resto de la casa y si el señor Álvarez Arriaga lo permite, me gustaría mucho conocerla.

—La cocina y cada una de las dependencias de *El Refugio* están a su entera disposición, Pilar —respondió—. Tiene mi permiso para moverse libremente por toda la casa. Tanto usted como sus padres son mis invitados y quiero que se sientan cómodos mientras dure su estadía aquí. Si usted disfruta pasando tiempo en la cocina, Aurora le presentará a Herminia. Ella es la cocinera de la estancia, pero debo advertirle que es muy celosa de su espacio de trabajo y no será nada sencillo ganarse su confianza.

A Pilar no la asustaba tener que lidiar con la tal Herminia. No podía ser tan fiera como se la pintaba. Escondarse en la cocina era la manera más eficaz que encontraba para escapar de él y evitar pasar tiempo con su madrastra. Estaba más que dispuesta a quedarse allí hasta que llegase el momento de partir de regreso a Buenos Aires.

—No deberías asustar a la señorita, Fele —le advirtió el ama de llaves, interviniendo por primera vez en la conversación. Estaba de pie, junto a la puerta que daba a la cocina y seguía atentamente todo lo que sucedía en la mesa—. A Herminia no le gusta demasiado que invadan su cocina, pero hasta donde yo sé, todavía no se ha comido a nadie.

Su comentario provocó la risa de los comensales. Incluso Pilar consiguió relajarse un poco después de tanta tensión. Rafael ordenó que sirvieran la cena y rápidamente ella dejó de ser el tema central de la conversación ya que durante el resto de la velada, se habló de caballos y de una importante carrera cuadrera que estaba organizando el Racing Club de Capilla del Señor para el año venidero.

Después de degustar la gelatina de naranja, Rafael propuso pasar al salón, en donde Aurora les serviría café a las damas y ellos se beberían una copa de oporto para culminar la velada. A Pilar no le entusiasmaba en lo más mínimo soportar otro rato más a su madrastra, sin embargo, hizo de tripas corazón y fingió que la estaba pasando bien. Había un piano vertical de cedro en un rincón del salón y rogaba que a nadie se le ocurriese pedirle que lo tocara. No es que hubiese

perdido la poca habilidad que tenía para ejecutar alguna pieza musical, pero no tenía ganas de volver a convertirse en el centro de la atención. Bebió un sorbo de café mientras le hacía creer a los demás que escuchaba lo que Lorenza le decía.

A unos pocos metros de distancia, Rafael pretendía hacer lo mismo. Solo que a él no le aburría la compañía de don Amancio. Su problema era poder concentrarse en la charla que mantenían, cuando toda su atención estaba puesta en otro lado. La actitud de Pilar durante la cena lo había desconcertado. Su atrevida respuesta cuando él le preguntó si había podido descansar de su viaje, lo terminó de convencer de que la joven era un hueso duro de roer. La observó discretamente mientras disfrutaba del café. Sujetaba la taza de porcelana levantando con gracia el dedo meñique y bebía de a pequeños sorbos. Desde su rincón, podía regodearse la vista con su elegante perfil sin llamar demasiado la atención. Estaba sentada con la espalda bien erguida y apenas se apoyaba en la butaca de terciopelo bordó que contrastaba con el color de su vestido. En esa posición, lo que más se destacaba era su nariz ligeramente respingada; sin embargo, si bajaba la mirada, era imposible no detenerse una vez más en la pronunciada silueta de sus senos. Quizá eran demasiado grandes para una jovencita de su edad. Él siempre había preferido un tamaño más discreto para que cupiesen en la palma de su mano... ¿En qué demonios estaba pensando? De un sorbo se terminó el oporto y dejó la copa encima de la mesita. Miró a don Amancio y trató de retomar el hilo de la conversación. Él seguía hablándole de su astillero y de cómo su abuelo, allá a comienzos de siglo, lo había convertido ya en uno de los más importantes de Buenos Aires. Asentía moviendo la cabeza y respondía con algún breve comentario mientras se esforzaba por mantener la sonrisa. De vez en cuando, y sin poder hacer nada para evitarlo, sus ojos grises volvían a enfocarse en Pilar Robles; la mujer que en poco tiempo más se convertiría en su esposa.



## PLACERES CULINARIOS

*E*l domingo amaneció con buen tiempo. El sol calentaba desde temprano y había espantado las pocas nubes que surcaban el cielo.

Pilar se removió debajo de las mantas cuando escuchó unos gritos que provenían del exterior. Se cubrió la cabeza con la almohada, pero era imposible tratar de volver a conciliar el sueño. Había logrado dormirse recién a la madrugada y ahora, algunos desaforados se ponían a gritar como si fuesen un malón de indios a punto de atacar. Las cortinas todavía permanecían cerradas pero el delgado halo de luz que se filtraba entre ellas le indicaba que ya era de día. Curiosa en extremo por naturaleza, no se iba a quedar quieta hasta averiguar qué era lo que sucedía afuera. Saltó de la cama y se calzó las pantuflas. Arrastrando los pies para evitar chocarse con algún obstáculo, se acercó hasta la ventana. Movié el cortinado y tuvo que cerrar los ojos porque los rayos de sol le dieron de lleno en la cara. Cuando el encandilamiento pasó y consiguió enfocar la visión, descubrió el origen de tanto alboroto.

En un improvisado potrero no muy lejos del casco, cuatro caballos trotaban uno detrás del otro. No tenían ningún apero encima y se movían en círculo. Dos hombres, que estaban de espaldas a la casa, los azuzaban a que continuaran corriendo. No podía verles el rostro, pero de inmediato se dio cuenta de que uno de ellos era Rafael Álvarez Arriaga. Llevaba pantalones de montar oscuros, botas de becerro y en la parte superior, solo una camisa blanca. Tenía el cabello peinado hacia atrás y un pañuelo rojo alrededor del cuello. El otro hombre vestía de una manera similar, aunque llevaba un chaleco de lanilla encima de su

camisa. Era la primera vez que lo veía, pero supuso que se trataba del capataz de la estancia que llegaba ese fin de semana con una nueva cuadrilla de caballos. Vio que Rafael se acercó a las bestias y le acariciaba el lomo a un ejemplar de brillante pelaje color fuego. El que ella pensaba que era el capataz de *El Refugio* desapareció de repente; regresó unos minutos después cargando con los aperos necesarios para montarlo. Ensilló al animal, siempre bajo la atenta mirada de Rafael, y le puso las riendas en la mano. Intercambiaron un par de palabras y con la gracia de un felino, saltó encima del caballo. Esperó a que el capataz apartara el fardo de heno que servía para obstruir la entrada del potrero y salió al galope en dirección al monte que rodeaba el casco de la estancia. El animal ganaba terreno a una gran velocidad a medida que se iba alejando. Rafael se cimbreaba con fuerza y elegancia, elevándose hasta despegar su cuerpo de la montura. Sus largos y poderosos muslos se marcaban bajo la tela de sus ajustados pantalones, mimetizándose con la musculatura del animal.

Pilar, hechizada por la perfecta comunión entre el caballo y su jinete, no podía quitarles los ojos de encima. Después de dar varias vueltas por el lugar, empezaron a aminorar la marcha. Rafael se inclinó sobre el animal y le acarició el lomo, celebrando su buen desempeño. Cuando cabalgó en dirección a la casa, Pilar se ocultó detrás de la cortina por temor a ser descubierta. Ahora que estaba más cerca, vio que llevaba la camisa abierta. Una mata de vello oscuro le cubría el pecho, y el sudor hacía que su piel brillase al estar expuesta a los rayos de sol. Pilar se dio cuenta en ese momento de que el ritmo de su respiración se había acelerado. Cayó de rodillas sobre el alféizar de la ventana y aunque se repetía a sí misma una y mil veces que tenía que apartarse de allí, no fue capaz de moverse de su sitio.

Vio que Rafael se bajaba del caballo y le entregaba las riendas a uno de los peones. Luego se acercó hasta donde estaba el capataz y se pusieron a hablar mientras observaban al resto de la cuadrilla que todavía permanecía en el potrero.

La puerta se abrió de repente y la nana Jesusa entró en la habitación. Como si

acabase de ser descubierta cometiendo la peor de las travesuras, Pilar se apresuró a cerrar las cortinas y corrió hasta su cama. Cuando la negra le preguntó qué estaba haciendo levantada, la única excusa coherente que se le ocurrió fue que se había asomado a la ventana para ver cómo había amanecido el día.

Pilar no había sido la única que esa mañana, atraída por el bullicio del exterior, se asomó a la ventana de su habitación para ver qué estaba ocurriendo.

Lorenza también había sido una testigo privilegiada de la destreza que poseía Rafael Álvarez Arriaga para montar a caballo. Aprovechando que su esposo todavía dormía, se había dirigido al alféizar para colocarse entre el pesado cortinado y el cristal de la ventana. Estaba lo suficientemente alejada como para pasar desapercibida, pero desde su posición, podía disfrutar del excitante espectáculo que suponía ver a ese hombre apuesto y gallardo dominar a la bestia con tanta facilidad. Se había levantado de la cama tan de prisa, que solo llevaba puesto el camisón. Hacía frío, pero ella hacía rato que había entrado en calor. Se mordió el labio inferior cuando vio que Rafael se dirigía a uno de los bebederos. A medida que avanzaba por el piso de ladrillos, la tela de sus pantalones de montar se ceñía a sus muslos. Los ávidos ojos de Lorenza se posaron en la entrepierna masculina. Se imaginó que un hombre como él estaría bien dotado.

Miró a Amancio por encima de su hombro. Dormía plácidamente. La noche anterior había caído rendido en los brazos de Morfeo tras apoyar la cabeza en la almohada. Mejor así, porque ella no tenía ganas de soportar sus caricias. Le costaba cada vez más fingir que disfrutaba en la cama con él. El sexo entre ellos se había vuelto demasiado aburrido y había tenido que valerse de recursos alternativos para que su esposo no se diera cuenta. Así, cuando él quería hacer el amor, cerraba los ojos y pensaba que estaba siendo penetrada por otro hombre. Desde el mismo instante en el que Rafael Álvarez Arriaga apareció en su vida, pasó a convertirse en el protagonista absoluto de sus fantasías más lujuriosas. Por su cama, habían pasado muchos amantes. Incluso mientras estaba casada con

Amancio. Era joven y apetecible todavía, y se había aprovechado del poder que ejercía sobre los hombres para conseguir sus propósitos. Pensó en la tertulia que habían dado los Villegas en su casa para celebrar su aniversario de bodas. Cuando se enteró de que los Robles no figuraban en su lista de invitados, le hizo una visita a don Severino para tratar de convencerlo de que una familia de su categoría no podía quedar afuera de uno de los eventos sociales más importantes de Buenos Aires. Con la honorable excusa de recaudar fondos para la Sociedad de Damas Francesas de la Caridad a la cual pertenecía, se presentó la misma mañana de la tertulia en casa de los Villegas. Don Severino, quien hacía tiempo le tenía ganas y vio la oportunidad perfecta para conseguir lo que quería, la recibió de inmediato. Había tonteado con él en su estudio mientras su distraída esposa bordaba pañuelitos a solo unos cuantos metros de distancia. Las manos gruesas y sudorosas de Severino Villegas habían hurgado debajo de sus calzones mientras yacían en el confidente de su despacho. El sacrificio bien había valido la pena: ella consiguió que su familia pudiese asistir a la tertulia y el viejo Villegas había tenido el privilegio de meterse debajo de la falda de su vestido. Incluso el Hospital Francés y la iglesia del Socorro habían salido beneficiados con su pequeño acto de caridad ya que don Severino, buscando quizá pagar por sus pecados, le donó una importante suma de dinero para repartir entre ambas instituciones.

Cuando Rafael se apeó de su caballo, los músculos de su trasero se tensaron por el esfuerzo. Cambió de posición para poder seguir cada uno de sus movimientos mientras él se dirigía al bebedero. Lo vio inclinarse sobre el borde y echarse un poco de agua en el rostro con las manos. Luego se incorporó muy despacio, mientras se mesaba el cabello hacia atrás. Lorenza apenas podía controlar las palpitaciones de su sexo. Se sentó en el alféizar, apoyó la espalda contra la pared y abrió las piernas. Sin dejar de observar al objeto de su deseo, deslizó su camisón hacia arriba y metió la mano dentro del calzón. Hundió los dedos en la cavidad húmeda de su vagina, levantando un poco las caderas y juntando las piernas para sentir más placer. Con la otra mano, se pellizcaba los

pezones. Rafael había retomado la charla con el hombre que lo acompañaba. El agua había mojado su camisa, haciendo que la tela se pegase a su musculoso torso. Lorenza dejó de jugar con sus pechos para cubrirse la boca con la mano y así poder acallar el gemido de placer que estalló en su garganta cuando el primer orgasmo la golpeó. Le temblaban las piernas, pero, aun así, logró levantarse. Las cortinas seguían protegiéndola de las miradas indiscretas y Amancio no había despertado todavía. Echó un último vistazo a través de la ventana, solo para comprobar que Rafael ya no estaba allí. Volvió a la cama y se acostó junto a su esposo. Entre sueños, él la abrazó, y ella, con una sonrisa de absoluta satisfacción, apoyó la cabeza sobre su pecho hasta quedarse nuevamente dormida.

Para la buena suerte de Pilar, Rafael Álvarez Arriaga no los acompañó a desayunar esa mañana. Aurora les avisó que él se había levantado bien temprano para esperar al capataz y había compartido una ronda de mates con los peones en la cocina.

Todavía seguía perturbada por lo que había visto desde la ventana de su habitación y no podía apartar a ese hombre de su mente. Una señorita como ella, inocente y de buenas costumbres, no debería haber hecho lo que hizo. No era correcto espiar a la gente de esa manera. Mucho menos, fijar su atención en ciertas partes de la anatomía masculina que ni siquiera había tenido el atrevimiento de imaginar alguna vez. Porque haber visto el torso desnudo de su hermano mientras se bañaban en el arroyo de la quinta de San Isidro no contaba como experiencia. Con Gonzalo nunca había tenido esa intimidad. Apenas le había visto los brazos en una sola ocasión, cuando él se arremangó la camisa para ayudar al cochero de la familia a cambiar una rueda de la galera.

Desayunó sola en el comedor, porque ni Lorenza ni su padre se habían levantado todavía. El ama de llaves le hizo compañía, pero no dijo ni una sola palabra mientras ella bebía su café y se devoraba dos alfajores de membrillo que



estaban deliciosos. Se preguntó qué ingrediente habría usado la cocinera para que la masa le saliera tan esponjosa. Ella mezclaba un poco de fécula de maíz con la harina, pero le daba un sabor distinto. Ya tenía una muy buena excusa para aparecerse por la cocina y permanecer lejos del dueño de la estancia.

Se secó los labios con la servilleta y miró a la mujer.

—Aurora, ¿cree que sería mucha molestia si le pido que me acompañe a la cocina? Quisiera felicitar a la persona que amasó estos alfajores tan ricos.

El ama de llaves le sonrió.

—No es ninguna molestia, señorita. A Herminia le encanta que elogien su comida. Podemos ir ahora mismo si lo desea.

No fue necesario reiterarle la invitación. Pilar se levantó de la silla como un resorte y la siguió hasta la cocina con entusiasmo.

Cuando entró, casi escondida detrás de Aurora, se quedó boquiabierta. En el centro, destacaba una cocina de hierro de forma octogonal con detalles en bronce que tenía tres hornos y cuatro hornallas. Media pared estaba revestida con mayólica blanca y el resto, pintada en color ocre. Tanto el piso como la mesada eran de ladrillo. Había dos enormes alacenas llenas con frascos de conservas y una mesa de roble macizo circundada con cuatro sillas. En el rincón, descansaban un barril de madera para el agua y un mortero. Cacerolas y cucharones de cobre colgaban de una de las paredes junto a una tupida ristra de ajos.

—Herminia, la señorita Robles quiere hablar con vos.

La cocinera observó de reojo a la joven mientras seguía amasando pan.

—¿Qué desea la damita?

Pilar no le contestó. Se había dirigido a ella en un tono muy desagradable.

—No deberías tratar con tanta descortesía a una de las invitadas del patrón — la amonestó Aurora—. A la señorita Robles le gustaron mucho tus alfajores de membrillo y tuvo la deferencia de venir hasta aquí para decírtelo en persona.

Herminia formó un bollo con la masa, luego lo puso a levar cerca del calor de la estufa y se limpió la harina de las manos con el delantal. Cuando se dirigió a

Pilar, al menos ya no tenía cara de perro rabioso.

—Me alegra que le hayan gustado, señorita, pero no había necesidad de que usted se viniese hasta acá para darme las gracias...

—Quería hacerlo, Herminia —la interrumpió Pilar. Se adelantó unos pasos, asomándose por detrás de Aurora y se acercó hasta la mesa—. La verdad es que no podía aguantar más la curiosidad.

La cocinera la miró con un gesto interrogante.

—¡Tiene que decirme qué le puso a los alfajores para que estén tan suaves! No es fécula de maíz, ¿verdad?

Herminia se asombró por el ímpetu que mostró la joven al hablarle de sus famosos alfajores de membrillo y el inusitado interés que tenía en conocer los detalles de la receta. No estaba acostumbrada a que nadie la interrogase sobre su cocina, por eso se quedó muda.

—La señorita Pilar te hizo una pregunta —dijo Aurora dándole un golpecito en el hombro cuando pasó por su lado.

—No se ofenda, señorita Robles, pero la verdad es que no me gusta compartir los secretos de mi cocina con nadie.

Pilar se esperaba esa respuesta. En su casa, con Cayetana, ocurría lo mismo. No importaba si vivían en una gran ciudad como Buenos Aires o en la campaña, parecía que todas las cocineras eran igual de celosas con sus recetas.

Sin pedir permiso, se adueñó de una de las sillas y se sentó. Colocó sus manos debajo del mentón. Jugeteó con el puño de su vestido mientras golpeaba el piso de madera con los tacos de sus zapatos. Herminia y Aurora se quedaron viéndola, esperando a ver con qué les salía.

—No quiero pecar de vanidosa, pero yo preparo los alfajores de membrillo más ricos de toda Buenos Aires. ¡Y no lo dice cualquiera, no señoras! —Hizo una pausa para generar un poco más de misterio—. Hasta el mismísimo presidente los ha probado y asegura que no los hay más deliciosos.

—¿Cómo es que el loco de Sarmiento llegó a probar sus alfajores? —la que quiso saber fue Herminia, pero Aurora también sentía curiosidad por escuchar el

resto de la historia.

Pilar sonrió para sus adentros. Había logrado romper el hielo antes de lo esperado.

—Hace unos meses, cuando mi abuela Encarnación regresó de su viaje a Europa, empezó a recibir nuevamente visitas en la casa. Entre sus amistades se encuentra misia Aurelia, la hija de don Dalmacio Vélez Sarsfield. Fue durante un té que organizó mi abuela que ella probó uno de mis alfajores. En realidad, y según me dijeron después, fueron más ya que no podía dejar de comerlos. Se llevó uno para su padre, pero parece que terminó en las manos del señor presidente. Cuando misia Aurelia volvió a visitar a mi abuela, le contó que Sarmiento, aficionado a los dulces, se había quedado encantado con mi alfajor de membrillo. Cuando probé el suyo en el desayuno, me di cuenta de que la esponjosidad no se debe a la fécula de maíz... he tratado de adivinar cuál es el secreto, pero debe ser muy misterioso porque no he conseguido descubrirlo.

Herminia, fascinada por lo que acababa de contarles, dejó de lado cualquier recelo que había tenido hacia ella apenas puso un pie en su cocina y bajó la guardia.

—No es gran cosa, señorita...

—Lo es, Herminia —le aseguró—. Además de la suavidad de la masa, sus alfajores tienen un sabor especial.

—Lo único que hago es agregarle unas gotitas de jugo de limón al agua en la cual reduzco el membrillo.

—¿Limón? ¡Yo le pongo ralladura de naranja!

Cuando Aurora se cercioró de que la señorita Robles no corría el riesgo de que Herminia la corriese con el palo de amasar por atreverse a pisar su sagrada cocina, se excusó con ambas y las dejó solas para que continuasen intercambiando consejos culinarios.

—¿Y me va a decir cuál es el ingrediente secreto entonces? —volvió a insistir Pilar.

Herminia no podía negar que la muchachita tenía bríos. Pocas personas se

acercaban a ella para curiosear en su cocina. Era simpática, también muy bonita. Sin embargo, lo que más le gustó de Pilar Robles fue su sencillez. Le hablaba de igual a igual, como si no existieran diferencias entre ellas. Tal vez por eso, estaba dispuesta a revelarle cuál era ese ingrediente secreto que hacía que sus alfajores de membrillo fueran irresistibles.

—Lo que hago es reemplazar una pequeña cantidad de manteca por un poco de crema de leche. Eso hace que la masa salga más suave.

Pilar sonrió. Ella también creía que el secreto estaba en disminuir la cantidad de materia grasa; había probado agregándole leche pero el resultado final no era el esperado. Apenas tuviese la ocasión, prepararía los alfajores de membrillo siguiendo su receta.

—¿Le gusta cocinar, entonces?

—Sí, Herminia. Es en la cocina donde paso la mayor parte de mi tiempo libre. Otras señoritas de mi edad prefieren las labores de punto, tocar el piano o pintar. ¡Yo soy feliz cocinando! Allá en Buenos Aires, después de pelear bastante con ella, convencí a Cayetana, la cocinera de la familia, para que me dejara ayudarla. Puedo preparar desde un puchero hasta un bacalao a la crema, pero mi especialidad son los dulces.

—Aurora me comentó que el patrón dio su permiso para que su merced colaborase en la cocina si hacía falta.

Pilar asintió.

—Me encantaría quedarme y darle una mano, Herminia. El campo me aburre, además, no me llevo muy bien con mi madrastra —explicó, sin entrar en demasiados detalles—. Si pudiera quedarme aquí, me sentiría más a gusto.

Una sonrisa de oreja a oreja se asomó en el rostro de la vieja cocinera. Era imposible no contagiarse del entusiasmo de la muchacha. Ella tenía mucho trabajo por delante y un par de manos extras no le vendrían nada mal. Observó su atuendo y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Pilar, temerosa de recibir un no de su parte.

—No puede hacer nada con ese vestido. Es demasiado lujoso para que se

ponga a cocinar, señorita.

—No se preocupe por eso. —Señaló hacia el rincón en donde estaba el perchero—. Puedo usar un delantal encima del vestido para que no se ensucie.

Fue la propia Herminia quien se lo alcanzó y la ayudó a ponérselo. Le quedaba un poco grande, pero servía perfectamente para sus propósitos. Luego fue hasta una de las alacenas y sacó un paño blanco que le ató en la cabeza para sujetarle el cabello. Pilar se lavó bien las manos con jabón y se las mostró.

—Estoy lista, Herminia. ¿Por dónde empiezo?

Aunque seguramente no era lo que se esperaba, le indicó que pelara unas papas mientras ella troceaba una gallina. Sin emitir ninguna queja, Pilar se ubicó delante de la canasta que contenía una importante cantidad de papas recién recogidas de la huerta, y con cuchillo en mano, se dispuso a cumplir con su pedido.

Herminia descubrió enseguida que a Pilar le gustaba conversar tanto como cocinar.

—¿Cuánto hace que trabaja para el señor Álvarez Arriaga? —fue lo primero que le preguntó apenas terminó de entrar en confianza.

—Mi madre era la cocinera del señor Ulises, el padre de don Rafael. Yo nací y me crié en este lugar. —Sus hábiles manos seguían troceando la gallina mientras hablaba con nostalgia—. Cuando ella murió yo era muy joven, sin embargo, el patrón no dudó en ponerme al frente de la cocina. Él decía que tenía la misma mano que mi madre para preparar el locro. Jamás he salido del pueblo... mi vida está en *El Refugio*. Nací y moriré en estas tierras.

—¿Hace mucho que murió el señor Ulises?

Herminia pensó un instante antes de responder.

—Deben ser ya más de diez años desde que nos dejó. El patrón era muy jovencito cuando don Ulises falleció.

Pilar recordaba lo que el cochero de los Álvarez Arriaga le había contado la noche de la cena en su casa.

—Tengo entendido que don Rafael no vivía en la estancia.

La cocinera negó con la cabeza.

—No. Después de la muerte de su padre, él se quedó en Buenos Aires un tiempo. La familia tiene una casa en el barrio de Barracas. Allí vivía con su tía Margarita, la hermana menor de su padre, y su prima Leonor. —Hizo una pausa para echar los menudos de la gallina dentro de la cacerola y retomó su relato—. Don Rafael se vino a vivir a Capilla del Señor cuando cumplió la mayoría de edad. La verdad es que cuando el patrón cayó enfermo la estancia quedó un poco abandonada. Si no hubiese sido por Froilán que siempre estuvo al pie del cañón, no sé qué hubiese sido de todos nosotros. Fue él quien se encargó de cuidar y seguir entrenando a los pocos caballos que todavía quedaban. Consiguió que un señor muy importante, que visitó Capilla del Señor durante las festividades del pueblo, patrocinara a uno de ellos para que pudiese correr en las carreras. *Cometa* se llamaba el caballo —recordó—. Era muy rápido y triunfó en la primera carrera cuadrera que participó. El pobre se quebró una pata poco tiempo después y hubo que sacrificarlo. Creo que, incluso hasta el día de hoy, Froilán no se ha recuperado de esa tragedia.

—¿Qué ocurrió después? —Pilar estaba ávida de saber más.

—El Señor quiso que la buena fortuna volviera a estas tierras y envió al joven Rafael. Cuando él se instaló en la estancia, le pidió a Froilán que le enseñase todo lo que sabía acerca de la cría de caballos. En pocos meses, el patrón sabía de esos nobles animales más que el propio Froilán. A los caballos más viejos, que ya no podían correr, los vendió al ejército. Con ese dinero y una parte del que heredó de su padre, compró una cuadrilla nueva. Después, cuando ya era un hombre casado, consiguió que el padre de la difunta doña Elena invirtiera también algo de plata en el negocio. Fue entonces que el nombre de Rafael Álvarez Arriaga y el de esta estancia empezaron a sonar fuerte en el mundo de las carreras de caballos. *El Refugio* cuenta con varios ejemplares campeones. Tanto es así que lo convocaron para formar parte del club hípico del pueblo y ahora es el vicepresidente.

Pilar la escuchaba sin perder ningún detalle, y como Herminia había

mencionado a la esposa de Rafael, aprovechó para tirarle un poco más de la lengua.

—La otra noche, su patrón estuvo cenando en mi casa y no podíamos creer que hubiese enviudado tan joven.

—La señora Elena murió hace más de dos años. Fue en el verano del 71. Ella y don Rafael llevaban apenas seis meses de casados cuando su esposa nos dejó.

—Imagino la tristeza que provocó su muerte...

—Por supuesto, el que más sufrió fue el patrón. —Se quedó callada de repente, como si estuviese dudando de decir algo. Dejó caer sus anchas posaderas en la silla y la ayudó a pelar las papas—. No está mal hablar de los muertos, pero la verdad es que la señora Elena no era muy querida por aquí. Siempre nos trató muy fríamente, como si fuéramos muy poca cosa para ella. Supongo que como venía de la ciudad y pertenecía a una familia ricachona, no quería mezclarse con nosotros.

—Yo también vengo de la ciudad y mi familia es una de las más ricas de Buenos Aires, pero jamás hice diferencias con nadie. —Hizo un ademán con las manos, mostrándole la papa que acababa de pelar—. Creo que si cualquiera me viese en este momento, jamás podría adivinar de dónde vengo. —Le contó el episodio que había llevado a su patrón a confundirla con una criada de su casa.

Herminia soltó una risotada.

—¿De verdad el patrón pensó que usted era una sirvienta?

—Sí, Herminia. No pude sacarlo de su error en ese momento. ¡Imagínese la cara de asombro que puso cuando me vio entrar al comedor esa noche y supo que era, nada más y nada menos, la hija de don Amancio Robles!

Sin buscarlo, la conversación se había ido por otros derroteros y entonces consideró que no sería prudente volver a preguntarle sobre la esposa de Rafael Álvarez Arriaga. Que los empleados de la estancia no la recordasen con cariño, la pintaba como una mujer desagradable. ¿Cómo era posible enamorarse de alguien así? Ella lo había vivido en carne propia cuando su padre decidió depositar a su tía Lorenza sin importarle lo que diría la gente. *Quizá Rafael se*

*casó con Elena movido solo por un interés económico*, pensó. Después de todo, su suegro había sido quien lo ayudara a expandir su negocio. ¿Qué diablos le importaba a ella las razones que podría haber tenido Rafael Álvarez Arriaga para casarse con esa mujer?

Alguien carraspeó e interrumpió sus pensamientos. Cuando Pilar vio al cura parado bajo el quicio de la puerta, se santiguó. No podía ser casualidad que ella hubiese mentado al demonio precisamente en ese momento.

—¡Padrecito, qué sorpresa! —Herminia dejó todo lo que estaba haciendo y se acercó al sacerdote para pedirle su bendición—. ¿Qué lo trae por la estancia?

Braulio tomó las manos regordetas de la cocinera entre las suyas y sonrió.

—Esta mañana, mientras preparaba el sermón, me acordé de vos y de tu pan que, siempre he dicho, es el más rico de los alrededores. ¡Ni siquiera cuando anduve por el norte probé uno igual! —Oteó por encima de su hombro para observar a la joven que la acompañaba—. Veo que has conseguido ayudante nueva.

—¡Oh, no, padrecito! ¡No vaya a confundirla usted también con una criada! —exclamó Herminia—. Ella es la señorita Robles y vino a la estancia con su familia, invitada por el patrón.

Pilar se secó las manos con el delantal y se acercó al oír que la habían nombrado.

—Buenos días, padre. —Hizo una reverencia y le sonrió—. Pilar Robles, a sus órdenes.

—Así que vos sos la famosa Pilar. —Cuando ella se lo quedó mirando con el entrecejo arrugado, comprendió que debió pensar antes de abrir la boca.

—¿Le han hablado de mí?

El cura no supo cómo salir del embrollo en el que él mismo se había metido por su lengua larga. Todo era culpa del taimado de Rafael. Si no le hubiese contado cuáles eran sus planes con la muchacha, no habría cometido semejante tontería.

—Capilla del Señor es un pueblo chico, en donde se sabe todo de todos,



señorita Robles...

—Seguro que alguno de los peones anduvo contando sobre la llegada de ustedes a *El Refugio* —intervino Herminia—. ¡El Pancho y el Marcial son más chismosos que una mujer! ¿No es así, padre Braulio?

A Pilar no le convenció la explicación del cura, tampoco el argumento que le dio la cocinera para, evidentemente, sacarlo del apuro.

—Herminia, tampoco debemos exagerar. —Braulio sonrió nervioso. Además de lengua suelta, ahora también les había echado la culpa a dos inocentes para tapar su descuido. Era mejor cambiar de tema de inmediato—. Dígame, Pilar... la puedo llamar así, ¿verdad?

Pilar asintió. El padre Braulio era tan joven como el padre Morra, que oficiaba misa en la iglesia del Socorro y además era el tutor de Gonzalo. Tenía el cabello renegrado, peinado hacia atrás y llevaba anteojos.

—¿Qué le ha parecido el campo?

—No he tenido mucho tiempo de recorrer la estancia todavía, padre. Espero poder dar un paseo más tarde.

—Yo puedo acompañarla, si gusta.

Todos se voltearon cuando escucharon la voz de Rafael. Él entró en la cocina y palmeó el hombro de su amigo.

—Cuando me dijeron que habías llegado, supe que te encontraría aquí. —Luego buscó a Pilar con la mirada—. ¿Acepta mi invitación?

Pilar se sintió acorralada. Parecía que Rafael no era el único que estaba esperando una respuesta afirmativa de su parte.

—Sí, por supuesto, señor Álvarez Arriaga. Le diré a mi nana que venga con nosotros. Estoy segura de que ella también disfrutará del paseo por la estancia.

Tanto el padre Braulio como Herminia percibieron la reacción de Rafael.

—Será como usted quiera, Pilar —dijo por fin, al tiempo que le sonreía. Era más astuta de lo que pensaba. Sin embargo, se las arreglaría para quedarse a solas con ella en algún momento antes de que partiera de regreso a Buenos Aires. Se llevó a Braulio con la excusa de enseñarles los nuevos caballos que

habían llegado, no sin antes dedicarle una última mirada a la muchacha.



## EL ENFRENTAMIENTO

*L*a primavera estaba próxima y el sol del mediodía ya empezaba a entibiar el aire; por eso, Rafael dispuso que almorzarían en el patio. Se armaron dos mesas con tablones de madera para que tanto patrones como peones compartiesen la comida. Era una costumbre que se venía llevando a cabo desde que él se había hecho cargo de la estancia y esperaba que no provocase algún inconveniente con los invitados. Cerca de allí, al amparo de un joven ombú, un ternero y un cabrito, sacrificados para la ocasión, estaban estaqueados en dos armazones de hierro en forma de cruz enterrados en el suelo. Más abajo, sobre la parrilla, chorizos, morcillas, chinchulines, mollejas, riñones y criadillas se asaban al calor del fuego. Pancho, que tenía una vasta experiencia como asador, removía las brasas para evitar que el cuero se quemase.

Las criadas iban y venían, trayendo el resto de la comida que iban distribuyendo en las mesas para que todo estuviese listo a tiempo. Herminia, atendiendo el pedido de Aurora, se había esmerado más que nunca en la cocina. Para acompañar el asado, se preparó puré de papas, ensalada de chauchas, choclo, zapallitos hervidos y niños envueltos cubiertos con hojas de parra.

Pero sin dudas, la mayor sorpresa estaba reservada para el final.

Mientras terminaba de abrocharse los botones de la camisa, Rafael observaba lo que ocurría en el patio desde la ventana de su habitación. Se puso uno de sus mejores chalecos y enganchó un broche de oro en forma de herradura en el nudo del pañuelo que llevaba atado al cuello. Caminó hasta el ropero para contemplarse de cuerpo entero en el espejo. Llevaba unos pantalones clásicos de

color azul oscuro y botas altas a la moda europea. Se peinó el cabello todavía húmedo con los dedos y se pasó la mano por la mandíbula. Se había rasurado la barba después de varios días y su piel estaba más suave que nunca. El bigote, en cambio, seguía intacto. Aunque Aurora insistía que sin él estaría más apuesto, no pensaba afeitárselo. Sentía que era parte de su personalidad. Giró sobre sus talones para cerciorarse de que todo estaba en orden con su apariencia y luego se dirigió hasta la cómoda. Allí había un pequeño frasco de agua de colonia francesa que le había regalado su tía y aunque no era adepto a perfumarse, se echó unas gotas en el cuello, y por las dudas, otro poco más en el pelo. Quizá estaba demasiado elegante para un almuerzo en el campo. En otras circunstancias, se habría vestido con el atuendo habitual que usaba para moverse por *El Refugio*. Sin embargo, presintiendo que los Robles se pondrían sus mejores trapos, debía estar a su altura. Se miró una última vez en el espejo y abandonó la habitación para recibir a sus invitados cuando estos bajasen al patio. Pasó primero por la cocina para agradecerle a Herminia todo su esfuerzo y la mujer terminó confesándole que la señorita Robles había insistido tanto en preparar el postre que no tuvo más remedio que dejarla. Le pidió que por favor no le dijera nada a ella que la había delatado y Rafael le juró que guardaría el secreto. Al salir al patio, el padre Braulio le hizo señas con la mano para que se acercara. Ya había ocupado su lugar en una de las dos mesas que, para ese almuerzo y para no incomodar a los invitados, había sido reservada para los peones. Comerían juntos, pero en grupos separados. Había sido Aurora la de la idea, y cuando ella le esgrimió sus razones, Rafael no tuvo dudas de que era la mejor opción.

—¿Me parece a mí o vos estás queriendo impresionar a alguien? —preguntó Braulio mirándolo de arriba abajo.

—Es imaginación tuya —le dijo mientras se sentaba a su lado—. Solamente quería estar acorde con la ocasión. No todos los días tenemos de invitados a una familia tan distinguida que viene desde Buenos Aires. —Braulio le indicó que volteara la cabeza. Cuando lo hizo, poco faltó para que se quedase con la boca

abierta.

—Veo que el impresionado es otro —comentó el cura ante la reacción de su amigo. Por supuesto, él ya no le prestaba la más mínima atención.

Don Amancio avanzaba muy despacio hacia la mesa principal. Su esposa iba prendida de su brazo izquierdo mientras que Pilar venía a su derecha. Rafael había acertado al elegir su vestuario. Todos los hombres que estaban allí — incluido el padre Braulio— contemplaron pasmados el andar de esas dos magníficas mujeres. Algunos lo hicieron con discreción; otros ni siquiera se preocuparon por disimular.

Rafael solo tenía ojos para la más joven de ellas.

Pilar lucía un primoroso vestido de raso color damasco. El escote tenía volados y las mangas amplias, que se ajustaban en el antebrazo, estaban festoneadas con tisú blanco. Se había trenzado el cabello, pero algunos mechones rebeldes le caían a ambos lados del rostro. Rafael se levantó de la mesa tan deprisa que casi vuelca una de las botellas. Revoleó la pierna por encima del banco de madera y se aproximó a los Robles para darles la bienvenida.

Una vez más y sin poder evitarlo, se detuvo demasiado tiempo contemplando a Pilar mientras don Amancio celebraba su idea de almorzar al aire libre. Los escoltó para que ocuparan su sitio y se las arregló para que ella quedase sentada frente a él. Después de presentarles al padre Braulio, hizo un ademán con la mano para que las criadas empezaran a servir la comida. Para asombro de sus invitados, fue el mismo Rafael quien se arrimó al fuego para pinchar la carne y comprobar si ya estaba en su punto justo. Tras darle unas indicaciones al asador, regresó a la mesa.

Don Amancio alzó su copa y propuso un brindis.

—Porque este almuerzo sea el comienzo de una próspera relación entre los Álvarez Arriaga y los Robles. —Le pidió a Pilar que también se uniese al brindis. No tenía permitido beber vino, pero la ocasión lo meritaba—. Por el éxito en los negocios y la felicidad de mi hija.

La copa de Pilar quedó suspendida en el aire durante unos cuantos segundos. El choque de las demás copas al brindar, retumbó en sus oídos. Contuvo el aliento cuando Rafael tocó su copa con la suya y le sonrió. Las palabras que acababa de pronunciar su padre provocaron un torbellino de pensamientos en su cabeza.

¿Qué tenía que ver su felicidad con Rafael Álvarez Arriaga?

Estrepitosamente, como si fuesen piezas de dominó que iban cayendo una encima de la otra, Pilar fue componiendo el rompecabezas. Ahora, de golpe y porrazo, los silencios inexplicables o las medias palabras comenzaban a cobrar sentido. Apoyó la copa en la mesa con tanta fuerza que el vino se derramó. Desesperada, buscó en la mirada de su padre algo que le indicara que no era verdad lo que se estaba imaginando. Pero se topó con un muro de hielo. Se acercó y la sujetó del brazo con fuerza. Previendo la posible reacción de su hija, don Amancio la sacó de allí casi a rastras y la llevó hasta el interior de la casa. La escena fue bastante dramática y Rafael hizo caso omiso cuando Braulio le dijo que no interviniese. Fue detrás de ellos y los encontró en el salón. Pilar estaba sentada en una butaca mientras a una corta distancia, Amancio Robles la miraba con los brazos en jarra.

Escuchó que Pilar sollozaba. En ese momento, deseó haber escuchado el consejo de su amigo y no meterse, pero no podía permanecer impávido frente a una situación que también le concernía.

—Don Amancio, tal vez no sea oportuno hablar con su hija ahora. —Pilar volteó la cabeza y vio rabia en sus ojos empapados de llanto. Estaba segura de que él era la persona a quien más odiaba en ese momento—. ¿Por qué no regresamos con los demás?

—No, Pilar tiene que saber lo que está pasando. No tiene sentido seguir ocultándole nuestros planes...

—¿Nuestros planes? —inquirió ella, secándose las lágrimas de un manotazo—. ¿A qué se refiere, padre?

Robles se tomó unos segundos antes de responder.

—Hubiese preferido hablar con vos a solas, bajo otras condiciones. Pero después de la escena que acabás de montar en la mesa, ya no puedo dejar pasar más tiempo. Nuestro viaje a Capilla del Señor no fue solo por negocios, Pilar. Hay otra razón más importante que tiene que ver con vos y el señor Álvarez Arriaga.

—Padre... no siga, por favor —le suplicó, presintiendo lo que estaba a punto de decirle.

—Rafael me ha pedido cortejarte y yo le di mi permiso para que lo haga. Dentro de un par de meses anunciaremos el compromiso, y después de un tiempo prudencial, te casarás con él.

Pilar negó con la cabeza.

—¡No, usted no puede hacerme esto! —Miró a don Amancio, luego a Rafael—. ¡No me puede obligar a casarme con ese hombre!

—Como tu padre, tengo el deber de procurar tu bienestar y velar por tu futuro, Pilar.

—¿Y qué hay de mi felicidad? —le espetó con la voz estrangulada por el llanto—. ¿Pensó en mí, en su única hija, cuando fraguó este ridículo plan?

—Pilar, no voy a tolerar que me levantes la voz, mucho menos que uses ese tono de burla para dirigirte a mí —le advirtió—. Soy tu padre y tenés que respetarme.

Ella agachó la cabeza. Lloraba desconsoladamente. Ambos la miraban. Don Amancio seguía firme en su postura; no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Rafael, en cambio, sintió una gran pena por la joven. Sufría por la decisión de su padre, y en parte, él era culpable de su dolor. Hubiese querido arrodillarse a su lado para asegurarle que todo iría bien, aunque no fue capaz de hacerlo.

Pilar entonces se levantó y trastabilló con la punta de la alfombra. Rafael le tendió la mano, pero ella ni siquiera la vio. Alzó la cabeza con altivez, a pesar de que por dentro se estuviera cayendo a pedazos, y miró a su padre directamente a los ojos.

—No voy a casarme con Rafael Álvarez Arriaga, padre. ¡Nunca! ¡Primero

muerta! ¿Me oyó? —Se levantó el ruedo de la falda y sin que ninguno de los dos pudiese reaccionar, salió disparada hacia la galería.

—¡Pilar, vení para acá! —Amancio corrió detrás de ella para alcanzarla, pero Rafael lo sujetó del brazo y lo detuvo.

—Déjeme a mí, don Amancio. Yo la traeré de regreso.

Rafael no le dio tiempo a que contestara. A grandes zancadas atravesó la galería en dirección hacia el sitio por donde había escapado Pilar. Cuando miró hacia las mesas, descubrió que todo el mundo lo estaba mirando. Lorenza se acercó y aunque adivinaba la razón por la cual su hijastra había salido despavorida, le preguntó a su esposo qué había pasado.

—No quiere saber nada con Rafael. Dijo que prefiere estar muerta antes que casarse con él —le contó, embargado por la angustia de no saber lo que podría pasarle a su hija, corriendo desesperada por esos campos.

—No te preocupes, querido. Ya se le pasará —lo tranquilizó mientras le acariciaba el brazo.

*Estúpida muchacha*, pensó. ¡Lo que habría dado ella en su juventud por que un hombre como Rafael Álvarez Arriaga la pretendiese en matrimonio!

Rafael la perdió de vista cuando Pilar se internó en el monte de la estancia. Por el sendero que había tomado, sabía exactamente hacia dónde se dirigía. Ella corría a ciegas y no era consciente del peligro al cual se estaba exponiendo por huir de esa manera. El río que atravesaba por sus tierras era traicionero y en esa época del año, sus aguas se movían con violencia, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Se detuvo apenas un segundo para recobrar el aliento. Una bandada de calandrias voló asustada entre los algarrobos y pasaron muy cerca de él. Con la respiración entrecortada, retomó la carrera. Una sensación extraña, pero a la vez familiar, le atenazó el estómago. Corría como un poseso, y en su desesperación, parecía que la distancia que había hasta el río se hacía cada vez más grande. Tenía un mal presentimiento, de esos que apenas dejan respirar. De



pronto, el pasado se mezcló con el presente, y por un instante, no pudo discernir qué estaba ocurriendo. Miró hacia el cielo. Todo daba vueltas a su alrededor y su corazón latía más rápido de lo normal. Cerró los ojos y se cubrió en rostro con las manos. Se quedó paralizado, incapaz de reaccionar. Perdió la noción del tiempo y del lugar. Entonces un sonido retumbó en su cabeza, trayéndolo de vuelta a la realidad.

Algo pesado había caído al río y supo que se trataba de Pilar.

Todavía aturdido por el episodio que acababa de sufrir, retomó la marcha. Le dolían los músculos de las piernas, aun así, seguía ganando terreno con cada zancada. Lentamente, el bosque se fue abriendo y divisó por fin el río. Ya desde la distancia, se dio cuenta de la bravura de sus aguas. A medida que se iba acercando a la orilla, oteaba en ambas direcciones, pero no había rastros de Pilar. Siguió la corriente con la esperanza de poder dar con ella. Tuvo que recorrer varios metros hasta que algo que flotaba en el río captó su atención. Era un jirón de tela color anaranjado y supo de inmediato que pertenecía al vestido de Pilar. Siguió bordeando la orilla con la esperanza de encontrarla.

Entonces la vio.

La corriente se la estaba llevando y ella no hacía nada para evitarlo. Se adelantó varios metros para así poder atajarla y se deshizo de las botas y del chaleco antes de arrojarle al río. La esperó junto a un tronco caído. El agua estaba helada. Pilar no se movía, y por un instante, el peor de los pensamientos cruzó por su cabeza. ¿Y si ya no había nada que pudiese hacer por ella? Se obligó a no pensar en ello. No debía perder la calma. Él era la única posibilidad que tenía Pilar para salvarse y estaba dispuesto a lo que sea para sacarla de ese río con vida. Tal vez, era la revancha que el destino tenía preparada para él.

Cuando la tuvo cerca, se estiró hacia ella, pero sin soltar el tronco que lo mantenía a flote. Alcanzó a sujetarla de la muñeca antes de que el agua se la llevase. Haciendo un gran esfuerzo, ya que solo podía utilizar uno de sus brazos, la atrajo hacia él y la recostó en el tronco. Se inclinó sobre ella y colocó la oreja en su pecho para constatar que aún respiraba. En ese momento, Pilar se levantó

de sopetón y lo empujó de manera brusca hacia atrás.

—¡Suélteme! —le gritó, respirando a duras penas. Se apartó de él, como si quisiera seguir huyendo.

Con la caída, Rafael se golpeó la parte baja de la espalda con una roca. Escupió una maldición, olvidándose que se encontraba en frente de una dama.

—¡Solo estaba tratando de evitar que la corriente se la llevase! —respondió también con un grito mientras ella se quitaba el pelo mojado que se le había metido en la boca.

Pilar apoyó ambos brazos en el tronco para sostenerse y le lanzó una mirada asesina cuando Rafael atinó a acercarse de nuevo a ella. Estaba agitada y se dio cuenta de que la tela del vestido se había adherido a su cuerpo mojado cuando los ojos de Rafael se posaron unos cuantos centímetros debajo de su cuello.

—¿Qué pretendía? —la increpó—. ¿Morir ahogada para no cumplir con el deseo de su padre?

Ella volteó la cabeza para no tener que mirarlo, pero Rafael la sujetó de la barbilla y la obligó a hacerlo.

—¿Tan horrenda le parece la idea de convertirse en mi esposa?

Pilar no le respondió. Ni siquiera podía concebir la posibilidad de que un hombre que no fuese Gonzalo la cortejase. Mucho menos, aceptar casarse con otro cuando lo quería a él. Su padre no podía pasar por alto sus sentimientos y condenarla a la infelicidad al entregársela a Rafael Álvarez Arriaga.

Por eso había salido corriendo de la estancia, buscando escapar del destino que su padre pretendía imponerle... Por eso se había arrojado a las aguas del río con la única intención de dejarse morir. La vida no valía la pena si no podía compartirla con el hombre que ella había elegido. Ahora que el fragor del forcejeo había dado paso a una calma solo aparente, Pilar empezó a temblar como una hoja.

—Salgamos del agua —sugirió él, tendiéndole la mano.

Pilar se mantuvo en sus trece. Cuando miró hacia abajo, comprendió por qué Rafael desviaba sus ojos a cada rato. El frío había provocado que sus pezones se

marcasen debajo de la tela del vestido. Se cruzó de brazos para cubrirse y no pudo evitar sonrojarse.

—No... no necesito de su ayuda —le aclaró, odiándose a sí misma por haber tartamudeado—. Puedo salir por mis propios medios.

Él no dijo nada. Esa muchachita era demasiado terca como para atreverse a contradecirla. La observó mientras intentaba ponerse de pie, asiéndose del tronco. La falda del vestido se inflaba por efecto del agua y le impedía mantener por completo el equilibrio. La escuchó proferir una maldición, pero ella había sido muy clara: no lo necesitaba para salir de allí.

Pilar consiguió por fin ponerse de pie. Airosa, lo miró por encima de su hombro. Empezó a moverse y cuando estaba a solo un par de metros de la orilla, sintió que algo le rozaba la pierna. Pegó un grito ensordecedor que hizo que Rafael saltase de su sitio y, una vez más, corriera hacia ella. La tomó por la cintura para impedir que se cayera al agua, pero ella intentó zafarse y en el forcejeo, fueron ambos los que nuevamente terminaron dentro del río.

—¡No me toque! —le exigió, empujándolo. Al hacerlo, lo hundía cada vez más ya que el cuerpo de Rafael había quedado atrapado debajo de ella.

—¿Podría quedarse quieta, por favor? —Fue una súplica disfrazada de orden. Los brazos de Pilar habían quedado a la altura de su pecho y le estaba clavando los codos. Sin embargo, la tortura más grande era el sitio que había encontrado una de sus rodillas para apoyarse. Se movió un poco para salir de esa situación tan incómoda. Al hacerlo, le rozó la entrepierna, provocando que diese un respingo. Ella ni siquiera parecía haberse percatado de lo que sucedía, solo estaba preocupada por soltarse de su agarre a como diera lugar.

Pilar dejó de luchar cuando comprendió que no iba a poder salir del agua sin la ayuda de ese hombre. Cuando por fin la soltó, se apartó de Rafael, cayendo boca abajo en el río. La fuerza de la corriente no había mermado y tragó mucha agua. Entonces levantó un poco la cabeza y se mantuvo con el cuello erguido. Aprovechó para observarlo de reojo cuando se incorporó hasta conseguir ponerse de pie. A él también se le había pegado la camisa mojada al cuerpo y el

pelo le caía en gruesos mechones sobre el rostro.

No opuso resistencia alguna cuando Rafael la tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Ya había luchado suficiente y había sido inútil. Hasta que lograra salir de ese maldito río al cual jamás debió arrojarse, se tragaría su orgullo. Dejó que le pusiera el brazo alrededor de la cintura para evitar otra posible caída y ella trató de concentrarse en mirar hacia adelante. No era para nada sencillo si los dedos de ese hombre le rozaban uno de sus pechos con cada paso que daban.

Rafael avanzó con ella muy despacio, prolongando el placer de tenerla entre sus brazos, aunque fuese solamente porque lo necesitaba para abandonar el río y no morirse congelada. En la orilla, el agua no se movía tanto. La soltó solo para voltearse y pararse frente a ella.

—Tome mi mano —le ordenó.

Pilar obedeció mansamente. Rafael apretó sus delgados dedos pasmados de frío entre los suyos para darle calor. Saltó a la orilla y la incitó a que hiciera lo mismo.

Ella se levantó la pesada falda del vestido para salir del agua. Su salto no fue tan afortunado y terminó encima de él.

—Espero que no piense que busco aprovecharme de la situación —comenzó a decir—, pero empapada de ese modo no llegará lejos.

Pilar no podía parar de temblar. Se dio cuenta cuando escuchó el castañeteo de sus propios dientes.

—Si no le ofende mi propuesta, yo puedo cargarla hasta el casco para mantenerla caliente.

—Usted también está mojado.

—Sí, pero cuando nuestros cuerpos entren en contacto, nos transmitiremos calor.

Ella hubiese querido negarse y regresar a pie, sin embargo, no encontraba una razón valedera para decirle que no hacía falta que se tomara tantas molestias. La verdad era que tenía tanto frío que estaba dispuesta a aceptar su oferta sin chistar.

—Está bien, usted gana, señor Álvarez Arriaga.

—¡Espéreme aquí! ¡No se mueva! —le ordenó.

Lo vio alejarse en dirección al claro por el cual ella había llegado hasta el río y volvió un par de minutos después con las botas y el chaleco en las manos. Tras vestirse rápidamente, se aproximó a ella y, sin darle tiempo a que pudiese reaccionar, la alzó en sus fuertes brazos. Pilar tuvo que rodearle el cuello con los suyos para no caerse. Su cuerpo no tardó en transmitirle calor. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Rafael sintió que temblaba y no hizo nada cuando se acurrucó en su pecho. Él tenía los músculos de las piernas ateridas después de pasar tiempo en el agua, pero ella pesaba poco más que una pluma.

En el camino de regreso, se cruzó con don Amancio y el padre Braulio que habían salido a buscarlos. Cuando llegó a la casa, con Pilar en brazos, la nana Jesusa descubrió que su niña estaba ardiendo en fiebre.

Rafael miró sus manos. Estaba temblando y no era precisamente de frío. Se sentó en la cama y respiró profundo para controlar esa agitación que sentía en el pecho. Jimena le había enseñado un pequeño truco que consistía en inhalar y exhalar el aire de sus pulmones muy despacio. Lo hacía cada vez que las pesadillas lo despertaban en medio de la noche... o cuando la angustia era tan abrumadora que apenas podía sostenerse en pie. Trató de apartar de su mente la imagen de Pilar en el río, pero por más que lo intentase, no podía hacerlo. Durante un interminable segundo, cuando la vio sumergida en el agua, inmóvil y con los brazos extendidos en cruz, pensó que el tiempo se había detenido. Que el destino se empeñaba en castigarlo por lo que había hecho. Levantó la vista del suelo cuando escuchó que llamaban a la puerta. No tenía deseos de ver a nadie. Solo quería encerrarse en su propio dolor hasta que el alma le dejase de sangrar. Estaba demasiado roto por dentro como para que eso sucediese alguna vez.

—Fele, ¿puedo entrar?

Era Aurora. Esa mujer a la que adoraba y que siempre venía en su rescate cuando ya no podía soportar tanta tristeza.

—Pasá —musitó apenas.

Aurora entró a la habitación, se acercó hasta la cama y se sentó junto a él. Sin decir absolutamente nada, tomó una de sus manos y la apretó con fuerza.

Rafael la miró. Tenía los ojos vidriosos. Ella sonrió comprensivamente, mostrando una fortaleza que no tenía porque estaba sufriendo más que él al verlo tan angustiado. De repente, Rafael se desmoronó sobre su regazo, llorando como un niño. Aurora le acarició la cabeza y esperó a que se calmara para hablarle.

—Fele, si no te sacás esa ropa mojada, te vas a enfermar. —No mencionó nada de lo que había sucedido con la hija de don Robles, para no ahondar demasiado en la razón de su tristeza. Si Rafael prefería quedarse callado, ella no escarbaría en la herida que ni el paso del tiempo había logrado cicatrizar todavía.

Rafael se incorporó y se cubrió el rostro con ambas manos. Odiaba llorar, sin embargo, con Aurora se permitía mostrarse tal cual era. Ella sabía de sus miedos y sus fantasmas. Lo consolaba cuando estaba triste y no vacilaba en retarlo si cometía alguna tontería. Le daba consejos, pero también adivinaba cuando él no quería hablar. Entonces se sentaba a su lado, como lo hacía en ese momento, y lo acompañaba. Aurora era para él la madre que nunca tuvo.

La vio levantarse de la cama para dirigirse al ropero. Sacó una muda de ropa limpia y se la acercó.

—¿Cómo está ella? —le preguntó mientras comenzaba a quitarse el chaleco.

—Después del baño con agua caliente que su nana preparó para quitarle el frío del cuerpo, la señorita Pilar se metió en la cama. Herminia le preparó un caldo y ahora se lo está tomando —lo ayudó a ponerse la camisa—. Si la fiebre no cede, dudo que mañana pueda viajar.

—Hablaré con don Amancio para ofrecerle que se quede unos días más hasta que su hija se reponga —manifestó a sabiendas de que Pilar no quería ni verlo—. Si es necesario, me mantendré lejos de ella para que esté tranquila.

Aurora lo asió del mentón para que él la mirase.

—¿Cuándo pensabas decirme que planeabas volver a casarte? —Estaba bastante molesta y no iba a ocultárselo.

Rafael tragó saliva. Sabía que después del revuelo que había causado la intempestiva huida de Pilar, todos en la estancia terminarían enterándose de su interés en casarse con ella.

—El padre Braulio me lo confirmó cuando le pregunté si estaba al tanto de lo que ocurría. —Se volteó para que Rafael pudiera cambiarse los pantalones—. Comprendo que él, además de sacerdote, es tu mejor amigo. ¡Pero tenía derecho a saberlo!

—Quería esperar a que la propia Pilar lo supiese de boca de su padre antes de propagar la noticia por ahí, Aurora.

Ella lo miró con el entrecejo arrugado.

—Tengo el fuerte presentimiento de que no me lo contaste porque sabías que de alguna manera iba a cuestionar tu decisión. ¿Me equivoco?

No tenía caso negarlo.

—Vivís diciéndome que debería volver a casarme... mi tía Margarita también hace su parte, insistiendo en que no es bueno que esté solo. Pensé que te pondrías feliz con la noticia.

—Nada me haría más feliz, Fele. —Sonreía, pero todavía estaba preocupada—. Sin embargo, es evidente que esa muchacha no está contenta con la idea de convertirse en tu esposa. Si algún día volvías a casarte, imaginé que lo harías enamorado, pero me temo que este matrimonio poco tiene que ver con el amor.

—El amor no es todo en esta vida —replicó—. Hay otros intereses en juego...

—¿Intereses? ¡Por Dios, Rafael! ¿No te das cuenta de que vas a volver a cometer el mismo error que cometiste hace tres años? Cuando te casaste con Elena Echagüe antepusiste un puñado de billetes al amor que se suponía debías sentir por tu esposa y pasó lo que pasó...

—Esta vez será diferente, Aurora.

—¿Acaso estás enamorado de esa muchacha?

Rafael no le contestó, pero Aurora sabía interpretar sus silencios mejor que

nadie.

—¿Por qué quieres casarte con ella entonces? Si es por cerrarme la boca a mí o a tu tía, te prometo que no vuelvo a insistir en que haya una nueva patrona en *El Refugio* —le dijo como último recurso para que entrase en razón.

Rafael fue hacia la ventana. Las criadas, con ayuda de los peones, estaban levantando las mesas. Después de que él volviese del río, cargando a Pilar entre sus brazos, nadie tuvo ganas de sentarse a almorzar.

—Quizá estoy cansado de esta oscura soledad que me carcome el alma. —Respiró hondo—. Tal vez es la necesidad de formar una familia antes de que sea demasiado tarde, pero por primera vez desde que Elena murió, me he planteado seriamente la posibilidad de tener nuevamente una esposa.

Aurora se aproximó a la ventana y le puso la mano en el hombro.

—Debería ponerme contenta, Fele, aunque la verdad es que me asusta lo que escucho. Hablás de necesidad, de cansancio y de “tener” una esposa... ¿Dónde queda el amor entonces?

—El amor y yo nunca nos hemos llevado bien, Aurora. Mi propio padre nunca me quiso, y Elena... bueno, sabés mejor que nadie que ella tampoco se casó conmigo porque estuviese enamorada de mí.

Aurora podía entender que todo lo que Rafael había sufrido en el pasado, lo hubiera condicionado a la hora de entregarle el corazón a una mujer. Sin embargo, a pesar del hecho de que don Ulises convirtiese su vida en un infierno y Elena Echagüe no resultara ser la esposa perfecta, él todavía estaba a tiempo de conocer el verdadero amor. ¿Lo encontraría en brazos de Pilar Robles? Imposible saberlo. La muchacha le había caído simpática. Era bonita, de finos modales y mirada transparente. Como si fuera poco, no tenía reparo alguno en meterse en la cocina para darle una mano a Herminia. Además, en un par de ocasiones, había sorprendido a Rafael contemplándola embelesado. Era innegable que al menos la joven le gustaba. Quizá ese era el primer paso hacia su felicidad.

Le sonrió. No iba a continuar presionándolo; hasta el momento, su boda con



Pilar Robles era solo un plan sin concretar.

—¿Tenés hambre? Con todo ese alboroto, no has podido almorzar siquiera.

Rafael la miró. El nudo en el estómago no le permitiría ingerir nada. Le dijo que prefería esperar a la hora de la merienda y decidió acostarse para reposar un rato. Aurora le dio un beso en la frente, corrió las cortinas para que no lo molestara el sol y abandonó la habitación en silencio.

Cuando Pilar abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro atribulado de Jesusa que, arrodillada junto a su cama, rezaba un padrenuestro apretando las cuentas del rosario que ella misma le había regalado para su cumpleaños.

—Nana... —balbuceó. Tenía la boca seca y le dolía horrores la cabeza.

—¡Mi niña! ¿Cómo se siente? —Le tocó la frente y comprobó que todavía la fiebre no había abandonado su cuerpo.

—Tengo sed.

Jesusa sirvió un poco de agua en un vaso y la ayudó a incorporarse.

—Beba despacio, niña Pili —le dijo dándole el líquido de a pequeños sorbos para que no se ahogase.

Pilar apoyó la cabeza en la almohada y miró a su alrededor. La habitación se encontraba en penumbras y no podía discernir si era de día o de noche. Encima todo en su mente era confuso porque la fiebre la había atontado.

—El río...

—Sí, niña. Usté se cayó al río y el señor Rafael la trajo sanita y salva antes de que la corriente se la llevase.

De a poco empezó a recordar. No se había caído al agua. Ella misma se había arrojado con la intención de acabar con su vida. Sin poder hacer nada por evitarlo, se echó a llorar. Jesusa le secó las lágrimas con su dedo pulgar.

—¿Qué sucede? ¿Le duele algo, niña?

Pilar cerró los ojos. Ella jamás debía enterarse de lo que había ocurrido en realidad en ese río. La negra se moriría del dolor si conocía la verdad.

—Tengo mucho frío, nana.

Jesusa la arrebujó entre las mantas y le sobó los brazos para que entrase en calor.

—Mi niña ya se sentía mal en Buenos Aires —manifestó con un poco de culpa—. Tomó frío esa noche mientras esperaba al joven Gonzalo.

Bastó que lo nombrase para que las lágrimas volviesen a brotar de los ojos de Pilar.

—Gonzalo... —La agarró de las manos y la miró desesperada—. ¡Nana, papá no puede obligarme! ¡Yo no quiero casarme con ese hombre! ¡Yo quiero a Gonzalo!

—Tranquilícese, niña Pili. No le hace bien agitarse de esa manera.

—Papá tiene que saber que Gonzalo y yo nos queremos... cuando conozca la verdad, se dará cuenta de que yo no puedo casarme con otro hombre. —Hablaba con tanta vehemencia, como si tratase de convencerse a ella misma. Apartó las mantas y se sentó en la cama—. ¡Debo hablar con él lo antes posible!

Al ponerse de pie tan de prisa, la asaltó un mareo y tuvo que sostenerse de la negra para no caerse.

—Venga, será mejor que se vuelva a acostar.

—¡Tengo que hablar con mi padre! —insistió.

—Yo misma iré a buscarlo, pero ahora por favor, regrese a la cama que la fiebre es fulera y todavía está caliente. Voy a traer más agua con hielo para ver si podemos bajarla y de pasó le diré al patrón que venga a verla.

Pilar la obedeció sin emitir ninguna queja. Se metió bajo las mantas y se tapó hasta el cuello. Se preguntó qué hora sería. Allí adentro, con las cortinas entornadas era imposible saberlo. Tampoco podía precisar cuánto tiempo había estado dormida. Parecía que hubiese pasado una eternidad desde el momento en el cual Rafael Álvarez Arriaga se había arrojado a las aguas del río para rescatarla. Había perdido la consciencia poco después de que él la levantara en brazos para llevarla de regreso a la casa.

La puerta se abrió de repente y don Amancio entró a la habitación seguido de

la nana Jesusa, quien se ocupó de mojarle la frente con paños empapados en agua helada para contrarrestar la calentura.

—¿Te sentís mejor?

Pilar asintió.

—La fiebre sigue alta, patrón —intervino la negra—. La niña Pili no debió hacer este viaje... —se quedó callada cuando se dio cuenta de que había dicho algo incorrecto. Ella no era más que la nana de la señorita Pilar y no tenía derecho a cuestionar ninguna decisión de sus señores—. Lo siento, don Amancio. A veces, la lengua es más rápida que la sesera y me lleva a decir cosas que no debo.

Robles la disculpó, pero solo porque sabía del inmenso cariño que Jesusa sentía por sus hijos.

—Si es necesario, llamaremos al médico del pueblo. Rafael dispuso que lo fueran a buscar si tu condición empeoraba. —Seguía molesto con ella por reaccionar de una manera tan infantil durante el almuerzo. Sin embargo, no podía dejar de preocuparse por su estado de salud—. Jesusa me dijo que querías hablar conmigo.

Pilar miró a la negra.

—Nana, ¿nos podés dejar a solas, por favor?

Jesusa frunció el ceño. Quería estar presente cuando ella le dijese al patrón que tenía un romance con Gonzalo Funes. La iba a necesitar a su lado porque no dudaba que don Amancio pondría el grito en el cielo al saber la verdad.

—¿Está segura, mi niña?

Pilar esbozó una sonrisa para que se quedara tranquila.

—Sí, nana. Todo va a estar bien.

Jesusa le quitó el paño mojado de la frente y lo sumergió en el agua con hielo.

—Con su permiso, patrón. —Dejó la habitación y cerró la puerta al salir. Apoyó la oreja para intentar escuchar algo, pero lo que escuchó fue el taconeo de unos zapatos que se acercaban por el pasillo. Sacó el rosario del bolsillo de su delantal y se marchó a la capilla que había en la estancia para rezar por el

bienestar de su niña y para que don Amancio no fuese muy severo con ella.

Don Amancio miró a su hija. Parecía un animalito indefenso, tendida en esa cama, con el cabello todavía húmedo y el rostro empalidecido por la fiebre. Había cometido una locura al salir corriendo de esa manera para terminar cayéndose al río. Se le erizó la piel cuando trajo a su mente el momento en el cual la vio en los brazos de Rafael Álvarez Arriaga. No quería sentirse culpable, sin embargo, sabía que si le hubiese ocurrido algo grave, jamás se lo habría perdonado. Se acercó hasta la cama para sentarse a su lado. Él adoraba a sus hijos. Nadie podía decir lo contrario. Por eso solo procuraba su bienestar, y la felicidad de Pilar no podía estar al lado de un pobre diablo como Gonzalo Funes.

—Padre, necesito decirle algo...

—Deberías descansar, Pilar. Mañana nos espera un viaje largo y...

—No voy a casarme con ese hombre —lo interrumpió—. Yo nunca podría ser feliz con él porque estoy enamorada de Gonzalo Funes. —Cuando su padre no mostró ninguna señal de sorpresa frente a lo que acababa de confesarle, Pilar compendió que él ya estaba al tanto de lo que ocurría—. Usted... ¿Cómo lo supo?

—A estas alturas, saber cómo me enteré es lo que menos importa —aseveró—. Lo importante aquí es que jamás voy a permitir que arruines tu vida al lado de un don nadie como ese.

—¡Pero yo lo quiero! —Pilar se sentó en la cama. Respiraba ligero, como si el corazón estuviese a punto de salir de su pecho.

—¿Qué puede saber del amor una jovencita como vos que apenas empieza a vivir? Es solo uno más de tus caprichos y como tal, se te pasará.

Pilar no dijo nada. No podía. Tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

—Cuando regresemos a Buenos Aires yo mismo hablaré con ese muchacho para exigirle que no vuelva a acercarse a vos nunca más. —Había tanta seguridad en sus palabras que Pilar sabía que con su intransigencia, era capaz de lograrlo—. Todavía no puedo creer que hayas tenido la osadía de verte con él a

mis espaldas...

—¡Era la única manera de estar juntos! —replicó alzando la voz, olvidándose por un momento que estaba hablando con su padre—. Sabíamos que usted no aceptaría lo nuestro, pero guardábamos la esperanza de que cuando se lo dijéramos, pudiera comprender que nos queremos y que no estábamos haciéndole mal a nadie con el amor que sentimos.

—¿Te imaginás lo que habría dicho la gente si se enteraba que la hija de Amancio Robles, una muchacha devota y llena de valores, se escapaba de su casa para encontrarse a escondidas con un hombre? Si lo que buscabas con tu desvergonzada conducta era arrastrar el nombre de tu familia por el barro, estabas a punto de conseguirlo.

—Gonzalo y yo no pretendíamos nada de eso. Solo queríamos que nos dejaran vivir nuestro amor en paz...

—¿Amor? ¿Cómo es posible que no te des cuenta de que un hombre de esa calaña no es amor precisamente lo que busca al seducir a una jovencita inocente como vos? —Don Amancio tenía que hacerla entrar en razón, y si para conseguirlo tenía que ser duro con ella, no mediría sus palabras—. Gonzalo Funes fraguó muy bien su plan. Se hizo amigo de José Emilio para poder llegar hasta vos. Le abrimos las puertas de nuestra casa, sin imaginar que estábamos dejando entrar al lobo...

—No diga eso, padre...

—Supo ganarse nuestra confianza —siguió con su discurso, sin pensar en el daño que le estaba causando a su propia hija— y en la primera oportunidad que tuvo, se acercó a vos con la intención de enamorarte y así, asegurar su futuro de la mano de una de las jóvenes herederas más codiciadas de Buenos Aires. Ese mequetrefe te usó para salir del mundo de porquería al cual pertenece. Vio en vos la oportunidad perfecta para convertirse en alguien.

—¡Gonzalo es alguien! —saltó ella para defenderlo—. El año que viene se recibirá de abogado y planea conseguir un empleo mejor para poder salir del barrio en el que vive ahora. Y todo eso es porque quiere progresar, para poder

estar a su altura...

Amancio soltó una carcajada.

—Ese pusilánime jamás podrá estar a mi altura... ¡a nuestra altura! Por más que lo intente, jugando con el corazón de una muchacha enamoradiza como vos, nunca será digno de formar parte de mi familia. —Le apuntó con el dedo—. ¡Te prohíbo que vuelvas a verlo! Una vez que hable con él para exigirle que se aparte de vos, vas a hacer todo lo que yo te diga. Incluso le pediré a José Emilio que deje de frecuentarlo.

Pilar negó con la cabeza.

—No puede hacer eso... ¡No tiene derecho a decidir sobre nuestras vidas como si fuera dueño de ellas!

—Puedo, y lo haré, Pilar. —Le rozó la mano, pero ella la quitó—. Algún día vas a comprender que lo único que quiero es tu felicidad, porque al lado de ese joven solo vas a ser desdichada. Gonzalo Funes nunca podrá darte lo que te dará un hombre como Rafael Álvarez Arriaga. Él pondrá el mundo a tus pies, te rodeará de lujos y serás la dueña y señora de estas tierras. ¿Qué conseguirás convirtiéndote en la esposa de Funes? Penurias y privaciones. Porque dejame decirte que el amor no será suficiente cuando falte un plato de comida en la mesa o no tengas un vestido nuevo que lucir frente a tus amistades, eso si es que todavía conseguís conservarlas después de unir tu vida a la de ese oportunista.

—Nada de lo que diga va a hacer que deje de querer a Gonzalo —sentenció Pilar, mirándolo directamente a los ojos—. Podrá obligarme a casarme con Rafael Álvarez Arriaga, pero mi corazón siempre le pertenecerá a Gonzalo. Va a ser el artífice de mi desdicha, padre... Espero que pueda vivir con ese peso en su conciencia.

Don Amancio guardó silencio. Él estaba convencido de que hacía lo correcto y no iba a permitir que Pilar lo manipulase de esa manera.

Se puso de pie y la miró desde arriba.

—Te vas a casar con Rafael Álvarez Arriaga y esa es mi última palabra.

Pilar se mordió los labios para no gritar. No tenía caso seguir insistiendo.

Hablar con su padre era como hablarle a la pared. Lo observó mientras dejaba la habitación y, apenas se quedó a solas, las lágrimas contenidas se deslizaron por sus mejillas a borbotones.



## MALAS INTENCIONES

*D*espués de que el doctor Conrado Hidalgo revisara a Pilar, su diagnóstico fue claro: la muchacha padecía influenza y lo primero que hizo fue aconsejarle a don Amancio que no era prudente que su hija viajase a Buenos Aires al día siguiente. La fiebre iba y venía. Parecía que el fomento de arcilla mojada en agua fría que Aurora preparaba para que su nana se las pusiera en la frente, la nuca y el vientre no era suficiente para que su cuerpo volviese a recuperar su temperatura normal. El médico le había recetado un fuerte tónico con aceite de almendras y eucaliptus, que de inmediato Rafael mandó a comprar a la botica del pueblo para que Pilar lo empezara a beber cuanto antes.

Robles no podía posponer su regreso a la ciudad. Su socio se encontraba fuera del país y él tenía que encargarse de los negocios durante su ausencia. Esa misma tarde, Rafael lo llevó a las caballerizas para que viera a sus caballos y pudiera por fin elegir el obsequio para doña Lorenza.

Don Amancio quedó encantado con los magníficos ejemplares equinos que habían sido criados en *El Refugio*. Tampoco podía dejar de admirar a los caballos criollos que esa mañana habían llegado del norte. Rafael le contó que dos de ellos serían entrenados para correr, mientras que el otro par se destinaría para la reproducción.

—Esta semana me traerán a una de las mejores yeguas de la región para que aquel semental la monte —dijo señalando a un imponente ejemplar de pelaje negro que se movía inquieto en uno de los corrales—. ¿Qué le gustaría para su esposa? ¿Macho o hembra?



Robles se rascó la barbilla. Ni siquiera lo había pensado.

—Tal vez se sienta más segura con una yegua. No es que a Lorenza le entusiasme mucho cabalgar —le explicó—, pero estaba pensando que sería un obsequio original. Lo llevaríamos a la quinta de San Isidro y podrá salir a pasear cuando vayamos a pasar una temporada allí en el verano.

Rafael optó por guardarse su opinión. Después de escucharlo, comprendió que, para los Robles, regalar un caballo era otra manera más de destacar dentro de la estirada sociedad porteña. Resolvió que no se desprendería de uno de sus mejores animales para satisfacer sus caprichos. Por eso, lo condujo hacia el área de las caballerizas en donde estaban los ejemplares más lentos. Tras una minuciosa inspección, don Amancio se decantó por una yegua overa de tres años a la cual Froilán había bautizado *Lunera* porque había nacido durante una noche clara de luna llena. Pactaron un precio por ella, recorrieron el resto del casco y regresaron a la casa. Rafael ordenó que nadie los interrumpiera y se encerraron en el despacho para tratar la posible sociedad entre ambos. Durante la conversación, que fue acompañada por una ronda de mates que el mismo Rafael se encargó de cebar, establecieron las condiciones en las cuales Amancio Robles pasaría a ser su socio en el negocio de la cría y la reproducción de caballos.

Tras discutir cada uno de los puntos que conformarían el contrato que su abogado redactaría esa misma semana, Rafael le dejó bien en claro a Robles que él solo se limitaría a tomar decisiones que tuviesen que ver con la compra o la venta de los caballos. También su opinión tendría injerencia en todo lo referente a las carreras cuadreras, de las que, por supuesto, se llevaría un importante porcentaje por cada competencia ganada. En cuanto a la cría y a la reproducción de caballos, era solo un tema que le concernía a él y a su gente. Don Amancio no puso ninguna objeción, Rafael era el experto y no tenía nada que discutir o agregar al respecto. Ambos quedaron conformes con las pautas de la sociedad y, después de los amargos, sellaron su unión comercial con un brindis.

Una vez que ese asunto que tanto les interesaba cerrar estuvo listo, fue inevitable no hablar sobre Pilar.

—Su amigo, el doctor Hidalgo, dice que no es aconsejable que mi hija haga un viaje tan largo en las condiciones en las que se encuentra.

—Don Amancio, de más está decirle que usted y su familia pueden quedarse en *El Refugio* el tiempo que sea necesario.

Robles negó con la cabeza.

—Lamentablemente, yo debo volver a Buenos Aires mañana mismo. Por la tarde hay una asamblea con los trabajadores que exigen mejoras laborales y ante la ausencia de mi socio, soy yo el que tiene que dar la cara.

—¿Problemas?

—Nada que no se solucione con unas cuantas promesas —le aseguró.

—¿Qué piensa hacer entonces?

—Creo que lo más sensato es que Pilar y mi esposa permanezcan en su estancia hasta que mi hija se recupere. Siempre y cuando usted esté de acuerdo, por supuesto.

A Rafael le entusiasmaba la idea de que Pilar pasara unos días más en *El Refugio*.

—No es ninguna molestia, don Amancio. Apenas su hija se sienta bien y esté en condiciones de soportar un viaje tan largo, pondré a su disposición uno de mis carruajes para que las trasladen a la ciudad. El suyo ya fue reparado y está listo para que parta mañana temprano con el obsequio para su esposa. Uno de mis hombres lo escoltará hasta Buenos Aires para evitar cualquier contratiempo. Después de lo ocurrido, prefiero tener todo bajo control.

—Se lo agradezco mucho, Rafael. Si el buen tiempo se pone de mi lado, saldré no bien amanezca. Dejaré a dos de mis tesoros más preciados en sus manos, espero que me los cuide. —Esbozó una sonrisa, aunque había algo de preocupación en su semblante. No le gustaba tener que irse sin ellas, pero, antes que nada, estaba la salud de su hija. Tal vez el hecho de que Pilar tuviese que quedarse unos días más en la estancia serviría para que ella y Rafael Álvarez Arriaga se conocieran mejor. Contaba con la complicidad de Lorenza y estaba seguro de que su esposa se encargaría de velar por Pilar mientras durase su

estadía en aquel lugar.

Robles se marchó, aduciendo que quería llevar a su esposa a las caballerizas para que conociera a *Lunera* y Rafael permaneció en el despacho un rato más.

Dejó la butaca y tras rodear el escritorio, se sirvió una copa de coñac. Faltaba la firma del contrato, pero la sociedad entre Amancio Robles y él era un hecho. Había resultado más sencillo de lo que esperaba. Sospechaba que la boda con su hija sería una misión más difícil de concretar. No había vuelto a buscarla desde el incidente en el río porque sabía que su presencia la inquietaba. Pilar necesitaba tranquilidad para poder recuperarse de la gripe. Le había encomendado a Aurora que estuviese pendiente de ella en todo momento, y cada vez que se la cruzaba por la casa, le preguntaba cómo seguía.

No podía evitar preocuparse por su bienestar. En parte, era su culpa que la muchacha se hubiese arrojado al agua, buscando escapar de un matrimonio que no deseaba. Por un segundo, se le cruzó por la cabeza la posibilidad de que tal vez el rechazo de Pilar hacia él tenía una razón mucho más poderosa que la de negarse a cumplir con el mandato de su padre. ¿Y si ella no quería casarse con él porque ya estaba enamorada de otro? Robles no le había comentado nada al respecto, pero era posible que ni siquiera él lo supiera. O sí estaba al tanto y había preferido ocultárselo. Como sea, si existía un hombre en la vida de Pilar, él tenía derecho a saberlo.

El lunes por la mañana, muy temprano, Robles partió rumbo a Buenos Aires escoltado por dos de los hombres de Rafael. Llevaba a *Lunera* con él y apenas llegase a la ciudad, se encargaría de mandarla a la quinta de San Isidro. Había pasado por la habitación de Pilar para despedirse, pero ella dormía profundamente después de batallar con la fiebre durante buena parte de la noche. Le había dado un beso en la frente y encomendado a Jesusa que no se separara de ella en ningún momento. Dejó *El Refugio* al alba y cuando Lorenza se levantó, la mesa del comedor estaba vacía. Había resuelto quedarse un rato más

en la cama después de que Amancio se marchase. Sin embargo, no iba a desaprovechar la oportunidad de desayunar a solas con Rafael. Por eso, experimentó cierta desazón cuando no lo vio. La puerta que daba a la cocina se abrió y Aurora apareció con el café recién hecho para servírselo.

—Buenos días, señora. ¿Cómo amaneció hoy?

—Muy bien, gracias. Mi esposo partió temprano y mi hijastra no se siente bien como para salir de la cama todavía, por eso pensé que el señor Álvarez Arriaga me acompañaría a desayunar —comentó para ver si el ama de llaves le informaba qué había sido de él.

—Rafael siempre se levanta a las seis. Ya hace un buen rato que anda en las caballerizas con el Froilán, pero me dijo que vendría a tiempo para desayunar con usted. Si quiere, puedo ir a buscarlo.

—No hace falta, Aurora. Muchas gracias. —Tampoco era cuestión de mostrarse demasiado ansiosa por su compañía.

—¡Mire! ¡Ahí lo tiene!

Lorenza volteó la cabeza y vio que, en ese momento, Rafael ingresaba al comedor. No estaba solo, el capataz lo acompañaba.

—Buen día, Lorenza —la saludó con una sonrisa—. ¿Conoce a Froilán?

Ella miró al hombre. Lo primero que le llamó la atención fue la horrible cicatriz que le cruzaba el rostro. Iba desde la parte inferior del ojo izquierdo y se perdía debajo de su bigote. Todavía llevaba su sombrero puesto, cuando las buenas costumbres señalaban que debía quitárselo en presencia de una dama como ella.

—¿Cómo está, Froilán? —Lo saludó solo por cortesía y para quedar bien con Rafael.

—Bien, señora. —Froilán miró a Rafael—. Fele, será mejor que desayune en la cocina...

—A mí no me molesta que nos acompañe —mintió Lorenza.

—Gracias, señora, pero la verdad es que no me sentiría cómodo desayunando con ustedes. Prefiero ir a tomar unos mates con la Herminia en la cocina.

Lorenza sonrió. Por dentro, festejaba su acertada decisión.

Cuando Froilán los dejó solos, Rafael ocupó su sitio en la cabecera y esperó a que Aurora le sirviese el café. Él también prefería los mates de Herminia, pero habría sido una descortesía de su parte dejar a la esposa de Robles desayunando sola en el comedor.

—¿Ha podido ver a Pilar esta mañana? —le preguntó, ansioso por tener novedades de ella. Su nana no había salido de la habitación todavía y nadie sabía cómo había amanecido.

—No, Rafael. Pensé que lo más sensato era dejarla descansar. Jesusa procura mejor que nadie que nada le pase a su niña. —Tomó una de las tortitas asadas que el ama de llaves acababa de poner en la mesa y la mordió muy despacio. Luego se humedeció los labios con la lengua para quitarse los restos del azúcar. Lo hizo adrede, para ver cómo reaccionaba Rafael ante ese gesto tan provocativo.

Él la miró, y al darse cuenta de cuál era su juego, se puso a beber café.

Lorenza percibió la inquietud de Rafael. Su indiferencia o ese falso recato que le mostraba la volvía loca. Nadie estuvo más feliz que ella cuando Amancio le anunció que se quedarían unos días en *El Refugio* debido a la enfermedad de Pilar. Jamás pensó que le tendría que dar las gracias a la mosquita muerta de su hijastra por propiciar un posible acercamiento entre ella y Rafael Álvarez Arriaga. Porque una mujer como Lorenza Benavides de Robles no iba a desaprovechar la oportunidad de seducir a un hombre como él, ahora que su esposo estaba lejos y Pilar, enferma en una cama.

—¿Le preocupa su salud de verdad o siente culpa por lo que pasó?

A Rafael le molestó su pregunta.

—En poco tiempo más, Pilar se convertirá en mi esposa. Supongo que es lo más normal del mundo que me preocupe por ella.

Lorenza supo que no estaba siendo sincero. Se inclinaba a pensar que a él lo movía más la culpa que la preocupación.

—Pilar es una muchacha... especial —dijo, después de encontrar la palabra

justa para describir a su hijastra—. Deberá tener mucha paciencia con ella.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Rafael colocó ambas manos sobre la mesa. Eran grandes, con los nudillos bien marcados y la piel curtida por el sol—. Pilar no está de acuerdo con esta boda y el hecho de que ayer huyera, después de que su padre le confirmase que sería mi esposa, me lleva a pensar que ella quizá está enamorada de alguien.

Lorenza, fiel al plan que había trazado con su esposo, se tomó unos segundos antes de responder.

—Puede quedarse tranquilo, Rafael. No hay ningún hombre en la vida de Pilar. No voy a negar que varios muchachos empezaron a revolotear alrededor suyo desde que asiste a las reuniones sociales, sin embargo, ella no le ha dado alas a ninguno. —Hizo algo atrevido que deseaba hacer desde que él pusiera sus fuertes manos en la mesa. Le rozó el brazo por encima de la camisa—. Le aseguro que el rechazo de Pilar es algo pasajero. Comprenda que no es sencillo para ella que, de un día para otro, su padre le anuncie que un hombre al que apenas conoce desea convertirla en su esposa. Poco a poco se irá acostumbrando a su compañía, es solo cuestión de tiempo, ya lo verá. Cualquiera jovencita en su lugar se sentiría halagada de que alguien como usted la corteje. —Aumentó la presión del roce en su brazo sin importarle las consecuencias de su atrevimiento. Estaban solos y no había necesidad de disimular.

—Señora... por favor. —Rafael se apartó para evitar que siguiera avanzando en su patético intento de seducirlo—. Una dama como usted no debería comportarse de esa manera.

A Lorenza no le gustaba el rechazo. Sobre todo, si venía de un hombre. Ella, que había sabido ganarse la admiración masculina con apenas un aleteo de pestañas y un buen movimiento de caderas, no podía aceptar que Rafael Álvarez Arriaga no cediera a sus encantos.

—Le pido disculpas, Rafael. —Se atusó un mechón de cabello y volvió a sentarse muy erguida, haciendo que el escote de su vestido se ciñese más alrededor de sus pechos—. Sé que no se lo esperaba, sin embargo, sospecho que

si yo no hubiese tomado la iniciativa, jamás se habría acercado a mí...

—No se confunda, señora —la cortó él—. Nunca tuve la intención de tener un acercamiento con usted. Solo la he tratado como lo que es: la esposa de mi flamante socio y la madrastra de mi futura mujer. Fui amable con usted y si ha malinterpretado alguna actitud mía, entonces le pido disculpas.

Ella sonrió, aunque por dentro estaba maldiciéndose a sí misma por haberse puesto en ridículo. Jamás un hombre la había humillado antes de esa manera. Ya no podía permanecer un segundo más a su lado. Se excusó alegando que sufría de jaquecas matutinas y se retiró a su habitación.

Rafael soltó un suspiro de alivio cuando la esposa de Robles tuvo el buen tino de dejarlo solo. Ni siquiera oyó que Aurora se acercaba.

—Hay algo en esa mujer que no me gusta y ahora sé lo que es.

—¿La has visto?

Aurora asintió.

—Oculta algo... lo sé. Incluso me parece que manipula a don Amancio a su antojo. Después de lo que acabo de ver, no me cabe la menor duda de que ella tuvo algo que ver con la repentina decisión de su esposo de traer a parte de su familia a la estancia. Y ahora, por supuesto, está feliz de que él se haya marchado esta mañana a Buenos Aires. —Se sentó en el sitio vacío que había dejado Lorenza—. Debés cuidarte de ella, Fele. Esa mujer es peligrosa.

Rafael tenía la misma sensación que Aurora. Lorenza Robles parecía ser una mujer sin escrúpulos, capaz de coquetear con el socio de su marido sin ningún miramiento. Ahora más que nunca estaba seguro de que debía mantenerse lo más alejado posible de ella. Le prometió a Aurora que andaría con pie de plomo y se dirigió a su despacho para buscar unos papeles.

Atraído por la necesidad de saber de ella, se desvió de su camino para pasar por delante de la habitación que ocupaba Pilar. Apoyó la oreja en la puerta, solo para toparse con el más absoluto de los silencios. Cuando asió el picaporte, descubrió que estaba abierta. La curiosidad siempre había sido una de sus debilidades. Se asomó con precaución, por temor a ser visto. La nana de Pilar

dormitaba en el sillón, con un rosario de cuentas de madera apretado en las manos. Pilar yacía de costado y el cabello le cubría casi todo el rostro. Se había deshecho de las mantas, quizá debido a la fiebre, y uno de sus pies se asomaba por el costado de la cama. Se volteó de repente, colocándose boca arriba. Empezó a mover la cabeza y su respiración se había acelerado. Rafael supo que estaba teniendo una pesadilla. La nana seguía durmiendo y él no podía ayudarla sin ponerse en evidencia. Pilar emitió un quejido, pero la negra ni siquiera la escuchó. Estaba a punto de entrar cuando ella musitó un nombre.

—Gonzalo... Gonzalo.

La nana se levantó del sillón como si hubiese sido impulsada por un resorte y él alcanzó a arrimar la puerta antes de que lo descubriese espiando.

Se quedó un momento en el pasillo.

¿Quién era Gonzalo y por qué Pilar clamaba por él en medio de sus pesadillas?

—¿Vos lo sabías?

Amancio Robles miró a su hijo directamente a los ojos, esperando que sus sospechas fueran infundadas. No podría perdonarle jamás que él también se hubiese dejado envolver por la locura de Pilar. Hacía apenas unos minutos que había llegado del astillero y lo primero que hizo fue buscar a José Emilio para salir de la duda de una vez por todas.

El muchacho no pudo sostenerle la mirada y empezó a golpear el piso alfombrado del salón con el tacón de sus zapatos.

—¡Mirame cuando te hablo, carajo! —rugió don Amancio, comprobando que no se había equivocado—. ¿Cuándo lo supiste?

José Emilio tragó saliva. Pilar había destapado la olla y ahora le tocaba a él lidiar con la furia de su padre.

—Me enteré hace unos días que Pilar se estaba viendo a escondidas con Gonzalo. Ella misma me lo confirmó...



—¿Y se puede saber por qué no viniste a decírmelo apenas te lo contó?

Se aflojó la corbata y estiró el cuello. Necesitaba desesperadamente beber algo fuerte, pero cuando atinó a levantarse, su padre no se lo permitió.

—Pilar me pidió que le guardara el secreto. No podía traicionar su confianza...

—¡Pero sí podías ir en contra de las normas de esta casa, no es verdad! — Amancio no lograba aplacar su rabia. Pilar se había atrevido a involucrar a su hermano, pidiéndole que la cubriese para poder verse a escondidas con Funes. Había traspasado todos los límites habidos y por haber y jamás se lo perdonaría. Ni a ella, ni a él.

—No estoy orgulloso de lo que hice, padre. Pero entienda que no podía actuar de otra manera. Pilar es mi hermana y Gonzalo, mi mejor amigo.

—Lo tuyo con ese joven no es amistad, hijo.

José Emilio contuvo el aliento. ¿Acaso...? No, era imposible que sospechara la verdad.

—Gonzalo Funes te utilizó para llegar hasta tu hermana. La engatusó a tal punto que ahora Pilar jura que se ha enamorado de él y que no podrá casarse con otro hombre.

—Pilar realmente lo quiere, padre —le aseguró—. En cuanto a Gonzalo, pondría las manos en el fuego por él. Tal vez carezca de fortuna y de un apellido de abolengo, pero lo compensa siendo honesto y trabajador.

—¿Y un salario de abogaducho será suficiente para darle a tu hermana la vida que está acostumbrada a vivir? —replicó en tono burlón—. ¡Ni siquiera vos podés ser tan iluso como para creer que eso es posible!

José Emilio ya no sabía de qué argumento servirse para que su padre comprendiese que por más que él despotricara en contra de los sentimientos de su propia hija, Pilar no dejaría de querer a Gonzalo. A ella nunca le había importado su situación económica, y la falta de dinero o de una buena cuna no iba a impedir que fuera feliz a su lado.

—No debería darle tanta importancia a eso, padre.

Amancio lo fulminó con la mirada.

—Jamás voy a permitir que una hija mía arruine su vida por culpa de un capricho —aseveró—. Ya está todo arreglado con Álvarez Arriaga y...

—¿Qué tiene que ver ese hombre con mi hermana? —quiso saber José Emilio, intrigado al escuchar que metía el nombre de su socio en la conversación.

—Rafael ha mostrado interés en ella y yo creo que es un excelente partido, digno de cortejar a mi hija y convertirla en su esposa.

José Emilio recordó en ese momento lo que le había dicho Pilar sobre ese viaje a Capilla del Señor. El temor que sentía su hermana ahora tenía una explicación razonable.

—¿Pilar ya lo sabe?

Don Amancio asintió.

—Tuve que decírselo para que le quedase bien en claro que ya no podrá volver a ver a ese joven. Conozco el carácter impetuoso de tu hermana y sospecho que tardará lo que un suspiro en desobedecerme. Por tal motivo, vas a decirle a Gonzalo Funes que necesito hablar con él de inmediato. Me gustaría hacerlo antes de que Pilar regrese del campo.

—¿Quiere que le diga que venga a la casa?

—No. Será mejor que me vaya a ver al astillero. Prefiero evitar cualquier posible escándalo aquí en la casa. Con los lengua floja que son los criados, todo Buenos Aires terminaría enterándose de lo que pasó. Decile que lo espero mañana a la mañana en mi oficina.

—Está bien, padre. Se lo diré esta noche cuando nos encontremos para beber algo en la pulpería del Caballito.

—¿Lo ves? Ese muchacho ha conseguido que incluso vos frecuentes ambientes poco favorables para tu futura carrera política —adujo haciendo un ademán de fastidio con las manos.

José Emilio no iba a discutir con su padre acerca de la amistad que lo unía con Gonzalo. Podía impedir que rondara a su hija, y estaba en todo su derecho de hacerlo, pero no tenía sentido que también pretendiese separarlo de él cuando

estudiaban juntos y se veían las caras todos los días. Pensó en Pilar y en lo mal que lo estaría pasando en la estancia de ese hombre, alejada de quien amaba y sabiendo que su padre ya había decidido su futuro. Sentía pena por ella, aunque en el fondo de su corazón celebraba que su historia de amor con Gonzalo se truncase sin que él haya tenido nada que ver.

Amancio se sentó en el sillón para terminar de leer el diario.

—No le menciones a Funes que ya lo sé todo. —Lo miró por encima de sus anteojos—. Es mejor tomarlo desprevenido.

José Emilio estuvo de acuerdo con él. Se despidió, diciéndole que no lo esperase a cenar y abandonó el salón con una mezcla extraña de sentimientos en el cuerpo.



## LA OFERTA

—*E*spere aquí. —El secretario de Amancio Robles era un hombre de extrema delgadez, con el cabello lamido hacia atrás y unos ojos saltones que los anteojos no alcanzaban a esconder. Lo miró de arriba abajo y le señaló al muchacho la butaca de cuero que estaba frente al escritorio—. El señor Robles se encuentra en este momento visitando uno de los talleres y no tardará en regresar. ¿Desea tomar algo?

Gonzalo declinó su oferta. Estaba tan nervioso que no podía beber ni siquiera un vaso de agua. Se sentó y solo se dio cuenta de que estaba estrujando la gorra con las manos cuando el secretario de Robles lo miró, arrugando la frente. La dejó sobre su regazo y contempló uno de los cuadros que adornaban la oficina. Sin dudas, el artista había sabido plasmar casi a la perfección el puerto de Buenos Aires con cada pincelada. Respiró hondo para no pensar demasiado en lo que le esperaba. Sin embargo, desde que José Emilio le dijese la noche anterior que su padre necesitaba hablar con él, una constante y pesada sensación de angustia no lo había dejado dormir. Si al súbito pedido de don Amancio de querer verlo, le sumaba el hecho de que Pilar todavía no hubiese regresado de la estancia del tal Álvarez Arriaga, la incertidumbre crecía en su interior, devorándole las entrañas. La explicación de José Emilio no fue demasiado convincente. Según él, Pilar se había quedado en Capilla del Señor porque un día antes de volver se puso enferma. Él sospechaba que había algo más detrás de todo aquello y esperaba que don Amancio Robles despejara sus dudas.

Mientras aguardaba su llegada, varias personas desfilaron por el lugar,

preguntando por él. El secretario se encargó de pedirles que volvieran por la tarde porque el señor Robles tenía un asunto urgente que tratar apenas regresara de los talleres del astillero y no podría atenderlos.

Gonzalo se puso más nervioso cuando comprendió que ese asunto urgente tenía que ver con él. Si Amancio Robles había pedido que nadie lo molestase, debía tratarse de algo muy serio. Y entonces cayó en la cuenta de que él seguramente ya estaba enterado de su romance con Pilar. ¿Acaso ella había hecho caso omiso de su pedido de ser quien hablase con su padre y terminó diciéndoselo mientras estaban en el campo? Pilar no podía ser tan insensata. Sin embargo, era la única explicación posible para el extraño pedido de Robles. Si bien lo había invitado en alguna ocasión a visitar el astillero, sospechaba que la reunión que había pactado entre ambos tenía que ver más con un tema personal. La puerta de ingreso volvió a chirriar y Gonzalo se puso de pie de un salto cuando se topó con la mirada hierática de don Amancio Robles.

Se acercó hasta el escritorio y dejó unos documentos.

—Ramón, que nadie me moleste, por favor —exigió—. Si querés, podés tomarte el resto de la mañana y volver después del almuerzo.

El secretario asintió y sin perder tiempo, archivó los papeles que Robles había traído consigo. Se puso la chaqueta y abandonó la oficina.

—Venga por aquí, Funes.

Gonzalo lo siguió hasta su despacho. Era el doble de grande que la oficina de recepción. Las paredes estaban pintadas de gris y allí también colgaban varios cuadros con escenas del puerto de Buenos Aires. Además había un daguerrotipo del astillero, con el cartel en donde se leía *Naviera Robles*, abarcando buena parte de la imagen.

Amancio ocupó su butaca y le indicó que tomara asiento.

Gonzalo vaciló un instante antes de hacerlo. Estaba en su territorio y se sentía en inferioridad de condiciones. En ese momento, se dio cuenta de que no había abierto la boca todavía, ni siquiera para darle los buenos días.

—Le pido disculpas por no haberlo saludado como corresponde cuando llegó.

—Se estiró por encima del escritorio para estrechar su mano, pero Robles lo dejó con el brazo tendido. Volvió a hacerle señas de que se sentase y Gonzalo obedeció.

—No sé qué le habrá contado mi hijo acerca de esta reunión, Funes, pero déjeme decirle que hubiese preferido no tener que verle la cara, mucho menos en circunstancias tan desagradables.

Gonzalo ya no tenía dudas de que sus sospechas eran acertadas.

—Señor Robles, si me permite...

—¡Yo no le permito nada, muchacho! —bramó, perdiendo la compostura cuando se había jurado a sí mismo que trataría de mantener la calma—. ¡Usted ha llegado demasiado lejos y se atrevió a poner en jaque la honra de mi hija!

—Tanto Pilar como yo hubiésemos querido que las cosas se dieran de otra manera.

—¡Ni siquiera se atreva a mencionar su nombre en mi presencia! —le exigió.

Gonzalo respiró hondo. Sabía que no iba a ser sencillo enfrentarse a la ira de don Amancio cuando conociera finalmente la verdad. Ahora que las cartas estaban sobre la mesa, tenía que defender su amor por Pilar a como diese lugar.

—Jamás quise perjudicar a su hija o a su familia, señor Robles. No voy a justificar lo que hicimos porque sé que no estuvo bien vernos a escondidas. Sin embargo, no me avergüenzo de lo que siento por Pilar. La quiero y ella me quiere a mí... No debería condenarnos por eso, ni usted, ni nadie.

Robles exhaló el aire con fuerza. Estaba furioso y la vena del cuello se le había dilatado. No podía perder los estribos porque no le convenía. Aunque ardía en deseos de romperle la cara de un puñetazo, se contuvo.

—Usted no quiere a mi hija, Funes. Reconózcalo. Lo que usted busca es un camino sencillo y rápido para salir de la vida miserable que lleva, trabajando en ese estudio de abogados como mandadero y viviendo en un tugurio que se cae a pedazos. No me hable de amor cuando sé muy bien que, para usted, Pilar es solo una vía de escape.

Gonzalo apretó los puños con fuerza para no responder a sus ofensas con un

golpe. Pensaba que iba a estar preparado para ese momento, pero se equivocó.

—¡Yo estoy enamorado de Pilar, no de su fortuna o su apellido de alcurnia! — le aclaró, levantando la voz para estar a su mismo nivel—. ¡Me importa un bledo que sea hija de uno de los hombres más influyentes de Buenos Aires! Cuando me di cuenta de lo que sentía por ella, le juro que intenté alejarme. Sabía que usted nunca nos permitiría estar juntos... pero no pude hacerlo. Pilar me dijo que también me quería y eso fue lo único que necesitaba para ser feliz.

—Hablando de felicidad. ¿Cómo puede creer que mi hija va a poder ser feliz al lado de un hombre como usted? —Aguardaba con ansias su respuesta. Tenía la garganta seca, pero sabía que el alcohol no sería su mejor aliado en un momento como ese—. ¿Cuánto piensa que tardará en darse cuenta del error que ha cometido al enamorarse de quien no debía?

—Su hija supo perfectamente a lo que se enfrentaba cuando aceptó que me quería. Jamás le pesó el hecho de que yo no perteneciera a su mundo —alegó—. Lo que más le angustiaba era su reacción al enterarse de lo nuestro. Ella estaba cansada de tener que vernos a escondidas; después de todo, no hacíamos nada malo. Por eso, me dijo que ya no podía esperar más. Quería contárselo todo... pero yo le pedí que tuviese paciencia, que dejase que yo lo hiciera en el momento oportuno. Debí imaginar que aprovecharía este viaje para hablarle de sus sentimientos hacia mí.

—En eso se equivoca, muchacho. Pilar no me lo dijo, sin embargo, no tuvo más remedio que confesarme su secreto cuando supo lo del compromiso...

—¿Qué compromiso? —inquirió Gonzalo.

—El que se celebrará en un par de meses entre Pilar y el señor Álvarez Arriaga —le anunció triunfante.

Gonzalo sintió que le faltaba el aire. Se puso de pie con tanta brusquedad que empujó la butaca hacia atrás.

—¿Qué está diciendo? ¡Pilar no puede comprometerse con ese hombre! ¡Ella me ama a mí, jamás aceptaría semejante locura! —Se inclinó sobre el escritorio. Le apuntó con el dedo—. Esto es cosa suya, ¿verdad? La cena en su casa, la

tertulia en lo de los Villegas, el viaje a Capilla del Señor... Todo forma parte del plan que urdió para que Pilar y ese sujeto pudieran conocerse.

—Esta vez me toca darle la razón, Funes —se burlaba con cada palabra, sin importarle que estaba desatando la ira del muchacho—. Sin embargo, mi astuto plan contempla solo una cosa: la felicidad de mi hija al lado de un hombre que pueda darle todo lo que ella necesita. ¿Soy culpable por querer lo mejor para ella? Creo que cualquier padre habría hecho lo mismo que yo.

Gonzalo golpeó el escritorio con ambas manos y respiró hondo para ver si así conseguía calmarse. Estaba a punto de perder el control.

—No es verdad... Pilar no va a comprometerse con ese hombre —balbuceó mientras negaba con la cabeza—. ¡Ella jamás me haría eso!

—Déjeme decirle una cosa, Gonzalo. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila desde que había llegado—. Mi hija hará lo que yo le diga. No importa cuánto se empeñe en evitarlo, ella se convertirá en la esposa de Rafael Álvarez Arriaga más temprano que tarde.

—¡No! —rugió Gonzalo, obnubilado por la desesperación. Rodeó el escritorio y se plantó delante de él—. ¡No lo voy a permitir! ¡Si insiste en condenarla a la desdicha al casarla con ese hombre, me la llevaré conmigo antes de que le ponga un solo dedo encima!

—¡Ni siquiera se atreva! —lo amenazó Robles sin amilanarse. Estaban a escasos centímetros uno del otro, dispuestos a irse a las manos si fuera necesario—. ¡Usted no conoce de lo que soy capaz, muchacho! ¡No tiene a la suerte porque va a salir perdiendo!

A Gonzalo no le importaba que Amancio Robles fuese el padre de Pilar y José Emilio. Tampoco que tuviera unos cuantos años más que él o que se encontrasen en el despacho de su astillero. Nada le importaba ya a esas alturas, solo la terrible realidad de perder a la mujer que amaba. Por eso, lo sujetó de la solapa del traje sin darle tiempo a reaccionar y lo arrojó sobre la butaca.

—¡Usted no tiene derecho a arruinar nuestras vidas! ¡Nos queremos y lo sabe muy bien, Robles! —Las aletas de su nariz se abrían y cerraban debido a la



fuerza con la cual respiraba. Parecía un toro embravecido, listo para arrasar con todo lo que se interpusiera en su camino—. No importa lo que haga para separarnos, Pilar y yo terminaremos juntos porque ese es nuestro destino.

Amancio se aflojó la corbata y se acomodó el pelo. No daba crédito a lo que acababa de suceder. ¡El don nadie de Gonzalo Funes había tenido la osadía de ponerle la mano encima! ¡A él! ¡A don Amancio Robles! Comprendió en ese momento que se enfrentaba a un hombre sin escrúpulos, capaz de hacer cualquier cosa con tal de obtener lo que quería y en todo ese desagradable asunto, el premio mayor era su propia hija. Usaría una estrategia diferente para intentar convencerlo de su error.

—Le pido que se calme, Funes. —Se reincorporó recién cuando Gonzalo retrocedió unos pasos para poner nuevamente distancia entre ambos—. No vamos a llegar a un acuerdo si dejamos que los nervios nos dominen.

—¿Acuerdo? ¿Qué clase de acuerdo podríamos tener usted y yo?

Don Amancio abrió uno de los cajones del escritorio para sacar un sobre y se lo alcanzó. Estudió la expresión de su rostro mientras Gonzalo lo abría.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mostrándole un fajo de billetes.

—El precio que estoy dispuesto a pagar para que se aleje de mi hija.

Gonzalo le arrojó el dinero en la cara.

—¡Lo que siento por su hija no se compra, Robles!

—Todo en esta vida tiene un precio, muchacho. Si no le parece suficiente, puedo doblar o triplicar la cantidad. Usted solo mencione una cifra y lo tendrá —le aseguró.

—¡Me da asco usted y todo su maldito dinero!

Amancio no se esperaba esa reacción. Estaba convencido de que un sujeto de la calaña de Funes lo pensaría dos veces antes de rechazar semejante oferta.

—Ese maldito dinero que ahora desprecia, es el mismo que va a querer tener el día que Pilar quiera comprarse un vestido nuevo y no pueda pagárselo.

Gonzalo se quedó callado de repente. Aunque la amaba con locura y estaba seguro del amor que sentía Pilar por él, sabía que don Amancio tenía razón. Y lo

odiaba por eso. Él mejor que nadie sabía de las privaciones que pasaría Pilar a su lado. ¿Y si era verdad que con su afán de hacerla feliz, solo la condenaba a una vida miserable? Nunca se lo perdonaría.

—¿Qué pasa? ¿Se arrepintió de rechazar mi dinero? —preguntó Robles con una sonrisa socarrona.

Gonzalo lo fulminó con sus ojos oscuros.

—Jamás aceptaría ni un centavo que venga de usted, don Amancio. Mucho menos para renunciar al amor que siento por su hija.

—Pilar va a casarse con Álvarez Arriaga y nadie va a arruinar mis planes —le advirtió—. Si me entero que busca a mi hija o merodea por la casa, me aseguraré de que jamás la vuelva a ver.

Tragándose la rabia y resignado a que ya no tenía nada más que hacer en ese lugar, Gonzalo se dirigió hacia la salida. Caminaba con desgano, como si cargase todo el peso del mundo en su espalda. Robles acababa de lanzarle una amenaza y sabía que no le iba a temblar el pulso a la hora de ejecutarla si él no hacía lo que quería.

Había ganado. El que se marchaba derrotado y con el rabo entre las piernas era él. Al menos, por el momento, le haría creer que la victoria era suya.

—¡Tengo que volver a Buenos Aires, nana! —resolvió Pilar quitándose las mantas de encima para salir de la cama mientras Jesusa intentaba evitar que cometiese una locura.

—¡Niña, quédese quieta! ¡Usted no puede ir a ningún lado! —con gran esfuerzo, logró que Pilar la obedeciera.

—No entendés, nana... —se lamentó—. A estas alturas, mi padre ya debe haber hablado con Gonzalo y él va a pensar que fui yo quien le dijo de lo nuestro.

—Si eso pasó, usted ya no puede hacer nada para remediarlo, niña.

Pilar volteó el rostro y apretó los párpados cuando el llanto se hizo imposible

de contener.

—No llore, niña Pili. Se me parte el alma al verla así. —Jesusa se sentó a su lado y le acarició las manos.

—Quiero irme de esta casa, nana... alejarme para siempre de ese hombre. —La miró, suplicándole con la mirada—. Ya me siento mejor, no hay necesidad de postergar nuestro regreso a Buenos Aires.

La negra le tocó la frente y comprobó que la fiebre había remitido, sin embargo, estaba de acuerdo con doña Lorenza, quien prefería esperar el veredicto del doctor Hidalgo antes de aventurarse a un viaje tan largo y cansador.

—El señor Álvarez Arriaga mandó a llamar al doctorcito para que la venga a ver, si él dice que usted se encuentra repuesta del todo, entonces sí prepararemos la vuelta a la ciudad.

Pilar ni siquiera quería escuchar el nombre de Rafael. No lo había vuelto a ver y esperaba no tener que cruzarse con él nunca más.

—Necesito saber qué pasó con Gonzalo. Esta incertidumbre me está matando...

La conversación entre la joven y su nana fue interrumpida por la llegada del doctor Hidalgo.

Pilar se cubrió con las mantas cuando vio que Rafael venía con él.

—Buenos días, señorita Robles —la saludó el doctor ocupando el lugar de la negra, junto a su cama—. Por su semblante podría afirmar que ya se encuentra mejor.

Ella no dijo nada. Se sentía intimidada por la presencia de Rafael, quien ni siquiera había abierto la boca para saludarla o preguntarle cómo estaba.

—Por favor, ¿podrían dejarme a solas con mi paciente? —pidió Conrado Hidalgo, dirigiéndose al dueño de la estancia en particular.

Rafael le dedicó una última mirada a Pilar antes de abandonar la habitación, Jesusa, en cambio, no se movió de su sitio.

Tras auscultar a la joven minuciosamente, el doctor le dio la noticia que tanto estaba esperando.

—Ya no hay nada de qué preocuparse, señorita Robles. Sin embargo, le pediría que espere al menos hasta mañana para emprender el regreso a Buenos Aires. Tómese el día para descansar, pero no se quede encerrada aquí adentro. El día está espléndido y el sol le sentará de maravillas. —Le sonrió—. Está usted demasiado pálida; esas mejillas necesitan un poco de color.

—Gracias, doctor. Haré lo que usted me indica —le aseguró.

—No tiene nada que agradecerme, jovencita. —Guardó el estetoscopio en el maletín y se puso de pie—. Espero volver a verla pronto por Capilla del Señor. Me gustaría presentarle a mi hija Alicia. Tiene más o menos su edad y estoy seguro de que le agradará su compañía.

Pilar asintió. No quería parecer descortés con él, ni mostrar poco interés en conocer a su hija, pero ella no planeaba regresar nunca más a ese lugar. Su padre podía decir misa, aun así, no iba a salirse con la suya. Apenas pusiera un pie en Buenos Aires, se las ingeniaría y buscaría a Gonzalo. Estaba convencida de que él sabría qué hacer para impedir que terminara convirtiéndose en la esposa de un hombre al que no amaba.

Cuando el doctor Hidalgo se marchó, y contando con su anuencia, Pilar dejó por fin la cama. La nana fue a la cocina y se encargó de calentar el agua para su baño. Allí, se entretuvo charlando con Herminia y aprovechó para conocer un poco más al capataz.

Mientras tanto, en la habitación, Pilar revolvía entre sus ropas, sin poder decidir qué vestido ponerse. La puerta se abrió de repente y casi le da un síncope.

Lorenza la miró con esa altivez que tanto la caracterizaba y luego apenas curvó su boca en una sonrisa.

—Me alegra que ya te encuentres bien, María del Pilar.

Pilar nunca había creído en esos gestos de supuesto cariño que le mostraba su madrastra. Si la trataba con amabilidad, era solamente porque necesitaba algo de ella.

—¿Qué puedo hacer por vos, tía? —le preguntó, usando un tono burlón.

Continuó con su tarea de encontrar el atuendo apropiado para pasar ese último día en el campo.

—Nada, querida. —Empezó a moverse por la habitación, admirando cada rincón y rozando con su dedo índice, la superficie de los muebles que iba dejando a su paso—. Vine a verte porque estaba interesada en tu salud. Sé que el doctor Hidalgo estuvo recién aquí y te autorizó a dejar la cama.

Pilar no dijo nada. Prefirió que ella siguiera hablando.

—También sé que aconsejó que esperaras hasta mañana para viajar y creo que es lo más prudente. No podemos arriesgarnos a que tengas una recaída... tu padre me dejó a cargo de tu cuidado y jamás me lo perdonaría.

Pilar se guardó su comentario. Le causaba espanto que su madrastra se jactara de tener la misión de velar por ella cuando apenas se había acercado a verla durante los dos días que había estado postrada en la cama por culpa de la gripe.

—No se preocupe, tía. No voy a desobedecer las órdenes del doctor Hidalgo, sin embargo, no pienso quedarme un día más en este lugar. Mañana temprano quiero regresar a mi casa...

—¿Por qué tanta prisa? Creía que te gustaba el campo —le volvió a sonreír—. Jesusa asegura que todos hablan maravillas de vos. Te supiste ganar la simpatía de la cocinera y del ama de llaves. Rafael estaría feliz de tenerte unos días más por acá...

—¡No voy a quedarme y esa es mi última palabra! —replicó Pilar, cansada de que insistiesen en manipular su vida. Primero había sido su padre, y ahora, en su ausencia, Lorenza pretendía seguir con ese absurdo plan de juntarla con Rafael Álvarez Arriaga a como diese lugar. ¿Por qué sencillamente no la dejaban en paz?

—Está bien, María del Pilar. No es necesario que te alteres de esa manera. —Se acercó y le dio una palmada en el brazo—. Supongo que hoy almorzarás en el comedor. Te hará bien disfrutar de una comida succulenta después de pasarte casi dos días a puro caldo.

Pilar deseaba poder negarse, pero su enfermedad ya no le servía de excusa

para evitar un encuentro con el dueño de *El Refugio*. Al menos en el comedor, no tendría que estar a solas con él.

—Si no me queda otra salida, compartiré el almuerzo con usted y ese hombre —respondió cortante.

—Nos vemos más tarde entonces. Yo voy a aprovechar para acercarme a las caballerizas y ver si puedo entrar en confianza con la yegua que me regaló tu padre y salir a montar un rato antes del almuerzo.

Pilar la observó mientras se dirigía hacia la puerta. No se la imaginaba encima de un caballo, ni siquiera estaba segura de que pudiese soportar tener uno cerca sin empezar a quejarse del olor o de los ruidosos relinchos. Si no lograba lidiar con un perro del tamaño de Bruno, ¿cómo era posible que ahora, de repente, se sintiese toda una amazona? No entendía por qué su padre le había hecho un obsequio semejante a su adorada esposa. ¿Quién le enseñaría a montar? Se preguntó si sería el mismísimo señor Álvarez Arriaga el encargado de hacerlo. Se encogió de hombros. No era asunto suyo saber quién padecería la insoportable compañía de su madrastra.

Después de dar tantas vueltas, finalmente se decidió por un sencillo vestido de muselina color celeste. Era el más adecuado para usar en el campo y, además, uno de los que peor le quedaba. Luego del almuerzo, trataría de encerrarse en la cocina y si eso no era posible, le pediría a su nana que no se separase de ella en ningún momento. Cualquier estrategia era válida para no tener que quedarse a solas de nuevo con ese hombre.



## UN PASEO ACALORADO

*P*ilar estaba sentada frente a la cómoda, peinándose para el almuerzo, cuando creyó escuchar un ruido. Miró al suelo y descubrió que había un papel junto a la puerta. Con el cepillo en mano, se acercó para recogerlo. Vaciló un instante antes de abrirlo y leer su contenido. Una vez más, se dejó llevar por la curiosidad.

No reconoció la caligrafía, sin embargo, estuvo a punto de abollar el papel y arrojarlo al suelo cuando vio la firma en la parte inferior de la nota.

Era un texto más bien breve, en donde las palabras se inclinaban con cierta elegancia hacia la derecha.

*No olvide que me prometió un paseo, Pilar. ¿Tendré el honor de disfrutar de su compañía antes de que deje la estancia? La espero a almorzar.*

*Rafael.*

Pilar ni siquiera se acordaba de esa promesa. ¿En qué momento había accedido a dar un paseo con él? No quería quedar como una mujer que no cumplía con la palabra empeñada. Aunque aborreciera la idea de casarse con Rafael Álvarez Arriaga, no podía olvidar que era el flamante socio de su padre. Se dejó caer en la cama y soltó el cepillo. Leyó la nota una y otra vez para ver si la ayudaba a tomar la decisión correcta. Cuando Jesusa irrumpió en la habitación, supo cuál era la mejor solución.

—¿En qué tanto está pensando, niña Pili? —la negra se acercó y se apoderó del cepillo para terminar de peinarla. Sus ojos del color del chocolate no dejaban de mirar el papel que ella sostenía en su mano.

—El señor Álvarez Arriaga quiere que lo acompañe a dar un paseo, nana. Dice que yo se lo prometí...

—¿Y eso es cierto?

Pilar se encogió de hombros.

—Supongo que sí, pero han pasado tantas cosas en estos tres días que apenas lo recuerdo. —Se sentó de costado para que Jesusa pudiese trenzarle el cabello con más comodidad—. ¿Lo has visto esta mañana, nana?

La negra negó con la cabeza.

—Ese hombre se levanta siempre muy temprano, niña. Al que sí vi hace un rato es al capataz —comentó.

Pilar se dio cuenta de que le había cambiado el tono de voz. La espió y comprobó que incluso estaba sonriendo.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario?

—Nada —se apresuró a responder ella mientras se ponía de pie para buscar un lazo para su trenza—. El pobre hombre estaba en las caballerizas, tratando de que su madrastra se hiciera amiga de la yegua que le compró don Amancio.

—¿Qué estabas haciendo vos en las caballerizas, nana?

Jesusa tragó saliva.

—Yo... eh... no estaba en las caballerizas, niña.

—¿Entonces cómo es que viste a mi tía con ese hombre? —quiso saber al notar que ahora se había puesto nerviosa.

—Los vi desde una de las ventanas de la casa —confesó por fin—. Estaba ayudando a Aurora, quitando el polvo de algunos muebles en el comedor cuando escuché que un caballo relinchaba.

—Como suele pasarte, la tentación fue demasiado fuerte y terminaste espiándolos por la ventana. —Pilar le sonrió comprensivamente, aunque estaba segura de que había algo más que ella no le contaba.

—Doña Lorenza siempre tiene que dar la nota, niña Pili. ¡La hubiese visto cómo se pavoneaba delante del capataz! ¡Y eso no es nada...! —cerró la boca cuando comprendió que andaba de lengua suelta otra vez.



Pilar arrugó el ceño.

—¿Por qué te quedaste callada de repente, nana?

—No es nada, niña —le ató la trenza y dejó el cepillo encima de la cómoda—. Sabe que esta negra bruta tiene la costumbre de hablar y después pensar. No me haga caso.

—Querías decirme algo de Lorenza, nana. ¿Qué pasó con ella? O debería preguntar qué hizo ahora —insistió Pilar.

—Es lo mismo de siempre —le aseguró—. Me molestan ciertas actitudes de doña Lorenza, nada más. No es secreto para nadie que esa mujer nunca me cayó bien, niña. —No quería causarle más dolores de cabeza a Pilar, ella no necesitaba un problema más con el cual lidiar, sobre todo si se trataba de la odiosa de su madrastra. Prefería guardarse sus sospechas para ella. Necesitaba cambiar de tema con urgencia—. ¿Va a aceptar dar ese paseo con el señor Álvarez Arriaga?

Pilar dejó escapar un suspiro.

—No quiero estar cerca de él, nana. Ese hombre tiene que comprender que yo nunca seré su esposa, no importa lo que diga mi padre.

—Es solo un paseo, mi niña.

—¿Vendrías conmigo, nana?

Jesusa no supo qué responder. Dudaba que el señor Álvarez Arriaga estuviese contento si ella los acompañaba.

—No creo que sea lo más adecuado...

—¿Por qué no? Irías como mi chaperona. —Se llevó los brazos a la cintura y puso los ojos en blanco—. ¿No se supone que él tiene que cortejarme? Entonces, lo más normal del mundo es que una dama de compañía, o mi nana en este caso, vaya conmigo para asegurarse de que no ocurra nada inapropiado, ¿no te parece?

—Niña, usted sabe que yo no tengo problemas en acompañarla. Es más, después de lo que pasó el domingo por la mañana, no podría quedarme tranquila sabiendo que anda sola con ese hombre por el campo.

Pilar sonrió y la sorprendió con un caluroso abrazo.

—Gracias, nana, sos mi ángel de la guarda. —No necesitaba más que su compañía y protección para volver a enfrentarse a Rafael Álvarez Arriaga.

Una vez que terminó de arreglarse, bajaron juntas al comedor. El lugar estaba vacío, pero Aurora salió a recibirlas cuando las escuchó llegar. Pilar ocupó la misma silla de siempre y se sintió indefensa cuando Jesusa se fue a la cocina para darle una mano al ama de llaves con el almuerzo. Aunque no le correspondía prestar ayuda en las labores domésticas, la nana siempre terminaba involucrándose con los criados de la estancia. Pilar sospechaba que el tal Froilán tenía mucho que ver con esas repentinas ganas de Jesusa de rondar por la cocina o por las demás dependencias de la casa que eran frecuentadas por los peones de la estancia. ¡Lo único que le faltaba! ¡Que su nana terminase enamorada del capataz de *El Refugio*! Estaba jugueteando con el borde festoneado de una de las servilletas cuando sintió que ya no estaba sola. Miró por encima de su hombro con disimulo. Rafael acababa de entrar por una de las puertas que daban a la galería y en ese momento se encontraba de pie junto al perchero, colgando su sombrero. Se acercó hasta una mesita en donde había un periódico. Lo hojeó por encima y luego avanzó en su dirección.

—Buenos días, Pilar. —Se colocó detrás de ella y apoyó ambas manos en el respaldo de la silla—. Me alegra saber que podré disfrutar de su compañía durante el almuerzo. Tenía miedo de no volver a verla antes de que nos deje.

Pilar tragó saliva. No supo si era su perturbadora cercanía o la intimidad que le imprimía a sus palabras mientras se dirigía a ella, pero no fue capaz de abrir la boca. Agradeció al cielo por haber acertado con la elección de su vestido. Tenía el cuello alto e impedía que, desde su posición, él pudiese espiar en su escote como ya lo había hecho en anteriores ocasiones.

Rafael rodeó la mesa, se sentó en la cabecera y volvió a contemplarla con esa intensidad que le quitaba el aire. Respiró hondo. Cuando miró hacia abajo, descubrió que había jugado tanto con la servilleta que la había arrugado. La soltó y, armándose de valor, levantó la cabeza y disfrazó su inquietud con una moderada sonrisa. ¿Dónde demonios estaban todos? Por primera en su vida,

hubiese dado cualquier cosa por tener a su madrastra cerca.

Entonces, como una respuesta a sus súplicas, Lorenza irrumpió en el comedor. Venía agitada y con el cabello un poco alborotado.

—Lamento llegar tarde, pero no creo que pueda acompañarlos a almorzar. — Se pasó la mano por el cuello para quitarse el sudor—. Froilán me estuvo enseñando a montar y una vez que *Lunera* y yo congeniamos, nos fuimos a dar un paseo por el campo.

—¿Está conforme con su obsequio, Lorenza?

—¡Sí, Rafael! *Lunera* es muy dócil y no tardó nada en acostumbrarse a mí. — Inevitablemente, sus ojos claros se posaron en el rostro de su hijastra. El comentario no era más que una queja en su contra por no haberla aceptado nunca como la nueva esposa de su padre.

Rafael percibió la tensión que se generó entre ellas, pero la oportuna aparición de Aurora en el comedor evitó que la situación pasara a mayores.

—Iré a mi habitación a cambiarme —anunció a medida que se alejaba hacia el pasillo—. No es necesario que esperen por mí para empezar a almorzar. Te dejo en excelente compañía, María del Pilar —remató, mirando de soslayo a Rafael.

Si hubiese podido, Pilar se habría hecho muy pequeñita hasta desaparecer. Aurora se interpuso entre los dos para servirle la sopa y aprovechó para respirar hondo y tratar de componerse.

—¿A qué hora tienen planeado partir mañana? —preguntó Rafael apenas Aurora volvió a la cocina para dejar la soperá encima de la estufa—. Me gustaría que al menos dos de mis mejores hombres fuesen con ustedes hasta Buenos Aires. Irían a caballo, custodiando la galera, por supuesto.

Pilar no iba a rechazar su oferta. No estaba dispuesta a arriesgarse y terminar en una situación similar o peor a la que habían atravesado durante el viaje a Capilla del Señor.

—Gracias, señor Álvarez Arriaga. Sé que mi padre apreciaría mucho su gesto...

—¿Y usted no lo aprecia, Pilar?

La observaba por encima de su copa de vino mientras la movía en círculos. Los ojos de Pilar siguieron ese vaivén para luego posarse en los dedos masculinos. A pesar de ser un hombre de campo, de modales a veces un poco rudimentarios, tenía las uñas cortadas con prolijidad. No llevaba anillos y tenía un lunar oscuro en el dorso de la mano. Se reprendió a sí misma por haberse fijado en esos detalles.

—Ya le di las gracias, señor...

—Por favor, dejemos el “señor” de lado. Me hace sentir muy viejo cada vez que me llama así —le pidió al tiempo que una sonrisa se atisbaba debajo del bigote—. Mi nombre es Rafael, pero si quiere también puede decirme Fele. Es el apelativo que me puso mi amigo Braulio cuando estábamos internados en el Colegio Eclesiástico.

—¿El padre Braulio?

Rafael asintió.

—Nos conocemos desde que éramos así —puso la mano a la altura de la mesa—. Cuando abandonamos el colegio, dejamos de vernos durante un largo período, hasta que hace más o menos un año, la diócesis lo envió a Capilla del Señor. Fue una enorme sorpresa volver a encontrarnos después de tanto tiempo.

Aurora regresó con el plato principal y se sorprendió gratamente con lo que se encontró. Rafael y Pilar conversaban tranquilos. Él había dejado de lado esa actitud distante que solía mostrar frente a la gente y parecía que la muchacha ya no resentía tanto su presencia.

Lorenza también reapareció en el comedor. Lucía uno de sus mejores vestidos y el olor dulzón de su perfume francés rápidamente inundó el lugar. Pilar tosió y de inmediato, el clima distendido que se había generado entre ambos mientras Rafael le contaba de su amistad con el cura se esfumó con la llegada de la esposa de Amancio Robles.

Apenas ocupó su silla, se encargó de acaparar la atención del dueño de casa.

—Estos días en la estancia han sido maravillosos, Rafael. —Ni se preocupó en mencionar lo sucedido con su hijastra para no arruinar el momento y otorgarle

protagonismo—. Espero que cuando vaya a Buenos Aires acepte quedarse en nuestra casa. Sería una manera de retribuirle todas sus atenciones.

Rafael dejó la cuchara sopera junto al plato, se secó con la servilleta y se dispuso a contestarle.

—Planeo regresar a la ciudad muy pronto, sin embargo, mi viaje a Buenos Aires depende de muchas cosas. —Buscó la mirada de Pilar, pero ella optó por ignorarlo—. Mi tía quiere que pase la Navidad en su casa...

—¡Faltan dos meses todavía para Navidad! No puede dejar pasar tanto tiempo sin ir a visitarnos. —Esperó que su hijastra también dijese alguna cosa al respecto, pero Pilar seguía en silencio. Le molestaba que se comportase como una mojigata delante de Rafael cuando, días atrás en el Paseo de Julio, se dejaba tocar por las asquerosas manos de Gonzalo Funes.

Rafael no agregó ningún comentario más sobre su posible viaje a la ciudad. Evidentemente, era un tema de conversación que inquietaba a Pilar y en ese momento, lo que menos deseaba era provocar otro enfrentamiento con ella. Había conseguido que bajase la guardia mientras le contaba de su amistad con Braulio y no quería arruinar lo poco que había logrado con una palabra de más. Con la excusa de disfrutar del almuerzo, dejó a la esposa de Amancio Robles hablando prácticamente sola.

Cuando llegó la hora del postre, Lorenza se retiró a su habitación porque todavía estaba cansada de la cabalgata. Pilar había perdido el apetito y Rafael tampoco tenía ganas de comer dulce. Antes de que ella imitara a su madrastra y lo dejase solo, la sujetó de la muñeca para impedir que se levantara de la mesa.

—No me ha dado una respuesta todavía.

Pilar no hizo absolutamente nada para liberarse de la mano masculina que se ceñía con cierta presión alrededor de la suya. Aunque hubiese querido, no habría podido. Estaba demasiado turbada como para siquiera rechazar su contacto. Evitó mirarlo a los ojos, pero una fuerza incontrolable hizo que sus miradas se encontrasen.

—La nota... ¿la leyó o la rompió antes de leerla? —quiso saber. Aunque se

negaba a reconocerlo, a él también le afectaba el roce con su piel. Aun así, no la soltó.

—Sí, la leí —fue lo único que dijo, dejándolo con la intriga.

Rafael ahondó en sus ojos, tratando de descubrir lo que escondían, pero Pilar Robles seguía siendo un completo misterio para él.

—Cumpliré con mi promesa, Rafael. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila, olvidando el frío “señor Álvarez Arriaga”—. Acepto dar un paseo con usted, solo si deja que mi nana nos acompañe.

No le gustaba demasiado la idea de que le pusiera condiciones para poder estar con ella. Sin embargo, que Pilar hubiese aceptado su invitación era un gran punto a su favor y no pensaba hacer nada para arruinar la oportunidad que tenía de disfrutar de su compañía antes de que abandonase *El Refugio*.

—Será como usted diga, Pilar. —La soltó muy despacio—. Si quiere que su nana venga con nosotros, yo no tengo nada que objetar. ¿Le parece que nos veamos en media hora, junto al aljibe?

Ella asintió mientras lo veía ponerse de pie. La camisa que llevaba debajo del chaleco se tensó contra su pecho cuando Rafael respiró profundo. En ese momento, le pareció más alto y más fuerte. Otra vez sus pensamientos se dispararon hacia derroteros en los que no se sentía cómoda. Ese hombre que ahora la trataba con amabilidad, estaba a punto de arruinar su felicidad. Y no iba a permitir.

—Nos vemos más tarde, Rafael.

—La estaré esperando, Pilar.

Ella se levantó y Rafael se movió para cederle el paso. La contempló hasta que su diminuta figura desapareció al subir las escaleras.

Cuando Pilar se dirigió hacia el patio principal de la casa acompañada por Jesusa, descubrió que no había nadie junto al aljibe. Ella procuró no llegar temprano porque no quería que Rafael pensara que estaba ansiosa por dar ese

paseo con él. Había esperado que el reloj del salón marcara la hora señalada y recién unos minutos más tarde, había salido a su encuentro.

—No ha llegado, nana. Tal vez deberíamos volver a la casa —dijo con toda la intención de irse antes de que él apareciera.

—Esperemos un poquito, niña Pili —sugirió la negra, acomodándole el rebozo sobre los hombros para abrirla. La tarde estaba soleada pero una brisa fría recordaba a los más desprevenidos que todavía el invierno no se había marchado.

—Ni siquiera debería haber aceptado este encuentro —se quejó, mirando hacia la casa.

—Si huyendo de la cruz va, más pesada la hallará, mi niña. Deje de lamentarse mejor.

Pilar resopló con impaciencia. No iba a esperarlo toda la tarde. Si no llegaba pronto, regresaría a la casa, se encerraría en su habitación y no saldría hasta el momento de su partida.

Jesusa le hizo señas de que se volteara.

Pilar obedeció y entonces la esperanza de salirse con la suya se evaporó en el aire cuando vio que Rafael venía hacia ellas desde el sector de las caballerizas. Tenía la misma vestimenta que llevaba en el almuerzo solo que ahora se había puesto una chaqueta encima de la camisa. El viento lo había despeinado y él intentaba acomodarse el cabello a medida que se iba acercando al aljibe.

—Disculpe, Pilar. Surgió un imprevisto con uno de los caballos y no pude llegar antes.

—Espero que no sea nada serio.

Él le aseguró que no mientras se tomaba su tiempo para recorrerla entera con esos ojos fríos y acerados. Se había cambiado de vestido y llevaba un rebozo sobre los hombros. Estaba algo pálida todavía, pero el aire de campo pronto le pondría color a sus mejillas.

—Esta mañana llegaron dos hembras de una estancia vecina para que mi mejor semental las sirva —le contó mientras se alejaban del patio hacia donde

estaban los corrales— pero se han puesto demasiado nerviosas y el apareamiento podría llevar más tiempo. Le dije a Froilán que las separase para evitar que se hagan daño. Cuando están en celo, pueden volverse agresivas.

Le estaba hablando de caballos, pero Pilar no pudo evitar sonrojarse. Miró a Jesusa, pero la negra parecía encantada escuchándolo. Tanto así que se atrevió a intervenir en la conversación.

—¿Tarda mucho la hembra en aceptar al macho?

Pilar se quedó perpleja. Rafael, en cambio, se mostró dispuesto a aclarar sus dudas.

—Por lo general, deja que la monte enseguida. Sobre todo, si el semental sabe cómo estimularla.

Mientras Pilar no lograba salir de su asombro, la negra, quizá recordando sus propios escarceos amorosos, sonreía con picardía.

—¿Quieren que vayamos hacia el monte o prefieren ir hasta el corral mayor para ver de cerca el apareamiento? Les aseguro que es algo digno de admirar... El macho empieza a danzar delante de la hembra, brincando hasta levantar sus cascos del suelo unos cuantos centímetros. Es el modo que tiene de expresar tanto la atracción hacia la yegua como el temor a ser rechazado.

Pilar estuvo a punto de decir algo, pero Jesusa se le adelantó.

—Nos encantaría ver los caballos, ¿verdad, niña?

¿Qué demonios le ocurría a su nana? ¿Desde cuándo se interesaba por esas bestias a las que solo veía de cerca cuando se dejaba seducir por Anselmo y se encerraban en el establo para buscar un poco de privacidad?

Pilar, resignada a que Jesusa se salga con la suya, aceptó sin más remilgos. Rafael sonrió encantado y enseguida le ofreció su brazo para acompañarla, pero ella se prendió al de su nana, dejándolo con las ganas de volver a tocarla.

A medida que se iban acercando, Pilar descubrió que el corral mayor era el mismo lugar en el que había visto a Rafael mientras montaba a uno de los potros recién llegados del norte. Froilán se encontraba al lado de un magnífico ejemplar de color negro que movía inquieto su cabeza. Los saludó con el sombrero



cuando se percató de su presencia.

Cuando Pilar atisbó por el rabillo del ojo que Jesusa le devolvía el saludo, agitando con entusiasmo la mano, empezó a comprender la razón de su extraño comportamiento.

Uno de los peones de la estancia apareció por el camino que conducía a las caballerizas. Traía consigo a una de las hembras. El caballo que estaba junto a Froilán, presintiendo su llegada, se puso a escarbar la tierra con sus patas delanteras.

Rafael sorprendió a Pilar, rozándole el hombro.

—Acerquémonos un poco más.

Caminaron detrás de él hasta detenerse frente a la cerca de madera que rodeaba al corral. Jesusa la soltó, ya que ambas debieron levantarse un poco la falda de sus vestidos para poder pisar con cuidado sobre esa parte del suelo en particular que estaba lleno de cascotes de barro seco. Pilar se asió del tronco superior y esperó a su nana. Pero Rafael fue más rápido y consiguió ubicarse a su lado, dejando poco espacio para la negra. Jesusa no tuvo más remedio que pararse en el extremo opuesto, junto a uno de los postes que flanqueaban la entrada al corral. Notó que su niña la miraba con preocupación. Estaba más lejos de lo que hubiese deseado, sin embargo, no era su culpa que ese hombre se le adelantara con la única intención de ocupar un sitio que era suyo. Le sonrió para tranquilizarla. Nada le sucedería mientras estuviese con ella. La yegua pasó demasiado cerca de Jesusa cuando la entraron al corral y se apartó un poco cuando sacudió la cabeza para relinchar.

El peón la condujo hasta el centro del corral y permaneció con la yegua sin soltarle la rienda en ningún momento. El animal empezó a mover la cabeza, sacudiendo las crines oscuras que el viento desparramaba sobre su lomo blanco cubierto de pequeñas manchas grises.

—Ahora, la yegua tratará de llamar la atención del macho —le explicó Rafael apoyándose en la parte superior de la cerca.

Pilar movió un poco su brazo porque con el cambio de posición, la manga del

vestido había quedado atrapada debajo de su chaqueta. Rafael fingió no darse cuenta y siguió observando lo que ocurría en el interior del corral.

De repente, el semental levantó el labio superior y comenzó a olfatear el aire. Relinchó con energía para atraer la atención de la hembra. Froilán le dio unas palmadas en el cogote para tranquilizarlo. Desde el lugar en el que estaba, Pilar solo podía ver la parte trasera del animal. Por eso cuando se giró para quedar enfrente con la yegua, soltó una exclamación que provocó que Rafael desviase la mirada hacia ella. Apenas pudo contener la risa al ver la expresión de su cara. Sin dudas, el miembro viril del macho la había impresionado.

Pilar no podía apartar la vista de esa cosa enorme que se asomaba por debajo del vientre del semental. Un intenso calor subió por su cuerpo y rápidamente se concentró en las mejillas. Estaba segura de que si las tocaba terminaría quemándose las manos. Cuando miró de refilón hacia el costado, deseó con todas sus fuerzas que la tierra se abriera y se la tragara. ¡Si algo le faltaba para sentirse más avergonzada, era descubrir que Rafael Álvarez Arriaga la estuviese mirando! Trató de enfocar su atención en otra cosa menos perturbadora. Podía sentir los ojos de ese hombre encima de ella. Buscó la ayuda de la nana, pero Jesusa estaba entretenida con el cortejo de los caballos.

La yegua bufaba y balanceaba suavemente la cola. Entonces Froilán soltó las riendas del semental, que se acercó para olfatearla. Luego, se puso a marchar delante de ella, dilatando los ollares y levantando las orejas. Empezaba la danza del cortejo de la cual le había hablado Rafael.

—Cuando la hembra empieza a mover la cola de esa manera, es porque está preparada para recibir al macho.

Pilar, en su aturdimiento, apenas podía ordenar sus pensamientos. Para ella, todo lo que salía de la boca de Rafael en ese momento sonaba a pecado. No importaba que estuviese hablando de la cópula entre dos caballos, en la mente de la joven, sus palabras evocaban a la lujuria y la llevaban irremediablemente a esa tarde en la que había visto a su padre y a su tía revolcándose en la cama de su difunta madre. Cerró los ojos un instante para apartar esa imagen de su cabeza,

pero cuando los abrió y vio que el semental estaba lamiendo la zona genital de la hembra, los volvió a cerrar. Un intenso calor nació en su vientre y descendió hasta alcanzar el triángulo de su entrepierna. Apabullada por esa marea de sensaciones desconocidas, Pilar separó los párpados para espiar. El macho ahora acariciaba el cuello de la yegua con su hocico, mientras se frotaba contra ella.

—Algunas yeguas provocan al caballo solo para rechazarlos en el último momento —le susurró Rafael al oído, mientras le apartaba un mechón de cabello con el dedo. Estaba más fascinado por la reacción de Pilar que por el ritual del cortejo en sí. Él tampoco era ajeno a lo que sucedía y le costaba mantener a raya cierta parte de su anatomía frente a la evidente excitación de la joven. Sus cuerpos casi se rozaban y apenas podía controlarse.

Cuando el semental se montó encima de la yegua con su miembro erecto, Pilar se obligó a cerrar nuevamente los ojos. Ya no veía nada, sin embargo, sentir el ligero aliento de Rafael en su nuca era todavía más perturbador.

Sabía que debía parecer una tonta, sujetándose con fuerza de la cerca, como si tuviese miedo de caerse.

—Pilar, ¿se encuentra usted bien? Podemos continuar con nuestro paseo por el resto de la estancia o volver a la casa si lo prefiere —sugirió Rafael. Tenía las mejillas rojas y parecía acalorada. No iba a sentirse culpable por no prever que una muchacha inocente como Pilar terminaría excitándose al presenciar el acto sexual entre el semental y su hembra.

Ella no le respondió. Abrió los ojos muy despacio cuando escuchó los aplausos y los silbidos.

—Ya pasó todo, Pilar. La cópula fue un éxito, ahora solo resta esperar unas semanas para saber si nuestro semental consiguió servir a la hembra.

Pilar apenas asintió con la cabeza porque seguía demasiado turbada como para decir algo. Le sorprendía que hubiese sido tan rápido. La monta había durado lo que ella había tardado en cerrar y abrir los ojos.

—¿Podemos volver a la casa? —la pregunta iba dirigida a su nana. A él ni siquiera podía mirarlo sin volver a sonrojarse.

Jesusa se aproximó a ella y la agarró del brazo. Parecía que se iba a desvanecer de un momento a otro.

—Vamos, mi niña. Será mejor que se recueste un rato. —Solo por precaución, le tocó la frente para asegurarse de que no tenía temperatura. Se veía acalorada, sí, pero no era precisamente por un estado febril.

Rafael dejó a Froilán a cargo de todo y las acompañó hasta la casa. Allí, fueron recibidas por Aurora, quien de inmediato mandó a prepararle una infusión bien caliente para Pilar. Ella terminó haciendo algo impensado. No corrió a encerrarse a su habitación apenas llegó; sino que optó por descansar en el confidente del salón. Rafael se dio cuenta de que estaba de más y las dejó solas.

—Nana, ayúdame a levantar las piernas, por favor —le pidió con desgano. Al temblor del cuerpo, ahora se le sumaba una extraña debilidad en los miembros inferiores.

—¿Qué le pasa niña Pili? Jamás pensé que un paseo tan corto la cansaría de esa manera... —dijo mientras acomodaba un almohadón en el confidente para que apoyara los pies.

—Creo que me excedí, nana. Apenas esta mañana dejé la cama —dijo a modo de explicación. Estaba completamente recuperada de su enfermedad. Sin embargo, no iba a reconocer delante de la negra que la causa de su repentino malestar tenía que ver con lo que había ocurrido en el corral y con la siempre inquietante proximidad de Rafael Álvarez Arriaga. Necesitaba imperiosamente pensar en otra cosa. Miró la biblioteca que tenía enfrente. Había algunos títulos interesantes. ¿Qué mejor método para distraerse de pensamientos oscuros que leyendo una buena novela?

Se bebió el té que le trajo Aurora hasta la última gota y le pidió a Jesusa que le alcanzara un libro.

—¿Va a quedarse aquí sola leyendo, niña? —La cubrió con una manta para evitar que se enfriase y abrió un poco la hoja de la ventana para que le entrase el sol.

—Sí, nana. Me gusta este lugar.

Jesusa se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente.

—Estaré en la cocina. Si me necesita, no dude en llamarme.

—Andá tranquila, nana. Si algo me perturba, serás la primera en saberlo.

Cuando Jesusa dejó el comedor, se arrebujó en el confidente con el libro en la mano. Era un ejemplar de *El médico de San Luis*, la novela que Eduarda Mansilla de García, sobrina de Rosas y hermana del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, había publicado durante la década de 1860 usando el nombre de su hijo Daniel. No la había leído nunca y aquella era una ocasión perfecta para perderse en sus páginas y dejar de pensar en tonterías.



## UN ÁNGEL EN LA OSCURIDAD

*No podía ver nada. Las sombras de la noche le devoraban el cuerpo y el miedo le agujoneaba el alma. El rancio olor a humedad se mezclaba con el de su propio orín. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había meado encima. Pegó sus largas y escuálidas piernas contra su pecho para tratar de detener los temblores. Tiritaba de frío y de espanto. Algo se movió junto a él, rozándole el hueso del tobillo que se asomaba entre el calcetín y el pantalón.*

*Una rata.*

*Cuando sintió que empezaba a mordisquearle la pierna, la pateó con tanta fuerza que el roedor terminó estrellándose contra una de las paredes del sótano.*

*El estómago le rugía de hambre. No sabía cuánto llevaba sin comer, pues allí adentro se perdía la noción del tiempo con facilidad. El día se convertía en noche en ese horrible lugar. Se acomodó en posición fetal sobre unas bolsas de arpillera que alguien había dejado abandonadas, quizá apiadándose de su situación.*

*Quería dejar de sufrir. Le dolía el alma y el cuerpo... Quería morir. El infierno ya lo conocía en vida, por eso no le asustaba lo que le esperaba más allá de la muerte.*

*Lloraba. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, lavándole el rostro. Ya no le importaba si su padre lo descubría llorando. Tampoco que le gritase que era un niño débil y estúpido, mientras lo apuntaba con el dedo y soltaba una carcajada. Ya nada le importaba. Si hubiese sabido cómo hacerlo, se habría dejado morir. Cerró los ojos para intentar dormir, pero el frío, la humedad y el*

*hambre no dejaban de atormentarlo.*

*De pronto, sintió un calor agradable en su rostro. Cuando abrió los ojos, una luz blanca y brillante lo encegueció. La oscuridad ya no lo rodeaba. El miedo, poco a poco, iba abandonando su cuerpo y su alma.*

*—Todo estará bien, Rafael —susurró una voz femenina que parecía flotar en el aire.*

*Rafael se echó hacia atrás cuando el halo de luz empezó a moverse.*

*—¿Quién sos? —preguntó, ansioso por conocer a la dueña de esa dulce voz que le hablaba con tanta ternura.*

*La luz empezó a materializarse delante de sus ojos. Ya no lo enceguecía. Entonces pudo vislumbrar una silueta femenina envuelta en un vaporoso camisón blanco. Tendió sus manos hacia él para que se acercara.*

*Rafael vaciló un instante. No había podido ver su rostro todavía, pero esa mujer que había aparecido de la nada, como si fuese un fantasma, le inspiraba mucha paz. Sabía que no tenía nada que temer... Ella lo protegería del odio de su padre.*

*¿Quién era? ¿Por qué no podía dejar de contemplarla? ¿Acaso ese Dios que lo había abandonado se apiadaba de él y le enviaba a su madre para llevárselo a su lado?*

*—Conmigo nada malo te sucederá, Rafael —le dijo, acercándose un poco más.*

*Cuando miró hacia abajo, se dio cuenta de que iba descalza. Fue subiendo muy despacio, recorriéndola con sus ojos grises, hasta que la luz empezó a desvanecerse. Finalmente, podría ver su rostro...*

Rafael se despertó sobresaltado. Le costaba respirar. Por un segundo no fue capaz de discernir en dónde estaba. Aturdido, se incorporó y miró a su alrededor. Se topó con su propia imagen reflejada en el espejo del ropero. Un sudor frío le recorría el cuerpo. Las pesadillas habían regresado... en realidad, nunca lo habían abandonado.

Pero esta vez, había sido diferente. Perdido entre la realidad y la fantasía, se tocó el rostro. Lo sintió caliente, como si la luz que irradiaba esa figura fantasmagórica que se le había aparecido en forma de mujer todavía estuviese con él. Había llegado a pensar que se trataba de su madre, sin embargo, se despertó justo antes de descubrir la identidad de su ángel de la guarda.

Saltó de la cama y fue hasta la ventana para correr las cortinas. El día apenas empezaba a clarear, pero Pilar había decidido marcharse bien temprano y no quería perderse la oportunidad de despedirse de ella. Se deshizo de la ropa sudada y el aseo de esa mañana fue con agua de la jofaina porque no tenía tiempo para darse un baño de tina. Se mojó también el pelo y lo peinó apenas con los dedos. Se miró el bigote. Le tocaba retocarlo, pero podía esperar. Fue hasta la percha en donde Aurora siempre le dejaba una muda de ropa limpia, pero resolvió que esa mañana usaría una de sus mejores camisas. Revolvió el ropero hasta que encontró la adecuada. El vozarrón de Pancho en el pasillo dando los buenos días, le indicó que sus invitadas estaban a punto de abandonar *El Refugio*. Se puso una chaqueta por encima y revisó su aspecto frente al espejo una vez más antes de salir.

Pilar estaba en el recibidor, buscando con urgencia un pañuelo en su bolsito de mano. Su paso por la cocina para despedirse de Herminia, la había dejado demasiado sensible. Levantó la vista cuando escuchó que alguien bajaba corriendo las escaleras. Pensó que era su nana, pero se trataba de Rafael.

—Buenos días, Pilar. Tenía miedo de no encontrarla —le dijo, plantándose delante de ella y dejándole apenas unos pocos centímetros para moverse con comodidad.

—Buenos días, señor Álvarez Arriaga.

Ese frío *señor Álvarez Arriaga* le supo a derrota. Volvía a tratarlo con esa absurda formalidad y Rafael sentía que, en vez de acercarse más a ella, retrocedía varios casilleros en su afán de ganarse su simpatía.



—¿Ha dormido bien? —Cuando ella prefirió desviar la mirada y no contestarle, comprendió que su pregunta había sido indiscreta. Era previsible que, después de lo vivido en los corrales, cualquier jovencita inocente como ella tendría problemas en conciliar el sueño. Decidió cambiar de tema para no seguir importunándola—. Dígale a su padre que en unos días le enviaré una copia del contrato de sociedad para que lo revise con su abogado antes de proceder a la firma.

—Está bien, se lo diré.

No quería malgastar sus últimos minutos con ella, hablando de asuntos que solo le competían a él y a don Amancio.

—Es posible que viaje a Buenos Aires para formalizar nuestra sociedad...

Pilar solo pudo asentir. Se había puesto nerviosa ante la mención de la palabra formalizar.

—Me gustaría que volviéramos a vernos, Pilar —le dijo al tiempo que le sonreía—. Cuento con la anuencia de su padre para empezar a frecuentarla cuando quiera.

Ella lo miró. Había tanta furia en sus ojos color miel que a Rafael se le borró la sonrisa de la cara.

—Contaré con la aprobación de mi padre, señor Álvarez Arriaga, pero jamás tendrá mi consentimiento para casarme con usted —le aclaró. Parecía muy segura de sí misma, como si estuviese más que dispuesta a hacer lo que fuera necesario para pasar por encima de los deseos de su propio padre.

—¿Por qué es tan categórica, Pilar? Sé que apenas nos conocemos y es lo más normal del mundo que se sienta desbordada por los últimos acontecimientos; sin embargo, le pido que me dé la oportunidad de poder cortejarla y mostrarle las mieles del amor... No soy un monstruo como para que me rechace de esa manera —dijo, por último, con la esperanza de caerle un poco más en gracia. Se sentía ridículo hablándole de amor—. ¿Acaso hay alguna razón de peso que le impida fijarse en un hombre como yo? —Ella negó con la cabeza, pero después de haberla escuchado clamar por otro mientras estaba afiebrada, supo que le

mentía—. ¿Le parezco demasiado viejo, quizá? Tengo veintiocho años, Pilar. Soy un hombre hecho y derecho, que ya estuvo casado y sufrió la pérdida de su esposa. Le concedo que piense que la diferencia de edad pueda ser un obstáculo, pero once años no son demasiados.

A Pilar poco le importaba su edad. Si estuviese enamorada de él, como lo estaba de Gonzalo, jamás se habría fijado en ese detalle. Sencillamente no podía casarse con ningún otro hombre porque su corazón ya tenía dueño. Por supuesto, no había necesidad de que Rafael Álvarez Arriaga supiese de la existencia de Gonzalo. Estaba segura de que su padre no le había mencionado nada de su romance clandestino para salvaguardar el buen nombre de su familia.

—No es cuestión de edades —respondió por fin mientras miraba por encima de su hombro, preguntándose cuánto tiempo más tardaría su madrastra en aparecer—. Yo no lo conozco y usted tampoco me conoce a mí, señor. ¿Cómo podría casarme con alguien a quien no amo? ¿Estaría dispuesto a atarse a una mujer solo para satisfacer el capricho de mi padre?

Rafael sintió que le habían dado donde más le dolía. Aunque él no se había casado con Elena Echagüe por capricho, sí se había unido a ella para afianzar los lazos comerciales con su padre... Sabía que con Pilar quizá estaba a punto de cometer el mismo error, pero eso no lo detendría.

—No pretendo que se convierta en mi esposa mañana mismo, Pilar. La idea de su padre es que viaje con frecuencia a la ciudad para que podamos conocernos. Tal vez celebrar el compromiso en un par de meses y...

—¡Por favor, cállese! —le suplicó, incapaz de seguir escuchando cómo un hombre al que apenas conocía y que le encrespaba los nervios más que nadie, decidía la manera en la que iba a vivir su vida de ahora en adelante.

—Perdóneme, Pilar. No quise molestarla —se disculpó, tratando de aplacar su mal humor.

—Si no quiere molestarme, entonces déjeme en paz —le escupió antes de voltearse para ya no tener que mirarlo a la cara.

Rafael, cansado de toparse a cada minuto con esa actitud beligerante, se

movió hasta quedar frente a ella de nuevo. Cuando Pilar pretendió huir. La sujetó con fuerza de la muñeca para impedirselo.

—No voy a dejarla en paz, Pilar Robles —aseveró. La contemplaba con la cabeza en alto, taladrándola con esos ojos grises que escondían mucho más de lo que revelaban—. Su padre y yo hicimos un trato. Va a casarse conmigo cuando yo lo decida.

—¡Déjeme ir! —gritó al tiempo que se retorció como una víbora en su afán de soltarse de su agarre.

Rafael la atrajo hacia él para que se quedase quieta. Cuando la pegó a su cuerpo, Pilar finalmente se calmó. Tenía las mejillas rojas por el esfuerzo y echaba chispas por los ojos.

—¡Le he dicho que me suelte! —insistió ante su inquietante pasividad.

Rafael no dijo nada, solo la sujetaba del brazo mientras la miraba casi sin parpadear. Estaban tan cerca uno del otro, que él podía sentir cómo los pechos femeninos subían y bajaban al ritmo de su agitada respiración y ella recibía su aliento tibio en todo el rostro.

Con la mano que tenía libre, Rafael le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego, se detuvo un momento en su mejilla, a la que acarició suavemente con los dedos. Ella apenas pudo reaccionar. Parecía petrificada en los brazos del hombre que estaba a punto de arruinar su vida. Cuando él inclinó la cabeza hacia ella y adivinó cuál era su intención, Pilar tuvo los reflejos suficientes para evitar que la besara. Se apartó unos centímetros y con un certero rodillazo, logró golpearlo en sus partes más sensibles.

Rafael, mordiéndose la lengua para no gritar de dolor, se llevó ambas manos a la entrepierna.

—¡Maldición, Pilar! ¿Qué ha hecho? —reclamó, dejando los modales de lado. Después del golpe bajo que acababa de propinarle, tenía derecho a tratarla como quería.

—Le dije que me soltara. —Sonreía con malicia, disfrutando de su pequeña pero efectiva travesura.

Rafael la miró con los ojos entornados. Ahora eran los suyos los que echaban chispas de furia.

—Es usted una fiera... y eso me gusta. —Se incorporó a pesar de que el dolor en los testículos todavía le escocía mucho—. Estoy dispuesto a domarla, Pilar Robles. Aunque sea lo último que haga en mi vida, terminará cayendo en mis brazos.

Ella empezó a bufar. ¡Con qué placer le hubiese dado otro rodillazo, aunque solo fuese para que cerrara la boca y dejase de decir sandeces!

La oportuna llegada de Lorenza y Jesusa impidió que lo volviese a intentar.

—Buenos días. —Lorenza percibió de inmediato que habían irrumpido en medio de una situación delicada. El aire estaba tan pesado que se podía cortar con una tijera. Rafael tenía una expresión extraña en el rostro, mientras que Pilar estaba roja de la ira. Lorenza sonrió complacida. Esa tensión que se generaba entre ambos cuando estaban cerca era una muy buena señal. La insoportable de su hijastra podía despotricar todo lo que quisiera y proclamar que estaba enamorada de Gonzalo Funes, pero hasta un ciego se daba cuenta de que ese hombre no le era del todo indiferente.

Jesusa se acercó a Pilar.

—¿Pasó algo, niña?

Ella la miró. Respiraba fuerte y la negra se asustó.

—¿Se siente bien? ¿Le volvió la fiebre?

—Estoy bien, nana —la tranquilizó—. Lo único que quiero es irme de este lugar ya mismo. Ante el más mínimo descuido, el campo se puede tornar bastante peligroso...

Rafael supo que el comentario estaba dirigido exclusivamente a él. Por eso, preparó una respuesta para estar a su altura.

—El verdadero peligro no está en un lugar tranquilo como este, señorita Robles. Lo podrá comprobar usted muy pronto cuando vuelva para quedarse. En *El Refugio* siempre la recibiremos con los brazos abiertos.

Pilar no dijo nada. Se dio media vuelta con un movimiento brusco y

tomándose del ruedo del vestido, empezó a caminar hacia el lugar en donde las aguardaba la galera. Jesusa iba detrás de ella, tratando de seguirle el ritmo.

—Otra vez le pido disculpas, Rafael —intervino Lorenza apenas la joven se alejó de la galería—. María del Pilar todavía no ha asimilado que pronto se convertirá en la señora de esta casa. Por eso insisto en que no deje pasar mucho tiempo y vaya a verla a la ciudad lo antes posible.

—¿Hay algo que no me esté diciendo, Lorenza?

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—¡Por supuesto que no, Rafael! Solo le estaba dando un consejo porque conozco demasiado bien a esa niña y no va a ser sencillo para usted ganarse su confianza.

Rafael intuyó que los repentinos nervios de la esposa de Robles tenían que ver con el tal Gonzalo. Si Pilar lo había llamado mientras se encontraba afiebrada, debía ser alguien importante para ella. Estuvo a punto de ponerse en evidencia y preguntarle quién era, sin embargo, prefirió esperar el momento y la persona adecuada para indagar sobre la identidad de ese sujeto.

—¿Me acompaña hasta la galera? —Lorenza aprovecharía hasta el último momento para estar cerca de él—. De paso, podrá saludarla otra vez antes de que partamos.

Rafael dudaba de que Pilar quisiera volver a verlo. Después de la reacción que había tenido cuando él intentó acercarse demasiado, podría esperar lo peor. Aun así, aceptó escoltar a su madrastra hasta el coche y le ofreció su mano para ayudarla a subir. Lorenza le sonrió a modo de agradecimiento, y Rafael se sintió intimidado por la fuerza de su mirada. Esa mujer era de armas tomar y al parecer, no se andaba con rodeos a la hora de coquetear con los hombres. Miró de soslayo a Pilar para cerciorarse de que no hubiese sido testigo del comportamiento poco decente de su madrastra, pero ella ni siquiera les estaba prestando atención. Lo ignoraba por completo mientras conversaba con su nana quien ya se había acomodado a su lado en la galera.

Los dos hombres que encabezarían la comitiva se le acercaron para recibir las

últimas indicaciones antes de partir y se montaron raudos encima de sus alazanes. Tenían órdenes de escoltar a las mujeres hasta la ciudad y si se les hacía de noche, tenían permiso de pernoctar en alguna posada para volver a Capilla del Señor con la luz del alba.

Echó una última mirada con la esperanza de ver a Pilar, pero solo obtuvo el adiós de doña Lorenza. Incluyó la cabeza y se tocó el bigote a modo de saludo.

El cochero sacudió las riendas para azuzar a los caballos y rápidamente se pusieron en movimiento. A Rafael lo envolvió el polvo del camino a medida que la galera se iba alejando de la estancia. Sin embargo, permaneció allí, en el medio de la huella, hasta que la vio convertirse en un punto oscuro que se perdía en el horizonte.

Lo primero que hizo Pilar al llegar a Buenos Aires no fue quitarse el vestido cubierto por el polvo de los caminos ni pedirle a su nana que le preparase un baño de tina con agua tibia para relajar sus agotados y ateridos músculos. Su prioridad apenas puso un pie en la casa fue conocer el paradero de su hermano. Le preguntó a Dominga y la negra le indicó que el niño José Emilio llevaba toda la tarde encerrado en su habitación con la nariz en los libros. Hacia allí se dirigió incluso antes de saludar a su padre. Irrumpió como una tromba sin llamar a la puerta. Fue hasta la cama y se arrojó encima, provocando que uno de los armatostes de leyes que José Emilio leía terminase en el suelo.

—¡Necesito que me ayudes, José Emilio!

Él se incorporó y dejó los anteojos encima de la mesita de noche. Tras restregarse los ojos, la miró muy seriamente.

—Tuviste que soltarle todo a papá y ahora no sabés cómo hacer para salir del embrollo en el que vos misma te metiste.

Pilar abrió los ojos como dos platos.

—¡No fui yo la que se lo contó! —replicó, enojada—. Papá lo descubrió. No me preguntes cómo, pero lo supo. Por eso cuando me dijo que debía casarme con

Rafael Álvarez Arriaga, le confesé que quiero a Gonzalo y que jamás podría estar con otro hombre.

—Pero ¿cómo se enteró? Solo Jesusa, Clarita y yo lo sabíamos. —José Emilio no salía de su asombro. Él había creído que Pilar había cometido una locura al revelar su secreto, cuando en realidad había sido alguien más quien abrió la boca.

—No lo sé, José Emilio. Cuando le pregunté, se negó a decírmelo.

—Tal vez alguien los vio... es la única explicación razonable.

Pilar asintió.

—Bueno, pero eso no es lo que importa ahora. —Subió una pierna encima de la cama y respiró hondo—. Tenés que hacerme un favor muy grande. Quiero que vayas a buscar a Gonzalo y le digas que quiero verlo esta noche... —Se detuvo cuando vio que José Emilio negaba con la cabeza—. ¿Qué pasa? Sos la única persona que puede ayudarme.

—Ya no puedo solaparte más, Pilar. Durante tu ausencia, ocurrieron algunas cosas. —No tenía sentido ocultarle la verdad, porque tarde o temprano terminaría enterándose. Mejor que lo supiera de su boca—. Nuestro padre me recriminó que haya alcahueteado tu romance con Gonzalo. Incluso me exigió que no vuelva a traerlo a esta casa. Ayer por la mañana, ambos se encontraron en el astillero y papá le prohibió a Gonzalo que se acerque a vos.

Pilar palideció de repente.

—¿Cómo...? ¡No puede ser!

—Yo mismo fui quien propició el encuentro, Pilar. Papá quería hablar con Gonzalo y me usó de intermediario para llegar hasta él.

Pilar se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación mientras se agarraba la cabeza.

—¡No puede ser! ¡Esto no puede estar pasando!

—Es mejor que lo aceptes, Pilar. Nuestro padre jamás permitirá que vos y Gonzalo estén juntos.

Se volteó y lo miró directamente a los ojos.

—¿Sabés que le dijo? ¿Pudiste hablar con él?

—No. Ayer no teníamos clases y hoy no apareció por la facultad.

Pilar se arrodilló frente a su hermano.

—¡Por favor, José Emilio! ¡Tenés que ayudarme! ¡Si no vas a ver a Gonzalo para decirle que venga, yo misma iré a buscarlo!

La vio tan decidida que no dudó en que era capaz de cumplir con su amenaza. Resignado a convertirse una vez más en su cómplice, le preguntó qué planeaba hacer exactamente.

Más tarde, cuando Jesusa fue a buscarla a su habitación para que bajase a cenar, Pilar se excusó alegando que estaba demasiado agotada del viaje como para probar bocado. Dio un bostezo muy grande y se arrebujó debajo de las sábanas para dormirse temprano. Como cada noche, la negra la besó en la frente y la bendijo. Apenas se quedó sola, saltó fuera de la cama y se abrigó con lo primero que encontró. José Emilio había cumplido con su encargo y Gonzalo no tardaría en aparecer por la casa. Le había pedido a su hermano que le dijese que lo esperaba en el establo para evitar que alguien de la familia los viese. Si uno de los criados los sorprendía, Pilar sabía que, a cambio de una súplica o unas monedas, podía contar con su silencio. Salió de la habitación mientras los demás disfrutaban de la cena en el comedor. Atravesó el pasillo con sigilo y bajó los peldaños de la escalera de uno en uno, oteando a su alrededor para no toparse con nadie en su camino. Fue hasta la cocina y allí se desvió hacia la salida que daba al segundo patio. Tuvo que tener mucho cuidado porque la puerta estaba desvencijada y hacía un ruidoso chirrido cuando alguien la abría. Oyó pasos que se acercaban y alcanzó a ocultarse detrás de unos cajones de madera en los que se acumulaba la leña para la estufa. Vio pasar a toda prisa a Anselmo. No pudo creer su buena suerte cuando el cochero dejó la puerta abierta. Tal vez era arriesgarse demasiado, pero aprovechó para escabullirse por ella y llegar al patio. Se detuvo en seco cuando se topó con la sombra de Anselmo. Él no la había visto todavía ya que estaba de espaldas, meando contra la higuera. No supo qué hacer. Ya no podía regresar a la casa y tampoco enfilarse hasta el establo



sin ser descubierta.

Anselmo se volteó y casi le da un síncope cuando la vio allí parada. Instintivamente, se tapó la entrepierna, aunque ya se había subido los pantalones.

—¡Niña, qué susto me ha dado!

—Lo siento, Anselmo. No fue mi intención —le dijo mirando por encima de su hombro para comprobar que nadie de la casa los hubiese oído.

—¿Qué anda haciendo por acá, niña?

Si le decía que había salido a dar un paseo, el negro no le hubiese creído. Tomaría otro riesgo más esa noche y le contaría la verdad.

—Necesito que me hagas un favor, Anselmo. No le digas a nadie que me viste, ni siquiera a mi nana. —Se acercó y le puso la mano en el hombro—. Mi felicidad depende de tu discreción.

Anselmo frunció la frente. Presentía que el joven que se había encontrado con la patroncita en el Paseo de Julio estaba detrás de aquel misterio.

—Sabe que puede contar con este negro bruto, niña. ¡Seré una tumba! —Y con el dedo hizo una cruz sobre sus gruesos labios para sellar su juramento.

Ella le sonrió.

—Voy a estar en el establo. Vos procurarás que nadie se aparezca por allí...

—¿Va a encontrarse con el mismo joven del otro día?

—Sí, Anselmo. Por eso es importante que nadie se dé cuenta. Gonzalo se colará por uno de los paredones laterales y yo lo estaré esperando.

—No se preocupe, mi niña que yo mismo vigilaré para que nadie los moleste —le aseguró.

—Gracias, Anselmo.

Se alejó hacia el establo con la tranquilidad de saber que él estaba de su lado. La pesada puerta de madera estaba entreabierta. Logró meterse sin tener que moverla y una vez dentro, se sentó en una banqueta a esperar.

Había salido de la casa un rato antes de la hora prevista para el encuentro. Gonzalo no tardaría en llegar. Hacía un frío de los mil demonios en el establo. Se levantó el cuello del abrigo y comenzó a moverse para entrar en calor. Se acercó

a uno de los caballos, cuando vio que asomaba la cabeza por encima de la valla, buscando llamar su atención. Le acarició la frente con suavidad, pero de pronto se detuvo. El zaino le trajo recuerdos de lo que había pasado en la estancia el día anterior. La manera en la que Rafael le había hablado mientras el semental montaba a la yegua todavía hacía que le subieran los colores a la cara. No podía permitir que ese hombre se colara en sus pensamientos a cada instante. Ella debía concentrarse en Gonzalo.

El caballo resopló inquieto y un segundo después, alguien abrió la puerta principal del establo.

Pilar se volteó rápidamente. Cuando lo vio a Gonzalo, corrió a refugiarse en sus brazos. Con la cabeza recostada en su hombro, se echó a llorar como una magdalena.

—¡Dios! ¡Me hacías tanta falta! —balbuceó en medio de los sollozos.

Gonzalo la apartó y la tomó del mentón para poder mirarla.

—No llores, Pilar. Todo va a estar bien. —Se acercó para besarla. La ansiaba tanto que un solo beso no era suficiente. Abandonó su boca y continuó besándole el rostro, absorbiendo la sal de sus lágrimas, saboreando el olor de su piel. Le apartó el abrigo para poder llegar hasta su cuello y si en ese momento, ella no hubiese hablado, habría continuado con su exploración.

—¿Qué te dijo mi padre?

Recordar la conversación que mantuvo con don Amancio Robles lo puso de mal humor. No había conseguido sosegarlo todavía y estaba convencido de que nunca podría hacerlo. No cuando ese hombre pretendía manejar su vida y la de su hija a su antojo.

—Lo que temíamos, Pilar. No quiere que me acerque a vos. —La sujetó de la mano y la condujo hasta la misma banqueta en la que había estado sentada ella antes de su llegada—. Incluso me ofreció dinero a cambio de desaparecer.

Pilar negó con la cabeza. ¡Su padre no podía haber llegado a tanto! Sin embargo, después de hablar con él en la estancia, nada la sorprendía.

—Me dijo que planea casarte con ese hombre.

—Sí... y Rafael Álvarez Arriaga está de acuerdo con él.

La sola mención de ese nombre le revolvía el estómago. Durante la ausencia de Pilar, se había vuelto loco. Imaginársela tan lejos, a merced de quien su padre había elegido para convertirla en su esposa, era demasiado tortuoso para él. Quería preguntarle qué había pasado entre ambos esos días en el campo, pero temía que, al hacerlo, Pilar pensara que desconfiaba de ella.

—¿Qué vamos a hacer?

Ese mismo dilema le había estado carcomiendo el seso las últimas veinticuatro horas y la única solución que se le ocurría no era la mejor, sobre todo para Pilar.

—Huyamos lejos, a un lugar en donde nadie nos conozca —dijo ella de repente, poniendo en su boca lo que a él le pasaba por la mente en ese instante.

—Lo pensé, Pilar, pero... ¿adónde iríamos? No puedo llevarte a la pensión. Ese lugar no es para vos.

—Cualquier lugar es bueno si estamos juntos.

—Tengo algo de dinero ahorrado, no es mucho, pero tal vez nos alcance para los boletos del tren —manifestó, un poco más entusiasmado por su idea y su afán de poder vivir el amor sin tener que esconderse de la gente.

—Yo puedo pedirle dinero a José Emilio o a mi abuela.

—No metamos a doña Encarnación en esto —le pidió—. Si vamos a escapar, mientras menos gente involucrada haya, mucho mejor.

Pilar estuvo de acuerdo con él a medias. Lo más razonable era actuar con cautela y así evitar que sus planes se viniesen abajo ante cualquier indiscreción. Sin embargo, lo del dinero era distinto. Necesitarían una buena suma para poder dejar Buenos Aires y sobrevivir hasta que alguno de los dos consiguiese un empleo.

—Tendremos que pedirle ayuda a mi hermano entonces —adujo, esperando que él dejase un poco el orgullo de lado y aceptase su sugerencia.

—Está bien. Podemos confiar en José Emilio, él jamás nos traicionaría. Se puso de nuestra parte aun cuando no aprobaba lo que hacíamos. —Le acarició

los pesados bucles que caían a un costado de su rostro. ¡La amaba tanto! Ahora que veía tan cerca la posibilidad de perderla para siempre, comprendía que era imposible vivir sin ella—. ¿Estás completamente segura de lo que vas a hacer? No quiero obligarte a abandonar una vida llena de lujos y comodidades para que te aventures conmigo a un futuro incierto. ¡Ni siquiera sé hacia dónde iremos!

Pilar percibió su angustia, que era tan grande y asfixiante como la suya propia. No importaba lo que perdiera al huir con él. Podía soportar cualquier vicisitud que el destino pusiera en su camino, menos tener que separarse de él para casarse con un hombre al que no amaba y que tampoco sentía amor por ella.

—Nunca estuve tan segura de algo en toda mi vida —le aseguró, apoyando sus manos en el pecho de Gonzalo—. Debemos irnos cuanto antes. Rafael Álvarez Arriaga puede volver a la ciudad en cualquier momento y no quiero volver a cruzarme con él...

Gonzalo ya no soportaba más la incertidumbre. Aunque Pilar se mostraba más que dispuesta a dejarlo todo para irse con él, algo en ella había cambiado. Y presentía que ese cambio tenía que ver con ese hombre.

—Pilar... ¿qué pasó exactamente en Capilla del Señor? —Cuando ella no fue capaz de sostenerle la mirada, comprobó que sus sospechas no estaban erradas—. Quiero saber la verdad, no importa lo dolorosa que sea.

La joven dejó escapar un suspiro. Había cosas que no podía contarle, porque ni siquiera ella le encontraba explicación. Le relató el momento en el cual su padre le anunció que se casaría con Rafael Álvarez Arriaga y su posterior huida de la casa. Cuando le tocó contarle lo del incidente en el río, obvió algunos detalles.

—Entonces ese hombre te salvó la vida. —La sangre le hervía en las venas. Apenas podía controlar la furia que le provocaba saber que el tal Álvarez Arriaga se había convertido en héroe al rescatarla de una muerte segura, cuando no era más que el culpable de que casi hubiese perdido la vida.

—Pudo ser cualquier otro. Él solo apareció primero —repuso, quitándole protagonismo a Rafael para tratar de borrar esa idea que le rondaba en la cabeza

y que lo estaba desquiciando de celos.

Gonzalo no respiraba; bufaba. Se apartó de Pilar, dio unas cuantas vueltas y regresó a su lado. Con las manos en la cintura, le clavó la mirada.

—¿Acaso se atrevió a seducirte? ¿Se aprovechó de vos cuando te sacó del agua?

—¡No, por supuesto que no! Nunca le permití aproximarse demasiado, además, mi nana no se despegaba de mi lado en ningún momento. —Se sentía muy mal por tener que mentirle, pero no sabía de lo que sería capaz si conocía la verdad. Era preferible que creyese que entre Rafael y ella no había habido ningún acercamiento. Después de todo; cuando él lo intentó, se encargó de mostrarle su rechazo. No tenía caso echarle más leña al fuego. Si su plan de fuga daba resultado, ya no tendrían que volver a preocuparse por ese hombre y por el matrimonio que le había impuesto su padre.

—¿Me lo jurás?

Pilar tardó un instante en responder y bastó para que las dudas de Gonzalo solo se acrecentasen.

—Te lo juro —dijo por fin.

Su juramento no sirvió para aplacar la rabia que sentía Gonzalo. La abrazó con tanta fuerza que Pilar se dio cuenta de que no le había creído.

—¿Cuándo nos vamos? —le preguntó de repente.

Gonzalo la miró directamente a los ojos. Se habría ido con ella esa misma noche, pero su madre estaba de por medio y no podía abandonarla.

—Pilar... tenés que saber que la salud de mi madre empeora día a día. Sus huesos ya no logran sostenerla y cuando consigue moverse, termina exhausta. No puedo irme sin ella.

Pilar nunca se atrevería a pasar por encima de algo tan delicado como la salud de su madre. Sin embargo, era la primera vez que se lo mencionaba y le sonó a excusa.

—La llevaremos con nosotros —respondió sin medir las consecuencias de sus palabras—. Podemos quedarnos un tiempo en la ciudad hasta que ella se reponga

y luego, cuando todo se calme y dejen de buscarnos, nos iremos lejos, donde nadie nos conozca. Yo estoy dispuesta a trabajar si hace falta. Tengo muy buena mano en la cocina y podría encontrar empleo en alguna fonda...

—Sos increíble, Pilar —musitó mientras le cubría los labios con su dedo para que se callara la boca—. Muchas veces me maldigo a mí mismo por haber puesto mis ojos en quien no debía, sobre todo, maldigo que hayas correspondido a mis sentimientos. Si no me amases con la misma intensidad que te amo yo, sería más fácil alejarme de tu lado y evitar que te condenes a una vida desdichada junto a un hombre que no te merece. Pero soy demasiado egoísta y no importa lo que nos depare el destino... quiero compartir el resto de mis días con vos. Como sea, con quien sea y donde sea.

Ella sonrió. Ya no necesitaba más razones para trazar su plan de escape. Se querían y era lo único que importaba.

Gonzalo le sugirió entrar a una de las galeras para estar más abrigados y con cierta reticencia, Pilar aceptó. Él entró primero y la ayudó a subir. Se sentó a su lado para mantener cierta distancia, cuando deseaba exactamente lo contrario. Gonzalo lo percibió y tardó lo que un abrir y cerrar de ojos en procurar un acercamiento. La intimidad de la galera propició que ella se dejara acariciar la mano. Gonzalo se inclinó sobre ella y hundió el rostro en su cuello. Contuvo el aliento cuando empezó a besarle la oreja. Le mordisqueó el lóbulo, tironeando suavemente de él hacia abajo. Pilar se recostó contra la pared del carruaje. No sabía realmente qué era lo que quería, pero no fue capaz de detenerlo. No todavía. Sin previo aviso, Gonzalo se apoderó de sus labios y la besó con desenfreno hasta dejarla casi sin aliento. Cuando se apartó para poder mirarla, Pilar tuvo que cerrar los ojos. Por una ráfaga de segundos, la imagen de Rafael se había fundido con la de Gonzalo. Ese hombre no solo conseguía colarse en sus pensamientos, ahora también se entrometía entre ellos, como si fuese un fantasma. Era ilógico que consiguiera perturbarla de esa manera cuando estaba a varias leguas de distancia.

Al sentir que las manos masculinas se ciñeron alrededor de su cintura con la

intención de atraerla hacia él, comprendió que estaban llegando demasiado lejos.

—No... Gonzalo, no podemos. —Abrió los ojos muy despacio y respiró aliviada cuando descubrió que volvía a estar a solas con él en el interior de la galera.

—Tenés razón. —Todavía respiraba con dificultad—. Debí medir las consecuencias de mis actos. Perdoname...

—No es necesario que pidas perdón, Gonzalo. No todo fue tu culpa, yo también me dejé llevar por el fervor del momento —reconoció al tiempo que le sonreía—. Se está haciendo tarde, tengo miedo de que alguien en la casa note mi ausencia y salga a buscarme. Aprovechemos estos últimos minutos juntos para planear muy bien nuestra huida. No podemos dejar ningún detalle librado al azar.

Gonzalo asintió. Aunque le costó separarse de ella después de haberla sentido vibrar entre sus brazos, no eran sus deseos insatisfechos los que tenían prioridad esa noche.

Si el plan daba resultados y lograban concretar su sueño de irse lejos de aquellos que no los comprendían, más temprano que tarde, Pilar sería suya por fin y ningún ricachón con ínfulas de héroe se la podría arrebatarse.



## SUEÑOS ROTOS

*E*sa mañana, un poco más temprano de lo habitual, doña Lidia escuchó ruidos en la habitación de su hijo. La noche anterior, durante la cena, apenas había abierto la boca. Estaba taciturno, como si algo lo preocupase. Cuando le preguntó qué pasaba, le dijo que solo eran nervios por los exámenes finales. Por supuesto, ella no se lo creyó y sospechaba que la verdadera razón de su inquietud tenía que ver con esa joven de la cual se había enamorado. Se dio vuelta en la cama hasta quedar boca arriba. Sus huesos iban de mal en peor y temía que pronto no podría levantarse siquiera. No quería volver a convertirse en una carga para su hijo. Cuando él todavía era pequeño, había tenido que cuidar de ella durante una aciaga época en la cual estuvo postrada en la cama porque su cuerpo había perdido todas las fuerzas. Gonzalo ahora tenía otras responsabilidades y no era justo que tuviese que dejarlas de lado para dedicarse a ella.

Despacio, se incorporó hasta quedarse sentada. Incluso el movimiento más mínimo le demandaba un gran esfuerzo. Respiró hondo cuando un dolor agudo le atravesó la espalda. Sobre la mesa de la cocina estaba el frasco con el compuesto que cada noche le daba Gonzalo para que pudiese dormir tranquila. Últimamente ya ni siquiera alcanzaba para paliar tanto sufrimiento. Él, siguiendo las instrucciones del doctor, le había aumentado la dosis a dos cucharadas diarias, pero a escondidas, cuando ni Gonzalo ni Carmen la veían, se tomaba una dosis de más porque ya no soportaba el dolor en los huesos.

La puerta de la habitación de Gonzalo se abrió y ella procuró sonreír para que



él no percibiera nada.

—Hoy te has levantado más temprano —le dijo mientras lo observaba dirigirse hacia ella con el paso cansino. Las marcas oscuras que le ensombrecían los pómulos eran signos de que, al igual que ella, aunque por distintas razones, también había pasado una mala noche.

Gonzalo se sentó junto a ella, tomó su mano y la miró. Se tomó unos segundos antes de hablarle.

—¿Qué pasa, hijo?

—Hay algo que debo decirle, madre. Es muy importante para mí que comprenda que no tenemos otra salida y que jamás pondría en riesgo su salud...

—Gonzalo, me estás asustando —lo interrumpió, entrando en pánico.

—No se alarme que no es nada grave, pero sí va a afectar nuestras vidas de ahora en adelante. —Había buscado la mejor manera de decírselo, pero tras darle varias vueltas al asunto, se dio cuenta de que no importaba las palabras que eligiera para hablarle, ella no resistiría empezar de nuevo en otro lado—. Madre... Pilar y yo debemos huir juntos. Don Amancio la quiere casar con otro hombre y me prohibió que me vuelva a acercar a ella.

—¿Huir? ¿Adónde? —Lidia palideció de repente.

—Por lo pronto, buscaremos un lugar en la ciudad donde escondernos. Después nos iremos lejos para que no nos encuentren. —Vio que tenía los ojos vidriosos, aun así, debía continuar—. Pensé en pedirle ayuda al padre Morra. Él podría conseguirnos un lugar donde quedarnos... después, cuando pase un tiempo y desistan de buscarnos, intentaremos abandonar Buenos Aires. Madre, por supuesto, usted vendrá con nosotros, jamás podría separarme de su lado.

—Mis pobres huesos apenas me permiten moverme, hijo. No es justo que tengan que cargar conmigo.

—Usted no es una carga, jamás lo ha sido —le aseguró—. Pilar está de acuerdo con llevarla con nosotros. Ella la cuidará, madre... Va a ver lo dulce que es.

Lidia no dudaba de la bondad de la muchacha; sin embargo, no podía

pretender que tomase la dura responsabilidad de cuidarla cuando ni siquiera la conocía. No era justo para ella, tampoco para su hijo.

—Gonzalo, nada me dolería más en esta vida que separarme de vos. —Le hizo un gesto con la mano para que la dejase seguir—. Yo no tengo derecho a entrometerme en tu felicidad, mucho menos a convertirme en un obstáculo para conseguirla. Conmigo a cuestas, todo será más difícil.

—No voy a dejarla atrás, madre —insistió Gonzalo, firme en su decisión.

—El día de mañana me lo vas a agradecer, hijo mío. Yo sé que no puedo valerme por mí misma, pero no voy a permitir que vos o esa jovencita tengan que preocuparse por mi salud cuando solo deberían ocuparse de ser felices. Si es necesario, le pediré al padre Enrique que también busque un lugar para mí...

—¿Qué quiere decir?

—Estoy segura de que, en una ciudad como Buenos Aires, habrá un sitio donde puedan hacerse cargo de mí.

—¿Está hablando de un hospicio?

Doña Lidia asintió. A ella menos que a nadie le agradaba la idea de terminar en un lugar tan triste, sin embargo, estaba dispuesta a sacrificarse por la felicidad de su hijo.

—No, madre, jamás la dejaría en un sitio como ese.

Ella sonrió. Aunque estuviese muriéndose por dentro ante la terrible realidad de tener que separarse de él, enmascaró su tristeza con la mejor sonrisa.

—No debe ser tan feo, hijo. Allí me cuidarán y podrás venir a visitarme siempre que quieras. El padre Morra me habló del Asilo Buen Pastor que la Sociedad de Beneficencia abrió en la calle Victoria, en la que fuese la casa de la familia Lange...

Gonzalo se puso de pie de repente y le dio la espalda.

—¡No, madre! ¡No la voy a dejar tirada en un hospicio! —Se volteó y la miró con sus profundos ojos negros—. Iré ahora mismo a hablar con él para que nos consiga un lugar para mañana...

—¿Mañana?

Él asintió.

—Lo haremos mañana por la tarde. Aprovecharemos que don Amancio no vuelve del astillero hasta bien entrada la noche y su esposa tiene su habitual reunión semanal en la sociedad benéfica para poder escapar. Contaremos con la complicidad de José Emilio para que todo salga según lo planeado.

—¿Y si el padre Morra no encuentra un sitio donde quedarse? Mañana es demasiado pronto...

—Si no lo encuentra, Pilar y yo pasaremos la noche en algún hotel. Luego, cuando tengamos un lugar donde escondernos, la vendré a buscar. Mientras, le pediré a Carmencita que se quede con usted.

—No podés meter a Carmen en todo este asunto, Gonzalo —le pidió—. Ella está enamorada de vos y sé que le romperías el corazón.

Gonzalo se sintió invadido por la vergüenza. Sospechaba que su madre estaba al tanto de lo que había ocurrido entre ellos la noche en la que llegó borracho y besó a Carmen al confundirla con Pilar; ahora, después de esa súplica que acababa de hacerle, estaba seguro de que lo sabía todo.

—Madre, yo...

—Ahórrate las disculpas o las explicaciones, Gonzalo. Esa muchacha te ama y yo cometí la torpeza de creer que vos también sentías lo mismo. Pero me equivoqué, y Carmen terminó pagando por mi error. No tenés derecho a involucrarla en tus planes. Yo puedo arreglármelas sola hasta que vengas a buscarme.

Esas últimas palabras, dichas con un dejo de resignación, le pusieron una sonrisa al rostro atribulado de Gonzalo. Se sentó en la cama nuevamente y la abrazó.

—Todo irá bien, madre. Ya lo verá.

Doña Lidia le acarició la cabeza y cerró los ojos para que Gonzalo no se diera cuenta de que había empezado a llorar. Tenía que sacar fuerzas de donde no tenía por el bien de su propio hijo. A ella ya no le quedaba mucho tiempo. Lo presentía. Sin embargo, mientras tuviese un resto de vida para luchar por él, lo

haría, sin importar el precio que tuviese que pagar.

A Pilar la embargaba una mezcla de sensaciones que no sabía cómo esconder. Había estado a punto de lagrimear durante todo el día, pensando en los que dejaba atrás para poder ir en busca de su felicidad. Tras compartir la merienda con su abuela y Bruno, que se había colado en el salón aprovechando la ausencia de Lorenza, había dado vueltas por toda la casa, despidiéndose en silencio de todos sin que nadie se diera cuenta. Subió a la buhardilla para estar un rato rodeada de los objetos de su madre y escondió entre sus ropas una pequeña muñequita de porcelana que le había pertenecido a ella y que ahora quería llevarse consigo como parte de un legado de su memoria.

Ya tenía el equipaje preparado. No llevaba demasiado; apenas dos vestidos, un par de sus zapatos más gastados y una muda de ropa interior. El abrigo se lo pondría encima cuando saliera de la casa con la excusa de visitar a Clarita. Como don Amancio había dado la orden de que tenía prohibido dejar la casa si no era en la compañía de alguien, José Emilio iría con ella para no levantar sospechas. La hora del encuentro había sido pactada para las cinco de la tarde. Gonzalo la estaría esperando en la esquina de su casa, con un coche de alquiler que su hermano había contratado esa misma mañana al salir de la facultad de leyes.

Se sentó en la cama y cubrió la valija con las mantas cuando Jesusa entró a la habitación para preguntarle si necesitaba algo.

—Estoy bien, nana. —No era sencillo fingir delante de ella que nada ocurría. Se le encogía el corazón de pensar que tendrían que separarse. Ignoraba cuándo la volvería a ver, pero sabía que su adorada negra iba a sufrir lo indecible cuando ella ya no estuviera. Sintió unas ganas inmensas de correr hacia ella y arrojarle a sus brazos para ya no soltarla.

Jesusa se acercó y la tomó de la barbilla para obligarla a que la mirase. Le notó el brillo en los ojos.

—No me mienta, niña Pili. Esta negra será todo lo bruta que usted quiera, pero yo sé muy bien que algo le anda pasando.

No podía decírselo. Corría el riesgo de que todo el plan se viniese abajo.

—No puedo dejar de pensar en lo que me espera, nana.

—¿Habla de la boda con ese señor?

Sintiéndose culpable por mentirle, Pilar asintió.

—Ya verá que no será tan malo después de todo. Pior hubiese sido que don Amancio la quiera obligar a casarse con un viejo. —La negra le guiñó el ojo—. El señor Álvarez Arriaga es un hombre bien puesto y tiene unos ojos tan bonitos...

—¡Pues entonces casate vos con él! —contestó, molesta por el suspiro que acababa de echar su nana mientras alababa a Rafael.

Jesusa hizo caso omiso de su comentario. A ella le encantaba la idea de que su niña se convirtiese en la esposa de ese hombre. No solo porque seguía pensando que el joven Funes no le convenía para nada, también estaba velando por sus propios intereses. Sabía que después de la boda, se irían a vivir a la estancia de Capilla del Señor y así, podría estar cerca del capataz.

—No debería comportarse de esa manera, mi niña. Por más que patalee, tendrá que obedecer a don Amancio.

—¿Y en dónde queda lo que yo siento? ¿Por qué el necio de mi padre no puede entender que quiero a Gonzalo? Jamás podré ser feliz al lado de ese hombre...

—Eso no lo sabe, niña.

—Mi felicidad está junto a Gonzalo, nana. ¡Eso es lo único que yo sé! —Se levantó de la cama con ímpetu y se dirigió hacia la ventana. Observó el cielo. La tarde estaba apacible y el sol entibiaba el aire. Respiró hondo para ahogar las lágrimas que pugnaban por salir.

—No debería ser tan confiada... si yo le contase...

Pilar se giró sobre sus talones cuando la negra se quedó callada de repente.

—¿Qué tendrías que contarme, nana?

Jesusa agachó la cabeza y se maldijo en voz baja por su imprudencia. Escuchó que Pilar se acercaba. La vio de pie junto a ella y al levantar la vista, supo que jamás la dejaría salir de la habitación hasta que no le revelase lo que sabía.

—Niña... yo no quería decírselo para que no sufriera.

Pilar se inclinó sobre ella y la tomó de los hombros.

—¡Hablá, nana! —le exigió, sacudiéndola un poco.

—¡Pero no se enoje conmigo!

—No, nana, no me voy a enojar con vos —dijo en un tono conciliatorio.

—El otro día, cuando fui hasta la pensión para llevarle su recado al joven Gonzalo, lo vi acompañado por una muchacha...

—¿Qué muchacha?

—Una muy bonita, de cabellos rubios y sonrisa fácil. Era su vecina y se llama Carmen. Me lo contó después cuando le pregunté por ella. Al parecer trabaja de planchadora con su madre y la ayuda en los quehaceres de la casa.

Pilar permaneció sin decir nada durante unos segundos. Estaba tratando de asimilar lo que acababa de oír. ¿Por qué Gonzalo nunca le había mencionado a la tal Carmen? Sí le había contado de su madre y sus achaques de salud, incluso le había hablado de don Luis, el abogado para el cual trabajaba por las tardes. Si esa joven formaba parte de su vida... ¿por qué ella no sabía de su existencia?

Se sentó junto a Jesusa y le pidió que le contara, sin omitir ningún detalle, lo que había visto en la pensión.

—Ya se lo dije, mi niña. Cuando llegué, ellos estaban juntos. Conversaban muy animados. —No sabía si guardarse el resto, sin embargo, era mejor soltárselo todo de una buena vez—. El joven Gonzalo le sonreía mientras ella le tocaba la mano.

—¿Estás segura, nana? —La negra asintió y comprendió lo difícil que había sido para ella guardarse lo que sabía. Sin dudas, Gonzalo tenía mucho que explicarle. Ya tendría la ocasión de hacerlo cuando se vieran más tarde.

—No quería decírselo... ¡estaba usted tan entusiasmada con ese joven!

—Lo mío no es entusiasmo, nana, es amor.

—¿Le puedo decir una cosa sin que se me enoje?

Pilar sonrió.

—No voy a enojarme con vos, nana. —La tomó de las manos para besárselas. Olían a jabón y seguían siendo tan suaves como cuando era joven—. ¿Qué otra cosa me has escondido?

—¡Nada! —se atajó—. Le he contado todo lo que vi, y si me pregunta a mí, le diría que se anduviese con cuidado. Tal vez al joven Gonzalo le gusta revolotear de flor en flor, sin detenerse en ninguna.

—Gonzalo me quiere, nana. Es probable que hayas malinterpretado lo que viste... Él jamás me traicionaría.

—Será todo lo que usted quiera, niña, pero sabe que a mí ese mozo nunca me gustó.

Pilar no entendía esa antipatía que sentía por Gonzalo.

—Mejor no hablemos más de él. ¿Qué era eso tan misterioso que querías contarme?

—No tiene nada de misterioso, mi niña. Es algo que yo misma vi con estos dos ojos que se han de comer los gusanos —dijo, en un tono algo exagerado—. No lo vaya a tomar mal, pero yo creo que, aunque diga lo contrario, el señor Álvarez Arriaga le gusta, solo que está embobada con ese joven y no se ha dado cuenta todavía.

Pilar podría haber puesto cara de espanto. Incluso, abrir la boca en un gesto de sorpresa. Sin embargo, no hizo ninguna de las dos cosas. Guardó silencio mientras un gran signo de interrogación se reflejaba en sus ojos color miel.

—Hable, niña. No se quede callada —le pidió.

—Jamás te escuché decir algo tan absurdo, nana. —Tuvo que sonreír para disimular los nervios. No podía salirle con semejante barbaridad justo ahora. Estaba equivocada. Nadie mejor que ella misma para saber lo que pasaba en su corazón—. Yo detesto a ese hombre —aseveró.

—¿No será que le asusta cuando lo tiene cerca? Porque una cosa es el odio y otra muy distinta el miedo, niña.

¿Qué pretendía la negra? ¿Confundirla más de lo que ya estaba?

—Para mí, cualquiera de los dos es suficiente para mantenerme alejada de él —alegó con la esperanza de que ya no volviese a mencionarle el nombre de Rafael Álvarez Arriaga. No quería discutir con ella ahora que necesitaba disfrutar los últimos minutos a su lado antes de marcharse.

Jesusa no se conformó con la respuesta de Pilar. La joven estaba intentando tapar la realidad con una mentira. Y lo peor de todo era que se mentía a sí misma.

—Yo no digo más nada. —La negra se puso a acomodar los almohadones de la cama—. Usté terminará dándome la razón algún día, ya lo verá.

Pilar no le respondió solamente para evitar otro cruce de palabras con ella. Se aproximó y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la cabeza en el hueco de sus anchos hombros y soltó un suspiro.

—Mi nana hermosa... no sé qué voy a hacer el día que me faltes. —Tenía que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar sobre su pecho.

Jesusa, acostumbrada a las repentinas muestras de cariño que le prodigaba Pilar, no sospechó nada extraño. Le acarició la cabeza y cuando se dio cuenta de que se le había humedecido la blusa, la apartó para mirarla seriamente a los ojos.

—No quiero que llore, mi niña. —No se lo pidió, fue más bien una exigencia—. Sé que ahora todo le parece muy injusto y siente que el mundo entero está en su contra. Confíe en esta negra que lo único que desea es su felicidad. ¡Diosito aprieta, pero nunca ahorca!

Pilar asintió y dejó que le enjugara las lágrimas. Las campanadas de la iglesia le anunciaron que ya era hora de partir. Gonzalo no tardaría en venir a buscarla. Transformó su angustia en una falsa alegría y le sonrió.

—Tenés razón, nana. No puede ser tan malo lo que me espera. —Le acarició el rostro color de ébano con el dorso de la mano—. Mi padre jamás me condenaría a la desdicha... él solo quiere lo mejor para mí.

Jesusa asintió. Le llevaría tiempo asimilarlo, pero si aceptaba con resignación la decisión de don Amancio, todo resultaría más fácil.



—Así es, mi niña. Ya no se angustie, no vale la pena.

Pilar se paró muy firme, con los hombros echados hacia atrás y de un manotazo terminó de secarse las mejillas.

—¿Sabés lo que me gustaría ahora, nana?

La negra negó con la cabeza.

—¡Una taza de chocolate bien caliente con un toquecito de canela!

—Ya mismo le diré a Cayetana que te lo prepare.

—¿No podrías hacerlo vos? El tuyo es más rico —le dijo, a sabiendas de que nada inflaba más el ego de su nana que alabasen su chocolate con canela.

—Está bien, mi niña. ¿Lo va a tomar en el salón?

—Prefiero que me lo traigas aquí, nana.

Apenas la negra la dejó sola, buscó un abrigo en el ropero y sacó la valija que tenía escondida debajo de la cama. Echó una última mirada a la habitación, tratando de retener en su memoria el color de las telas y el olor de los muebles. No iba a volver a llorar. Estaba haciendo lo correcto. Se asomó a través de la puerta entreabierta y oteó a su alrededor para asegurarse de que no hubiese nadie en el pasillo. Cuando se sintió lo suficientemente segura para abandonar su habitación, caminó despacio hacia el rellano de la escalera. No escuchó nada. La casa estaba sumida en un silencio casi sepulcral. Con su madrastra fuera, hasta se podría decir que se respiraba paz. Pasó delante del cuarto de su abuela, pero se abstuvo de pasar a verla. Su deseo de despedirse de doña Encarnación le podía costar muy caro. La valija era liviana y no le costó cargar con ella hasta la planta baja.

Apenas unos pocos metros la separaban de la puerta principal. No era prudente salir por el área de servicio de la casa porque corría el riesgo de que algunos de los criados la descubriesen y arruinasen su plan de fuga. El salón estaba vacío y tragó saliva cuando vio el bastidor de su abuela encima de su sillón favorito. Le estaba bordando un rebozo para regalárselo en Navidad. Aunque se suponía que era una sorpresa, Jesusa se lo había contado. Pilar siguió su camino hacia el recibidor, cuando la vista se le nubló por culpa de las

lágrimas. Volvió a repetirse que hacía lo correcto: estaba luchando por su felicidad y nadie podía juzgarla por eso. Se preguntó dónde estaba José Emilio. Él era su coartada para abandonar la casa sin que nadie se extrañase por su ausencia.

Sujetó el picaporte de la puerta y se volteó para mirar su hogar por última vez. Sentía que parte de su corazón se quedaba entre esas cuatro paredes.

Se dispuso a salir, pero la sorpresiva aparición de don Amancio frustró sus planes.

—¿Dónde te creés que vas? —inquirió Robles azotando con fuerza la puerta.

Pilar se vio obligada a retroceder. Seguía con el equipaje en la mano, contemplando a su padre con el rostro desencajado y respirando a duras penas. ¿Qué estaba haciendo allí? Se suponía que no regresaría del astillero hasta la noche. Sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies, sepultando la única oportunidad que tenía de ser feliz. El plan, la huida con Gonzalo... su felicidad. Lo había perdido todo en cuestión de segundos. Dejó caer la valija en el suelo cuando su padre se acercó.

La mano de don Amancio Robles, esa que tantas veces le había prodigado un mimo, se estrelló contra su mejilla con tanta fuerza que Pilar trastabilló y terminó cayendo al suelo.

—¿Cómo has podido ser capaz, Pilar? ¡Estabas dispuesta a escaparte con ese pusilánime sin pensar en las consecuencias de tu desvergüenza! —le reclamó, alzando considerablemente el volumen de su voz. En ese momento, no le importaba el escándalo ni la indiscreción que pudiese cometer alguno de los criados... no cuando su propia hija había estado a punto de arrastrar su apellido por el lodo—. Me has decepcionado, Pilar. Jamás pensé que te atreverías a llegar tan lejos.

Pilar permanecía con la cabeza gacha y el cuerpo tembloroso. Le escocía la mejilla por causa de su bofetada, pero más le dolía la incomprensión de su padre. No estaba arrepentida de sus actos, solo lamentaba que la intolerancia de quien no aceptaba que ella podía amar a Gonzalo le impidiese realizar su sueño de ser

feliz con él.

—¡Usted le prohibió a Gonzalo que volviera a buscarme! —le espetó, mirándolo a los ojos por primera vez.

—¡Vaya! ¡Veo que estás al tanto de lo que ocurrió en el astillero!

Pilar no iba a decirle que había sido José Emilio quien se lo había contado. Prefería dejarlo al margen por el momento.

—Sí, padre. Fue el propio Gonzalo quien me lo dijo anoche, cuando nos vimos en el establo. —Quería lastimarlo, burlarse de su absurda prohibición revelándole la verdad.

Amancio cerró los puños en un gesto de impotencia. Le habría propinado otra bofetada, pero sabía que no serviría de nada. Su hija estaba completamente perdida y haría lo que fuese necesario para que retomara el camino de la decencia. Un terrible pensamiento cruzó por su cabeza en ese momento. La agarró del brazo para levantarla del suelo.

—¿Acaso vos y ese trepador...? ¿Hasta dónde llegaste con él? —exigió saber.

Pilar no se amilanó. Aunque le dolía en el alma que la creyera capaz de entregarse a un hombre sin antes pasar por el altar, le sostuvo la mirada, desafiándolo con fiereza.

—No se preocupe, padre. Mi integridad continúa intacta. Gonzalo siempre me ha respetado... él no es como usted imagina.

—Yo conozco muy bien a los hombres de esa calaña, Pilar. Acá la única ingenua sos vos.

Pilar negó, moviendo la cabeza. Cuando se miró las manos, descubrió que estaba temblando.

—No tiene derecho, padre. Ni usted ni nadie tienen derecho a interferir en mi felicidad...

—¡Sí lo tengo! —retrucó Robles, sacudiéndola del brazo—. ¡No vas a arruinar tu vida y la reputación de esta familia por culpa de ese imbécil! ¿Me has oído?

Ella no le contestó. Ya ni siquiera tenía fuerzas para discutir o para defender

su postura.

Don Amancio la soltó, pero solo para tomar su rostro de la barbilla y levantárselo hasta que pudiera mirarlo a los ojos. Él no era inmune al sufrimiento de su hija, por eso se le encogió el corazón cuando vio la infinita tristeza reflejada en su mirada. Ahora no comprendía el tamaño de la locura que había estado a punto de cometer. Era normal que lo culpara por su desdicha y que estuviese ciega con respecto a las oscuras intenciones de Funes. La había seducido, aprovechándose de su inocencia, con el despreciable propósito de conseguir lo único que un hombre de baja estofa buscaba en una joven como ella. ¿Por qué no se daba cuenta de que todo lo que estaba haciendo era por su propio bien?

—Pilar, podés odiarme todo lo que quieras. —Ya no le gritaba. Quería llegar a un acuerdo con ella sin tener que lastimarla—. Estoy dispuesto a cargar con tu desprecio por el resto de mi vida, sin embargo, jamás voy a dejar que ese hombre se aproveche de vos.

—Gonzalo me quiere, padre —le dijo al borde de las lágrimas una vez más.

—No, hija. No te quiere a vos, solo pretende salir de la miseria en la que vive...

—Si eso es verdad, ¿por qué no aceptó el dinero que usted le ofreció para alejarse de mí?

—Porque no iba a conformarse con tan poco. Funes es ambicioso; no solo anda detrás de mi dinero. Busca prestigio y codearse con gente importante, ¡quién sabe con qué siniestra intención!

—Se equivoca, padre. Usted ni siquiera lo conoce.

—Tampoco quiero hacerlo. Gonzalo Funes ya no volverá a molestarte, hija. Me voy a asegurar de que no lo veas más.

Pilar guardó silencio. No iba a obedecerlo. A la primera oportunidad, intentaría escaparse con él.

—Cuando estés casada con Álvarez Arriaga, te olvidarás de todo rápidamente...

—¡No voy a casarme con ese hombre, padre!

—Te vas a casar con él porque es mi voluntad. Y mientras vivas bajo este techo, harás lo que yo diga.

Se alejó de él y lo miró con los ojos llenos de rabia.

—¡No! ¡No lo haré!

Amancio ya estaba harto de la irreverencia de su hija. Hacía rato que había perdido la paciencia con ella. ¡Qué falta le hacía Lorenza en ese momento!

—Tenés dos opciones, Pilar —le advirtió—. Aceptás casarte con Rafael Álvarez Arriaga o mañana mismo te encierro en un convento. Prefiero que dediques tu vida al Señor antes de que te conviertas en una perdida.

—¡Usted no puede recluirme en un convento! No sería capaz de hacerme eso...

—Lo haré —aseveró—. No te quepa la menor duda de que te enviaré a ese lugar si no me obedecés.

Pilar ya no quería seguir escuchándolo. Decidía sobre su vida como si ella no tuviese derecho a opinar. Contempló la valija tirada en el suelo... Amancio Robles acababa de pisotear todos sus sueños. Su padre, el hombre que se suponía debía velar por ella y su bienestar, le arrebatava la felicidad sin siquiera inmutarse. Apretó la boca para reprimir las intensas ganas que tenía de llorar. No volvería a hacerlo delante de él porque comprendió que don Amancio Robles era indiferente a su sufrimiento. Le dolía comprobar que no le importaba. Jamás le había importado. Ni siquiera cuando murió su madre y prefirió a Lorenza antes que a sus propios hijos.

—Será como usted quiera, padre —dijo con un nudo en la garganta—. Me casaré con ese hombre y el día de mi boda, brindaré por mi desdicha. —Se dio media vuelta y salió corriendo del salón rumbo a las escaleras.

Allí, se topó con José Emilio. No hubo necesidad de que le dijese nada. Comprendió de inmediato lo que acababa de ocurrir y consoló a su hermana con un abrazo. Cuando se ofreció a acompañarla hasta la habitación, Pilar le dijo que quería estar sola. Tras darle un beso en la frente y asegurarle que todo iba a estar

bien, se dirigió a la planta baja para buscar a su padre.

Lo encontró en el salón, junto a la mesita de las bebidas, sirviéndose un licor de naranjas. Se acercó y le pidió una copa para él. La bebió de un solo sorbo, mientras se dejaba caer en el sillón de su abuela.

Amancio, desde la butaca de enfrente, lo observó con atención.

—¿No estarás arrepentido, no?

José Emilio negó con la cabeza.

—Sé que hice lo correcto, padre —dijo por fin, tras un hondo suspiro—. Aunque no me gusta haber traicionado la confianza de mi hermana, todo esto es por su bien.

—Podés quedarte tranquilo ahora, has reparado tu error al contarme lo que pretendían hacer esos dos. Gracias a tu oportuna intervención, hemos evitado que Pilar cometiera la mayor locura de su vida.

José Emilio no estaba contento. Había vuelto a ganarse la confianza de su padre, sí... ¿pero a qué precio? Ni Gonzalo ni Pilar se merecían lo que les estaba pasando. Ella terminaría casada con un hombre al que no amaba y su amigo no se resignaría a saberla perdida para siempre. Se odió a sí mismo al pensar en el abrazo de consuelo que le había brindado a su hermana cuando se la cruzó en las escaleras.

Se sintió peor que Judas. Él no los había traicionado por unas pocas monedas, sus razones eran mucho más deleznable e inconfesables. Ni siquiera su padre sospechaba la verdadera razón que había tenido para hablarle del plan de fuga que habían urdido Pilar y Gonzalo. Él creía que buscaba recuperar su confianza después de solapar el romance entre su hermana y su mejor amigo.

Nada más lejos de la realidad.

Lo observó por encima de la copa vacía. Un hombre recto y respetuoso de las buenas costumbres como don Amancio Robles jamás podría imaginarse cuál era la verdad... Su verdad. Esa que había estado ocultando durante los últimos años.

Un hombre de moral intachable como don Amancio Robles no sospechaba que su propio hijo había actuado motivado por una única y egoísta razón: evitar

que Gonzalo, el hombre al que amaba, se marchase lejos con su hermana.



## BUENAS NOTICIAS

Aurora se guardó la carta en el bolsillo del mandil después de comprobar dos veces el nombre del remitente. Una ancha sonrisa le iluminaba el rostro. Sabía que Rafael, quien llevaba varios días con un pésimo humor, se pondría contento cuando le dijese que por fin había recibido noticias de don Amancio Robles.

Después de que le enviase el contrato de sociedad para que lo estudiara, esperaba con impaciencia su respuesta. Aunque Aurora presentía que él aguardaba algo más. Desde la partida de la señorita Pilar, lo notaba extraño. Se distraía con facilidad y en alguna que otra ocasión, lo había sorprendido recostado contra una de las columnas de la galería, con la mirada perdida y la mente a muchas leguas de distancia.

La carta la había traído Pancho después de pasar por el almacén de ramos generales del pueblo y en ausencia del patrón, se la entregó a ella. Rafael había salido temprano para asistir a una reunión en la sede del Racing Club de Capilla del Señor y no había dejado dicho a qué hora regresaría. Como vicepresidente de la institución debía estar presente y escuchar todas las propuestas que los demás miembros tenían para que la próxima carrera del calendario, que se disputaría después de las elecciones presidenciales de abril, fuese una de las más importantes del año.

Aurora sabía mejor que nadie que esas reuniones en donde se bebía y fumaba hasta el hartazgo no eran precisamente de su agrado. Participaba porque no tenía otra opción. Un hombre vinculado al campo y a las letras, don Carlos Lemée, lo había propuesto como candidato a ocupar el cargo de vicepresidente tras la



renuncia de su predecesor y Rafael no había podido negarse. A pesar de su juventud y de que llevaba pocos años en el negocio, nadie puso en tela de juicio que Rafael, el heredero de don Ulises Álvarez Arriaga, uno de los mayores proveedores de caballos de la milicia, le haría honor a su apellido y a la tradición familiar, colocando al Racing Club de Capilla del Señor en el podio de las sociedades hípcas más destacadas del país.

Sospechando que no se trataba solo de negocios, se moría de ganas por conocer el contenido de la carta. Ya era casi mediodía y Rafael no había regresado del pueblo todavía. Estaba dirigiéndose a la cocina para supervisar el almuerzo, cuando escuchó que un jinete se acercaba a la casa. Supo de inmediato que era él. Rafael podía abarcar en carruaje las pocas leguas que separaban Capilla del Señor de *El Refugio*, sin embargo, prefería cabalgar hasta allá, montado encima de *Pampa*, su inseparable caballo.

Con la ilusión que le daba ser portadora de una alegría, decidió salir a su encuentro. Lo esperó en la galería mientras conversaba con uno de los peones. Cuando atravesó el patio en dirección a las caballerizas, llamó su atención, agitando la mano.

—¡Fele! ¡Vení que tengo que enseñarte algo!

Rafael se desvió de su recorrido y se acercó a ella con una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué pasa, Aurora? —La besó en la frente después de quitarse el sombrero.

Aurora fue testigo de cómo Rafael abría los ojos como platos mientras ella sacaba un sobre del interior de su mandil. Apenas le dio tiempo a decir algo: se abalanzó sobre ella y se lo arrebató de las manos.

—Es de Robles —le anunció.

Él ya no la escuchaba. Rasgó el sobre con impaciencia. Luego arrojó los pedazos al suelo. Desplegó la carta y se apartó un poco de ella para poder leer con tranquilidad. Sus ojos grises recorrieron con avidez el papel como si se tratara de un documento muy importante.

—¿Don Robles te avisa que firmó el contrato? —le preguntó Aurora, incapaz

de controlar su curiosidad.

Rafael asintió, pero todavía no había terminado de leer.

—¿Qué más dice, Fele?

Él no respondió. Se había detenido en un par de líneas. Parecía que no podía avanzar. Entonces Aurora se aproximó y leyó por encima de su hombro.

*Finalmente, mi hija ha aceptado casarse con usted. Si bien deseo que la boda se realice cuanto antes, dispondrá de algunos meses para cortejarla. Pensaba formalizar el compromiso durante la cena de Navidad que celebraremos en mi casa...*

Después de leer esas palabras, Aurora comprendía la reacción de Rafael. A pesar del rechazo inicial, esa muchacha había accedido a convertirse en su esposa. Por la razón que fuese, la vida de su querido Fele estaba a punto de cambiar.

—¿No decís nada?

Él dobló la carta y se la guardó en el bolsillo. La miró a los ojos antes de contestarle.

—Podría decirte que estoy sorprendido, Aurora. Sin embargo, esa no es la mejor palabra para describir lo que siento en este momento. —Ni siquiera él sabía qué pensar—. Pilar dejó bien claro que no deseaba casarse conmigo... ahora, de repente, don Amancio asegura que ha aceptado. Temo que lo haga solo para no contrariar a su padre.

—¿Acaso eso importa? Vos mismo me dijiste que esta boda formaba parte de la sociedad con ese hombre, que, aunque no estuviese estipulado en el contrato, no es más que una transacción comercial para vos —alegó, recordándole su propio discurso.

—Lo es —le aseguró—. Mi matrimonio con Pilar Robles es solo por pura conveniencia. Por distintos motivos, ambos terminaremos beneficiados por esta unión.

—¿Y si el día menos pensado deja de ser solo un matrimonio de conveniencia

y se convierte en algo más? ¿Contemplaste siquiera esa posibilidad, Fele?

—Eso no va a ocurrir, Aurora. Y lo sabés muy bien —dijo, tajante—. Yo no voy a enamorarme de Pilar, sencillamente porque no creo en el amor.

—¿Y qué hay de ella?

—Pilar Robles me detesta. Es más, tengo la certeza de que hay alguien en su vida. La prisa que tiene su padre por casarla conmigo, me hace pensar que no estoy equivocado.

A Aurora le gustaba cada vez menos la idea de una boda entre Rafael y esa jovencita. ¿En qué podría terminar ese matrimonio si él se resistía a enamorarse y ella ya estaba enamorada de alguien más?

—Fele... ¿por qué no desistís de toda esta locura? Todavía estás a tiempo de evitar que tu vida y la de esa pobre muchacha se conviertan en un infierno. ¿No te bastó con lo que le sucedió a Elena?

Ese había sido un golpe bajo, pero como venía de la mujer que más lo quería, se lo perdonó.

—Lo de Elena fue distinto —se atajó. Aunque muy en el fondo de su alma, tenía miedo de que la historia volviera a repetirse, estaba dispuesto a arriesgarse—. Pilar Robles es la persona indicada para cumplir con el rol de la esposa perfecta. Será la nueva patrona de *El Refugio* y, si todo funciona medianamente bien, también será la madre de mi hijo.

Le angustiaba que hablara de un asunto tan importante con esa frialdad que solía usar en los negocios. No era capaz de detenerse a pensar seriamente en las terribles consecuencias que podrían resultar de su elaborado y absurdo plan.

—Veo que no te importa lo que diga, nada te hará cambiar de parecer.

—No, Aurora, la decisión ya está tomada. Viajaré mañana mismo a Buenos Aires para la firma del contrato y aprovecharé para pasar tiempo con mi futura esposa. —Entró a la casa y Aurora lo siguió—. También debo hablar con mi tía y mi prima para darles la noticia. Quiero que conozcan a Pilar. Tal vez le pida a la tía Margarita que organice una cena en su honor. Sería una buena manera de estrechar vínculos entre ambas familias.

Aurora guardaba la esperanza de que doña Margarita lo hiciera entrar en razón. Era una de las pocas personas en el mundo a las que Rafael escuchaba.

Desde esa tarde en la cual don Amancio había llegado anticipadamente a la casa y frustrara su huida, Pilar y Gonzalo no habían vuelto a verse. Ella pasaba sus días encerrada en la habitación o en la cocina para evitar otro encontronazo con su padre. Por las tardes, esperaba ansiosa el regreso de su hermano para preguntarle por Gonzalo. Al día siguiente de lo ocurrido, José Emilio había llegado más temprano de lo habitual y cuando le preguntó si lo había visto, le dijo que esa mañana Gonzalo no había asistido a clases. Desesperada porque tenía prohibido salir de la casa, escribió una carta para él y se la entregó a su hermano para que se la hiciera llegar.

Lo que Pilar ignoraba era que José Emilio jamás se la había entregado. Tampoco le había dicho que Gonzalo preguntaba por ella a diario y que le pedía que tuviera paciencia, que pronto iría a buscarla.

Siguiendo las instrucciones de su padre, el joven interceptaba cualquier mensaje que ellos intercambiaban. O lo que era peor, los tergiversaba para evitar que volvieran a intentar fugarse.

A Pilar le había dicho que Gonzalo apenas se aparecía por la facultad de leyes y que cuando lo hacía, lo evitaba. Incluso se atrevió a afirmar que lo había visto paseando en compañía de otra muchacha. A Gonzalo le contaba que su hermana se había resignado a cumplir el deseo de su padre y finalmente aceptaba comprometerse en matrimonio con su flamante socio.

Pilar, desesperada por la repentina e inexplicable indiferencia de Gonzalo, no era capaz de concentrarse en nada. Comía porque su abuela la obligaba, y apenas su padre intentaba entablar una conversación con ella, escapaba para encerrarse en su habitación. Su nana se quedaba a su lado, consolándola mientras lloraba en su regazo. La negra le decía que ya no tenía caso, que era mejor olvidarlo, pero Pilar se resistía a creer que su Gonzalo hubiese renunciado a ella tan pronto.

Cuando José Emilio le contó que lo había visto con otra joven, de inmediato recordó lo que le había dicho Jesusa... ¿y si era cierto lo que su padre aseguraba sobre él? Aunque le doliese el alma, estaba empezando a creer que Gonzalo nunca la había amado de verdad. Si realmente estaba tan enamorado, ¿por qué de pronto ya no quería verla? Ignorar a su hermano era una manera de ignorarla a ella. En medio de su desesperación, Pilar incluso pensaba que Gonzalo sí había aceptado la suma de dinero que le ofreciera su padre para alejarse de su lado y que ahora lo estaba disfrutando con esa joven que lo acompañaba en sus paseos.

¿Acaso había estado ciega todo ese tiempo, enamorada de alguien que no valía la pena? Se resistía a creerlo, pero no encontraba otra razón para explicar el extraño comportamiento de Gonzalo.

En muchas ocasiones, había pensado en ir a buscarlo, pero su madrastra no le quitaba el ojo de encima y era imposible salir de la casa sin que ella lo notase. Cuando no estaba cerca, mandaba a Dominga para que ocupase su lugar, y la negra, fiel a su patrona, no se despegaba de su lado en ningún momento. Ella al menos contaba con la ayuda de José Emilio para enviarle cartas a Gonzalo, ¿pero de qué le servía si él jamás le respondía? Su hermano no se lo decía abiertamente, quizá para evitarle un dolor más grande, pero estaba segura de que él sabía que Gonzalo ya no volvería a buscarla.

El domingo por la mañana, después de regresar de la misa, Lorenza golpeó a su puerta porque necesitaba hablar con ella.

Pilar no se había levantado aún. Como su padre le había prohibido que saliera hasta para asistir a la iglesia, se quedaba remoloneando en la cama, leyendo un libro o escribiendo en su diario.

—¿Cómo amaneciste hoy, María del Pilar? —le preguntó mientras se dirigía hacia la ventana para abrir las cortinas—. El día está precioso, hay un sol radiante. Ya se siente cerca la primavera...

—No sé qué decirle, querida tía. Como podrá imaginar no disfruto mucho de los días radiantes ya que mis salidas se limitan al patio de esta casa —respondió en tono burlón.

Lorenza hizo caso omiso de su comentario. Se aproximó a ella y vio que, debajo de las sábanas, se asomaba el diario íntimo de Pilar. Ese cuaderno forrado en cuero azul que tantas veces había tenido ganas de leer y que seguramente escondía todos los secretos de la joven. No sabía exactamente dónde lo guardaba. En más de una ocasión, se había metido a hurtadillas en su habitación para buscarlo, pero jamás había dado con él. Necesitaba leer su contenido para constatar si había escrito sobre la época en la que su hermana todavía estaba viva.

—Te traigo una noticia que seguramente te pondrá muy contenta, querida.

Pilar se cruzó de brazos. Nada de lo que le dijera esa mujer le cambiaría el humor.

—¿Ha decidido hacer un largo viaje por Europa y no regresará en varios meses?

Lorenza se limitó a sonreír. No iba a entrar en su absurdo juego una vez más.

—Acabamos de recibir un telegrama desde Capilla del Señor. Rafael llega esta semana a Buenos Aires para firmar el contrato de sociedad con Amancio y, por supuesto, aprovechará para visitarte y pasar tiempo con vos.

Pilar no dijo nada, ni siquiera pareció inmutarse con la noticia. Tal vez como era algo que esperaba que ocurriese de un momento a otro no le provocó ninguna reacción. Después de que su padre la obligase a elegir entre casarse con Rafael Álvarez Arriaga o recluirse en un convento por el resto de su vida, solo le quedaba resignarse. Mucho más ahora que Gonzalo ya no quería saber nada con ella.

—¿No vas a hacer ningún comentario al respecto? —preguntó Lorenza ansiosa por conocer lo que pasaba por la cabeza de su hijastra.

—¿Qué quiere que diga, tía? A nadie le importa lo que yo pienso, tampoco lo que siento. Si ese hombre quiere venir a la casa, que venga. Pero no esperen que yo lo reciba con los brazos abiertos. Si acepté casarme con él fue solo porque no quiero pasar el resto de mis días encerrada en un convento.

Lorenza sonrió. Jamás lo reconocería delante de los demás, sin embargo, la

actitud de Pilar le generaba cierta admiración. Aunque la joven hubiese accedido a cumplir con la voluntad de su padre, estaba más que dispuesta a no facilitarle las cosas a nadie.

—Deberías estar feliz con el hombre que tu padre ha elegido para vos, o al menos sentirte aliviada de que no tengas que casarse con un viejo decrepito.

—Ya todo me da igual —respondió con indiferencia.

Lorenza pensó en ese momento que Pilar ni siquiera podía imaginarse la suerte que tenía de poder estar con un hombre como Rafael Álvarez Arriaga. Ella no había sido tan afortunada en la vida. Sus padres habían pactado que se casara con don Camilo Montijo, un comerciante que le doblaba la edad y que, frente a los ojos de los demás, era un ciudadano respetable y temeroso de Dios. La verdad era otra. Montijo era un demonio propenso a las juergas con prostitutas y se rodeaba siempre de gente de dudosa reputación. La había condenado a una existencia miserable la misma noche de bodas, cuando la obligó a fornicar con otro hombre mientras él observaba desde un rincón. A su lado, convivía a diario con excesos de todo tipo. No solo había compartido el lecho matrimonial con otros hombres, también disfrutó del sexo con las prostitutas que su esposo llevaba a la casa. Él la había corrompido desde muy joven, convirtiéndola casi en una más de sus mujerzuelas. Esa vida licenciosa, sin límites de ningún tipo, pronto los llevó a la ruina. El dinero que don Camilo no dejaba en un burdel, se lo terminaba gastando en una mesa de juego. Apostó su tienda en una partida de póker y por supuesto, la perdió. Abrumado por las deudas y las amenazas de sus acreedores, se marchó una noche para nunca más volver. Y Lorenza finalmente se sintió libre por primera vez en su vida.

Pilar la miró de reojo. Su madrastra llevaba un buen rato callada, perdido en sus propios pensamientos.

—¿Necesita algo más? —le preguntó, trayéndola de vuelta al presente.

—No, solo quería avisarte para que estuvieses preparada...

—¿Dijo el señor Álvarez Arriaga qué día llega a Buenos Aires?

—Dejá de llamarlo así, María del Pilar. Deberías acostumbrarte a tratarlo con

menos formalidad. Aunque todavía no se hizo el anuncio oficial, Rafael es tu prometido. —Se dirigió hasta la puerta—. Con respecto a tu pregunta... no, no mencionó la fecha exacta, pero presumo que estará en la ciudad en los próximos días.

Pilar asintió y soltó un suspiro de alivio cuando su madrastra abandonó la habitación. Sacó el diario que había escondido debajo de las sábanas y se tumbó sobre la cama para seguir escribiendo.

*La odiosa de Lorenza acaba de decirme que, en unos días más, ese hombre regresa a Buenos Aires para verme. El compromiso es inminente y ya no sé qué hacer para impedir que mi padre me obligue a convertirme en su esposa. Si acepté casarme con él, fue solo porque no me dejó otra salida. Tal vez la solución esté en manos de la persona que mi padre menos imagina... quizá es posible que sea el propio Rafael quien desista de casarse conmigo. Todavía no está todo perdido. Si consigo que él ya no me quiera como esposa, podré liberarme de esta terrible condena que cae sobre mi cabeza. Sé perfectamente cómo hacer para que Rafael Álvarez Arriaga ya no quiera tener nada conmigo y esta misma semana, cuando vuelva a verlo, pondré en marcha mi plan.*

Cerró el diario, después lo envolvió con un pañuelo y lo ocultó en el interior de la valija que guardaba debajo de la cama.

Mientras lo hacía, una sonrisa triunfadora le iluminó el rostro.

Margarita acababa de llegar de la calle cuando Leonor la interceptó en el vestíbulo para anunciarle que su primo volvía a Buenos Aires antes de lo esperado. Incapaz de ocultar su emoción, le leyó dos veces el telegrama.

—Quiero prepararle una cena de bienvenida. No sabe si llega pasado mañana o el miércoles, pero tendremos todo listo para recibirlo como se merece. —Las palabras salían de su garganta a borbotones. La dicha de volver a ver a Rafael le



inundaba el alma.

Su madre no dijo nada. Apenas le sonrió para celebrar la noticia. Ella, en cambio, no traía las mejores. Le pidió a Leonor que la acompañase al salón y una vez allí, le dijo que se sentara, que tenía algo muy importante que contarle.

—¿Qué es, madre? Me está asustando...

Margarita no sabía por dónde empezar. La veía tan entusiasmada con el regreso de Rafael que estaba segura de que terminaría con el corazón deshecho cuando le dijese lo que acababa de enterarse.

—Me encontré con doña Carlota Villegas al salir de la misa. Iba acompañada de su hija Bernardita. —Notó que Leonor ponía cara de fastidio—. La muchacha estaba furiosa, su madre ni siquiera podía controlarla.

—¿Qué le ocurría?

—Al parecer, se enteró de que el hombre con el que ella pretendía desposarse, está a punto de comprometerse con otra.

Leonor la escuchaba atentamente, aunque no alcanzaba a entender qué tenía que ver ella con la desgracia de esa engréida.

—La muchacha a la que ahora Bernardita debe estar odiando con todas sus fuerzas es Pilar Robles, la hija del socio de tu primo. —Hizo una pausa para ver si ella lograba descubrir por sus propios medios lo que intentaba decirle. Ante su impavidez, optó por continuar—. Leonor... ese hombre es Rafael. Él es quien va a comprometerse en matrimonio con la hija de Amancio Robles.

El telegrama que todavía sostenía en su mano, se deslizó sobre su regazo y terminó volando hasta el suelo. Leonor, incrédula, miró a su madre en busca de una explicación. No podía ser cierto. Movía la cabeza hacia un lado y hacia el otro, negándose a aceptar la realidad. Dejó el confidente y le dio la espalda a su madre.

—No es posible... dígame que eso no es posible —balbuceó a punto de echarse a llorar.

Margarita se aproximó a ella y le puso la mano en el hombro.

—Leonor, sabías que este día iba a llegar tarde o temprano. Debiste seguir mis

consejos y olvidarte de Rafael...

Leonor se giró sobre sus talones. Tenía el rostro bañado por las lágrimas. Su madre empezó a secárselas con su pañuelo mientras la sujetaba de la barbilla para que la mirase mientras le hablaba.

—No quiero verte llorar por él, hija. Rafael no es hombre para vos; nunca lo ha sido. Ahora que va a comprometerse con esa joven, es hora de que empieces a pensar en tu futuro. —Colocó un dedo sobre su pecho—. Tenés que entregarle tu corazón a alguien que realmente lo merezca. Por su bien y por el tuyo, debe dejar de latir por quien no debe.

—No es fácil, madre...

—Nadie dijo que lo fuera, Leonor. Sin embargo, sos joven, y pronto lograrás liberarte de ese sentimiento que no hace otra cosa más que encadenarte a un amor que nunca debiste anidar en tu pecho.

Leonor asintió. Las palabras de su madre hacían que todo se viera mucho más claro. Siempre supo que enamorarse de su primo solo le iba a traer sufrimiento, pero no se podía mandar en el corazón. No se había atrevido a confesarle lo que sentía por él cuando tuvo la oportunidad y ahora era demasiado tarde para decírselo.

Pensó en la tal Pilar Robles. Quería conocerla. Ansiaba ver el rostro de la mujer que había provocado su desdicha.

Gonzalo no se resignaba a perder a Pilar. Desde que José Emilio le había dicho que acataba la decisión de su padre y contraería enlace con el tal Álvarez Arriaga, su vida ya no tenía sentido. Llevaba casi una semana sin ir a clases y apenas podía concentrarse en el trabajo. Don Luis, apiadándose de la situación con su madre, cuya salud empeoraba cada día, hacía la vista gorda y le encomendaba tareas que requiriesen poco esfuerzo para no tener que despedirlo y dejarlo en la estacada.

No era posible que ya no volviera a verla. Pasaba por la calle Del Temple a

diario, pero apenas llegaba hasta la casa, don Amancio enviaba a dos de sus criados más robustos para evitar que lograra acercarse demasiado. Esperaba al menos poder cruzarse con ella en la iglesia o durante alguno de sus paseos, pero José Emilio le había contado que Pilar tenía prohibido salir a la calle. Lo más extraño de todo era que hubiese terminado aceptando casarse con ese hombre, cuando hacía apenas unos días, estaba dispuesta a huir con él. ¿Qué había cambiado para que tomase semejante decisión? Ni siquiera había recibido una carta suya explicándole lo que ocurría. Lo poco que él sabía, lo sabía por boca de José Emilio. Harto de esa incertidumbre que ya no lo dejaba vivir, se plantó a pocos metros de la casa de los Robles, se armó de paciencia y esperó.

A media mañana, vio que Dominga salía por la puerta secundaria con una canasta colgando del brazo. Cuando estuvo lo suficientemente lejos para que nadie lo viese, se acercó por detrás muy despacio.

—Dominga. —Le rozó el hombro y de inmediato supo que había cometido un error.

La negra, asustada por su repentina aparición, empezó a golpearlo con la canasta hasta que él le pidió que se detuviera.

—¡Soy yo, Gonzalo, el amigo de José Emilio! —le explicó mientras se cubría la cabeza con ambas manos.

Dominga se quedó quieta. Lo miraba con recelo, apretando con fuerza la canasta para volver a usarla si era necesario. No era un ladrón ni un mendigo, pero según los rumores que circulaban entre los criados, ese joven tampoco era de fiar. El patrón los había reunido una tarde para decirles que Gonzalo Funes ya no era bien recibido en su casa y desde ese mismo momento, la señorita Pilar no tenía permitido salir sola.

—¿Qué desea, joven?

Gonzalo le sonrió. Prefirió mantener la distancia para no asustarla.

—¿Podrías hacerme un favor? —Sacó un papel del bolsillo de su saco—. Necesito que le hagas llegar esta carta a Pilar. Es muy importante que ella la lea. —Se la puso en su mano antes de que la negra se negase a aceptarla—. Voy a

quedarme aquí, esperando una respuesta.

Dominga no quería meterse en problemas con los patrones y estuvo a punto de devolvérsela. Sin embargo, no le costaba nada hacerle ese favor. Para evitar que luego la regañasen si terminaban descubriéndola, pensó que lo más inteligente sería dársela a Jesusa y que ella luego hiciera lo que quisiera con la carta. Así, se deslindaba de cualquier responsabilidad y no se sentía culpable por no ayudar al amigo del niño José Emilio. ¿Qué mal podría haber en un papel?

—Está bien, se la entregaré. No se preocupe. —La guardó entre sus ropas y le dijo que debía irse porque se le hacía tarde.

Gonzalo volvió a su escondite. Sabía que cuando Pilar leyera su carta, buscaría la manera de hacerle llegar una respuesta.

Pero esa carta, nunca llegó a las manos de su amada Pilar.

Dominga había cumplido con su parte, entregándosela a Jesusa. La nana, en cambio, decidió que lo mejor para su niña era que se olvidara de una vez por todas del muchacho. Por esa razón, destruyó la carta, arrojándola al fogón de la cocina cuando nadie la estaba viendo. Lamentaba no saber leer de corrido para conocer su contenido, pero nada bueno podía venir de Gonzalo Funes. Dominga le había dicho que él esperaba una respuesta y sería ella misma quien se la daría.

Le comunicó que volvería enseguida y le pidió que si Pilar preguntaba por ella, le dijese que estaba en la iglesia.

No le costó encontrarlo. Estaba a pocos metros de distancia, recostado sobre el tronco del nogal que los Montes de Oca tenían frente a su casa. Aceleró la marcha y cuando él la vio, salió de su improvisado escondite.

—Jesusa, ¡qué bueno verte!

—Yo no puedo decir lo mismo, joven. —No lo miraba a los ojos. Cuando mentía, prefería no hacerlo—. He venido hasta acá para traerle un mensaje de mi niña y espero que después ya no la moleste más.

Las palabras de la negra no eran las que Gonzalo esperaba oír después de la carta que le había enviado a Pilar.

—¿Qué pasa, Jesusa?

—La niña Pilar leyó su carta y me manda a decirle que por favor ya no la busque. Pronto se va a comprometer con el señor Álvarez Arriaga y no quiere tener nada que ver con usted.

—Ella no está enamorada de ese hombre... es a mí a quien quiere.

—Va a casarse con él y no va a poder impedirlo, joven. Es más, su prometido llegó ayer a la ciudad y esta misma tarde pasará por ella para llevarla a dar un paseo. —A pesar de ser la causante de su pena, sentía compasión por él—. No tiene caso que insista, siga mi consejo y trate de olvidarla. Mi niña ya empezó a olvidarse de usted.

Gonzalo se rehusaba a creerlo. Le estaban mintiendo. Todos se habían confabulado en su contra para que él terminase renunciando a su amor. Pilar no podía estar enamorada de ese hombre... tampoco había empezado a olvidarlo.

Le dio las gracias y se marchó. No planeaba regresar a la pensión todavía. Aunque necesitaba desesperadamente embotarse de alcohol para ahogar sus penas y ya no pensar en su desgracia, no iba a cometer la tontería de meterse en la primera pulpería que encontrara. Si quería comprobar con sus propios ojos la traición de Pilar, debía permanecer sobrio hasta la tarde.

Aunque Pilar quisiera retrasar el momento de volver a ver a Rafael, sabía que nada ni nadie evitarían que el plan trazado por su padre siguiera su curso. Le había mandado a avisar esa mañana que pasaría a buscarla a las cinco para llevarla a dar un paseo y allí estaba, esperándolo en la habitación mientras su nana terminaba de emperifollarla.

—No te esmeres tanto —le dijo, mirándola por el espejo.

Jesusa chasqueó la lengua.

—Usted déjeme a mí, niña. Ese hombre va a quedar impresionado cuando la vea.

Pilar buscaba exactamente lo contrario. Quería que Rafael fuese el que tomara la decisión de no casarse con ella, así su padre no tendría de qué culparla.

Una de las criadas les vino a avisar que el señor Álvarez Arriaga había llegado y la esperaba en el salón.

Ella respiró hondo y colocó ambas manos sobre la cómoda.

—¿En verdad tengo que ir?

Jesusa asintió.

Pilar dejó la banqueta y no pudo hacer nada cuando la negra se acercó para echarle unas cuantas gotitas de perfume detrás de la oreja. No le dijo nada; al menos había tenido la opción de ser ella quien eligiese qué vestido ponerse, y por supuesto, llevaba uno de los menos pomposos.

Cuando bajaron al salón, encontraron a Rafael conversando con doña Encarnación. Pilar detestaba que se ganara tan rápidamente la simpatía de los miembros de su familia. Todos en la casa parecían rendirle pleitesía. ¡Hasta su querida abuela la traicionaba!

—Pilar, querida, vení. —La anciana le tendió la mano y ella se acercó—. Me estaba contando el señor Álvarez Arriaga...

—Rafael, por favor —le interrumpió él.

—Me estaba contando Rafael que le gustaría celebrar el compromiso en su casa, durante la cena de Navidad, para que conozcamos a su familia. ¿Vos qué pensás, Pilar?

Ella lo miró de reojo. Era demasiado pronto para hablar de la cena de compromiso cuando apenas él empezaba a cortejarla. Hizo mentalmente la cuenta y faltaban poco más de dos meses para las fiestas. Tiempo suficiente para lograr que renunciara a la idea de convertirla en su esposa.

—Yo no pienso nada, abuela. Si es su decisión, supongo que está bien. —Haciendo un gran esfuerzo, le dedicó una sonrisa. Él también sonrió y doña Encarnación celebró que su nieta por fin entendiera que no tenía sentido ir en contra de su destino.

—¿Nos vamos, Pilar? —preguntó Rafael, ofreciéndole su brazo.

Ella se despidió de su abuela con un beso en la mejilla y asintió cuando doña Encarnación le susurró al oído que disfrutase del paseo.

En el vestíbulo, y como habían acordado, Jesusa los aguardaba para acompañarlos. Ambas percibieron el gesto de incomodidad que dejó vislumbrar Rafael cuando la vio ahí parada, firme como un soldado, y más que dispuesta a convertirse en la sombra de su niña. Las escoltó hasta la galera y le ofreció la mano a Pilar para ayudarla a subir. Ella, recordando lo que había ocurrido en su estancia, se mostró algo reticente, pero Jesusa le dio un empujoncito y no tuvo otra opción que aceptar su ayuda.

Rafael se aproximó, sujetó con firmeza la mano de Pilar y colocó la suya en la cintura femenina. Ella puso un pie en el escalón mientras trataba de ignorar las reacciones de su propio cuerpo ante su peligrosa cercanía. Una vez dentro del carruaje, se acomodó en un rincón y esperó a que subiese su nana. La muy ladina no se sentó a su lado. Le suplicó con la mirada que lo hiciera, sin embargo, Rafael ocupó rápidamente el puesto vacío junto a ella. Pilar tuvo que moverse un poco para que no invadiera su espacio. Él tenía apoyado el sombrero en su rodilla y cada vez que la galera hacía un movimiento brusco, su mano le rozaba el muslo por encima del vestido. Quería creer que no lo hacía a propósito, pero de ese hombre podía esperar cualquier cosa.

—Iremos al Paseo de Julio —dijo después de un prolongado silencio—. ¿Es de su agrado ese lugar?

Pilar contempló el paisaje a través de la ventana. Hacía una tarde espléndida, la primavera estaba a la vuelta de la esquina y los tibios rayos de sol se colaban entre el follaje de los árboles. ¿Por qué tenía que llevarla precisamente al sitio en donde se veía con Gonzalo? Se volteó y le dedicó una mirada hierática.

—Es uno de mis lugares preferidos, señor Álvarez Arriaga.

—Por favor, habíamos acordado que me llamaría por mi nombre.

—Lo intentaré... Rafael. —Sonrió; sobre todo para complacer a su nana quien fingía no prestarles demasiada atención para no incomodarlos, pero que estaba al tanto de todo lo que sucedía a su alrededor.

Cuando llegaron a su destino, otra vez, Pilar tuvo que dejar que él la ayudase a bajar de la galera. Rafael se atrevió a más y le ofreció su brazo para caminar

juntos. Jesusa, quien ya se había colocado detrás de ella, carraspeó. Entonces él se dio cuenta de que quizá estaba yendo demasiado rápido. Pilar sonrió para sus adentros. Sin dudas, traer a la nana de chaperona había sido una decisión acertada.

Iban a la par, avanzando por el sendero a una prudente distancia el uno del otro, mientras Jesusa los seguía de cerca.

—Esta es nuestra primera cita —comentó Rafael cruzando ambos brazos en la espalda—, aunque debo confesarle que jamás pensé que ocurriría.

Pilar se quedó callada.

—Usted me dejó bien en claro, allá en la estancia, que nunca aceptaría casarse conmigo.

—Las personas tienen derecho a cambiar de opinión —fue lo único que se le ocurrió decir para justificar su comportamiento.

Le estaba mintiendo y Rafael lo sabía. Debajo de esa aparente pasividad, se vislumbraba un volcán a punto de entrar en ebullición. Sentía que todavía estaba a la defensiva con él, como si estuviese esperando el momento oportuno para atacarlo.

—Eso es cierto —dijo, siguiéndole el juego—. Sin embargo, no esperaba que todo sucediera tan de prisa. ¿Qué hizo que cambiara de opinión?

Se detuvieron junto a una pérgola. ¿Por qué insistía en saberlo?, se preguntó Pilar, mientras intentaba encontrar una explicación creíble que saciara de una vez por todas su curiosidad.

—La verdad es que mi padre no me dejó otra opción, Rafael. O me casaba con su merced o me resignaba a pasar el resto de mi vida en un convento. —Lo miró directamente a los ojos—. Solo voy a cambiar una cárcel por otra...

Ese último comentario logró dejar perplejo a Rafael. Sintió que por primera vez, desde que se habían vuelto a ver, estaba siendo sincera con él.

—Lamento que piense de esa manera, Pilar —le dijo, retomando la marcha—. Espero que con el tiempo, cambie usted esa percepción poco feliz que tiene del matrimonio.



—Para usted será más fácil, puesto que ya estuvo casado —le soltó de repente, con el único propósito de hacerlo sentir incómodo.

Rafael le sonrió, y al hacerlo, su espeso bigote se curvó hacia arriba.

—No todos los matrimonios son iguales —se atajó—. A veces se es feliz, pero también se puede llegar a ser muy desdichado.

—¿Usted fue feliz con su esposa hasta que ella murió?

Pilar insistía en hablar de un tema que a él le resultaba demasiado desagradable. Si lo hacía para molestarlo, lo estaba consiguiendo.

—Es mejor no hablar de algo tan triste que ya pertenece al pasado...

—¿La extraña todavía?

¿Qué clase de pregunta era esa? Se aproximó un poco más y se inclinó hacia ella, hasta quedar a pocos centímetros de su rostro. Tenía las mejillas encendidas, no supo si ese cambio de color se debía a los rayos del sol o a su cercanía.

—¿Por qué le interesa saberlo?

Ante su inesperado avance, Pilar retrocedió. No le gustaba la forma en que la estaba mirando; tampoco ese calor que sentía en la nuca cuando se le acercaba demasiado.

—Simple curiosidad —respondió mientras le imploraba con la mirada que ya no la hostigase de ese modo.

—No debe preocuparse por eso. Lo que sentí por Elena quedó en el pasado, y está bien enterrado junto a ella, en su tumba. El día que usted se case conmigo, se convertirá en la única señora de *El Refugio*. —Bajó la mirada y la tomó de la muñeca, envolviéndola con sus fuertes dedos—. No habrá espacio para nadie más, Pilar, se lo juro. —Se llevó su mano a la boca y la besó con delicadeza, rozándole apenas con los labios la blanca piel de sus nudillos.

Pilar respiró hondo. Contrario a lo que Rafael o la nana Jesusa habrían esperado, ella no retiró su mano ni trató de apartarlo. Estaba quieta, sin posibilidad alguna de reaccionar mientras él la soltaba muy despacio.

—Si la importuné, le pido disculpas. Era algo que quería hacer desde que la vi aparecer en el salón de su casa —le confesó.

Pilar no le creía ni media palabra. Sospechaba que buscaba algo más que tratar de ganarse su simpatía... Ese modo que tenía de clavarle la mirada, le provocaba escalofríos en el cuerpo. Se volteó para recurrir a su nana, pero la negra les estaba dando la espalda, propiciando con su actitud cualquier acercamiento que el señor Álvarez Arriaga intentase tener con ella. Se sintió traicionada y tuvo ganas de salir corriendo.

Pero no lo hizo.

—¿Podemos continuar con el paseo, por favor? —Apenas Rafael se apartó con la intención de cederle el paso, enroscó los dedos en la cinta de su bolso, para aplacar los nervios. La primera cita con el hombre que pretendía convertirla en su esposa, no estaba saliendo como lo había planeado. Aunque había logrado incordiarlo con algunos de sus comentarios, él siempre se las arreglaba para confundirla y hacerla dudar hasta de sus propios pensamientos. No podía permitir que Rafael Álvarez Arriaga desbaratase sus planes.

Atravesaron la arboleda y fueron bordeando la ribera del río. La tarde era cálida y había mucha gente disfrutando de los últimos rayos de sol de la jornada. La fachada del recientemente inaugurado Hotel de Londres, un edificio de cuatro plantas sobre la calle Piedad, con balaustrada de piedra blanca en los balcones, se alzaba majestuoso a pocos metros del Paseo de Julio. Pilar lo contempló a sus anchas mientras caminaban. Les llegó el pregón de los vendedores ambulantes, que ofrecían sus mercancías aprovechando la concurrencia de público en el lugar.

—¿Le apetece algún dulce?

Pilar negó con la cabeza. Había perdido el apetito y los nervios le habían atenazado la boca del estómago.

—Yo sí tengo deseos de probar un dulce. —Miró a la nana de Pilar—. ¿Me haría el favor de comprarme media docena de rosquitas de anís?

Jesusa se encontró con un dilema de difícil solución. Aunque no le agradaba la idea de alejarse de su niña, tampoco podía desobedecer a quien en poco tiempo más se convertiría en su esposo. Oteó por encima de su hombro, buscando al

vendedor de dulces. Era el que estaba más alejado de ellos y supo en ese momento cuál era la verdadera intención del señor Álvarez Arriaga al formularle semejante pedido. Miró a su niña, pero ella parecía estar perdida en sus propias tribulaciones.

Después de darle el dinero, Jesusa se marchó para cumplir con su encargo.

—¡Por fin solos! —exclamó Rafael invitándola a sentarse en el banco de ladrillos.

Pilar se ubicó en uno de los extremos, esperando que Rafael ocupara el lado opuesto, pero se sentó junto a ella, dejando apenas unos pocos centímetros entre ambos. Aprovechando la ausencia de su nana, Pilar decidió contraatacar.

—No quiero que pierda su tiempo, Rafael —le dijo, ladeando la cabeza para poder mirarlo mientras le hablaba—. Sabe muy bien que jamás podremos ser felices... Imagino que debe haber un tendal de señoritas casaderas dispuestas a contraer matrimonio con un hombre como usted...

Rafael alzó las cejas.

—¿Un hombre como yo?

Ella asintió. Si quería seguir adelante con su plan, debía mostrarse segura. No podía permitirse dudar frente a él, porque si lo hacía llevaría las de perder.

—Un hombre de fortuna y que pertenece a una de las mejores familias de Buenos Aires. El hecho de que yo no esté interesada en casarme con usted, no me impide reconocer que sería un excelente partido para cualquier muchacha que en este momento ande buscando marido. Por ejemplo, Bernardita Villegas estaría encantada de que un hombre de su talante la cortejase.

Rafael sonrió. Ahora empezaba a entender cuál era su juego. Dejó que continuase hablando, parecía tener muchas cosas que decirle.

—¿Para qué atarse a alguien como yo cuando tiene la posibilidad de elegir a una mujer que de verdad desee pasar el resto de su vida junto a usted? Conmigo solo conseguirá ser desdichado...

Era suficiente. Estaba harto de escuchar sus excusas, por eso se tomó el atrevimiento de cubrirle la boca con su dedo índice para callarla.

—Ya no siga, por favor.

Pilar tragó saliva. La aspereza de la piel de Rafael contrastaba con la suavidad de sus propios labios.

—Podrá enumerar cientos de razones por las cuales debería desistir de casarme con usted, Pilar. Sin embargo, nada de lo que diga o haga, me hará cambiar de idea. No me interesa ninguna otra mujer, mucho menos esa arpía de Bernardita Villegas, que quiere echarme el lazo al cuello desde hace rato. Usted es la elegida, Pilar Robles. Será mi esposa, aunque reniegue de mí. —Quitó el dedo de su boca, y la tomó del cuello para atraerla hacia él. Sin importarle dónde estaban o el hecho de que alguien los viese, se apoderó de sus labios y la besó.

Pilar, apabullada por la marea de sensaciones que le provocaba la invasión de la lengua masculina en la cavidad de su boca, fue incapaz de reaccionar. No respondió al beso, pero tampoco tuvo la voluntad suficiente para rechazarlo. Se sintió presa de una extraña debilidad que no la dejaba siquiera pensar. Aunque maldijera al destino una y mil veces por haber puesto a ese hombre en su camino, no podía negar lo que sentía cuando la tocaba. Perdió por completo la noción del tiempo y el espacio, solo era consciente de su boca devorando la suya... de su mano acariciándole el cuello, de ese cosquilleo que le recorría el cuerpo.

—¡Niña!

La voz de sargento de Jesusa hizo que Rafael la soltara de inmediato. La miró a los ojos y Pilar vio reflejada en ellos la promesa de que habría mucho más después de ese beso. Y la asustaba. No solo lo que él pudiera hacerle. Tenía miedo de ella misma. De traicionar a Gonzalo y de traicionar lo que sentía por él.

Como si nada hubiese ocurrido, Rafael le convidó una rosquita y continuaron con el paseo. Él se ofreció a llevarla del brazo nuevamente, pero Pilar lo rechazó por segunda vez. Varias de las personas que estaban en el lugar, los miraban de reojo, condenándolos por su escandaloso comportamiento. La escena que acababan de protagonizar haría que sus nombres fuesen los más mencionados en

las reuniones sociales de Buenos Aires durante los próximos días.

Entre toda esa gente que había presenciado el beso que Rafael Álvarez Arriaga le robó a la hija de don Amancio Robles, se encontraba Gonzalo Funes.



## EL COMPROMISO

—*N*o quería venir a importunarlo a esta hora, don Amancio. —Rafael le entregó el sombrero y la chaqueta a Dominga—. Supongo que estarán por almorzar, pero no podía esperar. Hay un asunto que debo tratar con usted lo antes posible y por eso me atreví a presentarme en su casa sin previo aviso.

—¿Qué es eso tan urgente que tiene para decirme? —Por un instante, don Amancio tuvo miedo de que, a pesar de todos sus esfuerzos, el romance que había sostenido su hija con Gonzalo Funes hubiese llegado a sus oídos. Trató de adivinar qué se ocultaba detrás de su severo semblante.

—Acabo de recibir un telegrama de Londres en donde se me informa que hay un posible comprador para el caballo purasangre por el cual hice una oferta hace unos meses atrás, cuando el señor Harrington estuvo de visita en la ciudad. Él me dio su palabra de que me lo vendería a mí, pero ahora recibió una oferta más tentadora que la mía y me lanzó un ultimátum: concreto la venta pronto o perderé la oportunidad de quedarme con el animal.

Robles sintió alivio de saber que la insensatez cometida por su hija no tenía nada que ver con sus problemas.

—¿Piensa viajar a Londres?

—No tengo otra salida. Planeaba hacerlo después de la boda y llevar a Pilar conmigo para pasar nuestra luna de miel allí, pero no puedo esperar tanto...

—Es imposible adelantar el matrimonio —le dijo. A él también le preocupaba que tuviese que viajar precisamente ahora cuando le urgía oficializar el noviazgo con su hija.

Rafael se dejó caer en el sillón y resopló con fuerza.

—Lo sé, don Amancio. No pretendo apurar las cosas, sin embargo, debo viajar a Londres en el próximo vapor que parte dentro de una semana.

—¿Una semana? ¿Tan pronto?

El más joven asintió.

—¿Qué sugiere que hagamos?

Robles no lo pensó demasiado. Tenía la solución en sus manos y no iba a desperdiciarla.

—No es posible adelantar la boda, pero sí podemos celebrar el compromiso antes de su viaje.

Aunque sabía que su tía Margarita sería la primera en poner el grito en el cielo por desbaratar sus planes de realizar la cena de compromiso en su casa durante la víspera de Navidad, a él no le disgustaba la idea de marcharse a Londres comprometido con Pilar.

—Creo que es la mejor opción, don Amancio.

El dueño de casa sonrió complacido.

—Hablaré con mi madre y con Lorenza para que se pongan a disposición de su tía para colaborar en todo lo que haga falta. Si lo prefiere, celebraremos la cena de compromiso en su casa, como se planeó en un principio. ¿Le parece bien este sábado a las nueve?

—Le preguntaré a mi tía, pero no creo que tenga inconvenientes en preparar todo para ese día. Tampoco hay tiempo para algo demasiado solemne, una cena y un brindis serán suficientes para formalizar mi noviazgo con su hija.

—No se hable más entonces, Rafael. ¿Le gustaría quedarse a almorzar con nosotros?

—Como dije, don Amancio, no quise importunarlos. Prefiero regresar en otro momento. —Abandonó el sillón con la intención de marcharse.

—Supongo que querrá saludar a Pilar antes de irse. —Amancio le sonrió—. Está en el comedor, junto con los demás.

Rafael terminó aceptando su invitación. Aunque le costase reconocerlo,

ansiaba verla. Habían pasado ya dos semanas desde esa tarde en el Paseo de Julio, en donde él cruzara los límites del decoro, besándola delante de la gente. Tres días después de ese encuentro, se marchó a Capilla del Señor para hacerse cargo de sus asuntos. Desde su regreso a la ciudad, todavía no la había visitado.

Apenas puso un pie en el comedor, el silencio se apoderó de todos.

—Rafael no quería irse sin antes saludar a su novia.

Pilar dejó la copa de agua sobre la mesa y se secó los labios.

—Bienvenido, Rafael —dijo Lorenza, gratamente sorprendida por su llegada—. ¿No quiere acompañarnos?

—No, doña Lorenza. Solo he venido a tratar un asunto de urgencia con su esposo. —Miró de reojo a Pilar. Ella ni siquiera lo había saludado todavía.

—Espero que no sea nada serio...

—No, querida. No te preocupes. Aunque no es grave, sí trastocará un poco nuestros planes.

—¿A qué te referís, hijo? —preguntó doña Encarnación, intrigada por la presencia inesperada del futuro esposo de su nieta.

—Tendremos que adelantar el compromiso porque Rafael debe viajar a Londres la próxima semana. Si su tía está de acuerdo, lo celebraremos este mismo sábado.

Pilar estrujó la servilleta con su mano. Era quien debía decir algo ante semejante noticia, sin embargo, guardó silencio.

—¿Adelantar el compromiso?

—Sí, doña Lorenza. Lamento las contrariedades que seguramente causará mi repentino viaje, pero es imposible posponerlo.

—¿Cuánto tiempo estará fuera? —Todos los ojos se posaron en Pilar cuando ella por fin abrió la boca.

—Un mes y medio, tal vez un poco más. Trataré de estar de vuelta para Navidad.

Ella le sostuvo la mirada apenas unos segundos mientras respondía a su pregunta, pero rápidamente sus ojos bajaron hasta la boca masculina. Todavía no



conseguía borrar de sus labios ese beso que le había dado la última vez que se vieron. Y lo peor de todo no era haber permitido que llegase tan lejos... lo que más odiaba era el hecho de que después de que él la besara, era imposible no compararlo con los besos que le había dado Gonzalo.

—Querida, ¿por qué no acompañás a Rafael hasta la salida? —sugirió doña Encarnación, propiciando un nuevo encuentro a solas entre ambos.

Pilar no podía creer que su abuela también confabulase en su contra y se pusiera del lado de ese hombre.

—Excelente idea, madre —celebró Amancio pasando junto a su hija para ir a ocupar la cabecera de la mesa.

Pilar no tenía opción. Era lo que menos podía hacer en el rol de “muchacha cortejada por su futuro esposo”. Soltó la servilleta, forzó una sonrisa y se puso de pie.

No bien dejaron el comedor, ella aceleró el paso para evitar que Rafael se le acercase demasiado. Él la siguió a través del pasillo y cuando llegaron al recibidor, la agarró del brazo para obligarla a detenerse.

—Me alegra tener la oportunidad de verla a solas antes de irme —le dijo avasallándola con su perturbadora presencia. La había acorralado contra la puerta, apoyando ambos brazos en la pared para impedir que se le escapase—. Quería pedirle perdón por mi comportamiento del otro día. No debí propasarme con usted, mucho menos en un lugar público.

Ella no se esperaba una disculpa. Después de haberse atrevido a besarla de esa manera tan indecente, estaba convencida de que no tenía los escrúpulos suficientes para reconocer que había obrado mal.

—¿No dice nada? ¿Acaso le comieron la lengua los ratones?

Pilar respiraba un poco más ligero. Él ni siquiera la tocaba, pero su cuerpo reaccionaba como si lo estuviese haciendo. No quería sentir... no podía dejar que solo su cercanía la perturbase tanto. La aliviaba saber que, al menos por un tiempo, se libraría de su inquietante presencia. Ignoraba cuál sería el motivo que lo mantendría lejos de Buenos Aires durante su viaje a tierras inglesas, pero sin

dudas, para ella, era una bendición.

—¿Qué quiere que le diga, señor Álvarez Arriaga? —retrucó con el único propósito de desafiarlo, a sabiendas de que Rafael prefería que se dirigiera a él por su nombre y no con ese frío “señor Álvarez Arriaga”.

Rafael entornó los ojos y movió la cabeza.

—¿Por qué insiste en mantener esa distancia conmigo, Pilar? En unos días seré su prometido y en pocos meses más, su esposo. Creo que ya es tiempo de que deje de tratarme como si yo fuese su peor enemigo. —Esbozó media sonrisa, haciendo que su bigote se curvara hacia arriba—. Le prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para hacerla feliz... no soy un ogro, no quiero que me tema. —Esperaba haber elegido las palabras adecuadas, esas que cualquier jovencita deseaba oír de boca del hombre que estaba a punto de convertirse en su marido.

A Pilar le costaba encontrar sinceridad en sus palabras. Parecía que estaba dando un discurso y no le hablaba desde el corazón. Igual, a ella poco le importaba sus sentimientos. Si ese matrimonio llegaba a realizarse un día, porque lucharía hasta el último momento para evitarlo, no sería más que una farsa... Una puesta en escena que solo causaría su desdicha.

—Usted sabe muy bien que seré su esposa en contra de mi voluntad —le dijo con los ojos llenos de rabia—. No me pida lo que no puedo darle, señor. Jamás seré feliz a su lado, y si se casa conmigo, procuraré que usted tampoco lo sea.

Rafael tuvo que contenerse para no cerrarle la boca con un beso. Lo desafiaba sin medir las consecuencias de sus actos, despreciándolo con la mirada. Había rechazo en cada una de sus palabras, sin embargo, por más que se empeñase en mantener esa distancia entre ambos, ni siquiera ella tenía el poder de controlar su propio cuerpo. Le rozó el cuello para reforzar su teoría. Cuando su mano se deslizó hasta el escote de su vestido, percibió que temblaba. Podía decir lo que quisiera para molestarlo, pero volvía a comprobar que, con solo una caricia, era capaz de derribar esa barrera que Pilar había construido con el único e inútil propósito de protegerse de sus avances.

Presionó suavemente la mano sobre uno de sus pechos y con el pulgar empezó a dibujar pequeños círculos alrededor de una de las florcitas estampadas del vestido, en el punto exacto en donde la gruesa tela le cubría el pezón.

Pilar lo apartó de un empujón y Rafael terminó chocando contra la mesa del recibidor. Como pudo, porque le temblaban las piernas, ella huyó corriendo y no se detuvo hasta llegar a su habitación.

Rafael le dio un puñetazo a la pared.

—¡Maldición! —Se miró las manos. Un hilo de sangre manaba de sus nudillos lastimados...

¿Qué demonios le sucedía? ¿Por qué no podía controlarse cuando Pilar estaba cerca? Ella lograba despertar en él sentimientos que creía enterrados para siempre en su corazón. No podía permitir que volviera a suceder. Por el bien de ella y por el suyo... no podía.

El compromiso entre Rafael Álvarez Arriaga y Pilar Robles, sin dudas uno de los más esperados y comentados por la sociedad porteña durante las últimas semanas, se celebraría sorpresivamente ese sábado en la casona del barrio de Barracas.

Muchos eran los chismes que se tejían alrededor de semejante acontecimiento. El hecho de que se hubiese adelantado la fecha del compromiso generaba ciertas sospechas. Sobre todo, después de que varias personas fueran testigos del efusivo y escandaloso beso que el novio le había dado a la hija de don Amancio Robles en el Paseo de Julio. Esas prisas no hacían más que acrecentar los rumores y ponían en tela de juicio la moral de la joven. La persona que se había encargado de fomentar esos chismes no había sido otra que Bernardita Villegas, quien todavía sangraba por la herida. No podía concebir que la insulsa de Pilar Robles se hubiese quedado con el mejor partido de Buenos Aires. Con el hombre que ella soñaba para casarse y formar una familia. Carcomida por el despecho, incluso había divulgado la mentira de que el compromiso tenía que adelantarse

por culpa del comportamiento poco apropiado de la novia. Por supuesto, bastó que la hija de don Severino Villegas lo proclamase en toda reunión social a la que era invitada, para que los rumores de un supuesto embarazo se instalaran en el imaginario de la gente.

Ese malicioso rumor también había llegado a oídos de Leonor, quien todavía no se resignaba a la idea de que Rafael estuviese a punto de comprometerse con otra mujer. Ya estaba todo listo para recibir a los Robles esa noche en su casa. Ella no quería estar presente cuando Rafael pidiese formalmente la mano de su prometida en matrimonio. ¿Cómo haría para fingir que no le afectaba lo que ocurría? No sabía cómo esconder sus sentimientos y durante los últimos días, en más de una oportunidad, había estado a punto de confesarle a Rafael que lo amaba. Por miedo o cobardía, terminaba arrepintiéndose antes de abrir la boca. Él la había notado extraña y le había preguntado qué le sucedía, pero gracias a la intervención de su madre, quien alegaba que solo eran los nervios por el compromiso, conseguía evitar que Rafael descubriera la verdad.

Y ahora se encontraba en su habitación, probándose frente al espejo el vestido que luciría esa noche para celebrar el compromiso del hombre que amaba con otra mujer.

Quería gritarle a todo el mundo lo que venía callando desde hacía tanto tiempo... pero no podía. Ese amor que anidaba en su corazón moriría con ella.

Cerró los ojos cuando se dio cuenta de que estaba llorando. Al abrirlos, vio a Rafael a su lado. Le sonreía mientras le acariciaba la mejilla mojada. Se volteó... y entonces comprobó que él no estaba realmente allí.

Solo había sido un sueño... nada más que un sueño.

Gonzalo había vuelto a emborracharse. Después de jurarle a su madre que no lo haría, allí estaba, tumbado sobre la mesa de la pulpería, llorando por la traición de la mujer que amaba.

La había perdido a manos de ese hombre que don Amancio aprobaba para

convertirla en su esposa y él se sentía un completo imbécil por dejar que se la quitaran frente a sus propias narices. Mientras se desesperaba ante la terrible realidad de perder a Pilar para siempre, ella permitía que Álvarez Arriaga la besase en público. Habría cometido cualquier locura con tal de impedir que su amada Pilar terminase cumpliendo con la voluntad de su padre, pero después de lo que había visto, comprendía que de nada valía su esfuerzo cuando ella parecía encantada con el cortejo de su prometido.

José Emilio le repetía hasta el hartazgo que tenía que olvidarse de su hermana. Le recordaba en todo momento que Pilar había aceptado con resignación la decisión de su padre y no tenía sentido luchar por reconquistar su amor cuando estaba todo perdido. Pilar ya no tenía espacio para él ni en su vida ni en su corazón.

Gracias a José Emilio, que lo mantenía al tanto de lo que iba pasando, sabía que esa noche, en casa de Álvarez Arriaga, se celebraría el compromiso matrimonial.

Por eso se había desviado de su camino a la pensión para emborracharse en la primera pulpería que encontró. Un gaucho tocaba la guitarra mientras otro entonaba una vidalita. Le ordenó que se callara cuando la letra de la canción empezó a parecerse demasiado a su propia tragedia. No quería escuchar de amores perdidos ni de mujeres traicioneras. El cantor, para no provocar una riña, cambió de repertorio, entonando una canción más alegre.

Un hombre joven ingresó a la pulpería y tras quitarse el sombrero barrió el lugar como si estuviese buscando a alguien.

—Sabía que te encontraría aquí. —José Emilio apartó una silla y se sentó frente a su amigo.

Gonzalo levantó la cabeza, pero no tenía ganas de hablar con nadie. Tampoco de recibir un sermón.

—¿Creés que bebiendo vas a solucionar tus problemas? —José Emilio llamó al pulpero, puso en su mano una moneda y le entregó la botella de aguardiente para que se la llevase fuera de su alcance.

—Mis problemas no tienen arreglo —balbuceó Gonzalo clavando sus ojos negros en el vaso vacío. Miró al pulpero que se alejaba hacia el mostrador con su aguardiente. Se encogió de hombros—. Si bebo es porque necesito olvidar lo que vi...

José Emilio sabía que Gonzalo había visto a su hermana con Rafael Álvarez Arriaga mientras daban su primer paseo como novios. Lo había encontrado rondando la casa tras volver de la facultad y él mismo sugirió que los siguiera para que se convenciera de una vez por todas que no había más nada que hacer. Lo que no imaginó jamás era que su plan resultaría mejor de lo esperado y que Gonzalo presenciaría el beso entre Rafael y Pilar. Esa intimidad que habían compartido a pesar de estar en un paseo público, le debería haber bastado para dejar de insistir en evitar lo que ya era inexorable.

—Tenés que resignarte, Gonzalo. Faltan unas horas para que Pilar se comprometa con Rafael. Cuando él regrese de su viaje a Londres, van a casarse. No hay nada que puedas hacer para impedir esa boda. —Le dio una palmada en el hombro. A nadie más que a él le dolía verlo en esas deplorables condiciones—. Vamos que te llevo a la pensión, no es prudente que regreses solo con la borrachera que cargás encima.

Gonzalo asintió, pero no dejaba de pensar en sus palabras. Ahora comprendía la razón por la cual el compromiso se había adelantado. El maldito de Álvarez Arriaga quería asegurarse a Pilar antes de dejar Buenos Aires. Quizá durante su ausencia podía convencerla de que huyeran juntos como habían planeado. Se las ingeniaría para verla y hablar con ella apenas su barco zarpase del puerto con rumbo al viejo continente.

Salieron a la calle y Gonzalo aprovechó para llenarse los pulmones de aire fresco mientras su amigo le indicaba al cochero hacia dónde debía dirigirse. Tambaleándose, logró meterse en la galera. Su cuerpo cayó laxo sobre uno de los asientos y José Emilio se ubicó a su lado. El leve traqueteo del carruaje que transitaba despacio las calles empedradas de esa zona del Bajo hizo que Gonzalo se quedara dormido casi de inmediato.

José Emilio lo contempló a sus anchas. Rápidamente, sus ojos se detuvieron en el cuello abierto de su camisa. Dejó escapar un suspiro. Llevaba deseándolo demasiado tiempo, disfrazando lo que sentía para que no descubriesen esa abominación que crecía en su interior y que lo devoraba con la misma intensidad que las llamas del fuego consumían un papel. Estaba harto de fingir lo que no era; de cortejar mujeres con el único objetivo de que nadie se atreviese a dudar de su hombría. Colocó su mano en el muslo de Gonzalo y empezó a acariciarlo. Él seguía embotado por el alcohol y su estado de inconsciencia le daba vía libre para dejar salir a ese demonio que llevaba dentro. Continuó acariciándolo por encima del pantalón. A sabiendas de que estaba cometiendo una locura, deslizó la mano hasta la entrepierna de Gonzalo. Rozó su miembro mientras que introducía la otra mano en su propia bragueta para estimularse. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido de placer.

José Emilio se asustó cuando Gonzalo empezó a balbucear. Con un movimiento brusco, quitó la mano del interior de sus pantalones y saltó al asiento de enfrente. Con la respiración acelerada, miró el bulto en su entrepierna. Estaba completamente excitado, a punto de estallar en un orgasmo. Se maldijo a sí mismo por haberse atrevido a tanto.

Gonzalo seguía sumido en un estado de semiinconsciencia que lo mantenía ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Musitó el nombre de Pilar en varias ocasiones mientras la lloraba en medio de la borrachera.

A José Emilio le costó volver a la normalidad. Todavía le hervía la sangre. Su comportamiento era imperdonable; se sentía tan culpable que ni siquiera se atrevía a buscar alivio en el sacramento de la confesión. Se llevaría su terrible secreto a la tumba.

Llegaron a la pensión y lo ayudó a llegar hasta su casa. Cuando lo sujetó de la cintura para evitar que terminara en el suelo, todo su cuerpo volvió a reaccionar. Carmen, la joven que trabajaba de planchadora junto a doña Lidia, fue quien los recibió.

Afortunadamente, la madre de Gonzalo dormía. Lo llevó hasta su habitación y

cerró la puerta. Lo sentó en la cama mientras le quitaba los zapatos. Él cayó hacia atrás y no tardó en volverse a dormir.

Mejor así. Tenía una misión que cumplir y no iba a desaprovechar la oportunidad.

Pilar permanecía en silencio mientras su nana terminaba de marcarle el cabello con la tenaza. Le ató una cinta de raso blanco en lo alto de la cabeza y dejó sueltos unos bucles para que le cayeran a un costado, enmarcándole el rostro. En esa noche tan especial, llevaría uno de sus mejores vestidos. Era de raso en una tonalidad negra azulada con mangas ajustadas que se abrían en los puños formando pétalos de color blanco y una esclavina bordada con hilos dorados le adornaba el cuello. Lo había mandado a comprar su abuela especialmente para ella en Tiendas San Miguel.

Lorenza, quien no quería quedar afuera de los preparativos personales de la novia, le había prestado una gargantilla con una pequeña esmeralda que resaltaría la belleza de sus ojos.

Pilar dejaba que todos a su alrededor hicieran y deshicieran a su antojo. Llevaba horas, encerrada en la habitación, sometándose a toda clase de arreglos para que, según su nana, esa noche luciera como una princesa de cuentos. ¡Y ella se sentía la protagonista de la historia más triste!

Jesusa buscó el frasquito que contenía el carmín y le coloreó un poco los labios. Se detuvo cuando descubrió que Pilar estaba llorando.

—Niña, no quiero verla así —le suplicó—. Debería estar feliz y no sufrir por quien no vale la pena.

Pilar respiró con fuerza y se secó las lágrimas con el pañuelo de seda que le dio la negra.

—Estoy bien, nana —intentó sonreír—, no te preocupes, que no voy a arruinar esta noche tan importante para ustedes con ningún exabrupto. Seré la muchacha más sumisa de todas y fingiré que nada me afecta...



—Tampoco diga eso, mi niña. Ese hombre tiene buenas intenciones con usted. Hizo lo que un caballero debe hacer: pidió permiso a su padre para cortejarla y en poco tiempo más la convertirá en su esposa. Si tuviese algún oscuro propósito, como mi niña asegura, habría actuado de otra manera —alegó, haciendo claramente alusión al comportamiento furtivo de Gonzalo Funes al frecuentarla a espaldas de su familia.

Pilar prefirió guardarse lo que pensaba. Ignoraba qué era lo que pretendía exactamente Rafael Álvarez Arriaga al casarse con ella. Quizá la reciente sociedad con su padre tuviese que ver con su decisión. Podía cortejar a cualquier señorita casadera de Buenos Aires... ¿por qué demonios la había elegido precisamente a ella?

Jesusa hizo que se pusiera de pie para ocuparse de la hilera de botones que el vestido tenía a lo largo de toda la espalda. Estaban forrados con raso y le daban un toque delicado a su atuendo. Cuando terminó, se pasó la mano por la frente en un gesto de cansancio. Volvió a indicarle que se sentara, le colocó los soquetes y luego los zapatos de charol. Pilar parecía una muñeca sin voluntad en manos de la negra.

Lorenza entró sin llamar a la habitación y se acercó para cerciorarse de que todo estaba en orden.

—Has hecho un buen trabajo, Jesusa —dijo, palmeando la espalda de la negra en señal de aprobación. Vio la gargantilla en el cuello de su hijastra. Aunque no le gustara que esa noche destacara más que ella, lucía espléndido sobre esa piel blanca y tersa—. Tu padre te espera en el salón, María del Pilar. No quiere llegar tarde a la casa de los Álvarez Arriaga.

—¿José Emilio todavía no llegó de la facultad?

—No, es probable que vaya directamente para allá.

Pilar asintió. A pesar de no saber nada de él desde hacía semanas, todavía tenía la esperanza de que Gonzalo le enviase a decir por su hermano que pronto vendría a buscarla para llevársela lejos. Pero los días pasaban y José Emilio le aseguraba que ya ni siquiera le preguntaba por ella.

Recogió su bolso, le pidió a su nana que la ayudase con la capa y cuando estaba a punto de abandonar la habitación, Jesusa la tomó del brazo.

—Espere mi niña. —Caminó presurosa hacia la cómoda y regresó con un frasco de perfume importado de Francia—. No puede irse si antes no se echa un poquito de su fragancia favorita.

—Jesusa está en todos los detalles —comentó Lorenza, quien no era asidua a ponderar las virtudes de los criados.

En el salón, su padre y su abuela las estaban esperando. Tras echar un vistazo a su reloj de bolsillo, don Amancio las apuró para salir al patio porque estaban retrasados. Doña Encarnación elogió el aspecto de su nieta y él se limitó a decir que era lo menos que esperaba de ella esa noche. Continuaba enojado con su hija y lo estaría hasta que no le demostrase que había dejado de pensar en ese oportunista de Funes.

Cuando las tres mujeres estuvieron acomodadas dentro de la galera, don Amancio le indicó a Anselmo que tomara el camino más corto para llegar a la calle Comercio lo antes posible. Subió al coche y se ubicó junto a Lorenza. Se dedicó a contemplar a su hija durante todo el viaje. Estaba más hermosa que nunca, sin embargo, un velo de tristeza opacaba sus ojos. Volvió a repetirse por enésima vez que todo lo que hacía era por la felicidad de Pilar. Nadie tenía derecho a reprocharle nada. Solo era un padre preocupado que deseaba un futuro inmejorable para su hija y estaba seguro de que lo encontraría al lado de un hombre como Rafael Álvarez Arriaga.

Para fortuna de don Amancio y la mala suerte de Pilar, la galera se detuvo frente a la casona de Barracas, apenas unos minutos después de las nueve. Sin embargo, y ateniéndose a la regla de oro que siempre imponía Lorenza a la hora de llegar a un evento social, un poco de retraso no venía nada mal.

Descendieron de la galera y, de inmediato, un hombre que vestía de negro y que se presentó como el mayordomo de la familia se acercó para escoltarlos al interior de la casa. Don Amancio iba detrás de las mujeres y de vez en cuando, miraba por encima de su hombro hacia la calle. Pero no había señales de José

Emilio por ninguna parte. Lo preocupaba que todavía no hubiese llegado y temía que algún contratiempo le impidiese estar presente en el compromiso de su hermana.

Cuando estaban a punto de ingresar a la casa, se escuchó el traqueteo de un carruaje que se acercaba a gran velocidad. Amancio se volteó y comprobó, aliviado, que quien se apeaba de este era su hijo. Se detuvo para entrar con él mientras las mujeres de su familia seguían al mayordomo. Lo interceptó en la escalinata y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Hice lo que me pidió, padre —respondió José Emilio algo consternado todavía por el episodio que había protagonizado con Gonzalo.

Amancio Robles esbozó una sonrisa complaciente.

—¿Fue sencillo o tuviste algún imprevisto?

José Emilio tragó saliva. No se sentía orgulloso de lo que había hecho, sin embargo, su padre le aseguraba que todo era parte de su plan para asegurar la felicidad de Pilar. Volvía a traicionar la confianza de su hermana, y lo que era peor aún terminaría arruinando la vida de su mejor amigo... de ese hombre al que amaba y por el cual estaba dispuesto a arder en las llamas del averno.



## UN RAYO DE ESPERANZA

*R*afael se quedó sin aliento apenas Pilar puso un pie en el salón. La acompañaban su abuela y su madrastra. Si el día que la conoció le pareció hermosa, esa noche quedó completamente subyugado por esa enigmática mezcla de candor y sensualidad que, sin dudas, convertían a Pilar Robles en una mujer irresistible. Y él no quería caer bajo el influjo de su encanto porque sabía que, tarde o temprano, terminaría perdiendo hasta la fuerza de voluntad. Debía tratar de permanecer indiferente a su belleza, pero... ¿cómo se hacía para no admirarla cuando no era posible siquiera apartar los ojos de ella?

Doña Margarita, ante la falta de modales de su sobrino que parecía un niño embobado con su juguete nuevo, dio un paso adelante y las recibió como se merecían.

—Bienvenidas a nuestra casa. —Se acercó y se presentó con las dos mujeres mayores, luego asió la mano de la más joven y le sonrió—. Es un placer conocerte por fin, Pilar. Sos más hermosa de lo que me habían contado.

Pilar le devolvió la sonrisa. Recordaba a la tía de Rafael de esa vez, en casa de los Villegas, cuando llegó prendida de su brazo. La joven que los acompañaba, también estaba allí, pero no se había acercado a saludarlas todavía.

Leonor, desde un rincón del salón, observaba atentamente a la prometida de Rafael. Ahora que por fin la conocía, comprendió que jamás podría competir con una mujer así. La reacción de su primo cuando ella apareció le sirvió para darse cuenta de que no tenía caso luchar por lo que ya estaba perdido. No iba a conquistar el corazón de su primo... No con una contrincante de la talla de Pilar

Robles. Podía vencer la belleza de una mujer, incluso superarla en inteligencia, sin embargo, había algo que no obtendría jamás: que Rafael la mirase de la misma forma que la miraba a ella. Venciendo cualquier prejuicio y dejando de lado sus propios sentimientos, se acercó para presentarles sus respetos a Pilar y a su familia cuando don Amancio y José Emilio se unieron a los demás. Al saludarla, comprobó que tenía una voz muy dulce, casi angelical.

—También le doy la bienvenida a esta casa y a esta familia, Pilar —le dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que nadie notara cuánto la envidiaba. Sintiéndose culpable por fingir que le caía simpática, le sonrió—. Rafael me ha hablado mucho de usted, espero que podamos ser amigas, no solo primas.

—Muchas gracias, Leonor. Yo espero lo mismo. —Vio que Rafael se acercaba y no pudo evitar ponerse nerviosa.

Él se inclinó hacia adelante, la tomó de la mano y sin dejar de mirarla en ningún momento, se la besó.

—Buenas noches, Pilar. Está realmente radiante esta noche. —Con su dedo pulgar, le rozó la piel sensible de su muñeca.

Con un rápido y certero movimiento, que nadie alcanzó a percibir, giró la mano, haciendo que Rafael por fin la soltase.

—Gracias —fue lo único que dijo para responder a su cumplido.

Los hombres se reunieron alrededor de la mesa de las bebidas para degustar un aperitivo antes de la cena. Doña Encarnación y Lorenza se pusieron a conversar con la tía de Rafael sobre los diversos preparativos que tenían por delante para celebrar la boda de los muchachos y Pilar, para no quedarse sola, buscó la compañía de Leonor.

—Me gusta el color de tu vestido —dijo Pilar con la intención de entablar una conversación con ella; pero parecía que la prima de Rafael tenía muy pocas ganas de hablar—. ¿Lo compraste en la tienda de la calle Perú o lo mandaste a confeccionar con una modista? —*A la Ciudad de Londres* era una tienda “a la europea” que hacía pocos meses había reabierto sus puertas después de estar asentada en la calle Florida con el nombre de *Los Salones Argentinos*.

Leonor la miró de mala manera y Pilar se sintió incómoda.

—Perdón, no quería molestarte... —Atinó a irse, pero la otra la sujetó del brazo para impedirselo.

—No te vayas, Pilar. No estoy de buen humor hoy, eso es todo —le explicó. Para convencerla de que decía la verdad, respondió a sus preguntas y le devolvió el elogio, ponderando su elegante vestuario.

Cerca de las diez de la noche, Segundo les anunció que la cena estaba servida. De inmediato, Rafael se aproximó y sin pedirle su consentimiento, llevó a Pilar del brazo hasta el comedor. Leonor iba detrás, muriéndose de celos y envidia.

La conversación giró en torno al viaje que realizaría Rafael en pocos días y cuando él comentó que le habría gustado que Pilar lo hubiese acompañado ya como su esposa, ella no dijo nada. Margarita, aprovechando la presencia de José Emilio, trataba de que su hija intercambiara al menos unas palabras con él. Le agradaba el muchacho y no cabía dudas de que era un partido excelente para su querida Leonor. Quizá la misma noche en la cual su sobrino se comprometía en matrimonio con Pilar Robles, lograba que su hija despertara el interés del joven.

Pilar apenas intervenía en la conversación. Aunque el menú especialmente seleccionado por la tía Margarita fue ponderado por todos los comensales, ella parecía no tener apetito. Se le había permitido beber un poco de vino, pero solo se había mojado los labios cuando su padre insistió en que al menos lo probase para no desairar a los anfitriones. Rafael no perdía oportunidad de acecharla con la mirada y ella no era capaz de pensar en otra cosa que no fuesen esos ojos grises que la inquietaban tanto.

Después de la cena, se reunieron en el salón. De pronto, Rafael había desaparecido. Cuando volvió, unos cuantos minutos más tarde, fue directamente hasta donde se encontraba Pilar. Sorprendió a todos, arrodillándose frente a su butaca. Ella no supo cómo reaccionar. Se hizo un gran silencio en el salón. Había una mezcla de emoción, nervios y sobre todo mucha expectación en quienes estaban a punto de ser testigos de cómo Rafael Álvarez Arriaga pedía formalmente en matrimonio a Pilar Robles.

Sacó una pequeña caja de terciopelo azul del bolsillo de su chaleco y la colocó delante de sus ojos. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Esta noche, rodeados de nuestros seres queridos, le pido que sea mi esposa. —Abrió el estuche y sacó un anillo—. Pilar... ¿quiere casarse conmigo?

Pilar contempló la exquisita pieza de joyería que él le estaba entregando. Tenía una gema azulada en forma de dos corazones entrelazados y brillaba cuando él la movía. Sabía que si lo aceptaba, quizá ya no habría oportunidad de arrepentirse. Dejar que Rafael le pusiera ese anillo iba en contra del destino que había soñado compartir con otro hombre. Estaba a punto de traicionar lo que sentía por Gonzalo.

—Hija, no hagas esperar a tu prometido —intervino don Amancio, apremiándola para que contestara. Ninguno de los allí presentes tenía tanto interés como él en que Pilar aceptase el anillo de compromiso que le ofrecía Rafael.

Ella miró a su padre, luego a su hermano. José Emilio le sonreía y creyó interpretar en su sonrisa que todo iba a estar bien.

—Yo... —De pronto, las palabras se negaban a salir. Deseó que todo el mundo a su alrededor desapareciera. Clavó sus ojos color miel en el anillo... ese pedazo de metal que la ataría para siempre a un hombre al que no amaba. Estuvo a punto de salir corriendo, pero su padre jamás se lo hubiese permitido—. Lo siento, me embargó la emoción. —Esbozó una sonrisa para ocultar la tristeza que asolaba su corazón—. Sí... acepto casarme con usted.

Rafael tomó su mano izquierda y muy lentamente, deslizó el anillo por su dedo. Parecía estar hecho a su medida, sin embargo, se notaba que era una pieza muy antigua. Con la anuencia de don Amancio, se inclinó hacia ella y la besó ligeramente en la boca. Fue un beso casto, muy distinto a los dos que le había robado con anterioridad. Aun así, Pilar logró estremecerse.

—Este anillo le perteneció a mi madre —le dijo apenas se apartó de ella—. Lo heredó de su abuela y lo usó el día de su boda con mi padre. Es una reliquia que ha estado en mi familia por varias generaciones y ahora quiero que la tenga mi

futura esposa.

Pilar asintió. No se sentía digna de llevar en su dedo una joya que le era tan cara a sus sentimientos. Le bastó ver el brillo en su mirada para saber que la muerte de su madre era una herida profunda que no cicatrizaba y que seguía lacerando su corazón, sin importar cuánto tiempo pasara. Ella había atravesado una pena similar y quizá por eso, comprendía su dolor mejor que nadie.

Doña Margarita propuso un brindis para celebrar y alzaron sus copas para deseárselo a la flamante pareja toda la felicidad del mundo.

Cuando Rafael chocó la copa de Pilar, la sostuvo unos segundos de más y le clavó la mirada. Ella no fue capaz de descifrar lo que se escondía detrás de esos enigmáticos ojos grises.

El día de su partida hacia Inglaterra, don Amancio le aseguró a Rafael que llevaría a Pilar al puerto para que se despidiera de él. Cuando le avisó a su hija que estuviese lista para salir, ella no tuvo fuerzas para negarse. Ya no podía luchar en contra del destino que le había impuesto su propio padre.

Contempló el anillo que Rafael le había dado. Lo lucía delante de los demás, sin embargo, cuando estaba a solas en su habitación, se lo quitaba y lo escondía en el cajón de la mesita de noche para no tener que verlo. Su nana, quien era la única que se daba cuenta de lo que hacía, la regañaba diciéndole que era de mal agüero quitarse y ponerse el anillo a cada rato.

El trayecto desde el barrio de San Nicolás hasta el puerto no les llevó mucho tiempo. Don Amancio la ayudó a apearse de la galera y le ordenó a Anselmo que los esperara. Un gran puñado de personas se había aglomerado cerca del muelle para despedir a los que estaban a punto de partir. Una carreta cargada de valijas pasó muy cerca de ellos y casi atropella a Pilar.

—¡Cuidado, hija! —Don Amancio la sujetó del brazo y la apartó hacia un sitio más seguro hasta que la multitud empezara a disiparse.

Pilar, algo aturdida por el vocerío y el andar presuroso de la gente, se refugió



cerca de unos enormes cajones de madera. No había señales de Rafael por ninguna parte. Vio cómo su padre estiraba el cuello para otear en dirección al muelle.

—No alcanzo a ver nada. Yo iré a buscarlo mientras vos me esperás acá. Apenas dé con él, te vengo a buscar.

Pilar asintió. No pensaba irse a ningún lado. Observó a su padre hasta que se perdió en medio de la gente. Un perro todo sucio se aproximó y empezó a olfatearle los zapatos. Seguramente se sentía atraído por el olor de Bruno, ya que había estado jugando con él antes de salir de su casa. Se agachó para acariciarle la cabeza y el perro comenzó a mover la cola en señal de alegría. Estaba flaco en demasía, con la piel pegada a los huesos.

—No tengo nada para darte de comer —le dijo mientras le rascaba el costado de la mandíbula.

De repente, el perro dejó de batir la cola y paró las orejas. Antes de que pudiera reaccionar, un brazo la sujetó por la cintura y la arrastró hacia atrás. Cuando atinó a gritar, una mano le cubrió la boca.

—Soy yo, no grites —le dijo una voz gratamente familiar.

Cuando fue liberada, Pilar se volteó despacio. Gonzalo llevaba un saco grueso con el cuello levantado y una bufanda le cubría parte del rostro.

—¿Qué estás haciendo acá? —le preguntó, reprimiendo el deseo de lanzarse a sus brazos. Él la había llevado hasta un sector del puerto en donde unos cuantos barriles apilados uno encima de otro los dejaban fuera del radar de don Amancio.

—Llevo días vigilando tu casa, esperando el momento para poder verte a solas...

—Mi padre me prohibió salir. Solo me deja ir a misa los domingos.

—Lo sé, te he visto entrar a la iglesia del Socorro acompañada de tu abuela y tu madrastra.

—Pensé que no querías saber nada más de mí.

Gonzalo tomó su mano y tocó el anillo de compromiso. Tenía tanta rabia que se lo hubiese arrancado del dedo.

—Creo que sos vos la que se olvidó de todas las promesas de amor que me hiciste —manifestó con ironía.

—Esto no significa nada para mí. No es más que el símbolo de mi desdicha.

—Aceptaste casarte con él, Pilar.

—¡Porque no tenía otra opción! —le espetó, levantando la voz.

Gonzalo miró por encima de los barriles para cerciorarse de que no la habían escuchado. Deseaba tanto poder creer en ella... pero ese beso del cual había sido testigo se lo impedía.

—¿Qué hacés vos en el puerto con tu padre?

—Me trajo para que me despida de Rafael. Él viaja a Londres por asuntos de negocios.

Nada le dolía más que escucharla llamar por su nombre de pila a quien se la estaba quitando con tanta impunidad. Ya no era “ese hombre” o “el señor Álvarez Arriaga”. Se moría de celos cada vez que se la imaginaba a su lado, hablándole, sonriéndole... besándolo como solía besarlo a él. No se resignaba a perderla. Por más que todos estuviesen en su contra, lucharía hasta el final por ella. La asió de los hombros y la miró intensamente.

—Pilar, ¿todavía estás dispuesta a huir conmigo? —Ella tomó su tiempo para responder, y entonces, supo que algo se había roto entre ambos.

—Gonzalo... no lo sé —dijo por fin, inmersa en un aluvión de sensaciones que no la dejaban pensar con claridad. La había tomado de sorpresa. Cuando ya se estaba haciendo a la idea de que pronto se casaría con Rafael, volvía Gonzalo a su vida para pedirle que se fuera con él.

—Si en verdad me querés, no pensarías dos veces en irte conmigo —le recriminó—. Podríamos aprovechar el viaje de Álvarez Arriaga para concretar nuestra fuga. Con ese hombre lejos, todo será más sencillo.

Ella no estaba tan convencida. Rafael podría encontrarse a miles de kilómetros de distancia, sin embargo, el mayor obstáculo en su felicidad seguía siendo don Amancio. No supo qué decirle y temía que su respuesta no fuese la que Gonzalo esperaba oír de sus labios.

Dos niños pasaron corriendo junto a ellos, empujando un aro de metal y Pilar se distrajo un momento.

—Necesito saber qué pensás —insistió Gonzalo, sujetándola de la barbilla para que volviera a prestarle atención—. Si me decís que no, te juro que nunca más vas a saber de mí. Me alejaré para que puedas ser feliz con él.

Pilar ni siquiera podía imaginarse la vida sin Gonzalo. Agachó la mirada y contempló el anillo que Rafael había puesto en su dedo. ¿Por qué tardaba tanto en darle una respuesta cuando lo que más deseaba era poder estar con él? ¿Qué le impedía decirle que sí, que ansiaba escapar del destino que la esperaba para ser feliz a su lado? Cuando levantó la vista, divisó a su padre que se acercaba.

—¡Es mi padre! ¡Tenés que irte!

—No me iré hasta que me des una respuesta, Pilar.

Don Amancio estaba cada vez más cerca. La buscaba entre la gente y no tardaría en dar con ellos.

—¡Está bien! ¡Escaparemos juntos!

Gonzalo la abrazó y le robó un beso.

—Te enviaré un mensaje a través de José Emilio con los detalles de la fuga. —Le dedicó una última mirada y cubriéndose el rostro con la bufanda, desapareció hacia el sector de los galpones.

Pilar respiró hondo y apenas vio que su padre le daba la espalda, salió de su escondite.

—¡Hija, por fin! ¿Dónde te habías metido?

—Estaba curioseando por ahí, padre.

La sujetó del brazo y la condujo a través del gentío en dirección al muelle.

—El barco de Rafael está a punto de partir, debemos darnos prisa —le dijo, llevándola casi a la rastra.

Pilar se sujetó el sombrero para evitar que se le volase con la prisa. Estuvo a punto de trastabillar en más de una ocasión, pero don Amancio se aseguró de que nada le impidiera llegar a tiempo para despedir a su prometido.

Cuando por fin lo tuvo enfrente, su aspecto no era el mejor: estaba agitada,

con las mejillas coloradas por culpa de la corrida y el cabello alborotado. Con todo eso en su contra, Rafael le aseguró que era la joven más hermosa de todo el puerto. Y ella se sonrojó todavía más.

Su tía Margarita no lo soltaba y la prima Leonor permanecía a su lado, con una expresión circunspecta y el bolso de terciopelo verde apretado sobre su pecho. Pilar le sonrió, sin embargo, ella ni siquiera la miró. Volvía a tener la fuerte sensación de que le molestaba su presencia.

—¿Puedo estar un momento a solas con mi prometida antes de subir al barco?  
—preguntó Rafael, al tiempo que la tomaba de la mano y la atraía hacia él.

Nadie osó decir nada. Simplemente se apartaron para darles un poco de intimidad.

—Aunque no sé si debería decírselo, creo que voy a extrañarla. —Sin soltarla, se acercó más para que los demás no pudieran oírlo. A pesar incluso de sí mismo, estaba siendo sincero con ella. Ese viaje había desbaratado sus planes y ahora tenía que cruzar el océano mientras Pilar se quedaba allí, a miles de kilómetros de distancia con el tiempo y la ventaja suficientes como para alterar los acontecimientos. Todavía lo inquietaba ese empeño que ponía ella en mantenerlo alejado, pero, sobre todo, seguía sin saber quién era ese tal Gonzalo al que había llamado en medio de su enfermedad. Podría simplemente preguntárselo, sin embargo, no iba a rebajarse de esa manera. Si ella tenía un enamorado secreto, no era su problema. Tampoco debería preocuparlo demasiado. Don Amancio tenía más interés que él en que la boda con su hija se realizara—. Supongo que usted sentirá alivio con mi partida —deslizó para ver qué le respondía.

Pero Pilar volvió a castigarlo con el silencio. No pudo sostenerle la mirada, no cuando hacía apenas unos minutos había estado con Gonzalo. Odiaba mentir y tener que disfrazar sus sentimientos.

—¿Podrías al menos verme a los ojos cuando te hablo? —La había tuteado. Era la primera vez que lo hacía y Pilar notó que a él no le había costado nada dejar de lado la formalidad—. Vas a librarte de mi molesta presencia durante un

par de meses, deberías estar contenta.

Ella entonces lo miró, pero habría preferido no hacerlo. Rafael tenía un brillo extraño en sus ojos, incluso podía jurar que estaban un poco más oscuros de lo habitual. La intensidad de su mirada, teñida de acero, le quitó el aliento. Por un instante, en el cual creyó que había perdido la cordura, deseó que él la besara. Estaba loca, no existía otra explicación posible para que semejante pensamiento cruzase por su cabeza. ¿Cómo podía querer un beso suyo si aborrecía la idea de casarse con él?

—Es verdad, Rafael. No voy a extrañarlo para nada —le manifestó, sin poder aplacar ese absurdo deseo de que volviera a besarla antes de partir rumbo a Inglaterra. Ella no se había atrevido a pasar por encima de las formalidades y seguía tratándolo de usted.

Rafael se inclinó para susurrarle algo al oído.

—¿Tampoco vas a extrañar mis besos?

Pilar pudo sentir el calor intenso en sus mejillas. ¿Acaso había sido tan transparente o él tenía la sorprendente capacidad de leerle el pensamiento?

—Dadas las circunstancias, creo que a tu padre no le molestaría demasiado que te robara un beso ahora mismo, delante de todo el mundo.

Pilar no supo discernir si lo suyo era una descarada sugerencia o una sutil amenaza. Cualquiera fuese la opción, le pareció un atrevimiento de su parte. Estaba a punto de responderle cuando él le tomó el rostro con ambas manos y se acercó para besarla.

Podría haberlo impedido. En el último segundo, justo antes de que los labios de Rafael se posaran sobre su boca, tuvo la oportunidad de rechazarlo. Pero no lo hizo.

Dejó que la besara porque ella misma deseaba que lo hiciera. Cuando Gonzalo le daba un beso, sentía que se despegaba del suelo y flotaba en una nube. Los besos de Rafael eran algo completamente diferente. Algo estallaba en su interior cada vez que su boca la invadía de esa manera. Él tenía la capacidad de lograr que todo a su alrededor desapareciera. No había nada de casto y puro en sus

besos. Ese movimiento que hacía con la lengua, deslizándola lentamente por el interior de su boca, le provocaba espirales en el estómago. Cuando Rafael la soltó, ella apenas podía controlar el ritmo de su respiración.

—Sé que jamás lo admitirás, pero vas a extrañar mis besos, Pilar Robles —vaticinó con una sonrisa complaciente antes de volver con los demás.

En ese preciso momento en que él estaba yéndose al otro lado del océano, y muy a su pesar, Pilar comprendió que Rafael Álvarez Arriaga tenía razón.

José Emilio dejaba el edificio de la facultad de leyes cuando divisó a Gonzalo al otro lado de la calle Potosí. Estaba sentado en un banco de piedra que el barbero había mandado a colocar afuera de su local. Tenía la gorra en la mano y le hizo señas para que se acercara. Ya no podía fingir que no lo había visto. Se despidió de sus compañeros y salió al encuentro de su amigo.

Después del episodio en el cual se había dejado llevar por sus deseos más perversos, no habían vuelto a verse. No se arrepentía de lo que había hecho, solo se culpaba por no atreverse a decirle lo que sentía por él. Le bastó tenerlo enfrente para rememorar cada segundo de lo que había pasado en el interior de ese carruaje.

—Hola, José Emilio, ¿cómo estás? —lo saludó mientras sus dedos estrujaban la gorra de fieltro.

Conocía cada uno de sus gestos y supo que estaba nervioso.

—Bien, ¿qué te trae por acá? Pensé que volverías a clases.

Gonzalo negó con la cabeza.

—No puedo pensar en los estudios en estos momentos, José Emilio. Algún día volveré y lograré obtener mi título —aseguró.

—¿Algún día? ¿Por qué no ahora?

—Porque mi prioridad es otra. —Le puso la mano en el hombro—. Pilar y yo finalmente vamos a fugarnos. Aprovecharemos la ausencia de Álvarez Arriaga para irnos juntos.

José Emilio habría deseado que él jamás volviese a hablarle de fugarse con su hermana. Pensaba que ya había renunciado a ese descabellado plan de llevársela lejos de Buenos Aires.

—Ya es demasiado tarde, Gonzalo. Pilar acaba de comprometerse con ese hombre. —Estaba dispuesto a decirle cualquier cosa con tal de convencerlo—. Ella aceptó su destino con resignación, ¿por qué no hacés vos lo mismo?

—Pilar no quiere saber nada con Álvarez Arriaga y todavía estamos a tiempo de evitar que termine casada con él.

José Emilio comprendió que nada le haría cambiar de opinión. Ni siquiera la posibilidad concreta de que su hermana pudiese sentir algo por Rafael. Seguía empeñado en querer apartarla de una vida rodeada de lujos para obligarla a sumergirse en un futuro incierto a su lado.

—Ayer nos vimos en el puerto —le confió— y ella me dijo que quiere irse conmigo.

José Emilio negó con la cabeza. Ya no sabía de qué excusa echar mano para hacerle ver que solo propiciaría su desgracia y la de Pilar al huir con ella de esa manera. Lo estaba obligando a cometer una locura... Debía impedir que se salieran con la suya y para ello, necesitaba conocer todos los detalles de su plan.

Gonzalo, ignorando que confiaba en la persona equivocada, le contó que ese domingo, cuando Pilar asistiera a misa en la iglesia del Socorro, él la estaría esperando con un carruaje en la esquina de Juncal y Esmeralda para llevársela lejos de la ciudad. Le entregó una carta que iba dirigida a su hermana y antes de marcharse le pidió un favor que terminaría labrando su propia desgracia.

Tragándose su orgullo, Gonzalo le dijo a José Emilio que le comunicase a don Amancio que él estaba dispuesto a aceptar el dinero que le había ofrecido para alejarse de su hija. Por supuesto, su plan era uno muy distinto y lo usaría para poder huir juntos.

Esa noche, cuando José Emilio llegó a su casa y se encontró con su hermana en el salón, no le dio la carta que Gonzalo había escrito para ella porque ya no la tenía consigo. Después de leerla, la había roto y arrojado por la ventana de la

galera.

Al preguntar por su padre, Lorenza le dijo que llevaba un par de horas encerrado en el despacho, revisando unos documentos. Sin perder tiempo, se dirigió hasta allí y llamó a la puerta.

Esa noche, entre esas cuatro paredes, don Amancio Robles, sin ningún miramiento, volvió a decidir sobre el futuro de su hija.

—¿Qué es lo que le pasa, niña Pili? —insistió en saber Jesusa. Jamás la había visto tan entusiasmada por asistir a misa y esa mañana en particular, parecía tener más prisa que nunca en querer salir de la casa. Por un segundo, tuvo el presentimiento de que el joven Gonzalo Funes era el culpable de su extraño comportamiento. Hacía días que ella no se lo mencionaba, pero eso no significaba que ya se lo hubiese quitado de la cabeza. Tal vez la causa de su repentino interés en llegar temprano a la iglesia del Socorro estaba directamente relacionado con él.

—No es nada, nana —le aseguró, con la esperanza de que dejase de preguntarle cada cinco minutos qué le ocurría. Según José Emilio estaba todo listo para que esa misma mañana, durante la misa de las diez, ella por fin huyera con Gonzalo. A pesar de las dudas que la habían asaltado durante los últimos días, era lo que siempre había soñado: poder vivir su historia de amor sin censura y sin tener que esconderse de la gente. Para no levantar sospechas, su hermano se encargaría de llevarle más tarde a la pensión la valija con las pocas pertenencias que había acumulado en su interior. Le había dado un beso a su abuela y optó por no demostrarse demasiado efusiva con Jesusa para evitar que se diera cuenta de que estaba despidiéndose de ella. Después del primer intento de fuga frustrado, cualquier precaución era poca.

Cuando salió a la vereda, se quitó el rebozo porque no tenía frío. Jesusa lo colgó de su brazo y le dijo que se lo llevaba de todas formas en caso de que refrescara más tarde. La negra siempre se quejaba de que la primavera era una



estación traicionera y aseguraba que, en cuestión de pocas horas, uno se podía tostar la piel o pescarse un resfrío.

Se subió a la galera, en donde la esperaban don Amancio y Lorenza. Sin dudas, a quien menos extrañaría sería a su tía. Estaba segura de que ella tampoco resentiría su ausencia. Era posible que incluso se sintiese aliviada de no tenerla cerca. Con su padre era distinto. No importaba que fuese el principal responsable de atentar en contra de su felicidad... jamás dejaría de quererlo. Trató de ocultar la angustia que le aplastaba el pecho sonriendo durante la mayor parte del trayecto hasta la iglesia del Socorro. Al descender del carruaje, oteó por encima de su hombro, pero no había señales de Gonzalo por ninguna parte. Era temprano todavía, no tenía nada de qué preocuparse. Ingresó a la iglesia del brazo de su padre, con la nana pisándole los talones. Como cada domingo, las familias más pudientes de Buenos Aires se daban cita en el templo de la calle Juncal para escuchar la misa que celebraba el padre Morra y expiar los pecados que habían cometido durante la semana. Don Amancio, como solía hacer siempre, eligió ubicarse cerca del atrio junto a su esposa y su hija. Cuando Pilar le preguntó si podía sentarse un poco más lejos, él no dijo nada.

Pilar se cubrió la cabeza con la mantilla y abrió el misal. Jesusa se arrodilló junto a ella. La observó de refilón: llevaba el rosario enroscado en las manos y miraba hacia el frente, con suma devoción mientras oía el sermón del cura.

Se había sentado del lado del pasillo para poder salir con cualquier excusa sin tener que llamar demasiado la atención. Todo sucedería durante el momento de la comunión. Mientras su padre y su madrastra recibían la hostia consagrada, ella abandonaría la iglesia para encontrarse con Gonzalo. No podía concentrarse en los cánticos ni en los salmos del padre Morra.

A la hora señalada, y aprovechando que lentamente la gente empezaba a ponerse de pie para el sacramento de la comunión, Pilar miró a su nana.

—Nana, voy a dejar unas monedas en la urna de las limosnas. Regreso enseguida.

No le dio tiempo siquiera a reaccionar. Cuando Jesusa se puso de pie para ir

detrás de ella, un grupo de feligreses que se apiñó en el pasillo se interpuso en su camino. Se abrió paso entre ellos para alcanzar a su niña y entonces descubrió que no se encontraba junto a la urna de las limosnas. A empujones, logró llegar hasta el pórtico. Desde allí, tenía una visión panorámica de la iglesia. No estaba cerca del confesionario ni del presbiterio. Tampoco logró verla entre los feligreses. Con un inquietante presentimiento, empujó una de las puertas laterales y salió para buscarla en la calle. Un gran suspiro de alivio brotó de su pecho cuando la vio en la vereda, apiadándose de un pobre diablo al que le faltaba una pierna. Estaba yendo a reunirse con ella, cuando de repente, se alejó del mendigo y se dirigió hacia la esquina de Esmeralda. La llamó, pero Pilar no le hizo caso. Entonces la siguió. Parecía que su niña estaba huyendo. Se levantó un poco el vestido y aceleró el paso. Unos pocos metros más adelante, se detuvo un carruaje y Pilar aminoró la marcha. La negra se puso la mano en la frente a modo de visera para ver mejor, y descubrió desesperada que, en su interior, se encontraba Gonzalo Funes. ¡Su niña se estaba escapando! El corazón le saltó en el pecho y, como pudo, se echó a correr para evitar que cometiera la peor locura de su vida.

Cuando vio que él le tendía la mano para ayudarla a subirse a la volante, Jesusa la llamó a gritos.

—¡Niña Pili, no lo haga! —Le costaba respirar y le dolían las piernas, aun así, hizo un último esfuerzo para llegar hasta ella. En su desesperación, tropezó con una baldosa y terminó en el suelo.

La aparatosa caída de su nana, hizo que Pilar se volteara. Al verla tirada allí, no lo pensó dos veces, soltó la mano de Gonzalo para ir con ella.

—¡Pilar! ¡Vámonos!

—¡Ya vuelvo! —le dijo, alejándose de él.

Mientras Pilar ayudaba a Jesusa a levantarse, dos oficiales de policía aparecieron de la nada y se acercaron al carruaje. Le ordenaron a Gonzalo que se bajara y apenas lo hizo, le colocaron unos grilletes alrededor de los tobillos para inmovilizarlo. Cuando Pilar miró por encima de su hombro y vio lo que ocurría,

abandonó a su nana para correr hasta Gonzalo.

—¿Qué hacen? ¡Suéltelo! —les gritó a los uniformados mientras intentaba acercarse a él. Uno de los policías se lo impidió y ella no entendía qué estaba ocurriendo.

—Señorita, no complique más las cosas —le dijo el mayor de ellos, un hombre de cabello entrecano con ojos pequeños y barriga prominente.

—¡No pueden llevárselo! ¡Gonzalo no hizo nada! ¡Es mi voluntad irme con él! —les explicó al borde del llanto.

El milico apoyó su mano en el hombro de Pilar, tomándose una confianza que no debía y provocó la reacción de Gonzalo, quien se abalanzó encima de él para impedir que volviera a ponerle un dedo encima.

—¡Hijo de puta!

El arretrato de Gonzalo fue severamente castigado. El otro policía le atestó un golpe en el estómago con la cachiporra y terminó de rodillas sobre el empedrado, doblándose del dolor.

Pilar los empujó para llegar hasta él. Se arrojó a su lado y lo abrazó.

—No pueden llevarte, no voy a dejar que me separen de vos —le dijo con la voz quebrada por el llanto.

Una mano grande la sujetó del brazo y la obligó a levantarse. Opuso resistencia, retorciendo su cuerpo como una serpiente para liberarse de su agarre, pero nada pudo hacer contra la fuerza de ese hombre que estaba empeñado en alejarla de Gonzalo.

—¡Suélteme, desgraciado! —le ordenó mientras le daba patadas en las piernas para que la soltase.

—Señorita, si no quiere que la arreste por desacato, será mejor que se vaya a su casa...

—¡Pilar, basta de escándalos! —El poderoso vozarrón de don Amancio Robles hizo que todos a su alrededor se quedaran callados.

—¡Padre, por favor, no permita que se lo lleven! ¡Gonzalo no tiene la culpa de nada! —Logró zafarse del policía y se acercó a él—. ¡Si usted evita que se lo

lleven preso, ya no volveré a buscarlo!

Don Amancio ya no podía creer en sus falsas promesas. Sabía que, en la primera ocasión que tuviese, intentaría fugarse nuevamente con él. Por eso había tenido que recurrir a medidas más drásticas.

—Yo no puedo hacer nada por ese hombre, hija.

—¡Usted puede, y lo sabe! ¡Gonzalo no me estaba raptando... yo acepté irme con él!

—Me temo que se trata de un asunto mucho más grave, señorita Robles —intervino el policía de cabello blanco—. Este hombre está acusado de robo y extorsión. Es mi deber arrestarlo para que comparezca ante la justicia.

Pilar negó con la cabeza. Estaba mintiendo. Todo era un sucio plan que había pergeñado su padre para apartarla de Gonzalo. Lo miró. Él tampoco parecía entender qué sucedía.

—¡Yo no he robado nada! —se defendió mientras hacía un gran esfuerzo para ponerse de pie.

—Las evidencias dicen lo contrario, muchacho.

—¿Qué evidencias?

El policía miró de reojo a don Amancio.

—El señor Robles asegura que usted lo sobornó, pidiéndole dinero para dejar a su hija en paz.

—¡Eso no es cierto!

—No conforme con eso, y valiéndose de la amistad con su hijo, se apropió de un reloj de oro que le pertenecía al joven José Emilio Robles y que hallamos oculto en su pieza de la pensión...

—¿Estuvieron en mi casa? —Gonzalo pensó en su pobre madre, en lo mal que lo debió haber pasado cuando la policía lo fue a buscar.

—Recibimos una denuncia y actuamos en consecuencia —respondió el oficial, quien apenas podía controlar la satisfacción que le daba meter a ese ladronzuelo de poca monta tras las rejas. Pero lo que más celebraba no eran las palabras de felicitación que le daría su superior por haber hecho bien su trabajo.

La recompensa más grande vendría de la mano del mismísimo Amancio Robles, quien les había prometido, a su compañero y a él, una jugosa suma de dinero para que arrestaran a Gonzalo Funes momentos antes de que se diera a la fuga con su hija.

Pilar miró a su nana. Ni cuenta se había dado de que le apretaba la mano. De repente, empezó a sentir frío. Buscó en su padre una ayuda que no encontró. Él no pensaba hacer nada por Gonzalo y ella era incapaz de moverse. Con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado, le rogó que interviniera en su favor. Debía tratarse de un error... una injusta equivocación que estaba a punto de arruinar la vida de Gonzalo para siempre. Pero don Amancio Robles, firme en su postura, le dijo que no pensaba mover ni un solo dedo por él.

Con gran impotencia y una tristeza que le apretaba el pecho, Pilar fue testigo de cómo los dos oficiales se llevaban a Gonzalo a empellones, en dirección a la comisaría. En un último y desesperado intento por evitar que lo encerraran, se arrojó encima de su padre y comenzó a golpear su pecho con los puños.

—¡Haga algo, padre! ¡Por lo que más quiera, no deje que se lo lleven!

Don Amancio la sujetó con fuerza de las muñecas y la obligó a que lo mirase.

—¡Basta, Pilar! ¡Se acabó! No quisiste entender por las buenas, ahora tendrás que hacerlo por las malas. —Se la entregó a Jesusa para que se hiciera cargo de ella y, como si nada hubiese pasado, se acomodó la solapa de la chaqueta, se peinó el pelo con los dedos y entró al templo para reencontrarse con su esposa.

El carruaje se alejó y Pilar, completamente devastada, se echó a llorar entre los brazos de su nana. La negra apenas podía contenerla, pero nadie vino a ofrecerle ayuda. Don Amancio y doña Lorenza todavía seguían en el interior de la iglesia. Unos cuantos curiosos que habían presenciado todo desde el principio se hicieron los distraídos. Nadie se atrevió a intervenir, mucho menos si la policía había estado involucrada en el escándalo.

Los minutos transcurrían y Pilar continuaba con el rostro apoyado en el pecho de Jesusa, llorando a mares y repitiendo el nombre de Gonzalo entre hipidos. La gente que transitaba por la calle Juncal murmuraba a sus espaldas mientras la

miraban de reojo; sin embargo, a ella parecía importarle muy poco haberse convertido en la comidilla de la sociedad porteña.

—Será mejor que nos vayamos, mi niña. Le diré a Anselmo que acerque la galera. —La apartó de su seno para poder secarle las lágrimas con su propio rebozo—. No llore de esa manera que se me parte el alma al verla así.

—No es verdad, nana... decime que no es verdad —le suplicó.

Aunque ahora sufría por ese joven, terminaría por olvidarlo. Ella jamás lo hubiese creído capaz de chantajear y robar a los patrones, pero tampoco iba a poner las manos en el fuego por alguien como Gonzalo Funes.

—Yo no sé qué pensar, niña Pili. Ese policía dijo que encontraron el reloj de su hermano en su poder y además está lo del dinero. ¿No me dijo que el joven Gonzalo lo había rechazado cuando su padre se lo ofreció para alejarlo de usted?

—Eso es lo que Gonzalo me contó.

—¿Y si mintió? Le pudo haber hecho creer que no lo aceptó, niña. Supongo que no debe ser difícil probar que se quedó con ese dinero a cambio de no volver a molestarla.

Pilar se negaba a creerlo. Gonzalo no la había elegido porque era una de las herederas más codiciadas de Buenos Aires. Él la amaba, le había jurado decenas de veces lo mucho que la quería. Era tan grande su amor que incluso había estado dispuesto a fugarse con ella, a sabiendas de que podía terminar preso por su osadía. Gonzalo no tenía nada que ofrecerle, sin embargo, no había dudado en sacrificar sus estudios y su trabajo para llevársela lejos y evitar que uniera su vida a la de un hombre al que no amaba.

Entonces, un terrible pensamiento cruzó por su cabeza. Tal vez... solo tal vez, Gonzalo se había visto obligado a aceptar la oferta de su padre para poder huir de Buenos Aires con dinero en los bolsillos. Pero, ¿y el reloj de su hermano? Él no era un ladrón, jamás traicionaría la confianza de su amigo de una manera tan vil. ¿O en verdad sí era capaz de hacerlo y ella había estado ciega todo ese tiempo? ¿Acaso su padre siempre había tenido razón con respecto a Gonzalo? No supo por qué, pero en ese momento recordó lo que le había contado su nana

sobre la joven que ayudaba a su madre con las tareas del planchado. De esa vez en la cual los había visto juntos en la pensión. Todavía ignoraba qué había sido de su vida mientras estuvieron semanas sin poder verse. José Emilio afirmaba que ni siquiera le preguntaba por ella... tampoco había contestado ninguna de sus cartas. ¿Y si la joven de la pensión era la misma que su hermano aseguraba haber visto paseando del brazo de Gonzalo?

Aunque no quería pensar en la terrible posibilidad de que la hubiese engañado para quedarse con el dinero de su padre, ahora ya no sabía qué pensar. Miró a su nana. Ella también le había advertido que Gonzalo no era trigo limpio.

—¿Por qué tanto silencio, mi niña? —Le acomodó el cabello. Ya no lloraba, pero había mucha tristeza en sus enormes ojos del color de la miel—. Cuénteles a su nana lo que pasa por esa cabecita...

Pilar respiró profundo. Necesitaba tanto otro de sus reconfortantes abrazos que volvió a inclinarse sobre ella para descansar sobre su hombro.

—Mi nana hermosa... No sé qué hubiese hecho lejos de vos. —Entornó los ojos y por un instante, se olvidó de todo lo malo. Jesusa le acarició la espalda y la meció entre sus brazos como cuando era pequeña y ella no podía conciliar el sueño. Escuchó que un carruaje se acercaba despacio y recién entonces tomó conciencia del lugar en el cual se encontraban.

Jesusa sonrió cuando vio que se trataba de Anselmo. Ayudó a Pilar a subirse y cuando se aseguró de que ya se había acomodado en uno de los asientos, echó un último vistazo hacia la iglesia antes de cerrar la puerta. No había señales de don Amancio y su esposa, sin embargo, su prioridad en ese momento era su adorada niña. La llevaría de regreso a la casa, le daría un baño de tina con sus sales favoritas y luego haría que se metiera en la cama con un tazón de chocolate caliente, que, sin dudas, era el mejor aliado para superar las penas de amor. Su niña necesitaba descansar, pero, sobre todo, necesitaba olvidarse de una vez por todas de Gonzalo Funes. ¡Dios mediante el señor Rafael regresaría pronto de su viaje!





## EL PACTO

Cuando la sinuosa silueta de Buenos Aires empezó a recortarse en el horizonte, Rafael dejó escapar un suspiro. Esa ciudad que siempre había odiado volvía a recibirlo con los brazos abiertos, con sus altas cúpulas y sus calles empedradas. Después de estar casi dos meses en el extranjero, y por primera vez en mucho tiempo, un sentimiento similar a la añoranza le aleteaba en el pecho. Añoranza por abrazar a su tía Margarita y a su prima Leonor... pero también el intenso deseo de volver a ver a Pilar. En todo ese tiempo, no había podido dejar de pensar en ella. Se odiaba a sí mismo por permitirle colarse en sus pensamientos. Pilar se le aparecía a cada instante, incluso en sus sueños. Para sacarla de su cabeza, y aceptando la sugerencia del señor Harrington, había visitado uno de los mejores burdeles de Londres. Allí, había retozado con mujeres expertas a la hora de brindar placer, que solo lograban recordarle la dulce ingenuidad de Pilar.

Su viaje a tierras británicas resultó mejor de lo esperado. Había cerrado la compra de un excelente purasangre con el señor Harrington y aunque fuese un proyecto demasiado ambicioso, tenía interés en que alguno de sus caballos pudiese correr en el prestigioso Derby de Epsom en un futuro cercano. Si contaba con el apoyo del inglés, no sería un sueño difícil de concretar.

Para alegría de su tía Margarita, volvía a Buenos Aires cuando faltaban dos días para Navidad. Le había enviado un telegrama para avisarle la fecha de su llegada y seguramente ya estaba organizando todo para la cena de Nochebuena. Pasar la Navidad en su casa era un ritual que se hacía desde que él había dejado el colegio. Después de mudarse a Capilla del Señor y aunque él le insistiera en

celebrar las fiestas en *El Refugio*, terminaba viajando a la ciudad para no romper con la tradición familiar.

Sospechaba que esa Navidad iba a ser diferente. Conociendo a su tía, era posible que hubiese invitado a los Robles para que cenaran en su casa. Le provocaba cierta inquietud volver a ver a Pilar. Podrían haber ocurrido muchas cosas durante su ausencia. ¿Y si había conseguido convencer a su padre para que no la obligase a casarse con él? Con el impetuoso carácter de la joven, estaba seguro de que podría conseguir cualquier cosa que se propusiera. Y ser su esposa era lo que menos deseaba en el mundo. No quería pensar demasiado en lo que le esperaba al otro lado de la orilla.

Clavó sus ojos grises en las turbias aguas del Río de la Plata. Algunas embarcaciones empezaban a acercarse para trasladar a los pasajeros hasta el muelle. La cubierta de *La Flor del Plata* fue quedándose vacía. Rafael fue uno de los últimos en descender del barco. Un sujeto de aspecto algo tosco y mal vestido se acercó para cargar sus bártulos en un bote. La embarcación era pequeña pero el remero le aseguró que soportaría el peso. Con cierta desconfianza, se acomodó en uno de los extremos y se abrazó al baúl cuando el bote empezó a mecerse peligrosamente hacia los costados. Él era un hombre de campo y estaba acostumbrado a pisar tierra firme. No dijo una sola palabra durante el viaje, que tardó más de lo habitual porque el bote se movía demasiado. Para remediar la falta de conversación, el remero se había puesto a silbar. Tuvieron que desviarse por causa de una embarcación un poco más grande y segura que llevaba a una pareja con tres niños y eso encrespó aún más los nervios de Rafael.

Finalmente, el bote alcanzó la orilla y tras descargar sus pertenencias en el muelle, Rafael le pagó al remero por sus servicios. Apenas puso un pie en tierra firme, se le acercaron dos jovencitos para ofrecerle su carreta. Si algo tenía que reconocer de esa ciudad a la que siempre volvía con reticencia, era la buena disposición de los que menos tenían y luchaban por ganarse el pan de cada día. Uno de ellos se subió a la parte de atrás para cuidar de su equipaje y Rafael se

sentó en el pescante junto al otro muchacho. Le gustaba hablar hasta por los codos, y sobre todo, alardear de su trabajo. Rafael asentía o festejaba alguna de sus ocurrencias, pero intervenía poco en la conversación. El viaje en carreta se le hizo corto y esbozó una sonrisa de alivio cuando dobló en la calle Comercio. Lo ayudaron con las valijas y se fueron contentos después de que Rafael les pagara el doble de lo que estaban acostumbrados a recibir.

Después de los besos y abrazos de su tía, subió a su habitación para darse un baño y echarse un rato a descansar. Cuando bajó al salón, la primera sorpresa que se llevó fue saber que Leonor no estaba en la casa porque había salido a dar un paseo con José Emilio Robles.

Su tía le cebó unos mates con pastelitos mientras lo ponía al día con todas las novedades. A Rafael no le interesaba conocer los rumores que circulaban en la ciudad sobre las próximas elecciones presidenciales, tampoco prestó mucha atención cuando le contó que una de sus amigas acababa de enviudar. Solo había una cosa que quería saber y no iba a andarse con rodeos.

—¿Ha visto a Pilar durante mi ausencia?

Margarita dejó su pastel de membrillo a medio comer sobre la mesita y se limpió la boca con la servilleta. Estaba haciendo tiempo, ensayando en su cabeza la respuesta que iba a darle. Era normal que él le preguntase por su prometida después de estar lejos por casi dos meses, pero a ella le costaba mucho callar lo que todos en Buenos Aires se habían encargado de divulgar. No quería arruinar ese momento entre ellos contándole lo que había ocurrido con esa muchacha durante su estadía en Londres.

—Me he cruzado con ella en la iglesia un par de veces —le mintió.

—Y supongo que no te ha hablado de mí —comentó, procurando no mostrar demasiado entusiasmo.

—La verdad es que no, querido. Iba con sus padres y apenas intercambiamos un par de palabras —agregó para suavizar una verdad que quizá él no esperaba escuchar—. Sabiendo que ya estarías de regreso, los invité a cenar esta Nochebuena. Entonces tendrás oportunidad de ver y hablar con tu prometida

todo lo que quieras. Procuraré que Leonor haga lo mismo con José Emilio. Ese muchacho es un encanto; vino hace unos días, enviado por su padre para averiguar cuándo llegabas a Buenos Aires y aproveché para propiciar un encuentro con mi hija. Estuvieron aquí mismo, compartiendo una charla muy amena mientras tomaban el té.

Después de escuchar a su tía, Rafael comprendió que la que más entusiasmo tenía en que Leonor y el hermano de Pilar se entendiesen era ella. Se preguntó qué pensaba su prima al respecto.

En ese preciso momento, como si la hubiese estado llamando con el pensamiento, Leonor irrumpió en el salón. Cuando lo vio allí, sentado en su sillón favorito, se quedó quieta bajo el quicio de la puerta. De repente, corrió hasta él y se arrojó a sus brazos.

—¡Rafael, por fin! ¡No sabés cuánto te extrañé!

—Te extrañamos —la corrigió su madre, molesta por la efusividad con la cual trataba a su primo. Le rodeaba el cuello con ambos brazos y estaba prácticamente montada encima de sus piernas. Para colmo, Rafael no parecía incómodo con esa situación, la tenía contra su pecho y una de sus manos descansaba en la cintura de su hija. Carraspeó con fuerza para hacerse notar. Leonor, muy a su pesar, se apartó de él y se sentó en el apoyabrazos del sillón. Seguía estando demasiado cerca, pero al menos ya no lo tocaba.

—¿Hace mucho que llegaste?

Rafael aceptó el mate de su tía y sonrió.

—Lleva un par de horas en Buenos Aires y ya añora el campo —dijo doña Margarita, contestando por él.

Leonor frunció el entrecejo.

—Por favor, Rafael, no me digas que estás pensando en irte pronto a Capilla del Señor.

—Tranquila, prima. No volveré todavía a la estancia. Tu madre me contó que está organizando una cena para celebrar la Nochebuena con la familia de mi prometida, y por supuesto, no pienso perdérmela.

Leonor miró de reojo a su madre. Era evidente que no le había dicho nada sobre los rumores que circulaban por la ciudad desde que la policía frustrara la fuga de Pilar Robles con el amigo de su hermano. No tenía derecho a ocultárselo. Tarde o temprano Rafael terminaría enterándose y les reprocharía que no le hubiesen dicho nada. Ella no iba a quedarse callada. Antes de que volviera a ver a su dichosa prometida, Rafael tenía derecho a saber la verdad.

Por eso, apenas doña Margarita los dejó a solas, se dispuso a contárselo.

—Rafael, hay algo que tenés que saber. —Se sentó en el sillón que acababa de desocupar su madre y lo miró a los ojos—. Durante tu ausencia, ocurrieron cosas...

—¿Cosas?

Leonor asintió.

—Cosas que involucran a Pilar Robles.

Rafael se llevó la mano al mentón. Si le habían preocupado sus enigmáticas palabras, ahora que Leonor había mencionado a su prometida, supo que se trataba de algo grave.

—¿Qué pasó con ella? —El temor de que ya no hubiese boda se hizo más tangible.

—Poco después de que partieras a Londres, intentó escaparse con un joven que resultó ser el mejor amigo de su hermano...

—Gonzalo... —musitó en voz muy baja.

—¿Lo conocés?

Negó con la cabeza.

—¿Entonces cómo sabías su nombre?

—José Emilio lo mencionó en alguna ocasión —le mintió—. Pero no importa cómo sé de él, seguí contándome.

—Fue un domingo, mientras asistía a la misa de las diez en la iglesia del Socorro. Estaba con su padre, su madrastra y esa negra que va con ella a todas partes.

—La nana Jesusa.

—Esa misma. En algún momento, durante la misa, Pilar salió a la calle, en donde la esperaba un carruaje. Estaba a punto de huir con él cuando llegó la policía y se los impidió.

—¿La policía?

—Sí. Ese muchacho terminó preso. No se sabe muy bien por qué, pero las malas lenguas aseguran que le habría sustraído una importante suma de dinero a don Amancio y que había seducido a su hija con el único propósito de robarle a su familia.

Rafael se levantó, fue hasta la mesita de las bebidas y se sirvió una copa. Por fin sabía quién era el dichoso Gonzalo al que Pilar llamaba cuando estuvo con fiebre. Le producía cierta satisfacción conocer su identidad; ya no era un fantasma con el cual batallar a ciegas. Si existía un hombre en la vida de Pilar, él se encargaría de que lo olvidase. Que estuviese en prisión, era un gran punto a su favor. Una vez que se fueran a vivir a Capilla del Señor, se aseguraría de que ya no volviera a pisar Buenos Aires. Si su familia quería verla, los recibirían en *El Refugio* con los brazos abiertos.

—¿La has visto después de lo que ocurrió? —quiso saber. Se bebió el coñac de un solo sorbo y respiró hondo.

—No, no ha vuelto a salir de su casa y creo que no es para menos después del escándalo que protagonizó afuera de la iglesia del Socorro —comentó sin preocuparse demasiado en ocultar su indignación. Ahora que ya conocía la verdad, confiaba en que considerase cancelar la boda—. Mi madre no quería decírtelo, Rafael, pero yo no podía fingir que no pasaba nada. Tenías que saberlo para que tomes una decisión...

Rafael clavó su fría mirada de ojos grises en el rostro desencajado de su prima. Parecía más afectada que él. Podía entender que Leonor se hubiese escandalizado ante semejante atrevimiento por parte de su futura esposa, sin embargo, no pensaba cambiar de planes. El matrimonio con Pilar Robles se celebraría en el mes de marzo como habían acordado durante la fiesta de compromiso. Si don Amancio no disponía lo contrario, se casaría con ella,

pesase a quien le pesase.

Carmen avanzaba por el pasillo que conducía a la sala de visitas con el cuerpo algo encorvado y la mano cubriéndose la nariz para protegerse del olor nauseabundo que parecía emanar de todas partes. La cárcel estaba ubicada en la planta baja del Cabildo y durante los meses más fríos, la humedad penetraba en las paredes y se quedaba en los huesos de los presos. El edificio, ubicado frente a la Plaza de la Victoria, estaba dividido en varias dependencias, entre las cuales se encontraban la cárcel y el Tribunal de la Provincia de Buenos Aires. Había un sector para las “personas privilegiadas” y otro de calabozos para los presos comunes. Ese mismo año, la población carcelaria femenina había sido trasladada al Asilo Correccional del barrio de Almagro.

El guardia que la guiaba se volteaba de vez en cuando para asegurarse de que no la hubiese perdido por el camino. Rara vez se tenía la suerte de ver a una mujer tan bonita en un lugar lúgubre como ese. A medida que se iban acercando a la habitación que funcionaba como sala de visitas, Carmen aminoraba el paso, como si estuviese retrasando el momento de encontrarse con Gonzalo. No había ido a verlo en ninguna ocasión desde que lo habían detenido y ahora estaba allí, en ese horrible lugar para darle la más triste de las noticias. Todavía se le encogía el corazón al recordar los últimos minutos de doña Lidia. Había muerto pronunciando el nombre de su hijo, clamando por él y su inocencia.

El padre Enrique Morra se encontraba lejos de Buenos Aires y ella, atendiendo el pedido del sacerdote que había quedado en su reemplazo, debía avisarle a Gonzalo sobre el fallecimiento de su madre. No sería fácil para ella decírselo y mucho menos para él, enterarse de que doña Lidia había muerto mientras estaba en prisión.

El guardia se detuvo delante de una puerta con barrotes y la miró. Era menuda y parecía perderse dentro de su abrigo de paño color negro. Tenía el cabello rubio recogido en la nuca y unos expresivos ojos celestes que hacían que uno

pensara de inmediato en un ángel.

—Solo serán quince minutos, señorita —le dijo—. No es horario de visitas, pero hemos hecho una excepción con el reo porque sabemos que viene usted a comunicarle que su madre ha muerto.

Carmen asintió. El guardia le abrió la puerta y le indicó que esperara. Observó el lugar. Era una habitación de paredes desconchadas por la humedad. El piso de madera estaba sucio y apestaba a lejía. El único ventanuco que había era tan estrecho que apenas dejaba pasar la luz, y en medio de las sombras, creyó ver que algo se movía. Había una lámpara de gas sobre la mesa y otra dos colgaban a ambos lados de la puerta por la que ella acababa de ingresar.

Escuchó el tintineo de unas llaves y el guardia regresó, trayendo a Gonzalo con él. Se le heló la sangre cuando lo vio. Había perdido tanto peso, que sus manos eran solo piel y huesos. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y una barba tupida le cubría la mitad del rostro. Vestía una camisa amarillenta, pantalones grises y no tenía zapatos. Gonzalo también la miraba, pero Carmen descubrió que no había ninguna emoción en sus ojos. Parecía una estatua, allí de pie, sin moverse y con ese aspecto casi cadavérico.

Apenas el guardia los dejó solos, fue ella quien tomó la iniciativa y se acercó.

—Gonzalo... ¿cómo estás? —Quería abrazarlo, pero algo en su interior le decía que no lo hiciera.

Él no dijo nada, se alejó hacia la mesa y ocupó una de las sillas. Carmen lo imitó y aguardó en silencio a que le hablase.

—No debiste venir, Carmencita. Este sitio no es para vos.

A Carmen ya no le importaba que la llamase de esa manera. Quería decirle cuánto lo había extrañado y todo lo que había llorado por la injusticia que habían cometido con él. Sin embargo, estaba allí para un asunto mucho más delicado.

—Tenía que verte, Gonzalo. —Puso su mano encima de la de él—. Hay algo que debés saber... se trata de tu madre.

A Gonzalo le recorrió un escalofrío helado por la espalda. Le bastó ver la tristeza en los ojos color cielo de Carmen para presentir lo que ella estaba a



punto de decirle.

—No...

Ella le apretó las manos.

—Lo siento tanto, Gonzalo.

Él se levantó de la silla con tanto ímpetu que la tiró al suelo. Se alejó hacia el ventanuco, y ante la mirada atónita de Carmen, estrelló su puño contra la pared.

—¡Malditos, malditos sean todos! —gritaba mientras golpeaba su mano una y otra vez hasta hacerla sangrar.

Carmen corrió hasta él y lo abrazó. Gonzalo intentó resistirse, pero dejó de luchar cuando comprendió que no lo iba a soltar. Con el poco aliento que le restaba se dio vuelta y se cayó al suelo de rodillas. Se miró las manos lastimadas, pero ningún dolor se asemejaba al que sentía en su corazón por la pérdida de su madre.

Carmen se arrodilló frente a él y cuando Gonzalo se echó a llorar como un niño, lo acunó entre sus brazos. No sabía qué decirle para mitigar su dolor porque ella también estaba sufriendo. Sentía que, por segunda vez, la muerte le arrebatava a su madre y contra eso, no se podía hacer nada, solo resignarse.

Gonzalo descansaba su cabeza en el pecho de la joven mientras le rodeaba la cintura con sus dos brazos. No deseaba separarse de ella. Después de estar metido en un calabozo inmundo durante casi dos meses, el perfume de su piel era un bálsamo de frescura para tanto sufrimiento. Entonces recordó lo mucho que la había lastimado con su estúpido comportamiento y la soltó. La miró a los ojos. Descubrió que también lloraba. Volvía a equivocarse con ella... buscaba consuelo en sus brazos cuando Carmen necesitaba tanto consuelo como él.

—¿Cuándo pasó? —Ahora que estaba más calmado necesitaba saber qué había ocurrido exactamente durante los últimos momentos de su madre.

Carmen se acomodó el peinado y respiró hondo antes de contestarle.

—Fue ayer por la tarde, aunque hacía días que ya no se levantaba de la cama. Tampoco se alimentaba bien y se negaba a tomar su medicina... El padre Morra decidió darle la extremaunción antes de salir de viaje porque sabía que tu madre

se estaba dejando morir. —Hizo una pausa porque cada vez que recordaba lo que tuvo que pasar, se le encogía el alma—. Fui yo quien la encontró... al principio pensé que dormía, pero cuando me acerqué, me di cuenta de que ya no respiraba. Tenía tu crucifijo en la mano. La enterramos esta mañana junto a la tumba de tu padre.

—Mi pobre viejita no soportó tanto dolor...

—Doña Lidia dejó de vivir en el mismo instante en que a vos te encerraron en este lugar, Gonzalo.

Él asintió. Sabía que, aunque de forma indirecta, era responsable de causarle tanta tristeza. Los que lo habían enviado allí, a base de engaños y falsas acusaciones, eran los verdaderos culpables de que su madre ahora estuviese muerta. La habían apartado de su lado cuando más lo necesitaba y lo peor de todo era que lo habían despojado del derecho que tenía de estar con ella en su lecho de muerte.

—Sin doña Lidia y sin vos, esta Navidad será la más triste de mi vida.

—Tenés a tu padre y a tus hermanos, Carmencita. Una familia a la cual recurrir cuando te sientas triste... a mí ya ni siquiera eso me dejaron. Me han quitado todo lo que quería. Primero Pilar, ahora mi madre.

Carmen no podía entender que después de todo lo que había pasado por culpa de la familia de esa joven, todavía le doliese haberla perdido.

—¡Pilar Robles se convirtió en tu desgracia, Gonzalo! ¡Por su culpa terminaste en este lugar! —Le salió del alma decírselo. La odiaba con todas las fuerzas de su corazón y no tenía sentido fingir lo contrario delante de él.

—Ella fue tan víctima como yo en todo este turbio asunto, Carmencita. Fue don Amancio Robles quien tendió la trampa para que yo cayera preso antes de que huyera con su hija. —Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared—. Aquí adentro, tuve tiempo para pensar en lo que sucedió y he llegado a una conclusión...

—¿Cuál es? —preguntó Carmen mientras le limpiaba la sangre de los nudillos con su pañuelo.

—Don Amancio no actuó solo. Debió tener un cómplice, alguien en quien Pilar y yo confiábamos ciegamente. Esa persona se encargó de plantar el reloj en mi casa y fue quien puso en mis manos el dinero que don Amancio me había ofrecido para que me apartase de su hija. Aunque lo rechacé en un principio, terminé aceptándolo porque sabía que lo íbamos a necesitar cuando dejáramos la ciudad. Ese fue mi peor error... confiar en quien no debía. Amancio Robles me acusó de chantaje y con lo del supuesto robo, la policía tenía razones suficientes para detenerme.

—¿Quién es esa persona? Hablás cómo si supieras la identidad de su cómplice.

—Fue José Emilio, el hermano de Pilar y quien yo creía mi mejor amigo. Él nos traicionó, vendiéndose al mejor postor. —Aunque desconocía la razón que había empujado a José Emilio a ponerse del lado de su padre, ya no había angustia en su mirada, sino un odio intenso que crecía en su interior, y como un monstruo fuera de control, le iba devorando las entrañas—. Gracias a sus influencias, han conseguido que ningún abogado quiera representarme.

—¿Y qué hay del despacho para el que trabajabas?

—Don Luis vino a verme apenas se enteró que me habían arrestado, pero hasta ahora no ha podido hacer mucho por mí. Solo logró evitar que me trasladaran lejos de Buenos Aires. Dudo que alguien se atreva a desafiar a una familia con tanto poder, Carmencita.

Don Amancio Robles y su hijo lo habían engañado vilmente. Por culpa de ellos, había perdido a Pilar para siempre. Gracias a la trampa que le habían tendido, su madre estaba muerta.

Una afrenta semejante solo podía resarcirse de una manera. Si un día lograba salir de esa maldita prisión, los buscaría y les haría pagar todo el daño que le habían hecho.

La celebración de la Navidad era el acontecimiento festivo más esperado del

año. Al atardecer, las calles de la ciudad se animaban con la música de las orquestas y las comparsas que desfilaban hasta la Plaza de la Victoria. Por la noche, se asistía religiosamente a las “misas del gallo”

Una de las principales atracciones de las fiestas eran los pesebres. Las familias que buscaban destacarse con el nacimiento más pomposo se gastaban una fortuna en adornos y figuritas finamente talladas a mano. Por la noche, los niños visitaban los pesebres y recitaban sus loas a la Virgen y al niño Jesús. Luego volvían a sus hogares para recibir con alegría los regalos que los esperaban debajo del árbol de Navidad. Las empanadas, los pasteles y hasta el tradicional cabrito asado, poco a poco, empezaban a ser reemplazados por platos que eran más habituales entre los europeos, como el pavo, los turroneos o el codiciado pan dulce relleno con frutos secos.

Para Pilar, sin embargo, esa sería la Navidad más triste desde que había perdido a su madre a los siete años. Gonzalo estaba preso y no le permitían ir a verlo. Cuando le suplicó a su padre que la dejara ir a visitar a doña Lidia para enterarse de su estado de salud, tampoco dio su consentimiento. Volvía a estar prisionera en su propia casa. Aunque ya no había ninguna posibilidad de que huyera y desbaratara los planes de boda, don Amancio le había prohibido que saliera sola a la calle.

Rafael ya estaba de regreso. Su tía Margarita había enviado un recado para avisarles de su llegada. Llevaba dos días en Buenos Aires y todavía no se había presentado en su casa. Pilar se preguntaba si ya estaría al tanto de lo que había ocurrido esa mañana de domingo cuando la policía evitó que ella se fugase con Gonzalo. Tal vez sí lo sabía y esa era la razón por la cual no había ido a verla todavía.

Dejó el bastidor sobre la canasta y se recostó en el confidente. Clarita levantó la vista de su bordado y la miró.

—¿No vas a seguir bordando?

—No tengo ganas, Clarita —respondió aburrida de llevar toda la tarde encerrada en el salón. Su madrastra no había tenido mejor idea que bordar unas

servilletas con motivos navideños para obsequiarle a la tía de Rafael. Estaba segura de que era una especie de castigo que le habían impuesto por la osadía de querer fugarse con Gonzalo. Su padre no la había perdonado, Lorenza tampoco. Los únicos que la comprendían eran su abuela, José Emilio y la nana. Su amiga Clarita, aunque no le reprochase abiertamente que no le hubiese hablado de lo que iba a hacer, la miraba todavía con cierto recelo.

—¿Creés que el señor Álvarez Arriaga no ha venido a verte porque se enteró lo que trataste de hacer?

Pilar no abrió la boca, solo se encogió de hombros.

—¿Y si resuelve suspender la boda? ¡Sería un gran escándalo, Pilar! — exclamó como si fuese lo peor que pudiera suceder. Ante el mutismo de su amiga, continuó—. No se hablaba de otra cosa que no fuese tu compromiso matrimonial con ese hombre en todas las reuniones sociales. La alzada de Bernardita Villegas estaba verde de la envidia. ¿Te imaginás lo que diría la gente si el novio de repente cancela la boda?

—No sé la gente, Clarita, pero yo estaría muy feliz de que lo hiciera.

—¡No podés decir eso, Pilar! Después del escándalo que envolvió a tu familia cuando intentaste escaparte con Gonzalo, la cancelación de la boda terminaría por hundir en el fango el apellido Robles. Tenés que pensar en ellos...

—¿Acaso mi familia pensó en mí cuando me impuso un compromiso que no deseaba? —replicó, sonriendo con ironía—. No podés pedirme que tenga contemplaciones con mi familia cuando ellos no la tuvieron conmigo.

Clarita abandonó el bordado por un momento y se cruzó de brazos.

—La verdad es que no te entiendo, Pilar.

—¿Qué es lo que no entendés, Clarita? ¿Qué rechace la idea de casarme con un hombre al que no amo pero que tiene el poder de inquietarme con una mirada? Rafael Álvarez Arriaga no me quiere, no se casa conmigo porque esté enamorado... hay algo siniestro en él que me asusta.

—Es un caballero...

—¡Lo viste una sola vez en tu vida, Clarita! Ni siquiera te podés imaginar de

lo que es capaz ese hombre. —Abandonó el confidente y caminó hacia la ventana. No le había contado nada sobre las veces en las que Rafael la había abordado, tampoco del efecto devastador que tenían sus besos. Se volteó cuando escuchó que su amiga se acercaba.

—¿Y de qué es capaz, si se puede saber? —inquirió.

Pilar no le contestó, estaba demasiado concentrada mirando hacia la calle. Un carruaje acababa de detenerse frente a su casa. Lo reconoció de inmediato. Se quedó esperando a que su ocupante bajara mientras Clarita insistía en que respondiera a su pregunta. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando lo vio. Como atraído por la fuerza de un imán, Rafael clavó sus ojos acerados en la ventana. Durante un prolongado instante, sus miradas se cruzaron. Pilar, en una actitud casi infantil, corrió las cortinas para no tener que verlo.

—¿Qué pasó? —Clarita la observaba mientras empezaba a moverse por el salón como si tuviese hormigas en los zapatos.

—Es él... ha venido a verme.

Clarita sonrió. Estaba más entusiasmada que la propia Pilar. Pero de pronto, la sonrisa se le borró de los labios.

—¿Y si viene a decirte que ya no va a casarse con vos?

Pilar la miró con un dejo de fastidio, sin embargo, prefirió no decirle que eso era lo mejor que le podía suceder. A pesar de ser su amiga y de conocer cuáles eran sus sentimientos, Clarita no comulgaba con su forma de pensar y estaba más que encantada de que se convirtiera en la esposa de Rafael Álvarez Arriaga.

No pudo hacer nada cuando Clarita se acercó para retocarle el peinado y ponerle un poco de color a su rostro con un suave pellizco en las mejillas.

—Estás preciosa —le dijo, abultando el enorme moño de la parte trasera del vestido para que luciera más pomposo.

—No me interesa estar preciosa para ese hombre —retrucó, alejándose de Clarita para que dejase de hacer su santa voluntad a costa de ella. Planeaba escaparse antes de que alguien le anunciara que su prometido acababa de llegar, pero cuando estaba a punto de salir del salón, se topó de lleno con él en la

puerta.

Rafael dio un respingo cuando Pilar se estrelló contra su cuerpo. La sujetó de la cintura para evitar un desastre mayor.

—¿Pretendías escaparte de mí o solo estás contenta de volver a verme? —le preguntó, sonriendo divertido. La soltó cuando lo fulminó con esos enormes ojos del color de la miel. Rafael pensó en ese momento que si una mirada tuviese el poder de matar... él ya estaría muerto y enterrado.

Pilar se maldijo por ser tan torpe. No era la primera vez que casi terminaba en el suelo por su causa. ¡Si hasta iba a creer que lo hacía a propósito!

—Ni una cosa ni la otra, señor —lo desafió.

—Buenas tardes, señor Álvarez Arriaga —intervino Clarita antes de que su amiga le soltara una grosería—. Me alegra volver a verlo.

Él se apartó de Pilar y saludó a la joven con una ligera reverencia.

—El gusto es mío, señorita Estrada.

—Por favor, llámeme Clarita. Todo el mundo lo hace.

—En ese caso, tiene permiso entonces para llamarme por mi nombre de pila. —Le guiñó un ojo y ella se sonrojó—. Parece que a su amiga le cuesta hacerlo, insiste en mantener esa absurda distancia entre nosotros. —Sus ojos grises se posaron en su prometida—. Ya no deberías tratarme de “señor”, querida. Pronto tendremos la suficiente intimidad como para que empieces a llamarme Rafael.

Ahora no fue solamente la impresionable Clarita quien se ruborizó. A Pilar se le tiñeron las mejillas de rojo frente a su osado comentario. Se volteó para evitar que se diera cuenta y regresó al salón para acomodarse en el confidente.

Rafael la siguió, se paró delante de la chimenea y esperó que lo invitase a sentarse. Ella se hizo la desentendida, retomando sus labores de bordado.

Clarita, que parecía tener más tino que ella esa tarde, le cedió su lugar.

—¿Ya te vas? —Pilar le suplicó con la mirada que no se fuera todavía, pero Clarita castigó su absurdo comportamiento, dejándola a solas con él.

—Sí, Pilar. Mi madre debe estar preguntándose por qué no estoy en casa ayudando con los preparativos de la cena. —Recogió su bolso y se despidió de

ambos, deseándoles una feliz navidad.

Rafael se sentó frente a ella y se cruzó de piernas. No dijo nada. Pilar también guardaba silencio. La observó atentamente mientras bordaba. Ladeaba un poco la cabeza a medida que sus delgados y delicados dedos iban llenando de puntadas rojas la tela del bastidor. El hilo de bordar se deslizó hasta el suelo y cuando se agachó para levantarlo, tuvo nuevamente el privilegio de deleitarse con la redondez de sus pechos que se asomaban por el escote del vestido. Sus pensamientos rápidamente se desbocaron. Se imaginó cómo serían sin ningún pedazo de tela que los cubriese y qué se sentiría al tocarlos. Un doloroso pinchazo en la entrepierna fue la señal que necesitó para apartar cualquier idea lujuriosa de su cabeza.

Pilar lo miró cuando cambió de posición. ¡Lo único que le faltaba! ¡Ponerse en evidencia de esa manera delante de su futura esposa! Cansado de que lo ignorase, se inclinó hacia ella y puso su mano encima del bastidor.

—Pilar, tengo que hablar con vos. ¿Podrías prestarme atención, por favor?

La joven levantó la vista. Sopló con fastidio y dejó el bordado sobre su regazo.

—Lo escucho, señor.

Insistía en desafiarlo, pero estaba dispuesto a tener toda la paciencia del mundo con ella.

—Necesito tratar con vos un asunto bastante delicado, por eso vine a verte a esta hora. —Se mesó el cabello. No era fácil mantener la calma cuando ella lo había dejado en ridículo frente a todo el mundo al querer escaparse con otro hombre—. Apenas volví de Londres, llegó a mis oídos una historia que me gustaría escuchar de tus propios labios, Pilar.

Temerosa de su reacción, Pilar agachó la mirada. Sonaba calmado, sin embargo, tuvo el presentimiento de que estaba muy enojado con ella por haberse atrevido a tanto.

—Quiero que me digas exactamente qué ocurrió esa mañana de domingo afuera de la iglesia del Socorro, pocos días después de mi partida —insistió—.



No voy a tomar represalias en contra de nadie, creo que ese joven ya está pagando por el error que cometió y en cuanto a vos... decidiré después de escuchar tu versión de los hechos.

—¿Va a suspender la boda?

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad?

Pilar se mordió el labio inferior y él tuvo que reprimir el intenso deseo de darle un beso. Besarla para demostrarle que solo él tenía derecho de hacerlo... besarla para castigarla por su rebeldía, pero, sobre todo, para saborear de nuevo la dulzura de su boca... esa boca con la cual había soñado mientras se encontraba al otro lado del océano.

—Yo no quería casarme con usted porque estoy enamorada de Gonzalo Funes —se sinceró—. Cuando mi padre lo supo, se opuso a lo nuestro. Le prohibió a Gonzalo que volviera a buscarme. Incluso le exigió a mi hermano que dejase de frecuentarlo. Por esa razón, nos veíamos a escondidas...

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —exigió saber—. ¿Lo viste mientras yo te cortejaba?

Pilar resolvió que le hablaría con la verdad.

—Cuando lo conocí a usted, Gonzalo y yo llevábamos viéndonos a escondidas dos semanas. Después de que volví de su estancia, con nuestro compromiso pactado, planeamos huir juntos, pero mi padre me lo impidió. Estuvimos un tiempo separados porque no se me permitía salir de la casa. Cuando Gonzalo se enteró que usted viajaba, me buscó para convencerme de que escapáramos aprovechando su ausencia. Íbamos a hacerlo ese domingo, sin embargo, mi padre volvió a intervenir... esta vez, llegó demasiado lejos y Gonzalo terminó preso, acusado injustamente de robo.

—De robo y chantaje —la corrigió.

—¡Él es inocente! —le aseguró—. Todo formó parte de una trampa que le tendió mi padre.

A Rafael le disgustaba que defendiera al tal Gonzalo con tanta vehemencia.

—Me parece increíble que don Amancio haya fraguado semejante plan para

deshacerse de ese hombre. Tengo entendido que las evidencias en su contra fueron irrefutables. ¿Cómo podés creer en su inocencia cuando tu propia familia fue víctima de ese delincuente?

—¡No lo llame así! —le exigió, levantándose con ímpetu del confidente.

Rafael hizo lo mismo, y al plantarse frente a ella, tuvo que recurrir al último vestigio de fuerza de voluntad que le restaba para no aprisionarla entre sus brazos y evitar que siguiera defendiendo a ese hombre cerrándole la boca con un beso. La contempló en silencio. Era tan hermosa... Aún no conseguía olvidar ese último beso que le había dado antes de partir hacia Inglaterra.

*¡Si solo dejase de mirarme con tanta rabia, todo sería más sencillo!*, pensó. Sin embargo, Pilar era obstinada y se empeñaba en desafiarlo a cada momento. Parecía que fastidiarlo era su pasatiempo predilecto. Quizá era hora de utilizar otra táctica con ella, una que le sirviera como fin a sus propósitos. Su idea era bastante arriesgada, pero estaba dispuesto a asumir las consecuencias si con eso conseguía por fin que Pilar ya no lo mirase de esa manera.

—Pilar, ya no quiero que ese hombre sea motivo de discordia entre nosotros. —Ella se cruzó de brazos y resopló—. Pronto estaremos casados y te voy a pedir que ya no vuelvas a mencionar el nombre de Gonzalo Funes en mi presencia. Si pudiese, te prohibiría incluso que pensaras en él...

—Usted no puede impedir que piense en Gonzalo, ni que lo quiera —replicó alzando un poco la cabeza en un gesto altivo que la volvía más hermosa todavía.

—Tenés razón —le concedió—. No puedo hacerlo, sin embargo, voy a proponerte un plan que, creo, será beneficioso para todos, inclusive para tu enamorado.

Ella arrugó el ceño.

—¿De qué plan está hablando?

La invitó a tomar asiento nuevamente. Con cierta reticencia, Pilar obedeció. Él volvió a ubicarse frente a ella, pero esta vez, la tenía un poco más cerca. Tanto que casi le rozaba las piernas.

—Pilar, estoy dispuesto a ayudar a Gonzalo Funes si a cambio vos ya no te

resistís a la idea de ser mi esposa. —Estudió su reacción. La expresión de Pilar pasó del enojo al asombro en cuestión de segundos—. Después de nuestra boda, puedo poner a su disposición al mejor abogado de Buenos Aires para que defienda su caso. Por supuesto, yo correré con todos los gastos. Supongo que no será algo inmediato, sin embargo, estoy seguro de que logrará que salga de prisión muy pronto.

La propuesta de Rafael no era más que un vil chantaje. Lo odiaba por jugar con sus destinos de esa manera. Desconfiaba de su repentina generosidad, pero si la libertad de Gonzalo dependía de ella, no iba desaprovechar la única oportunidad que le ofrecían para que se hiciera justicia con él.

—Viviremos en Capilla del Señor y nunca más volverás a verlo. Es el precio que deberás pagar para que ese hombre recupere su libertad.

Pilar se sentía entre la espada y la pared. Bajo sus propias reglas, Rafael Álvarez Arriaga le brindaba la posibilidad de salvar al hombre que amaba.

Sin embargo, y aunque le doliera en el alma saber que su decisión significaba que tendría que aprender a vivir sin Gonzalo, estaba dispuesta a sacrificarse por él.

Respiró hondo y cerró los ojos durante apenas unos segundos.

—Aunque pienso que su propuesta es deleznable, la voy a aceptar. —Lo miró con resignación—. Quiero que me garantice que hará todo lo que esté a su alcance para liberar a Gonzalo. No permitiré que me engañe o juegue con la libertad de un hombre inocente, Rafael... Si lo hace, jamás se lo podré perdonar.

—Estaré al tanto del caso y yo mismo te informaré el día que abandone la prisión —le aseguró—. Solo tendrás que esperar hasta después de nuestra boda. Una vez que te conviertas en mi esposa, le hablaré al abogado para que se ocupe de su caso. Como comprenderás, no puedo correr el riesgo de que salga antes y vuelvas a intentar huir para evitar casarte conmigo.

Pilar asintió. Era natural que él también quisiera garantías.

No pudieron continuar hablando. Don Amancio, al enterarse de que Rafael había llegado de visita, se apareció de repente en el salón para preguntarle sobre

su viaje a Londres.

—¿Algún problema? —preguntó al notar el clima de tensión que se había generado entre Pilar y su futuro yerno.

—No, don Amancio. Después de estar casi dos meses en el extranjero, tenía muchos deseos de ver a mi prometida. —La tomó de la mano y ella no opuso ninguna resistencia. Incluso esbozó una sonrisa—. No podía esperar hasta la noche, espero que sepa disculpar mi ansiedad.

Amancio Robles ignoraba qué milagro se había obrado en su hija, pero estaba encantado con el cambio. Ya no le gruñía a su prometido y hasta parecía contento de volver a verlo.

Sonrió complacido. Por fin, todo estaba en su sitio. Gonzalo Funes, pudriéndose en la cárcel, y Pilar, junto al hombre que en poco tiempo más se convertiría en su esposo.



## AMISTADES PELIGROSAS

*Primeros días de marzo de 1874.*

*P*ara escapar de los rumores malintencionados que todavía circulaban sobre la frustrada huida de Pilar y su precipitado compromiso con Rafael Álvarez Arriaga, la familia Robles se había trasladado a Capilla del Señor para celebrar la boda. Aunque la tradición marcaba que la ceremonia debía llevarse a cabo en el lugar de residencia de la novia, la ciudad estaba con los ánimos demasiado caldeados tras las intrincadas elecciones para la Cámara Baja en las que Avellaneda, el protegido de Sarmiento, se había alzado con catorce provincias, perdiendo en Buenos Aires con los liberales de Mitre. Mientras la prensa reconocía el triunfo de los candidatos mitristas, por lo bajo se empezaba a hablar de fraude electoral. El episodio más violento tuvo lugar en Balvanera. En el lugar donde “mandaba” Leandro N. Alem, se imponía el partido liberal. Un domingo de febrero al mediodía, su lugarteniente, un hombre de apellido Bernet, y algunos matones corrieron a tiros a los electores y rompieron las urnas a hachazos limpios para alterar el voto popular. El caos reinaba por doquier. *La Tribuna* proclamaba ganadores a los liberales un día, y al siguiente, publicaba otras cifras, alegando que todavía debía efectuarse el recuento final para conocer los resultados. La polémica se instaló en Buenos Aires durante varias semanas. Aunque el mitrismo se sentía triunfador, la decisión final estaba en manos de la Legislatura provincial, que terminó convalidando la victoria del Partido

Autonomista. Ya nadie dudaba de que Nicolás Avellaneda ocuparía el sillón presidencial. En ese clima de constante tensión, ya se hablaba de una posible revolución.

Todas esas cuitas de traiciones políticas y fraudes electorales no habían perturbado la tranquilidad de Capilla del Señor todavía. El pueblo entero se preparaba para celebrar la boda de Rafael Álvarez Arriaga y su prometida. Hasta *El Monitor de la Campaña* se había hecho eco del feliz acontecimiento, con un anuncio en su portada. Atendiendo a la sugerencia que había hecho doña Encarnación, la iglesia fue adornada con vistosos ramos de fresias, las flores favoritas de la novia. La ceremonia estaba pactada para la tarde y por supuesto, sería oficiada por el padre Braulio. Por la noche, los novios esperarían a los invitados en *El Refugio* para celebrar el feliz acontecimiento con una gran fiesta a la que asistiría todo el pueblo. A don Amancio no le hacía mucha gracia tener que codearse con gente que ni siquiera conocía, pero así lo había dispuesto Rafael y al estar en su territorio, no se sintió con derechos de objetar su decisión. Lo importante era que, por fin, Pilar se convertiría en su esposa.

*El Refugio* nunca había albergado a tantas personas y los peones apenas daban abasto para satisfacer las necesidades de todos. La más exigente y molesta, sin dudas, era la madrastra de la novia que parecía no estar conforme con nada. Aurora agradecía la intervención de doña Margarita o de la joven Leonor cada vez que estaba a punto de perder la paciencia con ella. Quería estar metida en todo, dando órdenes a diestra y siniestra, y por supuesto, sacando de quicio al personal doméstico de la estancia.

Rafael prefería mantenerse al margen de los preparativos y había delegado la responsabilidad a su tía. Aunque intentase disimularlo, estaba demasiado nervioso como para quedarse en la casa viendo cómo se organizaba todo. Por eso se la pasaba en el campo, con los caballos. También porque sabía que su presencia incomodaba a Pilar, se iba muy temprano y regresaba recién a la noche para compartir la cena con los demás.

Pero si había alguien que estaba más nerviosa que él, esa era la mismísima

Pilar.

La mañana de su boda, cuando doña Encarnación entró en el salón y vio a su nieta, supo de inmediato que había estado llorando. Hacía días que la veía lagrimeando por los rincones, procurando que nadie notara su tristeza. Faltaban apenas unas pocas horas para la boda y su querida Pilar estaba constantemente angustiada. Se acercó y le puso una mano en el hombro. Al saberse descubierta, la joven trató de recuperar la compostura, pero le bastó ver la compasión en los ojos de su abuela para echarse a llorar sobre su pecho.

—Vamos, mi niña, no te pongas así. Todas las novias sienten miedo justo antes de casarse —le dijo para tranquilizarla.

Pilar apretó los párpados. Lo suyo no era el típico temor a lo desconocido que sentían las jóvenes casaderas el día de su boda... Ella estaba aterrada porque sospechaba que su vida ya no volvería a ser la misma al lado de un hombre como Rafael Álvarez Arriaga. ¿Qué podría esperarse de alguien que había sido capaz de pisotear sus sentimientos al proponerle que ayudaría a Gonzalo solo si aceptaba convertirse en su esposa sin chistar? ¿Cómo ser feliz con un hombre que se casaba con ella guiado solamente por un interés económico o un capricho malsano?

—Una novia enamorada, sí, abuela. Yo no amo a Rafael...

Doña Encarnación la sujetó de la barbilla y le secó las lágrimas con su pañuelo.

—Sé que no estás enamorada de tu prometido porque sentís que tu corazón le pertenece a ese muchacho, el amigo de tu hermano...

—Gonzalo —dijo Pilar un poco más calmada.

Su abuela le hizo señas de que se sentara.

—Yo no comparto el pensamiento de mi hijo, Pilar, pero sabés mejor que nadie que mi opinión le importa muy poco. Cuando le dije que me parecía un despropósito que contrajera enlace con su cuñada a pocos meses de la muerte de tu madre, ni siquiera me escuchó. Aunque hubiese intercedido a tu favor, Amancio no iba a permitir que interviniera en sus planes. Él quería casarte con

ese hombre y no se detendría hasta lograrlo.

—Abuela, mi padre se jacta de que todo lo hizo por mi propio bien, que actuó pensando solo en mi felicidad, pero eso no es verdad. —Un suspiro lastimero brotó de su garganta—. Si quisiera que fuese feliz, no me hubiese obligado a casarme con ese hombre.

Doña Encarnación guardó silencio y la miró. ¡Se parecía tanto a su madre! Quizá esa era la razón por la cual Lorenza no la quería. No solo había heredado la belleza de María, también su nobleza y su carácter voluntarioso.

—¿Puedo hacerte una pregunta, mi querida?

Pilar asintió.

—¿Qué sentís exactamente por tu prometido? ¿Lo aborrecés a él o a la idea de tener que convertirte en su esposa?

—¿Acaso no es lo mismo, abuela? —repreguntó ella, confundida.

—No, no lo es. Es posible que el hecho de que te obligasen a aceptarlo es lo que realmente provoca que lo desprecies de esa manera. Has tenido tiempo de tratarlo y compartir tiempo con él... ¿qué te ha parecido como hombre?

Pilar tragó saliva. A nadie le había contado de los besos que él le robaba, mucho menos de lo que sentía cada vez que lo tenía cerca. Todos esos momentos estaban volcados en su diario y nunca nadie podría leerlos.

Como su nieta no decía nada, doña Encarnación retomó la palabra.

—Si en algo concuerdo con tu padre, es que Rafael es un excelente partido para vos, querida. A pesar de vivir en el campo, se desenvuelve muy bien en nuestro círculo. Posee clase y fortuna, es todo un caballero y no podrás negarme que además es muy apuesto. —Le guiñó el ojo y cuando vio el rubor en sus mejillas, comprobó que ella pensaba lo mismo—. A veces, las jovencitas como vos no tienen la suerte de encontrar un hombre así...

—Yo no estaba buscando a nadie —le aclaró.

—Lo sé, Pilar. Todavía no has podido olvidarte de ese muchacho, y estoy segura de que nunca lo harás. —La abuela suspiró—. El primer amor, el más puro e inocente, queda para siempre grabado a fuego en nuestros corazones, sin



embargo, no implica que no puedas volver a enamorarte.

—¿Usted se casó enamorada, abuela?

—Sí y no.

Pilar se quedó perpleja con su respuesta. Estaba a punto de decir algo, pero doña Encarnación no la dejó.

—Antes de que me presentaran a tu abuelo, yo andaba en amores con un muchacho. Se llamaba Juan María y era el hermano de mi mejor amiga. El día que lo conocí, supe que lo amaba. Él sintió lo mismo y no tardó en pedirme que fuese su novia. Cuando mi padre se enteró, se opuso a lo nuestro. —Pilar abrió los ojos bien grandes, sorprendida de saber que su abuela había pasado por lo mismo que ella—. Decía que no era bueno para mí, porque los intelectuales, en esa época, eran muy mal vistos. Juan María asistía al Salón Literario de Marcos Sastre y cuando el gobernador Rosas se enteró de que apoyaba a los exiliados que huían a Montevideo durante su tiranía, fue encarcelado. Dos años después, emigró también a Uruguay. Regresó al país después de la caída de Rosas, allá por el 52. Para ese entonces, yo ya estaba casada con tu abuelo y Amancio era un muchacho. Un año después, él también se casó y hasta donde sé, ha sido tan feliz como yo. Actualmente se desempeña como director de la Universidad de Buenos Aires y hemos coincidido en alguna que otra reunión social, sin embargo, nunca nos lamentamos de lo que pudo ser y nunca fue. Yo quise mucho a tu abuelo, Pilar, y lo más importante... me hizo muy feliz. Aunque siempre guardaré bellos recuerdos del amor que viví con Juan María, no cambiaría nada de lo que hice. En este momento, que estás a punto de convertirte en la esposa de Rafael Álvarez Arriaga, sentís que no podrías vivir sin Gonzalo. Yo creí lo mismo cuando Juan María tuvo que abandonarme en contra de su voluntad, pero tu abuelo me hizo comprender que no era así; por eso estoy segura de que, a su debido tiempo, vos también te darás cuenta de que no es precisamente desprecio lo que sentís por tu futuro esposo.

Después de escuchar el relato de la abuela Encarnación, Pilar estaba más confundida que antes. Dudaba de que algo similar le ocurriese a ella. Rafael no

la amaba y nunca la miraría de la misma manera en que su abuelo Plácido solía mirar a su abuela. Había algo siniestro en sus ojos que no alcanzaba a descifrar, además era miedo a ella misma lo que sentía cuando lo tenía cerca. Miedo de lo que le provocaban sus besos o el simple roce de su piel.

—No sé, abuela. A veces pienso que la felicidad es algo que nunca alcanzaré; que estuve a punto de atraparla y la dejé escapar. Pero es lo que el destino tenía preparado para mí y no me queda más que resignarme. —Nadie sabía del pacto que había hecho con Rafael. Prefería mantenerlo en secreto y que todos creyeran que había cambiado de actitud y aceptaba de buen grado casarse con él.

—Sos demasiado joven para tener pensamientos tan funestos, querida. Ya verás que el tiempo me dará la razón y terminarás perdidamente enamorada de tu esposo. A pesar de que ahora te parezca una locura, estoy convencida de que Rafael Álvarez Arriaga te gusta... y te gusta mucho. Ese es, sin dudas, el primer paso para ganarse tu corazón. —Le dio unas palmaditas en la mano y le sonrió—. No deberías estar perdiendo el tiempo con esta vieja sentimental, será mejor que subas a tu habitación para que empieces a arreglarte. No querrás llegar tarde a tu propia boda, ¿verdad?

Pilar negó con la cabeza, aunque hubiese querido decirle que si fuese por ella, jamás pondría un pie en esa iglesia. Pero no podía... no cuando la libertad de Gonzalo estaba en juego.

Se despidió de su abuela con un beso en la frente y mientras subía las escaleras, se topó con Jesusa que venía a buscarla.

—Vamos, mi niña, que ya tiene su baño de tina preparado. Le puse sus sales favoritas y el agua está tibiecita, como a usted le gusta.

Desganada, siguió a su nana hasta la habitación y se puso en sus manos. La negra la ayudó a desvestirse y ya había dejado sobre la cama el vestido de novia. Era el mismo que había usado su madre el día de su boda y doña Encarnación lo había guardado durante todos esos años en una caja con flores de azahar para evitar que el paso del tiempo lo percurdiera.

Trató de poner su mente en blanco mientras tomaba su baño, pero era

imposible hacerlo cuando faltaba tan poco para unirse a un hombre con el cual, presentía, no iba a ser feliz. Recordó las palabras de su abuela, augurándole un futuro mejor de lo que ella imaginaba. No había sabido qué decirle cuando le preguntó qué pensaba de su prometido, y ahora se daba cuenta de que lo que más temía era reconocer que ella tenía razón. Aunque renegara de casarse con Rafael y se conformara pensando que lo hacía por el bien de Gonzalo, él le gustaba. Las mujeres se referían a él no solo como *un excelente partido*, también remarcaban lo apuesto que era. Sabía que la envidiaban por haber conseguido lo que tantas deseaban. Esbozó una sonrisa al pensar en la insoportable de Bernardita Villegas. Seguramente estaría furiosa con ella por llevarse lo que creía suyo.

—¿De qué se ríe, niña Pili? —quiso saber Jesusa ante su repentino cambio de humor. Le gustaba que ya no estuviese tristonera todo el día.

—Me preguntaba cómo estará nuestra querida Bernardita ahora que perdió al hombre de sus sueños. —Puso los ojos en blanco y se burló de ella, fingiendo un suspiro quejumbroso.

Jesusa soltó una carcajada.

—¡Seguramente caminando por las paredes! Esa señorita es una envidiosa y me alegro de que el señor Rafael haya decidido celebrar la boda aquí para evitarnos su molesta presencia. —Reflexionó por un segundo—. De los enemigos, los menos, mi niña. No dude de que se hubiese sentado en la primera fila de la iglesia con la única intención de hacerle pasar un mal momento.

Pilar pensaba lo mismo que su nana. Si la boda se hubiera oficiado en Buenos Aires, no solo tendrían que haberse enfrentado a la furia de Bernardita Villegas, sino también a los comentarios maliciosos y las miradas suspicaces de la respetable sociedad porteña, que, a la hora de condenar a alguien por cometer un error, no escatimaba ningún esfuerzo.

—Para esta noche, le pondré unas gotitas de lavanda a su ropa interior, mi niña —le dijo la nana mientras la ayudaba a secarse.

Pilar se sonrojó por culpa de su comentario. Por primera vez, era realmente consciente de que ya no volvería a dormir allí. Seguramente Rafael ya había

dispuesto que trasladaran todas sus pertenencias a la habitación principal.

—No hace falta, nana —respondió, haciendo un gran esfuerzo para que la negra no notase cuánto la afectaba tener que compartir la misma cama con ese hombre.

—Lo haré de todos modos —le porfió la negra.

Le estaba poniendo la enagua por la cabeza, cuando la puerta se abrió de repente. Jesusa alcanzó a colocarse delante de Pilar para cubrirla con su gruesa anatomía, pero descubrieron que no era necesario porque solo se trataba de su madrastra.

—Jesusa, dejanos solas, por favor —ordenó.

La negra miró a su niña, esperando una indicación. Pilar le hizo señas de que obedeciera y salió de la habitación cabizbaja, rumiando su enojo.

Lorenza primero dio una vuelta por la habitación hasta detenerse junto a la cama para admirar de cerca el vestido de novia. Se inclinó para tocarlo, deslizando sus dedos por el delicado encaje blanco que cubría la tela desde el canesú hasta la cintura.

—¿Qué es lo que quiere? —Pilar no comprendía la razón de su presencia allí—. No necesito de su ayuda, me puedo arreglar muy bien con mi nana.

Lorenza se volteó y la miró.

—Sé que jamás aceptarías mi ayuda, María del Pilar. No he venido a eso...

—¿Entonces? —insistió en saber mientras se sentaba en el taburete que estaba frente a la cómoda para cepillarse el cabello.

Lorenza la siguió. Necesitaba ver su reacción, aunque más no fuera a través del espejo.

—Quería hablar con vos sobre lo que va a suceder esta noche. —Notó la tensión en su mano al tomar el cepillo—. Ante la falta de tu madre, creo que soy la mejor opción para explicarte qué es lo que tenés que hacer...

—No siga, por favor —la cortó, alzando levemente la voz—. No hace falta que me explique nada, tía. Jamás aceptaría un consejo que venga de usted, mucho menos si tiene que ver con un asunto tan... íntimo.

La clara actitud evasiva de su hijastra le confirmaba a Lorenza lo que había sospechado durante todos esos años.

—¿Nos viste esa tarde, verdad? —preguntó, harta de tener que fingir con ella cuando ambas sabían perfectamente de qué hablaban.

Pilar se hizo la desentendida. Dejó el cepillo encima de la cómoda y se puso a jugar con el frasco de perfume francés que le había obsequiado Clarita con la ilusión de que lo usara durante la ceremonia. Había viajado con ellos porque no iba a perderse por nada la boda de su mejor amiga.

—No tiene caso que lo niegues, María del Pilar. Encontré tu muñeca tirada en el suelo, esa de trenzas a la que habías bautizado Cleo. Yo mismo la dejé junto a tus otras muñecas, pero inexplicablemente, después de ese día, ya no querías volver a jugar con ella.

¿Por qué tenía que hablarle de lo que había sucedido esa tarde en la habitación de su padre, precisamente el día de su boda? Si lo que pretendía era hacer que se sintiera peor de lo que ya se sentía, lo estaba consiguiendo.

—No quiero escucharla...

Lorenza se acercó y se plantó junto a ella.

—Comprendo que quizá no es el momento más oportuno, querida, pero algún día teníamos que conversar sobre lo que pasó. ¿Se lo contaste a alguien?

Pilar no le respondió.

—Por tu silencio, intuyo que sí lo hiciste. ¿Tu abuela lo sabe? —preguntó. Tal vez ese era el motivo por el cual la despreciaba tanto.

—No, ella no lo sabe.

—¿Pero sí se lo dijiste a alguien? —insistió.

—¡Qué importa a quién se lo conté! —La miró a través del espejo con los ojos inyectados de rabia—. Lo que vi esa tarde me sigue atormentando hasta el día de hoy. Nunca conseguí apartar de mi memoria esa horrible imagen suya mientras fornicaba con mi padre en el lecho donde acababa de morir mi madre.

—Vos misma lo dijiste, querida. Tu madre estaba muerta, yo no. Amancio y yo nos enamoramos, fue imposible esconder lo que sentíamos —intentó

justificarse—. Creo que vos me podés entender mejor que nadie; después de todo, te encargaste de dejar bien en claro que te enamoraste como una tonta de ese cazafortunas que resultó ser un vil ladrón. No se manda en el corazón, ya deberías saberlo.

Pilar abandonó el taburete para enfrentarla cara a cara.

—¡No se compare conmigo, señora! —A costa de ganarse la enésima bofetada, usó un tono despectivo para dirigirse a ella—. Dudo de que lo que usted sienta por mi padre sea amor. Solo se casó con él para salir de la miseria en la cual la dejó su marido. Imagino que tendría razones de sobra para abandonarla...

Lorenza tuvo que recurrir a la última gota de paciencia que le quedaba para no ponerle una mano encima. Era el día de su boda y no quería ningún escándalo. Tampoco darle un motivo para que la acusara con su padre. La conocía demasiado bien como para saber que era precisamente eso lo que buscaba.

—Entiendo que estés dolida, María del Pilar. —Intentó acariciarle el cabello, pero la joven no se lo permitió—. No debe haber sido fácil para una niña de siete años encontrar a su padre y a su tía haciendo el amor en la misma habitación que, hasta hacía unos pocos días, compartía con tu madre. Supongo que incluso es comprensible que empezaras a odiarme. —Curvó los labios en una sonrisa socarrona—. Pensás que vine a ocupar un lugar que no me corresponde, que el rol de esposa de don Amancio Robles me queda demasiado grande. Dejame decirte una cosa, querida mía: me lo supe ganar con el sudor de mi frente, bueno, no exactamente así —dijo levantándose los pechos—, pero vos ya me entendés. Cuando estés en la cama con tu esposo, disfrutando del placer de su cuerpo, sabrás a lo que me refiero. Hasta que ese momento llegue, no tenés ningún derecho a juzgarme por lo que viste hace más de diez años.

Pilar no iba a consentir que le hablase de esa manera. No era su madre, y el rol de tía amorosa lo había perdido hacía tiempo.

—Salga de mi habitación, por favor —dijo, lo más calmada posible.

Lorenza se dirigió hacia la puerta y la miró por encima del hombro. Percibió

que estaba a punto de llorar.

—Aunque no te lo merecés, deseo que seas feliz, querida. —Le dedicó una de sus mejores sonrisas falsas y abandonó la habitación.

Pilar estaba temblando. Solo reaccionó al escuchar que la puerta se cerraba. Fue hasta la cama y se arrojó encima del vestido, sin importarle que pudiese arrugarlo. Se hizo un ovillo y cerró los ojos. Aunque intentó borrar de su mente la tarde en la que había descubierto el terrible secreto de su padre, no pudo hacerlo.

Cuando Jesusa volvió a la habitación y encontró a su niña llorando como una magdalena, maldijo el nombre de doña Lorenza hasta quedarse sin saliva.

Ese viernes por la tarde, no cabía ni un alfiler en la pequeña iglesia de Capilla del Señor. Nadie dudaba de que la boda del único hijo de don Ulises Álvarez Arriaga, uno de los terratenientes más poderosos del pueblo, se convertiría en el evento del año, soslayando incluso a las tradicionales carreras cuadreras que organizaba el Racing Club y que convocaba a gente de toda la región. El detalle que seguramente la convertiría en una “boda popular” era que la novia venía de la ciudad y según los rumores, pertenecía a una de las familias más adineradas de Buenos Aires. Después de perder a su primera esposa en circunstancias bastante extrañas, nadie pensaba que el hosco de Rafael Álvarez Arriaga volvería a casarse. Por eso, los que se amontonaban ahora en la iglesia querían ver con sus propios ojos la ceremonia que officiaría el padre Braulio.

A Rafael no le molestaba que la gente del pueblo estuviera presente en la boda con el único motivo de no perderse detalle de lo que ocurriría para luego tener de qué hablar entre ellos durante los próximos días. Estaba acostumbrado a ser el ojo del huracán. Fuese por una cosa o por otra, bien o mal, siempre hablaban de él.

Se sentía demasiado expuesto, allí, de pie frente al altar mientras esperaba la llegada de la novia. Su tía lo había abandonado un momento para conversar con

la esposa del presidente municipal y no sabía cómo controlar los nervios. A pesar de haber pasado ya por una experiencia similar, estaba más inquieto que nunca. Todavía existía la posibilidad de que Pilar huyera de la estancia y lo dejase plantado para regresar a Buenos Aires. Quizá a esa hora ya ni siquiera se encontraba en el pueblo... No podía evitar preocuparse. Conocía su rebeldía y la creía capaz de eso y mucho más. Sacó su reloj del bolsillo del chaqué y miró la hora, solo para confirmar que apenas habían pasado cinco minutos desde la última vez. Su prima Leonor estaba sentada en la primera fila, junto a doña Encarnación y a José Emilio. En el mismo banco, pero un poco más apartada, se hallaba doña Lorenza. Al ver que se levantaba, rezó para que no se le acercara. Lo que menos necesitaba en ese momento era la incómoda compañía de la madrastra de su ya casi esposa.

La gente que se encontraba junto al pórtico de la iglesia empezó a estirar sus cuellos para mirar hacia afuera y fue lo que impidió que Lorenza hablase con él antes de la ceremonia. Cuando se escucharon las primeras notas de la marcha nupcial, se quedó quieta en su sitio y Rafael soltó un suspiro de alivio.

La tía Margarita apareció de la nada y se paró junto a él. Rafael la miró. Le costaba sonreír, pero bastó que ella le susurrase que todo iba a salir bien para que esbozara una sonrisa. Su querida Aurora y el fiel de Froilán estaban un poco apartados de la familia, ya que habían preferido mezclarse con la gente del pueblo para no molestar a nadie. Barrió el lugar con la mirada. Además del presidente municipal y su esposa, estaban los integrantes de la Sociedad Hípica y el doctor Hidalgo junto a su hija Alicia. Esperaba que, por fin, durante la fiesta, Pilar y la joven pudiesen conocerse. En un lugar como Capilla del Señor, su esposa podría llegar a sentirse demasiado sola, por eso creía que la amistad con ella podría resultar beneficiosa.

En el preciso instante en que Pilar entró a la iglesia prendida del brazo de su padre, Rafael ya no tuvo ojos para nadie más.

Si hubiese podido, se habría aflojado el nudo del corbatín. No supo qué hacer exactamente con sus manos, entonces las colocó en su espalda. Sentía que estaba



perdiendo el control de la situación y era un error que terminaría costándole muy caro. Era ilógico que, al verla allí, caminando lentamente hacia el altar para casarse con él en contra de su voluntad, tuviese deseos de salir corriendo. Tenía lo que quería... ¿qué demonios le ocurría entonces?

Esa joven hermosa, de carácter impetuoso, que había defendido su felicidad con uñas y dientes casi hasta el último momento, estaba a punto de ser suya. Ya nada le impediría convertirla en su esposa, ni siquiera la sombra de ese hombre al que había prometido ayudar. Sabía que Pilar había aceptado su propuesta con la única intención de salvar a su enamorado, pero eso ya no importaba. Una vez que diera el sí frente al altar, ya no había posibilidad de echarse para atrás. No iba a permitir que la historia se volviera a repetir... esta vez, estaría más atento.

Don Amancio se la entregó y él la recibió con una sonrisa. El velo no dejaba ver bien su rostro, pero cuando se lo quitó comprobó que tenía los ojos vidriosos. Una intensa rabia se apoderó de Rafael al descubrir que había estado llorando y Pilar agachó la cabeza, para no tener que enfrentarse con su mirada acusatoria.

El padre Braulio, testigo privilegiado de lo que sucedía entre los novios, decidió empezar con la ceremonia antes de que surgiera algún imprevisto.

Rafael sujetó de la mano a Pilar y sintió que estaba helada. Miró hacia el frente para no cometer una tontería. Cuando el clavicordio dejó de sonar, alguien tosió. Tras un silencio sepulcral que duró más de lo que Rafael hubiese deseado, el padre Braulio empezó a leer uno de los pasajes bíblicos más apropiados para la ocasión. Se trataba de la Primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios y era indudable que lo había elegido especialmente para ellos.

—El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no es presumido ni se envanece; no es grosero ni egoísta; no se irrita ni guarda rencor; no se alegra con la injusticia, sino que goza con la verdad. El amor disculpa sin límites, confía sin límites, espera sin límites, soporta sin límites. El amor dura por siempre. —Miró fijo a Rafael—. Palabra de Dios.

—Amén —respondieron al unísono los concurrentes al lugar.

Siguiendo las indicaciones del padre Braulio, Rafael tomó la alianza de la

bandeja de plata que extendió el padrino hacia él y recitó los esponsales mientras deslizaba suavemente el anillo por el dedo de Pilar. La muchacha estaba temblando. Seguía sin mirarlo a los ojos y esa actitud de indiferencia lo ponía cada vez más nervioso. Cuando le tocó el turno a Pilar, notó que ella dudaba. Gracias a la pronta intervención de don Amancio, que prácticamente la obligó a tomar el anillo, la ceremonia continuó su curso.

Pilar tartamudeó al pronunciar la primera palabra, logrando exasperar no solo a Rafael sino también a su padre.

—Yo... Pilar, te quiero a ti... Rafael como esposo y me entrego a ti. —Hizo una pausa para respirar hondo. Estaba pálida y parecía que apenas podía sostenerse en pie—. Y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida. Recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti. —Tomó la mano de Rafael entre las suyas, y como pudo porque las lágrimas le nublaban la visión, le puso la alianza.

El padre Braulio también tenía la sensación de que la novia desfallecería de un momento a otro. Se aclaró la garganta antes de continuar:

—Rafael Álvarez Arriaga Bustos, ¿quieres como esposa a María del Pilar Robles Benavides?

Rafael le clavó la mirada antes de responder.

—Sí, quiero.

—María del Pilar Robles Benavides, ¿quieres como esposo a Rafael Álvarez Arriaga Bustos?

El silencio que se generó en la iglesia fue tan abrumador que Rafael podía escuchar cómo le bombeaba la sangre en las venas. Pilar no decía nada. Simplemente permanecía allí, con lágrimas en las mejillas y las manos temblorosas. Su falta de respuesta era otra manera más de torturarlo. Estaba a punto de hacer algo para sacarla de ese ensimismamiento cuando ella alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Sí, padre..., quiero.

Tanto el novio como el padre de la novia experimentaron la misma sensación

de alivio cuando Pilar por fin contestó.

—El Señor, que hizo nacer entre ustedes el amor, confirme este consentimiento mutuo, que acaban de manifestar ante la Iglesia. —El padre extendió los brazos hacia ellos—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Podés besar a la novia, Rafael.

Él la sujetó de la barbilla y se acercó hasta que sus bocas estuvieron a solo un par de centímetros de distancia.

—Ya pasó todo —le susurró.

Pilar cerró los ojos y se descolocó cuando él, en vez de besarla en los labios, la besó en la frente. No se lo esperaba y no supo qué pensar. Apenas fue capaz de reaccionar cuando la sujetó del brazo para abandonar juntos la iglesia.

Atravesaron el pasillo en medio de los aplausos. Una vez afuera, se formó una multitud alrededor de los recién casados porque todos querían acercarse para felicitarlos.

De repente, Pilar se vio rodeada por personas que no conocía y que se dirigían a ella como “señora de Álvarez Arriaga”.

Mientras Rafael se ocupaba de responder a los buenos augurios, la flamante novia solo podía pensar en una única cosa: acababa de unirse en matrimonio con un hombre al que no amaba... Un hombre que tampoco la amaba a ella.

Aprovechando que él no le estaba prestando atención, se dedicó a observarlo. Parecía feliz, satisfecho por haberse salido con la suya. También su padre lucía una sonrisa de oreja a oreja. Se le formó un nudo en la garganta al imaginarse lo qué le esperaba siendo la esposa de Rafael Álvarez Arriaga.

¿Qué clase de vida tendría a su lado?

Pronto lo descubriría...

El número de invitados a la fiesta en *El Refugio* duplicaba la cantidad que había asistido a la iglesia para presenciar la ceremonia. La noche estaba templada y se habían dispuesto varias mesas armadas con tablonés a lo largo y ancho del patio

principal. En el centro, a la vista de todos, se sentarían los novios con sus respectivas familias. Rafael no había escatimado en gastos y nadie le podía reprochar que quisiera tirar la casa por la ventana para festejar su matrimonio. Bastaba ver lo bonita que era la prenda que se llevaba para despertar la envidia de los hombres y la admiración de las mujeres. No faltaba la música y un grupo de tres gauchos se encargaban de amenizar la fiesta con sus tonadas.

Los más memoriosos afirmaban que la fiesta de casamiento con su primera esposa no había sido tan ostentosa; y eso que Elena Echagüe también pertenecía a una de las familias más ricachonas de Buenos Aires. Los más aventurados se arriesgaban a decir que tal vez ahora Rafael Álvarez Arriaga sí se casaba enamorado. El matrimonio con doña Elena había sido demasiado breve, y poco antes de su muerte, había sido salpicado por los rumores de una supuesta infidelidad.

Pero sin dudas, esos turbios recuerdos no iban a opacar un día tan importante.

Entre los invitados, se encontraban el doctor Hidalgo y su hija Alicia, quien estaba ansiosa de que le presentaran a la esposa de Rafael Álvarez Arriaga. Desde que su padre le había dicho que era una muchacha agradable que seguramente necesitaría socializar con otras jóvenes de su edad una vez que viviera en *El Refugio*, Alicia tenía muchas ganas de conocerla. Estaba convencida de que para alguien como ella, que nunca había salido de Capilla del Señor, poder entablar amistad con una joven de ciudad sería, sin dudas, una gran ventaja. ¡Si se había quedado impresionada nada más verla entrar a la iglesia del brazo de su padre! Pilar Robles, con su delicado y vaporoso vestido blanco, parecía un ángel. Tras la ceremonia, cuando intentó acercarse a ella para felicitarla, la gente empezó a arremolinarse alrededor de los novios con el mismo propósito. Su padre quería regresar temprano a la casa porque tenía que visitar a un paciente y a ella no le había quedado otra opción más que irse con él. Ahora esperaba tener la oportunidad de felicitarla y hablar con ella en algún momento durante la fiesta.

Observó su propio atuendo para cerciorarse de que todo estuviese en orden.

Había elegido su mejor vestido y llevaba el broche de porcelana que había heredado de su madre. Una mujer de cabello negro que conversaba con la tía de Rafael atrajo su atención. Supuso que sería la madre de la novia ya que la había visto sentada junto a su padre en la iglesia. Llevaba un vestido de terciopelo azul Francia ajustado en el talle que estilizaba su figura. Cuando pudo verla mejor, gracias a que la mujer se dio media vuelta, notó que no se parecía en nada a su hija Pilar. Sonrió cuando divisó a su padre dirigiéndose hacia ella con un vaso de ponche en la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí, tan sola, Alicia?

Aceptó la bebida y antes de abrir la boca, soltó con fuerza el aire de los pulmones.

—Esperando la oportunidad para poder conocer a la novia, padre.

Don Conrado contempló la mesa principal. El sitio que debía ocupar la esposa de Rafael, todavía estaba vacío.

—Aurora me comentó que su señora había ido a la casa para cambiarse de ropa. No tardará en aparecer...

—¿Dónde está el señor Álvarez Arriaga? Tampoco lo veo —manifestó barriendo el lugar con sus enormes ojos negros.

—Supongo que estará haciendo lo mismo. Ya lo conocés, no le gusta llevar ropa elegante durante mucho tiempo.

Alicia asintió. Ella debía ser una de las pocas mujeres solteras del pueblo que no había caído rendida ante el encanto de Rafael. Si bien consideraba que era un hombre atractivo, le parecía demasiado acartonado para su gusto. Además, y aunque no se trataba de algo serio, se había estado viendo a escondidas con Andrés, el hijo del presidente municipal. Prefería mantenerlo en secreto porque estaba segura de que apenas sus padres lo supieran, pondrían fecha para la boda. Y ella no quería atarse a nadie todavía.

—¿Has podido hablar con Leonor? Recuerdo que solían pasar tiempo juntas durante sus estadías en la estancia.

—Apenas pude cruzar unas pocas palabras con ella, padre. Lleva un buen rato

conversando con ese joven. —Su dedo índice apuntó con disimulo hacia la galería—. Imagino que es pariente de la novia...

—Tengo entendido que es su hermano y por lo que he oído, doña Margarita está encantada con la idea de que corteje a su hija.

Alicia no dijo nada. Sabía ser discreta cuando era necesario y después de haber oído de los propios labios de Leonor que estaba enamorada de su primo, dudaba seriamente que aceptase de buena gana el cortejo de ese muchacho. Presentía que su madre estaba detrás de todo. Cuando a doña Margarita se le metía una idea en la cabeza, difícilmente la harían renunciar a ella. Ahora que su primo volvía a ser un hombre casado, poner los ojos en otro podría ser la mejor solución para el corazón roto de su hija.

De repente, las guitarras dejaron de sonar y la gente empezó a aplaudir.

Por la puerta principal, aparecieron los novios. Iban tomados de la mano, pero solo uno de ellos sonreía.

Rafael había abandonado su elegante chaqué por un atuendo más acorde a su condición de terrateniente, mientras que Pilar lucía un precioso traje blanco nieve de línea angelical en tejido de muselina. El corpiño tenía cuello redondo, adornado con volantes de organdí y botones en el centro. Las mangas semitransparentes dejaban ver sus delgados brazos y la falda se ajustaba a la altura de las caderas con un soberbio moño de raso. De inmediato, se ganó la envidia de la asistencia femenina.

Se sentaron en el centro de la mesa principal, pero él se puso de pie enseguida y dio unos golpecitos a su copa con un tenedor para atraer la atención de los invitados.

—Antes que nada, mi esposa y yo queremos agradecer su presencia. —Miró de reojo a Pilar antes de continuar con su discurso—. Hoy es un día muy especial para nosotros... seguramente el más importante de nuestras vidas y es un honor compartirlo con ustedes. ¡Brindemos por lo que vendrá! ¡Por un futuro próspero y feliz! —Todos alzaron sus copas, menos la novia, que permanecía sentada a su lado, en completo silencio mientras fijaba la mirada al frente,

aunque sin mirar a nadie en particular. Su extraña actitud generó que algunos invitados empezaran a cuchichear. Rafael volvió a sentarse y se inclinó hacia ella para hablarle al oído—. Sé que no estás a gusto, querida, pero podrías hacer un esfuerzo y demostrar lo contrario, al menos cuando estemos delante de la gente.

Ella pretendía ignorar su petición, sin embargo, cuando se topó con la mirada flemática de don Amancio, no tuvo más remedio que seguirle el juego a su esposo. Curvó los labios en una sonrisa, levantó su copa y la chocó con la de él.

—¿Así está bien, querido?

Aunque sabía que solo estaba fingiendo, Rafael le agradeció su cambio de actitud, dándole un ligero beso en la boca que no la dejó indiferente.

Pilar respiró hondo. Mientras durase la fiesta, continuaría con la farsa. Para el beneplácito de su solícito esposo y la tranquilidad de su respetado padre, fingiría ante todos que, esa noche, ella era la mujer más feliz del mundo.

Tras el brindis, y para acallar cualquier rumor, Rafael les ordenó a los músicos que volvieran a tocar. Rápidamente, él se desentendió de ella para ponerse a conversar con su tía.

—¿Estás bien, Pilar? —le preguntó doña Encarnación, quien se había sentado a su lado, usurpándole el puesto a Lorenza—. Te noto algo sofocada.

Pilar asintió. ¡Qué ganas tenía de decirle que lo único que deseaba era salir corriendo de allí y desaparecer para siempre! Sin embargo, se quedó callada, tragándose la angustia para no preocupar a su abuela. Vio que José Emilio le decía algo a su padre y unos segundos después, abandonaba la mesa. De un momento a otro, lo perdió de vista en medio de la gente y se preguntó hacia dónde estaba yendo.

Más tarde, y aburrida de estar sin hacer nada, Pilar pretendió hacer lo mismo que su hermano. Rafael se percató de inmediato y la agarró de la muñeca.

—¿A dónde vas?

—Quisiera mezclarme un poco con los invitados —le respondió, clavando su mirada en la mano masculina que la sujetaba con fuerza—. El doctor Hidalgo me dijo que su hija vendría a la fiesta y me gustaría mucho conocerla.

Rafael aflojó la presión alrededor de su muñeca y sonrió.

—Está bien, supongo que no hay nada de malo en eso. Hace un rato vi a Alicia cerca del aljibe, conversando con su padre.

Pilar le dio la espalda apenas la soltó. Sin embargo, podía sentir sus ojos grises clavados en la nuca mientras se alejaba. Dos mujeres a las cuales había visto durante apenas unos segundos en la ceremonia le salieron al paso para volver a felicitarla. Cuando logró desembarazarse de ellas, continuó con su recorrido hasta el aljibe. No vio al doctor Hidalgo, pero sí a una muchacha de cabello negro que parecía estar disfrutando poco de la fiesta.

Alicia se volteó al escuchar que alguien se acercaba, y enseguida, su rostro se iluminó con una sonrisa. Pilar estaba a punto de presentarse, pero la joven se le adelantó.

—¡Por fin! ¡Tenía tantas ganas de conocerte, Pilar! —La sorprendió con un efusivo abrazo—. Antes que nada, te felicito por la boda y deseo de corazón que seas muy dichosa. —Se apartó y la miró—. ¡Pero qué tonta! ¡Ni siquiera me he presentado!

—Sé quién sos —dijo Pilar también sonriendo—. Tu padre me habló de vos hace un tiempo cuando estuve por primera vez en la estancia.

—Sí, quise venir a saludarte entonces, pero me dijeron que habías vuelto a Buenos Aires.

A Pilar le causó una muy buena impresión la hija del doctor. En cierto punto, quizá debido a su espontaneidad, se parecía mucho a Clarita. La buscó entre la gente, pero no había señal de su amiga. ¿Dónde se habría metido? ¿Acaso su desaparición tendría que ver con el hecho de que José Emilio se hubiese retirado tan temprano? Miró a Alicia. Cuando ni Clarita ni su familia estuviesen cerca, iba a necesitar desesperadamente una amiga. Quizá acababa de encontrarla.

—Tu esposo no te saca los ojos de encima —le dijo señalando hacia la mesa principal.

Pilar le sonrió, pero prefirió no voltearse. Ya era suficiente tortura para ella sentir sobre su cuerpo la intensidad de esa mirada acerada que no le permitía



desenvolverse con normalidad. ¿Cómo hacerlo si parecía que no podía siquiera respirar sin que él se diera cuenta?

—Como todos los novios, Rafael debe estar ansioso de que los invitados se vayan —manifestó en un tono confidencial—. ¿Estás nerviosa?

Pilar tragó saliva. Se le aceleraba el corazón cada vez que alguien le hablaba sobre la noche de bodas. Prefería no pensar en lo que iba a suceder una vez que ella y su esposo se quedaran a solas.

—Supongo... supongo que todas las novias lo estarán —respondió después de tomarse un momento para tranquilizarse. Sabía que por más que no quisiera hablar de ello, era inevitable que esa noche tuviese que compartir la habitación con Rafael.

—Sí, aunque estoy segura de que no hay nada de qué asustarse. Mi prima Rosaura se casó el verano pasado con quien fuera su pretendiente durante casi tres años y me contó que la noche de bodas ni siquiera pudo pegar un ojo...

—¿Tan nerviosa estaba?

Alicia negó con la cabeza. Se inclinó hacia ella para hablarle en voz baja.

—No pudo dormir en toda la noche porque él no la dejó. Ya sabés a lo que me refiero... —Pilar la miraba con los ojos bien abiertos—. ¡Y eso que el esposo de mi prima tiene unos cuantos años más que el tuyo! —remató.

Si Alicia pretendía tranquilizarla contándole las peripecias amorosas de su prima durante la noche de bodas, estaba logrando exactamente lo contrario.

—Ahora están esperando su primer hijo y Rosaura me jura que es la mujer más feliz del mundo. —Hizo una pausa cuando vio que se había puesto blanca, casi transparente—. ¿Te ocurre algo, Pilar? Si es por lo que te acabo de contar, te pido disculpas, no era mi intención mortificarte...

—No... no te preocupes, me encuentro bien.

Alicia notó que le temblaban los labios al hablar.

—¿Estás segura? ¿No querés volver a la mesa?

Pilar negó con la cabeza. Lo que deseaba era alejarse de él; poder cerrar los ojos y tener la capacidad de trasladarse a otro lugar. A pesar del mal olor durante

los meses de verano y las calles que se anegaban con facilidad cada vez que llovía copiosamente, ansiaba estar en Buenos Aires. Cerrar los ojos para evadirse de esa agobiante realidad que la había llevado a casarse con un hombre al que despreciaba para salvar a aquel que amaba y que ya no volvería a ver nunca más. Aceptó la repentina sugerencia de Alicia de dar un paseo por los alrededores y cuando miró de soslayo hacia la mesa, descubrió que Rafael ya no estaba allí. No supo si sentir alivio o preocuparse. La prisa que tenía Alicia de sacarla de allí, le dio la pauta de que algo estaba sucediendo.

La sujetó del brazo para detener su andar.

—Alicia, ¿qué ocurre?

La hija del doctor guardó silencio.

—No es nada, Pilar.

—Perdoname, pero no te creo —retrucó—. Me resulta sospechoso que quieras alejarme del patio precisamente cuando desaparece mi esposo. ¿Vas a contarme qué es lo que pasa?

Alicia no supo qué responderle. Su oferta de dar un paseo no tenía nada de inocente. Si quería sacarla de allí era para evitar que viese con sus propios ojos lo que ella acababa de presenciar hacía apenas un par de minutos, antes de que Rafael se deslizara a través de las sombras de la galería como si fuese un ladrón furtivo. ¿Qué estaba haciendo la viuda de Aristizábal en *El Refugio*? Todos en el pueblo sabían que Rafael Álvarez Arriaga solía frecuentar su casa de los altos por las noches. Hubiese sido un gesto de muy mal gusto haberla invitado a la fiesta, por eso se inclinaba a creer que estaba allí solo para incomodar al novio y provocar un escándalo. ¿Qué otra cosa se podía esperar de una mujer como ella?

Pilar no debía enterarse. Mucho menos el día de su casamiento. Trató de sonreír con naturalidad para evitar que siguiera atosigándola con preguntas incómodas.

—No ocurre nada, Pilar. Pensé que te haría bien despejarte un poco...

Ella negó con la cabeza. No sabía exactamente la razón, pero se resistía a creerle. Volvió a mirar hacia la mesa principal, pero Rafael no había regresado

todavía.

—¡Qué descarada! ¡Presentarse aquí, justamente hoy! —exclamó una voz femenina a sus espaldas.

—¡Esa mujerzuela nunca tuvo vergüenza, ni siquiera cuando su esposo vivía! —vociferó otra.

La acalorada conversación que estaban manteniendo dos vecinas del pueblo atrajo de inmediato la atención de Pilar, quien se giró sobre sus talones y se les acercó para preguntarles de quién estaban hablando.

Cuando la vieron, se quedaron de una pieza. Se pusieron a tartamudear, interrumpiéndose la una a la otra hasta que Alicia decidió intervenir. La apartó de esas arpias y esperó a que se alejaran.

—No les hagas caso, Pilar. Son las más chismosas del pueblo.

—¿De quién hablaban? ¡Y no quiero más mentiras, Alicia! Si vamos a ser amigas, es importante que pueda confiar en vos —le dijo.

¡Dios, en qué embrollo se había metido! Si abría la boca para contarle lo que sabía, Pilar saldría lastimada. Sin embargo, si guardaba silencio, terminaría enterándose de la peor manera. Le aconsejó que se sentara porque lo que tenía que decirle no era agradable de escuchar. Pilar se negó y le insistió para que soltase la lengua de una vez por todas.

—Hace un rato, vi que llegó a la fiesta una mujer —empezó a decir—. Se llama Jimena Ortiz y en el pueblo se la conoce como la “viuda de los altos”. Ella no goza de buena reputación entre los habitantes de Capilla del Señor... se sabe que recibe la visita de hombres en su casa, por las noches, sobre todo.

—¿Qué vino a hacer esa mujer a la estancia? —preguntó Pilar, arrugando el ceño.

Alicia se aclaró la garganta antes de responderle.

—Rafael era uno de esos hombres que iban a su casa. Empezó a frecuentarla poco después de la muerte de su esposa...

—¿Estás diciendo que esa mujer que tuvo el atrevimiento de venir a mi fiesta de bodas es nada más y nada menos que la amante de mi esposo?

Alicia se quedó callada, con la angustia instalada en sus enormes ojos negros. Pilar no necesitaba que se lo dijese con palabras... su silencio era más revelador. Buscó a Rafael entre la gente. Seguía desaparecido. ¿Con qué clase de hombre la había obligado a casarse su padre? Se le revolvía el estómago al pensar que quizá en ese mismo momento, mientras en el patio se celebraba su matrimonio, él podría estar revolcándose con su amante en alguna de las dependencias de la casa. No tenía derecho a humillarla de esa manera. Ardía en deseos de salir a buscarlo para gritarle cuánto lo odiaba... no podía lastimarla así. Apenas llevaban unas pocas horas como marido y mujer y él ya la estaba engañando, a la vista de todos. Reprimió las ganas de llorar porque comprendió que un hombre como ese no se merecía que derramase siquiera una sola lágrima.

—Siento mucho haberte causado este disgusto, Pilar, pero creo que no es justo que ignore lo que hay entre Rafael y esa mujer. —A pesar de que ella no era responsable de la desagradable presencia de la viuda de los altos en la estancia, la culpa no la dejaba en paz—. Quizá debí callarme la boca...

—No, Alicia. Hiciste bien en contarme la verdad. —Respiró hondo. Aunque estuviese a punto de estallar de la rabia, debía guardar las apariencias. Ya era suficiente con que a su esposo le importase un bledo verse con su amante el mismo día de su boda como para que ella terminase armando un escándalo—. Ahora sabré a qué atenerme con él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, preocupada por su repentina tranquilidad. No parecía demasiado afectada, sin embargo, sospechaba que la procesión iba por dentro.

Pilar no le contestó. Ignoraba cuáles serían sus próximos pasos; sin embargo, había una sola cosa que tenía en claro: a partir de esa noche, convertiría la vida de ese hombre en un infierno. Rafael Álvarez Arriaga se iba a arrepentir de todo el daño que le había causado.



## DESCONCIERTO

*J*osé Emilio no sabía cómo sacarse a Clarita Estrada de encima. Lo había seguido cuando él abandonó la fiesta para buscar un poco de tranquilidad y ahora, mientras le hablaba sin parar sobre la boda de su hermana, no era capaz de decirle que quería estar a solas. Cuando se empeñaba, la amiga de Pilar podía resultar realmente insoportable.

—Creo que el sueño de toda mujer es casarse con el hombre que quiere... — le decía, con las manos entrelazadas y esa eterna expresión de enamoradiza que tanto le molestaba.

¿Mujer? ¡Si apenas hacía un par de años que había dejado de jugar con las muñecas! Si la escuchaba era solo por consideración a su hermana. Sabía que adoraba a Clarita y no dudaría en sacar las uñas para defenderla.

—No siempre es así —manifestó reclinando la espalda sobre un poste de madera. Respiró hondo. A pesar del perfume dulzón de Clarita, le llegaba el delicioso aroma de la carne asada—. Muchas veces el destino de una mujer está signado por la voluntad de otras personas.

Clarita se mordió el labio. Ella mejor que nadie sabía el calvario que había padecido Pilar por haberse enamorado de quien no debía. Miró a José Emilio de reojo, deleitándose con su elegante perfil. ¿Acaso su calvario era sufrir por un amor no correspondido? Si bien no era experta en cuestiones amorosas, estaba cansada de esperar que José Emilio diese el primer paso. Se acercó y le tocó el brazo. Notó el respingo y la expresión de asombro en sus ojos claros. No supo qué hacer a continuación. Le temía más a su rechazo que a lo que pudiera pensar

de ella por su atrevido comportamiento.

—Clarita, no sigas por esos derroteros —le dijo, agarrándola de la mano con suavidad para apartarla. Tampoco era cuestión de tratarla con rudeza—. Para mí serás siempre la amiga de mi hermana, no podría verte como algo más. No quiero lastimarte, pero es inútil que te hagas ilusiones conmigo... yo jamás podría estar con alguien como vos.

Esas últimas palabras habían estado de más, pero consiguieron que por fin ella lo soltase. Supo lo cruel que sonó su afirmación recién cuando Clarita se alejó de él con el rostro bañado en lágrimas. Maldijo su falta de tacto, pero quizá esa era la única manera de que ella entrase en razón y dejara de perseguirlo. Contempló la inmensidad del cielo salpicado de estrellas y respiró hondo. En ese momento, hubiese matado por un buen puro y un vaso de coñac.

De repente, notó que alguien o algo se movía entre las sombras. Creyendo que era Clarita que volvía, miró por encima de su hombro. Le sorprendió encontrarse con Froilán, el capataz de la estancia. Se aproximó con ese andar pausado que lo caracterizaba y lo saludó con un discreto movimiento de cabeza.

—¿Interrumpo?

José Emilio detuvo sus ojos en la cicatriz que le atravesaba el rostro. Aunque era bastante fulera, no se molestaba en esconderla. Se imaginó que sería el resultado de algún hecho significativo en su vida, y por esa razón, la llevaba con orgullo.

—No... por supuesto que no —tartamudeó. ¿Qué demonios le ocurría? Primero se lo quedaba mirando como si fuese un fenómeno de circo y ahora se trababa al hablar. Avergonzado por su comportamiento, le pidió disculpas.

Froilán sonrió comprensivamente. Tenía los dientes tan blancos que contrastaban con su piel curtida por el sol y el aire del campo.

—No se preocupe. Es normal que la gente se me quede viendo de esa manera. —Se cruzó de brazos—. Ya estoy acostumbrado, y créame, no me molesta que lo hagan.

José Emilio se sintió cohibido cuando al volver a mirarlo, se topó con sus

ojos. Eran oscuros y un poco rasgados.

—¿Fue en alguna reyerta? —se atrevió a preguntar.

Froilán negó con la cabeza.

—Podría decirle que sí y jactarme de que llevo esta cicatriz como un motín de guerra, pero fue resultado de algo mucho menos heroico. —Se mesó el cabello, llevándoselo hacia atrás y José Emilio se concentró en sus dedos—. Me la hice hace mucho tiempo, cuando todavía era gurí. Desde entonces siento una gran fascinación por los caballos y mi padre, que trabajaba para don Ulises, me había prohibido subirme a ellos hasta que no tuviese edad suficiente para sujetar las riendas con fuerza. Testarudo como pocos, desobedecí su orden y una mañana bien temprano, cuando ni el gallo se había levantado, me fui hasta las caballerizas y me monté encima del primer caballo que encontré. Apenas unas pocas leguas después, la cincha se aflojó y terminé chocando contra un árbol. Una de sus ramas me dio de lleno en la cara y estuve inconsciente durante un buen rato hasta que uno de los peones me encontró. Como premio a mi hazaña, me llevé una reprimenda de mi padre y esta cicatriz que me recuerda la primera vez que logré subirme encima de un caballo.

—¿Aunque terminase de una manera poco feliz?

—Aunque terminé con el culo en el suelo y no me dejaron acercarse a un caballo por mucho tiempo, ese fue uno de los mejores recuerdos de mi infancia —manifestó, disfrazando la nostalgia con una sonrisa.

—¿Sabe una cosa, Froilán? Lo envidio —dijo José Emilio de repente sin saber exactamente por qué—. Mi niñez fue muy distinta a la suya. Vivía encerrado en casa, estudiando y cuidando de mi hermana pequeña. Cuando mi madre enfermó, apenas nos dejaban verla. Tras su muerte, nuestra abuela y Lorenza se hicieron cargo de nosotros porque mi padre ni siquiera podía con él mismo. Fueron tiempos muy difíciles para Pilar y para mí... crecimos rodeados de lujos, mimados en demasía. Quizá por eso mi hermana es tan caprichosa, pero nadie puede culparla. Ella fue quien más sufrió con la pérdida de nuestra madre y todavía no ha logrado superarla. Supongo que un día como hoy es cuando más la



ha echado en falta.

—La muerte de una madre jamás se supera, señor Robles...

—Por favor, mi nombre es José Emilio —le pidió.

—Creo que no me sentiría cómodo llamándolo por su nombre. Es usted el hermano de la esposa de Fele y como tal, debo guardar las distancias.

—No debería, Froilán. A mí jamás me importaron esas tontas formalidades —le explicó—. Puedo codearme con la crema y nata de Buenos Aires en el Club del Plata o sentarme a beber ginebra en cualquier pulpería del Bajo sin ningún melindre.

Froilán permaneció en silencio. Las palabras del joven habían conseguido impresionarlo. Como miembro de una de las familias más importantes de Buenos Aires, se lo imaginaba como esos típicos señoritos copetudos que no veían mucho más allá de sus propias narices. Después de conocer a don Amancio y a su esposa, estaba seguro de que los demás serían tan prepotentes como ellos. Sin embargo, se había equivocado. La señorita Pilar le caía en gracia y también su abuela, con quien había cruzado algunas palabras en la iglesia, antes de la boda. Ahora comprobaba que el hijo mayor de Robles no tenía ínfulas de ricachón y podía ponerse a charlar con un simple capataz de estancia como él sin problemas. Cuando empezó a hablarle de su vida, lo escuchó atentamente. Supo que le faltaba poco para recibirse de abogado y que aspiraba a entrar en el mundo de la política. Aprovechando que habían entrado en confianza, tenía la intención de preguntarle sobre la amiga de su hermana. Había presenciado el momento en el cuál José Emilio la había rechazado y ella regresó corriendo a la fiesta. Iba llorando desconsolada y casi se había tropezado con ella. Lo pensó mejor antes de meterse en asuntos que no le competían. ¿Qué le importaba a él los posibles escauceos amorosos del cuñado de Fele con la amiga de su esposa? Supuso que el joven quizá tendría amores con otra señorita y por eso no quería saber nada con ella. Se quedaría sin saberlo porque no era de su incumbencia. Escudándose en las sombras que dejaban su rostro en la penumbra, Froilán aprovechó para mirarlo con detenimiento. Tenía el pelo rubio bien corto

y un poco rizado en las patillas. Unas cejas pobladas se destacaban en su rostro lampiño que lo hacían lucir más joven de lo que en realidad era. ¿Qué edad tendría? Imaginó que sería apenas unos años mayor que su hermana. No podía presumir de altura, pero sí de un cuerpo atlético que se adivinaba debajo de su ropa elegante. Él hizo una mueca con la boca y, de repente, se encontró contemplando sus labios. Apartó la mirada rápidamente. ¿Qué demonios le sucedía? Estaba a punto de darse media vuelta y marcharse cuando José Emilio le soltó una pregunta.

—¿Y qué hay de usted, Froilán? —Se recostó nuevamente sobre el poste y metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones—. ¿Qué le gusta hacer además de pasar tiempo con los caballos?

Froilán no le respondió. No pudo... En ese momento de absoluta e inexplicable confusión, solo ansiaba hacer una única cosa: salir corriendo y escapar de lo que ese muchacho le provocaba. No le dio tiempo para que continuara con su interrogatorio. Antes de que José Emilio volviese a abrir la boca, Froilán salió disparado hacia el sector de las caballerizas.

José Emilio no regresó a la fiesta. Se quedó un rato en el lugar, cavilando sobre lo que acababa de suceder.

—No debí venir, Rafael. Tendría que haberle hecho caso a mi querida Sabina cuando me dijo que no sería prudente presentarme en tu fiesta de matrimonio — se lamentó Jimena Ortiz mientras dejaba escapar un resuello. Su llegada a la estancia había generado un murmullo generalizado entre los invitados. Para no empeorar más las cosas, Rafael la había sacado de la galería a empujones y ahora estaban en su despacho, alejados de cualquier mirada indiscreta. Resultaba sospechoso que permanecieran encerrados allí cuando todos sabían la naturaleza de su relación. Pero era preferible seguir alimentando los rumores que permitir que Pilar los viese juntos.

Rafael la fulminó con sus ojos grises. Aunque estaba molesto por su

sorpresiva aparición, no podía culparla por su osadía. Él mismo se sentía mal por no haberla invitado a su casamiento. Más allá de lo que pasaba entre ellos, y pesase a quien le pesase, apreciaba mucho a Jimena.

—Te advertí que de ahora en más las cosas iban a cambiar. No voy a abandonarte, pero tampoco podés aparecerte por la estancia sin avisar —le reprochó. Se sirvió un poco de whisky y se lo bebió de un sorbo. La escuchó acercarse—. Pasaré por tu casa apenas me sea posible. Tenés que entender que soy un hombre casado...

Jimena se paró detrás de él y le acarició el cuello.

—No quise importunarte o provocar problemas con nadie, Rafael. —Apoyó sus pechos en la espalda masculina mientras hundía los dedos en su cabello—. Solo quería saciar mi curiosidad y conocer a la famosa Pilar Robles. No podía presentarme en la iglesia, sabés que no piso una desde hace mucho tiempo. Por eso me atreví a venir hasta aquí. Debo reconocer que tu esposa es una belleza...

Rafael dejó el vaso vacío sobre la mesa y se giró sobre sus talones.

—¿La has visto?

—Sí. Apenas un momento, mientras conversaba con la hija del doctor Hidalgo y antes de que me sacaras de la fiesta —dijo en tono burlón. Estaba molesta porque no había respondido a sus caricias—. Sin dudas, has sabido elegirla muy bien.

—No entiendo esa ironía en tus palabras, Jimena. Vos mejor que nadie conocés las razones que me llevaron a casarme con ella.

Jimena lo agarró de la mano y lo condujo hasta el sofá de dos cuerpos. Notó cierta reticencia de su parte, pero cuando le aseguró que no intentaba seducirlo, aceptó sentarse a su lado.

—El hecho de que tu casamiento con Pilar Robles forme parte del negocio que te traés entre manos con su padre, no quita que sea una muchacha muy bonita, capaz de volver loco a cualquier hombre... ¿O acaso vas a negarme que no te gusta aunque sea un poco?

Con Jimena podía hablar sin tapujos. Siempre había sido así. Sin embargo, no

fue capaz de confesarle que él era uno de esos hombres que se podía volver loco por una mujer como Pilar Robles. Aceptar que ella le gustaba más de lo que debería iba en contra de sus propias convicciones.

Se acomodó uno de los gemelos de la camisa para no tener que mirarla a los ojos.

—Pilar es bonita, pero no la elegí solo por eso, Jimena. Como mi esposa, pasará a ser la nueva señora de *El Refugio*, y muy pronto se convertirá en la madre de mis hijos.

—Cualquiera que te oiga pensaría que lo tienes todo muy bien planeado —repuso Jimena—. Sin embargo, cuando hay sentimientos involucrados, todo se puede torcer. Que sea en tu contra o a tu favor, va a depender de vos...

—¿Qué querés decir? —inquirió Rafael con el ceño fruncido.

—Hablo de que ni siquiera has contemplado la posibilidad de que esa joven se enamore de vos o, por el contrario, termine odiándote por el resto de su vida.

—Pilar ya me detesta —dijo como si fuese lo más natural del mundo.

—Entonces solo te resta una cosa por hacer. —Guardó silencio para dejarlo con la intriga. La sacaba de quicio que fuese tan cerrado a la hora de hablar de sentimientos—. Olvidá los verdaderos motivos que te llevaron a casarte con Pilar Robles y tratá de conquistar su corazón. Aunque reniegues del amor, créeme cuando te digo que será la única manera de que no arruines tu vida ni la de ella.

Rafael prestó oídos sordos a la recomendación de Jimena. No iba a permitir que nadie lo hiciera dudar de las decisiones que tomaba. Él sabía muy bien a qué atenerse cuando planeó casarse con la hija de don Amancio Robles. Se puso de pie y se acomodó el saco.

—Será mejor que te vayas, Jimena. Tu llegada debe haber suscitado un gran alboroto y no quiero dar más motivos para que la gente siga murmurando a nuestras espaldas. —Le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Por favor, no vuelvas a venir sin avisar. Yo iré a visitarte apenas pueda.

Jimena tuvo el fuerte presentimiento de que trataba de conformarla. Ella no

pensaba exigirle nada, mucho menos que fuese a verla. Le sonrió, con esa sonrisa seductora que enloquecía a los hombres y a la que ni siquiera Rafael era inmune.

—Vas a tomarte tu tiempo para ir a verme, lo sé. —Caminó hacia la salida contoneando las caderas, consciente de que él la estaba observando. Antes de abandonar el despacho, se volteó—. Que disfrutes de tu noche de bodas, querido. —Le tiró un beso y se marchó, cerrando muy despacio la puerta.

Rafael se sirvió otro vaso de whisky y se bebió hasta la última gota de un solo trago. La imprevista aparición de Jimena en la estancia lo había puesto demasiado nervioso. No era que le importase demasiado el hecho de que Pilar supiera que él tenía una amante, después de todo, ella no había tenido ningún reparo en confesarle que estaba enamorada de otro hombre. Sin embargo, tenía otros intereses por los cuales velar. ¿Qué diría don Amancio si se enteraba de que la mujer con la cual se acostaba desde la muerte de su esposa se había aparecido en medio de la fiesta? Aunque ambos estaban satisfechos de que ese matrimonio se concretara, sus motivaciones eran diferentes. Dudaba de que su honorable suegro tolerase semejante falta de respeto hacia su hija y su ilustre apellido.

Respiró hondo. Era mejor tomar el toro por los cuernos y no dejar que nadie siguiera especulando. Esperó unos minutos para darle el tiempo suficiente a Jimena de marcharse de *El Refugio* para salir a buscar a su esposa. No tuvo que andar mucho. En la galería, se cruzó con Aurora, quien le avisó que Pilar acababa de retirarse de la fiesta.

—Estuvo a punto de encontrarse con esa mujer. —Sacudió la cabeza en un gesto de desconcierto—. ¡No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza, Fele! ¿Qué tenía que hacer ella aquí, precisamente hoy?

—Si estás pensando que yo la invité, te equivocás, Aurora. Estoy tan asombrado como vos de que haya venido —se defendió.

—No deberías haberte involucrado con una mujer de esa calaña... Ahora no te la vas a sacar más de encima.

Rafael la asió de los hombros.

—No te preocupes tanto que eso no sucederá —le aseguró—. Jimena sabe cuál es su sitio y no va a interferir en mi vida matrimonial.

Aurora puso los brazos en jarra.

—¿De verdad lo sabe, Fele? Esa clase de mujeres no son de fiar... yo sé lo que te digo. Si se apareció precisamente la noche de tu boda, es porque no va a soltarte tan fácilmente.

Rafael le dio un beso en la frente y le pidió que ya no se preocupara. Regresó al interior de la casa y subió de prisa las escaleras. Aurora no se lo había aclarado, pero supuso que Pilar estaría en la habitación principal. Se plantó delante de la puerta, dio un par de golpes suaves y esperó. Nadie respondió. Volvió a intentarlo con un poco más de ímpetu hasta que escuchó por fin su voz.

—Adelante.

Se tomó unos segundos antes de ingresar a la habitación. Llevaba rumiando sobre lo que sucedería en su noche de bodas casi desde el mismo momento en que Robles había aceptado que cortejara a su hija en matrimonio. Si se ceñía al plan que había trazado meticulosamente, no había razones para preocuparse. Tenía todo bajo control... o al menos eso era lo que creía.

Cuando entró a la habitación y vio a Pilar sentada sobre su cama, se le cortó la respiración. Ya no tenía puesto el vestido y se había soltado el cabello. Llevaba un *déshabillé* de seda encima del camisón que se abría un poco por delante y dejaba asomarse una de sus rodillas. Sintió que sus propias piernas apenas lo podían sostener. La habitación olía a lavanda y la lámpara que colgaba del techo le otorgaba un brillo satinado a su piel. Ella no lo miraba, mantenía la vista hacia abajo y sus largas pestañas dibujaban sombras en su rostro.

Se acercó hasta la cama y la escuchó suspirar. Seguramente estaba tan nerviosa como él.

—Aurora me dijo que te encontraría aquí... ¿Te agrada la habitación?

Pilar no respondió, levantó la cabeza y sus ojos por fin se encontraron. No había solamente odio en su mirada... Rafael percibió también su miedo. Estuvo

a punto de sentarse a su lado para decirle que no había nada que temer, pero no lo hizo. Comprendió en ese preciso momento que no tenía la capacidad de controlar sus sentimientos, y eso le provocaba una gran inquietud. Pilar amaba a otro hombre y era imposible obligarla a que no pensara en él. Su mente y su corazón eran territorios en los cuales su poder no servía de nada. Resolvió entonces que no le pondría un dedo encima mientras ella lo mirase de esa manera.

—He venido a decirte que mañana mismo le enviaré un telegrama a mi abogado para que se ocupe de representar a tu enamorado. Te mantendré al tanto de cualquier novedad. —La trataba con frialdad, sin mostrar un ápice de emoción—. Soy un hombre que cumple sus promesas... todas y cada una de ellas. —Se giró sobre sus talones y atravesó la habitación hasta detenerse frente a una puerta lateral—. Dormiré en el dormitorio contiguo para no molestarte. Hasta mañana, Pilar.

Pilar dio un salto cuando él azotó la puerta. Se la quedó viendo durante un largo rato, esperando que, de un momento a otro, volviera a abrirse. Pero Rafael no apareció.

Se acostó y se arrebujó entre las sábanas hasta hacerse un ovillo.

Ella pensaba darse el gusto de rechazarlo cuando intentase consumar el matrimonio, pero Rafael ni siquiera se lo había permitido. Después de los besos que le había dado y esa manera osada de tocarla, esperaba que esa noche la obligase a cumplir con sus deberes maritales, sin embargo, había preferido dejarla sola. Aunque agradecía a Dios y a todos los Santos no tener que compartir la cama con él, se sentía confundida con su actitud.

Resolvió que no valía la pena preocuparse. Se quitó el *déshabillé* y se metió debajo de las sábanas. Cerró los ojos para tratar de dormir... pero recién logró conciliar el sueño a altas horas de la madrugada.

Al día siguiente, cuando Pilar bajó a desayunar, descubrió que el puesto de

Rafael en la mesa se encontraba vacío. Aurora le comunicó que se había ido temprano al pueblo para hacer unas diligencias y cuando le preguntó si sabía cuándo regresaba, la mujer solo se encogió de hombros. Era evidente que la estaba evitando. Después de abandonarla en su noche de bodas, ahora no quería ni cruzarse con ella.

Ocupó la silla junto a su abuela y trató de fingir que nada ocurría. Su padre y su hermano se limitaron a darle los buenos días mientras que Lorenza apenas le prestó atención. Clarita, en cambio, no le quitaba los ojos de encima. Doña Margarita le dedicó una sonrisa, mientras que su hija Leonor la saludó con un leve movimiento de cabeza. Esa mañana, más que nunca, Pilar se sintió destinataria de todas las miradas. No sabía si estaban al tanto de que no había dormido en la misma habitación que su esposo. Suponía que no, ya que según lo que le había dicho Aurora, Rafael se había marchado bien temprano a Capilla del Señor. Esperaba que nadie tuviese el desatino de preguntarle cómo le había ido en su noche de bodas, pero conociendo a Clarita, supo que iba a acribillarla a preguntas apenas tuviese la oportunidad.

El momento que tanto temía llegó antes de lo esperado. Aprovechando que ese sábado había amanecido soleado, Clarita sugirió ir a dar un paseo por el pueblo, alegando que quería conocerlo antes de volver a Buenos Aires. Leonor también fue invitada y, aunque se mostró poco interesada, aceptó acompañarlas. Aurora convocó a Pancho y él mismo fue el encargado de conducir la galera. Pilar le preguntó a Jesusa si quería unirse a ellas, pero la negra prefirió quedarse en la estancia para estar atenta a los movimientos del capataz.

Dejaron *El Refugio* cerca de las nueve de la mañana y Leonor le aseguró a su madre que estarían de regreso para el mediodía. Clarita no tardó en arremeter con el interrogatorio.

—¿No vas a contar nada, Pilar? —Miró de reojo a la prima de Rafael. No tenía demasiada confianza con ella, pero ahora era también la prima de su mejor amiga y tendría que acostumbrarse.

Pilar se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y respiró hondo.



—No hay nada que contar, Clarita —respondió finalmente.

Su amiga abrió bien grande los ojos.

—¿Cómo que no hay nada que contar? Algo podrás decirnos... sin entrar en demasiados detalles, por supuesto —se sonrojó.

Pilar sonrió. Su amiga no podía imaginarse que en realidad no tenía nada que contarle porque su esposo ni siquiera la había tocado. No se sentía cómoda hablando de un asunto tan escabroso para ella, mucho menos, delante de su prima política.

Fue precisamente Leonor la que insistió para que soltara prenda.

—No deberías ser tan pudorosa, Pilar. Clarita solo tiene curiosidad por saber qué es lo que ocurre entre un hombre y una mujer durante su noche de bodas.

Pilar notó cierto tono burlón en sus palabras. ¿Acaso era posible que Leonor estuviese al tanto de que Rafael y ella no habían compartido la misma habitación? Si él volvía a dejarla sola esa noche, todo el mundo se daría cuenta de la verdad.

—Leonor tiene razón, Pilar. ¿Qué hay de malo en que me lo cuentes? Podrías decirme al menos si te gustó...

—¡Clarita, basta! —le suplicó. Ahora era ella la que se estaba sonrojando ante el atrevimiento de su amiga—. No voy a decirte nada, así que no insistas —aseveró con la esperanza de que dejase de atosigarla con sus preguntas indiscretas.

En un claro gesto de fastidio, Clarita bufó y se echó para atrás hasta hundirse en el asiento. Cruzó ambos brazos sobre su pecho y no volvió a dirigirle la palabra durante el resto del viaje. Pilar también optó por permanecer en silencio. Leonor, por su parte, tenía que hacer un gran esfuerzo para fingir que le agradaba su compañía. A pesar de que no soportaba a Pilar Robles, sospechaba que dar ese paseo con ella y su amiga sería muy beneficioso para sus propósitos. Debía aprovechar cualquier ocasión para sonsacarles información mientras durase su estadía en la estancia. Después de haber descubierto que Rafael y su esposa no habían pasado la noche de bodas juntos, sentía que todavía tenía una oportunidad

con él.

Había visto salir a su primo de la habitación contigua a la suya, temprano esa mañana. Ella estaba despierta y planeaba bajar a la cocina por un vaso de leche, pero se detuvo cuando escuchó que una puerta se abría. Cuando se asomó y vio a Rafael, todas las lágrimas que había llorado por él, imaginándolo en brazos de Pilar Robles, dieron paso a la felicidad... a la esperanza de que no todo estaba perdido.

La galera se detuvo frente a la plaza y las tres muchachas se bajaron para dar un paseo por las calles del pueblo. Leonor, quien era la única que conocía el lugar, ofició de guía. Fueron hasta la iglesia para saludar al padre Braulio, pero la mujer que trabajaba en la sacristía les dijo que había salido a darle la extremaunción a uno de los vecinos. Recorrieron la calle principal y entonces Pilar le preguntó a Leonor si sabía dónde vivía una mujer a la que llamaban “la viuda de los altos”.

—¿Quién es? —quiso saber Clarita de inmediato—. ¿La conocés?

Pilar negó con la cabeza.

—Yo no, pero parece que mi esposo la conoce bastante bien.

El comentario sarcástico de Pilar llamó la atención de Leonor. Aunque ella venía al pueblo de vez en cuando, había oído rumores acerca de la tal Jimena Ortiz. ¿Por qué decía que su primo la conocía bien? Lo que estaba pensando no le agradaba en lo más mínimo.

—Vive a dos calles de aquí —respondió mientras señalaba con el dedo hacia el lado norte del pueblo.

Pilar no dijo nada. Se echó andar a toda prisa y ni siquiera se percató de que Clarita y Leonor no la estaban siguiendo.

—¿Dónde va? ¿Por qué tanto interés en esa mujer?

Leonor miró a Clarita.

—Será mejor que vayamos con ella.

Lograron alcanzarla justo en la intersección de Maipú con la calle De la Armonía en el preciso momento en que Pilar se detenía frente a la construcción

de dos plantas que se destacaba por sobre el resto de las casas de la cuadra.

Leonor se acercó y también miró hacia la vivienda. Las cortinas estaban cerradas y no había ningún movimiento.

—¿Qué esperabas encontrar?

Pilar se volteó y la miró a los ojos.

—¿Vos lo sabías, no?

—¿Qué cosa?

—¡Que tu primo y la mujer que vive en esta casa son amantes desde hace tiempo!

La verdad que le arrojó Pilar a la cara la dejó sin palabras. ¿Rafael y esa mujer? ¡No podía ser cierto!

—Pilar, ¿qué estás diciendo? —intervino Clarita, espantada por lo que acababa de escuchar.

—Lo que todo el mundo en este pueblo murmura por lo bajo, Clarita. Esa mujer estuvo anoche en la estancia... seguramente se presentó para felicitar personalmente al recién casado. —Sonrió con ironía. No cabía en sí misma de la rabia que sentía en ese momento por haber llegado tan lejos. ¿Qué demonios hacía allí?—. Mi esposo desapareció de la fiesta cuando ella llegó. Creo que podrán sacar sus propias conclusiones al respecto...

Clarita se tapó la boca. Impresionable como era, se quedó de piedra. Ella no había visto nada porque andaba detrás de José Emilio. Sujetó a su amiga del brazo y trató de calmarla.

—Deberíamos irnos, Pilar. ¿Qué pretendías al venir a este lugar?

Ambas seguían hablando, ajenas a lo que ocurría con Leonor.

—No lo sé, Clarita. Quizá esperaba encontrarme con el caballo de Rafael atado a ese rebenque... —Aunque pareciera una locura, esa había sido precisamente su intención: presentarse en la casa de esa mujer para comprobar que él no hubiese venido a verla después de haberla despreciado en su noche de bodas. Esa habría sido la humillación más grande a la cual podría someterla su esposo... yacer con su amante, cuando a ella la dejaba durmiendo sola en su

propia cama.

Aceptó la sugerencia de su amiga y desandaron sus pasos hasta regresar a la galera. Leonor no dijo ni una palabra, seguramente estaba avergonzada por el comportamiento licencioso de su primo. Apenas llegaron a la estancia, Pilar se encerró en su habitación y pidió que nadie la molestase. Jesusa subió para ver qué le pasaba, pero no logró que su niña le abriese la puerta. La dejó sola. Ya la buscaría cuando necesitase de alguien con quien hablar.



## LEONOR

*E*se sábado por la noche, Pilar mandó a avisar con Aurora que la dispensaran porque no se sentía bien y prefería no bajar a cenar. Ni a Clarita ni a Leonor les sorprendió que decidiera no compartir la mesa con su esposo. Jesusa, quien había intentado hablar con ella durante todo el día, confirmó en ese momento que sea lo que fuese lo que atribulaba a su niña, era más grave de lo que suponía. Cuando Rafael, molesto por su comportamiento, anunció que iría a verla, la nana prácticamente se interpuso en su camino y se ofreció a ir en su lugar. Él no pudo negarse y regresó a la mesa con los demás. Había perdido el apetito y apenas intervenía en la conversación. No podía dejar de pensar en Pilar... Después de haber pasado por su habitación la noche anterior, no se habían vuelto a ver. Con la familia al completo en la estancia, no quería llamar demasiado la atención. Era mejor esperar a que se hubieran marchado para intentar descubrir por sus propios medios qué le estaba sucediendo. Observó a su prima, quien parecía estar atenta a lo que le decía José Emilio. Cuando sus ojos se cruzaron y Leonor no fue capaz siquiera de sostenerle la mirada, comprendió entonces que tanto ella como Clarita Estrada, que estaba más silenciosa de lo habitual, conocían la razón del extraño proceder de su esposa.

Apenas tuviese la oportunidad de estar a solas con alguna de ellas, se enteraría de la verdad.

A pocos metros de allí, Jesusa iba dispuesta a todo. No esperó a que Pilar le diese su permiso para pasar. Entró a la habitación y cerró la puerta tras de sí. La vio tendida sobre la cama. Todavía llevaba puesto el vestido que había elegido

esa mañana para salir a pasear. Estaba recostada sobre su lado derecho, con ambos brazos descansando sobre un almohadón. Dormía profundamente, por eso se acercó muy despacio para no despertarla. Fue hasta la ventana y corrió las cortinas para que entrase un poco más de sol. Barrió la habitación con sus inquietos ojos del color del chocolate y de inmediato se dio cuenta de que no había prendas del señor Rafael en ninguna parte. El perchero estaba vacío, y, además, el lado izquierdo de la cama permanecía casi intacto, como si nadie hubiese dormido allí la noche anterior. Solo había una explicación posible para todo aquello y quizá justificara también la extraña actitud que tenía su niña desde que se había levantado esa mañana. Ansiosa para que le aclarase sus dudas, se acercó a la cama y, sujetándola del hombro, empezó a sacudirla para que despertase.

—Niña Pili —la llamó sin levantar demasiado la voz. No quería asustarla—. Despierte, mi niña... vamos —insistió, con impaciencia.

Pilar emitió un gemido y se cubrió el rostro con la almohada.

Jesusa esperó, pero cuando comprendió que la joven se estaba haciendo la dormida, apartó la almohada y la arrojó lejos de su alcance. Rodeó la cama para entrar dentro del rango de su visión y se plantó frente a ella con los brazos en jarra.

Pilar entreabrió un ojo y la espió.

—¿Durmió bien?

Pilar negó con la cabeza. No tenía caso mentirle. Había estado dando vueltas en la cama durante toda la tarde y cuando por fin logró conciliar el sueño, se había despertado bruscamente por culpa de un mal sueño.

Jesusa enseguida se apiadó de ella. Abandonó la pose militar y se sentó a su lado para ofrecerle consuelo.

—¿Han vuelto las pesadillas, mi niña?

—Sí, nana... pero esta vez fue diferente. —A pesar de no retener muchos detalles de su sueño, sí recordaba que había soñado con Rafael. Él estaba abrazado a una mujer y ambos se reían mientras la señalaban con el dedo.

Cuando intentó correr, no tenía sitio hacia donde escapar. Se había despertado asustada, con el cuerpo bañado en sudor. Ahora que podía pensar con un poco más de claridad, le causaba gracia que lo que hubiese ocurrido esa mañana durante su paseo al pueblo la afectase de esa manera.

—¿Diferente cómo, niña Pili?

Si le hablaba de su pesadilla, tendría que contarle qué la había originado y ya se sentía demasiado humillada como para que alguien más conociera su desgracia. No valía la pena angustiarse a su nana con un asunto tan escabroso.

—La verdad es que no me acuerdo mucho, pero no soñé con mi madre... o al menos es lo que creo.

—Aunque sé que se va a enojar conmigo, voy a preguntárselo de todos modos, niña. —La tomó de la mano y le clavó la mirada—. ¿Qué ocurrió anoche entre usted y su esposo? ¿Por qué no hay ropa del señor Rafael en la habitación?

Pilar agachó la cabeza. Ese tema de conversación era precisamente el que quería evitar. Respiró hondo. Necesitaba desahogarse con alguien, antes de que ese nudo que le atenazaba la garganta terminase por asfixiarla.

—Nana... Rafael no durmió conmigo anoche. —Vio que la negra arrugaba el entrecejo—. Vino a verme y ni siquiera me tocó. Pasó la noche al otro lado de esa puerta.

—¿Cómo es eso posible? ¿Le dio alguna explicación?

Pilar negó con la cabeza.

—¿No habrá hecho usted algo que lo molestara?

¡Lo único que le faltaba! ¡Que la culpasen a ella de que su esposo la dejase sola durante su noche de bodas! Estuvo a punto de soltarle lo de esa mujer, sin embargo, se mordió la lengua antes de contárselo.

—Te juro que no, nana. —Se llevó el dedo a la boca para hacer la señal de la cruz—. No deberías preocuparte tanto por eso...

Jesusa se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación.

—No, niña Pili. Eso no está bien. El señor Rafael ahora es su esposo, y como tal, tiene el deber de dormir con usted. —Oteó la habitación como si estuviese

buscando algo—. ¿Se puso la ropa perfumada con lavanda que le dejé preparada?

—Sí.

—¿Y al señor Rafael no se le movió ni un pelo cuando la vio así?

Pilar se encogió de hombros. Era difícil para ella explicarle lo que había ocurrido la noche anterior cuando Rafael se presentó en la habitación, solo para comunicarle que cumpliría con su promesa. No era capaz todavía de poner en palabras lo que había experimentado durante el breve lapso en el que estuvieron juntos. Mucho menos, había podido descifrar lo que pasaba por la cabeza de su esposo mientras le aseguraba que el abogado pronto se pondría a disposición de Gonzalo.

—¿Ha preguntado por mí?

—Quería venir a ver por qué no bajó a cenar, pero logré convencerlo de que me dejara a mí.

—¿Estuvo todo el día afuera?

La negra asintió.

—Llegó poco antes de la cena y lo primero que hizo fue preguntar por usted.

*Seguramente lo hizo para no quedar mal delante de nuestras familias y para acallar su cochina conciencia*, pensó Pilar, imaginándose la peor de las escenas después de lo que había soñado.

Esa mañana no había visto su caballo fuera de la casa de la famosa “viuda de los altos”, pero no podía descartar la posibilidad de que estuviese con ella. Ahora lo comprendía todo... Ante los ojos de la gente, serían un matrimonio normal. Dentro de las cuatro paredes de su habitación, actuarían como dos desconocidos. Si esa era la intención de Rafael, no haría nada para contrariarlo. Aunque mantenerlo fuera de su cama era lo que más le convenía, no podía evitar que la rabia la dominase. ¿Por qué tenía que ser así? Se había empeñado en convertirla en su esposa y ahora ni siquiera la tocaba. Prefería seguir alimentando los rumores que circulaban en el pueblo, revolcándose con su amante. Soltó una maldición y Jesusa se la quedó mirando.



—¿A qué vino eso, mi niña? ¿Por qué está tan enojada?

En ese preciso momento, mientras maldecía el nombre de su esposo, comprendió que no era enojo lo que sentía... Estaba celosa. Celosa de que Rafael se acostara con esa mujer, que la besara y la acariciara como lo había hecho con ella.

Asustada por lo que acababa de descubrir, le pidió a su nana que la dejase sola porque le dolía la cabeza. Jesusa la bendijo y antes de salir de la habitación, le insistió en que no dudase en llamarla si se le ofrecía cualquier cosa. Pilar se arrojó a la cama y se quedó boca arriba, con los ojos clavados en el cielorraso.

Su nana no podía darle lo que ella necesitaba.

Después de la cena, Rafael no tenía ánimos de hablar con nadie, por esa razón, se encerró en el despacho alegando que tenía asuntos que atender. No había podido disimular que le molestaba la ausencia de Pilar en la mesa, aunque hubiese hecho su mejor esfuerzo. Su esposa se empeñaba en evitarlo, pero no podía echarle la culpa de todo a ella... no cuando había sido él quien la dejó sola en la habitación la noche de bodas. Se mesó el cabello con rabia y profirió una maldición. ¿Cómo podía consumir su matrimonio si su esposa pensaba en otro hombre? ¿Cómo hacerla suya si solo había miedo y desprecio en su mirada?

Fue hasta la ventana y respiró hondo. La brisa nocturna le dio de lleno en la cara. Necesitaba hacer algo cuanto antes, sin embargo, cuando se trataba de Pilar, las cosas no eran tan sencillas. Lo torturaba pensar que, en ese preciso momento, ella dormía en la que hasta hacía apenas un par de días había sido su cama. Se envolvía con sus sábanas y apoyaba la cabeza en su almohada... ¡Basta! Estrelló la mano contra el marco de la ventana y cerró los ojos. No podía dejar que Pilar invadiera sus pensamientos de esa manera. Ella no sentía nada por él, se lo había dicho en varias oportunidades. ¿Cómo era posible entonces que cuanto más lo rechazara, más ardía en deseos de tenerla entre sus brazos? La noche anterior le había costado horrores no exigirle que cumpliera con su deber

de esposa. ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar sin rozarle la piel o volver a probar la dulzura de sus labios?

Estaba a punto de servirse algo fuerte para tomar cuando alguien llamó a la puerta. Pensaba que todos habían entendido que esa noche no tenía ganas de hablar con nadie.

—Rafael, soy yo. ¿Puedo pasar?

Dejó la botella encima de la mesita cuando escuchó la voz de su prima. Quizá con su ayuda podría descubrir la razón por la cual su esposa se había pasado todo el día encerrada en la habitación después de dar un paseo por el pueblo.

Le dijo que entrara y la invitó a sentarse. Leonor prefirió permanecer de pie.

—¿Querías hablar conmigo? —Se aproximó a ella cuando notó la preocupación en su rostro. La sujetó de los hombros y le clavó la mirada—. ¿Qué ocurre?

Leonor tragó saliva. Lo tenía tan cerca que rápidamente la envolvió el perfume de su piel. Solo era agua mezclada con jabón, pero era su olor y le provocaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Después de meditarlo mucho, había resuelto presentarse en su despacho para hablar con él. En menos de dos días regresaba a Buenos Aires y sentía que ya no podía esperar más. Había llegado el momento de revelar sus verdaderos sentimientos. Saber que Rafael no había pasado la noche con su esposa, le dio el coraje suficiente para enfrentarlo con el corazón en la mano. Enterarse de que Rafael tenía una amante la había terminado de convencer de que ya no podía continuar callada por más tiempo. ¿Para qué buscar una mujer de tan mala reputación cuando ella podía ocupar su lugar?

—Necesito hablar con vos de algo importante, Rafael.

—¿Se trata de Pilar? —Como ella no dijo nada, insistió con otra pregunta—. ¿Ha ocurrido alguna cosa esta mañana mientras paseaban por el pueblo?

Leonor no quería que le mencionara el nombre de Pilar Robles mientras intentaba confesarle que lo amaba. Sin embargo, no pensaba perderse la oportunidad de sembrar cizaña entre ellos. Si estaba en sus manos que Rafael

siguiera durmiendo en otra habitación, haría lo que fuese para conseguirlo.

—Si sabes algo, Leonor, te pido que me lo cuentes.

—Anoche, durante la fiesta, llegó a oídos de Pilar que una mujer vino a verte. —Vio que Rafael se ponía pálido—. Alicia, la hija del doctor Hidalgo, me comentó que tu esposa escuchó a dos señoras escandalizarse por su repentina aparición. Cuando Pilar insistió en saber qué estaba ocurriendo, Alicia no tuvo más remedio que decirle de quién se trataba. Al parecer, todos en el pueblo están al tanto de tu... relación con esa tal Jimena.

Notó el reproche en sus palabras. Se lo merecía. Pero en ese momento, lo que pensara su prima de su comportamiento amoral era la menor de sus preocupaciones. Pilar conocía la existencia de Jimena... ¿Por qué no le había reclamado nada cuando estuvo con ella en la habitación?

—¿Qué ocurrió esta mañana? —Necesitaba conocer todos los detalles para intentar comprender la conducta de su esposa.

—Cuando fuimos al pueblo, Pilar quiso saber dónde vivía esa mujer. No hubo manera de detenerla, se plantó frente a su casa y se quedó allí un buen rato, como si estuviese esperando que alguien saliera. Creo que pensaba que vos estabas allí, con ella.

—¡Eso es absurdo! Yo estuve toda la mañana en la Sociedad Hípica, hace días que no frecuento la casa de Jimena. Ahora que soy un hombre casado, no hay cabida para ninguna otra mujer en mi vida.

Leonor sabía que le decía la verdad. Sin embargo, era doloroso para ella descubrir que ya no visitaría a la viuda de los altos con la única intención de no contrariar a su esposa. Arriesgándose al ridículo o a su posible rechazo, se acercó y puso su mano en el brazo de Rafael. Estaba asustada, pero no iba a salir del despacho hasta confesarle lo que sentía por él.

—Rafael... no he venido a verte para hablar de Pilar, tampoco de esa mujer. —Se aclaró la garganta mientras se aproximaba un poco más—. Hay algo que quiero decirte, un secreto que he estado guardando durante mucho tiempo y ya no puedo seguir escondiendo.

La gravedad que le imprimió a sus palabras solamente logró aumentar la inquietud de Rafael.

—¿De qué se trata, Leo? Me estás alarmando...

—¿Acaso no lo adivinás?

—No.

Leonor bajó la cabeza, respiró hondo y cuando levantó la vista, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que esos ojos grises que ahora la miraban expectantes no le impidiesen confesarle de una vez por todas sus sentimientos.

—Estoy enamorada de vos, Rafael. Te quiero desde hace tanto tiempo que ya es imposible seguir callándolo... No sé cómo pasó, solo sé que un día comprendí que no sentía por vos el cariño que, se supone, debe existir entre dos primos. —Hizo una pausa, pero ahora que se había atrevido a confesarle sus sentimientos, no iba a detenerse—. Por favor, no digas nada, solo te pido que escuches todo lo que tengo para contarte. Estuve a punto de confesarte que te amaba cuando fuiste a Buenos Aires para celebrar el cumpleaños de mi madre, sin embargo, me faltó el valor para hacerlo. Luego te comprometiste con Pilar Robles y opté por seguir amándote en silencio... me guardé lo que sentía para no perturbar tu felicidad. Anoche comprobé que tu matrimonio con esa mujer no es más que una farsa; te vi cuando salías de la habitación contigua a la tuya. No dormiste con ella... —Le acarició la mano—. Yo estoy dispuesta a suplir el lugar de la tal Jimena, Rafael. No me importa convertirme en tu amante, solo quiero demostrarte lo mucho que te amo...

La primera reacción de Rafael fue alejarse de ella. Aturdido por su confesión, no podía siquiera mirarla a los ojos. Se apartó y le dio la espalda.

—No puede ser...

—Es la verdad, Rafael. Mi verdad, la que he estado ocultando durante todos estos años. —Insistió en acercarse y cuando intentó tocarlo, él la empujó. Se le estrujó el corazón al sentir su rechazo—. No es mi culpa haberme enamorado de vos, de amarte con tanta intensidad que llega a doler... podría soportar cualquier cosa, menos tu desprecio.

—Lo siento, Leonor. —Se negaba a creer lo que estaba sucediendo. Jamás se le había pasado por la cabeza la terrible posibilidad de que su prima estuviese enamorada de él—. Yo te quiero mucho, y lo sabés, pero nunca te he visto como mujer. Sos mi prima, la hermana que nunca tuve.

Esas sentidas palabras que le hablaban del gran cariño que le tenía eran más hirientes que su rechazo. Estaba siendo condescendiente con ella. No necesitaba su lástima.

—Soy tu prima, Rafael, pero también soy la mujer que te ama y que está dispuesta a todo por vos. —Con un movimiento osado, que sorprendió más a Leonor que al propio Rafael, su mano se deslizó por debajo de la camisa y le rozó una tetilla—. Incluso a satisfacer cada uno de tus deseos cada vez que tu esposa no te permita yacer con ella en su cama...

Rafael la agarró de la muñeca y la fulminó con la mirada. No podía permitir que se rebajara a tanto. Era su prima y la estimaba demasiado como para verla humillarse de esa manera, mendigando un amor que él no iba a poder darle nunca.

—No sigas, Leo, por favor.

Leonor hizo caso omiso de la súplica de su primo y pegó su cuerpo al de él. Buscó su mano y se la llevó a la boca. Rafael se quedó inmóvil cuando su prima empezó a besarle los dedos uno a uno, pasándole la lengua y chupando las puntas muy lentamente, mientras lo miraba a los ojos.

Rafael fue incapaz de reaccionar ante el avance de la muchacha. Estaba jugando con fuego, y al provocarlo de esa manera, se olvidaba del lazo de sangre que los unía.

—¡Basta! —le ordenó al tiempo que se alejaba nuevamente de ella para evitar que su osadía llegase demasiado lejos—. No vuelvas a hacer algo así nunca más, Leonor.

Ella inhaló profundamente cuando ya no pudo hacer nada para detener las lágrimas.

—Nadie tiene por qué saberlo... —balbuceó, en un último intento por librarse

de su rechazo—. Puedo decirle a mi madre que quiero quedarme una temporada en la estancia y...

Rafael se giró de forma brusca y le clavó la mirada.

—Ni siquiera lo insinúes, Leo. No voy a convertirte en mi amante, jamás te haría algo así.

—A mí no me importaría, Rafael. Estoy acostumbrada a amarte en las sombras —sollozó. El vaticinio de su madre se cumplía: Rafael acababa de romperle el corazón. No porque no correspondiese a sus sentimientos, sino porque no le permitía siquiera disfrutar del placer de estar entre sus brazos.

—No sabés lo que decís...

—¿No te gusto? ¿Es eso? —le increpó, entre hipidos.

—Sos una joven hermosa y, sobre todo, llena de virtudes. Por esa misma razón, no pienso seguirte el juego.

—Ella no te quiere, se casó con vos obligada por su padre. Ahora que sabe que tenés una amante, ese desprecio que siente hacia vos solo se acrecentará. Nunca va a dejar que le pongas un dedo encima.

—Mi matrimonio con Pilar no es de tu incumbencia —aseveró, molesto porque, aunque le costase aceptarlo, su prima tenía razón—. Lo que pase entre ella y yo es asunto nuestro. Deberías ocuparte de tus asuntos, por ejemplo, de procurar la compañía de José Emilio, ya que mi tía parece estar encantada con la idea de que te corteje.

—A mí no me interesa el hermano de tu esposa ni ningún otro hombre, Rafael. Después de lo que acabo de hacer, deberías saberlo.

—Por el bien de todos, será mejor que olvidemos lo que ocurrió en este despacho...

—Yo no voy a olvidarlo —lo interrumpió—. No podés pedirme que lo haga, ni obligarme a que deje de quererte, Rafael. —Se secó las lágrimas de un manotazo y se dirigió hacia la salida. Con la mano en el pomo de la puerta, se volteó y lo miró—. Tampoco vas a hacer que ella te quiera... porque aunque estés habituado a que la gente haga tu santa voluntad, nadie manda en el

corazón.

Cuando se quedó solo, Rafael se sirvió ese trago que había quedado pendiente con la aparición de Leonor. Se bebió el licor de un solo sorbo y resopló con fuerza cuando el alcohol le quemó la garganta. Dejó el vaso vacío y apoyó ambas manos en la mesa. Seguía sin poder creer lo que acababa de suceder. Leonor lo amaba y él nunca había reparado en ella como mujer.

Solo había una mujer en el mundo que encendía su cuerpo con la misma intensidad que lo sacaba de quicio... y estaba en su habitación, durmiendo en su propia cama.

Froilán se encontraba faenando en el establo cuando divisó al joven José Emilio a pocos metros de allí, tratando de hacer buenas migas con uno de los caballos criollos que él había traído de Catamarca. Llevaba pantalones de montar y una camisa blanca. Vio que miraba con disimulo hacia los costados mientras acariciaba el hocico del animal. Tuvo la certeza de que andaba buscando a alguien, y aunque fuese una locura, supo que lo buscaba a él.

Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia los corrales con zancadas firmes. No se había cruzado con el muchacho desde la noche de la fiesta, cuando prácticamente había rehuido de su compañía.

A medida que se iba acercando, aminoró la marcha. Él también miró por encima de su hombro, solo para cerciorarse de que no hubiese nadie rondando por los alrededores.

—Buenos días.

José Emilio se volteó de sopetón al escuchar su voz. En un principio, no pudo siquiera balbucear una palabra para responder a su saludo. Estaba tan nervioso que lo único que hizo fue sonreír. Había ido hasta allí con la esperanza de volver a verlo y, después de ese fugaz encuentro que habían tenido en el patio, comprobar si sus sospechas eran o no infundadas. Corría un gran riesgo al buscarlo, pero necesitaba sacarse la duda antes de irse a Buenos Aires.

—Buen día, Froilán. —Aunque era probable que terminase huyendo de nuevo, se dedicó a contemplarlo. No llevaba su sombrero y el suave viento que soplaba esa mañana le revolvió el cabello. Le gustaba ese aspecto de hombre tosco, un poco tímido por momentos, pero dueño de una bravura admirable a la hora de montar a caballo. Hacía dos noches que no lograba conciliar el sueño... ni apartarlo de sus pensamientos mientras se tocaba en la soledad de su habitación. Se aborrecía a sí mismo por dejarse llevar por sus instintos más perversos, sin embargo, era algo que no podía evitar—. Hoy es mi último día en la estancia y me gustaría mucho salir a cabalgar. Invité a mi hermana, pero no quiso acompañarme.

—Puedo ir con usted, si le parece bien —manifestó Froilán, descolocándolo con su ofrecimiento.

José Emilio realmente no se lo esperaba. Tanto así, que tardó en responder.

—Me parece bien, Froilán. —Se miraron a los ojos durante un instante, ambos comprendían la magnitud de lo que estaban a punto de hacer, no obstante, ninguno de los dos se detuvo.

Froilán se encargó de preparar los caballos. José Emilio tuvo tiempo suficiente para arrepentirse y regresar por donde había venido... pero no lo hizo. La adrenalina que le corría por el cuerpo le pedía otra cosa. Se montó encima del alazán que le trajo Froilán y esperó a que él se montase en su caballo, un ejemplar negro azabache que empezó a relinchar cuando se alejaron del casco de la estancia.

Nadie los vio partir, tampoco los echarían de menos durante un buen rato. José Emilio siguió a Froilán y terminaron internándose en el monte. Al galope, llegaron hasta el río que corría por la estancia y continuaron cabalgando un poco más, bordeando la orilla. De repente, Froilán se detuvo y saltó del caballo con una agilidad que dejó pasmado a José Emilio. Supuso que sería algunos años más joven que su padre, aunque aparentaba muchos menos. Por lo poco que sabía de él, ya que había logrado sonsacarle información a la negra Jesusa, Froilán vivía solo en un rancho, no muy alejado de la casa. Nunca se había



casado y tampoco se le conocía mujer. Esos escuetos datos que le había soltado la nana le bastaron para acrecentar sus sospechas sobre las inclinaciones sexuales del capataz de *El Refugio*. Se bajó del caballo y el animal se puso a pastar.

Froilán le daba la espalda. Tenía un brazo apoyado en el tronco de un árbol y su mano derecha, descansaba en la cintura. Se acercó despacio, con el temor de un posible rechazo que lo dejase en ridículo. ¿Qué haría si ante una insinuación suya, Froilán se alejaba espantado por su atrevimiento? Tal vez había malinterpretado su actitud y estaba a tiempo de no cometer otra locura. Se paró a escasos centímetros de él y esperó a que diera el próximo paso.

Cuando Froilán se volteó, su corazón empezó a latir más de prisa. No había posibilidad alguna de error. Lo estaba mirando de la misma manera que él miraba a Gonzalo... Con deseo y con culpa.

—Me estoy volviendo loco... no hay otra explicación posible para lo que sucede.

—Entonces, somos dos los que estamos perdiendo la cordura, Froilán.

El capataz negó con la cabeza.

—Esto no está bien... lo que siento es abominable.

José Emilio le cubrió la boca con el dedo para hacerlo callar. No tenía caso tratar de justificar sus sentimientos o encontrar una razón que explicase lo que les pasaba.

—Hasta hace un tiempo atrás, me resistía a aceptar lo que soy. —Su dedo índice abandonó la boca masculina para delinear la cicatriz que le cruzaba el rostro—. Luego, comprendí que aunque disfracemos nuestros sentimientos delante de la gente, cuando nos quedamos a solas, aflora nuestra verdadera esencia. —Le complació ver cómo Froilán reaccionaba a su caricia—. Te confieso que tengo miedo. No por mí, sino por mi familia. Mi padre se moriría del disgusto si se enterase de que su respetado hijo, quien pronto se convertirá en abogado y sueña con un futuro en el mundo de la política, es un invertido.

—No me gusta esa palabra —musitó Froilán con el aliento entrecortado—.

Nuestra condición es ya demasiado vergonzosa como para encima usar un término tan despectivo para calificarla.

José Emilio sonrió. Era la primera vez que podía hablar con alguien de su problema. Se moría de ganas de besarlo, sin embargo, no quería asustarlo. A pesar de que acababa de confesarle que le pasaba lo mismo que a él, no podía obviar el hecho de que Froilán vivía una realidad muy diferente a la suya. Como hombre de campo, tenía mucho que perder. Un escándalo de semejante naturaleza en un pueblo como Capilla del Señor lo condenaría al escarnio. Él contaba con la ventaja de moverse en una gran ciudad como Buenos Aires, en donde la gente ni siquiera sospechaba sobre cuáles eran sus preferencias a la hora de tener sexo con alguien.

—¿Te importa si dejamos de hablar? —preguntó José Emilio, ansioso por saber lo que sucedería a continuación.

Froilán no se movía, su cuerpo seguía pegado al árbol. Parecía que estaba dispuesto a resistirse hasta el final, sin embargo, al bajar la mirada, José Emilio descubrió que tenía una erección. Empezó a respirar un poco más ligero de lo normal y sintió una intensa punción en la entrepierna. Los renegridos ojos de Froilán brillaban de deseo. Ya no podía soportarlo más. Se abalanzó encima de él y arremetió contra su boca. Sabía a tabaco y a café.

Todos los temores de José Emilio se esfumaron cuando Froilán lo sorprendió, tomando el control de la situación. Lo sujetó del cuello para hacerlo girarse hasta que fue él quien quedó de espaldas al árbol. Se besaron con frenesí mientras sus torpes, pero ávidas manos empezaban a explorarse. Cuando José Emilio se apoyó sobre su erección, Froilán dejó de besarlo para mirarlo a los ojos.

—¿Estás seguro? —Le faltaba el aliento y todo su cuerpo era un volcán a punto de estallar. Si preguntaba, era porque no quería que después de lo que ocurriese entre ellos hubiese algo de lo cual arrepentirse. Aunque ardía en deseos de concretar lo que tantas veces había vivido solo en sueños, todavía estaban a tiempo de detenerse.

José Emilio ejerció un poco más de presión contra la erección del capataz.

—¿Eso responde a tu pregunta, Froilán? —Curvó los labios en una sonrisa pícara.

Ya no había espacio para la duda, tampoco para el miedo. Se habían buscado casi sin proponérselo y llegaron hasta ese páramo alejado del casco de la estancia porque los dos sabían muy bien lo que querían.

Froilán tiró la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. José Emilio continuaba acariciando su erección por encima del pantalón al tiempo que empezaba a besarlo en el cuello. Una bandada de pájaros voló al ras del suelo muy cerca de ellos y de repente, Froilán lo apartó.

—Viene alguien... —murmuró.

José Emilio lo soltó. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Froilán se alejó en dirección al sitio en donde había dejado su caballo. Se miró la entrepierna abultada. ¿Qué había sucedido? Entonces, creyó escuchar voces que provenían del monte. Desconcertado, miró a Froilán. No podía simplemente irse y dejarlo así.

—Esta noche te espero en mi rancho. ¿Sabés cómo llegar?

José Emilio asintió.

Froilán sonrió. Azuzó su caballo y se marchó al galope, tomando el camino opuesto por el que habían llegado. José Emilio alcanzó a escudarse detrás del alazán cuando reconoció la voz de su padre. Lo acompañaba Lorenza y ambos se quedaron tan sorprendidos cómo él de verlo allí. Les explicó que había salido a dar un paseo para recorrer a fondo la estancia antes de regresar a Buenos Aires, y por supuesto, ambos le creyeron.



## EN LAS REDES DEL AMOR

*E*l día que la familia Robles dejó *El Refugio* para regresar a Buenos Aires, Pilar sintió que la estaban abandonando. Aunque don Amancio consintió que Jesusa se quedase en la estancia, no podía resignarse a vivir lejos de sus seres queridos. Para colmo, la tía Margarita y Leonor también habían decidido volver a la ciudad. Se quedaba sola, en una casa inmensa y con un hombre que hacía hasta lo imposible para no cruzarse con ella.

Rafael no había vuelto a entrar en su habitación desde la noche de bodas. Cuando ella se levantaba por las mañanas, él ya se encontraba trabajando en las caballerizas. Durante el almuerzo, mandaba a avisar que no lo esperasen y por la noche, cuando por fin se dignaba a aparecer, apenas intercambiaba un par de palabras con ella mientras degustaban la cena.

Por temor a que la obligase a cumplir con sus deberes de esposa, Pilar no se atrevía a reclamarle nada. Le dolía que la ignorase de esa manera tan directa, pero no podía hacer nada cuando era más que evidente que él prefería dejarla sola para estar con su amante.

Cuando no pasaba tiempo encerrada en su habitación, volcando en su diario sus penas y preocupaciones, se metía en la cocina para ayudar a Herminia. Solía pasarse horas allí, experimentando con nuevos platos que luego registraba en un recetario nuevo.

Esa tarde, aprovechando que hacía un día espléndido, decidió ir a dar un paseo. Desde que vivía en *El Refugio*, solo había recorrido el interior de la casa y un poco del casco de la estancia. Su nana estaba durmiendo la siesta y no tenía

caso despertarla. Buscó una sombrilla para protegerse del sol y le avisó a Aurora que volvería a tiempo para tomar la merienda. Cuando el ama de llaves se ofreció a acompañarla, le dijo que prefería pasear a solas.

Atravesó el patio principal en dirección contraria a las caballerizas para no toparse con Rafael, pero no pudo evitar cruzarse con Marcial cerca de los galpones. Lo saludó con un movimiento de cabeza y siguió su camino. Esperaba que no fuese corriendo a contarle a su esposo que la había visto alejándose de la casa. Se detuvo junto a uno de los jardines para disfrutar del perfume de las rosas que Aurora cuidaba con tanto esmero. La embargó una gran tristeza al recordar los rosales de su abuela. Se preguntó cuándo volvería a verla... Faltaban menos de dos meses para su cumpleaños, fecha en la cual doña Encarnación siempre la sorprendía, muy temprano en la mañana, con un pedazo de pastel de chocolate y uno de sus espléndidos obsequios. Tenía el presentimiento de que las cosas ya no volverían a ser las mismas. Rafael ni siquiera sabía cuándo cumplía años... ella tampoco conocía el día de su aniversario. Eran marido y mujer, pero al mismo tiempo, dos completos desconocidos.

Continuó con su paseo, alejándose del casco. Tomó por un sendero que se perdía en el horizonte y continuó la huella que se había formado en el pasto debido al paso de las carretas. Miró hacia arriba. No había ni una sola nube en el cielo y el sol brillaba a rabiar. El verano iba languideciendo poco a poco, preparándose para recibir al otoño, su estación favorita del año. Se acomodó la sombrilla en el hueco del hombro y reanudó la marcha. No pretendía alejarse demasiado, pero el día invitaba a seguir paseando y ella estaba cansada de permanecer en la casa esperando por alguien a quien no le importaba.

Algo se movió en medio del campo y captó su atención. Cuando enfocó la mirada, descubrió la silueta de un hombre, arrodillado junto a una cruz. Estaba a varios metros de distancia, aun así, supo de inmediato quién era.

Rafael se encontraba de espaldas, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante y todavía no se había percatado de su presencia. Pilar se debatía entre ignorarlo y continuar su camino, o acercarse a él con la única intención de

satisfacer su curiosidad. Al comprender que seguramente se trataba de la sepultura de su esposa, no se animó a sortear los metros que los separaban. No quería perturbarlo o que terminase acusándola de entrometida. Lo vio ponerse de pie y persignarse. Trató de irse sin que Rafael se diese cuenta, pero no tuvo suerte. Él, como si algo poderoso lo hubiese obligado a hacerlo, se giró sobre sus talones y se la quedó mirando.

Pilar tragó saliva. No importaba que estuviese lejos, Rafael siempre lograba inquietarla. Atinó a reanudar la marcha, pero ni siquiera fue capaz de avanzar un solo paso. Se sintió prisionera de sus ojos grises y el corazón se le aceleró cuando él acortó la distancia que los separaba. Avanzó hasta ella dando grandes zancadas. Tenía los primeros botones de la camisa desprendidos y el cabello un poco revuelto. Parecía bastante atribulado y Pilar temió que la reprendiese por su inoportuna aparición. Por puro instinto, retrocedió unos pasos cuando Rafael se plantó delante de ella, con ambas manos en la cintura. Se sintió intimidada por la fuerza de esa mirada que no sabía cómo interpretar. Parecía enojado, sin embargo, había algo más perturbador en esa manera que tenía de clavarle los ojos hasta provocar el rubor en sus mejillas y un cosquilleo en la boca del estómago. Durante un instante que a Pilar se le antojó demasiado prolongado, él no dijo nada. Solo se dedicó a contemplarla en el más absoluto de los silencios. Además de la respiración entrecortada de Rafael y el bombeo de su propio corazón, lo único que se escuchaba era el canto de los pájaros.

—No pensaba encontrarte en el campo —fue lo primero que le dijo.

Pilar no pudo discernir si se lo estaba reprochando o simplemente, se sentía sorprendido de verla en ese lugar. Nunca había sido fácil para ella comprender sus palabras o descifrar sus gestos.

—¿Acaso tengo prohibido salir de la casa para recorrer la estancia? —lo desafió, mirándolo directamente a los ojos.

Rafael sonrió a medias. No estaba de ánimos para iniciar una nueva discusión con ella. Aunque era fascinante ver cómo se le formaban unas pequeñas arrugas entre los ojos y curvaba los labios hacia un costado cuando se enojaba, esa tarde

no estaba dispuesto a perder el tiempo con otra pelea sin sentido.

—No se trata de eso, es que como últimamente te la pasás encerrada en la cocina, supuse que preferías quedarte allí y no salir a pasear por el campo.

—Me gusta pasar el rato en la cocina con Herminia —alegó—. Sin embargo, esta tarde tuve ganas de salir a dar un paseo...

—Y no esperabas toparte conmigo —dijo él, terminando la frase por ella.

—Yo pensé que estaría en las caballerizas, o quizá de visita en el pueblo —le soltó sin amilanarse mientras hacía rodar la sombrilla por encima de su hombro.

Rafael percibió el sarcasmo en sus palabras y no supo cómo reaccionar. A Pilar, él no le importaba. Había accedido a convertirse en su esposa con el único propósito de sacar de prisión al hombre que amaba. Se había encargado de escupirle en la cara, y en más de una ocasión, lo mucho que lo aborrecía. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que se encontraba frente a una mujer celosa? Después de que Leonor le contase sobre lo ocurrido durante el paseo a Capilla del Señor, era evidente que se refería a sus asiduas visitas a la casa de Jimena Ortiz.

—No tengo intenciones de ir al pueblo hoy —respondió, sin dejar de mirarla—. Igualmente, no creo que a vos te importe demasiado lo que haga o deje de hacer. Estoy convencido de que sentís alivio de no tener que cruzarte conmigo, por eso preferís encerrarte en tu habitación o compartir tu tiempo con Herminia en la cocina. No es un reproche —se apresuró a aclarar—, comprendo que es tu manera de escapar de mí... y de lo que te pasa cuando estoy cerca de vos.

Para no darle el gusto y que confirmase lo que acababa de decir, Pilar bajó la vista. Al hacerlo, se topó con su camisa entreabierta. Con su actitud, solo consiguió ponerse en evidencia delante de él. Quiso colocar la sombrilla como escudo para evitar que se le abalanzara encima, pero de un manotazo, Rafael se la quitó. Sus fuertes dedos la sujetaron de la muñeca y ella no tuvo más remedio que ver cómo la sombrilla terminaba tirada en el pasto, a pocos centímetros de sus pies.

Antes de que pudiese reaccionar, Rafael la atrapó entre sus brazos. Aspiró

hondo para embriagarse con su olor mientras hundía el rostro en sus cabellos. Pilar permanecía quieta, como si estuviese esperando el momento oportuno para intentar escapar de él. Respiraba ligero y Rafael podía sentir su aliento tibio golpeando contra su pecho. Sabía que, a la primera oportunidad, ella saldría corriendo, por eso, no la soltó. Se separó apenas un poco para tener el privilegio de contemplarla a los ojos y sonrió.

—Solo quiero volver a besarte... ¿te repugna la idea de que lo haga o tendré que esperar a que tu enamorado salga de la cárcel para poder saborear tu boca?

Pilar no respondió. Aunque en cualquier otra circunstancia le hubiese parecido un acto infame de su parte mencionar el trato que habían hecho mientras pretendía seducirla, en ese momento, pegada a su cuerpo, no tenía capacidad para discernir con claridad qué hacer o qué decir. El intenso calor que le provocaba el contacto con su piel le anulaba la voluntad. Por un instante, la íntima y explícita expresión en su rostro hizo que Pilar se inquietara. Algo cohibida, tuvo la tentación de desviar la mirada.

Él se cansó de esperar y la besó antes de que tuviese oportunidad de rechazarlo. Entonces Pilar pudo sentir cómo su propio cuerpo la traicionaba. Su férrea intención de resistirse hasta el final se esfumó apenas la lengua de Rafael tomó por asalto su boca, invadiéndola sin darle tregua hasta cortarle la respiración. Le temblaban tanto las piernas que se aferró de los hombros masculinos para no tener el mismo destino que la sombrilla y terminar en el suelo. Dejándose llevar por lo que sentía y no por lo que le dictaba la razón, Pilar respondió al beso de Rafael con la misma intensidad, moviendo su lengua al compás de la suya. Él empezó a chuparle el labio, luego se lo tironeó un poco, tan solo para volver a apoderarse de su boca segundos después. Perdiendo completamente la timidez, Pilar le rodeó el cuello con las manos y enterró los dedos en su abundante cabellera castaña. Sin pudor alguno, se pegó a su cuerpo. Se devoraron mutuamente, quemándose en el fuego de la pasión que ninguno de los dos podía ya controlar. De repente, Rafael la tomó de la cintura y la obligó a girarse. Pilar dejó escapar un quejido cuando interrumpió el beso, pero él no la



soltó. La empujó hacia atrás para que pudiera sentir el tamaño de su erección. Su plan no era asustarla, sino hacerle ver de lo que era capaz de provocarle a un hombre.

En un primer momento, Pilar intentó separarse de él. Sin embargo, cuando Rafael empezó a frotarse contra su trasero, no fue capaz de moverse.

—Me volvés loco, Pilar... —le confesó al oído.

El tono grave de su voz hizo que ella se estremeciera. De pronto, vio cómo sus enormes manos descendían por su talle hasta detenerse a la altura de su entrepierna. Mientras eso ocurría, sentía que el bulto en sus pantalones palpitaba contra ella, duro y poderoso. Ahogó un gemido cuando Rafael acarició su sexo por encima de la tela del vestido. Subía y bajaba con la mano, provocando que esa zona tan sensible de su cuerpo empezara a latir. Rafael descansó el mentón en el hueco de su hombro y Pilar cerró los ojos. Ella se arqueó hacia atrás, arrancándole un suspiro a su esposo. El tacto de las manos masculinas la llenó de un cálido placer que lentamente se extendió por todo su cuerpo.

Totalmente excitada, y con la ropa interior mojada, Pilar no podía dejar de temblar. Quería más. Sabía que había mucho más... Por eso, cuando Rafael la soltó, se quedó estupefacta. La obligó a voltearse y le clavó la mirada.

—Esto es solo una pequeña muestra de lo que puede suceder entre un hombre y una mujer, querida —le dijo, curvando los labios en una sonrisa—. El día que te entregues a mí, serás mía de cuerpo, alma y pensamiento. Mientras quieras a otro, no volveré a ponerte un dedo encima. Aunque arda en deseos de hacerte el amor, sabré esperarte... —Se agachó para recoger la sombrilla y se la entregó.

Pilar ni siquiera tuvo oportunidad de abrir la boca para contestarle. Rafael se dio media vuelta y se marchó en dirección al casco de la estancia, dejándola sola en medio del campo.

Jimena se sorprendió gratamente cuando Sabina le anunció que el señor Álvarez Arriaga la esperaba en el salón. Habían pasado apenas tres días desde la noche

de la fiesta y no pensaba volver a verlo tan pronto. Tras arreglarse el cabello frente al espejo, se puso unas cuantas gotas de su mejor perfume y se ató el lazo de la bata de seda antes de bajar. Recién se despertaba de su siesta diaria y no necesitaba vestirse para recibirlo.

Lo encontró tumbado en el sillón donde tantas veces habían disfrutado de un buen revolcón. Por la expresión sombría en su rostro, supo que algo andaba mal. Se aproximó sonriendo y le rozó el hombro cuando pasó junto a él para dirigirse a la mesita de las bebidas.

—No te esperaba —le dijo mientras se servía un poco de licor de rosas. Le ofreció un trago a Rafael, pero él lo rechazó—. ¿Sucede algo?

Rafael se incorporó con pesadez y echó la cabeza hacia atrás.

—Ni siquiera sé qué estoy haciendo en tu casa, Jimena.

Ella se sentó a su lado, y al subir una pierna encima del sillón, la bata se abrió. Bebió el licor mientras lo observaba por encima de la copa. Antes, Rafael no hubiese tardado ni un segundo en hundirse entre sus muslos para brindarle placer. Ahora, apenas le prestaba atención. Sospechaba que la culpable de su apatía tenía nombre y apellido.

—Se trata de tu esposa, ¿verdad? —Vio que Rafael asentía—. ¿Qué te ha hecho?

Rafael soltó con fuerza el aire contenido en los pulmones. Desde el candente encuentro que había tenido en el campo esa tarde, no podía dejar de pensar en Pilar. Sabía que una vez que cruzase ese límite, no iba a ser sencillo mantenerse alejado de ella como si nada hubiese ocurrido. Por eso, en un intento desesperado por apartarla de su mente, se había aparecido en casa de Jimena. Quería besar a otra mujer para olvidar el sabor de sus labios, pero no tardó en comprender que ni siquiera la amante más experta lograría excitarlo como ella.

—No hace nada, y ese es el problema —dijo por fin, cansado de esa absurda situación que él mismo había provocado—. Todavía no hemos consumado nuestro matrimonio...

—¿Ella no quiere acostarse con vos?

Rafael se encogió de hombros.

—En realidad no sé lo que quiere. Pilar es un completo enigma para mí, Jimena. Aunque se casó conmigo obligada y enamorada de otro hombre, la he sentido vibrar entre mis brazos.

—Si ha sucumbido a tus intentos de seducción, dudo que esté realmente enamorada de ese hombre —repuso la viuda.

—Fue para ayudarlo a él que accedió a convertirse en mi esposa sin protestar. A cambio de su libertad, Pilar le hizo creer a su familia que finalmente se resignaba a su destino. —Le contó del pacto que habían hecho y de la posibilidad de que Gonzalo Funes saliera pronto de la cárcel—. Sé que quizá estoy arriesgando demasiado, pero ella me juró que no volvería a verlo... y yo le creo. No me preguntes por qué, pero confío en su palabra.

Jimena guardó silencio. Era tan evidente lo que sucedía que solamente un ciego no se daría cuenta de que aunque Rafael viviera proclamando que jamás caería en las garras del amor, estaba perdidamente enamorado de su esposa. Optó por no decirle nada y dejar que él lo descubriera por sus propios medios. Comprendió que no era placer lo que buscaba Rafael esa noche al presentarse en su casa. Como en otras tantas ocasiones anteriores, solo necesitaba que alguien lo escuchara.

—Imagino que no podés hablar de ciertos asuntos con tu amigo el cura y por eso, recurrís a mí para desahogarte —manifestó esbozando una sonrisa para que sus palabras no sonaran a reproche.

Rafael asintió. Si bien su primera intención había sido acostarse con ella para saciar las ganas que Pilar no quería satisfacer, le había bastado intercambiar dos palabras con Jimena para saber que no era eso realmente lo que necesitaba.

—Ella sabe de tu existencia —le soltó de repente—. Alguien te vio en la fiesta y le habló de vos. Como si fuera poco, el otro día, durante un paseo por el pueblo, vino hasta aquí para ver si estábamos juntos.

Jimena no podía creer que la muchacha se hubiese atrevido a tanto.

—Querido, solo existe una razón por la cual una mujer es capaz de rebajarse

de esa manera... —Hizo un poco de suspenso para ver si él adivinaba lo que trataba de explicarle. Como no dijo nada, continuó hablando—. Pilar Robles está celosa.

Rafael enarcó las cejas.

—¿Celos? ¡Imposible! —aseguró—. Pilar no siente nada por mí, es a ese tal Gonzalo a quien quiere.

—Tal vez todavía esté enamorada de ese joven, no lo sé. Sin embargo, conozco mejor que nadie la naturaleza femenina y cuando una mujer tiene el coraje de ir hasta la casa donde vive la amante de su esposo, lo hace solamente por dos razones: rabia y celos. —Le rozó la mano—. Dudo que haya sido por rabia, querido. Si le sos indiferente, no tiene por qué importarle que te veas con otra, ¿no te parece?

La explicación de Jimena no terminaba de convencerlo.

—¿Y si lo hizo con la única intención de contárselo a su padre y lograr que se la llevase de regreso a Buenos Aires?

—¿Se lo dijo?

Rafael negó con la cabeza.

—¿Lo ves? Pudo hacerlo y sin embargo prefirió quedarse callada.

—Quizá sintió vergüenza...

—¿Por qué debería sentirse avergonzada? Después de todo, sos vos el que la engañó. Descubrió que tenías una amante, era la excusa perfecta para salirse con la suya...

—Pudo usar lo que sabía en mi contra, pero no lo hizo —alegó Rafael, terminando la frase por ella.

—¡Eso es precisamente lo que trato de decirte!

Rafael no quería sacar conclusiones apresuradas y cometer un error que luego pudiera costarle caro. ¿Cómo podía ser posible que Pilar sintiese celos si le había confesado que amaba a otro hombre? Sacudió la cabeza. Había venido hasta la casa de Jimena para hablarle de sus problemas, y con sus absurdas teorías, solo había conseguido aumentar su confusión. Aceptó tomarse una copa y luego se

marchó porque quería estar en la estancia antes de que anocheciera. Abandonó el pueblo montado en su querido *Pampa*, barruntando sobre la posibilidad de que Pilar, en verdad, pudiese sentir algo por él que no fuera desprecio.

Cuando divisó las luces de *El Refugio*, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Nunca antes había tenido tantas ganas de volver.

Pilar se acostó temprano. Había perdido el apetito y aunque su nana insistió en que al menos se tomase un té de hierbas para que la ayudase a dormir, lo rechazó aduciendo que tenía un nudo en el estómago y que no iba a tolerar ni siquiera beberse una infusión.

La verdad era que no deseaba sentarse a la mesa y propiciar que los criados murmurasen por los rincones que el patrón había vuelto a dejarla sola para irse al pueblo a retozar con su amante. Sabía que hablaban de ella y que incluso la miraban con lástima.

Rafael la estaba sometiendo a la más vil de las humillaciones al ausentarse de la estancia para ir a visitar a esa mujer. Sentía tanta rabia que se habría largado de Capilla del Señor a la primera oportunidad... Pero no podía hacerlo. Primero tenía que asegurarse de que Rafael cumpliera con su palabra y sacara a Gonzalo de la cárcel. En ese momento, su bienestar era lo único que debía importarle, pero no dejaba de pensar en lo que había ocurrido entre ella y su esposo esa tarde en el campo. Todo su cuerpo se estremecía al recordar la manera en que él la había tocado. Nunca antes nadie se había atrevido a llegar tan lejos... ni siquiera Gonzalo le había puesto una mano en ese lugar tan íntimo. Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó su diario. Luego se echó sobre la cama y lo abrió para escribir en él.

*Rafael ha vuelto a besarme. Lo encontré de casualidad cuando salí a dar un paseo y se acercó a mí para echarme en cara que me paso el día tratando de*

*evitarlo. ¡Vaya descaró el suyo! Hacerme semejante reclamo cuando él no pierde el tiempo para ir a visitar a esa mujer. No entiendo qué es lo que quiere de mí... Él también me evita, se pasa todo el día en el campo para no verme y cuando compartimos la mesa, apenas me dirige la palabra. ¿Por qué entonces de repente me busca y me besa de esa manera que hace que el mundo a nuestro alrededor desaparezca?*

*Sé que nunca me quiso, que se casó conmigo quién sabe con qué siniestra intención. Hoy estaba junto a un sepulcro, no pude acercarme, pero estoy segura de que era la tumba de su esposa. Nadie la menciona en la estancia. Solo sé que no era muy querida entre los criados... Quizá todavía siga enamorado de ella.*

Dejó escapar un suspiro lastimero y se acomodó mejor para continuar escribiendo.

*Tengo miedo, no de lo que pueda hacerme, sino de lo que yo siento cuando me toma entre sus brazos. Lo que sucedió hoy me dejó perturbada... si cierro los ojos, todavía puedo sentir su mano tocándome... ahí, entre las piernas. Todo lo que Rafael hace me desconcierta. Todavía no ha regresado del pueblo; supongo que estará con ella, besándola y tocándola de la misma manera que lo hace conmigo. Y me da mucha rabia... me hierva la sangre al imaginarlo en la cama con esa mujer. No puedo soportar la idea de que salga a buscarla después de tenerme entre sus brazos. Quizá es mi culpa. Él cree que estoy enamorada de Gonzalo...*

Se detuvo enseguida cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Releyó el texto una y otra vez, solo para comprobar que la única ocasión en la que había escrito el nombre de Gonzalo, lo había hecho en relación con su esposo. No había ni un “extraño a Gonzalo” o un “¿qué será de él en ese horrible lugar?”. Hojeó las páginas anteriores. La última vez que había escrito sobre él en el diario, se remontaba a varias semanas atrás, cuando todavía era una joven

soltera. ¿Cuándo había dejado de ser el protagonista de sus desvelos?

Volvió a la página recién escrita y al leer el último párrafo, descubrió el porqué.

Esas eran palabras que habían surgido durante un arranque de celos... Eran las palabras de una mujer enamorada.

Pilar cerró el diario estrepitosamente y, como si fuese el culpable de lo que le ocurría, lo arrojó lo más lejos posible de ella. Se acostó en posición fetal y cuando se dio cuenta de que estaba llorando, se secó las lágrimas de un manotazo.

Al escuchar pasos en el pasillo, contuvo el aliento. Supo que era él. Rafael se detuvo junto a su puerta un momento antes de seguir rumbo a su habitación.

Pilar agradeció que no hubiese entrado. Esa noche, en particular, no tenía deseos de verlo.



## EL TELEGRAMA

*E*l Cementerio Viejo estaba asentado en unos terrenos fiscales que habían sido ocupados por los pupilos del Real Colegio de San Carlos en el partido de Belgrano, y fue fundado por Sarmiento durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, debido a que en el Cementerio del Norte se habían prohibido las inhumaciones de los muertos por la enfermedad. Se encontraba en buenas condiciones, aunque todavía no contaba con rejas y estaba cercado con palos.

Un hombre y una mujer se encontraban frente a una humilde sepultura de losa, en donde se alzaba una cruz de madera.

Gonzalo Funes sufría en silencio la muerte de su querida madre. A su lado, Carmen, su amiga más leal, le susurraba palabras de consuelo mientras se aferraba a su brazo.

Gonzalo había abandonado la prisión muy temprano esa mañana y lo primero que hizo apenas salió a la calle fue decirle a Carmen que quería ir al cementerio. Después de estar confinado por casi seis meses tras los muros de la cárcel del Cabildo, volvía a ver la luz del sol.

Carmencita, quien se había enterado de las buenas nuevas la tarde anterior, gracias al padre Morra, lo estaba esperando con un coche de alquiler para acompañarlo. Hicieron el trayecto hasta el cementerio en el más absoluto de los silencios, y al llegar, tardaron apenas unos minutos en dar con la tumba de doña Lidia. Gonzalo permanecía cabizbajo mientras sus huesudas manos apretaban el bulto que llevaba consigo y que contenía lo poco que le quedaba. No había derramado ni una sola lágrima todavía, sin embargo, Carmen sabía lo mucho que



estaba sufriendo. Por eso no quería apartarse de su lado en ningún momento... si Gonzalo se lo permitía, ya nunca más se separaría de él. Desconocía cuáles eran sus planes de ahora en más, pero estaba dispuesta a ofrecerle su ayuda sin exigirle nada a cambio. Lo había hablado con su padre y don Rosendo no tenía nada que objetar. ¿Cómo podía negarse al pedido de su única hija? Aunque nunca le había contado que estaba enamorada de Gonzalo Funes, él lo sospechaba desde hacía tiempo. Ella le juraba que era inocente y eso le bastó para abrirle las puertas de su casa apenas dejara la cárcel.

—¿Estás bien?

Gonzalo no la miró. Seguía con los ojos clavados en la tumba. En una lápida improvisada con un trozo de latón, alguien había tallado el nombre de su madre.

—Las flores las puse yo —dijo Carmen ante su falta de respuesta—. Sé que a doña Lidia le gustaban mucho las violetas, por eso le compré el ramillete más bonito.

Él finalmente apartó la vista para mirarla.

—¿De dónde sacaste el dinero?

—La gente de la pensión colaboró con lo que pudo. —Notó que su semblante cambiaba—. Entre todos pagamos el cajón y nos encargamos de los gastos necesarios para que tu madre tuviese un funeral digno. La lápida es solo momentánea... en unas semanas estará lista la que mandamos a grabar.

—No debieron asumir gastos que no les correspondía. El padre Morra podría haberse hecho cargo de pagar todo, aunque lejano, es el único familiar que tenemos.

—El padre se ofreció a correr con los gastos, pero nosotros queríamos hacerlo. Tu madre y vos son muy queridos en la pensión... Nadie te creyó capaz de cometer esos delitos de los que fuiste acusado. Todos están convencidos de tu inocencia y te esperan con los brazos abiertos...

—No voy a volver a la pensión, Carmencita —la interrumpió.

A ella la asustaba esa expresión severa en su mirada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dónde irás? —quiso saber.

—No lo sé, pero no pienso regresar al lugar en donde murió mi madre.

—Podrías quedarte en mi casa —le ofreció.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Sé que tu intención es buena, Carmencita. Sin embargo, no puedo aceptar tu invitación.

—Si es por mi padre, no tenés que preocuparte.

Gonzalo la tomó del mentón para mirarla directamente a los ojos.

—Por tu propio bienestar y el de tu familia, será mejor que me pierda por un tiempo. —Una tibia sonrisa se dibujó en sus labios—. No quiero causarles problemas... les debo mucho como para que encima tengan que lidiar conmigo ahora que soy un paria.

Carmen no iba a resignarse a perderlo nuevamente. Después de llorarlo noches enteras, temiendo por su vida en prisión, no podía decirle que se marchaba.

—No sos un problema para nosotros, Gonzalo. Dejá que te ayudemos... Yo necesito tenerte cerca. —Él ya conocía de sobra sus sentimientos, por eso esta vez, no pensaba guardarse nada—. Te quiero y estoy dispuesta a lo que sea para que me dejes quedarme a tu lado.

Gonzalo respiró hondo. Carmen era mucho mejor persona que él... la única que no lo había traicionado, y no iba a convertirla en cómplice de su sed de venganza.

—Yo también te quiero, Carmencita. —Vio que le brillaban los ojos y comprendió que ella había malinterpretado sus palabras—. Siento un gran cariño por vos y tu familia. Por esa razón, no voy a involucrarlos en mis planes.

—¿Qué planes? —Sabía la respuesta, pero guardaba la esperanza de que hubiese olvidado esa descabellada idea de vengarse de quienes habían provocado su desgracia.

—Mientras menos sepas, mejor —fue lo único que le dijo. Luego la soltó y le dio la espalda para seguir contemplando la tumba de su madre.

A Carmen le dolía que rechazara su ayuda, aunque lo que realmente le

desgarraba el corazón era comprobar que, en su afán de castigar a los culpables, volvería a cruzar su camino con el de Pilar Robles. Ella lo había abandonado y a pesar de eso, él todavía la amaba.

—¿Se trata de Pilar, verdad? No te has olvidado de ella... —Hurgó en el interior de su bolso y sacó un recorte de periódico. Lo llevaba consigo por si ese momento llegaba alguna vez. Estaba a punto de causarle un gran dolor, pero Gonzalo tenía que ver con sus propios ojos que ya no había nada que él pudiese hacer para recuperarla—. La boda de Pilar Robles con el señor Álvarez Arriaga fue uno de los eventos más comentados en la ciudad. Se casaron en Capilla del Señor, pero los principales diarios porteños anunciaron su matrimonio en las páginas de sociales.

Gonzalo prácticamente le arrancó el pedazo de diario de las manos. No había fotografías, solo un elegante texto decorado con arabescos que informaba los detalles de la ceremonia. Le hervía la sangre tan solo de ver el nombre de Pilar junto al de ese hombre.

*La boda se celebrará en la iglesia de Capilla del Señor, este viernes a las cinco de la tarde. Por la noche, doña Pilar Robles y don Rafael Álvarez Arriaga agasajarán a los invitados con una fiesta en El Refugio, estancia ubicada a unas pocas leguas del pueblo y que será el hogar de los felices esposos.*

Buscó la fecha y descubrió que ya había transcurrido poco más de un mes desde la boda. Era demasiado tiempo como para que él hiciera un último intento en recuperar a la mujer que amaba. Pilar ya no le pertenecía... Aunque le doliera en el alma, ella era ahora la esposa de otro hombre.

Estrujó el papel entre sus manos y miró la tumba de su madre por última vez.

La venganza era lo único que le quedaba. El único aliciente que necesitaba para seguir respirando. Todos pagarían por lo que le habían hecho. Pero antes, necesitaba hablar con alguien. Acompañó a Carmen hasta el coche de alquiler y se despidió de ella con un abrazo. Cuando la joven intentó que cambiara de parecer, Gonzalo le pidió que no se preocupara por él, que estaría bien.

Con los ojos húmedos, la muchacha lo vio cruzar la calle y desaparecer en la esquina del Camino de la Chacarita. ¡Solo Dios sabía cuándo volvería a encontrarse con él!

Rafael se secó el sudor de la frente con la mano, luego respiró con fuerza. El día estaba pesado y corría una brisa tibia que hacía que la ropa se pegase al cuerpo. Era un otoño atípico, con temperaturas templadas y abundantes lluvias. Alzó la vista. El cielo estaba cubierto de nubarrones oscuros que presagiaban tormenta. Acarició el lomo de *Pampa* para reanudar el trote. Estaba exhausto. Esa mañana había salido apenas despuntaba el alba para trabajar en las caballerizas y todavía no había regresado a la casa. Prefería pasar el día en el campo para no tener que enfrentarse al desprecio de su esposa. Seguían durmiendo en habitaciones separadas, aunque muchas noches, cuando no podía conciliar el sueño, había estado a punto de traspasar esa puerta que los separaba para consumir el matrimonio.

Pilar también hacía de lo suyo para pasar el menor tiempo posible a su lado. Si ambos estaban en la casa, ella se metía en la cocina para ayudar a Herminia y él se encerraba en el despacho. La cena en el comedor era el único momento del día en el cual coincidían; sin embargo, solo intercambiaban algunas palabras para saludarse o, en su caso, elogiar sus dulces.

La única visita que recibía Pilar era la de Alicia Hidalgo. La hija del doctor llegaba a *El Refugio* por las tardes para pasar tiempo con ella, y según Aurora, habían congeniado enseguida. Cuando no se ponían a bordar, Alicia la ayudaba a preparar dulces. Si el día invitaba, salían a dar un paseo por los campos o se aventuraban a ir hasta el pueblo. Pilar también asistía a misa los domingos y se confesaba con el padre Braulio, quien se había convertido en su guía espiritual. A pesar de su investidura religiosa, Rafael sentía celos de su amigo. Él era el único que conocía todos los secretos que Pilar guardaba en su corazón y no le agradaba que contara con esa ventaja. Todavía no había logrado descifrar qué

sentía exactamente por él, quizá por eso mantenía la distancia. Aunque le costara reconocerlo, temía que, ante cualquier acercamiento suyo, ella lo rechazara.

No había vuelto a buscar a Jimena. Ella parecía respetar su decisión ya que ni siquiera lo molestaba. Extrañaba sus largas conversaciones amenizadas con un buen puro y una copa de alcohol, pero prefería evitar cualquier posible escándalo que le diese a Pilar la excusa perfecta para aborrecerlo todavía más.

Se desvió de su camino para dirigirse hasta el río. Tenía ganas de darse un chapuzón, quizá el último, antes de que el clima otoñal se acentuase. Azuzó a *Pampa* para que apurara el trote y se bajó de un salto cuando llegaron a la orilla. De inmediato, el suave arrullo del agua en sintonía con la brisa que soplaba le transmitió paz. En ese sitio había vivido una de las experiencias más dolorosas de su vida. Sin embargo, había exorcizado los recuerdos más funestos el día que se lanzó al río para salvar a Pilar.

Se despojó de sus prendas de vestir hasta quedar completamente desnudo. Ni siquiera se preocupó en mirar a su alrededor para asegurarse de que no hubiese alguien cerca. Esa parte del río se encontraba dentro de los límites de sus tierras, por lo tanto, estaba en todo su derecho de meterse como Dios lo trajo al mundo si le daba la gana. Primero se agachó para probar la temperatura del agua con las manos. Estaba un poco fría, pero no se amilanó. Se incorporó, y sin pensarlo dos veces, se arrojó y nadó hasta la parte más profunda.

Desapareció de la superficie durante un instante y cuando se asomó para tomar aire, escuchó que *Pampa* relinchaba inquieto. Conocía demasiado bien a su caballo como para saber que solo se ponía de esa manera si alguien se acercaba. Volvió a otear en todas las direcciones, pero desde donde estaba, no alcanzaba a ver mucho.

—¿Qué pasa, amigo?

Por supuesto, *Pampa* no le respondió. Un segundo relincho le dio la pauta a Rafael de que, efectivamente, ya no estaban solos.

—¿Quién anda ahí? —Por un segundo, tuvo miedo de que algunos niños del pueblo que solían jugar en el río estuviesen esperando el momento oportuno para

apoderarse de su ropa y salir corriendo.

Agudizó el oído y entonces creyó escuchar el *fru fru* de un vestido al rozar la hierba. Estiró el cuello para ver mejor si había alguien oculto detrás de los arbustos. Aunque ya no relinchaba, *Pampa* seguía intranquilo.

—Será mejor que salga de su escondite —le advirtió a quien sea que estuviese espíándolo. Como llevaba quieto un buen rato, se le empezaron a entumecer los músculos, aun así, no pensaba salir del agua hasta no descubrir la identidad del intruso.

Un estornudo delató su posición, y cuando Rafael miró en la dirección correcta, alcanzó a divisar una sombrilla que de inmediato le resultó familiar.

¿Qué hacía su esposa allí? Lo excitaba la idea de que hubiese estado espíándolo mientras se bañaba desnudo en el río. Sospechando que no tardaría en salir corriendo si la ponía en evidencia, optó por una táctica diferente. Pilar contaba con cierta ventaja sobre él si decidía regresar al casco, por eso, fingió que no la había visto. Se echó el cabello hacia atrás, mirando de reojo hacia los arbustos y volvió a sumergirse en el agua para seguir nadando. Con grandes brazadas cubrió la extensión del río de orilla a orilla, sabiendo que ella lo estaba observando. Habría querido permanecer más tiempo en el agua para el disfrute de su querida esposa, pero necesitaba salir antes de que le diese un calambre. Sin ningún pudor, abandonó el río y sacudió la cabeza para escurrir el agua de sus cabellos. Ni siquiera se preocupó en cubrirse. El arbusto que le servía de escudo a Pilar se movió y por el rabillo del ojo, la vio tratando de alejarse hacia el sendero que conducía a la casa.

No podía permitir que se marchara, por esa razón, se paró detrás de su caballo y la llamó.

—¡Pilar, no te vayas!

La voz enérgica de Rafael impidió que Pilar diese un paso más. Había estado a punto de escaparse antes de que la descubriera. ¿Cómo diablos iba a justificar su

presencia en el lugar? Si bien se había topado con él por pura casualidad mientras daba un paseo por el campo, era posible que Rafael no le creyera. No cuando se había quedado a espiarlo en vez de irse enseguida cuando se dio cuenta de que estaba bañándose en el río.

No se atrevía a voltearse. Ya se había puesto demasiado en evidencia como para encima tener que enfrentarse a un hombre completamente desnudo... Aunque ese hombre fuese su esposo.

Respiró hondo y pensó muy bien lo que estaba a punto de hacer. Ahora que había sido atrapada en plena misión de espionaje, no tenía sentido salir huyendo. Supuso que mientras ella le daba la espalda, Rafael habría contado con tiempo suficiente para vestirse, por eso, muy despacio, se giró sobre sus talones hasta quedar enfrentada con él.

Descubrió perpleja que, aunque la grupa de su caballo le cubría la parte inferior del cuerpo, continuaba desnudo. Vaciló en dar el primer paso cuando Rafael le hizo señas con la mano de que se acercase. Se dijo que no tenía nada de qué preocuparse. Sin embargo, no era capaz de apartar de su mente la perturbadora imagen de Rafael saliendo del agua.

Recordó esa vez en la que Clarita había llegado a su casa con un libro de anatomía que robó de la biblioteca de su padre. Tenían unos trece años y para evitar que alguien las descubriese, se habían encerrado en la buhardilla para ojear el libro con tranquilidad. Por supuesto, las ilustraciones del cuerpo humano que contenía el grueso volumen de anatomía general no la prepararon para lo que acababa de ver.

Se aproximó lentamente, tratando de enfocar los ojos en algo menos perturbador que el vello que le oscurecía el pecho o la marcada musculatura de sus brazos. Se detuvo a una distancia prudencial y se quedó callada. Estaba demasiado avergonzada como para emitir una palabra.

—Si sabía que saldrías a dar un paseo, te hubiese invitado a nadar conmigo — dijo él divertido—. El agua está deliciosa.

Pilar tragó saliva. ¡Encima tenía el tupé de burlarse de ella!

—Jamás habría aceptado semejante propuesta —respondió, atreviéndose a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

Su pregunta la descolocó.

—Porque no sería correcto...

—¿Correcto para quién? —le insistió, mientras acariciaba la grupa de su caballo.

Pilar se quedó embobada viendo cómo se movían sus manos sobre el animal. Pensó en el encuentro que habían tenido días atrás cuando ella lo había sorprendido visitando la tumba de su esposa. Esas mismas manos la habían tocado íntimamente, llenándola de sensaciones nuevas que todavía le estremecían el cuerpo por las noches, cuando se despertaba pensando en él.

—Será mejor que me vaya. —Atinó a darse media vuelta para retomar el camino de regreso, pero se quedó petrificada cuando Rafael se apartó de *Pampa* y la expuso a contemplar su desnudez. Intentó mantener la vista hacia arriba mientras un calor intenso le subía por el rostro—. ¿Po... podría taparse, por favor?

Más allá de sentirse en falta con ella por mostrarse desnudo, a Rafael le seguía pareciendo excitante ver cómo su joven e inocente esposa se sonrojaba. Se agachó para recoger su ropa del suelo y cuando la miró, Pilar seguía en la misma posición. La espalda recta y la cabeza en alto hacían que sus pechos se destacasen aún más, apretándose contra la tela del sencillo vestido de muselina color lila que llevaba esa tarde. Sus delicadas manos descansaban sobre su estómago, pero alcanzó a ver que estaban temblorosas. En ese momento recordó que traía consigo su sombrilla. ¿Dónde la había dejado? Asumió que la había perdido entre los arbustos cuando él la descubrió. Ella se rehusaba a mirarlo y aunque era posible que se ganase un insulto o algo peor por lo que estaba a punto de hacer, se aproximó lentamente con sus prendas de vestir todavía en la mano.

Se detuvo delante de Pilar, a pocos centímetros de distancia y ella no tuvo más remedio que desviar la mirada.



—No deberías haber venido, Pilar —le dijo con la voz más grave de lo habitual. Empezó a vestirse, y mientras lo hacía, no le quitaba los ojos de encima. Cuando terminó de colocarse las botas, se incorporó y la obligó a que lo mirase de frente—. Te deseo tanto que en este momento me cuesta mucho no derribar esa falsa muralla de indiferencia que has erigido a tu alrededor para mantenerme alejado de vos...

Pilar dejó escapar un resuello. Rafael ya no estaba desnudo, sin embargo, era su cercanía la que hacía que su corazón latiera más de prisa. Era esa manera de hablarle la que provocaba que su cabeza se llenase de pensamientos poco decorosos. No podía dejarse llevar por lo que ella también deseaba. Terminar entre sus brazos sería reconocer que él había vencido. ¿Cómo entregarse a Rafael cuando la reemplazaba tan fácilmente con otra mujer?

—Usted también se ha ocupado de mantenerme al margen —lo increpó—. Ha estado evitándome... y sé que lo hace porque frecuenta a la viuda de los altos cada vez que va al pueblo.

Rafael no dijo nada. Quizá tenía derecho de reprocharle su conducta, pero de algún modo sentía que le estaba pagando con la misma moneda. Ella pensaba en otro. Seguía amando al tal Gonzalo Funes... ¿qué le importaba entonces si él frecuentaba a Jimena?

—¿Acaso vos no estás enamorada de Funes? —retrucó para ver con qué le salía a continuación.

Pilar tampoco le respondió enseguida. No porque no tuviese la contestación apropiada, sino porque no podía confesarle que ya no pensaba en Gonzalo con la misma intensidad de antes, que incluso empezaba a creer que jamás había estado realmente enamorada de él.

—¡No puede hacer semejante comparación! —exclamó para no delatar sus sentimientos—. Yo no he vuelto a ver a Gonzalo. Usted, en cambio, no tiene ningún empacho en visitar a su amante y alimentar el morbo de la gente del pueblo que a estas alturas se estarán compadeciendo de mí, la pobre infeliz que permite que su esposo la engañe incluso la noche misma de su boda...

No pudo seguir soltándole reproches porque Rafael la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él hasta que quedó apretada contra su pecho. Pilar apenas podía moverse. Aunque quería golpearlo para zafarse de su agarre, sus brazos habían quedado prisioneros de los de él. Comenzó a agitarse, y de nuevo, todo su ser se encendió cuando él colocó la mano en su trasero para empujarla sobre su acuciante erección. A pesar de haber renegado hasta el último momento de casarse con él, ya no podía seguir fingiendo. Ella también ardía en deseos de que la hiciera suya... de aplacar esa electricidad que recorría cada fibra de su cuerpo cada vez que Rafael la tocaba.

—Es posible que no me creas, Pilar, pero no he estado con Jimena ni con ninguna otra mujer desde que nos casamos. —Le separó un poco las piernas y se frotó contra ella. Vio que una nube de deseo le oscurecía la mirada. No era fácil contenerse cuando parecía estar más que dispuesta a dejar que siguiera avanzando—. No voy a negarte que sí he visitado a Jimena en su casa, pero lo hice solo en calidad de amigo. Ella siempre me presta su oído... desde que la conozco ha sido también mi confidente. Hay ciertos asuntos que no puedo hablar con el padre Braulio, entonces recorro a sus sabios consejos.

—¿Fue idea tuya que se apareciera en la fiesta de bodas?

Rafael sonrió. Lo había tuteado... por fin sentía que ella ya no estaba a la defensiva.

—No, por supuesto que no. Me quedé pasmado al verla. De inmediato la llevé a mi despacho para evitar que los invitados siguieran murmurando a costa nuestra y le reclamé su osadía. No pasó nada entre nosotros esa noche —se apresuró a aclararle—. No fui a visitarla cuando te dejé sola en la habitación, si eso es lo que te preocupa.

A Pilar le costaba creer que después de no acercarse a ella para consumir su matrimonio, no hubiese buscado a su amante para desahogarse. Era ingenua, pero no tonta.

—No... no es necesario que me mientas —le dijo con la respiración entrecortada. No era nada sencillo para ella enfocarse en la conversación cuando

Rafael continuaba pegado a su cuerpo, con el bulto de sus pantalones apoyado en su entrepierna—. Comprendo que los hombres tienen ciertas... ciertas necesidades que deben ser satisfechas. Lo más lógico habría sido que te encontraras con ella esa noche.

—¿Y por eso fuiste al pueblo a la mañana siguiente? ¿Para constatar mi presencia en su casa? —Deslizó una mano por debajo de uno de sus pechos y movió el pulgar hasta que le rozó la punta erecta del pezón. Ya no podía negar que estaba celosa.

Pilar se mordió el labio cuando él se lo apretó por encima del vestido.

—Rafael... —musitó con voz desgarrada, pronunciando aquel nombre como si fuera sagrado, casi suplicando.

Él dejó escapar un gruñido. Parecía físicamente imposible, pero tenía la impresión de que todavía podía endurecer más su erección. Pilar lo deseaba tanto como él a ella. Se lo estaba demostrando, reaccionando y respondiendo a sus caricias con una pasión que desconocía que tuviese. Sin embargo, la duda seguía latente entre los dos.

En ese momento en el cual estaba a punto de perder por completo el control, fue el propio Rafael quien se valió del último vestigio de cordura que le restaba para detenerse. No iba a hacerla suya... no mientras su esposa siguiera pensando en otro hombre. La soltó, solo para comprobar que a Pilar no le agradó que lo hiciera. Lo deseaba tanto como él a ella, sin embargo, no era así cómo quería que sucedieran las cosas.

Respiró profundo y la tomó de la barbilla.

—Será mejor que regresemos a la casa, se está haciendo tarde y se acerca una tormenta. —Sus palabras sonaban a excusa, y a una muy débil, pero necesitaba imperiosamente poner un poco de distancia entre ambos.

Pilar no dijo nada. Se apartó de él y se acomodó la falda del vestido mientras evitaba mirarlo a los ojos.

Rafael tomó las riendas de *Pampa* y lo instó a moverse.

—Si cabalgamos hasta el casco de la estancia llegaremos más rápido —

sugirió Rafael curvando los labios en una sonrisa que, esperaba, compensara su repentino cambio de actitud cuando la tuvo entre sus brazos. Pilar no le respondió, por lo tanto, ante su mutismo, decidió por ella. Sin previo aviso, la sujetó de la cintura y la montó encima de su caballo. La joven estuvo a punto de despotricar, pero cuando él saltó encima del animal y se acomodó detrás de ella, se tragó sus palabras.

Pilar se inclinaba hacia delante para tratar de que su esposo no la tocara cada vez que *Pampa* hacía algún movimiento brusco. Con el brazo que llevaba las riendas, Rafael la rodeaba de la cintura mientras su mano izquierda descansaba sobre su muslo. No había ningún intento de seducción en su comportamiento, pero para Pilar era insoportable que él continuase tocándola después de lo que acababa de ocurrir. La había dejado llegar demasiado lejos solamente para luego darse el lujo de rechazarla. ¿Qué pretendía con semejante humillación? ¿Hacerle pagar por la osadía de querer fugarse con Gonzalo durante su ausencia de la ciudad? Comprendió entonces que no tenía caso encontrar explicación a las inesperadas actitudes de su esposo. Solo había una cosa que ella tenía bien en claro: Rafael no la amaba.

Tras una cabalgata que resultó de lo más tortuosa, tanto para ella como para él, aparecieron por la galería principal cuando empezaban a caer las primeras gotas. Por supuesto, su llegada suscitó de inmediato toda clase de rumores entre los peones y los criados de la casa. La nana Jesusa notó que Pilar no traía consigo la sombrilla y cuando le preguntó por ella, la joven no supo qué responderle.

Aurora los esperaba en el salón con mates y pastelitos. Aceptaron gustosos su invitación, aunque seguían prácticamente sin intercambiar palabras. Jesusa se ausentó para prepararle el baño a su niña y el ama de llaves fue la encargada de cebar los amargos. Intentó entablar una conversación, pero no fue una buena idea. Rafael la escuchaba atentamente, o al menos eso parecía. Pilar, en cambio, tenía la mirada perdida, como si su pensamiento estuviese a leguas de distancia. Había resultado alentador verlos llegar juntos, sin embargo, ahora apenas se miraban.

—¡Antes de que me olvide, Fele! Llegó un telegrama mientras estabas en el campo. —Se puso de pie y fue hasta una mesita que servía para dejar la correspondencia y se lo acercó.

Sin poder ocultar su ansiedad, Rafael abrió el telegrama con tanto ímpetu que casi lo rompió. Bajo la atenta mirada de Aurora y de Pilar, fue arrugando el entrecejo mientras deslizaba sus ojos por el papel.

—Espero que no sean malas noticias —comentó Aurora, preocupada por el cambio de actitud de su muchacho.

Rafael le hizo señas de que lo dejara a solas con su esposa y el ama de llaves no tuvo más remedio que abandonar el salón.

—¿De qué se trata? —preguntó Pilar.

Le dio el telegrama para que ella misma lo leyese. Quería ver su reacción cuando se enterara de que Gonzalo Funes, el hombre por el cual había estado a punto de dejarlo todo, acababa de salir de prisión.

A Pilar le temblaban ligeramente las manos mientras se enteraba del contenido de ese misterioso telegrama que acababa de recibir su esposo. Rafael percibió incluso que soltaba un suspiro de alivio. No podía verla a los ojos, pero apostaba a que estaban húmedos. La emocionaba tener noticias de su enamorado y era una realidad que no podía tolerar.

—¿Y bien? ¿No decís nada? —inquirió, molesto por ser testigo de cómo la mujer con la cual se había casado todavía suspiraba por otro hombre.

Ella por fin apartó la vista del papel y lo miró.

—Gonzalo es un hombre libre.

—Así es. Por los escuetos detalles que me cuenta mi abogado en ese telegrama, ha conseguido que los cargos en su contra queden sin efecto gracias a su oportuna intervención. Supongo que el hecho de que no hubiese gastado el dinero que le robó a tu padre fue un gran punto a su favor...

—¡Gonzalo no se robó ese dinero! —replicó Pilar, saliendo en defensa del joven.

—Como sea, ese hombre ha recuperado su libertad. Espero que puedas dormir

tranquila ahora —dijo en tono burlón. Sentía tanta ira que le hervía la sangre. Se puso de pie para no tener que seguir mirándola mientras abogaba por su enamorado con tanta vehemencia—. Iré a recostarme un rato, te veré esta noche en el comedor.

Pilar se lo quedó mirando cuando Rafael abandonó el salón en dirección a las escaleras. Saber que finalmente se había hecho justicia con un hombre inocente le provocaba una gran alegría. Sin embargo, lo que más le henchía el corazón de felicidad era que hubiese sido el propio Rafael quien lograra el milagro.

No importaba que la hubiese involucrado en un chantaje para jugar las cartas a su favor. Rafael había sido capaz de dejar su orgullo de lado con el único propósito de devolverle la libertad al hombre que pretendía robarse a su esposa.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Jesusa había entrado en el salón para avisarle que su baño estaba listo. Ante la ausencia de una respuesta, la negra se acercó y le puso la mano en la frente para cerciorarse de que se encontraba bien. Pilar entonces la miró.

—¿Qué ocurre mi niña? ¿Ha vuelto a discutir con el señor Rafael?

Pilar negó con un movimiento de cabeza.

—No, nana. Todo lo contrario.

Jesusa torció la boca en un gesto de preocupación.

—¿Qué quiere decir con eso, mi niña?

Pilar se puso de pie y se dirigió hacia la puerta, dejando a la pobre negra en ascuas. Ni siquiera cuando Jesusa insistió con sus preguntas durante el baño de tina, consiguió que la muchacha le contase qué se traía entre manos.



## RENDICIÓN

*E*l Club del Plata, un elegante edificio de estilo renacentista de dos plantas que había sido construido para un comerciante catalán, era uno de los elegidos de los porteños más adinerados a la hora de pasar el rato en compañía de sus pares. Se encontraba ubicado en las intersecciones de las calles Victoria y Chacabuco, a tan solo una cuadra del Club del Progreso, su mítico competidor. Si bien se jactaban de no utilizar sus instalaciones para cuitas políticas, dentro de sus muros se habían concebido golpes de Estado y alguna que otra revolución.

Gonzalo sabía que José Emilio solía frecuentar el club por las noches y solo era cuestión de esperar la ocasión oportuna para poder enfrentarse a él. En un primer momento había pensado en buscar a don Amancio, sin embargo, no era él quien le había causado el dolor más grande. Del padre de Pilar, que nunca lo había querido, podía esperarse una puñalada a traición... no así de quien siempre había considerado su mejor amigo. José Emilio se había burlado de su amistad al convertirse en cómplice de su padre. Y por eso, necesitaba verlo a los ojos cuando le preguntara por qué lo había hecho.

Encendió un cigarro para que la espera en esa fría noche de fines de abril fuese más soportable. Los meses transcurridos en la cárcel le habían endurecido la piel; no obstante, la humedad de Buenos Aires le había calado rápidamente los huesos. Dos hombres se hallaban reunidos en las escalinatas de acceso. Al igual que él, parecía que esperaban a alguien. Uno de ellos señaló hacia la calle al mismo tiempo que una berlina se detenía frente al lugar. Gonzalo se quedó tieso cuando divisó una abundante cabellera rubia asomarse detrás de la cortina.

Arrojó el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta de su zapato. No iba a dejar que José Emilio pusiera un pie en el Club del Plata sin antes hablar con él. En la soledad de su celda, se había imaginado ese encuentro cientos de veces y sabía que no le temblaría la voz a la hora de confrontar al amigo que lo había traicionado. Esperó a que descendiera del carruaje y le salió al paso en medio de la oscuridad. Notó de inmediato la sorpresa en su rostro.

—Buenas noches, José Emilio —le dijo, sin mostrar ninguna emoción.

La impresión de toparse con Gonzalo hizo que el hijo mayor de don Amancio Robles se quedara paralizado. No fue capaz de pronunciar palabra alguna durante unos cuantos segundos.

—Supongo que no esperabas cruzarte conmigo en un lugar como este. —Curvó la boca en una sonrisa irónica—. Salí hace un par de días de la cárcel y tenía deseos de reencontrarme con los viejos amigos.

José Emilio no solo estaba incapacitado para hablar, tampoco le era sencillo respirar, por eso tuvo que aflojarse el nudo de la corbata. Le bastó mirar a los ojos a Gonzalo para descubrir que lo odiaba. Él sabía que lo habían dejado en libertad. Gracias a uno de sus contactos en el Tribunal, estaba al tanto de su situación legal. Muchas veces incluso había llegado hasta la puerta del Cabildo con el propósito de verlo, pero se arrepentía a último momento. Ahora que lo tenía frente a él, lo único que deseaba era pedirle perdón.

—Gonzalo...

—¿Qué vas a decirme, José Emilio? ¿Que sentís mucho lo que me pasó? ¿Que no estabas al tanto de los planes de tu padre? ¡Ahorrarte la saliva porque nada de lo que me digas justifica lo que me hiciste!

—Mi intención nunca fue perjudicarte —alegó el futuro doctor en leyes en un vano intento de justificar su infame comportamiento—. Mi padre solo quería lo mejor para mi hermana. Me convenció de que la felicidad de Pilar estaba al lado de un hombre como Rafael Álvarez Arriaga...

—¿Por eso pusiste tu reloj de oro entre mis pertenencias? ¿También por la felicidad de tu hermana me acusaron de haberme robado el dinero de tu padre



que vos mismo me entregaste?

José Emilio sabía que no tenía perdón de Dios, sin embargo, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir que Gonzalo le perdonara su traición.

—Lamento lo que ocurrió, de verdad. Sos mi amigo y...

—¡Por favor! ¡No me vengas ahora a hablar de amistad! —bramó Gonzalo, haciendo un gran esfuerzo para no hacerle tragar sus palabras de un puñetazo. Sentía tanta rabia que apenas podía controlarse.

—Habría dado mi vida para que nada de esto sucediera, Gonzalo. —Se acercó un poco más a él para que nadie escuchase lo que estaba a punto de decirle—. Existía una razón mucho más poderosa para hacer lo que hice... La verdad es que no soportaba la idea de que te fugases con mi hermana. No porque me parecieras un mal partido para ella, sino porque los celos me carcomían las entrañas cada vez que me los imaginaba juntos.

Gonzalo le lanzó una mirada cargada de perplejidad.

—¿Celos? ¿De qué carajo estás hablando?

José Emilio se pasó la mano por la garganta. Sentía que le empezaba a faltar el aire. Ya no tenía caso seguir ocultándole la verdad... era hora de confesarle por fin lo que sentía por él.

—Sí, Gonzalo... celos. Celos de lo que tenías con Pilar, del modo en que la mirabas y sonreías embobado cada vez que me hablabas de ella. —Se tomó unos segundos antes de proseguir—. Comprendo que ni siquiera te lo hayas podido imaginar, que jamás se te haya cruzado por la cabeza la absurda posibilidad de que estuviese enamorado de vos...

Como si le hubiesen estampado un puñetazo en medio del rostro, Gonzalo retrocedió unos pasos. Se lo quedó viendo, como si esperase que todo lo que José Emilio soltaba por su boca no fuese más que una mentira, o una broma cruel.

—¿Acaso te volviste loco? —lo increpó.

José Emilio observó el estupor instalado en su mirada.

—No —respondió con firmeza a pesar de que le temblaban las manos. El

momento que tanto temía había llegado—. Sé que te parecerá una locura, pero es lo que siento. Te quiero y esa fue la razón por la cual me dejé convencer por mi padre para secundarlo en sus planes.

Gonzalo no sabía si echarse a reír o dejar salir la rabia que llevaba en su interior y hacerle pagar a él solo todo el tormento que había padecido durante los últimos meses. Seguía sin poder dar crédito a lo que acababa de oír. ¿José Emilio estaba enamorado de él? ¿Cómo era posible? Jamás había notado nada extraño. Se comportaba como cualquier joven de su edad... incluso le hablaba de sus varias conquistas, jactándose de las mujeres que se había llevado a la cama. Cuando José Emilio trató de volver a acercarse a él, instintivamente se apartó de su lado. El rencor que sentía por su amigo se convirtió en rechazo con demasiada facilidad. No podía pretender que justificase su traición amparándose en un amor que rayaba lo inmoral.

—Sé que no me merezco tu perdón, Gonzalo —le dijo con la voz estrangulada. Podía soportar cualquier cosa, menos su desprecio—. Sin embargo, ya no soy capaz de seguir escondiendo lo que siento por vos.

Gonzalo le clavó la mirada. Había repudio en sus ojos negros.

—Nunca voy a perdonar tu traición, José Emilio. Con respecto a... a lo otro, lamento que te hayas equivocado tanto. Eras mi amigo y te respetaba. ¡Cómo iba a imaginar que abrigabas sentimientos tan oscuros por mí!

—¡Yo no busqué esto que me pasa! —replicó, levantando considerablemente la voz y olvidándose de dónde estaban—. Siento vergüenza de mí mismo, de lo que deseo y de lo que he hecho. Sin embargo, no estoy avergonzado de mis sentimientos, Gonzalo. Aunque te cause repulsión, te quiero... y eso no va a cambiar nunca.

—¿Cómo pudiste fingir durante todo este tiempo? —le preguntó, tratando de entender su engaño—. ¿Pensaste en lo que dirá tu padre cuando lo sepa?

José Emilio disfrazó su tristeza con una máscara de sarcasmo. No iba a permitir que lo siguiera humillando.

—Don Amancio no tiene por qué enterarse. Si he sabido esconder la verdad

hasta ahora, no me costará nada continuar pretendiendo ser lo que no soy. Quizá hasta le presente a una muchacha para acallar cualquier rumor o disipar alguna sospecha sobre mi orientación sexual.

—Sos peor de lo que pensaba —repuso Gonzalo, negando con la cabeza—. No me asombra que te hayas confabulado con tu padre para jugarme sucio...

—¡Ya te expliqué por qué lo hice! —le escupió—. No podías irte con mi hermana, ella tenía otro destino.

—¿Al lado de un hombre que no ama?

José Emilio vio la ocasión perfecta para darle donde más le dolía.

—Ahora el equivocado sos vos, Gonzalo —dijo con aire sobrador—. Pilar está muy a gusto con su esposo. A pesar de que fue obligada a casarse con Álvarez Arriaga, ha conseguido olvidarte y es feliz con él...

José Emilio apenas logró reaccionar cuando Gonzalo se le abalanzó encima y lo sujetó de la solapa de su fino traje de corte italiano.

—¡Eso no es cierto! ¡Mentís! ¡No sos más que un vil mentiroso! —le gritó, atrayendo la atención de los caballeros que estaban ingresando al club. Muchos de los clientes se detuvieron para presenciar la pelea. No era frecuente que el hijo de uno de los hombres más poderosos de la ciudad protagonizara una trifulca con un don nadie que tenía pinta de malhechor.

José Emilio consiguió soltarse y casi se da de bruces en el suelo al echarse hacia atrás. Se acomodó la ropa y miró de reojo al pequeño pero selecto público que se había agrupado no muy lejos de allí para no perderse detalle de lo que sucedía.

—Aunque te duela, es la verdad. —Le daba rabia ver cómo Gonzalo sufría todavía por el amor de su hermana—. Ese hombre ha logrado conquistar el corazón de Pilar y no me extrañaría que ya estuviesen esperando a su primer hijo.

Gonzalo se negaba a creerle. Su Pilar no podía haberse olvidado de él... sin embargo, durante todo el tiempo que permaneció en prisión, ni siquiera había recibido una carta suya. Ella estaba lejos de Buenos Aires, a merced de un

hombre que disfrutaba de su compañía a diario y que contaba con la ventaja de ser su esposo. ¿Era posible que Pilar se hubiese enamorado del tal Álvarez Arriaga después de rehusarse a casarse con él casi hasta el último momento? A pesar de que se le desgarrase el alma de tan solo imaginarse a Pilar en brazos de ese hombre, sabía que las hirientes palabras que acababa de soltarle José Emilio podían ser el fiel reflejo de la verdad. Sería suficiente con ir hasta Capilla del Señor y comprobarlo en persona... pero no estaba dispuesto a rebajarse otra vez por quien no se lo merecía. Si Pilar había elegido olvidarlo, él haría lo mismo. Miró a su alrededor. Varios hombres continuaban de pie en lo alto de las escalinatas, observando, mientras se fumaban un puro. Parecía que les divertía el espectáculo que le estaban brindando. Soltó con fuerza el aire de los pulmones. Deseaba largarse de ese lugar y no volver a ver a José Emilio nunca más. Sin embargo, antes de hacerlo, debía aclarar un asunto con él.

—Hay algo que me intriga y quisiera que me saques de la duda.

—¿Qué es lo que quieres saber? —José Emilio sabía fingir mejor que nadie y trataba de no mostrarse afectado por haberse convertido en el centro de todas las miradas. Lo más importante para él era que su secreto estuviese a salvo. Gonzalo podía aborrecerlo, pero nunca lo pondría en evidencia ante los demás de esa manera.

—¿Vos tuviste algo que ver con mi puesta en libertad?

José Emilio negó con la cabeza.

—¿Quién llevaba tu defensa?

—Don Luis, pero creo que alguien más estaba involucrado. Cuando le pregunté de quién se trataba, me respondió con evasivas, alegando que lo único importante era que hubiese obtenido mi libertad. No quiso cobrarme por sus honorarios y me dijo que era mejor que no hiciera preguntas. Sin embargo, yo necesito conocer la identidad de la persona que estuvo detrás de todo. Llegué a pensar que te habías valido de tus influencias para sacarme de la cárcel...

—Yo no tuve nada que ver, Gonzalo. Me habría gustado ayudarte, pero como comprenderás, no podía ponerme en contra de mi padre y arruinar el voto de

confianza que depositó en mí después de haber solapado tu romance con Pilar. Él jamás me lo hubiese perdonado.

Gonzalo asintió. ¡Por supuesto que ningún miembro de la familia Robles habría movido un dedo por él! ¡En qué momento se le había cruzado esa absurda posibilidad por la cabeza! Ahora que ya no tenía nada más que hablar con José Emilio, era tiempo de marcharse. Observó de soslayo a su alrededor y se caló el sombrero.

—¿Te vas? —José Emilio lo agarró del brazo para evitar que diera un paso más—. Necesito saber si me perdonaste.

Gonzalo lo fulminó con sus ojos negros.

—Lo que me han hecho vos y tu familia no tiene perdón, José Emilio. No solo me enviaron injustamente a prisión, obligándome a pagar por el único delito que cometí: enamorarme de la mujer equivocada. —Se soltó de su agarre—. Por su culpa, mi madre murió y no pude estar con ella en su lecho de muerte...

—Lo siento mucho, Gonzalo, no lo sabía.

—No me sirve de nada que lo sientas. Me arruinaron la vida y eso no se los voy a perdonar nunca. —Sonrió con ironía—. Quedate tranquilo, no voy a aprovecharme de lo que sé para tomar represalias en tu contra. Estoy seguro de que no podrás ocultar durante mucho más tiempo quién sos en realidad. La verdad, tarde o temprano, sale a la luz. Lo sé mejor que nadie. —Inclinó levemente la cabeza para saludar al grupo de caballeros que los observaba y se marchó de las instalaciones del Club del Plata con la certeza de que había perdido al amor de su vida para siempre.

Vagó por las calles de Buenos Aires sin rumbo fijo hasta bien entrada la madrugada. Antes de que el día clareara, y con una sola idea en la cabeza, enfiló hacia el bajo para reencontrarse con sus antiguos compañeros de causa.

Rafael no era capaz de conciliar el sueño. Se había encerrado en su habitación después de que Pilar lo desairase delante de todos, ausentándose durante la cena,

alegando que padecía un intenso dolor de cabeza. Nada más alejado de la realidad. La verdad es que, tras lo que había ocurrido en el arroyo entre ellos, volvía a evitarlo. De vez en cuando, sus ojos acerados se posaban en la puerta que daba a la habitación que ocupaba su esposa. Estaba harto de esa situación que él mismo había propiciado. La deseaba con locura y esa tarde había comprobado que no le era indiferente a Pilar. Ella había vibrado entre sus brazos... había vislumbrado el deseo en su mirada, el temblor de su cuerpo pegado al suyo. Ignoraba hasta cuándo iban a continuar así, pero tenerla tan cerca y a la vez tan lejos lo estaba sacando de quicio.

Fue hasta la ventana y la abrió. La tormenta que los había espantado esa tarde se cernía sobre el campo, estallando en refucilos y truenos. Un fuerte viento sacudía la copa de los árboles y cuando le dio de lleno en la cara, lo obligó a retroceder. Se desprendió los primeros botones de la camisa mientras desandaba sus pasos hasta detenerse delante del espejo. ¡Qué imbécil había sido al emperifollarse de esa manera para agradar a una mujer que ni siquiera se había molestado en acompañarlo! Había sido Aurora quien le había aconsejado que esa noche se presentara en el comedor con sus mejores trapos. Cuando Pilar no apareció, la pobre no podía mirarlo a los ojos sin sentirse culpable por haberlo alentado a cambiar su habitual atuendo campestre por uno más elegante y acorde a los gustos de cualquier señorita refinada de la ciudad. Respiró profundo y se mesó el cabello, provocando que unos cuantos mechones se salieran de su sitio y terminaran cayéndole sobre la frente. Hubiese dado lo que sea por tener una botella de licor a mano, pero no tenía ganas de bajar al salón para embotarse la cabeza con alcohol. Un relámpago ensordecedor iluminó la habitación y la expresión furibunda de su rostro reflejada en el espejo del ropero hubiese espantado hasta al mismísimo Satanás. Miró en dirección a la cama por encima de su hombro. Ese lecho inmenso y vacío que le recordaba lo desdichado que era su matrimonio. ¿Qué esperaba? Él sabía desde un principio que la boda con Pilar no era más que una farsa... una puesta en escena en donde no habría sentimientos involucrados. Sin embargo, lo que había empezado como una

transacción comercial se estaba volviendo en su contra. No quería dar validez a las palabras de Jimena, pero odiaba tener que reconocer que ella podría tener razón. Con displicencia, terminó de desabrocharse la camisa y se deshizo de ella, arrojándola sobre el perchero de pie que Aurora había ubicado junto al ropero. Estaba a punto de quitarse los pantalones cuando unos golpecitos en la puerta que comunicaba con la habitación de Pilar lo obligaron a detenerse.

Era la primera vez que ella se atrevía a llamar a esa puerta desde que contrajesen matrimonio. Tardó en reaccionar y Pilar insistió. Rafael vaciló un momento antes de abrirle. Ni siquiera pensó en ponerse la camisa y se acercó para ver qué era lo que deseaba.

Le causó un efecto devastador verla allí de pie, vestida solamente con un fino camisón de algodón que, aunque la cubría hasta la altura de los tobillos, se le pegaba al cuerpo en las zonas más redondeadas. Pilar tampoco fue inmune al hecho de que él estuviera con el torso desnudo.

Permanecieron contemplándose en un silencio abrumador que rápidamente se transformó en una incómoda tensión. Parecía que ninguno de los dos se animaba a dar el primer paso. Un trueno reverberó en las paredes de toda la casa y provocó que Pilar diera un respingo. Al hacerlo, se aproximó un poco más a su esposo.

—¿Qué te trajo hasta acá, Pilar? No me digas que le tenés miedo a las tormentas —dijo Rafael para romper el hielo. Estaba tan nervioso como ella, pero necesitaba disimularlo de alguna manera.

Ella se lo quedó mirando durante unos segundos antes de responderle.

—No... al contrario —titubeó—. Me gustan mucho las noches como estas. Cuando era pequeña, mucho antes de que mi madre muriera, José Emilio y yo solíamos burlar la vigilancia de la nana, escondiéndonos en la buhardilla para mirar de cerca la tormenta.

—A mí, en cambio, los truenos y relámpagos me inquietan. —Desvió la mirada para que ella no notara que un velo de amargura nublaba sus ojos. Fue durante una feroz tormenta que su padre lo había encerrado por primera vez en el

sótano de su casa del barrio de Barracas. Por eso, en noches como esa, evocaba los recuerdos más dolorosos de su desdichada infancia—. Pero, bueno, si no le tenés miedo a la tormenta y no estás en mi habitación para que te proteja, ¿qué es lo que has venido a hacer entonces?

Pilar pasó por su lado y se encaminó hacia la ventana. Llevaba el cabello recogido con una cinta en la nuca. La tenue luz que arrojaba la lámpara hacía que la tela del camión se volviera transparente. Los ojos de Rafael recorrieron su espalda, deteniéndose un instante en la delgada cintura de su esposa para luego deleitarse con las generosas curvas de sus caderas. La escuchó respirar profundo, y sin voltearse, contestó finalmente a su pregunta.

—He venido a verte porque no podía dormir sin antes darte las gracias por lo que hiciste.

Era eso. Se había aparecido en su cuarto con la única intención de agradecerle por sacar de la cárcel a su enamorado.

—No era necesario que te tomases tantas molestias —manifestó con sarcasmo.

Pilar se giró sobre sus talones y al quedar de frente, la silueta de sus perfectos y turgentes pechos atrajo toda la atención de Rafael. Era evidente que no llevaba nada debajo del camión... Sintió el tirón en la entrepierna. Su esposa no podía simplemente irrumpir en su habitación de esa manera sin medir las consecuencias de su atrevimiento. Estaba jugando con fuego y parecía muy dispuesta a quemarse.

—Lo pensé mucho antes de venir a buscarte, Rafael.

Que encima mencionase su nombre con esa voz queda, solo aumentaba el deseo que tenía de zanjar la distancia que los separaba y arrojarla sobre su cama.

—Por eso no bajé al comedor a cenar... No sabía qué decirte. Comprendo que no debe haber sido sencillo para vos hacer lo que hiciste, sin embargo, le tendiste una mano a Gonzalo y ahora él es un hombre libre.

—Solo cumplí con mi parte del trato —le aclaró—. Te prometí que haría lo que estuviera a mi alcance para sacarlo de la cárcel. Espero de verdad que no me



defraudes, y vos también cumplas con tu parte.

—Si te preocupa que me escape con Gonzalo ahora que es un hombre libre, podés quedarte tranquilo, Rafael. Soy tu esposa y mi deber es permanecer a tu lado.

Le hablaba de deberes, no de lo que ella deseaba.

—Me cuesta creerte, Pilar. Después de tu renuencia a casarte conmigo y tras dos intentos fallidos de fuga con tu enamorado, es comprensible que no me fíe de tu palabra —le soltó para ver con qué le salía a continuación.

Pilar avanzó unos cuantos pasos hasta quedar a pocos centímetros de él.

—Aunque no me creas, quiero estar con vos. Esta noche deseo compartir tu cama...

Rafael contuvo la respiración. ¿En qué momento las intenciones de Pilar al presentarse en su habitación habían pasado del agradecimiento a una propuesta semejante?

Como él no decía nada, Pilar decidió tomar la iniciativa. Sus dedos recorrieron la delgada línea de vello que nacía a la altura de su pecho y continuaba más allá de la cintura de sus pantalones.

Rafael interrumpió su exploración, sujetándola de las muñecas. La miró a los ojos y comprobó que volvían a brillar de deseo, como esa tarde en el río. Él no era de piedra y todo su cuerpo hacía rato que había empezado a reaccionar.

—Pilar... ¿estás completamente segura de lo que querés? —le preguntó. Ella podía decirle que no y volver a escaparse.

Pilar asintió. No hubo necesidad de palabras. A él le bastó su mirada encendida y esa suave sonrisa suya que lograba acelerarle el corazón. Ambos se miraron. Rafael quería que viera en sus ojos la verdad, el deseo que había despertado en él, la profunda y terrible soledad en la que no se había dado cuenta de que estaba sumido hasta hacía unos momentos, y cuánto deseaba hacerle el amor. De repente, y sin darle oportunidad alguna de reaccionar, Rafael la apretó contra la pared, le tomó la cabeza con las manos y la besó como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida. Sin embargo, no se trataba solamente de la

atracción sexual que hacía que ardiese en deseos de tocarla y de que su esposa también lo tocara... Además de la imperiosa necesidad de poseerla, notaba cómo se apoderaba de él una intensa sensación de dicha nunca antes experimentada. Abandonó su boca y bajó la cabeza para hundirla entre sus pechos. Rafael notó cómo Pilar se estremecía y la oyó gemir. Cerró los ojos mientras ella enredaba los dedos en su cabello y lo atraía hacia sí.

La cálida piel de Pilar emanaba el aroma dulce y penetrante de su perfume francés, envolviendo a Rafael mientras sus cuerpos se movían el uno contra el otro, tensos. Desandó el sendero de regreso a sus labios y la besó con ímpetu. No podía esperar a tenerla entre las sábanas para disfrutar de cada centímetro de su desnudez. Ansiaba darle placer con los dedos y con la boca antes de entrar en ella. La excitante imagen de su cuerpo debajo del de él le vino a la mente con tanta intensidad que tuvo que apartarse para tomar aire un instante.

Completamente arrebolada por la pasión que la consumía, Pilar se lo quedó viendo. Tenía los labios entreabiertos y respiraba ligero. Rafael tomó su mano para guiarla hasta su cama. Ella lo siguió mansamente, expectante frente a lo que estaba por suceder.

Él la hizo sentar y acto seguido, se ubicó junto a ella. Estiró una mano y le soltó el cabello. Sus fuertes dedos descendieron muy despacio por el cuello y desataron las cintas que cerraban el corpiño del camisón. Rafael suspiró cuando logró liberar por fin los pechos de Pilar. Se deleitó la vista unos instantes antes de tomar posesión de ellos; después de soñar tantas veces con ese momento, quería que se prolongase eternamente. Los cubrió con ambas manos, masajeándolos y sintió cómo los pezones cobraban vida bajo el influjo de sus caricias.

Los gemidos de Pilar se hicieron más intensos y fue la única respuesta que Rafael necesitó para seguir adelante. En su mirada había deseo, calor... y algo tan frágil y tan tierno que lo dejó sin aliento. Parecía increíble que esa muchacha hermosa y testaruda que lo había odiado, ahora se consumiese de pasión en sus brazos. Y su corazón, que había estado hundido en la oscuridad los últimos tres

años, volvía a sentirse vivo.

Rafael se puso de pie para contemplarla a sus anchas.

Los pechos de Pilar se levantaban firmes y llenos, coronados con unos pezones erectos de color rosa. Su diminuta cintura se iba abriendo hacia unas caderas seductoras. Y justo allí, entre sus muslos, una fina mata de vello rizado cubría el centro de su femineidad. Sin perder tiempo, se deshizo de los zapatos y los pantalones hasta quedar en ropa interior. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Pilar bajaba la vista hasta detenerse en su entrepierna abultada. Como si hubiese reaccionado al poder de su mirada, su acuciante erección pugnaba por salir de su encierro. Ante su espectadora más ansiosa, Rafael se quitó todo lo demás hasta quedarse completamente desnudo. Se acercó y la tumbó sobre la cama. Quería decirle tantas cosas, y al mismo tiempo, era incapaz de hablar.

Por eso, prefirió invadir su boca, saqueándola y asediándola con su lengua. Pilar respondió de la misma manera, no una defensa sumisa, sino un contraataque con sus propias armas, sus propios objetivos. Entrelazó los dedos en el cabello de su esposo. Rafael aplastó los labios contra los suyos, intentando defenderse, exigiendo la rendición. Era una batalla cuerpo a cuerpo, en donde ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder terreno.

Con un abandono salvaje, Pilar puso los brazos alrededor de su cuello y él la abrazó fuerte. Sus labios volvieron a encontrarse, violentos y exigentes. La pasión estalló, imperativa y ambiciosa. Rafael le acarició el cuerpo y ella se retorció ante ese contacto experimentado. Su cálida piel parecía quemarle el alma mientras que Rafael solo deseaba poseerla y devorarla. Como un aventurero en una tierra desconocida, buscó y exploró sus secretos ocultos hasta que sus dedos alcanzaron los rizos enredados. Los introdujo en los frágiles pliegues de su carne, húmeda con la bienvenida, temblando de necesidad, y suavemente acarició el delicado brote de su femineidad.

Pilar gritó de sorpresa y placer, entonces Rafael inclinó la cabeza para tomarle el pezón en la boca. Los dientes y la lengua repetían las caricias de sus dedos, y ella empezó a gimotear con las exquisitas sensaciones que la estaban invadiendo.

Las manos de Pilar buscaron las de su esposo y él volvió a tomar por asalto su boca. Sus cuerpos entrelazados se retorcían en una lucha sin cuartel. En un momento, era ella quien parecía tener el dominio de la situación, pero al siguiente instante, Rafael retomaba el control. La miró a los ojos justo antes de penetrarla y ella elevó las caderas para moverse al unísono, siguiendo un ritmo más allá del tiempo... más allá de la verdad.

—Tranquila, Pilar. No tengas miedo... —musitó en su oído mientras subía y bajaba despacio.

Pilar gritó su nombre repetidas veces en un frenesí de crepitante placer y posesión egoísta.

Rafael se echó hacia atrás, prolongando la enloquecedora expectación, después se hundió una y otra vez, mientras sus embestidas se volvían más rápidas. Juntos, se movieron a un ritmo primitivo, y con un grito alcanzaron la cima del placer absoluto. Se aferraron uno al otro con fuerza, con el cansancio nacido de la pasión gastada y el encanto compartido. Lánguidamente, los gemidos y los jadeos dieron paso al silencio.

Rafael se tumbó boca arriba y ella se dejó caer encima de él.

Pilar estaba maravillada. No sabía que el acto sexual podía ser tan intenso, tan tierno y tan salvaje a la vez.

Se quedaron dormidos mientras afuera se desataba la lluvia y el fuerte aguacero golpeaba contra el techo de tejas.



## EL MIEDO MÁS GRANDE

Aurora aguardó con impaciencia a que Jesusa saliera de la habitación de la señora Pilar. Si sus sospechas eran ciertas, estaba a punto de escuchar la mejor de las noticias. Esa mañana, Rafael se había aparecido por la cocina más temprano de lo habitual, con el semblante relajado y un brillo diferente en la mirada. Apenas se había tomado unos amargos mientras cruzaba dos palabras con ella y Herminia antes de salir disparado hacia las caballerizas. Lo conocía demasiado bien como para aseverar que su joven esposa era la responsable de que esa mañana en particular se hubiese levantado de buen humor. Contuvo el aliento cuando escuchó que la puerta de la habitación que ahora ocupaba Pilar Robles se abría muy despacio. Secó el sudor de sus manos con el delantal y se acercó a la negra.

—¿Sucede algo, Jesusa? —le preguntó al ver que la nana no decía nada. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de asombro en el rostro.

Jesusa la miró.

—Mi niña no está... Ni siquiera ha dormido en su habitación anoche — balbuceó antes de soltar un suspiro prolongado.

Aurora sonrió. Era precisamente lo que esperaba escuchar.

—¿No le alegra saber que por fin esos dos testarudos han dejado los rencores y miedos a un lado para intentar ser felices?

Jesusa no supo qué responder. Por un lado, la tranquilizaba saber que su niña Pili había comprendido cuáles eran sus deberes de mujer casada, y que, sobre todo, se hubiese olvidado del joven Gonzalo Funes al entregarse a su esposo...

sin embargo, tenía miedo de que don Rafael también la hiciera sufrir. Él parecía no abrigar ningún sentimiento sincero hacia Pilar y, además, había escuchado ciertos rumores entre los peones acerca de la prematura muerte de su primera esposa. Aunque todo el mundo, o casi todos, le dijese que don Rafael Álvarez Arriaga en el fondo era un hombre bueno, ella seguía desconfiando de él.

—Sí, por supuesto —respondió finalmente la negra—. Es solo que...

—¿Qué cosa? ¿De qué tiene miedo, mujer? —Aurora le dio una palmadita en la espalda—. Mi Fele se merece ser feliz al lado de alguien tan bondadoso y dulce como su niña. Misia Pilar es como un rayito de luz que ha entrado en su vida para iluminarla... Fele ha sufrido demasiado ya, sumido durante muchos años en la más absoluta oscuridad. Ahora es tiempo de dejar el pasado atrás y mirar hacia adelante. Estoy segura de que al lado de su niña él conseguirá apartar esos fantasmas que continúan atormentándolo.

Jesusa arrugó el entrecejo.

—¿A qué se refiere con eso? Los peones han estado hablando sobre la señora Elena y su trágica muerte. Algunos incluso ponen en duda de que haya muerto al caerse de su caballo. ¿Acaso eso no es verdad y su señor tiene algún oscuro secreto que mi niña no puede conocer? Si es así, me gustaría que me lo contase...

—No soy quién para revelar una verdad que no me pertenece, Jesusa, pero, así como estoy segura de que mi Fele solo podrá ser feliz junto a su niña, también estoy convencida de que pronto será él mismo quien decida contarle todo a ella. —Esperaba dejarla tranquila con su respuesta. Escarbar en un pasado tan doloroso precisamente ahora que vislumbraba un futuro dichoso para Rafael no tenía razón de ser—. ¿Por qué no va a ver si precisa algo? Supongo que estará tan ansiosa como yo de saber cómo se encuentra esta mañana.

Jesusa asintió. Aunque le hubiese gustado seguir indagando sobre el pasado del señor, Aurora tenía razón. Si la niña Pili había pasado la noche con su esposo, seguramente la necesitaba más que nunca. Se despidió de ella con la promesa de tenerla al tanto de lo que sucedía y se dirigió hacia la habitación que

ocupaba don Rafael.

Llamó antes de entrar y como no recibió respuesta, decidió pasar.

La habitación se encontraba en penumbras. Por lo visto, ninguno de los criados había estado allí todavía, quizá atendiendo al pedido del propio patrón. Caminó raudamente hacia las ventanas y corrió el cortinado. Cuando miró por encima de su hombro, descubrió que su niña ni siquiera se había despertado por la entrada repentina de luz que rápidamente inundó la habitación. También descubrió, azorada, que su camisón estaba tirado en el suelo, a los pies de la cama en donde ella dormía plácidamente sin que nada ni nadie perturbase su sueño. Su cabellera alborotada estaba desparramada sobre la almohada y la sábana apenas le cubría el cuerpo. La ropa del señor Rafael colgaba del perchero y el único vestigio de su presencia en el lugar era el olor de su agua de colonia que todavía se sentía en el aire. Incapaz de seguir con la duda de quién había dado el primer paso la noche anterior para consumir por fin su matrimonio, se acercó hasta la cama y sacudió a Pilar del hombro para tratar de despertarla.

—Niña Pili... despierte. —Como ella parecía no escucharla, o fingía no hacerlo, levantó el tono de su voz y la sacudió un poco más fuerte—. ¡Vamos, tiene que despertarse! ¡Niña Pili!

Pilar emitió un quejido, pero seguía sin moverse. Estaba demasiado a gusto retozando en la cama de su esposo.

—¿Me escucha, niña?

—Sí, nana, te escucho —respondió Pilar, girando la cabeza hasta apoyar la mejilla en la almohada donde había estado Rafael. Respiró hondo para llenarse de su olor.

Jesusa rodeó entonces la cama para poder verla a la cara. Si su intención era evitarla, no lo iba a conseguir. Se sentó junto a ella y cruzó ambas manos en su regazo. Pilar la espió por el rabillo del ojo. Era su típica postura de “no moveré de acá hasta saberlo todo” y no había escapatoria posible. A sabiendas de que llevaba las de perder, se incorporó y descansó el cuerpo en el respaldar de bronce de la cama, mientras se cubría con las sábanas. Nunca se había mostrado

tan pudorosa con la nana, pero sentía que a partir de lo que había ocurrido la noche anterior, las cosas iban a cambiar. Se atusó el cabello y soltó un resuello.

—Será mejor que no se haga la distraída y me diga cómo es que terminó metiéndose en la cama de su esposo después de que ni siquiera bajase a compartir la cena con él —la increpó—. Pensaba que habían vuelto a discutir y que por eso se rehusó a bajar anoche... sin embargo, es evidente que me equivoqué.

—Rafael y yo no nos peleamos, nana —se apresuró a aclarar—. Sucedió exactamente lo contrario...

Las palabras de Pilar aumentaron la curiosidad de la negra.

—Explíquese —le exigió, poniéndose en su rol de madre protectora.

—Si no bajé a cenar anoche fue porque estaba confundida...

—¿Confundida?

Pilar asintió.

—Ayer Rafael recibió un telegrama de Buenos Aires en donde le comunicaban que Gonzalo ha salido de la cárcel.

Jesusa abrió bien grande la boca. Como las novedades la dejaron muda, Pilar continuó con su relato.

—Fue el propio Rafael quien le pidió a su abogado que hiciera todo lo posible para liberarlo —explicó—. Lo hizo con la condición de que yo aceptase casarme con él sin oponer ninguna resistencia. Por supuesto, y pensando en el bienestar de Gonzalo, me presté a formar parte de su juego. Yo cumplí con mi parte y él con la suya.

A Jesusa le costaba creer que el señor Rafael hubiese sido capaz de abogar en favor del hombre que pretendía robarse a su mujer; no obstante, las palabras de su niña no dejaban lugar a las dudas. ¿Es que acaso estaba equivocada al pensar que podría llegar a lastimarla?

—¿Y todo eso qué tiene que ver con lo que sucedió anoche?

Pilar no pudo evitar sonrojarse. Sabía que su nana no vería con buenos ojos que se hubiese presentado en la habitación de un hombre con la velada intención



de meterse en su cama. Aunque ese hombre fuese su esposo. Por eso, decidió que le contaría parte de la verdad para dejarla conforme.

—Necesitaba ganar tiempo para saber qué hacer, nana. No es sencillo para mí tener que reconocer que, a pesar de todo, Rafael se ha comportado como todo un caballero. Otro hombre en su lugar no habría movido un dedo para ayudar al enamorado de su esposa. —Vio que su nana asentía con la cabeza—. Cuando escuché que estaba en su habitación, me atreví a llamar a su puerta para hablar con él y darle las gracias. Supongo que una cosa llevó a la otra y después de lo que había sucedido entre nosotros más temprano, era natural que terminásemos haciendo el amor.

Jesusa arqueó las cejas. Ahora comprendía la conducta errática de su niña la tarde anterior cuando llegó de su paseo por el campo acompañada de su esposo.

—Entonces... ¿usted y el señor han intimado antes?

Pilar se mordió el labio.

—No hasta ese punto, nana, pero sí... Rafael y yo nos hemos besado en varias oportunidades —dijo, disfrazando la verdad para no escandalizar a la negra.

Jesusa presumía que no habían sido solo besos, pero no quería avergonzarla con más preguntas indiscretas. Ella solo necesitaba saber qué pensaba, qué sentía su amada niña ahora que se había convertido en la mujer de don Rafael Álvarez Arriaga. La miró fijo, con esos ojos color chocolate que siempre la contemplaban con el cariño de una madre.

—¿Va a decirme por fin qué significó para usted haberse entregado a su esposo o tendré que adivinarlo?

Pilar contempló en silencio el lado vacío de la cama que había dejado Rafael al marcharse temprano esa mañana sin siquiera despedirse. Ella ya no tenía dudas de sus sentimientos. Era la mujer de Rafael, en cuerpo, alma y pensamiento. Sin embargo, tenía la sensación de que la noche de amor que habían vivido no significaba lo mismo para él. ¿Por qué había abandonado la habitación como si estuviese huyendo? Ni siquiera un beso o unas palabras cariñosas antes de irse al campo. A pesar de lo que había ocurrido, se sentía más

sola que nunca en esa cama en la que, hacía apenas unas horas, se habían amado. Tuvo un repentino deseo de llorar, por eso volteó el rostro para que su nana no se diera cuenta. Su táctica no funcionó. Jesusa la sujetó de la barbilla y la obligó a que la mirase.

—¿Qué ocurre, mi niña? —Sacó un pañuelo del bolsillo de su vestido y se lo entregó.

Pilar se lo aceptó y lo apretó entre sus manos.

—Supongo que la abuela Encarnación tenía razón y contra todos los pronósticos, terminé enamorada del hombre que mi padre eligió como esposo — le confesó entre suspiros.

Jesusa dejó caer su pesado cuerpo sobre la cama y extendió sus brazos hacia la temblorosa muchacha. Pilar se arrebujó en el regazo de su nana para derramar todas esas lágrimas que ya no podía contener. Descubrir y aceptar que se había enamorado del hombre que pasó por encima de sus propios sentimientos al pactar la boda con su padre no era una realidad fácil de sobrellevar. Rafael no la amaba. Ella era solo un trofeo para lucir delante de los demás... la prueba de que no le había costado demasiado esfuerzo salirse con la suya. Se la había arrebatado a Gonzalo Funes, llevándose a una de las jovencitas casaderas más deseadas de Buenos Aires. Sin dudas, Rafael Álvarez Arriaga tenía razones de sobra para estar contento. Y ella ni siquiera sabía qué le esperaba de ahora en adelante. Cerró los ojos y se adormeció escuchando la suave voz de la negra Jesusa que le pedía que ya no se preocupase, que todo iba a estar bien.

El padre Braulio estaba repasando el sermón que leería en la misa del domingo cuando escuchó que alguien carraspeaba a sus espaldas. Cerró la biblia y la dejó encima del altar antes de voltearse. Al hacerlo, se sorprendió al ver a Rafael. No solía aparecerse de sorpresa, mucho menos en la iglesia. Él siempre prefería buscarlo directamente en la sacristía.

—¿Interrumpo?

Braulio negó con la cabeza.

—No te esperaba. Sin embargo, tenía el presentimiento de que tarde o temprano vendrías a verme, Fele —le dijo mientras se quitaba los anteojos que usaba para leer.

Rafael trató de hacer caso omiso de su comentario. No había sido sencillo decidir venir al pueblo para pedirle su consejo, sobre todo, porque estaba seguro de que Braulio terminaría por soltarle su tradicional y certero “te lo dije” cuando le contase el motivo de su visita a la iglesia.

Se dirigieron hacia su vivienda para acompañar la charla con unos mates. Rafael tenía el estómago atenazado por los nervios, pero sabía que sería un sacrilegio rechazar un amargo cebado por su gran amigo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el cura apenas Rafael ocupó su lugar, en la cabecera de la mesa—. Si has venido hasta mi iglesia debe tratarse de un asunto muy serio.

Rafael le devolvió el mate y no dijo nada. Prefirió permanecer callado, esperando quizá que Braulio sacase sus propias conclusiones.

—Ese silencio tuyo es más evidente de lo que pensás.

—¿Acaso soy tan obvio?

El cura asintió.

Rafael abandonó la silla y caminó hasta la chimenea. Se mesó el cabello con fuerza antes de girarse sobre sus talones.

—Por primera vez en mi vida, no sé qué diablos hacer —le soltó mientras respiraba con fuerza—. Pensé que tendría todo bajo control, que mi matrimonio con Pilar no me traería tantos quebraderos de cabeza...

Braulio no se molestó en disimular el gusto que le daba escucharlo. Saber que ese ridículo plan que había urdido empezaba a desmoronarse era lo mejor que le podía pasar al necio de su amigo.

—¿Qué ha pasado exactamente? —quiso saber. Necesitaba estar al tanto de todos los detalles si iba a dar un consejo.

Rafael volvió a ocupar su sitio y se agarró la cabeza con ambas manos.

—Anoche cometí un gran error y no sé cómo remediarlo. —Le contó sobre el pacto que había hecho con Pilar y que ella, para agradecerle que hubiese liberado a Gonzalo, se había metido en su cama—. No debí dejarme llevar por mis instintos y evitar que sucediera... pero no fui capaz. Vos mejor que nadie sabés lo débil que es la carne, especialmente, la de un pecador como yo.

Ahora fue Braulio quien se tomó un momento para meditar. Que Fele y su esposa hubiesen consumado el matrimonio no era un error. Con esa manera que tenía su amigo de mirar a Pilar, lo más extraño era que no la hubiese hecho suya antes. ¿Por qué esperar a que ella diese el primer paso? Habría querido preguntárselo, sin embargo, optó por no indagar más a fondo sobre sus cuitas maritales. Lo importante era que habían cumplido con lo que mandaba la iglesia.

—Que vos y Pilar hayan consumado su unión es lo más natural del mundo. Si mal no recuerdo, uno de tus propósitos al casarte con ella era el de perpetuar tu apellido con la llegada de un hijo. Quién sabe, tal vez ya se esté gestando en el vientre de tu esposa.

A Rafael ni siquiera se le había cruzado por la cabeza la posibilidad de que la noche que había pasado con Pilar trajera consecuencias tan pronto. Aunque la idea no le disgustaba, sí lo inquietaba que un hijo suyo naciera en medio de un matrimonio de mentiras, en el que Pilar solo se había entregado a él porque se sentía en deuda por sacar a su enamorado de la cárcel.

—Después de lo que pasó anoche entre nosotros, no sé cómo debo tratarla, Braulio —manifestó con preocupación—. Por eso, esta mañana no pude quedarme a su lado. Preferí desaparecer antes de que Pilar se despertara.

—No vas a poder seguir huyendo de ella... o de lo que sentís por mucho más tiempo, mi querido Fele. —Ante el mutismo de su amigo, Braulio aprovechó para continuar hablando. Tenía que hacerlo entrar en razón cuanto antes y que dejase ese miedo absurdo que le impedía entregarle el corazón a su mujer—. Te advertí que el plan podría voltearse en tu contra, y fue antes de lo esperado. Voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con la verdad. No solo soy tu amigo de la infancia, también soy tu confesor y por lo tanto, no podés mentirme

porque sería como mentirle a nuestro Señor.

Rafael solo se limitó a asentir. Si había llegado hasta allí, no tenía sentido esquivar las preguntas del padre Braulio. Necesitaba con urgencia de sus sabias palabras para comprender de una buena vez qué diablos le estaba ocurriendo.

—¿Estás enamorado de tu esposa?

Esa era precisamente la pregunta que más temía contestar. Reconocer que se había enamorado de Pilar a pesar de renegar del amor durante tanto tiempo no era fácil para alguien como él, que creía que enamorarse era sinónimo de debilidad, y haberse dejado llevar por la pasión la noche anterior lo demostraba. Había bajado la guardia apenas Pilar se apareció en su habitación. Ella ejercía un poder sobre él que lo anulaba. Se volvía vulnerable con su sola presencia y era algo a lo que no estaba acostumbrado. Y entonces, supo que eso era precisamente el amor. Ese sentimiento esquivo del que había carecido durante su niñez, al padecer los continuos maltratos de su padre, ahora lo apabullaba de tal manera que no era capaz de reaccionar. Pilar era el amor... su amor. Ella había conseguido que su atormentado corazón saliera de la más profunda oscuridad. Era por Pilar que había vuelto a latir. Sin darse cuenta, empezó a sonreír.

—No hay que ser adivino o indagar demasiado para conocer la respuesta a mi pregunta, Fele —alegó Braulio dejando el mate de lado—. Basta ver esa expresión embobada en tu cara para saber que has caído rendido a los encantos de tu adorable esposa antes de lo previsto. Yo estaba convencido de que tarde o temprano terminarías enamorado de ella hasta los huesos y me alegra mucho no haberme equivocado.

Para Rafael, que Braulio hubiese puesto en su boca las palabras que a él en ese momento no le salían significó un gran alivio. Una cosa era descubrir que Pilar había conseguido conquistar su corazón y otra muy distinta, ventilar sus sentimientos delante de los demás. Ni siquiera estaba seguro de que sería conveniente que ella lo supiese. Cuando se lo comentó a su amigo, este, como era de esperarse, puso el grito en el cielo.

—¡Por supuesto que le vas a decir a tu esposa que estás enamorado de ella! —

le exigió—. Pilar tiene derecho a saberlo. —Vio que Rafael negaba con la cabeza—. ¿De qué tenés miedo?

Antes de responder, Rafael respiró profundo. Pocas cosas en la vida le provocaban temor... ser rechazado por aquellos a los que amaba era su miedo más grande.

—Si yo supiera lo que Pilar siente por mí, todo sería más fácil —dijo, y luego hizo una pausa para darle la oportunidad al cura de interrumpirlo. Como no lo hizo, prosiguió—. No he podido descifrar a mi esposa todavía. No es indiferente a mis besos, tampoco a mis caricias... Sin embargo, lo que más preocupa es que se haya entregado a mí justamente después de enterarse de que, gracias a mi intervención, Funes salió de la cárcel.

—Y pensás que lo hizo como una manera de compensarte por lo que hiciste.

Rafael asintió. Notó que Braulio se removía en la silla. Estaba seguro de que quería decirle algo, pero no se animaba a hacerlo.

—Vine a verte en busca de consejo, Braulio. Necesito de tu ayuda. Si hay algo que vos sepas y yo no, te ruego que me lo cuentes.

No era habitual que Rafael Álvarez Arriaga le rogase nada a nadie, pero había ciertos límites que no podía cruzar. Ni siquiera para tenderle la mano a un buen amigo.

—Sé que Pilar ha venido a verte...

—¡En calidad de confesor, Fele! —repuso Braulio al confirmar cuál era su intención—. Y como tal, es imposible que te revele lo que me ha contado.

Ante su negativa, Rafael desistió de seguir preguntando. Era absurdo, pero sentía celos de que Braulio conociera los secretos de su esposa.

—El mejor consejo que puedo darte es que hables con Pilar y le digas cuanto antes lo que sentís por ella. Evitarla por temor a lo que pueda suceder cuando lo sepa no es la solución más apropiada, tampoco la más valiente. Sos un hombre hecho y derecho, Fele. Te has enfrentado a dilemas más intrincados en el pasado... Descubrir si tu esposa está enamorada de vos o todavía quiere a ese muchacho debería ser tu prioridad en este momento. No esperes más... yo sé por

qué te lo digo.

Las últimas palabras que pronunció el padre Braulio antes de dejar zanjado ese asunto fueron las que necesito Rafael para tomar el toro por los cuernos y salir de dudas de una vez por todas.

Esa misma noche, después de la cena, hablaría con Pilar. Y aunque durante los últimos años venía renegando de su fe... ¡que fuese lo que Dios quiera!

Pilar no pensaba quedarse encerrada en la casa mientras su esposo se encontraba en el pueblo, tal vez visitando a la viuda de los altos. Desoyendo el pedido de su nana, quien le sugirió que ayudara en la cocina con la elaboración del almuerzo, salió a dar un paseo por los alrededores de la estancia. Su intención no era deambular por el campo para pasar el rato. Quería llegar hasta el sitio en donde descansaban los restos de la primera esposa de Rafael. Nadie le hablaba de ella y cuando hacía alguna pregunta, le contestaban con evasivas. Lo que más llamaba su atención era el hecho de que hubiese sido sepultada en un rincón de la estancia y no en un cementerio de Buenos Aires, cerca de su familia. Conocía el camino de memoria y no le costó llegar. Aunque hacía algunos días que el clima se había endurecido y el otoño había llegado para quedarse, la mañana estaba soleada. A medida que se iba alejando del casco para internarse en el monte, el frío se acentuaba. El viento soplaba con fuerza, silbando entre las copas de los árboles que se doblaban a su completa merced. Pilar se cubrió la cabeza cuando la brisa empezó a alborotar sus cabellos. Avanzó unos cuantos metros por el mismo sendero que había tomado la tarde en la que se había encontrado con Rafael y al levantar la vista, divisó la cruz de madera a su derecha. Se acercó, y al hacerlo, descubrió que alguien había dejado un ramo de jacintos sobre la tumba. Eran frescos, por lo que dedujo que llevaban allí muy poco tiempo. Se preguntó si habría sido Rafael quien los dejase antes de irse al pueblo o tal vez había sido la fiel Aurora. Se agachó para apartar el ramo y vio que debajo había una pequeña placa de metal con un nombre y una fecha grabados.

*Elena Echagüe de Álvarez Arriaga. Enero de 1871.*

Ninguna frase emotiva que la recordara con cariño. Sepultada allí, en medio del campo y alejada del casco de la estancia, parecía una manera más de mantenerla en las sombras. ¿Qué misterio rodeaba su muerte? Rafael casi nunca la mencionaba, y cuando lo hacía, su semblante se tornaba sombrío de inmediato. Tenía la sensación de que todos en *El Refugio* conocían la verdad, pero nadie se animaba a decírsela. Lo único que sabía era que la primera esposa de Rafael había muerto como consecuencia de un golpe en la cabeza que recibió al caerse de su caballo. ¿Qué podía haber de extraño en el accidente ecuestre que le había costado la vida a Elena Echagüe? ¿Por qué ese hermetismo alrededor de un hecho tan trágico? Era inútil preguntarle a Rafael, sobre todo si se pasaba todo el día haciendo hasta lo imposible para evitarla. Por eso, optaría por una solución más práctica, y quizá, más efectiva también. Si había alguien que seguramente estaba al tanto de todo lo que ocurría con su esposo, esa era Jimena Ortiz, la viuda de los altos. Resuelta a hablar con ella esa misma mañana y corriendo el riesgo de toparse con Rafael si se aparecía en su casa, dio por finalizado su paseo y se dirigió al casco con la intención de pedirle a uno de los peones que la llevase al pueblo.

Caminaba con tanta prisa que tardó la mitad del tiempo en volver. Al pasar por las caballerizas vio a Froilán y a Marcial, pero no había rastros de Rafael todavía. No le importó. Aunque le enfurecía la posibilidad de que estuviese con su amante, quizá terminaba matando dos pájaros de un tiro al sorprenderlo en la cama de la viuda. Él le había asegurado que no se había acostado con ninguna mujer desde la boda, sin embargo, ¿cómo fiarse de la palabra de un hombre que huía de su esposa a la mañana siguiente de haberla hecho suya? Apenas puso un pie en la galería principal, les preguntó a las criadas por Pancho. Fue Aurora quien le avisó que acababa de irse al campo después de tomarse unos mates en la cocina con Herminia. Le pidió por favor que lo buscase, y para no levantar



sospechas, le dijo que necesitaba ir hasta Capilla del Señor para ver a su confesor. Cuando Jesusa se enteró y se ofreció a acompañarla, no supo cómo salir de semejante brete. La negra estaba empecinada en ir con ella, pero le explicó que se demoraría porque aprovecharía para visitar a Alicia Hidalgo y logró convencerla de que se quedase en *El Refugio*, esperando su regreso.

Pancho, siempre solícito a la hora de cumplir con las órdenes de sus patrones, apareció con la berlina tan pronto que apenas le dio tiempo a Pilar para cambiarse de vestido y acicalarse un poco.

—Si el señor regresa antes que yo, dígame que me retrasé en el pueblo, en casa de los Hidalgo —le pidió a Aurora antes de subirse en el coche.

—¿Vendrá a almorzar, señora Pilar?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, Aurora. Es posible que almuerce con Alicia.

—Dele mis saludos al padre Braulio y dígame que venga a visitarnos.

Pilar le sonrió. Tal vez era menester pasar por la iglesia y así cubrirse las espaldas en caso de que alguien descubriera su mentira. Después de su encuentro con la viuda, resolvería qué hacer a continuación. Se despidió agitando la mano y se dejó caer en el asiento. No se sentía orgullosa de lo que estaba a punto de hacer, pero su propio esposo le había confesado que Jimena Ortiz no solo era su amante, sino también su confidente. Si quería saber qué se ocultaba detrás de la muerte de Elena Echagüe, esa mujer era su mejor opción.

Cuando la berlina entró al pueblo por la calle principal, Pilar prefirió no darle ninguna indicación a Pancho. Se detuvieron frente a la iglesia y al bajarse, le dijo que antes de ir a ver al padre Braulio pasaría por el almacén de ramos generales para hacer unas compras. Pancho se ofreció a llevarla, pero Pilar insistió en que prefería ir caminando. La perdió de vista al doblar en la calle Bolívar y no tardó en echarse a descansar un rato en el pescante mientras ella volvía.

A medida que se iba acercando a su destino, Pilar miraba por encima de su hombro con el temor de toparse con algún conocido. Sintió un gran alivio cuando descubrió que ni el caballo de Rafael ni el carruaje que utilizaba de vez

en cuando para trasladarse al pueblo estaban frente a la casa de los altos. Aminoró la marcha cuando divisó a una pareja que cruzaba la calle en ese momento. Esperó hasta que se alejaron para plantarse frente a la propiedad de dos plantas. Hizo sonar la aldaba tres veces mientras rogaba que le abriesen pronto para que nadie la viese allí y tuviese la oportunidad de esparcir el rumor de que la joven mujer de Rafael Álvarez Arriaga visitaba a la amante de su marido.

Una mujer vestida sobriamente de negro apareció justo antes de que volviera a llamar. La contempló de arriba abajo antes de preguntarle qué deseaba.

—Debo hablar con su señora. Es un asunto urgente —le dijo bajando el tono de su voz y oteando hacia ambos lados para asegurarse de que no había nadie cerca.

La mujer dudaba. Era la primera vez que la veía y temía que hubiese llegado para armar un escándalo.

—¿Mi señora la conoce?

—Soy Pilar Robles, la esposa de Rafael Álvarez Arriaga.

Cuando pronunció ese nombre, la mujer de inmediato se movió para dejarla pasar. Recogió su abrigo y su bolso y la condujo hacia el salón principal.

—Espere aquí —le indicó que se sentara, pero Pilar prefirió permanecer de pie—. La señora bajará en un momento.

—Gracias —musitó mientras sus curiosos ojos recorrían el lugar. Apenas se quedó sola, se aproximó a un mueble en donde había una gran variedad de bebidas alcohólicas. Se imaginó que era allí donde recibía a sus amigos, antes de hacerlos pasar a sus aposentos. Observó el canapé de cuero rojo y fue imposible no imaginarse al propio Rafael tendido allí, disfrutando de los placeres que seguramente una mujer de esa calaña sabía brindar a los hombres. Junto a la chimenea, colgaba un inmenso espejo con bordes labrados. Contempló su imagen un instante. Uno de los broches que le sujetaban el cabello se había deslizado hacia abajo y el frío le había enrojecido la nariz. Estaba arreglándose el peinado cuando vio a la dueña de casa reflejada en el espejo.

—Me dijo Sabina que deseabas hablar conmigo.

Pilar no dijo nada. Se volteó muy despacio y la observó detenidamente. Llevaba un *déshabillé* de seda azul que llegaba hasta el suelo y un lazo del mismo color en la cabeza hacía que su abundante cabellera oscura con hebras de plata se mantuviese en su sitio. Así, vestida de entrecasa, estaba más elegante que ella. ¿Cómo no iban a caer rendidos a sus pies los hombres del pueblo? Tragó saliva. En ese momento, se dio cuenta de la estupidez que acababa de cometer.

—Lo siento, ni siquiera debí haber venido. —Se dirigió hacia la salida a toda prisa—. Le pido disculpas si la he molestado...

—Si viniste hasta acá, debe ser algo realmente importante, Pilar.

El hecho de que la volviera a tutear y que además la hubiese llamado por su nombre, hizo que Pilar se detuviera en seco a mitad de camino.

—¿Por qué no nos sentamos? —la instó a ocupar uno de los sillones, pero Pilar vaciló un momento antes de aceptar su invitación—. No estoy acostumbrada a recibir la visita de otras mujeres, aunque te confieso que, de alguna manera, sabía que un día llamarías a mi puerta.

Pilar se sentó y juntó ambas manos sobre su regazo. Cuando Jimena le preguntó qué deseaba tomar, le dijo que no acostumbraba a beber y le ordenó a Sabina que le trajese un té.

—Supe que el otro día estuviste a punto de venir a verme —comentó la viuda, atenta a la reacción de la más joven.

Pilar no se sorprendió. Seguramente el mismo Rafael se lo había contado.

—A veces suelo ser muy impulsiva y no mido las consecuencias de mis actos —respondió a modo de justificación—. Esta mañana, por ejemplo, llegué hasta su casa empujada por la imperiosa necesidad de hablar con usted... sin embargo, creo que cometí un gran error.

Jimena no estaba de acuerdo.

—No hay que resistirse a los impulsos. Gracias a ellos, hacemos cosas que quizá no nos atreveríamos a hacer con la cabeza fría. —Se cruzó de rodillas y

empezó a mover ligeramente la pierna—. Antes de que me digas a qué viniste exactamente, me gustaría pedirte disculpas por aparecer en la fiesta de bodas sin haber sido invitada.

—Si no hubiese aparecido, quizá nunca me habría enterado de la clase de... de relación que tiene usted con mi esposo.

Un silencio cargado de tensión se instaló en el ambiente. Se miraron a los ojos, como si estuvieran estudiándose. Jimena admiraba la valentía de la muchacha al presentarse en su casa, mientras que Pilar trataba de adivinar si esa mujer de vida ligera significaba un motivo real de preocupación que podría poner en riesgo su matrimonio.

—No sé a qué habrás venido, Pilar, pero ahora que estamos frente a frente, no tiene sentido quedarnos calladas, ¿no te parece?

Sabina llegó con la bandeja y les sirvió el té. Pilar bebió unos sorbos del suyo y regresó la taza de porcelana a su lugar. Tenía el estómago cerrado. Carraspeó antes de responderle.

—Vine a verla porque estoy convencida de que si existe una persona que conoce todos los secretos de mi esposo, esa es usted.

Jimena esbozó una sonrisa.

—Gracias a mi buena predisposición, muchos de los hombres que frecuentan esta casa confían ciegamente en mí... Rafael es uno de ellos.

A Pilar no le gustaba que hablase de él con tanta intimidad, pero decidió tragarse los celos y llegar hasta el final.

—Sin embargo, no me gusta traicionar la confianza de nadie, mucho menos la de un buen amigo a quien aprecio de verdad —se apresuró a aclararle la viuda antes de que Pilar retomara la palabra.

Pilar tragó saliva. No se iba a rendir tan fácilmente. Estaba dispuesta a valerse de cualquier artimaña para conseguir que esa mujer hablase.

—Comprendo su postura, Jimena. —Curvó los labios en una sonrisa afable. Debía ir despacio y no parecer demasiado ansiosa—. Sin dudas, habla muy bien de usted el hecho de callar lo que sabe. —Abandonó por un instante su pose

activa y se relajó, dejando caer su mano sobre el apoyabrazos del sillón—. Pero le pido que tenga en cuenta el valor que debí reunir para venir a verla a pesar de estar al tanto de que mi esposo todavía la frecuenta...

—Rafael me sigue visitando solamente en calidad de amigo —le volvió a aclarar.

Pilar asintió. ¡Deseaba tanto creerle!

—Te confieso que tenía ganas de conocerte y la noche de la fiesta no pude acercarme a vos, por razones obvias.

—Esa noche supe por fin de su existencia y me enteré de la peor manera —le reprochó.

—Lamento lo que pasó, de verdad —se sinceró—. Le pedí disculpas a Rafael por mi atrevimiento y ahora que tengo la oportunidad de hacerlo, te ruego que me perdones vos también.

—¿Rafael la perdonó?

Jimena asintió.

—No sin antes soltarme sus buenas reprimendas. Se hace el duro, pero en el fondo, es solo un animalito asustado que necesita que lo quieran...

Cuando la viuda se quedó callada de repente, Pilar comprendió que había estado a punto de irse de lengua.

—No tiene sentido que sigamos dando vueltas, Jimena. Supongo que tendrá prisa en deshacerse de mí y yo debo regresar antes de que Pancho se pregunte dónde me he metido. Le dije que debía hacer unas compras antes de ir a ver al padre Braulio y me está esperando frente a la iglesia.

—¿Nadie sabe que has venido a verme?

Pilar negó con la cabeza.

—Vayamos al grano, entonces. —Jimena tampoco tenía ganas de perder el tiempo. Tras compartir la cama con uno de sus habituales amigos, ansiaba volver a su habitación para dormir hasta el mediodía.

—Esta mañana salí a dar una vuelta por el campo y me topé con la tumba de la primera esposa de Rafael. —Notó que la viuda de a poco dejaba de sonreír—.

Lo primero que llamó mi atención es que haya sido sepultada en el campo cuando tengo entendido que su familia es de Buenos Aires.

—No hay nada de extraño en ello —acotó Jimena—. Rafael quería tenerla cerca y así no tener que viajar a la ciudad para visitar su tumba.

Su respuesta no la convenció.

—Según los comentarios de la gente que trabaja para él, Elena Echagüe murió al caerse de su caballo. No debería haber nada raro en eso tampoco, sin embargo, cada vez que el tema sale a colación, tengo la sensación de que hay algo oscuro detrás de su muerte.

—¿Hablaste con Rafael sobre esto? ¿Le preguntaste directamente a él?

—No. Él ni siquiera menciona el nombre de su esposa. He tratado de que Aurora o Herminia me contaran lo que saben, pero parece ser que nadie en *El Refugio* quiere o tiene permitido decirme nada.

—Y por eso has recurrido a mí.

—Usted es mi última opción... la única, me atrevería a decir.

—Lo más sensato es que lo hables con el propio Rafael...

—¡No! Mi esposo y yo apenas podemos sostener una conversación sin que salten las chispas —le confesó—. Él hace hasta lo imposible para no cruzarse conmigo y recién anoche dormimos en la misma cama por primera vez.

Jimena enarcó las cejas. Sabía que Rafael no tardaría en caer rendido a los pies de su joven e intempestiva esposa. Por la manera en la que ella se sonrojaba, era evidente que había conocido y disfrutado de la avasallante fogosidad de Rafael.

—Como ya te dije, querida, no suelo traicionar la confianza de aquellas personas que realmente me importan. —Abandonó el confidente y se sirvió un trago. Se giró sobre sus talones y la miró. Además de bonita, tenía carácter. Sin dudas, Pilar Robles era la mujer que Rafael se merecía. ¡Si hasta había cometido la osadía de presentarse en su casa con el escándalo que eso implicaba si alguien se enteraba!—. Hay verdades que es mejor ignorar porque cuando las conocés, solo producen sufrimiento. Solo voy a decirte una cosa... bueno, dos en realidad.

La primera es que no me corresponde a mí hablarte de una historia que no me pertenece. Cuando Rafael esté preparado para revelarte su pasado, lo hará, te lo puedo asegurar.

—¿Y la segunda? —preguntó Pilar, decepcionada por haber ido hasta allí en vano.

—Que no juzgues a tu esposo tan duramente, porque el día que sepas por todo lo que ha pasado, comprenderás cada una de sus actitudes. —Se terminó de beber el licor y le clavó la mirada—. Rafael te ama. A pesar de las nefastas circunstancias que rodearon su matrimonio e incluso a pesar de él mismo, se ha enamorado de vos hasta los huesos. Cuidalo mucho. Si te atreviste a venir a verme, asumo que también estás enamorada de él. —Sonrió complacida cuando Pilar asintió—. Dale tiempo... cuando se sienta seguro, Rafael podrá hablarte de ese pasado que todavía lo atormenta. De mi parte, y para que te quedes tranquila, te juro que no he vuelto a acostarme con él. La última vez que estuvimos juntos fue antes de tu primera visita a *El Refugio*.

Lo que acababa de escuchar había generado más incertidumbre en Pilar. A pesar de que no la conocía y de la fama de mujer licenciosa que se había ganado entre la gente del pueblo, sabía que Jimena Ortíz, la viuda de los altos, era sincera. Le reconfortaba el alma confirmar que ya no se encontraba con su esposo en calidad de amante, pero todavía ignoraba esa verdad sobre él que tanto ansiaba descubrir. Ella no le contaría nada. Se lo había dicho fuerte y claro. Ese era, sin dudas, un gesto loable de su parte. Tendría que seguir su consejo y esperar a que Rafael se decidiera por fin a confiar en ella. Se puso de pie y se alisó los pliegues del vestido. Cuando miró a la mujer que tenía enfrente no supo exactamente qué decir. La reunión no había salido acorde a sus planes, sin embargo, se llevaba la certeza de que Rafael la amaba. No importaba cuánto tardase en confesárselo... estaba dispuesta a aguardar el tiempo que fuese necesario hasta que él le abriera por completo su corazón. Con cierto recelo, extendió su brazo hacia la viuda.

—Gracias por recibirme.

Jimena abandonó el confidente y apretó la mano de la muchacha entre las suyas.

—Bendigo el momento en el que tu vida se cruzó con la de Rafael, Pilar. —Le dedicó una sonrisa—. No me cabe la menor duda de que sos el mejor remedio para tanto martirio... Tiempo y mucho amor es lo único que ese necio necesita para alcanzar la felicidad a tu lado.

Pilar asintió mientras le devolvía la sonrisa.

—¿Le puedo pedir un gran favor?

—Ni siquiera tenés que pedírmelo. Rafael nunca sabrá que has venido a verme, podés quedarte tranquila.

—Gracias.

La viuda hizo sonar una campanita y raudamente, su fiel Sabina se apersonó en el salón para acompañar a la joven esposa de don Rafael Álvarez Arriaga hasta la salida.

Pilar abandonó la casa de los altos con la convicción de que, en otras circunstancias, Jimena Ortiz y ella podrían haber sido grandes amigas.

Para continuar con la farsa, pasó por el almacén de ramos generales en donde se compró una tela para hacerse un nuevo vestido. Como se le había hecho tarde, optó por no visitar al padre Braulio esa mañana y regresar cuanto antes a la estancia.

Ensimismado en sus pensamientos, Rafael contemplaba cómo dos de sus mejores ejemplares realizaban sus habituales ejercicios de entrenamiento en el corral mayor bajo la atenta supervisión de Froilán. Estaban más que preparados para participar y llevarse el primer puesto en la próxima carrera cuadrera del Racing Club de Capilla del Señor. Todavía no se había establecido la fecha exacta, pero si todo marchaba sobre ruedas, se disputaría antes de que finalizara el otoño. Su atención parecía estar en los caballos, sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que le había dicho esa mañana el padre Braulio. Tras su paso por



el pueblo, estaba más que dispuesto a hablar con Pilar, pero tenía que reconocer que cuando Aurora le comunicó que ella no se encontraba en la estancia, había experimentado un gran alivio.

El ejemplar de caballo criollo más joven, a quien él mismo había bautizado con el prometedor nombre de *Victorioso*, estaba trotando despacio mientras su compañero, un overo algunos años mayor, seguía galopando en círculos alrededor del corral. Froilán se apartó un momento de los caballos, y sombrero en mano, se acercó.

—Desde hace rato que te noto raro, Fele. ¿Qué te anda pasando? —No era de entrometerse en sus asuntos personales, a menos que el propio Rafael le hablase de ellos. Sin embargo, estaba más distraído de lo habitual, y si era por causa de la señora Pilar, se pondría muy contento. Los rumores que había escuchado en la cocina parecían indicar que la responsable de su conducta errática sí era su joven esposa.

Rafael lo miró y soltó un bufido. Su cabeza en ese momento era un torbellino de pensamientos. Se le aceleraba el corazón de solo imaginarse cómo reaccionaría Pilar si le confesaba lo que sentía por ella.

—¿Se trata de tu esposa, verdad? Es la única que logra ponerte de esa manera. ¿Qué te hizo ahora?

—El problema soy yo, Froilán. Quise llevar adelante un plan que se volvió en mi contra mucho antes de lo esperado... Juré que jamás entrarían en juego los sentimientos y aquí estoy, batallando con mis propios demonios, los mismos que no me permiten confesarle a Pilar que la quiero.

Froilán sonrió complacido.

—¡El cazador terminó cazado!

Rafael no se rio, por el contrario, lo miró de reojo con cara de pocos amigos.

—¿Encima te vas a burlar de mí?

—No es una burla, Fele. En realidad, creo que tanto yo como todos en la estancia estábamos esperando que, tarde o temprano, cayeras en las profundas redes del amor. —Trató de sonar serio, pero no podía hacerlo cuando su amigo

lo estaba aniquilando con la mirada. Además, se sentía bastante ridículo hablando de amor cuando, para él, enamorarse era un asunto mucho más complicado—. Siempre supe que esa joven conseguiría lo que nadie antes pudo lograr...

El nombre de Elena Echagüe, que ninguno de los dos se atrevió a mencionar, flotaba en el aire, como una especie de maldición que había enterrado a Rafael en la amargura los últimos tres años de su vida.

—Braulio me aconsejó que hable con Pilar y le diga lo que siento por ella... pero no me atrevo, Froilán. —Volvió la vista hacia el frente mientras respiraba hondo—. Anoche la hice mía y lo peor es que todavía no sé si se ha olvidado del tal Funes.

—¿Tenés miedo de ponerte en evidencia al decirle que la querés o lo que realmente te preocupa es descubrir que sigue enamorada de ese muchacho?

Lo exasperaba no tener una respuesta para esa pregunta.

—Un hombre golpeado por la vida como yo no debería decir esto, pero... el miedo irracional que siento de confesarle a Pilar que la amo es el mismo que me agobia cuando pienso en la terrible posibilidad de que ella todavía guarde la esperanza de reencontrarse con su enamorado. —Negó con la cabeza en un gesto de verdadera preocupación—. Funes intentó llevársela en dos ocasiones. Ahora que es un hombre libre, nada le impide venir a buscarla y alejarla de mi lado.

—Fele, si te deja más tranquilo, puedo pedirles a dos de los peones que monten guardia en los alrededores de la estancia. Si ese tal Funes pretende aparecerse por acá, serás el primero en saberlo.

Al principio, la propuesta de Froilán le pareció un poco exagerada, pero cuando lo pensó mejor, comprendió que ninguna precaución estaba de más. No iba a permitir que Gonzalo Funes se acercara a Pilar bajo ningún concepto.

Una berlina que ingresaba a la estancia llamó rápidamente su atención. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando descubrió que se trataba de Pilar que regresaba por fin del pueblo. El carruaje se detuvo a unos cuantos metros de distancia, pero mientras Pancho la ayudaba a bajarse, ella lo miró por encima de

su hombro y le dedicó una sonrisa. Acto seguido, atravesó la galería, cargando un paquete en sus manos.

No pudo evitar dejar escapar un suspiro.

—Hay algo de lo que quería hablarte, Fele. Se trata de tu esposa...

Rafael frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —Su amigo ya no lo miraba con aire jocoso—. Te pusiste serio de repente...

—El Marcial me contó que esta mañana, mientras recorría el campo, se topó con Pilar. La vio junto a la tumba de tu primera esposa.

Rafael no dijo nada. Después de que Pilar lo descubriese allí, era de esperar que hubiese decidido ir a curiosear por su cuenta.

—Eso no es todo. Jesusa ha estado haciéndome algunas preguntas sobre Elena, y sé que la propia Pilar ha estado tratando de sonsacarles información a Aurora y a Herminia. Creo que deberías adelantarte y ser vos quien le cuente lo que ocurrió de verdad con tu esposa. No permitas que termine enterándose por un rumor malintencionado.

Rafael sabía perfectamente qué clase de rumores corrían en el pueblo sobre la prematura muerte de Elena y no quería siquiera imaginarse lo qué sucedería si llegaban a oídos de Pilar. Sincerarse con ella era su mejor opción, sin embargo, no se sentía capaz de revelarles su secreto hasta estar seguro de que su esposa no lo condenaría por lo que había tenido que hacer.

—¿Hablarás con ella? —insistió Froilán ante su inesperado mutismo.

Rafael lo meditó un momento antes de responderle.

—Lo haré... en cuanto sienta que Pilar no huirá de mi lado al saber la verdad, le hablaré de lo que sucedió con Elena y del infierno al que me sometió mi padre cuando era niño.

Froilán le palmeó la espalda en señal de beneplácito. En el fondo, y aunque se empeñase en aparentar rudeza, Rafael seguía siendo ese muchacho asustadizo que un día se presentó en *El Refugio*, huyendo de una vida colmada de malos tratos y abandono. Ese hombre que hoy era respetado, y hasta algunas veces

temido, era el mismo muchacho que él cobijó bajo su ala y al que le enseñó todo lo que sabía sobre caballos. Más que un amigo, Rafael era como un hijo para él. Aunque la diferencia de edad entre ambos no era mucha, lo sentía como tal. Y era precisamente ese afecto que los unía el que le permitía tomarse ciertas atribuciones con el único propósito de procurar su bienestar. Por Rafael había hecho cosas de las que luego pesan en la conciencia y no dejan dormir. Pero no se arrepentía absolutamente de nada.

Cuando se dio cuenta de que él miraba hacia la casa con demasiada insistencia, regresó junto a los caballos para que pudiese ir al encuentro de su esposa.

Rafael abandonó el área de las caballerizas a toda prisa. En el camino se cruzó con Pancho, quien volvía de la habitación de Pilar, tras haber dejado el resto de las compras que había hecho en el pueblo. Lo saludó con un breve movimiento de cabeza y a grandes zancadas, atravesó la galería en dirección al salón. Se mesó el cabello y se acomodó el cuello de la camisa antes de entrar en la casa. Pero Pilar no estaba allí. Supuso que la encontraría en su habitación y estaba a punto de enfilarse hacia las escaleras, cuando Aurora le avisó que apenas llegó, se había metido en la cocina porque quería preparar un dulce para la cena de esa noche. Tenía tantas ganas de verla que no podía esperar. Se desvió de su trayecto y ya desde el pasillo que conducía a la cocina, podía escuchar su voz. Alguien había dejado la puerta abierta y prefirió observarla desde un rincón oscuro, como cuando era un muchacho y con Braulio se trepaban a uno de los muros del colegio para espiar a las señoritas que pasaban por la calle.

Pilar se había recogido el cabello y un pañuelo blanco atado en la cabeza hacía que su rostro estuviese completamente despejado. Se había enrollado las mangas del vestido a la altura de los codos y llevaba un delantal encima para no ensuciarse. De inmediato, recordó la primera vez que la había visto en la casa del barrio de San Nicolás y la confundió con una de las criadas de los Robles. Habían pasado varios meses desde esa tarde y todavía le provocaba gracia lo ocurrido.

Herminia estaba con ella y escuchaba atenta las indicaciones que le daba Pilar. Parecía bastante entusiasmada con la elaboración del dulce que coronaría la cena de esa noche. Desde que se había convertido en la nueva señora de *El Refugio*, era habitual que se encargara no solo de supervisar la comida sino también de ponerse a cocinar. Rafael empezaba a creer que no lo hacía solamente para rehuir de su presencia... se notaba cuánto disfrutaba de estar allí, rodeada de cacerolas y enseres de cocina. Cuando le pidió a Herminia que fuese a la despensa y se quedó sola, estuvo a punto de salir de su improvisado escondite y sorprenderla en plena faena. Sin embargo, decidió esperar... y la espera valió la pena. Durante la ausencia de la cocinera, y creyendo que nadie la vería, Pilar se encaramó encima de una banqueta de madera y sacó un frasco que estaba guardado en la parte más alta de la alacena. Tuvo que estirarse para alcanzarlo y alzarse con su tan preciado botín. Una sonrisa de oreja a oreja le iluminaba el rostro. Rafael pudo apreciar que se trataba del recipiente de vidrio en donde Herminia guardaba la miel que le compraban al viejo Dionisio, quien vivía en una humilde chacra en las afueras del pueblo.

Pilar dejó el frasco encima de la mesa y le quitó la tapa. Miró hacia los costados y acto seguido, introdujo una cuchara de madera. Rafael contempló atentamente como se la llevaba a la boca y chupaba de los bordes hasta dejarla limpia. Su respiración se aceleró cuando Pilar deslizó la lengua por sus labios. Ese gesto infantil y a la vez tan erótico despertó su deseo de volver a poseerla. Después de cerciorarse de que no anduviese nadie por los alrededores, entró en la cocina y cerró la puerta. Hizo lo mismo con la puerta que daba a la despensa para evitar que Herminia viniese a importunarlos y se acercó a su esposa por detrás.

Ella había seguido cada uno de sus movimientos y parecía no comprender todavía la razón de su repentina aparición en la cocina. Se quedó sin aliento cuando Rafael la sujetó por la cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Rafael... alguien podría vernos —le dijo apenas fue capaz de abrir la boca. Su aliento le quemaba la nuca y sus inquietas manos ya se movían por sus

caderas.

—¡Qué importa! ¿Acaso no sos mi esposa? —alegó, olisqueando en el hueco de su hombro. Luego enterró la nariz en el cabello que sobresalía por debajo del pañuelo y respiró hondo.

A Pilar no le molestaba que la hubiese tomado por asalto. Aunque seguramente no estaba bien lo que hacían, la excitaba que los descubrieran. Podía imaginarse la expresión de espanto en el rostro de su nana si la sorprendía en una actitud tan comprometida. Se preguntaba qué había provocado que Rafael se olvidara del lugar en el cual se encontraban y se abalanzara encima de ella con tanto ímpetu. Tal vez era su forma de pedirle disculpas por haberse marchado esa mañana sin antes despedirse. Por lo que fuera, no iba a negar que le agradaba que lo hubiese hecho.

—Te he estado espiando —le confesó—. Desde que te vi chupando la miel de esa manera, solo puedo pensar en una cosa. —Acercó el frasco y metió el dedo. Luego embadurnó el cuello de Pilar con la miel y le pasó la lengua—. Podría hacer esto en todos los rincones de tu cuerpo...

Pilar dio un respingo. Apenas podía controlar su respiración mientras Rafael la lamía muy despacio, provocando un cosquilleo en la zona de su entrepierna. Sonaba tentadora su propuesta... ¿o había sido una amenaza?

—No serías capaz —lo desafió.

Sin previo aviso, Rafael la volteó y le clavó la mirada.

—Soy capaz de eso y mucho más, Pilar Robles —afirmó, deslizando sus ojos grises por el rostro de la muchacha hasta detenerse en sus labios entreabiertos.

Pilar entonces supo que era una promesa y él estaba dispuesto a cumplirla esa misma noche. Le robó un beso y cuando Herminia intentó forzar la puerta para regresar a la cocina, Rafael se escabulló tan rápido como había llegado. Pilar alcanzó a guardar el frasco con la miel antes de abrirle la puerta a la pobre de Herminia que no entendía qué había ocurrido.

Mientras pelaba unas manzanas para la tarta que servirían esa noche después de la cena, Pilar desvió varias veces la mirada hacia la alacena. Cuando nadie se

diera cuenta, volvería a sacar el frasco de miel para llevarlo a su habitación.



## INTRIGAS

Con el transcurrir de los días, la convivencia entre Pilar y Rafael se había vuelto más apacible. A pesar de que él continuaba yéndose muy temprano por la mañana para ocuparse del entrenamiento de los caballos junto con Froilán, era durante las noches que las horas vacías de ambos encontraban su mayor recompensa. Sin que Rafael le dijese nada o tuviera que pedírselo, una tarde, Pilar se encargó personalmente de trasladar los bártulos de su esposo para que volviese a ocupar la habitación principal... el sitio del cual nunca tendría que haber salido. Desde entonces compartían la misma cama; hacían el amor apasionadamente y cuando Rafael volvía del campo demasiado cansado, se dormían abrazados. Aunque la vida conyugal dentro de las cuatro paredes de la habitación era casi perfecta, todavía no habían logrado sincerarse el uno con el otro. Rafael no se atrevía a hablarle de su pasado y Pilar sospechaba que le escondía algo. Y eso hacía que ella tampoco le confesase que estaba enamorada de él. Muchas veces incluso había tenido que morderse la lengua mientras Rafael la hacía suya para no gritarle que lo amaba.

Él ya no visitaba a Jimena y cuando iban juntos al pueblo se comportaban como el más feliz de los matrimonios. Pilar, con su simpatía y su don de gente, se ganó rápidamente el respeto de los vecinos de Capilla del Señor, e incluso había recibido una propuesta del director del diario para que publicase algunas de sus famosas recetas en la edición dominical de *El Monitor de la Campaña*. Ella se entusiasmó con la oferta del señor Salvador Cruz desde el primer momento, sin embargo, a Rafael no lo convencía demasiado que aceptara



convertirse en una de las columnistas del periódico local.

Esa mañana de mediados de mayo, Rafael había abandonado sus faenas rurales para ponerse en manos de don Fernando, el mejor sastre del pueblo y los alrededores. Apenas era capaz de permanecer quieto mientras el anciano le probaba la camisa que Aurora había insistido en mandarle a confeccionar para la fiesta que estaban preparando en *El Refugio*. Tampoco sabía cómo demonios había logrado guardar el secreto y no contarle a Pilar que, para celebrar su cumpleaños número dieciocho, había invitado a toda su familia para que la acompañasen en un día tan especial. Quizá el hecho de que hubiese escondido la verdad sobre la muerte de su esposa durante tanto tiempo lo había predisposto a no contárselo y así, no arruinar la sorpresa. Sabía que no era bueno acostumbrarse a ocultar las cosas, pero en esta ocasión, bien valía la pena. Se había enterado de que se acercaba su cumpleaños gracias a una oportuna indiscreción de su amiga Alicia, porque si hubiese sido por su esposa, no habría dicho nada. Quizá en algún momento de la fiesta, con un par de tragos de más, se animase finalmente a abrirle por entero su corazón, dejando que Pilar conociera la terrible verdad que se había callado durante los últimos tres años.

Don Fernando le pidió que se voltease para quedar de frente al espejo, pero estaba tan absorto en sus pensamientos que tardó en reaccionar.

—Si desea que la ajuste un poco más, don Rafael... —le dijo el sastre con la habilidad suficiente de hablar mientras tenía unos cuantos alfileres en la boca.

La elegante camisa de batista blanca hacía que la tonalidad de su piel, oscurecida por las horas transcurridas bajo el sol, resaltara aún más. Cuadró los hombros y respiró hondo, lo que provocó que la tela se adhiriera a la parte superior de su torso.

—Así está bien, don Fernando. —Se peinó el bigote con los dedos. Era tiempo de recortarlo, aunque tras el comentario de Aurora, quien aseguraba que Pilar había mencionado que quizá luciría más apuesto si se afeitaba, venía considerando seriamente la posibilidad de quitárselo. No era habitual en él dejarse llevar por lo que pensarán los demás, sin embargo, estaba más que

dispuesto a complacer a Pilar en algo tan simple como afeitarse el bigote.

—Si está conforme entonces, mañana mismo la tendré lista —le aseguró don Fernando mientras lo ayudaba a quitarse la camisa a medio terminar.

—Gracias, don Fernando. Mandaré a buscarla con Pancho mañana a última hora.

Le pagó por adelantado por su trabajo y salió de la sastrería hacia la sede del periódico para hablar en persona con don Salvador Cruz. No iba a persuadirlo de que se olvidara de la proposición que le había hecho a Pilar de escribir para ellos, estaba seguro de que ella terminaría enterándose y jamás se lo perdonaría. Le soltaría simplemente que él no estaba de acuerdo con la idea y que no creía correcto que Pilar publicara sus recetas en *El Monitor de la Campaña*, desoyendo el consejo de su esposo. Esperaba que Cruz entendiera su postura. Cuando llegó a la pequeña vivienda ubicada en la calle De la Igualdad en donde funcionaba el diario, uno de los empleados le comunicó que el director no había llegado todavía. Estaba dispuesto a esperarlo, pero como en el lugar nadie sabía a qué hora volvería, se marchó con la intención de regresar en otra ocasión. A pesar de no conseguir hablar con Salvador Cruz, su corta visita al diario le había servido para comprobar que todos los que allí trabajaban eran hombres. ¿Qué tenía que hacer su Pilar entre ellos? No estaba en contra de darles una oportunidad a las mujeres, pero que su esposa tuviese que desenvolverse en un mundo dominado por el género masculino no era precisamente algo que lo entusiasmara demasiado.

Así como esperaba que el director de *El Monitor de la Campaña* desistiera de ofrecerle su propio espacio a Pilar en su edición dominical, anhelaba que ella también renunciara a esa loca idea de publicar sus recetas.

Antes de abandonar el pueblo, pasó por el correo. Salió de allí con el telegrama que había estado esperando. Don Amancio confirmaba su llegada a la estancia para el viernes por la tarde, un día antes del cumpleaños de Pilar. Para mantener la sorpresa hasta el final, rompió el telegrama para que ella no sospechara nada de lo que estaban tramando a sus espaldas.

Pilar estaba enfadada y nada de lo que la negra Jesusa hiciera para contentarla, funcionaba. Se había encerrado en la habitación después de que Rafael le soltara durante el almuerzo que no le parecía bien que empezara a trabajar para el periódico local. Sus intentos de convencerlo para que le permitiera aceptar la oferta de don Salvador fueron inútiles. Él argumentaba que no necesitaba hacerlo y ella insistía en que no había nada de malo en compartir sus conocimientos culinarios con el resto de la gente. Para demostrarle que no le parecía justo que no la dejase trabajar en *El Monitor de la Campaña*, incluso había pensado en no dormir con él esa noche, idea que, por supuesto, Jesusa desaprobó apenas se la contó.

Cuando escuchó que la puerta se abría, se volteó porque no tenía ganas de ver a nadie. Supo que era la nana que volvía para convencerla de que bajara al salón o la ayudase a Herminia con la cena de esa noche.

—¡Hace una tarde espléndida, mi niña! —exclamó parándose delante de la ventana para contemplar el exterior.

Pilar la espío por el rabillo del ojo. Era muy evidente que Froilán debía andar cerca ya que la nana aprovechaba cada oportunidad para hablar con él o simplemente admirarlo desde la distancia. La negra parecía tener peor suerte que ella porque, aunque Froilán no la desairase abiertamente, tampoco le hacía mucho caso.

—No insistas, nana, no tengo ánimos de salir el día de hoy... Mi querido esposo se encargó de amargarme el resto de la jornada con su absurda intransigencia —replicó sin molestarse en mirarla a la cara—. ¡Qué puede tener de malo que quiera publicar mis recetas en el diario! —Se incorporó y en un gesto de disconformidad, se cruzó de brazos.

Jesusa se acercó y se sentó junto a ella.

—El señor Rafael tendrá sus razones para no dejarla, niña Pili. No sea injusta con él...

—¡Injusta! ¡Es él quien está cometiendo una injusticia conmigo, nana!

La negra sacudió la cabeza.

—Espero que no se le ocurra llevar a cabo esa tontería de no dormir esta noche con él —dijo con el ceño arrugado—. Ahora que las cosas se han acomodado entre ustedes, no puede cometer semejante barbaridad, niña.

—Debería hacerlo, nana, para que entienda que no es para nada razonable su postura —alegó.

Jesusa, al igual que el resto de los criados que sabían de la fiesta sorpresa que le estaban preparando a Pilar, le costaba mantener la boca cerrada. El señor Rafael les había exigido que no dijeran nada hasta la llegada de los Robles a *El Refugio*, pero ella ya no podía seguir callada. Tal vez cuando su niña se enterase de lo que el patrón estaba organizando para celebrar su cumpleaños, dejaría de lado esa necedad de castigarlo por no permitirle publicar sus recetas en el diario. Esperaba que volver a ver a los suyos después de tanto tiempo apaciguara su malhumor.

—Don Rafael sabrá por qué hace las cosas, niña Pili. Si quiere que le diga la verdad, a mí tampoco me agrada mucho la idea de que se ponga a escribir para ese diario. Sospecho que a su padre tampoco le parecerá apropiado...

—Mi padre no tiene voz ni voto en las decisiones que tome a partir de ahora, nana —le recordó—. Además, se encuentra muy lejos como para que él también se ponga en mi contra secundando la negativa de mi esposo.

Cuando Jesusa no remató su comentario con alguno de sus refranes y se quedó callada de repente, supo que algo le escondía.

—¿Qué sucede? ¿Por qué ese silencio, nana?

Jesusa se miró las manos. Como cada vez que se ponía nerviosa, empezaban a sudar. No quería arruinar la sorpresa, pero su deseo de darle tan buena noticia a su niña era más grande que cualquier juramento de guardar silencio que hubiese hecho.

—Su esposo va a enojarse mucho conmigo si se lo cuento, niña...

Pilar se incorporó hasta quedar casi arrodillada sobre la cama y le clavó la

mirada.

—¡Nana, ya abriste la boca y no tiene sentido que te calles! —la instigó—. Creí que no había secretos entre nosotras...

—¡Usted no puede reprocharme eso, niña! ¡No cuando estuvo a punto de marcharse con ese joven sin siquiera despedirse de mí!

Pilar le acarició la mano al tiempo que le sonreía.

—Lo hice, nana. A mi manera, pero sí me despedí de vos y de todos en la casa —le aseguró.

Jesusa dudaba de que hubiese sido así realmente, sin embargo, ya la había perdonado por su osado comportamiento. La conocía tanto que era consciente de que no saldría de allí hasta revelar lo que sabía.

—Está bien, niña, se lo diré... pero tiene que prometerme que nadie sabrá que he abierto la boca.

—Te lo juro, nana —dijo Pilar levantando la mano para luego llevársela al corazón.

—El señor Rafael está organizando una fiesta de cumpleaños en su honor y para celebrar sus dieciocho años ha invitado a su familia para que vengan a pasar el fin de semana a la estancia. —Vio que el rostro de Pilar se transformaba—. Hoy mismo llegó un telegrama de Buenos Aires en donde don Amancio avisa que llegan este viernes. Creo que incluso la señorita Estrada vendrá con ellos.

—¿De verdad?

Jesusa asintió.

—¿Cómo supo Rafael que el próximo sábado es mi cumpleaños?

La negra se encogió de hombros.

—Si está pensando que fui yo quien se lo dijo, se equivoca, mi niña.

En ese momento, saber quién se lo había contado era lo de menos. ¡No podía creer que, en apenas un par de días, volvería a ver a su familia! Moría de ganas de abrazarlos, sobre todo a su abuela y a José Emilio. Aunque la relación con su padre no era la mejor, aprovecharía su visita para hacer las paces con él... después de todo, ya no resentía que la hubiese obligado a casarse con Rafael.

También tenía ganas de salir a buscar a su esposo para limar asperezas y darle las gracias, pero se abstuvo de hacerlo cuando comprendió que no podía poner en evidencia a su nana de esa manera. Por su bien y el de su fiesta de cumpleaños, fingiría que no sabía nada. Saltó fuera de la cama y le pidió a Jesusa que le preparase un baño de tina.

Esa noche, durante la cena, Rafael estaba más callado de lo habitual y Pilar no sabía cómo hacer para sacar a colación una vez más el tema de la oferta de trabajo que le habían hecho desde *El Monitor de la Campaña* sin que él se molestara. La verdad es que no quería enfrascarse en otra discusión que no conducía a nada, mucho menos cuando apenas cabía en sí misma de la felicidad después de escuchar la confidencia que le había hecho su nana. Se había esmerado con el postre, preparando leche asada, uno de los favoritos de Rafael y esperaba que él tuviese en cuenta ese detalle a la hora de escucharla esgrimir sus razones para que le permitiese escribir para el diario del pueblo. Mientras disfrutaban del plato principal, un delicioso pastel de choclo que Herminia preparaba mejor que nadie, apenas intercambiaron unas pocas palabras sobre sus respectivas actividades durante el día.

—Estoy experimentando con una nueva receta —le soltó Pilar apenas se quedaron a solas después de que Aurora se fuese a la cocina para traer el postre.

Rafael alzó una ceja. Sospechaba lo que su esposa estaba tratando de hacer, pero él tampoco tenía ánimos de discutir esa noche.

—Veo que las horas que pasás en la cocina se vuelven cada vez más productivas. ¿Incluye miel esa nueva receta? —quiso saber mientras le rozaba la mano con la punta de sus dedos. Ese simple contacto, sumado a los recuerdos de lo que habían hecho con la miel en la intimidad de su habitación, provocó que Pilar se estremeciera. Su reacción no lo dejó indiferente y la miró con tanta intensidad que ella se sonrojó.

—No... no lleva miel —balbuceó—. Es una tarta agridulce que preparaba Cayetana cuando yo era niña, solo que yo he cambiado alguno de sus ingredientes para dejarle mi sello personal.

—Y supongo que si me decís cuáles son, luego tendrás que matarme — bromeó Rafael sin poder apartar de su mente la noche en la cual había vertido miel sobre el cuerpo de Pilar para luego lamerlo hasta sumirla en el más intenso de los placeres. Ansiaba repetir la experiencia, pero esta vez, cambiarían de lugar.

—No, por supuesto que no —le aseguró, devolviéndole la caricia al tocarle el dorso de la mano—. Si resulta bien, podría compartir la receta, publicándola en el diario del pueblo.

Se hizo un silencio sepulcral hasta que finalmente Rafael le contestó.

—Ya te dije lo que pienso al respecto, Pilar.

—Y tus razones no tienen ningún asidero —replicó.

—Esta tarde, cuando fui al pueblo, pasé por la imprenta para hablar en persona con Salvador Cruz, pero él no estaba. Aproveché para recorrer el lugar y ¿sabés lo que descubrí? Que solo trabajan hombres allí. No pienso dejar que te mezcles con ellos solo para saciar tu deseo de hacer públicas tus habilidades culinarias.

—No es necesario que vaya a la imprenta, el señor Cruz me lo dijo. Puedo escribir las recetas aquí en casa y enviárselas a tiempo para que salgan publicadas en la edición de los domingos... ni siquiera tendría que pisar ese lugar, Rafael.

Él se rascó la barbilla. No solo su argumento era consistente, era difícil negarle alguna cosa cuando Pilar le clavaba la mirada de una manera tan intensa que le hacía dudar de las decisiones que tomaba. No iba a ceder tan rápido. Lo pensaría mejor y si terminaba por cumplir su capricho, se lo comunicaría recién el día de su cumpleaños.

—No voy a darte una respuesta ahora, Pilar, pero te prometo que meditaré mucho al respecto antes de volver a hablar de este asunto con vos.

Pilar asintió. Que estuviese dispuesto a pensarlo era esperanzador. Confiaba en que tarde o temprano daría su consentimiento.

El viernes, cuando la familia Robles completa llegó a la estancia para celebrar su cumpleaños, a Pilar le costó mucho fingir que no estaba al tanto de la sorpresa que había organizado Rafael con la complicidad de los criados. A la primera que abrazó fue a su abuela, quien, desoyendo los consejos de Lorenza, se había traído a Bruno consigo para que también disfrutara de un par de días en el campo. El perro, acostumbrado a estar confinado en un espacio reducido, no tardó en escabullirse de los brazos de su ama para salir a husmear por los alrededores. Cuando le tocó el turno a José Emilio de recibir su abrazo, lo notó algo distraído. Procurando que nadie los oyese, se acercó y le preguntó si le ocurría algo. Su hermano alegó cansancio, pero ella no le creyó. A Lorenza apenas la saludó y la esquivó cuando intentó darle un beso. Respiró hondo antes de enfrentarse a su padre. Don Amancio también estaba nervioso, quizá mucho más que ella, por volver a verla después de lo que había acontecido entre ellos, pero cuando Pilar le sonrió y se arrojó a sus brazos, él supo por fin que no se había equivocado. Le bastó ser testigo de la manera en la que contemplaba a su esposo para descubrir que su matrimonio no iba tan mal.

El abrazo entre padre e hija duró más de lo habitual y para un hombre de corazón duro como Amancio Robles, no fue nada sencillo reprimir las ganas de llorar. Cuando la alejó para mirarla a la cara, tuvo que respirar profundo antes de hablarle.

—Hija... sé que nos hemos dicho cosas muy duras, pero también siempre supe que fueron producto de la rabia o el dolor. —Le acarició la mejilla, que a esas alturas, ya estaba humedecida por las lágrimas que ella no había podido contener—. Mi intención jamás fue lastimarte, mi querida Pilar. —Cuando oteó hacia los lados, descubrió que todos a su alrededor estaban pendientes de lo que sucedía entre ellos—. Cometí muchos errores en mi vida, sin embargo, y aunque no lo comprendas, que te casaras con un hombre como Rafael Álvarez Arriaga fue uno de mis mayores aciertos. Por el brillo en tu mirada, asumo que es así.

Pilar se sonrojó. Aunque había muchos asuntos pendientes entre ella y Rafael,



no tenía la más mínima duda de que era a su lado donde quería estar. Descansó la cabeza un momento en el pecho de su padre y musitó:

—Lo quiero, padre y por esa razón, lo perdono, porque usted solo estaba procurando mi felicidad... ahora lo entiendo por fin.

Amancio Robles tomó a su hija de la barbilla y le sonrió.

—¿Sos dichosa con él? ¿De verdad?

Pilar no vaciló ni un instante en decirle que sí. Y con su respuesta, don Amancio sintió que, después de todo ese tiempo en el cual había vivido separado de su niña, el alma le volvía al cuerpo. No bien se separó de su padre para que se ocupara de saludar debidamente a su yerno, Clarita la acaparó y no la soltó hasta que los recién llegados ingresaron al salón en donde serían agasajados con una ronda de mate y tortas fritas que Herminia acababa de preparar especialmente para la ocasión.

—Su tía Margarita y su prima iban a salir de la ciudad un poco más tarde que nosotros —comentó Lorenza, quien aprovechaba cualquier oportunidad para intercambiar, aunque sea, un par de palabras con Rafael—. Imagino que llegarán de un momento a otro.

Rafael no dijo nada, apenas asintió. Lo había sorprendido no verlas aparecer junto a los Robles, sobre todo porque su tía estaba empeñada en que Leonor frecuentase a José Emilio. Tal vez, había sido su prima quien se había negado en acompañarlos para contrariar a su madre y evitar que se salga con la suya al querer imponerle al hermano de Pilar como posible pretendiente. Su semblante se ensombreció cuando recordó el día en que Leonor se había metido en su despacho para confesarle que lo amaba. No habían vuelto a hablar desde esa vez y estaba preocupado por ella. Intentaría hablarle apenas encontrase el momento oportuno para hacerlo, sin llamar demasiado la atención. Si Pilar se enteraba cuáles eran los sentimientos de su prima hacia él, podía malinterpretar el cariño que le tenía a su querida Leo. La observó con disimulo mientras cuchicheaba con su amiga Clarita a pocos metros de donde él fingía prestar atención a la charla de su suegro y su cuñado, quienes le relataban lo que sucedía en Buenos Aires tras

las escandalosas elecciones presidenciales. También intentaba no hacer caso a las intensas miradas que le lanzaba la esposa de Robles y que solo conseguían ponerlo nervioso. ¿Es que acaso no era consciente de que no se encontraban solos? Nadie parecía percatarse de su atrevido comportamiento; no obstante, cuando sus ojos se toparon de repente con los de Pilar, supo que ella sí se había dado cuenta. Le dedicó una sonrisa, a la que ella respondió con una expresión furibunda.

José Emilio intervenía poco en la conversación, y eso que los asuntos de política eran sus favoritos a la hora de departir. Su falta de interés esa tarde se debía al hecho de haber visto a Froilán y comprobar que este ya no quería saber nada con él. Cuando lo buscó para saludarlo apenas llegó a *El Refugio*, el capataz huyó hacia las caballerizas y no había vuelto a aparecer. Aunque lo suyo había sido solo un encuentro casual, le dolía que ahora lo tratase como si fuese un desconocido.

La tía Margarita y su hija llegaron a la estancia un rato antes de la cena. Tras los saludos de rigor, Leonor se encerró en su habitación, acusando un fuerte dolor de cabeza. Su madre, en cambio, aprovechó que Rafael se encontraba a solas en el despacho para hablar con él. Se plantó delante de la puerta entreabierta y dio dos golpes.

—Pase.

Margarita ingresó y cerró la puerta para tener más privacidad. Carraspeó para que su sobrino apartase la nariz de unos documentos y le prestara atención.

Rafael dejó lo que estaba haciendo y rodeó el escritorio hasta quedar frente a ella.

—¿Ha venido a reprocharme que en todo este tiempo no he ido a visitarla?

Margarita se aproximó y puso su delgada mano encima del brazo de su sobrino.

—Aunque debería hacerlo, no vine a reclamarte nada —le dijo, endulzando la severa expresión de su rostro con una sonrisa—. Supongo que habrás tenido razones suficientes para querer permanecer en la estancia, además, sé mejor que

nadie que preferís el paisaje bucólico del campo y no el trajín de la gran ciudad. Creo que solo por eso, te perdono tus largas ausencias.

Rafael la invitó a sentarse y él se acomodó a su lado. Presentía que estaba a punto de tener una conversación muy seria.

—Usted dirá, tía. La escucho —le dijo al tiempo que cruzaba las piernas. Era mejor estar preparado.

Margarita no sabía por dónde empezar, sin embargo, había una pregunta que no podía esperar.

—¿Cómo te va con Pilar? ¿Sos feliz con ella? —No le sorprendió que Rafael se la quedase mirando, como si no supiera qué contestar—. No he tenido oportunidad de hablar con ella a solas, pero después de verla hoy, me atrevo a afirmar que no es la misma muchachita asustadiza que se casaba por una imposición de su padre. Vos también estás distinto... ¿Es lo que imagino? ¿Ha conseguido tu esposa que por fin le abras tu corazón al amor?

Margarita, al igual que casi todas las personas que más lo conocían, sabían que su matrimonio con Elena no había sido fruto de un enamoramiento, sino de un juego de intereses que había beneficiado tanto a Rafael como a la hija del distinguido y próspero Teófilo Echagüe. Ahora, y después de cometer el mismo error de basar su casamiento en un acto puro de conveniencia, descubría que más allá de cualquier estrategia comercial y el arreglo que había hecho con su suegro, terminó cayendo en su propia trampa. A pesar de todos sus miedos y falencias, estaba felizmente atrapado en las dulces garras de su esposa.

—Tía, le voy a decir algo que todavía no le he dicho a nadie. —Se inclinó hacia adelante y se miró las manos. Acarició la alianza que lo unía a Pilar. Alzó la vista y dejó escapar un suspiro antes de proseguir—. Por primera vez en mi vida, estoy verdaderamente enamorado. —Sonrió cuando su tía se llevó una mano al pecho para tratar de controlar la emoción—. Me resistía a creerlo porque usted mejor que nadie sabe que el amor era un sentimiento esquivo conmigo. Los maltratos de mi padre y mi fracasado matrimonio con Elena solo contribuyeron a que renunciara al amor aun antes de conocerlo.

—Querido, Elena Echagüe no era una mujer para vos. Por supuesto, nunca me hubiese atrevido a cuestionar tu decisión de contraer enlace con ella...

—Si lo hubiese hecho, me habría ahorrado muchos sinsabores, tía. Fui muy infeliz a su lado —reconoció—. Elena jamás me quiso y no tardó en hacerme pagar que haya convencido a su padre de que nos dejara casar.

Margarita sentía que Rafael estaba a punto de desenterrar ese secreto que llevaba guardado desde la muerte de su esposa. Notó que le temblaban las manos. Ella no iba a interrumpirlo, si quería desahogarse, escucharía todo lo que quisiera contarle.

Leonor regresó al salón y lo primero que hizo fue buscar a la esposa de su primo. Acababa de escuchar la reveladora conversación que su madre y Rafael habían tenido en el despacho y la utilizaría a su favor. Encontró a Pilar cerca del piano, acariciando las teclas con cierto dejo de nostalgia en la mirada.

—¿Te ocurre algo, Pilar? —le preguntó, fingiendo interés.

Pilar se volteó al escuchar su voz. Esbozó una sonrisa y suspiró muy fuerte.

—A veces extraño la vida que tenía en la ciudad... Estoy feliz de que mi familia haya venido, no me di cuenta de la falta que realmente me hacían hasta que los vi entrar por esa puerta.

Leonor asintió.

—Imagino que no fue fácil acostumbrarte a vivir en este lugar tan alejado de la mano de Dios. A Elena también le costó adaptarse... tal vez por eso nunca fue feliz en su matrimonio. ¡Oh, lo siento! Creo que ese último comentario estuvo de más —se disculpó al tiempo que movía la cabeza, como si acabase de cometer la peor de las indiscreciones.

Pilar no se molestó por su desafortunado comentario. En ese momento se dio cuenta de que era posible que fuese Leonor la persona indicada con la cual indagar en el pasado de su esposo. Dejó de prestarle atención al piano para enfocarse en una conversación que, sospechaba, iba a resultar más interesante.

—La verdad es que acá en la estancia ya nadie habla de ella —repuso para ver cuál era la reacción de Leonor—. No sé si no les dejó un buen recuerdo o Rafael les prohibió que lo hicieran. El otro día estuve en su tumba... incluso parece haber sido condenada a yacer en un lugar apartado por toda la eternidad. ¿Acaso era una mala persona?

Leonor miró por encima de su hombro. Su madre todavía no había regresado del despacho y los demás parecían no prestarles demasiada atención.

—No está bien hablar mal de los muertos, Pilar... —La agarró del brazo y la instó a que la acompañase—. Deberíamos tratar ciertos asuntos en un sitio más apropiado.

Pilar no vaciló ni un segundo en aceptar la sugerencia de Leonor. Le dijo que podrían conversar a gusto en su habitación y hacia allí se dirigieron. Se cruzaron en el pasillo con Aurora. Pilar le ordenó al ama de llaves que nadie las interrumpiese y le pidió que si Rafael preguntaba sobre su paradero, le comunicase que se había retirado un rato a descansar. Aurora no sospechó nada raro y se dispuso a volver a la cocina para constatar que todo estuviese en orden.

Ya en la habitación, Pilar cerró la puerta. A Leonor le causó cierto efecto estar en el lugar en el cual el hombre que amaba dormía con su esposa, por eso permaneció en la entrada hasta que Pilar le indicó que se sentara en la cama junto a ella.

—¿Qué es lo que sabés vos de Elena Echagüe? ¿Por qué tanto misterio alrededor de ella?

Leonor colocó ambas manos sobre su regazo y agachó la mirada. No quería pecar de ansiosa y que Pilar descubriese cuál era su oscura intención al hablarle de la primera esposa de Rafael.

—Mi madre y yo conocimos a Elena apenas unas semanas antes de que Rafael nos contara que planeaba casarse con ella. —Vio que Pilar fruncía el ceño—. Como verás, mi primo tiene por costumbre precipitarse al tomar ciertas decisiones. Quizá por eso no nos asombró que se comprometiese con vos en un plazo tan breve...

—Nuestro compromiso se adelantó porque Rafael debió viajar a Londres —le recordó.

—Sí, por supuesto —respondió, endulzando sus palabras con una sonrisa—. Lo que quiero decir es que mi primo es impulsivo por naturaleza, a veces no se detiene a pensar y eso puede acarrear terribles consecuencias. —Guardó silencio para generar más expectativa. Pilar estaba ansiosa por saber más y no le costaría nada echar a rodar su plan. Quizá no conseguiría mucho, pero a esas alturas, con Rafael fuera de su alcance, se conformaba con fastidiar su matrimonio y poner a la insulsa de su esposa en su contra. Solo debía hacerlo con cautela para que ella no quedase luego como la responsable de todo—. La vida marital con Elena comenzó de la peor manera. Ella no tenía amigas aquí en el pueblo, por lo que me convertí en su confidente cada vez que veníamos de visita con mi madre. La pobrecita me contó que era muy desdichada al lado de Rafael, que se casó con él solo para poder salir de su casa.

—¿Ella no estaba enamorada de Rafael?

Leonor negó con la cabeza.

—Nunca lo amó... por eso no debemos juzgarla por lo que hizo. Supongo que cualquier mujer en su lugar habría hecho lo mismo.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Mi primo apenas le prestaba atención. Y una mujer como Elena no estaba dispuesta a quedarse con los brazos cruzados mientras su esposo la ignoraba abiertamente delante de todo el mundo.

Por un instante, Pilar se vio reflejada en las palabras de Leonor. Estuvo a punto de hacer un comentario al respecto cuando la prima de su esposo reanudó su relato.

—Elena no tuvo más remedio que buscar en los brazos de otro hombre lo que Rafael se negaba a darle. —Le costó no echarse a reír cuando Pilar abrió la boca bien grande—. Se enredó con uno de los peones... pero el romance no duró mucho porque él los descubrió y fue entonces que se desató la tragedia... la misma que todo el mundo vaticinó después de ver la manera en la que Rafael

trataba a su esposa. —Asió a Pilar de las manos y puso cara de preocupación—. No sé si debería contarte el resto de la historia, Pilar. Tengo miedo de que luego de que sepas la verdad, ya no quieras seguir al lado de mi primo.

A Pilar le dio un vuelco en el pecho. No podía ser tan terrible esa verdad que Rafael y los demás en *El Refugio* se empeñaban en ocultar.

—Leonor, sos la única persona que ha accedido a hablar conmigo de lo que pasó. Rafael ni siquiera menciona el nombre de su esposa; Aurora, fiel a su patrón, tampoco suelta prenda. ¡Si hasta cometí la imprudencia de ir a ver a la viuda de los altos para tratar de sonsacarle información!

—¿Fuiste a ver a esa mujer? —replicó Leonor, perpleja.

—Sí. No conseguí que me contase nada sobre Elena. Sin embargo, obtuve más de lo que fui a buscar...

—¿Qué querés decir?

—Jimena me dijo que sería el propio Rafael quien me contaría la verdad, que tuviese paciencia con él... pero el tiempo pasa y mi esposo continúa guardando silencio.

—Lo hace porque la culpa es demasiado pesada, Pilar.

Pilar se estaba cansando de tantos rodeos. Necesitaba salir de esa incertidumbre de una vez por todas y escuchar la verdad, por más terrible que fuese.

—Por favor, Leonor. Contame lo que sabés ya mismo —le exigió.

A Leonor le encantaba jugar con la paciencia de Pilar. Sin embargo, se dio cuenta a tiempo de que no podía contarle lo que acababa de descubrir por temor a que luego la delatase con Rafael. Era mejor dejarla en ascuas y que ella misma descubriera lo que escondía la muerte de Elena Echagüe.

—Pilar, comprendo tu necesidad de saber la verdad, pero vos también tenés que entenderme a mí y no dejarme en una posición tan incómoda con Rafael. Si él ha elegido quedarse callado, yo no puedo ir en contra de sus deseos. Antes que nada, es mi primo y lo quiero. Solo te diré que algo muy malo ocurrió la noche en la que Elena murió. —deslizó, con la única siniestra intención de dejarla con

la intriga. No iba a ponerse en evidencia contándole una historia que había oído por casualidad entre Rafael y su madre. Él jamás se lo perdonaría—. Yo le debo lealtad a Rafael, no voy a traicionar su confianza de esa manera.

Pilar no pudo hacer nada cuando Leonor se puso de pie y se dirigió hacia la salida.

—Esa mujer tal vez tenga razón y lo único que te queda es esperar a que mi primo se decida a revelarte la verdad. —Puso su mano en el pomo de la puerta y le sonrió comprensivamente—. Regreso al salón, mi madre no tardará en resentir mi ausencia. —Abandonó la habitación con una sonrisa de triunfo en los labios, dejando a Pilar sumida en el más desconcertante de los silencios.





## UNA CARICIA AL ALMA

*E*sa noche, durante la cena, Pilar apenas probó bocado. La verdad a medias que le había revelado Leonor le rondaba la cabeza, atormentándola con pensamientos funestos que involucraban a su esposo. Lo observó de soslayo mientras conversaba con su padre sobre el ejemplar purasangre que arribaría pronto de tierras inglesas. Había recibido un telegrama del señor Harrington en donde le anunciaba que el animal venía en camino junto con uno de sus mejores entrenadores. A Rafael le hacía mucha ilusión la llegada del caballo y planeaba viajar a la ciudad para estar presente cuando el barco encallara en el puerto de Buenos Aires. De vez en cuando sus miradas se encontraban. Él le sonreía y ella hacía un gran esfuerzo por borrar de su mente las palabras de su prima Leonor. Sabía que existía una sola manera de acabar con tanta incertidumbre y conocer el resto de la verdad... Tenía que hablar con Rafael, y debía hacerlo lo antes posible. Su abuela Encarnación la regañó porque no estaba comiendo nada, pero ¡cómo podía pensar en comer cuando era posible que su esposo tuviese que ver con la muerte de Elena Echagüe! Si bien en un principio había sentido desprecio por él y por la idea de convertirse en su esposa, se negaba a creer en semejante posibilidad. Amaba a Rafael con todas las fuerzas de su ser... por eso sabía que él no había hecho nada malo. Tal vez Leonor se había equivocado. No encontraba otra explicación plausible.

Después de cenar, le dijo a su abuela que estaba cansada y que prefería irse a dormir temprano. Nadie cuestionó su decisión, sin embargo, Rafael se mostró preocupado por su repentina apatía. Pensaba que estaría feliz de que su familia

hubiese venido a celebrar su cumpleaños. Sospechaba que la desmesurada atención que le brindaba su suegra era la razón de que Pilar estuviese molesta con él. Dispuesto a aclarar las cosas con su esposa, se disculpó con los demás y salió detrás de ella. Aunque no tenía por qué hacerlo, llamó a la puerta de su habitación antes de entrar. Cuando Pilar se demoró en responder, volvió a insistir. Si estaba enojada era mejor hacer las cosas bien.

—Adelante —dijo Pilar desde el interior de la habitación.

Entró y la encontró sentada frente a la cómoda, quitándose las horquillas del cabello. Pilar lo miró a través del espejo solo durante un segundo para luego seguir deshaciéndose de su peinado. Rafael se acercó y de inmediato percibió la angustia en sus ojos. La sujetó de los hombros y la obligó a ponerse de pie.

—¿Qué es lo que pasa, Pilar?

Ella tragó saliva. Un nudo en la garganta le impedía hablar.

—Si es por lo de tu madrastra, no tenés que preocuparte. Hace un tiempo le dejé bien en claro que se estaba exponiendo al ridículo cada vez que intentaba seducirme. —Vio que Pilar arrugaba el entrecejo—. Jamás le di la más mínima señal de que alguna vez haría caso a sus insinuaciones.

Pilar movió la cabeza.

—¡Ha intentado seducirte! ¡Por Dios, esa mujer no tiene vergüenza! —Dejó el cepillo encima de la cómoda y le dio la espalda—. Nunca me di cuenta de nada... hasta esta noche. Supongo que mi padre ha estado más ciego que yo. Mi querida tía lo tiene completamente obnubilado y no es capaz de ver realmente cómo es ella.

—Lorenza no ha perdido oportunidad de mostrarse amable conmigo, pero te juro que de mi parte solo obtuvo rechazo. Esa mujer no es de fiar, Aurora me lo ha dicho y creo que, como casi siempre, lleva la razón.

—No tenés que decírmelo, Rafael. Lorenza Benevidez de Robles carece de escrúpulos. Que coquettee con su yerno lo confirma. ¿Cómo es posible que mi padre ignore semejante verdad? —Al hacer ese comentario, volvieron a asaltarla los malos pensamientos. Se giró sobre sus talones y lo miró a los ojos—. A nadie

le gusta ser engañado... la mentira puede destruirlo todo. Yo no quiero que una mentira se interponga entre nosotros, Rafael.

—Ya te he dicho que nunca le hice caso a esa mujer, mucho menos ahora que estoy casado con vos —le aseguró.

Pilar supo que había llegado el momento de hablar con él. Si no lo hacía esa noche, la angustia iba a matarla.

—No dudo de tu fidelidad, Rafael —le dijo—. Aunque pensé que me habías estado engañando con la viuda de los altos, ahora sé que eso no es verdad. Ella misma me lo confirmó cuando la fui a ver.

Rafael enarcó una ceja. Se llevó los brazos a la cintura y le clavó la mirada.

—¿Estuviste en casa de Jimena?

Pilar asintió.

—Podés no creerme, pero no me acerqué a ella para saber si la seguías frecuentando en calidad de amante... La busqué porque estaba convencida de que solo Jimena Ortíz me podía contar lo que sucedió con Elena Echagüe.

El rostro de Rafael se transformó radicalmente al oír el nombre de su primera esposa. Después de que Froilán le comentase que tanto Pilar como su nana estaban husmeando en su pasado, debió suponer que ella se adelantaría y lo acosaría con preguntas. Pensaba hablarle esa misma noche. Sin embargo, ahora que la tenía enfrente, con esa actitud inquisidora, no se sentía capaz de hacerlo. ¿Cómo iba a reaccionar Pilar cuando conociera la verdad? Todavía no tenía la certeza de sus sentimientos y cualquier oscuro secreto podría alejarla de su lado definitivamente... y eso era algo que no estaba preparado para soportar.

—No quiero tu silencio, Rafael —le dijo—. Nadie quiso contarme lo que ocurrió con ella. Quizá cometí un error al no recurrir a vos desde un principio, pero las evasivas de tu gente y tu propio comportamiento me obligó a buscar la verdad en otro lado. —Soltó un suspiro cargado de resignación—. Podés quedarte tranquilo, ninguno de ellos traicionó tu confianza.

Rafael se quedó callado. Pilar le estaba dando la oportunidad de abrirle su corazón y acabar de una buena vez con todos sus fantasmas. Los de su infancia y

aquellos que lo atormentaban desde el mismo momento en el cual su esposa murió en sus brazos. ¿Por qué no podía simplemente desahogarse con ella? Descubrió que la respuesta era demasiado dolorosa... porque tenía miedo de perderla cuando supiera la clase de hombre con el que se había desposado.

—Pilar...

En el preciso instante en que Rafael le iba a confesar sus peores temores, Jesusa irrumpió en la habitación sin llamar para anunciarles que don Amancio se había desvanecido mientras conversaba con su hijo. Pilar salió disparada hacia el salón para ver qué le había ocurrido a su padre. Rafael corrió detrás de ella y le ordenó a Aurora que enviase a Pancho al pueblo para traer al doctor Hidalgo. Lorenza se encontraba arrodillada junto a Robles, quien ya había recuperado el conocimiento, y le estaba echando aire con ambas manos. Dijo que no era necesario molestar al doctor, que lo de su esposo no era más que el cansancio del viaje y la emoción de reconciliarse con su hija. Pilar hizo caso omiso de su comentario y secundó la orden que acababa de dar Rafael. Con su ayuda y la de José Emilio lo trasladaron a la habitación de huéspedes para esperar la llegada del doctor Hidalgo. Después de que el facultativo lo revisara y anunciara que no podía descubrir el origen de su repentino malestar, no hubo manera de que Pilar se separase de él y permaneció toda la noche a su lado. Cuando Lorenza insistió en ocupar su lugar, Pilar no la dejó. Entre ella y doña Encarnación velaron el sueño de Amancio Robles hasta el amanecer. Rafael no pudo pegar un ojo en toda la noche. Después de compartir el lecho con su esposa durante las últimas semanas, no era fácil acostumbrarse a la soledad. Se levantó más temprano de lo habitual pero esa mañana no tenía ánimos de acercarse a las caballerizas. Le pediría a Froilán que se encargase de todo mientras él se ponía a disposición de su suegro. Estaba a punto de abandonar la habitación cuando alguien llamó a la puerta. Con la ilusión de que fuese Pilar, se apresuró a abrir. Se llevó una desagradable sorpresa cuando descubrió que se trataba de Lorenza.

—¿Qué desea? —le preguntó de mal talante.

La esposa de don Amancio ni siquiera se había vestido. Llevaba un *déshabillé*

encima del camisón y era evidente que acababa de salir de la cama.

—Podría desear muchas cosas, Rafael —le dijo, deslizando su mirada de ojos negros a lo largo de su anatomía, deteniéndose un segundo en la abertura de su camisa.

—Será mejor que regrese a su habitación, señora. —Sin esperar a que ella obedeciera, la sujetó de la muñeca con la intención de alejarla de la puerta. Sin embargo, Lorenza fue más astuta y utilizó ese acercamiento para arrojarle en sus brazos—. Por favor, no siga comportándose como una cualquiera. Su esposo yace enfermo a unos pocos metros de aquí.

—Amancio está bien —aseveró, al tiempo que trataba de impedir que él la apartase—. Se los dije anoche, no es más que agotamiento. Mi querido esposo ya no es un hombre joven. —Deslizó su dedo índice por el cuello de su camisa—. En ciertas ocasiones, no puede llevarme el ritmo y yo soy una mujer apasionada, que necesita de alguien vigoroso para que la complazca en la cama.

Rafael no podía creer en la desfachatez de esa mujer. Consiguió sacársela de encima antes de que continuara con su barato intento de seducirlo.

—Debería andarse con cuidado, *señora* —le advirtió en un tono despectivo—. Su hijastra ya se dio cuenta de su descarado comportamiento y con el rencor que siente hacia usted, no dudará ni un segundo en contarle a su padre con qué clase de mujerzuela se casó.

El oportuno pero ofensivo comentario de Rafael provocó que Lorenza retrocediera. Ya no lo miraba con deseo. En sus ojos oscuros solo se reflejaba la ira.

—Esa mocosa siempre me ha hecho la vida insoportable... Jamás aceptó que hubiese ocupado el lugar de su madre. —Sonrió con ironía—. No me sorprendería que en cualquier momento corra a los brazos de su enamorado. Ahora que Funes salió de la cárcel, no tardará en venir a buscarla. Ella no te quiere y el día que te abandone para irse con él, te darás cuenta del error que cometiste al elegirla como esposa y al rechazarme a mí como tu amante. —Se dio media vuelta y regresó a su habitación con ese andar seguro que la

caracterizaba.

Rafael cerró la puerta y se recostó sobre ella. No iba a hacer caso a las palabras de una mujer que respiraba por la herida. Ya habían transcurrido algunas semanas desde que Gonzalo Funes recuperara su libertad y todavía no había aparecido por allí. Dos peones vigilaban los alrededores. Si osaba acercarse a la estancia con la intención de ver a Pilar, él sería el primero en saberlo para tratar de impedirle llegar hasta su esposa.

El día que Pilar cumplió dieciocho años, amaneció al lado de su padre tras pasar toda la noche a su lado. Don Amancio ya no se quejaba, pero lucía demasiado pálido y ojeroso. Esbozó una sonrisa cuando, al despertar, se encontró con el bello rostro de su hija que lo miraba con preocupación. Unos pocos metros más allá, en una mecedora que Aurora había mandado a traer del desván, doña Encarnación dormitaba arrebujada con su rebozo. De sus manos colgaba un rosario de madera.

—Padre, ¿cómo se siente? —Colocó su mano en la frente para asegurarse de que no tuviese fiebre y experimentó un gran alivio cuando descubrió que al menos no había levantado temperatura durante la noche.

Amancio Robles trató de incorporarse, pero su hija se lo impidió.

—Ni siquiera lo intente —le advirtió—. Hasta que el doctor Hidalgo no vuelva para revisarlo, usted no se mueve de esta cama.

Se recostó nuevamente al comprender que Pilar estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de que él la obedeciera.

—Tengo sed... —balbuceó.

Pilar vertió un poco de agua en un vaso y se lo ofreció. No entendía ese repentino malestar que había sufrido su padre cuando apenas unos momentos antes de desmayarse se encontraba en perfecto estado. Si bien era verdad que había notado que estaba más delgado, lo atribuyó al hecho de que llevaban tiempo sin verse. Ahora ya no sabía qué pensar, sobre todo porque el doctor no

había podido dar un diagnóstico acertado. Esperó a que se terminase el agua para acomodarle las almohadas. Estaba exhausta pero no quería apartarse de su lado. Se le formó un nudo en la garganta cuando don Amancio la tomó de las manos y la miró a los ojos.

—Hoy es tu cumpleaños, hija. No quiero arruinarlo con mis achaques. Has pasado toda la noche junto a mí, cuando deberías ocuparte de tu esposo —le dijo con un dejo de reproche.

—Rafael no tiene nada que decir al respecto, padre —le aseguró—. Usted se sentía mal y era mi deber permanecer a su lado.

Amancio creyó percibir algo de ironía en su comentario.

—Lorenza se ha ocupado de mí allá en la ciudad...

—¿Entonces no es la primera vez que le pasa? —preguntó Pilar arrugando el entrecejo.

—Hace unas semanas que me vengo sintiendo mal, pero no hay de qué preocuparse, querida. El doctor Figueroa asegura que si trabajo menos y me cuido más, pronto estaré mejor.

—El doctor Hidalgo, en cambio, no ha podido decirnos qué es lo que tiene exactamente y si ya ha tenido episodios similares antes, no debería tomarse su salud tan a la ligera, padre —manifestó angustiada. Observó de refilón hacia la puerta cuando esta se abrió y Lorenza ingresó a la habitación. Tenía ganas de reclamarle que no hubiese aparecido antes, pero no quería incordiar a su padre con otra discusión que solo conseguiría perturbarlo. Le cedió su sitio y se acercó hasta la mecedora en donde descansaba su abuela para despertarla. Después de besar a su hijo en la frente, doña Encarnación acompañó a su nieta al comedor para desayunar con ella. Lorenza apretó la mano de su esposo y le sonrió.

—¿Estás mejor, querido?

Amancio le sonrió. Cualquier malestar dolía menos si podía contemplar la bella sonrisa de su amada Lorenza. Ella lo besó y con la tranquilidad que le daba tenerla cerca, cerró los ojos para volverse a dormir.

Pilar pasó por su habitación de camino al comedor para acicalarse un poco antes de desayunar. No tenía apetito, pero después de abandonar a Rafael durante toda la noche para velar el sueño de su padre, quería recompensarlo de alguna manera. No se olvidaba de que tenían una conversación pendiente, pero la salud de don Amancio estaba primero. Cuando se acercó a la cómoda para arreglarse el cabello sin la ayuda de Jesusa, descubrió que había una pequeña caja de terciopelo negro al lado de uno de los frascos de perfume. Una nota la acompañaba. El corazón le saltó en el pecho al reconocer la caligrafía de su esposo.

*Felices dieciocho años, Pilar. Brindo por la dicha de estar juntos.  
Tu fiel esposo,*

*Rafael.*

Dejó el papel y abrió el estuche de terciopelo. Se quedó maravillada con lo que encontró en su interior. Era un camafeo de marfil decorado con una silueta femenina enmarcada en oro. Recordó que su madre tenía una joya muy parecida... De pronto, las lágrimas le humedecieron las mejillas. Las secó de un manotazo y se sentó en el taburete porque apenas podía sostenerse en pie. No escuchó cuando la puerta se abrió y al apartar la vista de su regalo, se topó con la mirada inquisidora de la negra Jesusa.

—Niña, la señorita Hidalgo ha venido a verla. Llegó con el doctor, quien ya se encuentra en la habitación atendiendo a su padre. —Se acercó para terminar de arreglarle el peinado y reparó en el camafeo que sostenía entre sus manos—. ¿Y eso?

Pilar se lo mostró.

—Me lo regaló mi esposo. Acabo de encontrarlo entre mis afeites de belleza. Jesusa tomó la joya y la admiró en silencio.

—¡Es precioso, mi niña! —Lo acarició con el dedo y se lo puso en el escote



del vestido para ver cómo lucía—. Sin dudas, el señor ha sabido elegir el mejor regalo. Debería ponérselo esta noche para la fiesta...

—No sé si habrá fiesta, nana. No mientras mi padre se encuentre delicado de salud —adujo antes de soltar un profundo suspiro.

—Cuando pasé delante de la habitación de don Amancio, escuché al doctor Hidalgo decir que lo peor ya había pasado. Además, estoy segura de que el patrón no va a dejar que su fiesta de cumpleaños se suspenda por su causa.

Pilar sonrió. La tranquilizaba saber que su padre estaba mejorando, aun así, lo que más la inquietaba era desconocer el origen de su malestar. Jesusa terminó de peinarla y antes de que regresara a la cocina le pidió que le dijese a Alicia que subiera a su habitación. Necesitaba desesperadamente desahogarse con alguien y la hija del doctor era una de las personas en las que más confiaba. Podía buscar el hombro de Clarita, pero la pobre estaba tan apesadumbrada con el acercamiento entre José Emilio y la prima de Rafael que prefería no importunarla con sus problemas.

Alicia traía consigo su regalo y lo primero que hizo al poner un pie en la habitación fue entregárselo.

—Espero que te guste. Lo bordé yo misma —le dijo ilusionada mientras Pilar se probaba el delicado rebozo sobre los hombros frente al espejo—. El bordado, además de la lectura, es uno de mis pasatiempos favoritos.

—Es muy bonito, Alicia. —Se volteó y le dio un abrazo—. Muchas gracias, lo usaré esta misma noche junto con el camafeo que me obsequió Rafael.

—¿Puedo verlo?

—Claro que sí. —Lo sacó de la cajita y se lo mostró—. Mi madre tenía uno similar. Más allá de ser una joya carísima, me recuerda a mi infancia... a los bellos momentos que pasé a su lado antes de que Dios me la quitara.

Alicia percibió su emoción.

—¿Sabés si lo compró en el pueblo?

Pilar negó con la cabeza.

—No he hablado con él todavía. —Guardó el camafeo y se sentó en la cama

—. Anoche no dormimos juntos porque me quedé al lado de mi padre y pensaba verlo durante el desayuno...

—¡Y yo he venido a importunarte! —la interrumpió Alicia, sintiéndose culpable por haber aparecido sin avisar.

—No, Alicia. La verdad es que has llegado en el momento adecuado. Después de lo que me contó Leonor, necesitaba hablar con alguien.

La hija del doctor Hidalgo se sentó junto a ella, dispuesta a escucharla. Cuando Pilar terminó su breve, pero inquietante relato, se vio en la obligación de advertirle sobre la posibilidad de que Leonor solo intentara atormentarla por haberle robado al hombre que amaba.

—Pilar, yo no haría demasiado caso a lo que te contó Leonor. No deberías fiarte de ella.

—Leonor fue la única que se atrevió a contarme parte de la verdad sobre lo que ocurrió con Elena Echagüe —alegó—. Nadie más quiso hacerlo... ni siquiera el propio Rafael es capaz de hablarme de ella o de su pasado.

—Aun así, Leonor no es del todo sincera con vos. Imagino que no te ha contado que estuvo siempre enamorada de su primo. —Vio que Pilar abría los ojos bien grandes—. A mí me lo confesó hace años, cuando vino a quedarse unos días en la estancia. Creo que tenía la esperanza de que Rafael correspondiera a sus sentimientos y la convirtiese en su esposa, pero como eso no sucedió, se dedica a sembrar cizaña entre ustedes. Por esa razón te aconsejo que no confíes en ella.

Pilar ahora podía comprender ciertas actitudes de Leonor que le parecían extrañas. Recordó la noche del compromiso en su casa, cuando intentó entablar una conversación y apenas logró que cruzara un par de palabras con ella. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta antes? ¿Sabría Rafael que su prima estaba enamorada de él? Presumía que no, aunque su esposo era un experto a la hora de guardar secretos.

—Lo más sensato que podés hacer es retomar la charla que quedó pendiente con tu esposo para que sea él mismo quien te revele esa verdad que tanto deseás

conocer —le aconsejó—. Quizá esta noche, después del ajetreo de la fiesta, encuentres el momento oportuno para hacerlo.

Pilar estuvo de acuerdo con Alicia. No era sano para ella ni para su matrimonio dejarse llenar la cabeza por una mujer que seguramente lo único que pretendía era separarla de su esposo. Bajaron al comedor para desayunar con los demás y Pilar, sabiendo qué clase de sentimientos anidaba hacia Rafael, se sintió incómoda con la presencia de Leonor en la mesa. Trató de disimular, pero no le resultó sencillo hacerlo cuando la muchacha tenía ojos solamente para su primo. Para defender lo que consideraba suyo, Pilar acarició la mano de su esposo por encima de la mesa. Su gesto sorprendió a todos, incluso al propio Rafael, quien respondió con una sonrisa. Doña Margarita estaba encantada por partida doble: las oscuras nubes que habían amenazado el matrimonio de su sobrino parecían disiparse y a su hija Leonor ya no la contrariaba tanto la compañía de José Emilio Robles. A pesar de que la salud le había jugado una mala jugada a don Amancio, se respiraba quietud en el ambiente. Las palabras alentadoras del doctor Hidalgo asegurando que nada impediría que pudiese celebrar esa noche el cumpleaños de su hija terminaron de tranquilizar tanto a Pilar como a doña Encarnación. Lorenza no había bajado a desayunar ya que se encontraba junto a su esposo, pero nadie añoró su presencia en la mesa.

Rápidamente, el comedor empezó a quedar vacío. Margarita invitó a la abuela de Pilar a dar un paseo por la estancia para que pudiese tomar un poco de aire después de estar toda la noche velando el sueño de su hijo. José Emilio, alegando que tenía que estudiar para un examen, se encerró en su habitación para no tener que soportar la altivez de Leonor Mansilla ni la cara larga de Clarita, que no se resignaba a perderlo. Pilar quería pasar un rato a solas con Rafael para agradecerle por su regalo, pero apareció Froilán para avisarle algo referido a uno de los caballos y se marchó con él, dejándola con la palabra en la boca. Tenía la fuerte impresión de que estaba evitándola otra vez. Resignada a que no lo volvería a ver durante el resto de la jornada, se metió en la cocina para darle una mano a Herminia. Necesitaba despejar su cabeza y era allí donde siempre

conseguía olvidarse de todas sus preocupaciones.

El tónico que le había recetado el doctor Hidalgo, sumado a los cuidados de sus tres mujeres, hicieron que don Amancio se recuperase rápidamente y pudiese bajar al salón para celebrar el cumpleaños número dieciocho de su hija. El padre Braulio también fue invitado al ágape y llegó a *El Refugio* acompañado por Alicia y su padre, quien de inmediato, y sin poder dejar su rol de médico ni siquiera en un momento de festejo, revisó a su paciente para constatar que todo estuviese bien.

Rafael, haciendo caso a otra sugerencia de Aurora, se había afeitado el bigote. El cambio, que pasó casi desapercibido para los demás, provocó en Pilar un gesto de admiración porque estaba segura de que lo había hecho solamente por ella. Durante el momento del brindis, Rafael aprovechó para darle una sorpresa más a su esposa. La llamó a su lado y levantó la copa de champaña.

—Pilar —le pasó la mano por la cintura y la miró a los ojos—, estaba aguardando el momento oportuno para decírtelo, y creo que ha llegado por fin.

Un silencio abrumador inundó el salón. Los que conocían el secreto de Rafael creyeron que estaba a punto de revelárselo a su esposa.

—Sé que, durante estos últimos días, has estado enojada conmigo porque me rehusaba a que escribieses para el periódico del pueblo. —Oteó hacia la puerta, como si estuviese esperando a alguien—. No me agradaba demasiado la idea de que mi esposa tuviese que trabajar rodeada de tantos caballeros. Luego comprendí que no tenía derecho a prohibirte que hicieras lo que más te gusta... compartir tus exquisiteces con el resto del público.

En ese momento, Aurora ingresó al salón escoltando al señor Cruz y todos se voltearon a ver.

—Don Salvador ha venido hasta aquí para formalizar su oferta y pedirte que trabajes para *El Monitor de la Campaña*, publicando tus recetas. —Notó que Pilar estaba haciendo un gran esfuerzo para no llorar—. No quiero que el día de

mañana me reproches nada, Pilar. —La sujetó de la barbilla y la besó. Ella le acarició el rostro y le susurró un “gracias” antes de separarse de él para darle la bienvenida a su futuro patrón.

Atenta a lo que ocurría y verde de la envidia, Leonor apenas podía esconder los celos. Con lo exigente que era Rafael, le parecía inaudito que permitiese que Pilar se pusiera a escribir para el diario del pueblo. Sin dudas, ese era un gesto que terminaba de confirmar la sospecha más dolorosa: su primo estaba enamorado de Pilar Robles. Se preguntó si la conversación que había tenido con ella habría surtido efecto. Parecía feliz de la vida y no alguien que acababa de enterarse de que su esposo podría estar involucrado en la misteriosa muerte de su primera esposa. No se veían distanciados ni se percibía tensión entre ellos. Tenía ganas de salir de allí y ya no ser testigo del amor que Rafael sentía por su insoportable mujercita, pero apareció su madre acompañada de José Emilio y no tuvo más remedio que quedarse.

La fiesta duró hasta tarde pero el padre Braulio fue el primero en retirarse porque todavía debía preparar el sermón para la misa del domingo. Antes de irse, le volvió a aconsejar a Rafael que hablara con Pilar y él le prometió que lo haría esa misma noche. Don Amancio se acostó temprano y Lorenza decidió retirarse también. Después del encontronazo que había protagonizado con su yerno, no tenía ánimos de seguir festejando.

Pilar acababa de despedirse de Alicia cuando Rafael se acercó por detrás y le preguntó si pensaba subir pronto a su habitación.

—Quiero ayudar en la cocina antes de irme a descansar. ¿Por qué no vas yendo vos y me esperás? —le sugirió a cambio, toda zalamera.

—¿Vas a dormir conmigo esta noche? —Se acercó y la aprisionó contra la pared.

Ella batió las pestañas.

—No pensaba en dormir exactamente. —Curvó los labios en una sonrisa seductora—. Trataré de terminar temprano...

Rafael le robó un beso que la hizo temblar. No sabía si esa noche por fin

lograría que él le hablase de su pasado, pero quería dormir entre sus brazos.

*La más negra de las oscuridades dio paso a una luz blanca que lo encegueció. Era tan brillante que no fue capaz de enfocar la vista durante un par de minutos. Extendió el brazo hacia el halo de luz que se movía lentamente hacia él, pero no lograba alcanzarla. Con cada paso que daba, sentía que se estaba alejando... que lo abandonaba para arrojarlo nuevamente a las tinieblas. Intentó gritar y no pudo emitir ningún sonido. Solo se escuchaba su respiración agitada y los ensordecedores latidos de su corazón.*

*—¡No te vayas! ¡No me abandones vos tampoco! —suplicó en un último esfuerzo por retener a esa figura celestial que le brindaba la paz que tanto necesitaba.*

*La luz fue languideciendo poco a poco hasta que sus ojos se acostumbraron nuevamente a la oscuridad. Se sumió en el más abrumador de los silencios y estalló en un llanto desgarrador.*

*Estaba solo. Siempre lo había estado.*

*De repente, un olor que le resultó gratamente familiar barrió con el hedor de la humedad que lo rodeaba. Como una respuesta a sus ruegos, el frío también desapareció. Ya no sentía ese dolor que le estrujaba las entrañas y apenas le permitía respirar.*

*—Rafael...*

*Esa voz... era tan dulce que le acariciaba el alma. Quería abrir los ojos, pero el miedo lo paralizó. ¿Y si al hacerlo volvía a abandonarlo?*

*—Rafael, estoy acá.*

Una mano tocó su rostro y supo que ya nunca más estaría solo. Despacio, como si despertase de un largo letargo, fue abriendo los ojos.

No era su madre quien venía a rescatarlo del abandono. Esa figura angelical, envuelta en la suavidad de un camisón blanco, no era otra que su adorada Pilar.

El más bello de los sueños había espantado a la más horrible de las pesadillas.

—Rafael, ¿estás bien?

Presa de la confusión, él se incorporó y observó todo a su alrededor. Ya no se encontraba en el sótano donde lo encerraba su padre, sino en la habitación que compartía con su esposa. La contempló en silencio. Pilar estaba arrodillada junto a la cama. Llevaba un camisón blanco y el cabello revuelto. Ella era su ángel... el único ser capaz de salvarlo de un pasado tormentoso que se negaba a abandonarlo. Comprendió entonces que había llegado el momento de exorcizar esos amargos recuerdos para poder construir un futuro dichoso al lado de la mujer que amaba.

La tomó de la mano y la invitó a meterse en la cama. Pilar levantó las sábanas y se acostó a su lado, descansando la cabeza sobre su pecho. Rafael la rodeó con su brazo, respiró profundo para llenarse de su olor y se preparó para abrirle su corazón.

—Me asusté cuando te escuché gritar —manifestó ella, todavía impresionada—. Te quedaste dormido mientras me esperabas. Sé lo terribles que pueden llegar a ser las pesadillas, Rafael. Yo las he padecido durante mucho tiempo... Siempre soñaba con esa tarde en la que descubrí a mi tía y a mi padre haciendo el amor en la cama que había pertenecido a mi mamá. Tenía apenas siete años y no comprendí hasta mucho después lo que había visto.

Rafael imaginó lo difícil que habría sido para ella enfrentarse a esa realidad adversa siendo tan pequeña. Ahora comprendía ese resentimiento hacia Lorenza... la mujer que había usurpado el lugar de su madre. Aunque por razones completamente diferentes, ambos habían tenido una infancia traumática.

—Yo fui un niño muy infeliz —se encontró diciendo de repente—. Mi propio padre se transformó en el artífice de mi desdicha desde el mismo momento en que empezó a culparme por la muerte de mi madre. No quería ni verme, y cuando lo hacía, era solo para recordarme que estaba vivo porque ella se había desangrado hasta morir...

Pilar lo miró y él se desarmó por dentro. No había compasión en sus ojos sino

una infinita ternura.

—Fue muy cruel con vos. Tu padre no tenía ningún derecho a culparte por su muerte —dijo negando ligeramente con la cabeza—. Imagino que el dolor de haber perdido a su esposa lo destrozó, pero eras tan solo un niño que necesitaba amor y protección.

—Don Ulises Álvarez Arriaga nunca me amó, Pilar. Me encerraba en el sótano durante horas y les prohibía a los criados que me dejaran salir... Luego me internó en un colegio y aunque cambié un encierro por otro, me sentí más libre que nunca. Libre de los maltratos... de la falta de cariño. Allí conocí a Braulio y por primera vez, le importé a alguien. Tras la muerte de mi padre, me reencontré con mi tía Margarita y mi prima Leonor. A pesar de que no sabía cómo quererlas, aprendí a hacerlo.

La mención del nombre de Leonor provocó que Pilar se removiera debajo de las sábanas.

—¿Qué sucede?

Pilar no supo si contarle lo que le había revelado Alicia. Era posible que Rafael ni siquiera sospechase cuáles eran los sentimientos de su prima. Sin embargo, si quería acabar con los secretos y sincerarse con su esposo, tenía que decírselo.

—No tengo nada en contra de Leonor, pero hay algo que debés saber sobre ella...

—Está enamorada de mí, o al menos es lo que cree —se le adelantó Rafael—. Me lo confesó el día después de nuestra boda. —La miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo lo supiste?

—Gracias a Alicia. También me advirtió que no me fiase de ella, por eso no supe qué hacer con la verdad a medias que me contó cuando le pregunté sobre lo que había ocurrido con tu primera esposa.

Rafael asintió. Ahora que Pilar había metido a Elena en la conversación no había retorno posible. Ella tenía derecho a conocer el resto de la verdad y él ansiaba liberarse por fin de ese peso que le agobiaba el alma.



—Ignoro qué pudo contarte Leonor... ella no sabe lo que ocurrió la noche en la que Elena murió.

Pilar le clavó la mirada y se acomodó mejor encima de él.

—Lo que sea que haya pasado esa noche, no puede ser tan terrible —le dijo con la intención de animarlo a que se desahogase con ella.

Rafael no fue capaz de resistirse a la fuerza de esos ojos del color de la miel que lo contemplaban con tanta ternura. Esperaba que una vez que escuchara de sus labios la verdad, Pilar no lo terminara condenando. Por eso, hizo que volviera a recostar la cabeza sobre su pecho. Era más fácil confesarle todo si ella no lo estaba mirando.

—Conocí a Elena en una tertulia que organizó su padre para presentarla a la sociedad porteña con el propósito de conseguirle marido. Fue uno de los pocos eventos sociales a los que asistí, obligado por mi tía Margarita, quien siempre tuvo la incómoda manía de querer verme casado. —Interrumpió un instante su relato solo para comprobar que Pilar lo escuchaba con atención mientras su mano descansaba sobre su abdomen—. Yo no estaba interesado en ninguna muchacha, pero don Echagüe sí estaba interesado en mí y no tardó en proponerme que cortejara a su hija. Reconozco que me dejé llevar por la ambición cuando me ofreció invertir una fuerte suma de dinero en mis caballos. Ni siquiera lo dudé... Elena era una mujer hermosa y pensé que un matrimonio con ella no podía ser más conveniente. —Le acarició el hombro a Pilar—. Supongo que esta historia te resultará familiar...

—Ya hablaremos de nosotros después —repuso ella, ávida de seguir oyendo su historia.

Rafael asintió.

—Durante los primeros meses de matrimonio, Elena se mostraba indiferente. Exigió desde el primer día que durmiésemos en habitaciones separadas y yo, para evitar males mayores, accedí a cumplir con sus exigencias. Pensaba que con el tiempo, se daría cuenta de que con su actitud no llegaría a ningún lado. Delante de los demás, se comportaba como la esposa más amorosa. Sin embargo,

en la intimidad, no dejaba que le pusiera un dedo encima.

—¿Vos y ella...?

—Como te dije, Elena no permitía que la tocara. —Se removió inquieto—. Una noche, cansado de esa absurda situación y con unas copas de más, fui a buscarla a su habitación. —Una amarga sonrisa ensombreció su rostro—. No estaba allí, tampoco en ninguna de las dependencias de la casa. Me quedé a esperarla, pero no regresó hasta el alba. Se quedó de piedra cuando me vio en su cama... No tuvo ninguna vergüenza en confesarme que venía de yacer con su amante. ¡Uno de los peones de la estancia, ni más ni menos! —La amargura dio paso al sarcasmo—. ¡La distinguida y presuntuosa Elena Echagüe, habituée de las tertulias porteñas y que fuese pretendida por los mejores partidos de la ciudad, se revolcaba con un simple campesino que apenas sabía escribir su nombre!

Pilar no hizo ningún comentario. Prefirió no decirle que esa era precisamente la verdad a medias que le había soltado Leonor.

—Después de descubrir la traición de Elena, Aurora me contó que en el pueblo se hablaba de una posible infidelidad. Ella, para evitar lastimarme, se quedó callada. Justificó su silencio alegando que no eran más que rumores infundados de gente que no tenía otra cosa mejor que hacer que meterse en la vida de los demás. Jamás se lo reproché... mi querida Aurora solo quería cuidarme.

—Ella te adora, Rafael... Lo hizo para protegerte.

—Yo no amaba a Elena, sin embargo, no podía soportar que me hubiese traicionado... —reveló Rafael prosiguiendo con su relato—. Al día siguiente, decidí seguirla y castigarla por haberme humillado de esa manera. Tal y como esperaba, la sorprendí con su amante en el pobre camastro de su rancho...

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Pilar, temerosa de conocer el resto de la verdad. Elena había muerto en un accidente ecuestre, pero... ¿y si no había sido así? Se incorporó un poco para mirar a su esposo a la cara.

Rafael tragó saliva. Era hora de que ella conociera lo que había ocurrido esa fatídica noche en la que sorprendiera a su esposa en brazos de su amante. Solo

tres personas conocían su terrible secreto desde el comienzo: Froilán, su querida Aurora y el doctor Hidalgo. Cada uno de ellos había procurado, de una manera u otra, mantener sepultada la verdad durante los últimos años. Ni siquiera había tenido el coraje suficiente para contárselo a su amigo el cura porque sabía que jamás hubiese aprobado su modo de actuar; por eso hablar con su tía la noche anterior le había producido un gran alivio.

—Yo llevaba una pistola... y estaba dispuesto a utilizarla. —Vio que Pilar contenía la respiración—. Quería vengarme, no porque me doliera que Elena le entregase a otro lo que a mí me había estado negando. Su traición solo logró lastimar mi ego... aun así, quise acabar con todo esa noche. —Se detuvo un instante antes de continuar—. Le apunté a la cabeza de él y estuve a punto de dispararle, pero Elena me suplicó que no lo matase. Enceguecido por la rabia, la saqué a empellones del rancho y trabé la puerta para que no pudiese volver a entrar... fue el peor error de mi vida, Pilar.

Ella necesitaba seguir escuchando su relato, pero al mismo tiempo tenía miedo de lo que Rafael le diría a continuación. Lo veía demasiado afectado como para darse cuenta de que todavía faltaba lo peor.

—No pude hacerlo... aunque deseaba quitarle la vida a ese hombre por haberse atrevido a burlarse de mí, me faltó arrojo para volarle la cabeza. Apreté el gatillo solo una vez, para asustarlo, y eso fue suficiente para que Elena creyese que lo había matado y corriera hacia el río. —A esas alturas, le empezaba a temblar la voz, sin embargo, no se detuvo—. Cuando me di cuenta de lo que ocurría, salí en su búsqueda... llegué tarde. Elena, después de oír el disparo y convencida de que me había cobrado su afrenta asesinando a su amante, se tiró al agua para acabar con su vida. Por más que lo intenté, no pude salvarla...

—¿Pero por qué todo el mundo creía que Elena murió al caerse de su caballo? —quiso saber Pilar, consternada.

—Porque no quería que nadie supiera lo que había sucedido en realidad. A pesar de su engaño, quise preservar el buen nombre de mi esposa y que ningún desliz manchase su nombre. Por eso, con la ayuda del doctor Hidalgo, quien

falsificó el acta de defunción constatando que Elena falleció en un accidente ecuestre, su familia nunca se enteró de la terrible verdad que rodeaba su muerte. —Se cubrió el rostro con ambas manos—. Sé que no tenía derecho a hacerlo, Pilar. Es probable que termine ardiendo en las llamas del infierno por esto, pero lo único que deseaba era aminorar, aunque sea un poco, la culpa que sentía por haber provocado que Elena se quitase la vida.

—Vos no sos culpable de nada, Rafael. Lo que sucedió fue una gran tragedia que no se pudo evitar...

—¡Elena pensó que yo lo había matado... tal vez salió huyendo por temor a que intentase matarla a ella también!

Pilar le descubrió el rostro y le apretó las manos con fuerza para darle calor. Estaban heladas.

—No podés seguir culpándote por todo, Rafael —le dijo en un tono comprensivo—. Primero lo de tu madre, después lo de Elena... vos no sos responsable de nada.

—Elena murió por mi causa... también mi madre —musitó Rafael, devastado por los dolorosos recuerdos. Necesitaba sentirse querido, pero sobre todas las cosas, anhelaba arrancar ese sentimiento de culpa que no le permitía ser completamente feliz ni hacer feliz a los demás. Por eso, no opuso resistencia alguna cuando ella lo instó a echarse sobre su regazo para envolverlo entre sus brazos.

—No sé cómo has podido cargar con este suplicio durante todos estos años, Rafael. —Ese hombre fuerte del cual se había enamorado parecía ahora un niño temeroso a quien le costaba dejarse querer. Tantos secretos y mentiras habían convertido su vida en una pesadilla... una terrible y constante pesadilla de la cual acababa de despertarse. Imaginó su desesperación cuando la rescató de morirse ahogada y se sintió culpable—. Lamento lo de esa tarde en el río... Si lo hubiese sabido...

Rafael negó con la cabeza.

—Esa tarde, de alguna manera, el destino me estaba ofreciendo una revancha.

No pude salvar a Elena, pero si logré evitar que murieras. Sé que me odiabas y preferías estar muerta antes que convertirte en mi esposa. Soy yo quien te pide perdón por eso... En mi afán de hacer mi santa voluntad, pasé por encima de tus sentimientos. Te obligué a casarte con un hombre del cual no estabas enamorada y perdiste a quien realmente amabas. —Sus ojos tenían lágrimas—. Perdoname, Pilar... por todo el daño que te causé.

Ella se quedó callada. Le acarició la cabeza, enredando sus dedos en la melena masculina y empezó a mecerse cuando lo escuchó llorar. Era la primera vez que veía a Rafael tan vulnerable, por esa razón, lo cubrió con sus brazos para que el llanto exorcizara cada uno de sus demonios. De repente, él se incorporó y a Pilar se le estrujó el corazón cuando vio toda esa tristeza instalada en sus bellos ojos del color del acero.

—Quizá no merezca tu perdón, Pilar... pero sé que me moriría de dolor si te pierdo por culpa de todos los errores que cometí.

Pilar le cubrió la boca para hacerlo callar.

—Ya no quiero escucharte hablar de culpas, Rafael —le exigió—. Es posible que nuestro matrimonio no haya comenzado de la mejor manera. —Esbozó una sonrisa al tiempo que le secaba las lágrimas con la yema de sus dedos—. Cuando mi padre me dijo que debía casarme con un hombre al que apenas conocía, te odié y lo sabés mejor que nadie. Yo estaba enamorada de Gonzalo, o creía que lo estaba... por eso no concebía la idea de convertirme en la esposa de otro.

—Me interpose en tu felicidad al encapricharme con vos —reconoció él—. No medí las consecuencias de mis actos y te lastimé. Solo me importaba llevar adelante un plan que poco a poco fue volviéndose en mi contra... A pesar de la terrible experiencia que pasé durante mi primer matrimonio y que acabó en tragedia, quería volver a casarme. Un poco por complacer el deseo de mi tía y de Aurora, otro poco para satisfacer la necesidad de un heredero que perpetuase mi apellido. Fui el hombre más egoísta... y el más necio también.

—¿Por qué yo? —le preguntó Pilar de pronto—. En Buenos Aires, muchas señoritas casaderas ansiaban convertirse en la esposa de Rafael Álvarez Arriaga.

Bernardita Villegas era una de ellas.

Rafael torció la boca en una sonrisa.

—Porque quedé absolutamente prendado de tu belleza esa primera vez que te vi en el salón de tu casa y te confundí con una criada.

Pilar también sonrió.

—Me caíste mal de entrada —le confesó, mordiéndose el labio—. No dejaste de observarme durante la cena y me ponías nerviosa.

—A mí me costó conciliar el sueño, no porque me atormentasen las pesadillas, sino porque no podía dejar de pensarte. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano—. No lo sabía entonces, pero creo que mi corazón cayó rendido a tus pies esa misma noche.

A Pilar se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar. Estaba a punto de escuchar lo que tanto ansiaba. No quería echarse a llorar, pero era tanta la emoción que no pudo contenerse.

—Se suponía que nuestro matrimonio iba a ser un negocio que afianzaría el lazo comercial con tu padre y nada más. Una unión de mutua conveniencia en la cual ambos nos beneficiaríamos. —Soltó un suspiro—. Me advirtieron que las cosas podían no resultar como esperaba... y tenían razón.

Pilar pensó en la viuda de los altos. Ella había sido la primera en asegurarle que Rafael la amaba.

—Estaba convencido de que el amor no era para mí, por eso no supe cómo enfrentar el hecho de que me hubiese enamorado. Tenía miedo... Miedo de tu reacción cuando lo descubrieras, pero, sobre todo, miedo de que me rechazaras. El fantasma de Funes jamás me permitió vivir tranquilo. Pensabas en él y cuando salió de la cárcel, corrí el riesgo de que viniese a buscarte...

—Aun así, hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para liberarlo.

—Lo hice por vos, porque sufrías al creer que lo habían encarcelado injustamente. Nunca conocí los pormenores de su caso, tampoco me interesó saber más. Sin embargo, defendías su inocencia con tanto ímpetu que llegué a pensar que en verdad lo era.

—Gonzalo no cometió ningún delito. Estoy segura de que detrás de su detención estuvo la mano de mi padre. Quiso evitar a toda costa que huyera con él y arruinase sus planes de casarme con vos.

—A él lo perdonaste...

—Aunque también lo descubrí mucho tiempo después, mi padre solo intentaba procurarme un futuro. Por esa razón, no puedo guardarle rencor... no cuando gracias a él, conocí el verdadero amor.

Rafael la miró perplejo, como si no alcanzase a comprender la magnitud de lo que su esposa acababa de decir.

—Sí, Rafael... Me enamoré de vos sin proponérmelo.

—¿Y Funes?

—Gonzalo no es más que un recuerdo. Ahora que descubrí lo que es amar a alguien con todas las fuerzas de tu ser, me doy cuenta de que lo que sentía por él no fue más que una ilusión. Con Gonzalo jamás sentí ese vértigo que me provocan tus besos. —Ante su emotiva confesión, el brillo en sus ojos grises barrió con toda la tristeza—. Es entre tus brazos que alcancé la felicidad, Rafael.

La agarró de la cintura hasta colocarla a horcajadas encima de él.

—¿Me amás, Pilar?

—Más que a nada en el mundo, Rafael.

Le deslizó el camisón por los hombros hasta dejar al descubierto sus níveos pechos. Era una delicia contemplarla. Aunque pudiese parecer absurdo, sentía que lo estaba haciendo por primera vez. Esa hermosa joven que empezaba a cimbrarse contra su cuerpo era su esposa... la mujer que acababa de declararle su amor.

Se inclinó hacia delante hasta que ambos quedaron sentados en la cama, con las piernas entrelazadas. Con desesperación, se apoderó de la boca de Pilar y la besó con tanta intensidad que le cortó la respiración.

—¡Decímelo otra vez! —demandó apenas la soltó.

Ella se tomó un segundo solo para recuperar el aliento.

—¡Te amo, Rafael! ¡Te amo con cada fibra de mi ser... con mi cuerpo, mi

mente y mi corazón! —gritó Pilar estallando de felicidad.

Rafael arremetió de nuevo contra ella, besándola en el cuello.

—Yo también te amo, mi adorada Pilar —le susurró al oído antes de despojarla del camisón.

Esa noche, mientras le hacía el amor a su esposa, Rafael Álvarez Arriaga tuvo la certeza absoluta de que podía ser posible redimirse de tanto dolor. Sentía que la vida, por fin, estaba de su lado.





## TIEMPO DE REVANCHA

Sin dudas, la paciencia no era una de las virtudes de Rafael Álvarez Arriaga.

Se encontraba de pie junto a la escalera, aguardando a que su esposa bajara para asistir al banquete que se había organizado en el Teatro Variedades, en honor al presidente electo, don Nicolás Avellaneda. Él nunca había sido habituado de eventos relacionados al mundo de la política, pero su tía Margarita, aprovechando que se encontraban en Buenos Aires debido a la llegada al país del purasangre que había adquirido en tierras británicas, les había insistido para que la acompañasen. Observó por enésima vez el reloj, como si así, el tiempo pudiese pasar más de prisa. Hacía apenas dos días que estaban en la ciudad y ya ansiaba volver a la estancia. Pilar no le había dicho nada, pero sospechaba que le iba a pedir trasladarse a la casa de su familia hasta el momento de regresar a Capilla del Señor. No era fácil para ella convivir con Leonor. La trataba con cortesía solo por respeto a su tía, pero él mejor que nadie sabía lo incómoda que se sentía Pilar al compartir el techo con ella. Además, José Emilio, quien visitaba a Leonor con regularidad, le había contado que su padre había vuelto a tener una recaída y llevaba semanas sin ir al aserradero. Hablaría con su tía para anunciarle que se mudarían a la casa del barrio de San Nicolás al día siguiente.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la aparición de Pilar. Venía acompañada de su nana y bajaba los escalones como si tuviese temor de caerse. Él extendió su brazo y la recibió con una sonrisa en los labios.

—Estás radiante. —Le besó la mano y la contempló de arriba abajo con absoluta admiración.

—Gracias —respondió ella, sonrojándose por culpa de la intensidad de su mirada.

Pilar lucía un vestido de terciopelo color borgoña con detalles en negro y bordado con rosetas rojas en la parte delantera de la falda que combinaba a la perfección con el traje azul oscuro que había elegido Rafael para la ocasión. Si a la elegancia de sus ropas, se le sumaba el brillo de felicidad en los ojos, nadie se atrevería a refutar el hecho de que esa noche se convertirían en la pareja más admirada y envidiada de la noche.

Jesusa le dio la bendición a Pilar y se quedó espíándolos a través de una de las ventanas que daba a la calle, hasta que la galera dobló en la esquina. Suspiró profundo mientras apretaba la medallita de la virgen. Jamás había visto tan dichosa a su niña y tenía la certeza de que esa felicidad se iba a duplicar en los próximos meses. Corrió las cortinas y regresó a la cocina en donde le tocaba lidiar con el mal humor de Segundo, el mayordomo de la casa.

Apenas abrió la puerta, el mismo Segundo le anunció que alguien la estaba esperando en el cuartito que se utilizaba para el planchado. Le preguntó quién era, pero el mayordomo solo se encogió de hombros, dándole a entender que le importaban muy poco sus asuntos.

Cuando entró, se topó con la corpulenta humanidad de Dominga sentada en una de las sillas y con las manos entrelazadas en posición de rezo.

—¡Jesusa, menos mal que viniste! —Dominga se puso de pie y se acercó—. ¡Tengo que hablar con tu señorita de un asunto de vida o muerte!

Jesusa se alarmó.

—¿De qué se trata? ¿Acaso le ha ocurrido algo a don Amancio? —Fue el primero en quien pensó después del episodio que había sufrido en la estancia hacía tres meses, durante el cumpleaños de su hija.

—¡Si alguien no lo impide, muy pronto el patroncito va a estirar la pata! —exclamó al tiempo que se santiguaba.

Jesusa la agarró por los hombros y la obligó a que se calmara.

—¿Qué estás diciendo, Dominga?

La mulata se echó a llorar mientras continuaba estrujando entre sus manos la imagen de la Virgen de la Merced.

—¡Otra vez lo mismo! ¡Yo ya no quiero cargar con más muertes en mi conciencia, Jesusa!

Si la había inquietado la presencia de Dominga en la casa a esas horas de la noche, lo que acababa de decirle le heló la sangre. ¿De qué muertes estaba hablando? Le dio de beber un poco de agua con azúcar y no bien se calmó un poco, arremetió con más preguntas.

—¿Por qué decís que no querés cargar con más muertes?

Tras beberse el vaso de agua como si fuese el último, Dominga respiró con fuerza y estuvo lista para soltar todo lo que sabía.

—Yo quería hablar con tu niña, Jesusa —le dijo mirando hacia la puerta, por encima de su hombro—. ¿Por qué mejor no la llamás a ella?

—La niña Pili no está. Acaba de salir con su esposo para un evento muy importante...

—¡Pero es con ella con quiero hablar! —insistió la negra.

Jesusa negó con la cabeza.

—Si lo que tenés que desembuchar es tan grave, mejor me lo contás a mí primero. No podemos perturbar a mi niña con nada, mucho menos ahora que necesita estar tranquila. Sé que nunca nos hemos llevado muy bien, pero si lo que sabés te angustia tanto, podés desahogarte conmigo.

—Vos no entendés, Jesusa. Es a ella a quien debo contarle lo que está ocurriendo en esa casa...

Cansada de tantos rodeos, Jesusa la agarró de los hombros y la miró con esos ojos oscuros que parecían penetrar hasta el alma.

—¡Decime de una vez qué es lo que pasa! —La sacudió un poco para obligarla a hablar.

—No quería hacerlo... ella me obligó —balbuceó agachando la cabeza—. Me dijo que si no la ayudaba, me echaría de patitas a la calle y se aseguraría de que nadie me diese trabajo. Yo ya estoy vieja y sin una recomendación, no podría

emplearme en ninguna casa. Por eso no tuve más remedio que obedecerla...

—¿Estás hablando de la señora Lorenza?

Dominga asintió. Continuaba con la vista clavada en el suelo.

—Me pidió que le preparase uno de mis brebajes para dárselo al patrón. El mismo que le dio a la difunta doña María para que Diosito se la llevase antes de tiempo... Tenés que entender que yo debía obedecerla para no terminar en la calle. Sin embargo, no podía permitir que lo volviera a hacer. —Levantó la cabeza despacio—. Cambié el antiguo bebedizo por uno inofensivo que solo le ha provocado a don Amancio uno que otro malestar estomacal, pero que no lo llevará a la tumba. Temo que doña Lorenza se dé cuenta, por eso vine a ver a la señorita Pilar. Ella es la única que puede detenerla...

Aunque Jesusa sabía de sobra la clase de arpía que era doña Lorenza, le causó gran estupor enterarse de lo que había hecho con la madre de Pilar y lo que pretendía hacer con su esposo. Dominga tenía razón. Alguien debía detener a esa mujer, pero ese alguien no iba a ser su niña. Enterarse de la verdad precisamente ahora la destrozaría. Su deber era velar por su bienestar, y enfrentarse a la asesina de su madre solo provocaría una desgracia.

Sabía a quién debía recurrir para poner fin a la maldad de esa mujer. Le pidió a Dominga que siguiera fingiendo delante de su patrona y le aseguró que si don Rafael estaba de acuerdo, podría irse a Capilla del Señor con ellos y convertirse en una más de las criadas de *El Refugio*.

La crema y nata de la sociedad porteña se hizo presente en el Teatro Variedades de la calle Esmeralda para formar parte de uno de los acontecimientos políticos del año y escuchar el discurso que daría el presidente electo frente a los comensales. Previamente, oradores de la talla de Alsina, Irigoyen o Dardo Rocha hicieron ostentación de su prosa rimbombante entre aplausos y brindis mientras esperaban la palabra de “*Taquito*”, apodo que se había ganado Avellaneda debido a su escasa estatura y su manía de usar tacos altos y caminar a los

saltilos. Entre los concurrentes al banquete, se encontraba José Emilio, quien siempre buscaba codearse con los altos mandos políticos para llegar más rápido a ocupar su banca en el Congreso. A pesar de que no le simpatizaba demasiado el tucumano, le bastaba con saber que había alcanzado el poder bajo el ala protectora de su admirado Sarmiento. No estaba solo esa noche. Leonor lo acompañaba. La prima de Rafael le caía simpática, y él necesitaba de una mujer a su lado para no despertar sospechas y seguir escondiendo cuál era su verdadera esencia. Leonor Mansilla era la candidata perfecta para convertirse en su tapadera. Si ella lo aceptaba, formalizaría el compromiso lo antes posible.

Los Villegas también habían sido invitados y Bernardita se quedó con la sangre en el ojo cuando vio a Pilar ingresar al salón del brazo de Rafael Álvarez Arriaga, el hombre que ella siempre había deseado como esposo. No pudo soportar la humillación y en la primera oportunidad, se excusó con sus padres alegando que no se encontraba bien y regresó a su casa llorando como una magdalena. Por supuesto, nadie resintió su repentina desaparición.

Pilar y Rafael fueron presentados al flamante vicepresidente electo, Mariano Acosta, ya que su esposa, doña Remedios, era amiga de su tía Margarita. Departieron un momento con ellos y luego consiguieron escabullirse entre los invitados sin que nadie se diera cuenta. No les gustaba hablar sobre política, así que optaron por moverse de un sitio a otro para evitar que los involucraran en otra aburrida charla que incluía temas como las turbulentas elecciones y el clima tenso que se vivía esos días por causa de los simpatizantes de Mitre que no se resignaban a la derrota.

Previendo la masiva concurrencia de gente al banquete, habían contratado un grupo numeroso de camareros para satisfacer las necesidades de los invitados con mayor eficacia.

Nadie sospechaba que tres de ellos no estaban allí para servir tragos ni canapés. Se habían colado al lugar con la siniestra intención de atentarse contra la vida del apenas electo presidente, don Nicolás Avellaneda. Preparaban algo grande que sería recordado como uno de los acontecimientos más importantes

por los miembros del Partido Nacionalista. La revolución estaba en marcha, y no iban a perderse la oportunidad de mezclarse entre el centenar de personas que había asistido al banquete para sembrar el pánico en la ciudad.

Uno de esos falsos camareros era Gonzalo Funes.

Se encontraba deambulando en el pasillo principal con una bandeja en la mano para no llamar la atención de nadie. Los asistentes al banquete apenas le prestaban atención y podía ir de un lugar a otro sin preocuparse. Aun así, debía ser precavido. Se acarició el bolsillo del pantalón en donde llevaba escondida una pistola solo para darse valor. Los dos secuaces que lo acompañaban se habían apostado en puntos estratégicos que le permitirían abandonar el teatro rápidamente si algo no salía como lo habían planeado.

En casi todo momento, tenían en la mira al presidente electo. A pesar de la enorme comitiva de gente que se arremolinaba a su alrededor, Gonzalo estaba dispuesto a acercarse hasta él y disparar a matar por la causa. Era probable que no saliera vivo de allí después de atentar contra Avellaneda, pero ya no tenía nada que perder. Le habían arrebatado todo. Por esa razón fue el primero en ofrecerse a perpetuar el asesinato, arriesgando su propia vida en la misión. Al menos moriría luchando por sus ideales. Un mes antes, después de que la Cámara de Diputados avalase el fraude electoral, Mitre había convocado una reunión en su propia casa para poner en marcha la revolución que se iniciaría en el mismo momento en que la banda presidencial se posara sobre el pecho de Avellaneda.

No se sorprendió cuando vio a José Emilio Robles entre los invitados. Conociendo sus aspiraciones políticas, sabía que siempre buscaría arrimarse a la sombra del mejor árbol. Él no había reparado en su presencia todavía y esperaba que no lo hiciera hasta el momento del ataque. Oteó en dirección a la entrada principal, donde uno de sus cómplices se paseaba con la bandeja repleta de canapés. Se llamaba Manuel y era quizá demasiado joven para un trabajo tan delicado, pero contaba con el visto bueno del cabecilla del grupo y solo esperaba que no terminase arruinándolo todo con su falta de experiencia. El otro, un

hombre de más edad y que al igual que él había estado en prisión, se hallaba en el lado opuesto, junto a la salida trasera para armar una distracción en el momento oportuno. Era conocido como “*El Cuervo*” y cargaba con cinco cadáveres sobre sus espaldas. Pero sin dudas, el detalle que lo convertía en un elemento importante de la revolución era el hecho de que su hermano, el sargento Chirino, había sido quien diera muerte a Juan Moreira, uno de los protegidos de Alsina, quien terminase sus días en un paredón de Lobos después de que el propio don Adolfo se desentendiera de él. A pesar de estar en bandos opuestos, Gonzalo tenía un buen recuerdo de ese gaucho devenido a matón, que durante una noche de borrachera, le había tendido su mano desinteresadamente.

El murmullo generalizado del público lo puso en alerta. De un momento a otro, se esperaba que el próximo presidente de la república se dirigiera a los invitados. Cuando todo el mundo estuviese atento a su discurso, él se mezclaría entre la gente, sacaría su pistola y le dispararía. Tal vez con el tumulto, lograse salir y llegar hasta sus compañeros.

De pronto, como si el destino insistiese en burlarse de él, escuchó una risa dolorosamente familiar que lo obligó a voltearse. Contuvo el aliento cuando descubrió a Pilar rodeada por un pequeño grupo de mujeres entre las cuales se encontraba la esposa del vicepresidente Acosta. Le causó un gran impacto verla allí, más hermosa que nunca y sonriendo feliz. No esperaba encontrarse con ella, mucho menos en una noche como esa.

La presencia de Pilar en el lugar podía desbaratar sus planes. No era capaz de quitarle los ojos de encima. El rencor acumulado durante todo ese tiempo, en el que no había sabido nada de ella, desapareció en el mismo instante en que la volvió a ver. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué la vida se empeñaba en jugarle sucio? Debía enfocarse en su misión y no dejar que una mujer que lo había olvidado se metiera en su cabeza y lo hiciera dudar. Sin embargo, ahora que estaba allí, no podía irse sin hablar con ella.

Esperó hasta que se separó del grupo y cuando se quedó en un rincón del salón aprovechó para acercarse.

Pilar no se percató de nada. Se encontraba demasiado absorta en sus propios pensamientos como para darse cuenta de que el pasado estaba a punto de sorprenderla. Sí notó que alguien le rozaba el brazo. Cuando se volteó, el estupor le impidió reaccionar.

—Necesito que salgas para que podamos hablar —le dijo Gonzalo en voz baja mientras se aseguraba de que nadie lo viera.

—No... no puedo —balbuceó—. Rafael ha venido conmigo y empezará a buscarme cuando no me encuentre.

Aunque debió imaginárselo, que Álvarez Arriaga estuviese allí no iba a impedir que hablase con ella a solas.

—No me importa que él esté aquí —insistió—. Creo que después de lo que pasó, nos debemos una charla. Por favor, vayamos a otro sitio. Volverás antes de que tu esposo se dé cuenta. —Era algo que no podía prometerle. Si Álvarez Arriaga los sorprendía, estaba dispuesto a cualquier cosa, incluso a usar la pistola que esa noche estaba destinada a otro hombre.

—¿Qué estás haciendo acá? —le preguntó en cambio Pilar, sorprendida de verlo con el uniforme de camarero.

—Te lo explicaré más tarde. —Sin previo aviso, la tomó del brazo, obligándola a moverse—. Vení conmigo.

Pilar, todavía anonadada por la presencia de Gonzalo en el banquete que homenajeaba a Avellaneda, no opuso resistencia alguna cuando la arrastró a través de un largo pasillo y la metió en uno de los palcos vacíos.

Gonzalo cerró la puerta y se recostó en ella para contemplarla a sus anchas. El vestido que llevaba le sentaba a las mil maravillas. Era imposible no detenerse en el pronunciado escote que dejaba ver un poco más de lo permitido. El cabello, mucho más largo desde la última vez que se habían visto, estaba recogido en lo alto de la cabeza con una sofisticada diadema de perlas. Supuso que un hombre como Álvarez Arriaga podía colmarla de joyas en un abrir y cerrar de ojos. En ese momento, recordó la charla que había tenido con don Amancio. Él jamás habría podido satisfacer sus gustos más exquisitos. Tenía las mejillas sonrojadas



y un brillo especial en la mirada. Un suspiro escapó de su garganta cuando comprendió que la amaba más que nunca. Se acercó y de inmediato, Pilar retrocedió.

—¿Me tenés miedo?

Ella negó con la cabeza.

—No esperaba volver a verte...

—¿Sabías que salí de prisión?

—Sí —musitó, nerviosa.

—¿No querías que viniera a buscarte?

Pilar no dijo nada.

—Podés quedarte tranquila, Pilar. No estoy aquí para llevarte conmigo. Lo intenté en dos oportunidades y no me fue muy bien —manifestó socarrón.

—Te pido perdón en nombre de mi padre, Gonzalo. Fue muy injusto lo que hizo con vos. —Notó el cambio brusco que se produjo en la expresión de su rostro. Poco quedaba del muchacho que ella creía haber amado.

—Tu padre cometió una injusticia con los dos —repuso, mesándose el cabello para no tocarla. La deseaba tanto que ardía en deseos de estrecharla entre sus brazos. Sobre todo, ahora que la sabía de otro—. Si él no hubiese intervenido, nuestro destino habría sido muy distinto. Estaríamos juntos, probablemente viviendo en otra ciudad, al lado de mi madre... Don Amancio Robles se salió con la suya. Vos te convertiste en la esposa de un hombre de fortuna y yo pasé los peores meses de mi vida encerrado por un delito que no cometí.

—Lo siento mucho...

—¿Pero sabés qué fue lo peor? No pude despedirme de mi madre, y ella murió sola, clamando por mi inocencia. —Había levantado el tono de la voz—. Tu padre me hizo mucho daño, Pilar. Jamás podré perdonarlo. Tampoco podré perdonar la traición de José Emilio.

Ella se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¡Sí, Pilar! ¡Tu querido hermano traicionó nuestra confianza! ¡Él fue quien le contó a tu padre de nuestra fuga! ¡Como si no le bastase, se valió de mi amistad

para esconder entre mis pertenencias su reloj más costoso! No tengo que explicarte por qué lo hizo... Supongo que los hombres como él no conocen de escrúpulos.

Pilar sintió que las piernas ya no podían sostenerla. Se agarró con fuerza de la pared para no caerse. Empezaba a faltarle el aire y la voz de Gonzalo se oía cada vez más lejos.

—Pilar... ¿estás bien?

Logró balbucear un tibio “no” antes de desvanecerse.

Gonzalo llegó hasta ella y evitó que terminase en el suelo. La alzó en brazos y la llevó hasta una butaca para tratar de reanimarla. Apoyó su cabeza con suavidad y se arrodilló a su lado. Respiraba con dificultad y tenía la boca entreabierta. Esa boca que tantas veces había besado... Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver a hacerlo. Le apretó la mano. Estaba helada. Vio cómo sus pechos subían y bajaban. Su propia respiración se había disparado. Pilar no reaccionaba y él se excitaba con ese cuerpo que había imaginado desnudo durante sus largas noches en prisión. La odiaba por provocarlo de esa manera. Estaba a punto de cumplir su deseo de probar otra vez la miel de sus labios cuando la puerta se abrió de un golpe y Rafael Álvarez Arriaga irrumpió en el palco y se abalanzó encima de él como un poseso.

—¡Suelte a mi esposa, maldito desgraciado! —gritó, apartándolo de su mujer con un violento empujón.

Gonzalo terminó cayendo encima de una butaca, sin reacción posible. Se secó el sudor de la frente mientras observaba cómo el esposo de Pilar ocupaba rápidamente su lugar y trataba de que despertase.

—¡Pilar, amor mío, abrí los ojos! —Como ella no respondía, se volteó y fulminó a Funes con la mirada—. ¿Quién demonios es usted y qué hizo con mi esposa?

Gonzalo se reincorporó y se plantó detrás de él, con las piernas separadas y la mano en el bolsillo donde tenía escondida la pistola.

—No le hice nada, Álvarez Arriaga. Simplemente quería hablar con ella...

Rafael comprendió en ese instante quién era ese hombre que se había encerrado a solas con su esposa. Después de convivir durante tanto tiempo con la sombra de Gonzalo Funes, finalmente se encontraba cara a cara con él. Se levantó hasta quedar a su altura y lo observó detenidamente.

—¿Qué hace aquí, Funes? Si vino con la oscura intención de llevarse a Pilar, no se lo voy a permitir —le advirtió, apuntándole con el dedo—. Ella es mi esposa ahora y ya no quiere saber nada con usted.

—Deberíamos dejar que ella se proclame al respecto, ¿no cree? —lo desafió—. Pilar estuvo más que dispuesta a escapar conmigo antes... No veo por qué no querría irse conmigo ahora.

—¡Porque es a mí a quien quiere! —replicó Rafael a punto de perder el último vestigio de cordura que necesitaba para no saltarle encima y romperle la cara a golpes.

—¡Usted me la quitó, Álvarez Arriaga! ¡Se valió de una treta sucia para quedarse con ella y convertirla en su trofeo de caza! Sabe muy bien que si a mí no me hubiesen detenido esa mañana, hoy Pilar estaría casada conmigo.

—Puede que tenga razón, Funes —reconoció—. En ese momento, Pilar no habría dudado en fugarse con usted. Sin embargo, se casó conmigo y aunque al principio no fue fácil para ninguno de los dos, hoy somos un matrimonio feliz.

—¡Eso no es verdad! ¡Pilar no lo ama! ¡Se casó con usted porque su padre la obligó! —Sacó la pistola del bolsillo del pantalón y le apuntó—. ¡Me la robó valiéndose de su poder y conspirando en mi contra para mandarme a la cárcel!

Rafael no se amilanó cuando Gonzalo le acercó el arma a la cabeza. No se esperaba que el muchacho estuviese armado. En ese momento, su única preocupación era Pilar, quien seguía sin reaccionar.

—Puede quitarme del medio, Funes, pero con eso no va a conseguir que ella deje de quererme... mucho menos que se quede con usted —lo retó, mirándolo directamente a los ojos por encima del cañón de la pistola.

A Gonzalo le temblaba ligeramente la mano. Estaba a punto de arruinar el plan que le habían encomendado sus compañeros de causa por culpa de su sed de

venganza. ¿Pero cómo no cobrarse todo el daño que le habían hecho cuando tenía en la mira al principal culpable de su desgracia? No le importaba volver a la cárcel si Álvarez Arriaga pagaba con su vida haberle arrebatado a la mujer que amaba. Nada le impediría que le descerrajase un balazo en la cabeza, ni siquiera la presencia de Pilar.

—¡Vamos, dispare! —lo instigó Rafael, acercándose peligrosamente hasta que el cañón de la pistola le rozó la sien. Era una actitud temeraria, pero no le daría el gusto de suplicar por su vida—. ¿Sería capaz de hacerlo delante de ella? —inquirió, señalando a Pilar—. Le propongo que salgamos afuera y una vez allí podrá deshacerse de mí sin testigos.

Gonzalo no dijo nada. Desvió la vista hacia la butaca en donde yacía Pilar. Sabía que intentaba distraerlo, usándola a ella como escudo.

—Si ha venido hasta el banquete para matarme, no veo qué es lo que lo detiene, Funes.

—No me provoque, Álvarez Arriaga... —le advirtió sin apartar la pistola ni un ápice de la frente de su rival—. No soy hombre que cree en casualidades, sin embargo, el destino quiso que esta noche cruzáramos nuestros caminos para darme la oportunidad de recuperar lo mío... lo que usted me robó.

—Gonzalo...

Ambos se voltearon cuando escucharon la débil voz de Pilar, quien estaba tratando de levantarse mientras extendía el brazo hacia ellos. Sin medir las consecuencias de sus actos, Rafael corrió a su lado, olvidándose del arma en su cabeza. Desde su sitio, Gonzalo observaba cómo él la tomaba de las manos y le preguntaba cómo se sentía. Experimentó tanta rabia que no le hubiese importado dispararle ahí mismo, para que cayese muerto delante de su adorable esposa. Eran tan devoradores los celos que sentía de verla junto a él que lo habría hecho sin ninguna contemplación.

—¡No lo hagas, Gonzalo... por lo que más quieras, no lo hagas! —le suplicó Pilar, cubriendo parcialmente el cuerpo de su esposo con el suyo.

Pilar lo miraba con los ojos bañados en lágrimas, y entonces, el brazo que

sostenía la pistola cayó estrepitosamente hacia abajo.

—Él nos separó... Por su culpa, no podemos estar juntos —se justificó.

—¡Yo amo a Rafael, Gonzalo! ¡No sería capaz de vivir sin él! —le confesó entre hipidos.

Gonzalo se negaba a creer que Pilar amase a otro hombre. Le estaba mintiendo solo para salvar el pellejo de Álvarez Arriaga. Era a él a quien le había jurado amor...

—No hace falta que mientas, Pilar. Si vos estás de acuerdo, podemos huir esta misma noche —le propuso, olvidándose por completo del verdadero motivo que lo había llevado hasta allí—. Lo dejaré con vida si te venís conmigo...

—¡No! —gritó ella, poniéndose de pie como pudo—. ¡Jamás podría irme con vos, Gonzalo! Es a él a quien quiero. —Se tocó el vientre—. Rafael no solo es el hombre que amo con todo mi corazón... es el padre del hijo que estoy esperando.

Rafael se levantó y le rodeó la cintura con el brazo. Sus ojos grises, que ahora también estaban húmedos, se posaron más allá del talle femenino, en donde se estaba gestando el fruto de su amor.

—Pilar... querida —murmuró acariciándole la mejilla.

Se contemplaron con la mirada llena de dicha, perdidos en su propio mundo y ajenos a la amenaza latente que empuñaba en su mano Gonzalo Funes.

—¡Si muero esta noche, lo haré como el hombre más feliz! —le dijo Rafael antes de besarle las manos con devoción.

—No vas a morir, Rafael —le aseguró, esbozando una tenue sonrisa. Luego, respiró profundo y clavó sus ojos en el rostro de Gonzalo—. Puedo comprender que quieras vengarte por todo lo que sufriste... Mi padre se empeñó en alejarte de mí y mi hermano, tu mejor amigo, te traicionó de la peor manera. Sin embargo, hay algo que probablemente no sepas, sino no estarías aquí con el propósito de lastimar a mi esposo.

—¿Qué más podés decirme, Pilar? —le replicó, enceguecido por la rabia—. Acabás de confesarme que te enamoraste de él y que vas a darle un hijo. Nada de

lo que me digas va a evitar que me manche las manos con su sangre...

—No podés matar a Rafael porque gracias a él sos un hombre libre, Gonzalo.

—¿Qué carajo estás diciendo?

—La verdad más absoluta. Rafael movió cielo y tierra para lograr que salieras de la cárcel y lo hizo por mí, porque yo clamaba por tu inocencia.

—Eso no es cierto... —balbuceó Gonzalo, negando con la cabeza.

—Es muy fácil comprobarlo. Solo tenés que buscar al abogado de Rafael para que ratifique lo que te acabo de decir.

Gonzalo no podía creer que Álvarez Arriaga fuese el misterioso hombre que había intercedido por él para liberarlo de una condena injusta. Se dejó caer en una butaca, con el arma en la mano.

—Pilar le está diciendo la verdad, Funes. A pesar de que siempre viví con el temor de que intentase llevársela, puse todo lo que estuvo a mi alcance para que dejara esa prisión en la cual nunca debió entrar. Fuimos rivales por el amor de una mujer y seguramente soy culpable de valerme de mi poder para que Pilar accediese a casarse conmigo a cambio de su libertad, pero nunca habría jugado con la vida de un hombre sabiendo que era inocente.

Gonzalo miró a Pilar, buscando en sus ojos algún vestigio que le permitiera descubrir si lo estaba engañando o era el maldito destino que insistía en burlarse de él. ¿Cómo iba a ser posible que ese hombre estuviese detrás de su liberación?

Pilar se aproximó a él, desoyendo el pedido de Rafael de que no lo hiciera. Nunca antes lo había visto tan abatido. La pistola había terminado en el suelo, pero sabía que no corrían peligro. El Gonzalo que ella conocía jamás la lastimaría.

—Te pido perdón, Gonzalo —le dijo, rozándole el brazo—. En nombre mío, de mi padre y el de mi hermano.

Él agachó la cabeza para que no lo viesen llorar. Ni siquiera podía hablar. Comprendía por fin que a Pilar no se la habían arrebatado... jamás había sido suya realmente. Tuvo deseos de salir corriendo y utilizar esa pistola para acabar con tanto dolor.

—Sos un hombre maravilloso, Gonzalo. —Se tomó el atrevimiento de apretarle la mano—. Estoy segura de que pronto encontrarás a alguien que te ame tanto como yo amo a Rafael.

Gonzalo respiró hondo y se armó de coraje para mirarla a los ojos.

—No sé si algún día llegaré a olvidarte, Pilar. Te llevo acá —se golpeó el pecho—, vas a ser siempre una espina clavada en mi alma que lacera con cada recuerdo... con cada beso que nos dimos...

Rafael carraspeó. No quería intervenir porque parecía que Pilar tenía la situación bajo control, sin embargo, Funes conservaba la pistola muy cerca de él.

—Lo harás —le aseguró ella—. Tenés toda la vida por delante. ¿Qué hay de tu sueño de convertirte en abogado? ¿Has retomado tus estudios?

Gonzalo negó con la cabeza. Hacía tiempo que se había apartado del buen camino, y con el atentado que debía perpetrar esa noche en nombre de la causa revolucionaria, emprendería un viaje sin retorno. Quizá todavía estaba a tiempo de no cometer el mayor error de su vida, de tomar las riendas de su destino y luchar por sus ideales sin recurrir a la violencia. Ese había sido siempre su objetivo antes de caer en la decadencia.

—Deberías volver a la facultad de leyes y terminar la carrera —le aconsejó, como si le estuviese hablando a un amigo.

—¿De verdad te importo? —preguntó él.

—Sí, Gonzalo. Más allá de lo que sucedió entre nosotros, te tengo mucho cariño y quiero lo mejor para vos. Sé que en el fondo, vos deseás lo mismo para mí. —Miró por encima de su hombro y le sonrió a su esposo—. Mi felicidad está al lado de Rafael... Estoy segura de que cuando menos te lo esperes, encontrarás a alguien y también vas a conocer la felicidad verdadera.

Gonzalo sonrió cuando trajo a su mente el recuerdo de Carmencita. Ella lo amaba. Con pureza y devoción. ¿Tenía acaso derecho a reaparecer en su vida ahora cuando no era más que la sombra del hombre del que se había enamorado? Quizá aún había esperanza para él... tal vez era el amor de Carmencita lo único que podría salvarlo de hundirse más en el infierno. Miró a Rafael. Por primera

vez, lo hizo sin rabia.

—Lo culpé de haber perdido a la mujer que amaba, Álvarez Arriaga. Por eso no dudé ni un segundo en empuñar mi arma contra usted... pero jamás me perdonaría causarle un dolor tan grande a Pilar. Si ella es feliz a su lado, no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo. —Se puso de pie y volvió a guardar la pistola en el bolsillo trasero de su pantalón—. Déjeme advertirle una cosa antes de marcharme —dijo elevando un poco el tono de su voz y apuntándole con el dedo—. Si un día me entero de que Pilar ha derramado una sola lágrima por su culpa, iré a buscarlo hasta el fin del mundo si es necesario para hacérselo pagar.

—Puede quedarse tranquilo, Funes —respondió Rafael tomando a su esposa por la cintura—. Procuraré hacerla feliz cada día de mi vida... a ella y a nuestros hijos.

Gonzalo asintió. Extendió el brazo, con el temor de que Rafael lo rechazara, pero se sorprendió gratamente cuando le dio un fuerte apretón de manos.

—Ya que quedó claro que ambos deseamos lo mismo, no tengo nada más que hacer en este lugar. —Pensó en sus dos compañeros. Seguramente estarían preguntándose en dónde demonios se habría metido. Saldría a buscarlos y les diría que no contasen con él para la misión de esa noche—. Hasta siempre, Pilar. —Con la anuencia de Rafael, le besó la mano y luego se despidió de él con una leve inclinación de cabeza antes de abandonar el lugar.

Cuando se quedaron solos, Rafael estrechó entre sus brazos a Pilar. Lo hizo con tanta fuerza que ella le tuvo que recordar que ahora debería tener más cuidado. Él la soltó, solo para acariciarle el vientre y decirle una vez más cuánto la amaba.

Rafael apartó un instante la vista de unos documentos cuando Segundo llamó a la puerta de su despacho temprano esa mañana, para anunciarle que la esposa del señor Robles había llegado. Le dijo que no la hiciera esperar y ordenó que nadie los molestase. Se abrochó los últimos botones de la camisa y se peinó el cabello



con los dedos. En un acto casi reflejo, quiso hacer lo mismo con el bigote, pero recordó que se lo había vuelto a afeitar atendiendo al pedido de su esposa.

Tal vez estaba corriendo un riesgo demasiado grande al citar a Lorenza en su propia casa, pero Pilar estaba más remolona de lo habitual y se levantaba recién a media mañana. Esperaba que ese día en particular no decidiera abandonar la cama más temprano. Quería evitar a toda costa un encuentro con su madrastra para no provocarle un nuevo disgusto. Después del episodio de la noche anterior durante el banquete en homenaje al presidente electo, ambos estaban con los nervios a flor de piel. Como si fuera poco, Jesusa lo había buscado para contarle sobre la visita de Dominga y la terrible verdad que la criada de los Robles le había revelado. Por esa razón, decidió tomar cartas en el asunto y le había mandado un recado a Lorenza pidiéndole que vaya a verlo a la mayor brevedad posible. Jamás pensó que se presentaría tan pronto, pero mejor así. Quería finiquitar ese oscuro asunto antes de volver al campo.

Lorenza entró, elegante como siempre, y extendió su brazo esperando a que él la saludase apropiadamente.

Rafael ni siquiera se molestó en estrecharle la mano. Si pensaba que Lorenza Benavides de Robles era una mujer sin escrúpulos, ahora estaba convencido de que era capaz de cualquier cosa. Le bastaba confiar en el relato que le había transmitido Jesusa para saber de qué estofa estaba hecha.

—Tome asiento —le dijo con frialdad.

—Te confieso que me sorprendió tu pedido —retrucó ella sin dejar de lado sus burdos intentos de seducirlo—. Jamás me hubiese imaginado que requirieses de mi presencia con tanta urgencia.

—Cuando conozca la razón de por qué mandé a llamarla, sé que preferiré que no lo hubiese hecho. —Volvió a ocupar su butaca y se reclinó hacia adelante para ver más de cerca cada una de sus reacciones.

Lorenza sonrió. Parecía no importarle demasiado el misterioso motivo que la había llevado hasta allí. Se preguntaba dónde demonios andaría la sosa de su hijastra mientras ella se encontraba encerrada en el despacho con su encantador

esposo.

—Cualquier razón es buena si puedo verte, Rafael —respondió, tocándose el escote de su vestido con la punta del dedo índice.

Rafael hizo caso omiso de su osado comentario y ni siquiera desvió la mirada más allá de su rostro.

—Anoche, mientras mi esposa y yo estábamos en el ágape que se organizó para homenajear a Avellaneda, su criada Dominga vino a esta casa buscando a Pilar. Como no la encontró, habló con Jesusa y le contó lo que ha estado tratando de hacer con don Amancio.

Lorenza se puso pálida de repente. Lo miró como si no comprendiera de qué le estaba hablando.

—No hace falta que finja o que trate de ocultar la verdad, señora —la increpó—. Dominga se desahogó con su amiga Jesusa, revelándole sus intenciones de asesinar a su esposo. También le habló de lo que sucedió hace más de diez años, cuando la madre de Pilar falleció, víctima de una rara y violenta enfermedad.

—No...

—No se atreva a negarlo, Lorenza. Dominga confesó la verdad porque ya no podía seguir cargando con la culpa de lo que usted le había obligado a hacer. En el pasado, quizá temiendo represalias de su parte, obedeció su mandato y la ayudó a deshacerse de su hermana para que pudiese casarse con don Amancio. Pero ahora, la pobre negra ya no quiere ser cómplice de otra muerte... por eso le suministró a su patrón un brebaje inofensivo que le hizo creer a usted que, efectivamente, mi suegro terminaría teniendo el mismo fatídico destino de su primera esposa.

Lorenza seguía muda. Ya no lucía su habitual postura erguida que hacía que el escote de su vestido resaltara. Estaba casi acurrucada en la butaca, con la mirada fija en un punto mientras sus manos apretaban el lazo de su bolso.

—¿Para... para qué me ha hecho venir? —quiso saber, temiendo lo peor.

Rafael se dio cuenta de que ya no lo tuteaba. No era agradable ver a una mujer que parecía estar a punto de colapsar; no obstante, Lorenza no le inspiraba la

más mínima compasión.

—Quiero que hoy mismo abandone la casa de los Robles y se vaya muy lejos. —Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un sobre lacrado—. Aquí hay una cantidad suficiente de dinero para que subsista un par de meses sin tener que pasar penurias. Después, se las tendrá que arreglar como pueda. Imagino que a una mujer con sus recursos no le será difícil...

—He cometido un crimen, Rafael. —Lo miró a los ojos—. ¿Por qué deja que me vaya?

Rafael entrelazó los dedos y respiró hondo antes de responderle.

—Porque no quiero causarle a Pilar un dolor tan grande que llegue a perjudicar su salud. Estamos esperando a nuestro primer hijo y un disgusto semejante podría provocar un daño irreparable —le explicó—. Con usted lejos, ella vivirá más tranquila. Por fortuna, don Amancio está a salvo gracias a la negra Dominga.

—¿Sería capaz de callar una verdad tan terrible?

—No sería la primera vez que guardo silencio para proteger a aquellos que me importan —le dijo—. La única condición para no denunciarla a la policía es que nunca más vuelva a aparecer en la vida de los Robles.

—¿Y qué hay de Dominga? Esa negra traicionera es muy lengua floja...

—No se preocupe por ella, no volverá a hablar de lo que sabe —le aseguró.

Lorenza miró el sobre abultado que Rafael había dejado encima del escritorio. No tenía otra opción. Él le estaba ofreciendo la oportunidad de salir impune de la muerte de su hermana y del intento de asesinato de su esposo. Que lo hiciera con la única intención de proteger a Pilar era lo que menos le importaba. Una vida lejos de Buenos Aires y de toda esa gente a la cual detestaba era lo que ella necesitaba. El día que el dinero empezara a escasear, se las arreglaría para seguir rodeándose de lujos, engatusando a algún millonario decrepito a quien heredar después de su muerte. Tomó el sobre para guardarlo en su bolso, pero Rafael la sujetó de la muñeca.

—Deberá irse hoy mismo —le advirtió al tiempo que la soltaba. Daba pena

ver cómo se apoderaba del dinero como si fuese lo más importante de su vida—. Nadie debe sospechar jamás la verdadera razón de su alejamiento.

—Nadie en esa casa me extrañará —replicó con sorna—. Quizá el único que resienta mi ausencia sea el querido Amancio, pero no tardará en olvidarme.

—Mejor así. Mi suegro todavía es un hombre joven y está a tiempo de volver a enamorarse de una mujer que realmente lo merezca.

Lorenza sonrió.

—Usted nunca me quiso... en cambio, yo lo deseé desde el primer momento en que lo vi. —Se puso de pie con toda la intención de acercarse—. Lamento que no hayamos tenido la ocasión de conocernos un poco más...

Rafael abandonó la butaca y con paso firme se dirigió hacia la puerta, evitando cualquier contacto con ella.

—Y yo lamento que Pilar viviera los últimos diez años de su vida con el recuerdo de lo que vio esa tarde en la habitación de su padre. Una niña inocente nunca debería haber presenciado semejante escena...

Lorenza no hizo ningún comentario al respecto. No quería malgastar los últimos minutos al lado de Rafael hablando de su maldita hijastra. Con ese andar seguro que la caracterizaba se aproximó y colocó su mano en el pecho masculino.

—Lo voy a extrañar, Rafael.

Él abrió la puerta.

—Váyase porque no quiero que nadie la vea.

Lorenza dejó escapar un suspiro cargado de resignación. ¡Ni siquiera un beso suyo se llevaría antes de irse! Le dedicó una última sonrisa y salió al pasillo, en donde presto como siempre, Segundo la esperaba para escoltarla hacia la puerta principal. Cuando el mayordomo regresó para preguntarle a Rafael si se le ofrecía algo, él le pidió que no le comentase a nadie sobre la visita de Lorenza.



## EL REFUGIO DE TUS BRAZOS

Gonzalo avanzaba por uno de los estrechos e interminables pasillos del Cementerio Viejo con el paso cansino. Conforme se acercaba al lugar en donde descansaban los restos de su madre, descubrió que había alguien arrodillado junto a su tumba. Reconoció la silueta de Carmen de inmediato. Estaba quitando las flores muertas para cambiarlas por un pomposo ramo de crisantemos amarillos. Se detuvo un instante antes de proseguir. Llevaban varios meses sin verse, y precisamente, su último encuentro había sido allí mismo, frente a la sepultura de su madre. Se le formó un nudo en la garganta cuando Carmen se volteó y se lo quedó mirando durante unos cuantos segundos. No supo qué hacer a continuación, por eso ni siquiera se movió de su sitio. Fue Carmen quien tomó la iniciativa al saludarlo con la mano. Sintiéndose algo ridículo por su reacción, logró avanzar unos pasos hasta llegar a ella.

—Ha pasado mucho tiempo —le dijo la muchacha antes de saludarlo o preguntarle cómo estaba.

Gonzalo asintió.

—No pensé que volvería a verte. —Se quitó la gorra y observó las flores que acababa de dejar sobre la tumba de su madre—. Son muy hermosas... Muchas gracias, Carmencita.

Carmen le sonrió. Ya ni siquiera le molestaba que continuase llamándola de esa manera. Estaba tan feliz de verlo que apenas podía contener las ganas de llorar.

—Siempre procuro que haya un ramo de crisantemos frescos en su tumba. —

Sacó un pañuelito de seda blanco del bolso y ató el lazo con cierta parsimonia mientras esperaba que Gonzalo le dijese algo más.

Él no era capaz de apartar la mirada de su rostro. Carmencita estaba distinta. Parecía que en solo unos pocos meses hubiese crecido de golpe.

—¿Cómo está tu padre y tus hermanos? ¿Aníbal ha mejorado en su dibujo? ¿Todavía trabajás para doña Sebastiana? —Guardó silencio de repente cuando comprendió que quizá estaba aturdiéndola con su interrogatorio—. Lo siento, no debería preguntar tanto...

—No te preocupes, Gonzalo. Si hubiese tenido el valor de hacerlo, yo también te habría acribillado a preguntas —le confesó, con las mejillas sonrojadas—. Fueron muchos meses sin tener noticias tuyas. Me preguntaba dónde estarías... y con quién...

Gonzalo se acercó un poco más y sin previo aviso, le tomó las manos.

—He estado buscándome a mí mismo, peleando por una causa que tal vez ya está perdida. —Le clavó sus ojos negros—. Creí que buscando venganza conseguiría sosegar un poco la tempestad que se desató en mi alma cuando me separaron de la mujer que amaba. Sin embargo, comprendí que a veces el perdón y el olvido pueden ser más sanadores...

—¿La has vuelto a ver? —preguntó Carmen, temerosa de la respuesta que él le daría. Cuando asintió, creyó que su corazón dejaría de latir de un momento a otro.

—Me encontré de casualidad con ella —le aclaró—. No fui a buscarla si es lo que pensabas.

—¡Yo no pensaba nada! —se atajó.

Gonzalo esbozó una sonrisa. Se le formaban unas graciosas líneas de expresión alrededor de la boca cuando se irritaba por cualquier cosa.

—Pilar estaba con su esposo en un banquete para el que fui contratado como camarero —le explicó, ocultándole parte de la verdad por su propio bien—. Logré que aceptase hablar conmigo y entonces me confesó que nunca me quiso en realidad... que lo nuestro no había sido más que una ilusión. La verdad es que

Pilar se enamoró de Álvarez Arriaga y él de ella. Es más, están esperando su primer hijo.

Carmen intentaba descifrar qué sentía Gonzalo al saber que había perdido a Pilar para siempre. No parecía tan afectado como antes... ¿Y si era cierto que la había olvidado? No quería crearse falsas expectativas, pero fue inevitable no pensar en la posibilidad de una vida junto a él. Había llorado cada noche su ausencia, padeciendo el tormento de no saber si volvería a cruzarse en su camino, y ahora que se habían reencontrado, estaba dispuesta a jugarse entera por sus sentimientos.

—¿Todavía la querés?

Gonzalo no le respondió enseguida, prolongando la angustia de esa muchacha dulce que lo miraba con tanto embeleso. Se cuestionó por enésima vez si se merecía que ella lo amase con tanta devoción. Porque era pura e infinita devoción lo que vislumbró en sus ojos claros.

—Pilar fue muy importante en mi vida, no te lo voy a negar. —Depositó un ligero beso en sus nudillos—. Pero nuestro destino no era estar juntos. Pilar es feliz con su esposo y yo...

—¿Vos qué? —quiso saber ella mientras su estómago se llenaba de mariposas.

—Yo tengo que resignarme a que nunca la volveré a ver. —Intensificó el beso hasta humedecerle las manos con su saliva—. No sé si tengo derecho a hacerlo, Carmencita... Ya sufriste demasiado por mi culpa, pero... no quiero perderte.

Ella no dijo nada. Las lágrimas de emoción que empezaron a rodar por sus mejillas hablaron por sí solas. Intentó sonreír cuando vio que Gonzalo fruncía el ceño en señal de preocupación.

—No quiero que llores, mucho menos por mi culpa. —Enjugó su llanto con el pañuelo de seda blanco que ella había sacado del bolso y la sujetó de la barbilla—. Sos demasiado importante para mí, Carmencita. Volver a lastimarte es lo último que haría, aunque olvidarme de Pilar no será fácil...

—Lo sé, Gonzalo —respondió ella, tomando aire para hablar entre hipidos—. ¡Te quiero, siempre te he querido! —dijo a viva voz—. Me quedaré a tu lado y te



enseñaré a olvidar...

Gonzalo le sonrió. Cuando más perdido se encontraba, la dulce Carmencita le daba una razón para seguir viviendo.

Tomó su mano y la apretó con fuerza. Percibió su agitación. Ella anhelaba un beso, pero prefirió no dárselo, no cuando su corazón todavía latía por otra mujer. Se aproximó y la besó en la frente.

—Dame tiempo, Carmen... es lo único que te pido.

La muchacha asintió.

—Te esperaré, Gonzalo —le prometió—. Lo que yo te pido a cambio es que no vuelvas a dejarme.

—Nunca más vamos a separarnos. —Le acarició las mejillas húmedas y luego la estrechó entre sus brazos.

Carmen cerró los ojos. Después de sufrir por su ausencia, era lo único que necesitaba para ser feliz.

Esa mañana de finales de octubre, Rafael se levantó más temprano de lo habitual. Había logrado dejar la cama sin despertar a su esposa. Después de una noche en la cual ninguno de los dos había podido dormir bien a causa de los constantes movimientos del bebé, era mejor que Pilar continuara descansando sin que nada ni nadie la perturbase. Respiró muy fuerte para sentir el perfume de las glicinas y los jacintos que habían florecido recientemente con la llegada de la primavera. Un tenue rocío las cubría todavía, y se notaba el empeño que habían puesto tanto Pilar como Aurora en embellecer los jardines alrededor de la casa. Como el nacimiento de su primogénito se acercaba, era la negra Jesusa quien ayudaba a Aurora a mantenerlos limpios. El doctor Hidalgo le había prohibido a Pilar que hiciera esfuerzos y él se encargaba de que cumpliera sus indicaciones al pie de la letra. Solo le permitía escribir para *El Monitor de la Campaña* y durante las dos últimas semanas, tenía incluso prohibido quedarse en la cocina más tiempo de lo necesario. Pilar aseguraba que se sentía bien, que solo sufría un

poco de cansancio y malestar en las piernas, pero él quería cuidarla a cada momento. Después de todo, era el heredero de Rafael Álvarez Arriaga el que crecía en su vientre.

Escuchó que alguien se acercaba por la galería desde el sector que conducía a las caballerizas.

—La potranca nueva está lista para el servicio —le anunció Froilán al tiempo que se quitaba el sombrero y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Llevaba en pie desde el alba, pero también era de los últimos en irse a dormir.

Rafael no podía estar más conforme. Durante los últimos tres meses, la cría y reproducción de caballos en *El Refugio* había crecido considerablemente gracias a la inversión que el señor Harrington había hecho desde Londres, después de saber que el purasangre que él le había vendido se había alzado con el primer premio en la carrera del Racing Club de Capilla del Señor. Su suegro, entusiasmado por los buenos dividendos que había obtenido después del abrumador triunfo de *Victorioso*, también había desembolsado una importante cantidad de dinero que él pensaba invertir en la adquisición de otro purasangre inglés. No podía quejarse. Tanto en los negocios como en su vida personal la suerte le sonreía.

—Esta misma tarde la juntaremos con *Victorioso* en el corral grande y veremos qué pasa.

Froilán asintió.

—Ese animal fue una excelente inversión, Fele. —Le palmeó el hombro—. Sin dudas, has aprendido todo lo que hay que saber sobre caballos. Me siento muy orgulloso de vos.

Rafael lo miró. Creyó vislumbrar un atisbo de tristeza en su mirada. Froilán siempre había sido un hombre de pocas palabras y acostumbrado a tender una mano sin que nadie se la pidiese. Era su padre, su hermano y su mejor amigo.

—Aprendí del mejor, Froilán —le dijo—. Sin tus consejos ni tus buenas reprimendas, no habría llegado tan lejos. Nunca olvidaré que la estancia salió adelante gracias a tu oportuna intervención. Cuando yo llegué a hacerme cargo,

solo tuve que ponerme a trabajar a la par tuya y dejar que me enseñaras todo lo que sabías.

—Lo hicimos juntos, por lo tanto, el mérito es de los dos.

—A veces pienso que no me merezco tanta felicidad... —dijo Rafael de repente, perdido ya en sus propios pensamientos.

—Hace un año, más o menos, me hablabas de volver a casarte. Habías encontrado a la candidata correcta y esperabas que fuese la madre de tu heredero. Hoy, estás casado con la mujer que amás, la que muy pronto te dará un hijo. No deberías cuestionarte ciertas cosas —le aconsejó—. Sos un hombre que ha sufrido demasiado en la vida como para que te lamente de todo lo bueno que te pasa.

—Tenés razón, Froilán —le reconoció—. Necesito acostumbrarme a esta dicha inmensa que vivo día a día cada vez que Pilar me sonrío o acaricio su vientre en donde se obró el milagro de amor más grande...

—Siento interrumpir una conversación tan profunda, pero acaba de llegar un telegrama de Buenos Aires para tu esposa, Fele —dijo Aurora, asomándose por la puerta del salón—. Lo trajo Pancho y preferí mostrártelo a vos antes de que lo vea la señora Pilar, en caso de que no sean buenas noticias.

Rafael abrió el telegrama y lo leyó. Su rostro se relajó enseguida.

—Son buenas nuevas, Aurora. José Emilio y mi prima Leonor se van a comprometer en una semana y quieren que vayamos.

—¡La señora Pilar no puede viajar en su estado! —replicó de inmediato el ama de llaves, preocupada.

—Lo sé, Aurora. Jamás la expondría a una travesía tan agotadora. Hoy mismo le escribiré a mi cuñado para que nos disculpe. Ya iremos más adelante, cuando el niño haya nacido.

Aurora los dejó nuevamente a solas y regresó al interior de la casa.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Rafael ante el repentino mutismo de Froilán.

—Jamás pensé que el hermano de la señora Pilar y tu prima terminarían

juntos. Recuerdo que a ella no le hacía mucha gracia su compañía. —Le parecía inaudito que José Emilio contrajera enlace con Leonor cuando la verdad era que le atraían los hombres. Comprendió entonces que lo hacía para seguir cubriéndose las espaldas y nadie jamás descubriera su terrible secreto. Él, en cambio, se llevaría el suyo a la tumba.

—Tampoco pensábamos que don Amancio empezaría a frecuentar a mi tía después de que finalmente se resignó a que su esposa ya no iba a volver. El destino es caprichoso a veces. Mi prima con el hermano de Pilar... su padre con mi tía. En fin, lo único que importa es que puedan ser felices.

Froilán dudaba que un hombre de dos caras como José Emilio Robles pudiera hacer feliz a una mujer. Sentía pena por la ilusa de Leonor, quien nunca le había caído del todo bien. Se caló el sombrero y le hizo señas a Rafael de que mirase por encima de su hombro. Él se volteó y vio a Pilar que se acercaba.

—Será mejor que regrese a las caballerizas. Te veo más tarde. —Se despidió de Pilar con un movimiento de cabeza y se marchó a toda prisa.

Rafael extendió el brazo y ella se prendió de su mano. Ni siquiera se había vestido, solo se había puesto el *déshabillé* encima del camisón.

—No deberías estar levantada —la retó—. Le dije a Aurora que te llevasen el desayuno a la cama.

—Necesitaba moverme —respondió al tiempo que se masajaba la cintura—. El dolor de espalda estaba matándome...

—¿Le has pedido a Jesusa que te ponga ese unguento que preparó Dominga? —Desde que había confesado lo que la esposa de Amancio Robles la estaba obligando a hacer, Dominga se había mudado a la estancia. Aunque era poco probable que Lorenza reapareciera para hacerle pagar por su traición, debían ser precavidos. Para no despertar sospechas sobre su repentino traslado al campo, Rafael justificó su decisión alegando que ahora que Pilar estaba embarazada, necesitarían más ayuda.

—Sí, pero ya no me alivia como antes. Creo que unos cuantos mimos de mi servicial esposo resultarán más beneficiosos —manifestó con una sonrisa

seductora.

Rafael la tomó de la mano y la empujó despacio para que su espalda descansara sobre una de las columnas. El enorme vientre de Pilar no era un obstáculo a la hora de prodigarse caricias. Él se inclinó hacia adelante y empezó a besarla en la garganta. Pilar movió la cabeza para permitirle un mejor acceso. Enredó los dedos en el cabello de su esposo y lo instó a que tomase posesión de su boca. Rafael abandonó el calor de su cuello para saborear la dulzura de los labios mientras ella seguía jugueteando con su pelo.

—¿Dios, has sentido eso? —preguntó Pilar apartándolo un poco para llevarse ambas manos al vientre.

—Sí... ha pateado muy fuerte esta vez —respondió él con la respiración entrecortada.

—Creo que tiene prisa por salir y conocerte.

—La comadrona aseguró que no nacería hasta dentro de dos semanas...

—También dijo que, al ser primeriza, es posible que se me adelante el parto —le explicó Pilar mientras Rafael se arrodillaba frente a ella para apoyar su mejilla en el vientre y así, como solía hacerlo por las noches, hablarle a su hijo. Porque, aunque Aurora le porfiase vaticinando que por la forma redondeada del vientre se trataba de una niña, él estaba convencido de que el primogénito sería un varón.

—Pequeño... No deberías asustarnos. —Le besó la zona del ombligo por encima de la ropa y alzó la cabeza para contemplar a su esposa—. Tu madre está exagerando. Además, aún no he terminado de construir tu cuna.

Pilar le sonrió. Llevaba poco más de dos meses trabajando en ella, robándole tiempo a las tareas diarias para tenerla lista cuando el niño naciera. Si bien todo el mundo sabía que estaba construyéndola, pocas personas habían tenido el privilegio de poder verla. Había acondicionado uno de los establos para trabajar allí y se aseguraba de cerrar la puerta para que nadie lo molestara.

—Ya no se mueve —dijo él sin dejar de acariciarle el vientre.

—Se calma cada vez que escucha tu voz —le aseguró Pilar con una sonrisa.

Rafael se incorporó y la tomó de la barbilla.

—¿Te he dicho ya lo feliz que soy a tu lado, Pilar?

Ella suspiró.

—Todos los días, Rafael. A veces con palabras, a veces con un gesto...

—¿Y vos sos feliz conmigo?

—Inmensamente feliz —respondió Pilar, deslizando su dedo por la abertura de la camisa—. A tu lado me siento la mujer más dichosa del mundo, Rafael. Nunca lo dudes...

—Si pudiera, te haría el amor ahora mismo —le susurró, curvando los labios en una sonrisa pícara. Sus ojos acerados se posaron en el escote del camisón en donde sus pechos, que se estaban preparando para la lactancia, parecían querer desbordarse de un momento a otro.

—Estamos en la galería, a la vista de todo el mundo —le recordó ella, oteando por encima de su hombro.

Rafael soltó un gran suspiro de resignación. El doctor Hidalgo le había recomendado no intimar con su esposa hasta pasados varios días después del alumbramiento, pero no era sencillo reprimir ciertos impulsos. Para no caer en la tentación, la hizo girarse y le rodeó la cintura con ambos brazos. Descansó el mentón en su hombro y le dio un beso en el cuello. Luego, contempló el horizonte.

—Cuando llegué a estas tierras, no sabía nada de caballos. Era un jovencito asustadizo y resentido con la vida... El desprecio de mi padre me hizo creer que nadie podría llegar a quererme. —Tragó saliva. Siempre era doloroso recordar a don Ulises Álvarez Arriaga—. Eso cambió el día que entraste en mi vida, Pilar. Esta estancia fue siempre mi refugio... el único lugar en el mundo en donde me sentía protegido. Sin embargo, descubrí que el refugio más seguro se encuentra entre los brazos de la mujer que amo.

—Yo seré tu refugio, amor mío —prometió ella, recostando la cabeza en el pecho de Rafael.

Las manos temblorosas de Rafael acariciaban suavemente el vientre de su

esposa.

—Me refugiaré en tus brazos siempre, mi adorada Pilar —respondió él con la voz quebrada por la emoción.

Permanecieron allí, abrazándose y soñando con el maravilloso futuro que los aguardaba... Un futuro en donde la culpa y las pesadillas quedarían definitivamente sepultadas bajo el inmenso amor que se profesaban el uno al otro.



## NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores, debido a un propósito puramente literario, ya que lo necesitaba para la historia, incluí en esta novela un periódico de la época que funcionaba en Capilla del Señor. Sin embargo, *El Monitor de la Campaña* cerró sus puertas en diciembre de 1873, unos pocos meses antes de la fecha en la cual aparece en la trama.



## AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Roberto Simonetti, director de Turismo del Partido de Exaltación de la Cruz, por la ayuda brindada durante la documentación para esta novela.

A mi querida colega de pluma, la escritora Camucha Escobar, por ser la primera en leer parte de esta historia, pero, sobre todo, por sus acertadas observaciones.

A mi amiga Rosana Schwindt, por viajar conmigo a Capilla del Señor, en donde tuve la oportunidad de recorrer los mismos lugares en los que se mueven los personajes de esta novela.

A mi amiga Dorys García, por sus palabras de aliento y por ocuparse de cuidar mi *look* mejor que nadie.

A mis editoras, Gabriela Vigo y Florencia Cambariere, por creer en esta historia y darme la oportunidad de que llegue a todos ustedes.

A Vero Barrueco y a todo el equipo de prensa de Penguin Random House por el gran trabajo que realizan antes, durante y después de la publicación de cada libro.

A los maravillosos grupos de lectura que realizan una gran labor difundiendo mis novelas. Gracias de corazón a: Carnaval de Lecturas, Lectoras Marplatenses, Fans de Autoras de Novelas Románticas, Recomiéndame Libros, Espacio para Autores y Lectores, Amigos Literarios sin Fronteras, Adictos a la Lectura Córdoba, Amigas Bonellistas, Lectoras de Córdoba, Mi Hobby es Leer, Grupo Patagónico de Lectura y Mundos de Papel.

A mis queridos lectores, por todo el apoyo y el cariño que me brindan. Gracias

infinitas por leer mis historias y recomendarlas. Ustedes están al otro lado de cada página, pero siempre cerca de mi corazón.



Nadie aprobaría los encuentros clandestinos entre Pilar, perteneciente a una rica familia de Buenos Aires, y Gonzalo, un joven ambicioso de orígenes humildes. Mucho menos el padre de ella, que ya ha decidido su unión con Rafael para asociarse con él en el negocio de la cría de caballos.

El día en que Pilar y Rafael se conocen, ella lo deslumbra con su belleza. Y aunque la joven preferiría morir antes que casarse con alguien a quien no ama, también siente una inquietud inexplicable ante su presencia. A partir de ese momento, una promesa de venganza, un intento de fuga y una atracción sexual enloquecedora irán sucediéndose a un ritmo tan vertiginoso como el de los secretos más oscuros.

En esta novela, cargada de un erotismo tan voraz como inconfesable, Milano nos instala en los últimos meses de la presidencia de Sarmiento, un tiempo tumultuoso, de violentas luchas electorales y una aventura revolucionaria.



## ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde muy pequeña, empezó publicando relatos en algunos medios gráficos de su ciudad, hasta que en 2007 apareció su primera novela. Es autora de *Pasado imperfecto* (2007), *Corazón impostor* (2010), *Lazos de silencio* (2012), *Susurros desde el más allá* (2013), *La reina de la noche* (2014), *Mala semilla* (2014) y *Embrujo gitano* (2016). Escribió y publicó obras bajo dos seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides* (2008), *Escondido en tu mirada* (2011) y *La sombra oscura de la duda* (2013); y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg, compuesta por *La redención y la muerte* (2011), *El cazador y la presa* (2012), *El ángel y el infierno* (2013), *La araña y la mariposa* (2015) y *El azar y la venganza* (2016). Ha participado, además, de la antología *Ay, amor* (P&J, 2015).

Foto: © Alejandra López



[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Milano, Andrea

En brazos de mi enemigo / Andrea Milano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2018.

(Narrativa Femenina)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-644-450-1

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Foto de cubierta: © Rekha Garton / Trevillion Images

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-450-1

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

En brazos de mi enemigo  
Epígrafe  
Huellas  
El atentado  
Una incómoda invitación  
La confusión  
Esos ojos grises  
Un encuentro inesperado  
Celos  
Cambio de planes  
Miradas indiscretas  
La viuda de los altos  
El héroe de la jornada  
Placeres culinarios  
El enfrentamiento  
Malas intenciones  
La oferta  
Un paseo acalorado  
Un ángel en la oscuridad  
Sueños rotos  
Buenas noticias  
El compromiso  
Un rayo de esperanza  
El pacto  
Amistades peligrosas

Desconcierto  
Leonor  
En las redes del amor  
El telegrama  
Rendición  
El miedo más grande  
Intrigas  
Una caricia al alma  
Tiempo de revancha  
El refugio de tus brazos  
Nota de la autora  
Agradecimientos  
Sobre este libro  
Sobre la autora  
Otros títulos de la autora  
Créditos